3 1761 08166236 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

españa moderna

AÑO 8.º NÚM. 88

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

ABRIL 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.650.—*San Bernardo, 92.*

462631

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
.E8
año 8
no. 88-90

LOS JESUÍTAS DE PUERTAS ADENTRO

Ó UN BARRIDO HACIA FUERA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

No hace muchos dias que, con el título que antecede y sin nombre de autor, salió á luz un libro en extremo interesante por el asunto de que trata y de agradabilísima lectura por el ingenio, la gracia, la fecunda vena satírica y el estilo castizo y magistral con que está redactado. Sin que se adviertan mucho el esfuerzo y la afectación, el libro no parece escrito en el lenguaje vulgar y corriente de ahora, sino como un autor clásico de la edad de oro de nuestra literatura hubiera podido escribirle.

Aunque no hubiesen llegado á mi noticia por diversos caminos claros indicios de quién es el autor del libro, creo que de seguro hubiera yo adivinado el nombre del autor; pero como él entró en el palenque y combate con la visera calada, yo no quiero ser ni seré quien le quite la visera y descubra su rostro y su nombre. Diré, sin embargo, que es, en mi sentir, persona apasionada, movida por quejas justas, y que deja notar en cuanto afirma cierto enojo harto motivado, que tal vez le impulsa á ir más allá de lo merecido en la reprobación y en la censura.

Como yo en este punto, remedando al historiador romano, puedo decir de los jesuítas que no los conozco *nec beneficio, nec injuria*, trataré aquí del libro y daré sobre él y sobre la

Compañía mi opinión imparcial, movido por el aliciente que tiene para mí la materia, y exponiéndome á no agradar á nadie, ni á los jesuítas, ni al autor incógnito.

Como el primer fundamento de las acusaciones es la supuesta carencia de humildad cristiana que hay en los jesuítas, empezaré por hablar de la humildad y de la manera en que yo la entiendo.

Bueno y santo es ser humilde, no rebajar á nadie para realzarse á sí propio, y reconocer nuestra condición miserable y pecadora, sobre todo cuando pensamos en Dios y en sus perfecciones infinitas, y cuando, encendidas ya en amor de Dios nuestras almas, volvemos los ojos hacia las criaturas que son obra de Dios y á quienes por amor de El amamos, procurando, en vez de rebajarlas, poner en ellas un reflejo, un destello, un trasunto de las mencionadas perfecciones divinas. Así, por virtud de este procedimiento mental, el buen cristiano ensalza y encomia á cuantos seres le rodean y se muestra lleno de candorosa indulgencia para con todos ellos, siendo sólo severo consigo mismo y reconociendo y confesando los propios defectos, pecados y vicios. Esto, á mi ver, es la humildad cristiana. Pero si miramos el caso de otra manera y con más hondo mirar, yo creo que el cristianismo, en vez de hacernos humildes y abyectos, según no pocos impíos le acusan, eleva los espíritus y los corazones y los enorgullece, magnifica y endiosa. ¿Qué razón ni motivo tiene el buen cristiano para humillarse después de exclamar con San Agustín: *gran cosa es el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios?* Y no sólo su alma sino su cuerpo tiene mucho de digno y no poco de sagrado cuando se considera como templo del espíritu, cuando se piensa que el mismo Verbo divino, no sólo se unió á un alma humana, por inefable y sublime misterio, sino también á un cuerpo de hombre de la condición y forma de nuestro cuerpo, deificando así hasta cierto punto nuestra doble naturaleza, y dándole para término de sus aspiraciones y para blanco de sus esperanzas la misma perfección de Dios. Es extraño, aunque

se comprende y se admira, que sea, con pequeñísima diferencia, el fin que propuso el demonio del orgullo á nuestros primeros padres casi idéntico al consejo ó más bien al precepto principal que nos dió Cristo en el Sermón de la Montaña. Si coméis del fruto del árbol prohibido, seréis como dioses, dijo la serpiente. Y Cristo dijo: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en el cielo.*

El error, pues, está en el camino que hay que seguir para llegar á la perfección, pero no en aspirar á ella. Y ciertamente quien aspira á ser perfecto como Dios, no se comprende que pueda ser humilde, á no ser en el primer sentido arriba expresado.

Y si descendemos de las alturas teológicas y pensamos en esto de la humildad ó de la soberbia, mundanamente y en la práctica, yo no me explico tampoco cómo el muy humilde, á no ser exterior su humildad, confundiéndose con la buena crianza y con la afable dulzura, acierte á hacer cosa de provecho y á ser útil para algo. Lo primero es tener confianza en el propio valer y contar con que no han de fallecernos las fuerzas y el ánimo. El individuo ó la colectividad que acomete grandes empresas y que tiene elevados propósitos y miras, no puede menos de tener también el inevitable orgullo ó sea la creencia de que es capaz de dar cima á aquellas empresas y de realizar aquellos propósitos, claro está que contando siempre con el auxilio divino, lo cual será muy piadoso, pero, francamente y en realidad, no es humilde. La humildad existirá acaso con relación al Omnipotente, mas para todo lo que hay, y no es Dios, no entiendo yo qué humildad cabe en la firme esperanza de que Dios ha de ayudarnos á fin de que se logre y se cumpla lo que queremos.

Partiendo de las anteriores consideraciones, entiendo yo que el autor de que hablo, acusa con poca razón á los jesuítas de no ser humildes, sino orgullosos. Nada más natural, en mi sentir, que creer la mejor del mundo la sociedad ó compañía á que pertenecemos. Todavía, si el acaso, si circustancias

independientes de nuestra voluntad ó si una providencial disposición nos colocase entre ésta ó entre aquella gente, podría parecer soberbia de nuestra parte el considerar como la mejor del mundo á la gente entre la cual estuviésemos colocados. Y con todo, aun así, más suele aplaudirse que vituperarse este modo de sentir y de pensar. Yo no soy español, por ejemplo, porque lo he querido, sino porque el cielo ha dispuesto que lo sea, y, sin embargo, no pocas personas celebran y muchas disculpan el elevado concepto que tengo yo de los españoles. Y si esto es así en una sociedad en donde yo no entro voluntariamente, ¿cómo ha de poder censurarse el altísimo concepto que forme cualquiera de la sociedad ó compañía en cuyas filas se alista por voluntad propia? Nadie ama sino bajo el concepto de bueno; todos buscan y procuran lo mejor; y el hombre honrado que se asocia con otros hombres, no sólo es disculpable que crea, sino que debe creer que la tal asociación es la mejor del mundo, y que los fines á que se ordena y endereza son por todo extremo excelentes.

Justo es, pues, y sobre justo inevitable, que todo jesuíta, y más aún mientras mayores sean su candor y su buena fe, esté persuadido de que la Compañía de Jesús es la mejor del mundo, de que no hay virtud ni ciencia que en ella no resida y de qué proceden de ella y procederán muchos bienes para el linaje humano.

No creer lo antedicho y hacerse, sin embargo, jesuíta, presupondría falta de discreción ó razones y motivos egoístas y bajos en quien tal hiciese. Alistarse en las filas del jesuitismo sin creer en su superior condición, sólo se explicaría entonces por la gana de tener una posición ó una carrera, de buscarse un modo de vivir, de ingeniarse ó de industriarse en suma. Y aun así, aun en esta bajeza, la predilección precedería á la elección, y todavía, sin elevarse sobre tan bajos motivos, ó carecería de juicio el que se hiciese jesuíta, ó consideraría que el serlo era mejor profesión ó carrera que todas las otras que hubiera podido seguir.

Por consiguiente no hay pecado, ni falta, ni defecto en la voluntad de los jesuítas cuando forman de la Compañía á que pertenecen un concepto sublime. Esto no se opone á que en dicho concepto haya error ó exageración del entendimiento.

Apartando de mi espíritu toda prevención apasionada, no considerando el asunto ni como católico, ni como sectario de ninguna otra doctrina religiosa, aceptando por un momento la más completa indiferencia en punto á religión, hablando y decidiendo en virtud de un criterio librepensador y racionalista, yo, lejos de condenar la Compañía de Jesús, me siento irresistiblemente inclinado á glorificarla y á dar por seguro que honra en extremo á España que entre nosotros naciese su fundador, cuya obra pasmosa me parece que importó muchísimo en la historia del linaje humano, haciendo de Ignacio de Loyola, no sólo el digno rival de Lutero, sino el personaje que se le sobrepone y le eclipsa. Se diría que cuando la Reforma parecía que iba á extenderse como voraz incendio por todo el mundo civilizado, y ya que no á extinguir á empequeñecer la cristiandad católica, Dios suscitó para ésta un campeón poderoso, cuyas huestes combatieron sin descanso la herejía y la vencieron á menudo en Europa, mientras que al mismo tiempo extendían la fe católica por el resto del mundo, ganando para ella más almas en países remotos y en inexploradas regiones que las que en Europa había perdido por culpa de Lutero y de los otros heresiarcas del siglo XVI.

En la Compañía hay que admirar el feliz consorcio del pensamiento y de la acción, de lo práctico y de lo especulativo. Fué un ejército conquistador, sin más armas que la palabra, que se extendió por el mundo con extraña rapidez, avasallándole y dominándole. Si contemplamos en espíritu al fundador glorioso en el momento de su muerte, nos parece á modo de un Alejandro incruento. Sus dominios se han dilatado ya sobre toda la redondez de la tierra. La Compañía tiene casas y colegios, gran poder é influjo en Castilla, en Portugal, en Alemania, en Francia y en las Indias Orientales y Occi-

dentales. Bien puede sin vanidad ni soberbia exclamar el Padre Rivadeneyra que al mismo tiempo que Martín Lutero «quitaba la obediencia á la Iglesia Romana y hacía gente para combatirla con todas sus fuerzas, levantaba Dios á este santo capitán para que allegase soldados por todo el mundo y resistiese con obras y con palabras á la herética doctrina».

Y no hay sólo en el P. Ignacio el espíritu conservador, sino también el de reforma y el de progreso. «Todos sus pensamientos y cuidados, dice el ya citado biógrafo, tiraban al blanco de conservar en la parte sana ó de restaurar en la caída, por sí y por los suyos, la sinceridad y limpieza de nuestra fe.» Todavía hay otra idea elevadísima, si no desconocida y seguida en otros institutos religiosos, por ninguna observada y seguida con más firmeza y perseverancia que por la Compañía de Jesús: la idea y el propósito de divulgar las ciencias, las letras y toda cultura, haciendo de ellas y del progreso humano preciosos y dignos auxiliares de la religión.

Con notable injusticia se acusa á la Compañía de que aniquila las voluntades y nivela y pone trabas á los entendimientos con los firmes y duros lazos de su obediencia ciega. No puede haber acusación menos razonable. Jamás se ha formado una sociedad con el intento de producir *genios*. El genio es una virtud ó un poder que tiene algo de sobrehumano, y que aparece individualmente en el espíritu de este ó aquel hombre cuando Dios ó la naturaleza así lo decretan. Y este genio, virtud ó poder, ni hay sociedad que le cree ni tampoco hay sociedad que le destruya. Es además harto arbitrario y vago el determinar ó medir la altura que ha de tener un hombre para ser genio y no ser medianía. No seré yo quien clasifique y coloque entre las medianías ó entre los genios á muchísimos Padres de la Compañía de Jesús; pero sí me atrevo á asegurar que, durante los tres siglos XVI, XVII y XVIII, hasta después de su extinción bajo el pontificado de Clemente XIV, figura en ella una brillantísima serie de varones admirables por la acción, como predicadores, viajeros, mártires

heroicos y exploradores atrevidos de países incógnitos y bárbaros, y una lucidísima cohorte de hombres eminentes en ciencias y en letras, descollando entre ellos muchísimos españoles, por lo cual, estando España hoy tan decaída, no goza acaso el nombre de ellos de toda la fama y el alto aplauso que merecen.

Para infundir en la mente de mis lectores un elevadísimo concepto y para entonar un himno en alabanza de la Compañía de Jesús, no he de ir yo á buscar frases y datos en libros escritos por jesuítas, ni en disertaciones é historias de católicos fervorosos y hasta fanáticos, sino que tomaré los datos y frases en un autor inglés, criado en el protestantismo y librepensador más tarde: en el famoso historiador y *ensayista* lord Macaulay. Harto merece ser traducido todo lo que él dice de los jesuítas y de su fundador; pero, á fin de no ser prolijo, me limitaré á traducir algunos trozos. «Ignacio de Loyola en la gran reacción católica tuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento del protestantismo. Pobre, oscuro, sin protector, sin recomendaciones, entró en Roma, donde hoy dos regios templos, ricos en pinturas y en mármoles y jaspes, conmemoran sus grandes servicios á la Iglesia; donde su imagen está esculpida en plata maciza; donde sus huesos, en una urna cubierta de joyas, se ven colocados ante el altar de Dios. Su actividad y su celo vencieron todas las oposiciones, y bajo su mando el orden de los jesuítas empezó á existir y creció rápidamente hasta el colmo de sus gigantescos poderes. Con qué vehemencia, con qué política, con que exacta disciplina, con qué valor indomable, con qué abnegación, con qué olvido de los más queridos lazos de amistad y parentesco, con qué intensa y firme devoción á un fin único, con qué poco escrupulosa laxitud y versatilidad en la elección de los medios riñeron los jesuítas la batalla de su Iglesia, está escrito en cada página de los anales de Europa, durante muchas generaciones. En el Orden de Jesús se concentró la quinta esencia del espíritu católico: la historia del Orden de Jesús es la histo-

ria de la gran reacción del catolicismo. Este Orden se apoderó de todos los medios y fuerzas con que se dirige y manda el espíritu del pueblo: del púlpito, de la prensa, del confesonario y de las academias. Donde predicaba el jesuíta, la iglesia era pequeña para el auditorio. Su nombre en la primera página aseguraba la circulación de un libro. A los pies del jesuíta la juventud de la nobleza y de la clase media era guiada desde la niñez á la edad viril y desde los primeros rudimentos hasta la filosofía. La literatura y la ciencia, que parecían haberse asociado con los infieles y con los herejes, volvieron á ser las aliadas de la ortodoxia. Dominante ya en el Sur de Europa, la grande Orden se extendió pronto, conquistando y para conquistar. A despecho de Océanos y desiertos, de hambre y peste, de espías y leyes penales, de calabozos y torturas y de los más espantosos suplicios, los jesuítas penetraban, bajo cualquier disfraz, en todos los países; como maestros, como médicos y como siervos; arguyendo, instruyendo, consolando, cautivando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, presentando el Crucifijo ante los ojos del moribundo. El orbe antiguo no fué bastante extenso para la extraña actividad de los jesuítas. Ellos invadieron todas las regiones que los grandes y recientes descubrimientos marítimos habían abierto al emprendedor genio de Europa. Los jesuítas aparecían en las profundidades de las minas del Perú, en los mercados de esclavos de Africa, en las costas de las islas de las Especias y en los observatorios de la China; y hacían prosélitos y conversiones en países adonde ni la avaricia ni la curiosidad habían tentado aún á sus compatricios para que penetrasen; y predicaban y disputaban en idiomas de los que ningún otro natural de nuestro Occidente entendía palabra.»

Cuando la Reforma se levantó contra la Iglesia católica, el clero secular y regular, aun en la misma Roma, estaba corrompido y viciado y hasta lleno de descreimiento: «solo el Orden de los jesuítas, añade nuestro historiador, pudo mostrar muchos hombres no inferiores en sinceridad, constancia,

valor y austeridad de vida á los apóstoles de la Reforma». A los jesuítas, pues, á su poder persuasivo y al influjo de su palabra, se debió en gran parte la restauración y reverdecimiento en el seno de la Iglesia católica de aquel hondo sentir religioso y de aquella «extraña energía que eleva á los hombres sobre el amor del deleite y el miedo de la pena; que transforma el sacrificio en gloria y que trueca la muerte en principio de más alta y dichosa vida».

Declara asimismo Macaulay que el prodigioso cambio, que el triunfo inesperado del catolicismo sobre el protestantismo se debió en gran parte á los jesuítas y á la profunda política con que Roma supo valerse de ellos. «Cincuenta años después de la separación de Lutero, el catolicismo apenas podía sostenerse en las costas del Mediterráneo: cien años después apenas podía el protestantismo mantenerse en las orillas del Báltico. Grandes talentos y grandes virtudes se desplegaron por ambas partes en esta tremenda lucha. La victoria se declaró al fin en favor de la Iglesia romana. Al expirar el siglo XVI, la vemos triunfante y dominante en Francia, en Bélgica, en Baviera, en Bohemia, en Austria, en Polonia y en Hungría. El protestantismo en los siglos que han venido después no ha podido reconquistar lo que perdió entonces.» Y añade Macaulay: «He insistido detenidamente sobre este punto, porque creo que de las muchas causas á las que debió la Iglesia de Roma su salvación y su triunfo al terminar el siglo XVI, la causa principal fué la profunda política con que dicha iglesia se aprovechó del *fanatismo* de personas tales como San Ignacio y Santa Teresa.»

Es muy de notar que esto que Macaulay, con su criterio protestante ó racionalista, llama *fanatismo,* podrá ser llamado así por el brío y la intensidad con que se sintió y se pensó, pero tanto el sentimiento como el pensamiento, analizados, examinados y juzgados hasta por un hombre descreído del siglo XIX, fueron, en el siglo XVI, permitánsenos las palabras, más razonables y más progresistas que cuanto Lutero, Calvi-

no y los otros apóstoles de la reforma pensaron, sintieron y dijeron. No fué el misticismo español de entonces huraño, egoísta y meramente contemplativo, aspirando á elevarse y á unirse con Dios para aniquilarse allí confundiendose en la esencia infinita y desvaneciéndose en un perpetuo *nirvana*. El amor de Dios y la aspiración á unirse con él, según mil veces lo explican nuestros místicos, fueron una preparación y habilitación de las almas para que obrasen luego, en la vida terrenal, inauditos prodigios de amor al prójimo, y para que diesen cima á casi sobrehumanas empresas. Las almas, según dichos místicos, cuando ardían en el fuego del amor divino y derretidas por la fuerza de este fuego se diría que se identificaban con Dios, eran como la espada que parece fuego en la fragua, de donde sale después con más fino temple y con superior aptitud para ejercer sus funciones. Lo místico y lo contemplativo en los jesuítas no fué el fin, sino el medio para apercibirse á la acción y cobrar fuerzas y virtud mayores con que alcanzar en ella la victoria. Y no fué la victoria en favor solo del catolicismo, sino también para conservar ó restaurar el lazo ó principio unificante de la civilización europea, que los protestantes habían roto; para hacer que triunfase dicha civilización, amenazada por nueva barbarie, y para salvar la libertad y el valor y mérito de nuestras obras, casi negados por el fatalismo cruel y pesimista con que los protestantes denigraban y hacían odiosa á la divinidad y esclavizaban á la humana naturaleza, sacrificándola en aras de una *predestinación* y de una *gracia* caprichosas y ciegas.

Nadie podrá acusar de jesuítico al célebre y malogrado historiador y polígrafo Oliveira Martins, y, sin embargo, en este punto que tocamos ahora, ensalza como nadie á los jesuítas, haciendo que la gloria de ellos y su triunfo en el Concilio de Trento aparezcan acaso como el mayor triunfo y como la más espléndida gloria de la civilización ibérica en el siglo XVI. «Los protestantes, dice Oliveira Martins, no excluyen las buenas obras; pero no es el mérito de ellas el que redime: es

únicamente el mérito de Cristo, independiente del hombre. Esta doctrina, añade, es la condenación del hombre y de su actividad, de su voluntad, de la fuerza íntima que constituye su vida. Condenando al hombre, los protestantes condenan el mundo: transfiguran la realidad y conducen á los abismos de la esclavitud trascendente. En cambio, la doctrina de los jesuítas Salmerón y Lainez, vencedora en Trento, diviniza al mundo y al hombre, revelando y haciendo resplandecer la justicia de Dios en la fe del hombre y en sus buenas obras, cuyos méritos elevan á la gracia. El genio español, añade Oliveira Martins, fué, pues, por la boca elocuente de Lainez y de Salmerón, el defensor de la cultura humana, deteniendo á Europa en la pendiente de una predestinación fatalista.»

Debo observar que yo no cito aquí á Oliveira Martins como quien cita á un padre de la Iglesia; que en asunto tan difícil como la conciliación de la gracia y del libre albedrío, no le doy autoridad alguna; y que no hago á los jesuítas pelagianos, ó semipelagianos, para ponderar lo que valían. Sólo afirmo que, sin incurrir en error contra la fe, porque ni el molinismo, ni menos su mitigación por el congruismo de Suárez fueron nunca calificados de heréticos, los jesuítas defendieron y sostuvieron la libertad del hombre, sin salir fuera del círculo de la creencia católica, y en cuestión la más oscura y difícil de la teología, y aun de todo pensar filosófico, por donde será siempre para teólogos y filósofos manantial y semillero de disputas hasta la consumación de los siglos. No quiero seguir ponderando aquí y recapitulando todo lo que en alabanza de los jesuítas puede decirse y se ha dicho hasta la extinción de la Orden en el siglo pasado. Las acusaciones lanzadas contra ellos y la multitud de enemigos acérrimos que tuvieron, primero entre los protestantes, después entre los jansenistas, y, por último, entre los librespensadores, redundan en cierto modo en elogio de los jesuítas, ya que prueban el extraordinario poder y la importancia que tenían. El mérito de ellos, no obstante, tiene que ser reconocido hasta por sus

mayores contrarios, si se precian de candorosos é imparciales. Así, por ejemplo, Mosheim dice: «El candor y la imparcialidad me obligan á confesar que los adversarios de los jesuitas, al mostrar la torpeza y negrura de varias de sus máximas y opiniones, han ido más allá de lo que debían, y han exagerado las cosas para abrir más extenso campo á su celo y á su elocuencia. Fácil me sería probarlo con ejemplos sacados de las doctrinas de la *probabilidad* y de la *restricción mental* imputadas como un crimen á los jesuítas; pero esto me apartaría demasiado de mi asunto. Observaré sólo que en la disputa se han atribuido á los jesuítas principios que sus enemigos sacan por inducción de la doctrina de ellos, sin que ellos los confiesen; que no siempre han interpretado sus términos y sus expresiones en el verdadero sentido, y que nos han presentado las consecuencias de su sistema de una manera parcial, que no está de acuerdo con la equidad exacta.»

Esta confesión de Mosheim en favor de los jesuítas los honra mucho, porque es uno de sus más declarados enemigos, y porque sin nombrarlas censura de parcialidad y de más ó menos inconsciente falsía las encomiadas *Provinciales* de Blas Pascal, obra que, según muchos afirman, ha hecho más daño á los jesuítas que la indignación de los soberanos y que todas las calamidades que han caído después sobre su Orden.

No he de dilatarme yo más, defendiéndola aquí. No ataca ni condena su pasado el autor incógnito del libro de que doy cuenta. Sólo añadiré, para terminar, que nadie puede pretender, ni los más fervorosos jesuítas, que la Compañía estuvo exenta de faltas y que todos sus individuos, que se contaban por miles, fueron unos santos, sin pecado y sin vicio, hasta la extinción de la Compañía en 1773.

Al caer entonces los jesuítas cayeron como los héroes de una noble tragedia, donde toda la simpatía y el aplauso fué para las víctimas, y la reprobación, en los más elevados espíritus, para los tiranos y opresores; para Pombal, para la Pompadour, para Tanucci y para el conde de Aranda. Las ala-

banzas de la Orden extinguida se renovaron ó surgieron entonces, derramándose sobre ella como sobre fúnebre monumento un diluvio de flores. Los más eminentes personajes de Europa, aun entre los no católicos, habían celebrado ó celebraron á los jesuítas: Enrique IV de Francia, Catalina II de Rusia, Rousseau, Diderot, Leibnitz, Lessing, Herder y mil otros.

Voltaire dice de ellos: «Tienen escritores de un mérito raro, sabios, hombres elocuentes y *genios*.» D'Alembert: «Los jesuítas se han empleado con éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría y literatura profunda y agradable. Apenas hay disciplina en que no cuenten ellos hombres de primer orden.»

Federico el Grande de Prusia escribía á Voltaire: «Esta Orden ha dado á Francia hombres del *genio* más elevado.»

Después de suprimida la Compañía, los jesuítas, arrojados impíamente de todos los dominios españoles y refugiados en Italia, se esmeraron en dar clarísimo testimonio y brillantes muestras de su valer, redundando así cuanto hicieron en mayor vergüenza y descrédito de sus perseguidores y en alta honra de España, su patria. Jamás, desde la toma de Constantinopla por los turcos y la venida á Italia de los sabios griegos, había penetrado en aquella península hueste más lucida y docta de extranjeros fugitivos. La historia científica y literaria de los ex jesuítas españoles, que por toda Italia se difundieron, carece todavía de un historiador digno. De esperar es que lo sea con el tiempo el erudito y elegante escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Entre tanto, no faltan eruditos italianos que se ocupen con amor en este asunto. Recientemente la Real Academia de Ciencias de Turín ha publicado sobre él una hermosa memoria, debida al saber y talento del doctor Victorio Cian. Al dar cuenta de esta memoria el ya citado Menéndez y Pelayo, en el número de Enero último de la *Revista crítica de historia y literatura*, amplifica y esclarece las noticias del Dr. Cian con no pocas más que demuestran la importancia y el valer de aquellos nuestros ilustres compatriotas.

Los Padres Andrés, Arteaga, Eximeno y Masdeu son elogiados por el Dr. Cian según su mérito; pero en cambio, sólo hace rápida mención de Hervás y Panduro, creador de una nueva ciencia: la filología comparativa: del Padre Juan Bautista Gener, autor de los seis primeros tomos de una enciclopedia teológica, que implica la renovación de los estudios eclesiásticos; del P. Tomás Serrano, elegante y sabio humanista; del gramático Garcés, cuyo libro del *Vigor y elegancia de la lengua castellana* se lee aun con fruto; del P. Aponte, egregio helenista, maestro del cardenal Mezzofanti; del insigne historiador de Méjico Clavijero; del naturalista chileno Molina; de Landival, cuyo *Rusticatio Mexicana* es uno de los más curiosos poemas de la latinidad moderna, hasta por lo original y exótico del asunto, y de Márquez, tan benemérito, por sus libros, de la arqueología romana y de la historia de la arquitectura.

Aunque el Dr. Cian diga poco ó nada sobre los mencionados escritores, todavía basta con los que celebra para hacer que se forme elevadísimo concepto de los jesuítas españoles emigrados en Italia y de cuanto trabajaron y escribieron desde 1767 hasta 1814. Acrecientan la elevación de este concepto, las nobles palabras con que el Dr. Cian termina y resume su memoria: «Aquellos hombres—dice—arrojados de su patria, obligados á vivir entre las desconfianzas, las envidias, los rencores antiguos y recientes, en país extranjero, guardan celosamente el culto de la patria en su corazón, y al mismo tiempo se enlazan en afectuosa amistad con algunos de los nuestros y de los mejores, estudian y adoptan é ilustran la lengua y la literatura del país que les ha dado hospitalidad; pero cuando ven que algún italiano quiere lanzar la más leve sombra sobre el honor literario de España, se levantan con fiereza caballeresca, propia de su raza, y no temen defenderse, y pasar muchas veces de la defensa á la ofensa vigorosa y audaz... No podemos menos de sentir una admiración profunda por estos emigrados que en tan breve período de años res-

pondieron tranquilos y altivos, con la mejor de las venganzas, á las injurias de la fortuna, á las persecuciones, á los odios de los hombres que pretendían extinguirlos; y se levantaron y se purificaron á los ojos de la historia, á nuestros propios ojos, á los ojos de aquellos mismos que creían y aspiraban á verlos aniquilados para siempre. Su producción múltiple, varia y á veces profunda y original, es un fenómeno singularísimo. En vano se buscaría en la historia de las literaturas europeas otro fenómeno semejante de *colonización literaria;* violenta, forzada en sus causas y en los medios con que fué realizada; espontánea, duradera y digna en sus complejas manifestaciones; útil y gloriosa para aquellos colonos, dotados de extraordinaria flexibilidad y gran virtud asimiladora; no ingloriosa para la madre patria que los desterraba; ventajosa y honorífica para la nueva patria latina que los acogía en su seno hospitalario.»

Harto reconocerá el lector por lo expuesto hasta aquí que yo soy un admirador fervoroso y sincero de la antigua Compañía de Jesús; pero esto no se opone á que yo dé crédito é importancia á las tremendas acusaciones que lanza contra la Compañía el autor anónimo, cuyo libro me induce á escribir este artículo.

No recuerdo quién dijo, tal vez fué Cervantes, que las segundas partes nunca fueron buenas; y yo confieso que me siento inclinado á aplicar el dicho á la Compañía de Jesús restaurada, desde 1814 hasta ahora.

La primera revolución francesa, con tantos horrores y tanta sangre y dando por último resultado á un déspota que sin propósito fijo, civilizador y humano, mantiene durante años la confusión y la guerra en Europa; la propensión del pensamiento filosófico hacia el pesimismo y hacia el más grosero ateísmo y la aparición ó la mayor difusión y el más hondo arraigo de espantosas doctrinas que, no sólo tiran á subvertir el organismo social, sino á arrancar de cuajo los fundamentos en que el orden actual se sostiene, han apocado acaso, con la

repugnancia y el terror que inspiran, el espíritu religioso de muchos individuos é instituciones, y entre éstas la de los jesuítas sin duda. Lo cierto es que ya no son como eran antes. A mi ver, ya no pueden decir: *sint ut sunt, ut non sint.* Ya son otros de lo que eran. Antes, al defender la fe católica, de que se hicieron y fueron maravillosos adalides, se pusieron en el camino del progreso, á la cabeza de la humanidad, levantando el lábaro y apareciendo casi, así por el amor de la religión como por el amor de la ciencia, semejantes á la columna de fuego que guió en el desierto á los israelitas durante la noche.

Hoy, por el contrario, faltos de fe los jesuítas y engañados por el pesimismo, imaginan sin duda que la civilización ha descarrilado, que se ha extraviado, saliendo de la senda que debía seguir, y en vez de ponerse delante y servir de guía, se han puesto á la zaga y hacen todos los posibles esfuerzos porque ceje y retroceda hacia un punto absurdo y fantástico que jamás existió y con el que ellos sueñan. De aquí que todo progreso, toda elevada cultura, todo pensamiento sano de libertad y de mejoras, sea tildado por ellos de *liberalismo* y aborrecido de muerte. Esto es peor que carecer de un ideal, es tener un ideal falso é inasequible por ser contrario á las ideas y á las esperanzas de la porción más activa, inteligente y hábil de la novísima sociedad humana.

En esta situación, sin verdadero entusiasmo, porque reacción tan disparatada no puede inspirarle, no es extraño que los jesuítas modernos tengan todas las flaquezas y pequeñeces é incurran en cuantos vicios y pecados el autor anónimo les imputa en su iracunda y despiadada sátira.

Todo lo que el autor anónimo nos declara que hay ahora de malo en la Compañía, pudo existir y existió probablemente en ella, hasta cierto punto, desde su origen. No era posible que entre millares de hombres, formando una asociación poderosísima, no se albergasen la ambición, la codicia, el apetito de deleites y regalos y otras mundanas pasiones; pero en-

tonces era tan elevado el propósito, era tan generoso y fecundo el pensamiento capital que informaba á la Compañía, y era tan numerosa y refulgente la falange de sus héroes, de sus santos, de sus exploradores, de sus sabios y de sus mártires, que deslumbraban con su resplandor y no dejaban ver lo vicioso y lo malo que había en la Compañía y que es tan inherente y propio y tan difícil de extirpar por completo de nuestra decaída naturaleza.

Es asimismo de recelar que el jesuitismo moderno, si bien fustiga con sobrada acritud los vicios del día, se haya dejado, sin sentirlo, inficionar por algunos de ellos, y en particular por los que afean más ahora á las clases medias y elevadas de la sociedad, con las que los jesuítas tratan y alternan frecuentemente. La afición, pues, al regalo, á la pompa, á ciertos refinamientos y elegancias y al dinero que lo proporciona todo, no deja de ser natural que se haya infiltrado en las almas de los decaídos sucesores de Francisco Javier, de Francisco de Borja, y de tantos y tantos gloriosos misioneros, confesores y mártires de la fe de Cristo.

Cuantos hechos, anécdotas y casos refiere el autor incógnito para rebajar y humillar á los jesuítas del día, tienen traza de verdaderos y dejan harto mal parados á los Padres. Referidos con notable primor de estilo, desenfado y gracia, entretienen tanto ó más que una novela picaresca. Así los dos capítulos *Cuestión de cuartos* y *Los dineros del sacristán*, nos pintan á los Padres sedientos de oro y valiéndose para adquirirle de mil medios poco decorosos; de la usura, del agio y de la adulación para con los ricos, á fin de conseguir de ellos donaciones y herencias: y nos los pintan al mismo tiempo manirrotos, despilfarrados y faltos de juicio, de buen gusto y de previsión, para gastar, ó más bien para derrochar estas poco bien adquiridas riquezas. En el capítulo *El Politiqueo* aparecen los Padres como facciosos, excitadores á guerra civil y tan partidarios de D. Carlos, que cantaban el *Te Deum* cuando ocurría algún suceso funesto para las armas de España,

v. gr.: la muerte del caballeroso y heroico marqués del Duero.

Para no fatigar á los que me lean no seguiré extractando aquí el inmenso cúmulo de acusaciones que lanza contra los jesuítas el autor anónimo. Recomendaré, sin embargo, la lectura del capítulo *El Mujerío*, porque tiene muchísimo chiste. Sobre todo en cuanto se refiere á las relaciones espirituales de los Padres con las duquesas, marquesas y condesitas, y en la descripción que hace de la devoción elegante, del misticismo cómodo y de la religiosidad *high life* y á la moda.

Todo esto, no obstante, por más que sea digno de reprobación y deba ser condenado en éste, en aquel ó en el otro individuo, tal vez afecte menos á la Compañía en general de lo que el autor anónimo imagina y pretende. En una asociación tan numerosa y que alcanza extraordinario influjo y crédito, es difícil, es casi imposible evitar que algunos, que tal vez muchos de los que á la asociación pertenecen, no se prevalgan de ese influjo y de ese crédito para lograr provechos y ventajas materiales. Y por otra parte, el despilfarro de esos provechos, casi siempre en cosas deleitables para la colectividad ó que satisfacen y lisonjean su orgullo, prueba que no hay grande egoísmo en el individuo que los ha logrado, é inclina á creer que la codicia jesuítica más que viciosa es poco juiciosa.

En mi sentir, pues, los capítulos de mayores culpas del libro del autor anónimo contra los jesuítas, son los dos que se titulan: *De ciencia y santidad, la mitad de la mitad.*

Ni en ciencias, ni en literatura ni en artes, llegan hoy los jesuítas de España á lo que fueron en lo pasado. Quedan además muy por bajo del nivel de los escritores seglares y de los escritores del clero y de los otros institutos religiosos. La fama al menos no hace resonar mucho sus nombres ni difunde su gloria.

En este punto, sin embargo, y si hemos de dar crédito al autor anónimo y no tildar de exageración sus alabanzas, él las prodiga de tal suerte al P. Juan José Urraburu, que le co-

loca muy por encima de todos los filósofos, pensadores y escritores aficionados á la filosofía que ha habido en nuestra nación en el siglo presente. No he de negar yo que sean muy estimables las obras filosóficas de Balmes, del P. Zeferino González, de D. Manuel Orti y Lara, de Sanz del Río y de la turba de sus prosélitos; pero de ninguno de ellos se podría afirmar sin exagerada benevolencia lo que el autor anónimo afirma de la obra filosófica del P. Juan José Urraburu, declarando que es notabilísima, que hace honor á España, y que debe contarse entre las mejores, si ya no es la mejor publicada en Europa, después de la restauración filosófica pregonada por León XIII. Es cierto que el autor anónimo limita luego la alabanza, considerando la obra del P. Urraburu, como mera exposición de la sana filosofía escolástica. Pero aun así, la alabanza es muy grande, si la tal exposición es completa y si es la mejor que se ha hecho en Europa, comparando bien la antigua filosofía que expone, con todos los ulteriores sistemas, y sacándola ilesa de los ataques, y victoriosa y colocada por cima de todos.

Fuera de los méritos de este P. Urraburu, del que confieso ingenuamente que ni había oido hablar, poco ó nada hay que el autor anónimo celebre y estime en algo, en el movimiento intetectual de los jesuítas. Y la verdad es que ninguno de sus escritos ha alcanzado en España la popularidad y el aplauso que las obras de otros escritores pertenecientes al clero. No tienen poetas, como Mosén Jacinto Verdaguer; ni ardientes y fervorosos polemistas como D. Miguel Sánchez; ni entusiastas y candorosos moralizadores, de fecunda inspiración popular, como el excelente P. Claret, harto injustamente ridiculizado por la pasión política y por la ligereza de liberales y librepensadores.

La revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*, está, según el autor anónimo, muy por bajo de *La Ciudad de Dios*, de los Padres Agustinos. Y lo que más desgracia dicha revista ó *Mensajero*, siempre, según nuestro autor, son las novelas y

cuentecitos que allí se insertan, «donde hierven tales osadías de ideas y tales arrojamientos de frases y de palabras, y donde se refieren lances y percances tan crudos y poco decentes y situaciones tan escandalosas que muchos padres de familia, luego que recibían el tal *Mensajero,* le escondían con cuidado para que no le leyesen sus hijas».

Son más de extrañar estas libertades si se atiende, según afirma el autor anónimo, á que los Padres jesuítas de España han censurado al Cardenal Wiseman por su *Fabiola* y al inocentísimo Fernán Caballero por varias de sus novelas, y á que (¡apenas parece creíble!), en un gran colegio de la Compañía celebraron una muy devota procesión y quemaron muchos libros por impíos, liberales y poco decentes, entre ellos *El Quijote.*

El autor anónimo niega también historiadores á la moderna Compañía de Jesús en España.

En lo que toca á ciencias naturales, no tienen nada de que jactarse. No sólo, dice, «no pueden presentar una obra como la del Agustino P. Blanco sobre la flora de Filipinas, pero ni un observador de la naturaleza como el escolapio Padre Ainza».

En mi sentir, hay un punto sobre el cual no vierte bastante luz el autor anónimo, ni nos habilita, fiándonos de lo que dice, para dar una sentencia adversa ó favorable. Es este punto la virtud ó capacidad docente de los Padres de la Compañía. Sobre ello, por lo tanto, no daremos nuestra opinión, pero sí diremos que la del público en general es muy favorable á los Padres, y lo prueban la multitud de colegios que tienen, su prosperidad, y el empeño con que muchas personas, hasta opuestas al jesuitismo, liberales y librepensadores, envían á sus hijos á los colegios de los jesuítas para que allí se eduquen. Y no puede negarse que el buen éxito de los jesuítas en este ministerio de la enseñanza de la juventud produce y puede producir los mejores efectos, aunque no sea más, que despertando la emulación y excitando el celo de otros establecimientos

pedagógicos, ya, por ejemplo de los Institutos oficiales y laicos, ya de otras Ordenes religiosas ó clericales congregaciones. Los Padres Agustinos, sin duda, se esmerarán más en sus enseñanzas para competir con los Padres de la Compañía y vencerlos, si pueden. Y es probable, que, contemplando la prosperidad y crédito de los jesuítas como cuerpo docente, los canónigos del Sacro Monte se hayan animado y resuelto á ampliar los estudios de su colegio, convirtiéndole en Universidad católica, donde ya se enseña la jurisprudencia y donde se aspira y se quiere enseñar, como complemento y corona de las asignaturas de teología, griego, hebreo y árabe y otras lenguas orientales, así como muchas ciencias profanas y muchas teorías y descubrimientos novísimos, á fin de ponerlos en armonía con la Religión revelada y de que valgan para su sostén y concurran á su triunfo en vez de parecer, como parecen, un aríete en manos de los incrédulos.

Concretándome ahora al examen del libro del autor anónimo, y expresando aquí sobre él mi parecer franco y sincero; diré, para concluir, aunque me acusen como han sido acusados con frecuencia los jesuítas de tener la manga muy ancha, que los pecados y vicios que saca á la vergüenza el autor anónimo, si bien sería de desear que no los hubiese, no me mueven tanto á condenar la Compañía, compuesta de seres humanos, entre los cuales no puede menos de haber bastantes pecadores, como la carencia del espíritu elevado, amplio, civilizador y progresivo que la inspiró en mejores días. Volver á informarse de este espíritu es, en mi sentir, lo que la Compañía necesita, y no las mejoras y modificaciones de sus institutos, que el autor anónimo propone, manifestando deseo de que la Iglesia las adopte y establezca.

No va por un lado el espíritu del siglo y no va por el lado opuesto el espíritu de la verdadera Religión. Ambos caminan y deben caminar unidos á fin de que la mente y el corazón de hombres se eleven á superiores esferas. Cristo no enseñó cuanto hay que saber, sino que dejó mucho, aun en las cosas

más esenciales, para que los hombres lo averiguasen y lo enseñasen con el transcurso del tiempo. El adelanto, el desenvolvimiento de la metafísica y de toda doctrina social, política y hasta ética, no está reñido con la revelación, que no fué ni pudo ser de una vez, sino que en cierto modo y altamente aceptada, es progresiva. Las mismas palabras del Redentor lo declaran: *Adhuc multa habeo vobis dicere, sed non potestis portare modo.* Lo que entonces no dijo Cristo, porque no hubieran acertado á entenderle; lo que, aun después de descender sobre los apóstoles las lenguas de fuego, cuando estaban congregados en el Cenáculo, no quiere ó no puede revelar San Pablo, constituye la ulterior revelación, y presta, dígamoslo así, una flexibidad sublime á nuestro dogma religioso, que le hace capaz de contener dentro de sí, sin romperse ni quebrantarse, toda civilización futura, por grande y maravillosa que sea.

Yo entiendo, pues, que la mejor reformaque pudieran adoptar los jesuítas sería la de inspirarse en tan sublime y fundamental pensamiento que, sin salir fuera de las vías católicas y sin cobardes condescendencias y transacciones con incrédulos é infieles, hiciese posible la aspiración de Jaime Freeman Clarke al terminar su obra sobre las *Diez grandes Religiones*, y al proclamar la cristiana como la religión definitiva é imperecedera del humano linaje: que no se amengüe la libertad del espíritu; que no se acepte con ceguedad lo que contradiga al sentido común; que no se achique ó mutile la ciencia por miedo de que triunfe de la fe; que ningún placer inocente, que ninguna natural alegría de la vida y que nada de cuanto hay de hermoso en la literatura, en el arte, en la sociedad y en el hogar doméstico, sea sacrificado; sino que todos los hombres vengan á Jesús y hallen en él el medio más poderoso de elevarse hasta su Eterno Padre y la revelación más cumplida de perdón, paz, esperanza y vida eterna, indispensable para el desarrollo perfecto y completísimo de nuestro ser humano.

En los jesuítas hay en nuestro tiempo una limitación y una estrechez de miras harto contrarias á las susodichas aspiraciones. Se olvidan de que la letra mata y el espíritu vivifica, y se olvidan de que el espíritu de verdad hará resplandecer toda verdad ante los ojos de los que le siguen.

JUAN VALERA.

LAS NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES

I

Lícito le es al hombre recorrer los distintos países de la tierra, pero sólo á su alma inmortal es dado viajar por todos los países *y por todos los siglos*.

Y si al espíritu, como al cuerpo, es provechoso siempre y necesario á veces ese *cambio de aires;* ¡cuán provechosas, y aun necesarias, no han de sernos las puras brisas natales del siglo de oro de nuestra literatura á los que en el último tercio del décimonono vivimos en atmósfera más ó menos inficionada de *realismos* y *naturalismos* en los dominios del arte! ¡Cuán agradable no ha de sernos aspirar aire puro, ambiente suave, rico de luz, de colores y de perfumes en las creaciones inmortales de Cervantes!

¿Qué importa que no hayamos de examinar su *Ingenioso Hidalgo?* El sol del genio *no se pone* en las obras de escritor tan ilustre, como el sol de la creación no se ponía en los dominios de aquel gran Rey, á cuyo servicio se halló *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.* Además, LAS NOVELAS EJEMPLARES, son, después de aquella obra sin igual, la más importante, que produjo la sublime fantasía del Príncipe de los Ingenios españoles.

II

Los griegos y romanos, maestros de nuestros escritores del siglo de oro, no conocieron la novela. Lo poco de este género, ó que á este género se asimila, que de ellos nos queda, es tan insignificante en sí, y hasta por el nombre de sus autores y por la época de decadencia á que pertenecen, que bien puede admitirse por entero la verdad de aquel aserto. Se comprende: faltó á esos pueblos la verdadera noción del hombre moral ó interior, elemento espiritual que es como el alma de la novela, hasta el punto de desconocer la misma dignidad humana. Hallábase, por lo menos, tan oscurecida, que con facilidad dejaban de verla en los esclavos, en las mujeres, en los bárbaros, en las muchedumbres... Ni les interesaba, pues, la vida y costumbres de éstos, objeto de la novela; ni daban la debida importancia al mundo moral de afectos y pasiones que cada uno de ellos llevaba dentro de sí; ni tenían, en fin, regla fija ó seguro ideal al que acomodar, y por el cual juzgar esos movimientos del hombre interior y sus acciones exteriores, como no fuera la ciega fatalidad del *Destino*. Por eso refirieron sus hazañas y ficciones, no á hombres, sino á dioses, héroes y semidioses, y las contaron ó cantaron en dos géneros literarios, abandonados luego casi por completo, precisamente por ese su carácter sobrehumano ó *poco humano*, si se me permite hablar así: el poema épico y la tragedia. Solamente en sus últimos tiempos trataron en la comedia objetos que podían ser asunto de novelas, y aun entonces fué mezquino y poco noble el círculo en que las encerraban, formado invariablemente por un padre, ó cruel y avaro en extremo, ó por todo extremo complaciente; su hijo, que le hurta ó estafa con ayuda del astuto esclavo; la madre, y una joven abandonada ó ro-

bada en sus más tiernos años, y que concluye por casarse con el anterior mancebo, con otras figuras secundarias como la del soldado fanfarrón y la del *parásito*.

III

Descubrió el cristianismo toda la grandeza del mundo moral, y elevó la dignidad del hombre y de todos los hombres, hermanos entre sí, hijos de Dios y rescatados con su sangre.

El elemento espiritual, la idea moral, pudo desde entonces dar vida y alma á la novela y referir ésta sus ficciones, no á dioses y semidioses, sino á hombres de todo estado y condición, presentándonos en deleitoso cuadro la vida humana con sus dolores y con sus alegrías, sus virtudes, sus pasiones y las luchas interiores del alma. Y al lado de los problemas que de esta manera planteaba, pudo darnos también su solución, mostrarnos el juicio que de ellos ha de formarse, hacernos, en suma, conocer y distinguir el bien y movernos á amarlo.

IV

Dice nuestro Cervantes en el Prólogo de sus NOVELAS EJEMPLARES: «y más que me doy á entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana». Y escribe más tarde en su *Viaje al Parnaso*, confirmando y explicando la misma idea:

«*Yo he abierto en mis novelas un camino*,
»Por do la lengua castellana puede
»Mostrar con propiedad un desatino.»

Que Cervantes dió gran importancia á su innovación se demuestra, no sólo por los párrafos transcritos, sino además por otros dos de la dedicatoria y prólogo de sus NOVELAS. A pesar de su singular modestia, escribe en la dedicatoria al conde de Lemos: «Sólo suplico que advierta vuestra excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que, á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, pudieran ponerse al lado de los más pintados.» Por el mismo estilo dice al lector en el Prólogo: «Sólo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, *algún misterio tienen escondido, que las levanta.*» Es, pues, indudable que nuestro autor creyó introducir una gran novedad con sus NOVELAS EJEMPLARES, y no únicamente con relación á su título de *novelas*, tomándolo del italiano, como algunos han creído.

Probar que realmente introdujo esa gran novedad, que sus novelas se distinguen hasta tal punto de las que les precedieron, que, sin violencia de lenguaje, puede afirmarse que forman un género literario aparte, y son las primeras que reunen las condiciones naturales y aun esenciales de la novela, será tanto como aclarar el punto más importante, y con mucho, entre cuantos ofrece el juicio crítico de las NOVELAS EJEMPLARES; descubrir «el misterio que tienen escondido que las levanta»; y mostrar, en suma, que no son inexactas ni pretensiosas en demasía, como algunos han juzgado, las afirmaciones que de ellas hace su egregio autor y más arriba quedan copiadas.

Examinar el estado del género novelesco á la aparición de las NOVELAS EJEMPLARES y los nuevos principios que éstas trajeron á él y nuevas condiciones en que lo colocaron, parece el medio natural de conseguir tan interesante y principal objeto.

V

En consonancia con las costumbres guerreras y caballerescas que el estado de anarquía y otras causas habían creado, ocupóse al principio la novela española (como las de otros países) en referir los encantamientos, prodigios é inauditos combates y proezas de los caballeros andantes.

Refugiose en días más ordenados, y como cansada de tan descomunales batallas y asendereada vida, en bosques y prados apacibles, entreteniéndose en poblarlos con pastores y pastoras, cuya vida se pasaba entre desmayos y suspiros, entre discretísimos y cortesanos coloquios y armoniosas músicas y dulces cantares, enamorándose, y metidos siempre en peregrinas aventuras, á la manera que la mitología había llenado los bosques sagrados de la Grecia con los no mucho más inverosímiles sátiros y ninfas.

Vino á poco, merced á nuevos hábitos de vida, y cuando el descubrimiento de las Américas daba ocasión á que se desarrollase el espíritu aventurero en los que marchaban á Indias, y el *picaresco* en los que trataban de vivir á expensas de los allí enriquecidos, la novela así llamada, *picaresca*, creación puramente española, en la que un *pícaro* cuenta sus aventuras y la vida y milagros de los amos á quienes sirve, y de las personas con quienes se roza.

Puede considerarse como novela semejante á la anterior (aunque mucho más antigua que ésta) la *Celestina*, con sus numerosas imitaciones, cuyos personajes son meretrices, rufianes y terceros.

Entrelázanse con todas las referidas las novelas, que dándose la mano con los libros de caballerías, relatan, como ellos, inverosímiles maravillas y prodigios, v. gr., la *Historia de los*

amores de Clareo y Florisea, á cuyos portentos se unen á veces alegorías, que nuestros autores copiaron muy principalmente de la literatura árabe, como sucede en la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, y los cuentos, como los antiquísimos de D. Juan Manuel y los del *Patrañuelo*, de Timoneda, tomados de Bocaccio y de otras partes.

Pueden, pues, clasificarse en esta forma las novelas que precedieron á las ejemplares: Caballerescas ó libros de caballerías, pastoriles ó fábulas pastorales, alegóricas ó maravillosas, Celestinas, picarescas, cuentos.

Refiérense las dos primeras á una sociedad y unos personajes y unos sucesos que ni han existido ni es posible que existan. Pecan, casi tan gravemente como las anteriores, contra toda verosimilitud, las que he denominado alegóricas y maravillosas. Aquellas, que, del nombre de la principal y notabilísima entre ellas, he llamado Celestinas y las picarescas, por su color subido (especialmente las primeras) y por la bajeza de las personas y sucesos que en ellas se tratan, faltan al fin moral de la novela y la limitan á un círculo ú obsceno ó cuando menos bajo. En los cuentos, pecan también unos por su color subido, y todos, á causa de sus diminutas proporciones, se hallan faltos de espacio para llegar á la verdadera novela.

He hecho caso omiso del precioso libro *Las Guerras civiles de Granada*, porque esa y las demás novelas históricas ó precedentes de ésta, forman un género especialísimo y completamente aparte.

VI

Era, pues, necesario, si había de existir la verdadera novela, que aspirase á algo más que á ocuparse *en cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos y sin*

verdad alguna; es decir, sin verosimilitud, sin aplicación al mundo real ni parecido con éste, como á propósito de las fábulas pastorales escribe nuestro autor en el *Coloquio de los Perros*, y pudo decir también, y con repetición lo dijo en el *Quijote,* de los libros de Caballería; que cuando abrigase aspiraciones á pintar ese mundo real, no lo encerrase en la estrechez de un cuento, ni lo limitase al círculo obsceno de las Celestinas ó al bajo de las picarescas, ni nos lo mostrase tal como lo juzga un *pícaro,* sino desde más nobles, generales y verdaderos puntos de vista; que no faltase, en fin, á la moral en el fondo ni en la forma. Así lo comprendió Cervantes y á maravilla lo realizó en sus NOVELAS EJEMPLARES.

¿Será necesario insistir mucho ni poco para que se crea que en lo de pintar costumbres y retratar caracteres es en efecto verosímil, natural, verdadero é incomparable? ¿No es cierto que al leerlo no parece sino que asistimos á la bulla y desorden de los mesones, y los gritos y las riñas y los venteriles regocijos penetran en nuestros oídos y se entran por nuestros ojos? ¿No llegamos á conocer *el cautiverio de Argel*, como si en él hubiéramos acompañado al más ilustre de sus cautivos? ¿No parece, para fijarnos en alguna de sus descripciones, que verdaderamente entramos en la famosa ciudad de Sevilla «que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes» y penetramos en sus casas y alegres patios, y admiramos «la grandeza y suntuosidad de su mayor Iglesia» y el Estudio de la Compañía de Jesús con «el término, la solicitud y la industria, con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños», y vemos llegar numerosos extranjeros *en días de vendeja*, y nos perdemos entre el *concurso de gente del río en tiempo de cargazón de flota,* y hacemos conocimiento con todo linaje de personas, desde los ricos mercaderes «que mostraban su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en la de sus hijos», y desde «ese género de gente ociosa y holgazana, á quien comúnmente suelen llamar gente

de barrio» hasta los *alguaciles, giferos, muchachos de la esportilla (ladrones para servir á Dios y á la buena gente)* y demás *rufianes de la congregación de Monipodio?* ¿No presenciamos con envidia la vida estudiantil, en la que «se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose?» ¿No sentimos que se alborota la imaginación y bulle la sangre, al acompañar camino de Flandes ó á otras aventuras á la inquieta y alegre juventud? ¿No reposa apacible el ánimo y respira sosiego, llaneza y cristiandad en las pacíficas moradas, condición y vida ordenada y piadosa de los buenos hidalgos y caballeros principales de aquellos tiempos? Y los caracteres de todos estos, y el del celoso viejo casado con mujer joven y hermosa, «ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones de dueñas de monjil negro y tendido y tocas blancas y luengas», y el del *curioso impertinente* (que puede y debe contarse y se cuenta entre las NOVELAS EJEMPLARES) el cual, con partes «que suelen ser el todo, son que los hombres suelen y pueden vivir contentos (vivía) el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo», y los de tantos otros ¿no están pintados... como de mano de Cervantes? Con sólo emplear una ú otra palabra nos descubre á veces la maestría de esa mano, como cuando hablando de la primera entrada que la hermosa *Gitanilla* hizo en Madrid, dice: «y corrían los muchachos *á verla* y los hombres *á mirarla.*»

Ni hay necesidad de añadir que á la verdad de los cuadros y caracteres acompaña la verosimilitud de los hechos; pues que ésta es consecuencia de aquélla ó, si se quiere, su natural compañera.

Y no se limitan esos admirables cuadros de costumbres, esos interesantes y diversos hechos á determinado círculo de gentes. Refiérense, por el contrario, las NOVELAS EJEMPLARES á todo linaje de personas, caracteres y circunstancias. Ni ven y aprecian el mundo al modo de aquellos calaveras que cono-

cen tan sólo la mala parte de él, y desde tan limitado y erróneo punto de vista desenfadadamente lo juzgan, y torpemente se equivocan; que tal era la idea que del mundo hacían formar las novelas picarescas y éste el defecto en que incurrían.

Pues si pasamos ahora al otro requisito esencial de la novela, del que algo queda dicho en lo que antecede: la moralidad, vemos que Cervantes escribe en el prólogo á las suyas. «Y así te digo (otra vez, lector amable), que destas novelas que te ofrezco, en ningún modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere.» Insiste en la misma idea y concluye ponderándola de ésta manera. «Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya (dice con encantadora naturalidad) para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.» Abundando en las mismas ideas escogió su título. «Heles dado el nombre de *Ejemplares* (dice en el mismo prólogo), y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso, y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí.»

He de limitarme á manifestar en este punto, que pues Cervantes comprendió tan bien la importancia de la moralidad en las novelas y con el calor que hemos visto se expresó en la materia, y pues le sobraba entendimiento para cumplir propósitos tan firmes, y creyó, en efecto, haberlos cumplido, los cumplió sin duda; que también yo temo alargar dema-

siado *este sujeto,* mostrando el *sabroso* y *honesto fruto, que se podría sacar así de todas juntas como de cada una de por sí* de sus novelas, y hacerme pesado si insisto en cosas de todos conocidas y sabidas.

Si volvemos ahora la vista á los encantamientos y prodigios de los libros de caballerías y á las no menos inverosímiles fábulas pastorales, y á la obscenidad de las Celestinas, y á la bajeza de las picarescas, y á los cuentos inmorales y de color subido unos, encerrados en pocas líneas todos, y á las historias maravillosas, como la de *Clareo y Florisea,* que puede aspirar á parecerse de lejos al *Persiles,* hemos de confesar que es grande la distancia que hay de todo eso á las NOVELAS EJEMPLARES; que hicieron éstas dar un paso de gigante al género novelesco, que forman época, y, en suma, que Cervantes creó la verdadera novela, noble y honesta, moral y verosímil.

VII

Y digo que la creó, porque ni en las literaturas extranjeras pudo encontrarla. La más adelantada entre esas literaturas, la única que se adelantó á la nuestra y que fué muy imitada por nuestros insignes escritores, fué la italiana. Ahora bien; los cuentos de Bocaccio eran todo lo que ésta había llegado á producir en lo que, aunque impropiamente, podemos llamar novela de costumbres; porque por largo tiempo se dejó sentir en esa literatura la influencia del autor famoso del *Decameron,* y tuvo numerosos imitadores, los cuales, según el autorizado y no sospechoso testimonio del italiano César Cantú en su *Historia Universal,* y de otros, convirtieron la novela italiana de esos tiempos en impuro lodazal.

Sea de esto lo que quiera, es grande el abismo que separa á los cuentos de Bocaccio, cortos, como todo cuento, y sin otro fin muchos de ellos que promover la risa y halagar la sensua-

lidad, y á todas sus imitaciones, de las NOVELAS EJEMPLARES de Cervantes.

Extendióse á Francia la influencia de Bocaccio, como lo prueban la colección titulada *Cent nouvelles nouvelles du roi Louis XI* y el *Heptameron* de Margarita de Valois. En 1535 se publicó la *Vida inestimable del gran Gargantúa,* por Rabelais, libro satírico lleno de alegorías y de alusiones. Pertenecen á la primera mitad del siglo XVII, las llamadas *novelas largas (longs romans)* de d'Urfé, Magdalena Scuderi, etc. Comprende alguna de ellas nada menos que veintitrés volúmenes. Semi-pastoriles y semi-heroicas, monótonas y pesadas, llenas de aventuras inverosímiles, de discretísimos y eternos diálogos y de alegorías, y sobrecargadas con innumerables episodios, extraños al asunto principal, su lectura se haría hoy insoportable. Y sin otra cosa digna de notarse en el género especial de que tratamos, llegamos á Mad. de Lafayette y sus obras, y especialmente su *Princesa de Cleves.*

Dice M. Lefranc, en su *Historia de la Literatura francesa,* que puede considerarse á esa autora como la creadora de la novela moderna (peut être regardée comme la creatrice du roman moderne). Y el distinguido crítico é historiador apoya así su afirmación: «En las novelas anteriores (les *longs romans ó novelas largas* de que he hablado), por disfiguradas que estuviesen ó aparecieran por los grandes nombres de la antigüedad y por lo empalagoso de un amor pretensioso ó falso, existía cierto nuevo y puro sentimiento de moralidad que, mejor comprendido y desarrollado, debía constituir el fondo é interés natural de la novela. Así lo comprendió Mad. de Lafayette, y en esto está el secreto del éxito de su obra *Zaida,* y más aún de su *Princesa de Cleves.* Encuentra en ellas el lector aventuras verosímiles, escritas de una manera interesante y llena de elegancia, y sentimientos verdaderos, expresados con delicado tacto y naturalidad. Nunca han sido pintadas con mayor decoro las pasiones y sus luchas con el sentimiento del deber.»

«Mad. de La Fayette peut être regardée comme la creatrice du roman moderne. Dans les romans, qui la precedèrent, si défigurés, qu'ils fussent par les grands noms de l'antiquité et par les fadeurs d'une tendresse prétencieuse et fausse, il avait bien *un sentiment nouveau de pureté morale, qui, mieux saissi et developpé devait faire le fond et l'intéret natural du roman.* Ce fut le secret de Mad. de La Fayette; c'est la merite de *Zaide* et surtout de la *Princesse de Cleves.* On y trouve *des aventures raisonnables ecrites avec interet et elegance, des sentiments vrais exprimés avec un tact delicat et naturel, jamais la passion combattue par le devoir n'a eté peinte avec plus de reserve.*» (M. Lefranc, en la obra citada). En suma: M. Lefranc cree que Mad. de La Fayette fué la primera en dar á la novela sus condiciones naturales y puede ser considerada por esto como la fundadora de la novela moderna; porque hizo del sentimiento moral la base de ésta; porque relató aventuras verosímiles y expresó sentimientos verdaderos y naturales; y porque pintó con un decoro desconocido hasta entonces las pasiones humanas y sus luchas con el deber.

Aplica, pues, éste historiador al examen de las novelas de su ilustre compatriota el mismo criterio que yo he aplicado al de las *Ejemplares*; porque ¿qué otra cosa he pretendido yo hacer ver, sino que el mérito principal de éstas consiste en haber reunido esas naturales y aun esenciales condiciones, que no reunieron las anteriores: verosimilitud en los hechos, verdad y naturalidad en los sentimientos, moralidad en el fondo, decoro en la forma, para usar las palabras mismas del escritor francés? No se extrañará, por consiguiente, que me haya detenido algo en citarlo y comentarlo. Ahora bien; el mérito y la gloria que atribuye en su libro á Mad. de La Fayette, ¿pertenece de derecho á ésta ó á Cervantes? La contestación no es dudosa: *La Princesa de Cleves* se publicó en 1678; Las Novelas Ejemplares se habían publicado sesenta y cinco años antes, en 1613. Y no sólo se habían publicado, sino que se habían traducido al francés y eran muy leídas y apreciadas en

Francia y muy recomendadas para el estudio de la lengua castellana, como consta en documentos auténticos muy vulgares y conocidos. Las conoció, pues, indudablemente Mad. de La Fayette, y es de creer que tuvieran en sus obras mayor y más saludable influencia que las *novelas largas* de principios del siglo.

Estas *novelas largas* son también posteriores á las *Ejemplares*, pues el primer tomo de la más antigua de entre ellas, *La Astrea*, de d'Urfé, se publicó en París en 1610, época en que andaba ya por aquella ciudad la traducción francesa de *El Curioso Impertinente*, por Carlos Oudin (1608), y cuando Cervantes debía tener escritas las demás, aunque no las publicó hasta tres años más tarde; pues al publicar en el *Quijote* la citada, añadió *que aún quedaban otras en el cartapacio*, y en otro capítulo, cita entre estas otras la de *Rinconete y Cortadillo*. El segundo tomo de *La Astrea* no se publicó hasta 1620.

VIII

Ni en la literatura patria, ni en la italiana, ni en lo que pudo conocer de la francesa, halló, pues, nuestro ilustre autor nada que se pareciese á sus NOVELAS EJEMPLARES.

Este es, en mi opinión, su mérito principal, y esta la razón del especialísimo y muy importante lugar que ocupan, ó deben ocupar, en la historia de la literatura.

Para comprenderlo cumplidamente, debemos distinguir en ellas (como en toda obra de época más ó menos remota) lo esencial y lo accidental, lo que refleja los principios eternos de la belleza y lo que es hijo de las condiciones mudables de los tiempos, que es á lo que suele llamarse *color de época*. Este color, á que la vista no está hecha, choca desde luego en los libros antiguos, y hasta impide á veces apreciar los méritos y gustar las bellezas que bajo él se encubren y ocultan.

Ha de notarse ante todo en este punto que ni un escritor, por grande que sea su ingenio, y aunque se llame Cervantes, que es cuanto puede decirse, puede sustraerse *por completo* al influjo de su época, ni lo hace, á veces, aunque pueda y sepa hacerlo, por no oponerse al gusto del público para quien escribe. Nuestro autor, que tan bien comprendió y cumplió en las NOVELAS EJEMPLARES las condiciones de éstas, dejóse llevar de la común corriente en su *Galatea,* en su *Tía Fingida* y aun en su *Persiles y Segismunda*, novelas, todas tres, hechas al estilo de otras que estaban en uso, las que he denominado *pastoriles, celestinas* y *maravillosas*. Dió también, siguiendo la moda, corte picaresco á *Rinconete y Cortadillo* y al *Casamiento engañoso,* aunque sin hacerles perder su carácter de ejemplares, ni su conveniente decoro.

Hemos de considerar también que, temiendo, como temió y no podía menos de temer, el fallo del público sobre la gran novedad que le ofrecía, hasta el punto de retardar la impresión de su obra y de enviar por delante, como exploradores, digámoslo así, del escabroso terreno de la opinión pública, *El Curioso Impertinente* y *El Cautivo*, ni pensó, ni podia pensar en dar á sus NOVELAS EJEMPLARES la extensión y proporciones que han llegado á tener muchas en tiempos posteriores.

Al apreciar su verosimilitud (cualidad que de ningún modo puede negárseles) ha de tenerse muy presente que la imaginación ejercía entonces un predominio é influencia que ahora ha perdido, quizá más de lo justo, como lo han notado y criticado muchos, y entre ellos, ya que de novelas hablo, el insigne novelista inglés Dickens en su preciosa obra *Los Tiempos difíciles (Hard Times)*, escrita sólo para eso. De aquí que seamos nosotros mucho más exigentes que los antiguos, tal vez sobrado exigentes, en esto de la verosimilitud.

Sin necesidad, y como de propósito deliberado, la sacrificaban aquellos á veces, hasta cierto punto, teniendo por *discreción* el desviarse así del camino llano en la exposición de los hechos, por discurso parecido, sin duda, al que hizo pasar

por discreto el lenguaje *culto*. Se ve esto en dos pasajes, entre otros, de *La Española Inglesa* y de *La Señora Cornelia*. Aun á trueque de prolongar aflicciones y retardar venturas, prepara y dispone Ricaredo, de una manera *teatral*, en la primera de aquellas novelas, el reconocimiento de Isabel por sus padres, y la reina le dice: «Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra *discreción* se han ordenado estas vistas.» Y en la segunda hace creer el duque de Ferrara á Lorenzo que no piensa ya en casarse con su hermana Cornelia, á lo que el deber y el honor le obligaban, sino con una hermosísima aldeana, y al mostrarla resulta que es la misma *Señora Cornelia*, y dicen entonces al duque: «que ha sido la más *discreta* y más sabrosa burla del mundo». La nota de *discretos*, aplicada á los fingidos autores de tales escenas, recae naturalmente en el autor verdadero de ellas. Gustaban mucho entonces todas estas cosas, si se presentaban adornadas con ricos atavíos de estilo y de lenguaje, y era de rigor servirlas alguna vez al público, ansioso de ellas.

Ha de achacarse también al mismo gusto del público cierta inferioridad, cierto desmayo y languidez en las novelas que podemos llamar *amatorias*, con relación á las otras, que denominaremos *de costumbres* ó *de género*. Pedía ese gusto aquellos amores repentinos y con tal facilidad y en extremo correspondidos, aquel disfrazarse las mujeres enamoradas (como lo hacen las *Dos Doncellas*), aquellos coloquios eternos y discretísimos en fin, de que tantos ejemplos nos dan los libros, y sobre todo la escena de ese tiempo. Y por satisfacer en alguna manera las exigencias del público (cuyo fallo de su nueva obra tanto temía, como hemos visto), escribió Cervantes sus novelas amatorias, esforzándose por acomodarlas al gusto reinante. Pero su talento le hacía comprender que todo aquello, aun en su época, no era natural ni verosímil; su conocimiento de los hombres le llevaba á considerar las cosas de una manera muy distinta; los sucesos mismos de su agitada vida, sus continuas peregrinaciones y penalidades, le movían á mirar el espec-

táculo de este mundo más bien por el lado de los desengaños. Estorbábanle así, en vez de ayudarle, su talento y mucho conocimiento del mundo, y su genio incomparable tenía como que encogerse y estrecharse para poder pasar por las angosturas que se le imponían. Pero en medio de las largas y algún tanto empalagosas relaciones á que un amor puramente arbitrario y convencional le obligaba, ¡cómo se hace admirar cuando las interrumpe, y, libre de trabas, ve el mundo tal como es, mejor dicho, como él sabe verlo y escudriñarlo! Así pinta el protagonista de una de esas novelas *(El Amante Liberal)* á su rival, Ascanio Rótulo: «mancebo galán, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz melíflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados». Pues de la misma manera escribe sus novelas *de género* ó *de costumbres*, en las que, libre de esas ligaduras, de que he hablado, puede ostentar toda la superioridad de su ingenio.

Queda ya dicho que la moralidad de las NOVELAS EJEMPLARES se extiende al fondo y á la forma, al fin y á los accidentes, á las ideas y á las palabras, de las que dice nuestro autor en *El Coloquio de los Perros* que «las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe». Pero aunque esto sea así, y haya sido reconocido por todos, no estará de más, para que mi trabajo quede completo en el punto que voy dilucidando y en la medida que mis fuerzas lo consientan, que haga aquí dos reflexiones con respecto á la libertad del lenguaje, que (no sin razón) se achaca á nuestros escritores del siglo de oro, por si algún lector meticuloso necesitase hacer uso de ellas para salvar facilísimamente el decoro de alguna palabra ó de alguna frase en las NOVELAS EJEMPLARES, que brillan, repito, por su lenguaje decoroso y honesto, como por sus demás cualidades morales. Es la primera de esas reflexiones que, así como en materia de linajes, según nos dice D. Quijote, hay «unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el

tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores», del mismo modo pierden y ganan nobleza y decoro las palabras, merced al movimiento de flujo y reflujo, que es tan propio de las lenguas vivas, como de los linajes sociales y de cuanto tiene vida moral ó material. No es, por esto, difícil equivocarse al juzgar del decoro de las frases con relación á una época algo remota.

Es la segunda de dichas reflexiones no menos importante que la anterior y referente al conjunto de las frases é ideas significadas, como aquella á cada palabra ó frase por sí: que en el lenguaje, como en el vestido y en todas las demás exterioridades y apariencias, hay algo y mucho de convencional, y parece deshonesto y libre en demasía en unos tiempos y lugares lo que no lo es en otros. Y no deja de suceder que lo que no se repara en la sencillez de la aldea, choque y escandalice en la corrupción de la corte: que muchas veces, cuando de exterioridades y apariencias se trata, más está la deshonestidad en la malicia de quien la nota que en la sencillez de quien, al parecer, la practica.

IX

He llegado al final de mi trabajo. Creo haber probado en él clarísimamente que las novelas anteriores á Cervantes no cumplieron las condiciones naturales de la novela y que las *ejemplares* de este autor cumplidamente llenaron todas esas condiciones. *Abrió, pues,* como él dice, *una nueva senda en sus novelas,* y fué, en tal sentido, *el primero que noveló en lengua castellana* (y aun en toda lengua); cosas que han negado unos y han explicado otros de una manera poco satisfactoria é insuficiente, y yo me he propuesto justificar, contribuyendo así

á que desaparezca la nota de inexacto y pretensioso, que iba unida, en este caso, á la memoria del más ilustre, más modesto y más bueno de todos nuestros escritores. Sea éste nobilísimo motivo, que ha puesto la pluma en mis manos, excusa suficiente para lo atrevido de mi empresa. Otra razón me ha movido también, aunque en segundo lugar, á intentarla, olvidando lo débil de mis fuerzas; la convicción en que me hallo de que ni á las NOVELAS EJEMPLARES se les ha dado toda la importancia que realmente tienen, ni la crítica las ha examinado con el detenimiento debido. Les ha perjudicado indudablemente, en éste punto, la fama del *Quijote*, que se ha llevado tras sí todas las atenciones, todas las alabanzas y toda la crítica literaria.

Al limitarme yo al punto de vista, que he elegido, he tenido que prescindir de otros, y más de una vez he dirigido desde el fondo de mi alma á tantas y tantas bellezas como en el examen de esa obra á cada paso llaman y solicitan la atención, las sentidas palabras del prólogo del *Persiles* «Adiós, gracias, adiós, donaire, adiós, regocijados amigos» los personajes, digo, de sus novelas.

No concluiré sin hacer notar que los contemporáneos de Cervantes no participaron del desdén relativo con que nosotros hemos mirado sus NOVELAS EJEMPLARES. Llamó la atención la novedad del género y tuvo muchos imitadores, siendo cosa digna de notarse que aunque estos fueron, entre otros, un *Lope de Vega* y un *Tirso de Molina*, todos quedaren muy atrás de su modelo, por más que, como éste dice en el *Coloquio de los perros: sea cosa fácil añadir á lo ya inventado.*

EL MARQUÉS DE CASA-TORRE.

RECUERDOS

Al romper el día me despertaron, anunciándome que íbamos á entrar en el puerto.

Me vestí á toda prisa, y subí á cubierta.

Había dormido ocho ó nueve horas. La terciana había pasado, y ya estaba libre para seis ú ocho días.

Me sentía perfectamente bueno. La cabeza despejada, el cuerpo ágil. Ni debilidad, ni cansancio. Y por todo mi espíritu circulaban olas de placer. Un placer del orden moral, pero tan grande que casi tenía la fuerza del placer físico.

¡Es tan alegre entrar en el puerto al amanecer; y Cartagena tenía para mí tantos recuerdos!

Durante mi niñez, Cartagena había sido siempre para mí ó la alegría real durante una corta temporada de doce ó quince días cada verano, ó la esperanza de esa alegría en el resto del año.

Cuando llegaba el mes de Agosto hacíamos los preparativos para el acostumbrado viaje á Cartagena, ¡y aquellos preparativos eran tan alegres!

Salíamos de noche, á las diez ó las once, en nuestra tartana muy limpia, muy alegre, casi lujosa; con sus cortinillas de seda, su lona flamante, sus dobles cortinas de hule para caso de lluvia, y sus dobles asientos bien almohadillados.

Eso sí, la tartana estaba montada directamente sobre el eje, sin muelles ni resortes de ningún género, porque estos eran lujos en aquella época, que sólo estaban al alcance de los potentados, y nosotros éramos clase media, bien acomodada, pero clase media al fin.

De todas maneras, yo recuerdo que la tartana era muy mona; y aunque el movimiento era infernal y muy propenso á que echásemos los pulmones y los hígados por la boca, aquel traqueteo y aquellas sacudidas antojábaseme, que eran caricias, que el vehículo me hacía en estilo brutal, pero franco y simpático.

Después, es decir, en época muy posterior, cuando fuí ministro, tuve coche, única época en que lo he tenido; pero nunca el vehículo oficial me ha proporcionado las sanas y puras alegrías, que aquella modesta tartana montada sobre el eje.

De la tartana tiraba una mula, también nuestra. Un hermoso animal. ¡Qué fuerte! ¡Qué gorda! ¡Qué redondas las ancas! ¡Qué lustrosa la piel, y qué bien cuidada!

La mula era el niño mimado de la casa. Constantemente bajábamos á la cuadra á ver si le habían dado de comer, si tenía sed, si estaba por acaso triste.

Mi madre le bajaba grandes pedazos de pan ; y cuando la mula la sentía bajar, volvía la cabeza á ver si le llevaban la golosina, y encogía un poco el belfo, así como si quiera sonreir.

Es una crueldad de la naturaleza haber dado la sonrisa al ser humano, que á veces hace tan mal uso de ella, y no habérsela dado á ciertos animales mansos y simpáticos, que jamás la mancharían con dulzarrones pliegues de traición y mentira.

*
* *

Si siempre estaba bien cuidada nuestra mula, la víspera y la noche del viaje, los extremos que hacíamos eran superiores á toda ponderación.

Ya á las diez ó diez y media estaba la tartana en la calle, la mula enganchada, mi madre, mi padre, mis hermanos y yo, y alguna niñera dentro de la tartana, que apretándonos bien todos cabíamos. Y nuestro criado Bernardo, un mozo valiente, robusto, uno de los liberales más entusiastas de Alguazas, y que había sido—como decía mi padre—de la guardia imperial del marqués de Camacho, ya estaba cogiendo la mula por la rienda y haciendo crujir, con su brazo poderoso, el látigo.

¡Aquel brazo que había manejado el trabuco en defensa de Espartero, y que había de manejar el año 56 el fusil en las calles de Madrid en defensa de Espartero siempre!

Tengo que sujetar los recuerdos, porque en tropel y revueltos acuden á mi memoria, y todos piden vida y plaza y una caricia de mi mano de niño ó una frase cariñosa en este ocaso de mi existencia.

* * *

Pues arrancaba la tartana, cruzábamos las calles con un traqueteo infernal, pasábamos el puente, pasábamos la Alameda, pasábamos la iglesia del Carmen, y seguíamos hacia adelante camino de Cartagena á pasar nuestra temporada de baños en la tradicional y noble población.

Al subir el puerto de la Cadena nos bajábamos todos y lo subíamos á pie para que no se fatigase mucho nuestra hermosa mula, que aunque era fuerte, era regalona y estaba acostumbrada á mimos; y más se complacía en llevarnos de paseo alrededor de la glorieta, luciendo su cabezón cuajado de borlas de seda roja y haciendo sonar sus alegres campanillas, que en este viaje de nueve leguas, por mal camino, en día abrasador de verano y tirando de toda una familia bajo el severo látigo de Bernardo el progresista de Alguazas.

Verdad es, que tampoco mi madre permitía que le pegase, ni siquiera que amenazara á su mansa y querida mula.

*
* *

Y luego ¡qué regocijado el amanecer! ¡Qué luces en el horizonte! ¡Qué salida del sol por aquellos campos! ¡Qué alegre todo; hasta el polvo del camino; hasta el calor de la mañana; hasta el fuego abrasador del Mediodía; hasta la sucia y destartalada venta en que nos deteníamos para comer y para descansar durante las horas de siesta!

Y sobre todo, ¡qué alegre la caída de la tarde, cuando al dominar un repecho se descubría Cartagena y la línea azul y redonda del mar, recortada, al parecer, en el cielo!

Ya hemos llegado. Ya estamos en la casa de huéspedes, en un callejón estrecho, que me parece que estoy viendo en este momento. Está muy cerca del puerto. En la misma casa y en el piso á nivel de la calle hay una tienda de pescado frito. El olor á aceite sube hasta nuestras habitaciones entre risotadas ó disputas de la gente que va á comprar á la tienda.

Todo esto me parecería hoy sucio, grosero y repugnante. En aquellos años de mi niñez la risa de las mujeres, el olor á aceite frito, la brisa del mar y los lejanos ruidos del puerto, formaban una atmósfera de indecible regocijo y de infantil alegría alrededor de los ocho ó de los doce años de mi niñez.

Y luego ir á una de las barracas del muelle con mi padre, y bañarme en aquellos barracones de esteras tan sucios y tan mal pergeñados, pero en que entraban libremente las olas del mar y el vientecillo del puerto y el ruido de sus faenas.

¡Ah! ¡Cuántos de estos recuerdos, para los demás insustanciales, para mí conmovedores y divinos en medio de su sencillez, me asaltaban al pasar junto á la losa en el vapor en que venía de mi primera expedición de ingeniero!

Allí está el castillo de Galeras. Allí está el castillo de la Atalaya. Un día de tempestad cayó un rayo y mató á un soldado: y mientras el vapor penetraba francamente en el puerto, después de pasar la losa, me puse á pensar en aquella tempestad y en aquel pobre hombre; y no pude menos de decir en voz alta: «¡Pobre soldado!» Un pasajero que estaba junto á mí, me miró con extrañeza y me pregunto: «¿Qué soldado?» —«Uno á quien mató un rayo» —le contesté con naturalidad. —Y el pasajero me miró otra vez, y debió pensar que yo no andaba bien de la cabeza.

Y yo, entretanto, bebía con los ojos y con ansias de hidrópico todos los accidentes del puerto, recordándolos uno por uno y animando cada uno de ellos con algún recuerdo de mis primeros años.

De este modo vive y se anima la naturaleza cuando el hombre coloca en ella sus recuerdos.

La naturaleza sin recuerdos, que la espiritualicen, es algo así como un cadáver que viaja aburrido por el espacio insustancial.

*
* *

Sí, todo lo recuerdo: allí está Santa Lucía. En el muelle nos embarcamos una tarde para ir á ver una fábrica de cristal que en el barrio de Santa Lucía funcionaba por entonces. Nos embarcamos—digo—mi padre, mi madre y yo, y creo que otras dos señoras; y aunque el mar estaba muy revuelto y el viento soplaba con fuerza, empeñóse el marinero, á pesar de nuestras protestas, en que habíamos de ir á la vela.

Pero se encresparon las olas, arreció el viento, se inclinó la lancha, para nosotros de una manera aterradora, las mujeres empezaron á encomendarse á todos los santos, juraban el marinero y el chico que le ayudaba por todos los diablos, y la verdad es que andábamos muy apurados.

Tanto es así, que por Cartagena corrió la voz que la familia Echegaray se había ahogado frente á Santa Lucía.

Al fin y al cabo el marinero empezó á recoger la vela, y en aquella operación, que se hizo apresuradamente y de mala manera, la vela me pegó en la gorra y me la arrojó al mar.

Esto dió al traste con los pocos ánimos que me quedaban, y atropellada ya mi dignidad, rompí á llorar desesperadamente.

«No llores, hermoso—me dijo mi padre,—que yo te compraré otra gorra.» Y yo le contesté haciendo pucheros: «No lloro por la gorra, que lloro por la vida.» Frase memorable, que por muchos años se conservó en la familia como prueba evidente de la precocidad de mi talento.

Y mientras recordaba yo todo esto en pie sobre la cubierta del vapor y mirando á Santa Lucía, me vino á los labios aquella frase, y ya iba á decir «no lloro por la gorra, lloro por la vida», cuando observé que el pasajero de antes tenía clavados los ojos en mí con cierta curiosidad, y no me atreví á explayar mis sentimientos en voz alta.

***

Al fin desembarqué, y me detuve todo aquel día en Cartagena, recorriendo sus calles y sus plazas, visitando por fuera las casas de huéspedes en que había estado uno y otro verano con mi familia, sin olvidar la taberna del pescado frito, sin olvidar tampoco aquella calle de los Cuatro Santos (creo que así se llamaba) en que pasé una temporada sumamente agradable en casa de un amigo de mi padre llamado D. Luis Vicén, donde—quizá por vez primera—se ejercitó mi buena ó mala, pero entonces espontánea inventiva dramática, porque me pasaba el día contándole cuentos á la madre de D. Luis Vicén, cuentos en que había muchos caballeros cubiertos de resplan-

decientes armaduras y muchas castellanas con trajes cuajados de piedras preciosas.

Y fueron tan célebres aquellos cuentos en mi familia, que desde entonces no me llamaron más que el niño de las piedras preciosas.

En la calle de los Cuatro Santos de Cartagena estuve parado buen rato contemplando la casa de los miradores, en que doce ó trece años antes contaba yo mis cuentos de las fantásticas pedrerías.

Todos los recuerdos de la niñez lo son, y lo más baladí, lo más insignificante, el más disminuto suceso, todo brilla á lo lejos como piedra preciosa, verdadera ó falsa, importa poco; porque la luz del amanecer en la vida, como en la naturaleza, todo lo ilumina con vivísimos reflejos: un poco de espuma, un vidrio roto, una concha de la playa son piedras preciosas, tan preciosas como si fueran verdaderas.

*
* *

Un día estuve en Cartagena evocando recuerdos y gozando con ellos; y al día siguiente salí para Murcia, donde me detuve dos días.

Y ¡cuánto gocé en Murcia! Siete años faltaba: ya nadie me conocía, ni yo quise presentarme á ninguno de los amigos de mi familia.

Mi mayor regocijo fué recorrer durante aquellos dos días las calles y las plazas, los paseos y los alrededores, el estrecho callejón donde vivía mi maestro de primeras letras, y los claustros del Instituto, por los que di tantas vueltas en los cuatro años de la segunda enseñanza.

Por todas partes iba recogiendo recuerdos y dándoles nueva vida. ¡Cuántas veces había paseado por la Platería y por la Trapería! ¡Cuántas procesiones de Semana Santa había

visto con sus maravillosos Pasos de Zarcillo; con su música, que generalmente tocaba la marcha fúnebre de *Beatrice di Tenda;* con sus nazarenos encaperuzados con caperuzas tan altas que algunas llegaban casi á los balcones de los pisos principales, con sus penitentes descalzos y con enormes cruces á cuestas; y los menos graves, de caperuzas chiquitas, que iban repartiendo caramelos!

Y las noches del Viernes Santo, ¡cuántas veces me había mandado mi madre vestido de negro y con un hachón encendido á acompañar la procesión del Santo Sepulcro! Todas aquellas luces, todos aquellos farolitos encendidos también brillaban en lo pasado como cascada de piedras preciosas corriendo á lo largo de la calle de la Trapería.

Y pasando de lo sagrado á lo profano, ¡cómo despertaban en mi memoria mis pequeñas aventuras de estudiante, que ni eran aventuras, ni por lo diminutas podría distinguirlas nadie que no fuese yo!

Una calle había, y en la calle una casa, con unas rejas bajas, que despertaron en mí memorias bien extrañas y bien inocentes.

Por aquella calle pasaba siempre para ir á casa de D. Santiago Soriano á dar mi lección de latín; y habíase apoderado de mi espíritu de niño una singularísima superstición.

¡Por qué será tan supersticioso el género humano! En la masa de la sangre lo tiene. No necesita aprenderlo; el atavismo de la superstición brota desde los primeros años espontáneamente, y á poco que la imaginación ayude atropella á la razón y al buen sentido.

Al pasar por aquella calle, repito, me asaltaba todos los días este temor supersticioso: que si por casualidad volvía la vista y veía las ventanas bajas junto á las cuales pasaba, era señal cierta de que aquel día no iba á saber la lección. Con lo cual, al entrar en la calle todo se me volvía volver la cabeza hacia la derecha para no fijar mis ojos en las fatídicas ventanas.

Y, sin embargo, ¡con que misteriosa y malévola intención me solicitaban y atraían!

Por aquella calle pasé también y me harté de mirar las maliciosas ventanas con verjas de hierro, como diciéndolas: «á pesar de vuestros negros y apretados barrotes he sabido siempre mis lecciones en la Escuela de Caminos y he tenido siempre, sin faltar una sola vez, nota de sobresaliente; y he sido el número uno de la promoción en los cinco años de la carrera: con que ahora bien podéis apretar vuestros hierros; y ennegrecerlos aún más: y hacerme las cruces al cruzarlos, que no me dais miedo, y á fuerza de trabajo y de voluntad he vencido vuestro maléfico influjo.»

Tonterías de un niño de veintiún años, que era por entonces casi tan niño como á los nueve ó los diez.

Y no cesé en el poco tiempo que permanecí en Murcia, de ir recogiendo imágenes de mi niñez, que al lector le parecerán insípidas y ridículas, que para mí son aún hoy mismo encantadoras y graciosísimas.

También visité los dos memorables sitios de mis dos únicas y heroicas empresas.

Yo no he sido nunca camorrista, ni cuando niño fuí peleador, ni á nadie he provocado jamás.

El ser humano siempre me ha merecido respeto, aun á veces sin merecerlo, y aun adonde el respeto no podía llegar ha llegado siempre la buena educación.

De aquí resulta, que sólo dos veces me he *peleado* con otros chicos, y estas dos hazañas voy á referirlas puntualmente, para que en su día la historia las archive con las propias hazañas de Aquiles y del Cid Campeador.

La primera *pelea* que sostuve fué á los diez años; no precisamente bajo los muros de Troya ni ante las árabes murallas de Valencia, sino en la plaza de San Bartolomé, contra la pared de una casa que hace frente á la iglesia y teniendo por espectadores de mis proezas á las numerosas cabras de un rebaño por la plaza caprichosamente esparcidas.

Tenía yo gusto en bajar todas las tardes con mi hermanito de la mano y con un gran jarro de cristal á comprar una azumbre de leche.

Y había de ir solo: el que me acompañase un criado me molestaba y me humillaba lo que no es decible.

Y solo fuí aquella tarde con mi hermanito de una mano y bajo mi poderosa protección, y con el jarro de cristal en la otra, que ya con el deseo yo en él rebosando veía el blanco, tibio y espumoso líquido.

Y fué el caso que un chiquillo, próximamente de mi edad, se empezó á reir de mí, al verme en aquella guisa, que no era precisamente verme en guisa de batallar, aunque al fin lo fué, y se mofó de mi persona, y me llamó el del jarro y la capeta, porque es de advertir que yo llevaba una capeta más ó menos airosa, pero que al chiquillo se le antojó poco artística.

Y enardecido con sus propios insultos, el chiquillo se me fué acercando, sin cesar de llamarme entre carcajadas burlonas, «el del jarro y la capeta».

Mi dignidad ya no pudo hacerse la desentendida: no diré que me contemplaban cuarenta siglos, pero sí me contemplaban más de cuarenta cabras esparcidas por la plaza y echadas perezosamente: me contemplaban, repito, con su mirada dulce, sus cuernos monísimos y sus ubres repletas.

Casi todas eran amigas mías, y yo no podía dejarme insultar delante de ellas.

Con calma bastante heroica y con reposado continente, le di el jarro á mi hermano diciéndole: «Que no se te caiga y estate quieto.»

Después me desabroché la capeta y la arrojé al suelo con gallardía.

Debo declarar imparcialmente, que ha sido el movimiento más gallardo de toda mi existencia.

Yo no había visto aún *Lucía de Lammermoor*, ni había visto aquella memorable escena del segundo acto, en que el tenor echa á tierra la capa y el sombrero en el fondo del escenario

y luego avanza hacia el primer término para cantar la sublime pieza concertante, que todo el mundo conoce.

Digo esto, para que no se crea, que fuí plagiario al arrojar la capeta en la plaza de San Bartolomé de Murcia, entre las cabras que iban á presenciar el sublime y singular combate; ni más ni menos que griegos y troyanos presenciaban las proezas de Aquiles, que, á decir verdad, nunca me han parecido cosa mayor, dado que Aquiles era invulnerable.

Me agarré, pues, al chico, y luchando á brazo partido nos acercamos al muro, quiero decir, á la pared. Pero dije muro porque ya se me iba inflamando el espíritu épico.

Contra la pared le estreché, sujetándole por las dos orejas y metiéndole la rodilla en el vientre; y de este modo á la pared le tuve pegado como murciélago ,que se clava por las dos alas.

El, para no ser menos, se había agarrado también á mis dos orejas, de modo que los cuatro apéndices auriculares hallábanse en alta potencial.

Así estuvimos un rato. Mi hermanito lloraba; las cabras sospecho yo que nos mirarían con cierta curiosidad; y las orejas de mi contrincante estaban del color de las amapolas. Las mías no las podía ver, pero también presumo, que estarían un tanto encendidas.

Ni él ni yo decíamos nada: éramos dos combatientes dignos.

Al cabo el chico me dijo con voz un tanto ahogada: «¿Te parece que nos soltemos?»

Y yo, con noble acento le contesté: «Bueno, nos soltaremos.»

Y nos soltamos.

El me recogió la capeta, le sacudió el polvo y me la dió; y yo compré mi azumbre de leche, y mi hermanito, yo y el chico vinimos como buenos amigos hasta mi casa.

Mi segunda hazaña aún fué más famosa; mas para referirla es forzoso tomar aliento.

José ECHEGARAY.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Puntapié al corregidor, duelo con el gobernador, y cuchillada al médico.—Insulto soez.—Coroneles del antiguo régimen.—Oficial de tierra.—Vuelvo á mi lugar.—Los parientes.—Veteranos del año 8.—Campo de Gibraltar.—Anécdotas del general Castaños.—Judíos y judías.—La heroína de Zaragoza.—Maldito Peñón.—Cádiz y Sevilla.

Ya que nuestras hazañas no fueron muchas ni grandes en la guerra que acababa de terminar, armamos camorra con las autoridades civiles de Tarragona. Las invitamos á comer después de la revista de inspección que nos pasaron, no aceptaron y se tomó á desprecio. En el teatro el público pidió la repetición de un baile; el corregidor dijo á voces:—Que se callen los oficiales.—No son ellos, replicó un alférez.—Guardias, echad á ese, añadió la autoridad.—Que prueben á verificarlo, gritaron los oficiales que se hallaban en las butacas, levantándose en tumulto repitiendo:—Vámonos; nos han faltado.—El corregidor se empeñó en echarla de hombre de carácter con los militares. Al hablar de ellos se exaltaba como el monarca portugués, que siempre que le leían los títulos del español aguantaba se llamara rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc.; al oir de los Algarves perdía el tino y exclamaba furioso:—¡Manía *d'homment*—Los individuos de tropa que había en el teatro imitaron á los oficiales, sin que ni á unos ni á otros pudiera detenerlos el general Manzano, gobernador de la plaza.

Nuestro jefe, que acompañaba en el palco al corregidor, apostrofó á la oficialidad, la irritó, y al enterarse se convertia el incidente en cuestión de cuerpo, dejó en la estacada á la autoridad civil. Salió ésta á la calle; el alférez que replicó en el teatro la dijo dándole un puntapié:—Le devuelvo el insulto que me ha inferido.— El agredido levantó el bastón, se contuvo, y gritó:—Sean Vds. testigos de la ofensa que ha recibido la autoridad que ejerzo en nombre de la reina. Manifestó al general no se creía seguro; este le acompañó á su casa, y exclamó:—Me haré respetar de militares y paisanos; tenían razón los oficiales y ahora la han perdido.—Al alférez le condenaron á un arresto que no sufrió, y el corregidor se quedó con el puntapié.

Supo el gobernador civil que el médico del batallón lo criticaba por cuestión de quintas, y en el paseo apabulló á bastonazos el sombrero del doctor. Los oficiales se ofendieron, obligaron al Galeno á batirse con la autoridad, el médico no sabia manejar otra arma que el bisturí, su contrario era coronel de caballería procedente de los famosos Palillos de la Mancha en la primera guerra civil, que en 1848 reconoció á Isabel II, hombre de alma, perito en armas y al Hipocrates no le llegaba la camisa al cuerpo. Ensayaron al físico en el cuarto de banderas para la descomunal batalla, le previnieron que al ponerse en guardia, el desafío era á sable, se tirase á fondo y despanzurrase á su contrario. Lo hizo, tenía mucha fuerza, y gracias á la flexibilidad del ex cabecilla carlista no le mató. El doctor recibió una cuchillada. Sobre cornudo apaleado.

Nuestro jefe en el ejercicio mandó la carga á discreción trece veces seguidas, empeñándose que salieran con igualdad todos los movimientos, contra lo que previene la lengua castellana, la ordenanza y el sentido común. Al principio el batallón parecía una máquina; después los soldados, que usaban fusiles ingleses pesadísimos de pistón que antes habían sido de chispa, comenzaron á cansarse; cuanto más se repetía la

carga, resultaba peor. Se enfureció el déspota, dió la voz de apunten, nos hizo un corte de mangas, volvió la espalda y se alejó al galope del bruto que montaba: no lo era ni con mucho tanto como el jinete. Blasfemaba y juraba más que un carretero. Murió un oficial, y aún permanecía de cuerpo presente cuando el jefe gritó á la tropa formada:—¡Ojalá nos encontráramos todos como el teniente difunto!—No se comprende pudieran tolerarse tales insultos.

Había en infantería jefes, que tan pronto se olvidaban del servicio y no hacían caso de nada como les entraba la locura ó rabia. Maltrataban á diestro y siniestro; mandaban arbitrariamente. Eran odiados.

Un coronel de genio insufrible marchaba á la cabeza de su regimiento por una senda estrecha; la encontró obstruida por el mulo de un arriero caído en tierra, se detuvo, mandó á los gastadores ayudarán á levantar al pobre animal, no pudieron, hasta que un tambor veterano pidió permiso al jefe para hablar al cuadrúpedo en secreto. En cuanto el guaja ó individuo de la banda acercó la boca á la oreja del mulo, éste se puso de pie como movido por un resorte.—¿Qué le has dicho?—preguntó el coronel al tambor.—¿Me castigará V. S.?—No.—Que si no se levantaba, lo hacía sentar plaza de soldado en el regimiento.

El conde de la Unión en el siglo pasado mandaba un regimiento, tenía un carácter duro y era justo. Examinando á un sargento para destinarle á reclutar gente moza por los pueblos, le dijo:—Suponga V. que yo soy un joven que se propone enganchar. El sargento le preguntó:—¿Quieres ser soldado? Vente conmigo, te vestirán, calzarán, darán buen rancho, tendrás sobras de tu paga, el trabajo poco y las muchachas al verte tan elegante se morirán por ti.—Sí, replicó el jefe que hacía el papel de mozo; yo sentaría plaza si no fuera por el mal genio del coronel.—El sargento listo y desvergonzado, añadió: —Cumpliendo con tu obligación, te c... en el conde de la Unión.

La anterior anécdota, cuando yo era subalterno ya no te-

nia aplicación. En tiempo del absolutismo, observando la ordenanza, estaba uno seguro de no ser atropellado por un superior. Ella previene: «Podrá llegar hasta Nos (el Rey), con la representación de su agravio.» El monarca hacía justicia.

En 1850 vi regresar á Barcelona la expedición que España mandó á Italia el año anterior á reponer á Pío IX en la silla de San Pedro. Hizo un mal papel. Sólo conseguimos que dijera un general francés no había visto mejor infantería que la española. Años más tarde, ayudamos á Napoleón III á conquistar la Conchinchina. Nos pagó con unos cañones viejos. Ni en sociedad deben tratar los que son menos, con los orgullosos y mal educados que se creen más en poder ó riquezas.

El 15 de Marzo nos embarcamos en una escuadrilla, que comparada con el *Isabel II*, único vapor que teníamos en 1843, era formidable. ¡Poesíamos ya veinte vapores! Mis compañeros me exhoneraron del cargo de dispensero. Se hubieran quedado sin comer. No me condenaré por la gula. Orgullosos los oficiales de marina, lo pasamos mal. Cuentan que la mujer de un teniente de navío, llamó tantas veces á un capitán del ejército, oficial de tierra, que éste la preguntó:—¿Es de porcelana su marido?

En Alicante asistí á un desafío á muerte. Causaba horror ver la arena roja de la sangre de los combatientes. Sus cuerpos eran una llaga, se buscaban á tientas para herirse con encarnizamiento redoblado, hasta que uno de los dos cayó exámine. Una riña de gallos.

Anclamos en Cartagena. En la dársena se aparejaba el bergantín *Escipión*. Parecía una linda y esbelta joven que se mira al aspejo. En los buques de vela hay poesía. Los vapores son horribles.

De Cartagena dicen: Mar sin pescado, monte sin leña y mujeres sin vergüenza. Lo inventaría algún oficial de la armada. Una señorita que visitaba un buque de guerra, preguntó á un guardia marina para qué servía el cabrestante.—Para afeitar á la marinería—contestó. El caballero que acompaña-

ba á la muchacha, le entregó una tarjeta que decía: «Fulano de Tal, capitán de navío.»

Desde el puente del vapor *Colón*, el 23 de Marzo de 1850, vi por primera vez el peñón de Gibraltar. La ignominia que pesa sobre España. A la izquierda se divisaba Ceuta. El 24 atravesamos el estrecho, que para ser nuestro, espera se fortifique la Punta del Carnero y Tarifa. Apareció en el horizonte una faja de plata. Cádiz.

El gobernador militar dijo que nuestro brillante batallón había sido destinado al campo de Gibraltar para contrarrestar la opulencia inglesa. Era andaluz.

Algeciras, con sus casas blancas, limpias, balcones y ventanas pintadas de verde, paseo y plaza alta, supera á muchas capitales de provincia. Las muchachas, bonitas, graciosas, se robaban unas á otras los adoradores. No podían pasar sin llevar un moscón que las hiciese ruido en la oreja ó que comiese hierro; así llaman hablar por la reja. En Algeciras era difícil por el traje distinguir á las señoras de las cursis, que entonces comenzaron á llamar á las que se empeñan en aparentar más que lo que son.

Pedí licencia, y me embarqué el 3 de Setiembre. Mientras un gaditano nos contaba á un inglés gordo, á dos escuálidos mejicanos y á mí sus conquistas amorosas, un canónigo catalán pronunciaba un discurso sobre el modo de salvar nuestras almas. También cantó, acompañado de un chico que le servía de criado, unos versos místicos con la música del *Congratulámini*. En Valencia vi trabajar á las pulgas industriosas. Tiraban de un coche, de un cañón y sacaban agua de un pozo. La habilidad consistía en engarzarlas con un alambre finísimo de oro por entre la cabeza y el cuerpo. El 8 vi en Teruel las momias de los célebres amantes, en un armario de la iglesia de San Pedro. Si antes de morirse de amor los hubieran dejado juntos y solos, no habrían adquirido tanta fama. Al hablar de ellos, cuentan, dijo un militar revolucionario, fanfarrón y necio: me gustó más la momia que el momio.

De Zaragoza á mi lugar se hacían entonces tres viajes en día y medio. Ahora se va en tres horas por el ferrocarril. De la capital de Aragón á la Casa Blanca en ómnibus; por el canal de Aragón en barco tirado por mulas á Gállur; y á Borja á caballo. Esta ciudad se halla situada al pie de un castillo, que debió ser colosal; sólo queda una parte hecha de argamasa, que levanta orgullosa la cabeza por encima de la población. Las pobres casas que rodean la mole, cuya vista me alegra el corazón, parecen nidos de golondrinas pegados á una pirámide truncada. Los edificios, conforme se alejan de la antigua fortaleza, son mejores; muchos de los que rodean la ciudad, como la casa donde nací, tienen hermosos huertos. Abracé á mi anciana madre. Unico ser que me ha querido en el mundo. Su recuerdo me conmueve siempre. En mi casa sólo vivían hembras. Mi madre, mis hermanas, las criadas, una gatita atigrada y dos docenas de gallinas moñudas. Parecía un convento de monjas. Mi presencia alteró la quietud, regularidad y silencio que reinaba. Se rezaba el Rosario, y mi madre jamás faltaba á misa mayor. Mi familia era religiosa sin gazmoñería.

A mi madre no le gustaban las visitas de los clérigos. Repetía que éstos no deben acompañar sino á sus madres, estudiar, consolar á los enfermos y enseñar la doctrina. Mi madre repartía las limosnas; el día de San Juan daba un pan á cada pobre; antes de la extinción de los frailes, á los prelados de los conventos de San Francisco y Capuchinos que por humildad llevaban la alforja al hombro, les echaba en ella por Navidad dos roscas, que al recibirlas decían siempre: «Muchas gracias, y las Pascuas.» Todo ha desaparecido.

Yo refería á mi familia en aquella época escenas militares aventuras narrables y anécdotas históricas. Las de la pérfida guerra de los franceses entusiasmaban á mi varonil madre. No debieron dejar uno, exclamaba mi hermana menor. La mayor pasó la vida sufriendo por todos; sensible y buena, sentía hicieran daño al prójimo, aunque fuera gabacho. Mi

hermano, ya casado, y yo nos parecíamos poco. Decían en mi lugar, de un vientre, pero no de un temple. Alto, pacífico, reflexivo, de talento, modesto, demócrata práctico á la aragonesa, absolutista teórico, á mis exaltaciones frecuentes y cuentos alegres, repetía siempre: «Disparates, disparates.»

A unos próximos deudos que, favorecidos injustamente por mi abuelo, se hallaban entonces en mejor posición que nosotros, sufría mi familia con resignación cristiana sus impertinencias. Yo no; les pagaba en igual cariño el ninguno que me tenían; de chico, si alguno me elogiaba, decía mi tío:—Sí, sí; tiene viveza ratonil. De grande, como yo servía en el ejército, mandaban los moderados, mi padre fué realista, mis primos, machos y hembras, eran progresistas furibundos, me odiaban; me burlaba de su sabiduría. Los parientes en segundo y tercer grado, suegros, yernos y cuñados pocos se quieren. Leí en un periódico que uno se escapó con su suegra y otro se suicidó porque murió su cuñada. Aunque andaluces los protagonistas de tales tragedias, sería mentira.

A las ferias de Borja, acudieron de Aragón, Castilla y Navarro docena y media de señoritas. Ahora, sin aumentarse la riqueza del país, se reunen cientos que por el traje lo parecen. Hace poco admitió la Academia Española la palabra cursi en el Diccionario de la lengua. Aquel año llegó tropa á la expresada ciudad y un capitán me preguntó en el paseo.--¿Quién es aquella muchacha tan bonita?—Prima mía.—¿Y esa buena moza? — También prima mía. — ¡Qué esbelto cuerpo tiene la que va delante! ¿La conoce V.?—Es mi hermana; le respondí.—¡Vaya¡ me dijo el militar; todas las guapas son parientas de V.

Como yo comenzaba á encalvecer, un labrador de Borja que me conoció de muy niño me dijo:—Antes era V. más galán. ¿Por qué no se compra V. una *peluquica*. Cuarenta años después otro de mi edad, exclamó:—¡Qué *acabadico* está V.! El no se había mirado jamás al espejo, se creía igual á cuando los dos éramos muchachos, y le chocó que yo hubiese enveje-

cido. Una contemporánea añadió :—V. siempre tan *jovencico*. Hasta entre los baturros ellas son más finas que ellos.

En Borja concurría yo á la tertulia de un pariente, capitán retirado, donde se reunían otros en la misma situación, casi todos procedentes de la guerra del año 8, viejos gruñones que se dormían ó pleiteaban. Uno era navarro; sólo hablaba de Juanito el de la Rochapea y de Mina. Nos contó que este fusiló la Constitución de 1812. El presenció la ejecución. Mandó el famoso guerrillero que un paisano colocase el mencionado código sobre una silla puesta en el centro de un cuadro formado por la tropa, y le hicieron una descarga. Después, Mina fué liberal; en política cada uno es lo que le interesa.

Mi deudo tenía un sobrino imbécil y feo. Para que se aficionara á la milicia, le hacía leer una táctica antigua y un diccionario francés sin principio ni fin.—Gregorio, le preguntaba uno de los retirados tan majadero como burlón, ¿no sientes en tu pecho ardores bélicos?—No, señor, respondía el muchacho. Sólo sentía gazuza; murió de capellán de monjas. El antiguo oficial tenía á gala aparecer basto, tipo no raro en Aragón entre gente fina. Era muy gordo, resbaló, cayó, y para que pudieran levantarle dijo:—Doblarme las patas como á las caballerías. Poco antes de expirar exclamó burlándose:—¡Qué fortuna la mía morir rodeado de santas! Aludía al apellido de unos parientes que acudieron al olor de la herencia. Asistía también á la reunión un comandante andaluz, charlatán, que al oirme hay en el Museo Histórico de Versalles una pintura de tan poco mérito como lo que representa, la toma de la Isla Verde, pedrusco mal fortificado en la bahía de Algeciras, conquista que enorgullece á los franceses de 1823, dijo :—Me encontraba en ella con 20 soldados, no teníamos municiones, vimos acercarse varias fragatas enemigas, y como no podíamos correr por el mar, en una lancha nos largamos á Tarifa. Los veteranos de la guerra de la Independencia soltaron la carcajada al escuchar tan portentosa hazaña.

Uno de éstos, en la primera guerra civil llegó mandando

una columna á un pueblo del bajo Aragón. El jefe, alto, grueso, de largos bigotes, llamó á la puerta de la casa parroquial y gritó con voz estentórea :—¿Dónde está el cura? Como en Zaragoza habían degollado á los frailes, abrió el ama, aterrada y temblorosa; vió que el comandante mató una gallina en el patio, y la vieja á voces decía desesperada:—No baje V., señor vicario.—¿Cómo no? ¿Dónde está ese cura? repitió el jefe blandiendo el bastón, subiendo á escape las escaleras, lanzándose sobre el capellan que era pequeño, cogiéndole entre sus brazos. El ama, que tenía horror á los liberales, lloraba y gritaba :—Vecinos que lo mata; dejelo V., por la Virgen del Pilar, quedándose hecha una estatua al observar que el sacerdote y el militar se reían á carcajadas. — Chico, dijo éste, no nos habíamos visto desde que estudiamos latín; he dado un susto á tu *casera* matando una gallina, persuadido que me obsequiarías con ella.

Un paisano nos dijo, burlándose:=Jaime Ortega se pronunció en 1843 con varios perdidos, y lo derrotaron los nacionales de Zaragoza. Uno de los vencidos, decía al referirlo: —Eramos 19 cabos de presidio, y yo 21...—Seríais 20, le interrumpieron.—Yo qué sé; aun me *paice* que me *encorre* un sastre con las tijeras abiertas.» El reaccionario sin saberlo, se volvió á sublevar el 48 por la república. Lo mismo da.

Formó parte del titulado *Ejército libertador del alto y bajo Moncayo*, compuesto de cuatro docenas de malos *chandros* (haraganes). Aunque aragonés, como era alpargatero, no había nacido para héroe. Tan formidable hueste se dispersó al saber la perseguía la tropa ; á nuestro valiente le hizo efecto el miedo, tuvo que aliviarse de una necesidad mayor, y exclamó :—«¡Ca..., como ésta, ninguna!» Inventó un momodismo, que repiten en Borja cuando sale mal algún negocio.

Otro de los veteranos, para probar el estúpido valor que se ha desperdiciado en nuestras guerras civiles, refirió lo siguiente : «Cuando el brigadier carlista Cabañero, en 1839, se

trasladó con alguna caballería de Aragón á Navarra, uno de sus soldados, natural de Borja, le pidió permiso para ver á su madre. Llegó á la referida ciudad en el momento que los nacionales estaban más alarmados por la proxidad de sus enemigos; se guardó la boina, se caló un sombrero, se embozó en la capa, ocultó el sable, entró en Borja por Capuchinos que servía de fuerte á los milicianos, le creyeron gitano, le preguntaron por los facciosos, atravesó el pueblo, dió agua al caballo en la plaza de San Francisco, y encargó á un labrador dijera á los *cuscos* (liberales) que José Tejadas se jo... robaba en ellos.» Se expuso á que el menor pedazo que de él hicieran fuera la oreja. El mismo oficial contó que Riego, el que se sublevó en 1820 por no ir á la guerra de la América del Sur, arengó en Borja desde el balcón de la casa municipal, y llamó zánganos á los frailes. Los del convento de San Agustín lo estaban oyendo; los realistas cantaban en 1823:

«Plaza del Campo del Toro
un dia predicó Riego,
y los frailes exclamaron:
¡Qué mal lo hace el majadero!»

Quiroga, otro de los héroes de la isla, fué capitán general de Aragón; los de *serviles* Borja quemaron un muñeco que lo representaba. Los *cuscos* berreaban después de la ominosa endecada:

«Enterraron á Quiroga
y le alumbraron con cuernos:
ya llegó el dia que lloren
más de cuatro p....»

Yo les conté que un capitán murió de general, á cuya mujer que era de Borja, y muy hermosa, la requebró Fernando VII en un baile celebrado en Alcalá de Henares. En cuanto lo supo el marido, la metió en un carro y la mandó aquella misma noche á la capital de Aragón, temiendo las galanterías del monarca.

Que el general D. Pedro Villacampa, compañero de mi

padre en la guerra de la Independencia, contaba una de sus hazañas del modo siguiente: «En el segundo sitio de Zaragoza, pegué fuego por los cuatro costados á un convento que ocupaban los gabachos. Estos, al arrojarse por las ventanas *daban alaridos en francés.*» Del referido general, cantaban:

«Villacampa, campa, campa
por el reino de Aragón;
por el reino de Navarra
campa Don Francisco Espoz»

Y que el cantar de la Epopeya de 1808 á 1813 que más gracia me hacía, era:

«Cuando Marmont volvió á Francia
iba herido de un balazo,
y su mujer preguntóle:
¿No te falta más que el brazo?»

El 2 de Diciembre de 1851, dió Luis Napoleón en Francia el golpe de Estado. Como en la guerra de la Independencia decían:

«Tres sétimos nos quitó
Bonaparte en un momento;
Un rey, un Papa, y uno
De los divinos preceptos»,

temí que Napoleón III imitase al I. Protegió lo de la Rápita, para quedarse con la izquierda del Ebro. Los sétimos eran Fernando, Pío y el no hurtar. Los franceses se llevaron cuanto pudieron.

Fuí á Madrid en el coche diligencia con un abogado navarro que se enteraba por cuantos pueblos pasaba el número de conventos que existían antes de 1835, y la viuda de un capitán fusilado en Galicia en 1846, que ponía de ropa de Pascua á los aficionados á frailes. Me incorporé al batallón el 31 de Diciembre. Conduje soldados para Ultramar á Cádiz, recibí unos libramientos, los hice efectivos, estaba prohibido llevar caudales por mar y expuesto por tierra sin escolta; el gobernador de la plaza me dijo: —Debió V. adivinar lo que iba

á suceder; los oficiales no tienen previsión. De capitán general, ordenó en Madrid que los soldados no acompañasen mujeres que usasen pañuelo en la cabeza; sus madres y hermanas. Otro dispuso que las clases de tropa, al pasear, no se parasen en parte alguna. Las condenó á movimiento continuo. Para mandar, lo mejor es ponerse en el caso de obedecer.

En las juntas ecónomicas, nuestro jefe preguntaba á los capitanes lo que les faltaba á sus compañías, mientras se pellizcaba las pantorrillas. Le contestaban, se metía las manos en los bolsillos de su chaqueta de lienzo, las sacaba cerradas, las abría, y decía: ¿Quiere V. corbatines? Tómelos. ¿Desea polainas? Aquí las tiene.

La noche que se quedaron á velar dos oficiales á un compañero que murió en Algeciras, se bebieron lo que contenía un tarro de Ginebra. Al oir la patrona que el licor les parecía muy flojo, exclamó:—¡Si era el agua caliente que puse en los pies del difunto.

La oficialidad de mi batallón convidó á comer á la del regimiento inglés número 67, de Gibraltar. El ayudante de este cuerpo creyó haber conquistado ú una muchacha cuyos encantos ni Byron podría describir. No publicó la aventura en la *Revista de Edimburgo*, porque las consecuencias fueron lamentables.

Un oficial, pesadísimo, con la cara como un tomate, me repitió cien veces: *Inglaterros ofisier masa borrachos que hispanis*. Otro, al observar que yo no bebía vino, me preguntó si pertenecía á la sociedad de la templanza.

En aquella época el ejército parecía bien por fuera. No tenía verdadera instrucción militar; mi batallón era de cazadores, rara vez hacía el ejercicio de guerrilla y jamás tiraba al blanco. Para adular al general, desfilaban los soldados sin armas, llevaban la mano á la visera del morrión saludando por compañías. El tipo de los coroneles era un andaluz, buen mozo y de chispa que entendía la farsa militar como nadie. A las pocas horas de llegar á Madrid con su regimiento, lo re-

vistó el capitán general; quedó admirado de no encontrar enfermos ni aspeados; los había tapiado en un cuarto; en otro halló á los barberos tocando la guitarra y cantando. Carritos tirados por ciervos llevaban el rancho á las guardias. Así se hacía carrera. El abanderado del batallón me dijo:—¿De dónde traen el queso de Flandes?—De Flandes.—¿Dónde está?—En Bélgica.—No he oído que haya belgicanos.—Ni yo tampoco, añadí. Al médico, tan panzudo como él, preguntó la manera de enflaquecer.—Tomando bellotas en ayunas—le respondió. Al mes el abanderado manifestó al doctor muy enfadado, que el remedio le producía el efecto contrario que deseaba.—Si lo supiera lo habría empleado en mí, replicó el Galeno.

El capitán cajero previno al abanderado que firmara el recibo de lo que había costado la albarda del mulo del batallón: lo verificó el subalterno y leyó: «Recibí de la caja 50 reales importe de una albarda para el que suscribe». Al oir las carcajadas de sus compañeros, exclamó:—Ya tengo un chaleco más.

Para jugar á la gallina ciega, taparon los ojos con un pañuelo á un alférez, y le advirtieron que había de conocer por el olor. Un oficial cogió á otro á cuestas que llevaba las bragas caidas, arrimó la parte donde concluye la espalda á las narices del alférez, recordó éste quién era el más gordo del batallón y dijo muy alegre de adivinar tan pronto:—La cara del abanderado.—Desde entonces á lo más carnoso del cuerpo humano llamábamos la cara del abanderado.

Desde Algeciras, siguiendo la costa de la bahía, después de atravesar los ríos Palmones y Guadarranque, llegué á la Línea de Gibraltar. Nuestro caros aliados los ingleses en 1811, durante la guerra de la Independencia, derribaron la fortificación que desde el mar de levante al de poniente cortaba el istmo que une á España el Peñón, y los castillos de Santa Barbara y San Felipe.—España debía fortificar la Sierra Carbonera, para barrer la bahía y destruir la plaza enemiga.—Siento no verlo.—A la Línea salían en el verano familias de

Gibraltar buscando aire fresco y puro. Los domingos multitud de gentes á pie á caballo ó en coche paseaban por lo que titulan tierra de España. Como si el maldito Peñón no lo fuera. La Línea, barrio de San Roque en 1851, tenía doscientos cincuenta vecinos. Si hubieran expulsado á los que defraudaban la Hacienda, no queda ni el cura. El destacamento se componía de una compañía; el resto del batallón guarnecía Algeciras y Tarifa; debía haber en el campo de Gibraltar lo menos una división para impedir que cuatro mil ingleses pudieran llegar hasta Sevilla. Es una vergüenza. En la Línea asistí á una representación dramática. El teatro lo formaban colchas y sabanas; el viento apagó las luces, y hubo escenas no previstas por el autor.

En San Roque se guarda el pendón del ayuntamiento de Gibraltar. Los notarios encabezan con la siguiente protesta los instrumentos públicos desde 1704. «En la ciudad de San Roque, donde reside la de Gibraltar por su material pérdida, etc.»

Gibraltar rebosaría de hebreos, donde ejercen los oficios más viles, si no los arrojasen de la plaza. Cristianos y moros los desprecian. Por eso son tan falsos y cobardes. Mucho se diferencian del noble y grave continente de los árabes. Los judíos beben el vino que ellos fabrican, y queda impuro si algún cristiano toca las vasijas que lo contienen. Yo lo tomaba á broma y las manoseaba. El rabino sacrifica los animales. No comen cerdo, conejo, liebre, pescado sin escamas ni duermen con su mujer en cierta época. El viernes guisan para el sábado la adafina. La de los ricos se compone de patatas, garbanzos, membrillos, huevos duros, patas de vaca, carne y arroz. La conservan veinticuatro horas caliente. El sabado no encienden luz ni reciben dinero. Para ellos será un martirio. Creen que el ángel malo, al cortar el hilo de la vida, limpia la espada y se lava las manos en el agua que encuentra más cerca del judío que acaba de expirar y la vierten. Celebran varias, Pascuas; ayunan sin comer ni beber en

todo el día. En bodas y circuncisiones hay hebreos que se arruinan. En la Sinagoga el rabino cubierta la cabeza con un manto blanco, desde la tribuna canta en hebreo y todos sin descubrirse responden balanceandose á compás. Las mujeres sólo van al templo en las grandes solemnidades y están separadas de los hombres.

Las judías ricas berberiscas usan pañuelo de seda y oro en la cabeza, chal blanco, saya de paño bordado y faja de seda. Las de Gibraltar visten á la europea. Si son casadas, para no enseñar el pelo sino á sus maridos, llevan peluca. En la línea paseábamos los oficiales de noche con las judías. Encargué á los centinelas que al echarnos el quien vive preparasen el arma y nos apuntasen. Los maridos, de miedo, nos dejaban solos con sus mujeres. Fastidiábamos á los que se acogían al odiado pabellón británico.

Desde la Linea de Gibraltar fuimos varios militares á visitar una fragata y un bergantín turcos, anclados en la bahía de Algeciras. Los oficiales de los referidos buques vestían á la europea; tenían aire poco elegante. Nos sirvieron café riquísimo en tacitas como dedales; un marinero llevaba cinco en la mano; la bondad del café consiste en echar mucho en poca agua; el que nos dieron estaba espesísimo. Con el comandante del bergantín no pudimos entendernos en inglés, italiano, francés y español; soltamos el trapo al oir á un teniente de carabineros que en aquel buque no se hablaba, sino que se ladraba. El buen turco se sonreía también sin comprendernos. La misma razón había para que nosotros supiésemos su lengua que él la nuestra; creyéndonos más civilizados, teníamos peor educación.

Una caravana de judíos de Gibraltar fueron á Algeciras para visitarme. Como los cacharros que había en mi casa se hallaban impurificados por haber contenido carne de cerdo, puse á su disposición mi asistente para que los obsequiase con los manjares que quisieran.—¿Qué han comido?—le pregunté. —He comprado una gran cazuela nueva, en ella han hecho

huevos revueltos con manteca de vaca, y se han atracado de pan, naranjas y dulces—me contestó. Un rico comerciante hebreo de Gibraltar se quedó en Algeciras en casa de su corresponsal, y no durmió en toda la noche al ver que había un crucifijo encima de la cama.

Sólo cuando uno es joven debe hablar ó escribir de amor. Se burlaban en Madrid de un general viejo que, pasando y repasando la calle de Alcalá, llegó á rebajarla medio palmo. Haciendo el avestruz, miraba derretido á un balcón. En refiriendo la siguiente escena, por lo que á mí toca, no volveré á mencionar al dios Cupido. Con Belona, Marte y las furias del averno, promovedoras de guerras civiles y revoluciones, tengo bastante para entretener ó aburrir á mis píos ó impíos lectores.

Propuse á una hebrea que vivía en un café de la Línea me recibiese en la habitación que dormía con su familia y siempre había luz. Idea irrealizable y desatinada. Me rogó por Dios que no la comprometiera. Salté desde el tejado al patio á las dos de la mañana y me encontré con un joven de la casa que me preguntó á dónde iba á tales horas.—En busca de aventuras—le contesté.—Yo, añadió—tenía una cita con una de las sirvientas de la hebrea, y me he fastidiado; duerme con su señora. Lo pobre nos oyó hablar y temblaba. La pasión nos convierte en bestias. La hermosa judía no faltó al Decálogo.

Cuentan que los israelitas se negaron á admitir la ley que Dios entregó en el monte Sinaí á Moisés hasta que éste les prometió que en el sexto mandamiento se haría la vista gorda.

Se hallaban interrumpidas las relaciones entre Francia y Marruecos en 1852. Una de las familias hebreas acogidas al consulado francés de Tánger, refugiadas en Algeciras, pidió permiso para celebrar un casamiento según su ley. Desde 1492, que expulsaron de España á los judíos, no se había verificado ninguno. La víspera sacrificaron una ternera después de reconocida por el rabino y hubo baile en casa de la novia. El 21

de Enero se llenó la casa de judíos de Gibraltar, de los berberiscos, y de muchas algecireñas. La novia, con el traje de su país, llevaba descomunales zarzillos y varias sartas de aljófar. Tenía diez y seis años, color blanco mate, ojos grandes y negros. La sentaron en una silla baja, en medio de la habitación; la cerraron los párpados y dos hebreas casadas, ricamente vestidas, comenzaron á adornar la cabeza de la novia, mientras otras judías cantaban y bailaban acompañándose con panderetas y con unos platillos muy chicos colocados en los dedos que manejaban como las castañuelas. Siendo gran pecado que las casadas enseñen el pelo sino al marido, taparon la cabeza á la novia con un pañuelo de seda y oro, la colocaron una especie de corona de cartón forrado de damasco encarnado, galón de oro y perlas; la pusieron dos trenzas de seda negra, imitando el cabello; la pintaron la cara de blanco, los labios de rojo, las peśtañas y cejas de negro, las uñas de amarillo y la hicieron varios lunares. La pobre, durante tan larga operación permaneció inmóvil. Si se hubiera sonreído ó hecho el más pequeño gesto, se deshonraría por su falta de pudor. Dos rabinos, cogiéndola por los brazos, la condujeron á á un sillón que servía de trono, debajo de cortinas que formaban pabellón. El novio se colocó á su derecha, rezaron los rabinos, y dejaron caer al suelo una copa con vino del cual había bebido la madrina. Cuantos más pedazos se hace el cristal, más feliz será el matrimonio. Durante la ceremonia, las hebreas solteras chillaban ó fingían llorar. Los cristianos suponíamos sería de envidia.

Volvieron á llenar otra copa con vino, bebieron los sacerdotes, los padrinos, el novio y hasta el samá (sacristán). El novio puso el anillo á la novia, y el rabino leyó el acta ó contrato en hebreo expresando que el ceremonial se había ejecutado conforme á los antiguos usos y costumbres que sus mayores practicaban en Castilla. Los rabinos y los hebreos cantando llevaron en procesión á la desposada por la casa, la asomaron al balcón y la sentaron en la cama junto á su ma-

dre, que la entregó el marido. Este, joven, feo y desgarbado, quitó á su mujer el pesado adorno de la cabeza, menos el pañuelo que ocultaba el pelo. La infeliz abrió los ojos y pudo moverse á su gusto. Sirvieron te y pastas á los convidados; corrió velozmente entre ellos la noticia, por supuesto en secreto, que no podía consumarse el matrimonio porque la novia se hallaba en un período que según la ley mosáica impurifica á las mujeres hasta que se bañan en agua del tiempo; hacía frío, la muchacha se resistía, y por aquellos días la gente chusca preguntaba :—¿Se bañó la judia?

En Algeciras, como en muchas ciudades de España, se celebraron exequias por el capitán general de ejército D. Francisco Javier Castaños, duque de Bailén, que murió en Madrid el 24 de Setiembre de 1852, á los noventa y cuatro años de edad. Castaños gloria de España no intervino jamás en la política, como deben hacer los militares; no tuvo enemigos, y para todos es grata su memoria. De él se refieren infinitas anécdotas.

Fernando VII dijo á Castaños que había nombrado almirante á su tío el infante D. Antonio.—Señor; ¡qué cerote van á tener los ingleses al saberlo! exclamó el general.—Ese toisón que llevas, dijo Fernando VII á Castaños, es del conde de la Puebla del Maestre; lo conózco.—No tengo dinero para el borrego, replicó el vencedor de Bailén. Al volver á su casa se encontró con mil duros que le regaló el rey. Preguntó Fernando VII á Castaños :—¿Qué te parece la oficialidad de la Guardia Real?—Que si hay viruelas, se queda V. M. sin ellos, contestó.

Castaños iba con pantalón de verano en Enero; le dijo el rey :—¿Cómo tan fresco?—No he recibido todavía la paga de Julio respondió. Quiso Fernando VII mandar á Castaños á la guerra de América; como era muy anciano, replicó:—Estoy muy duro para pasado por agua.

Castaños, capitán general de Cataluña, mandó que los oficiales vistieran siempre de uniforme; vió á uno de paisano, y

al negar pertenencia al ejército:—¿No ha vuelto V. la cabeza al oir señor capitán?—le preguntó el general.—*Yo ser capitán greco* replicó. A Castaños le hizo gracia, y no le arrestó. En el verano Castaños decía á los oficiales de guardia que convidaba á comer:—Desabróchese V. la casaca, siempre que lo permita el estado de la camisa.

Antes de la guerra de la Independencia, Castaños mandaba en el campo de Gibraltar. En Algeciras envió un ayudante al prior del convento de la Merced suplicándole no tocasen las campanas á vísperas porque le impedían dormir la siesta. El prelado contestó que era imposible variar la regla de la Orden. El general dispuso que el regimiento que se alojaba en el cuartel de escopeteros á cuyo patio daban las ventanas de las celdas del expresado convento, que á la hora que los frailes dormían la siesta tuviesen instrucción los tambores. Ruido tan infernal no les dejaba pegar los ojos; el prior se quejó á Castaños, que le replicó no podía variar la regla de la orden.—Si á V. E. le parece—añadió el prelado—en adelante no tocaremos campanas ni tambores.

Para celebrar la jura de la princesa de Asturias, advirtió Fernando VII á Castaños que como presidente del Consejo debía dar alguna fiesta.—El duque de Bailén todo lo repartía á los pobres, y le contestó que no tenía un ochavo.—El rey mandó que entregasen en secreto al general una buena cantidad. El ministro al comunicárselo á Castaños puso por nota en el oficio. «Ya lo saben, el rey, V., yo, y las lavanderas.»

Dijeron á Castaños llevaba muy raída la casaca; y contestó:—Nunca la he vuelto.

A excepción de los sacerdotes y el duque de Bailén, Fernando VII á todos trataba de tú. Un día que el rey le dijo que dispusiese del palacio como quisiera, replicó Castaños: «Hábleme V. M. de tú; cuando en mi casa me hablan de V., malo va el cuento.» Trataban en el Consejo, presidido por Fernando VII, si reconocerían á Luis Felipe, y exclamó el ministro de la Guerra Zambrano:—Con cuatro regimientos de caba-

llería llego hasta París.—Sr. D. José, le dijo Castaños, si emprende el viaje, le haré algunos encarguitos.

Los exaltados de 1820 dieron una serenata á Argüelles. Castaños, que vivía en frente, dijo á sus contertulios:—Si son liberales, me cantarán después el trágala y les daré de beber para que griten con más fuerza. Así sucedió. Los bullangueros pensaban mortificar al general; no lo consiguieron.

Castaños, al llegar á una población, se presentaba al comandante de armas, aunque fuera alférez, como prueba de respeto á la autoridad. Lo mismo harían ahora los de su clase.

Castaños y Zambrano, al sentarse en un banco del salón del Prado, encontraron escrito lo siguiente:

«El ministro de la guerra
y el vencedor de Bailén
descansan en esta piedra.
Requiescant in pace, amén.»

Concurría á casa del duque de Bailén un militar de los pacíficos, que llevaba el pecho lleno de cruces. Castaños le preguntó:—¿De dónde son?—Mi general, de varias retiradas.—Le falta á V. una; la de mi casa.

Hicieron á uno duque, y al felicitarle el general Castaños, replicó que el rey le había concedido el título sin haberlo solicitado ni quererlo. El vencedor de Bailén, señalando á una condecoración otomana que lucía su compañero, le dijo: «Eres turco; no te creo.»

Sólo deben erigirse estatuas á los que han defendido su patria; no á los políticos, civiles y militares, que la han destrozado. Todavía no la tienen en 1896 Castaños, Palafox, Alvárez, ni el capitán de infantería D. Vicente Moreno, que se dejó ahorcar por no reconocer al intruso D. José Bonaparte

Me embarqué para Ceuta en un jabeque. Desde el mar es lindísima. Sus blancas casas, rodeadas de jardines, forman un precioso panorama. Entré en Ceuta la nueva, por una puerta á cuyos lados sostienen dos leones las armas de España y Portugal. Uno debía ser el escudo de ambas naciones.

Visité el barrio de los moros. De la compañía de mogataces, sólo quedaban seis. La hija del capitán Almanzor era guapa. Recorrí la iglesia de la Misericordia, edificada en 1492, el parque de artillería, la catedral concluida en 1726 y la Virgen de Africa, patrona de la ciudad. En la torre de la cárcel, existía una piedra con la cual una mora mató á un capitán portugués en 1574; en la muralla real, llena de balazos, hay una inscripción que dice estuvo la plaza sitiada por los moros desde 29 de Octubre de 1694 á 18 de Marzo de 1727.

Ceuta es población muy limpia. La calle Real tiene el pavimento de mosaico.

La llegada de una joven á Ceuta era un acontecimiento. La hija de un coronel supo que las muchachas africanas la criticaban. Para burlarse de ellas, mientras permaneció en la ciudad, usó vestidos de percal de dos reales vara, y se abanicó con una caballa de cartón, porque en Ceuta el referido pescado lo comen las cursis.

Había en mi batallón un alférez con más pulmones que un caballo. Marcaba el compás del paso á los soldados con voz hueca y esténtorea: uno, dos, tres, fuera. Cuando se cansaba repetía el capitán tísico rematado, uno, dos, tres, fuera, con voz atiplada; para que el otro continuase, añadía:—Música, música, música.—Me ponía nervioso oirles, no podía mandar mi compañía. Un cabo encargado de la limpieza del cuartel, observó que los presos se hacían el remolón para tomar las escobas; echaba por la reja del calabozo tantas, menos una, como individuos había en él; como le pegaba una paliza al que salía sin ella, se daban pescozones por cogerlas en el aire. Decía un oficial andaluz, que para comer de prisa, mandaba al asistente cargar el fúsil con pólvora en lugar de bala, ponía los manjares, le apuntaba á la boca y disparaba. Yo, y no es cuento, desde la calle silbaba un toque de guerrilla; mi asistente, al oirlo, echaba un par de huevos en agua caliente, me metía á escape en cama, me los bebía y dátiles me servían de postre. Concluía en un santiamén.—Se ha perdido una servilleta, me

dijo el asistente.—Bueno.—Al acostarme apareció. La había llevado todo el día dentro de los calzoncillos, sin averiguar la causa de incomodarme un cuerpo extraño. Llegó á mí batallón un teniente buen mozo, que no se sentaba para no hacer rodilleras en el pantalón. Rara vez despegaba los labios, respondía con monosílabos, arqueaba las cejas, se daba importancia y lo considerábamos un ente superior. Llevaba reloj de oro, prueba de rico ó cuco; lo conservaba envuelto en un paño; quise verlo, lo abrí, y dijo el oficial muy alterado:—Cuidado con el *ménutero*.—Metió la pata.

Destinaron al batallón un comandante que llevaba al asistente muy bien vestido de paisano. Le encargó su amo averiguase la clase de tabaco que fumaba el teniente coronel; los ordenanzas creyeron por el traje que era algún señorito. El jefe le preguntó el objeto de la visita; el soldado, aturdido, contestó que saber la clase de cigarros que gastaba: aquél le dió uno, insistiendo en que lo encendiera; al enterarse era asistente, ó escudero, y no caballero como creía, echó á patadas al pobre que no tenía la culpa de la equivocación. Una barbaridad.

Como en provincias usábamos levitas con mangas estrechas, decía el primer jefe del segundo:—Si creerá que por venir de Madrid, y tener las mangas más anchas, sabe más que nosotros. ¡El sí que tenía la manga ancha! Al comandante lo relevó un buen sujeto. Pasaba por delante de la reja del calabozo del cuartel, oyó que un soldado condenado á presidio le gritaba: «Apelo»; no entendiendo lo que el preso deseaba, dijo al ayudante:—Que lo pelen.

Por el ilegal fondo particular, algún particular solía tragárselo, dejaron de reemplazo al teniente coronel. Ilegalmente, como sucedía en aquellos tiempos, le ascendieron á coronel.

¡El que le sustituyó sí que era particular! Daba quince, y falta á su antecesor. Salimos de Málaga y entramos en Malagón. El nuevo jefe nos dijo que no pensaba agradar; lo cumplió. Haciendo aspavientos, gritaba con voz chillona á la tro-

pa:—Nada de remolinos; que el movimiento venga por el lado del fusil; los ojos á la altura de la vista; las puntas de las bocas de los cañones perpendiculares; vamos hácia atrás como los caracoles; los soldados deben *ribalidar* unos con otros; en un batallón de cazadores creía encontrar oficiales de punta; el único que sabe soy yo. Era tratarnos de cuadrúpedos. A un alférez dijo:—Haga V. entender á su capitán que es un ignorante. Dispuso que unas monedas falsas que habia en la caja se cargasen á los gastos de reducción y conducción, y añadió sonriéndose:—Yo las pasaré.—Me vienen á mí con líneas, decía, como si yo no supiera la aritmética.—En una revista de comisario, mandó:—Señores oficiales, banderas, sargentos y tambores, aquí no hay tambores, á las cabezas de sus compañías. Au, u, u, u, u.—Como tenía la pasión del dinero, y la reina Cristina pasaba por muy rica, decía: «¡Ojalá fuera yo reina madre!» En tal caso no envidiaría al duque de Riansares, pensaba yo.

A Gibraltar iba de uniforme, en el mulo del batallón, con su asistente á las ancas. El papel viejo lo cambiaba por fruta; se quedaba con las muestras del tocino, garbanzos y patatas que presentaban para el rancho. Llevó dos meses sombrero apuntado, esperando un morrión viejo; prohibió fuéramos los oficiales de gabán, hasta que le regalaron uno. Se acostaba al anochecer, no encendía luz, sus muebles eran una mesa de provisión y cuatro sillas del cuarto de banderas; el asistente guisaba con el aceite que correspondía á la guardia de su casa, y se mantenían con lo que le abonaban por la ración del caballo. Merecía comerla en especie. Abría las cartas con cuidado, las leía, cerraba y devolvía á la administración para no pagar el porte: no había sellos. Al oficial que le regalaba, le estampaba nota de sobresaliente, aunque fuera un animal. Dispuso que los sargentos hicieran el manejo del arma confundidos con los soldados, y exclamaba riéndose:—Ellos dirán, ¡cómo nos jo... raba el teniente coronel. Oí ser lo más pesado el contar dinero ajeno y dormir

con mujer propia, y pregunté:—Qué gusto saca nuestro digno jefe en manosear las monedas que entran y salen de caja?—Se chupa la porquería que le queda en los dedos,—me contestaron. Para que el batallón no se sublevara, le quitaron el mando. Debieron echarle con cajas destempladas. Antiguamente, cuando la justicia expulsaba á un vecino por malo de la población, lo sacaban fuera de la puerta tocando tambores desordenadamente. El tal jefe era brigadier al año y medio, sin otras hazañas que las apuntadas en esta verídica historia.

Aquella época fué la más inmoral que he conocido en el ejército. Tan escandaloso nombramiento dió origen á que se acordase en Consejo de ministros los ascensos á oficiales generales. Muchos años después le encontré en Madrid; ambos teníamos igual grado; sin pararse me preguntó:—¿Aún es V. capitán? No le contesté: él se reiría de mi mala suerte. Supe que inventó aguar el agua. La que bebían los operarios que le edificaban una casa, costaba cara porque la traían de lejos, y la mezclaba con otra salobre que servía para la obra. Se parecía al licenciado Cabra que pinta Quevedo. Era largo sólo en el talle. El dómine se quedó chico. Cervantes dice: «Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces.» Le relevó en el cuerpo un caballero instruido, firme en el mando, que se hacía querer y respetar. De los buenos hay poco que hablar. Más conocido es Nerón que Antonino Pío.

En Algeciras, un teniente, ayudante de plaza, que había sido fusilero de Aragón en los sitios de Zaragoza, me dijo:—Paisano, ¿V. quiere ver á la famosa Agustina Zaragoza?—Se embarca ahora mismo para Ceuta.—Pensando en mi madre, que ya manifesté acompañó seis meses por las montañas de Albarracín á mi padre cuando peleaba contra las tropas del vil Bonaparte, corrí á la punta del muelle. La célebre heroína se encontraba en la barquilla que la iba á conducir al jabeque, buque ligero de vela que servía de correo. Muy pocos

instantes contemplé á la artillera. No he olvidado su noble fisonomía. Era alta, morena, de ojos hermosos: tendría unos sesenta y cinco años. Murió en Ceuta el 28 de Mayo de 1857, donde vivia con su hija. La capital de Aragón conserva sus restos. Agustina Zaragoza Domenech tenía amores con un sargento de artillería. Le mataron en la batería de la puerta del Portillo, durante el primer sitio de la inmortal ciudad... «Agustina, dice Palafox, ciega de cólera, arrancó la mecha de manos de su amante, y jurando vengar la muerte de éste, se abalanza al cañon de 24 que servía, y le da fuego. Yo fuí testigo de aquella escena en el momento que llegaba á la batería que estaba cubierta de los cadáveres de más de 50 artilleros tendidos por el suelo, y presentando el espectáculo más desgarrador. La premiaron en 1809 con el grado y sueldo de alférez.» En Inglaterra la erigieron una estatua. En Zaragoza deben levantar un monumento á Palafox, Agustina, la condesa de Bureta, el tío Jorge y el clérigo D. Santiago Sas, alevemente arcabuceado por el feroz Lannes. El pueblo entero en lucha contra el pérfido invasor.

Me alegré dejar el campo de Gibraltar. La vista del Peñón me exaltaba. Aunque dista dos leguas de Algeciras, cuando sopla el Levante, se oye en ésta la retreta de los ingleses y los cañonazos del *Hacho* hacen mover los cristales de los balcones. ¡Que no se hundiese ese maldito monte, lo tragase el mar, y se ahogasen hasta las monas que en él se crían! Al entrar yo en la plaza que nos robaron en 1704, el mirlo de un zapatero silbaba la jota. Pregonaba que es tierra española. Por primera vez oí su nombre á un labrador viejo de Borja: se encontraría en el último sitio de Gibraltar, que cantaba:

«Si el Peñón de Gibraltar
fuera de tocino magro,
ya se lo habrian comido
los soldados de á caballo.»

Poseo una caja de rapé, de concha, en cuya tapa hay una estacada de madera incrustada sobre una plancha de oro, gra-

bado en ésta el monograma de Carlos III y la inscripción, «Testimonio del hispánico valor. De la estacada de Gibraltar en 30 de Septiembre de 1780.» Cogieron una estaca junto al foso de Gibraltar y el monarca mandó hacer la referida caja.—Me costó diez y seis años de terquedad aragonesa el adquirirla.

El 5 de Febrero de 1853 desembarqué en Cádiz. En ella me contaron que una señora prometió á la Virgen, si su hijo, oficial de marina, se había salvado en un naufragio, pagar una misa de á duro, pidiéndolo de limosna por las calles. Acto sublime que sólo se comprende en una madre, tanto más meritorio cuanto la dama era muy orgullosa.

En dicha ciudad mandé el piquete de una procesión de Semana Santa. A las once de la noche comenzamos á marchar. Como todos los cofrades querían pasar por su calle, á las ocho de la mañana siguiente me relevó otra compañía de cazadores. Me desesperé. A medio día vi seguía su curso la procesión. No hay espectáculo sin tropa, pero nadie tiene derecho á mortificarla inútilmente.

En Cádiz dormitaba yo á media noche en el cuerpo de guardia de la cárcel. Me avisó el cabo que un paisano deseaba hablarme. Entró un viejo canoso, alto, flaco como un esqueleto, en mangas de camisa y calzoncillos, cuya extraña facha se destacaba sobre la capa negra que le caía de los hombros.—Soy, me dijo con voz cavernosa, el ejecutor de la justicia.—Di un paso atrás; jamás había hablado con un verdugo ni visto de cerca. Casi á oscuras me causó horror, creí que soñaba, tuve miedo al siniestro personaje, llamé á gritos al cabo de guardia, cuando se presentó, me tranquilicé y pregunté á la espantosa visión:—Pronto, ¿qué quiere V.?—Señor; habito en una casita junto á la cárcel, los centinelas se burlan de mí y maullan imitando al gato; aluden al oficio que he ejercido hasta que me jubilaron.—Marchese V.; lo evitaré.—No me pasó el susto hasta que salió el sol. Al invicto emperador Carlos V le dijeron había quien no tenía nunca miedo y replicó:—No habrá despavilado una luz con los dedos.

En Cádiz, de guardia en el castillo de Santa Catalina, me acosté. Sentí que me hervía la sangre y palpitaba con fuerza el corazón. Comprendí que me moría asfixiado. Luchó la poca inteligencia que me quedaba con la paralización física, hice un esfuerzo, salté de la cama y me salvé. Olvidé lo que me pasaba, abrí la puerta pregunté la hora al centinela y caí sin sentido. Se purificó el aire con el que entraba por una ventana que daba al mar, y volví del desmayo. En 1888 murieron en el indicado cuerpo de guardia un alférez y un perro asfixiados por el tufo de un brasero.

El 18 de Abril del 53 entramos en Sevilla. El periódico más filibustero de los Estados Unidos cuando la expedición del traidor Narciso López á Cuba era *El New-York Herald*. Lo odiaba. Al ver un número pensé: «Siento no saber el inglés para enterarme de lo que dice este papelucho.» Me distraje, dirigí los ojos al diario, comprendí lo que contenía y quedé admirado de mí mismo porque traducía la lengua de Shakespeare sin haberla aprendido. Volví á mirar al periódico, y le pegué un puñetazo. Se hallaba impreso una columna en inglés y otra en francés. Esta última era la que acababa de leer.

Nos refirió un teniente que en la primera guerra civil á su asistente le enseñó á leer y escribir. Consiguió lo hicieran cabo y sargento. Cambió de regimiento, y al finalizar la guerra carlista destinaron al cuerpo en que servía, á su asistente, de alférez. Este se hizo el desconocido, y porque supo que su antiguo amo decía había sido su criado, le desafió. Reunió la oficialidad el teniente, arrojó un guante y añadió: —El que dude de mi valor, que lo recoja. Me batiré con todos menos con el que ha sacado de mi alcoba lo que no puede nombrarse.—Al ingrato y necio lo echaron del cuerpo.

En Sevilla eran vecinos un pobre capitán retirado á quien no le pagaban la pensión y un marqués muy rico. Siempre que se encontraban en la calle, el militar se empeñaba en dejar la acera al prócer. Murió éste, y legó al capitán diez mil duros en recompensa de haber sido tan fino con él. La buena

educación se aprende de niño, en casa, no en la milicia, ni en los libros. Hay sabios soeces.

En Sevilla nos revistó el conde de Mirasol. Al llegar á la compañía que yo mandaba, preguntó:—¿Quién es el capitán? Es la mejor del batallón.—Servidor de V. E. No se me debe á mí sino al teniente encargado de ella, contestó Ohagan, que hacía de comandante interino. La mayoría de la humanidad se callaría en igual caso. El irlandés y yo, aunque de ideas y gustos opuestos, nos queríamos. El sargento primero se jugó el dinero de la compañía; el capitán era el responsable, nunca tenía un cuarto, y le saqué del apuro.

Siendo general el conde de Mirasol, refería sonriéndose, que al sorprender los carlistas de noche en Descarga á Espartero en la primera guerra civil, le cogieron prisionero, y como era de corta estatura, creyéndole un tamborcillo, le soltaron, arrimándole un puntapié.

(Se continuará.)

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO [1]

VI

Si el tiempo es el único calmante del dolor, justo es dejar el espacio de algunos años entre la clausura de los salones de la condesa del Montijo, á causa de la enfermedad mortal de la duquesa de Alba, y la reapertura de aquel centro de animación y placeres, para dar entrada en el gran mundo á que por su cuna les tocaba pertenecer, á las dos jóvenes hijas de aquella ilustre dama. Antes de celebrar este acto con todo el atavío y pompa que era tradicional en aquella morada, la primavera de 1866 sirvió como de prólogo á otra serie de sucesos, los cuales, en medio de su representación especial, constituyen parte de la historia de que hemos sido aun la mayoría de los que vivimos ó actores ó testigos, unos conciertos clásicos-sagrados en el palacio de la plazuela del Angel, en que simultáneamente tomaron parte artistas de afición de la clase que por derecho propio concurría á este género de reuniones, y los más aventajados artistas de oficio que trabajaron de temporada en el teatro Real. De las jóvenes damas de Madrid que habían desplegado dotes supe-

(1) Véase La España Moderna de Enero, pág. 88; de Febrero, página 100, y de Marzo, pág. 5.

riores para el canto en la intimidad de sus relaciones, llevaban á la sazón la palma Elisa Luján, Elena Prendergast y Clara Nueros, á las que se unía la baronesa de Hortega, de cuya habilidad y maestría habían llenado en la corte todo el ámbito de la más grata reputación. Todas tenían franqueados los umbrales de la casa del Montijo, y todas tomaron parte aquella primavera en sus conciertos sacros, y al otoño siguiente, en el teatro de la quinta de Carabanchel, en la representación de las piececillas músico-cómicas con que Eusebio Blasco había introducido en los teatros de Madrid el género bufo francés españolizado. El primero de aquellos conciertos, y como ensayo del posterior, se verificó el domingo 6 de Marzo, dirigiéndolo Inzenga. Ejecutaron piezas de canto la baronesa de Hortega, Elisa Luján y los caballeros Oliveres, Bouché, Woodhouse y Gualland, todos artistas de nuestro gran teatro lírico-italiano. Aunque en plena Cuaresma, después de la música sagrada se dió aires á la profana, y hubo canciones andaluzas y jotas aragonesas y danzas americanas, con algunas romanzas francesas é italianas. Aunque de ensayo, á aquel concierto asistió un respetable público de las grandes familias y notabilidades de toda especie, que eran admitidas á la amistad de la madre de la emperatriz Eugenia, aunque el mayor concurso se reservó para el *Stabat Mater*, de Rossini, que se cantó el día 11. Inzenga acompañaba con el órgano, Peña con el piano, y la dirección del coro estuvo confiada al maestro Moderati. Aunque se esperó que en aquel concierto tomarían parte Tamberlick y la Nantier Didié, se excusaron; pero no así Woodhouse y Gualland, que hicieron las partes principales con Elisa Luján, la de Hortega y Oliveres. El coro, un coro de ángeles, estaba formado de la condesa de la Nava del Tajo, Enriqueta Cabarrús, que en todo procuraba suplir el papel que antes representaba la duquesa de Alba, de modo que á su ilustre madre no la acibarara su recuerdo; las demás coristas eran las dos hijas de la condesa de Fuentes, una de las de Patilla, las del vizconde de Soveral, Sofía Bessó, actual mar-

quesa de Dos Hermanas, Purita Alaminos, y las señoras y señoritas de Claramonte, de Alvear, de Lasquetti, de Gabriel, de De Gabriel y Ruiz de Apodaca, de Carvajal y de Ros de Olano. De público no hay que decir: todo el que inundaba aquellos salones seis años antes y todos los nombres nuevos que había arrojado al gran mundo el movimiento activo de la vida y la mudanza de los destinos humanos. No estaban los príncipes de Garitzin, ministros de Rusia; pero estaban los príncipes de Wolkousky; no estaban los señores de Turgot, embajadores de Francia, pero estaban los de Mercier de Lostende, y con ellos las Xiquenas, las Rubianes, las Sástago, las Monistrol, las Guendulain, las Roca, las Torrejón, las Carriquiri, las Viluma, las Sessa, las Carlliez, las Bassecourt, las Hoyos y Manzaneras, las Dampierre, las Etling y tantas otras. A heroína del canto en el *Inflamatus* del *Stabat Mater* se elevó Elisa Luján, para quien fueron todos los plácemes de la noche. El coro de hombres fué también muy celebrado, y de él formaban parte Carlos Caro, Tonico Romrée y el conde su hermano, el conde de San Martino, Juanito Nieulant, Muratori, Pignatelli de Aragón, Canga-Argüelles y otros pollos de la primera flor.

Un concierto sobre la base del *Stabat Mater* en una casa donde una madre angustiada apuraba sin alivio el cáliz de un dolor tan acerbo, aunque al parecer lejano, de la pérdida de aquella hija adorada que era el mayor ornamento de aquellos salones que volvían á abrirse á los placeres fugitivos de la sociedad, prestábase, en medio de los frívolos atractivos del exquisito buen tono, á consideraciones de la reflexión más honda. ¡Qué recuerdo tan dulce, aunque velado bajo la máscara de una animación ficticia! Aquella era indudablemente la embriaguez suprema de un dolor intenso é inextinguible que se gozaba en su propio padecimiento. Pero no fué sólo aquel concierto lo que la condesa del Montijo ofreció en la primavera de 1866 á la sociedad elegante de Madrid. Aun poniendo bajo aquel mudo y elocuente lenguaje más determinadamente los

puntos sobre las ies, á los pocos días, pasada la Semana Santa, la Semana del eterno dolor, volvió á invitar para el 1.° de Abril á sus amigos. ¿A qué? ¡A un baile de niños! pues el primer baile que, después de su luto, daba una dama tan distinguida y una madre tan amorosa, no podía ser sino en honor de sus dos nietas, las duquesas de Galisteo y de Montoro, huérfanas que había dejado la de Alba. Nadie había visto hasta entonces lágrimas más sinceras disfrazadas de placer, bajo aquel torbellino de luz, de alegría, de compases, de movimiento, de trajes, de colores, de placer y de vida que reflejaba un espectáculo de este género. Allí faltaba una luz prematuramente malograda y extinguida; pero la anciana deidad que guardaba no podía negar aquel Olimpo de su grandeza á los nuevos astros partidos de aquel, que comenzaban á alborear.

Mientras los duques de Híjar, pensando en la distracción del verano que se aproximaba, inauguraban el 15 de Abril su *teatro casero*, de que era conjuntamente la joven duquesa encantadora empresaria, directora y primera dama, con el propósito de trasladarlo después durante los rigores del estío á la bella posesión que tenían camino de Hortaleza, la condesa del Montijo hizo una corta ausencia de Madrid, acompañada como siempre de su sobrina Enriqueta Nava del Tajo, Elena Prendergats, el marqués de Cáceres y hasta doce amigos más. La muerte de la duquesa de Alba había hecho que se paralizaran las obras de restauración que bajo la dirección del arquitecto Sureda había emprendido algunos años antes en el castillo de Belmonte, junto al pueblo de este nombre, de la provincia de Cuenca. Era esta una hermosa fortaleza del siglo XIV, construida por el maestre de Santiago, D. Juan Pacheco, uno de los ascendientes de la casa del Montijo, y la condesa y su hija habían puesto sumo empeño en volverlo á la vida señorial de sus antiguos moradores. En Belmonte fué la condesa recibida por todo el pueblo con el homenaje entusiasta y bullicioso con que en todas las multitudes se expresa juntamente el amor y el respeto, y en Madrid mismo creyeron algunos que la noble

dama había hecho aquella expedición para preparar en Belmonte residencia para el verano. Pero la condesa del Montijo nunca pensó así: amaba con pasión á Madrid, y nunca creyó alejarse más allá de los términos de su quinta de Carabanchel. Antes de empezar Mayo se había restituido á la corte y después de San Isidro se instaló en esta posesión.

La primavera de 1866 fué en Madrid trágica y sangrienta. Los cinco años de libertad y de prosperidades que al país había dado el largo gobierno del general O'Donnell, ilustrado además con los laureles de África, no ofrecieron larga tregua á las enconadas pasiones de los partidos políticos. Si los ideales del progresista histórico habían quedado anticuados y sostenidos sólo por una tradición tenaz de familia y los intereses de un corto número de personas, en cambio la joven democracia avanzaba de día en día, había refrigerado los núnenes de la libertad, traía la misión de completar una larga y profunda evolución histórica, é impulsaba á todos los matices exaltados por los caminos de la revolución. Desde que los progresistas desertaron del Parlamento y se constituyeron en el Aventino de su proscripción, la revolución estaba prevista como un hecho inevitable. En París, el emperador Napoleón, recibiendo al marqués de la Habana por embajador de España, le expresó que de la reina Isabel II dependía el giro de los sucesos. ¡Ah! ¡No sabía él que, como á su preclaro tío, la suerte de España estaba ligada á la suya. Olózaga, entre tanto, segunda vez irreverente con la corona, le arrojaba el guante de desafío. Fernández de los Ríos formulaba la inaceptable fórmula del *Todo ó nada*. Rivero, Castelar y García Ruiz se colocaban en la vanguardia de la democracia pidiendo la república, y Prim manchaba los laureles africanos á que O'Donnell le había invitado levantándose insurrecto en los montes de Toledo, y no dejando, perseguido, la cuenca del Tajo hasta internarse en Portugal. Todos estos sucesos, que habían llenado los cuatro últimos años, eran preludios inminentes de más audaces tentativas, y, en efecto, éstas se pro-

nunciaron en el mismo Madrid, casi á las puertas del alcázar real, mandando O'Donnell y ofreciendo, como antes de él habían ofrecido olivas de paz á los progresistas Miraflores en 1863 y Arrazola, Mon y Narvaez en 1864. El hecho fué la bárbara insurrección de los sargentos de artillería del cuartel del San Gil, los cuales, el 22 de Junio de 1866, estimulados por viles fanatismos, cobardemente y cogiéndoles desprevenidos, quitaron la vida á sus jefes y oficiales, completamente ajenos á la traición que contra ellos se había tramado, descansando en la confianza que los de este cuerpo, siempre leal y distinguido, abrigaban en el amor y respeto que sus subordinados les tenían. Aunque el castigo de aquel suceso se ahogó en sangre; aunque todos los que habían sido palanca del motín criminal habían logrado salvarse en la proscripción al extranjero de las sentencias de muerte fulminadas contra ellos por los tribunales; aunque á la confiada imprevisión del duque de Tetuán sucedió de nuevo un gobierno de fuerza presidido por el duque de Valencia, ni la corona quedó indefinidamente garantida, ni garantida indefinidamente la paz social. Aunque bajo los placeres de los espectáculos públicos en los Campos Elíseos los victoriosos del terrible 22 de Junio querían disfrazar sus propias desconfianzas, ello es que en el fondo de la sociedad quedó un malestar visible y el temor de días más ó menos próximos y lejanos, pero de cualquier modo lúgubres y sombríos para todo y para todos.

Aunque la madre de la emperatriz Eugenia tenía proyectado abrir espléndidamente sus salones en el otoño próximo, ella, esencialmente española, aunque tuviera una hija soberana de un país vecino, amante de la reina Isabel hasta la ternura, se apresuró á echar entre el trono amenazado y el influjo de Francia, el cable que á ella le unía apasionadamente con la casa imperante. Sirvióle de pretexto para invitar á la sociedad escogida que en Madrid había quedado de las expediciones acostumbradas del estío á su quinta de Carabanchel, la llegada á la corte de S. A. la princesa Leonor de Salm-Salm y de Lowenstein-

Vertheim-Rosemberg, duquesa de Osuna, acompañada de su hermana la condesa de Salm, que, después de su matrimonio con el más suntuoso de nuestros antiguos próceres, no había visitado á España. Era entonces la aún duquesa viuda de Osuna y del Infantado, no solamente una de las damas más notables del Norte de Europa como miembro de la más antigua aristocracia alemana, sino un tipo clásico de esas bellezas septentrionales que forman, en medio de la esplendidez de su raza, el contrapuntal del que producen nuestras tierras meridionales, nuestros países del sol. Su llegada á Madrid fué una verdadera novedad, y la propia emigración de nuestras familias más distinguidas en esta estación del año, justificaba más el halago de la madre de la emperatriz Eugenia hacia la que en aquellos momentos se supuso por algunos que traía una misión especial de apoyo para la reina Isabel de los emperadores de Rusia y Austria y del rey de Prusia, cuya influencia siempre ha sostenido la ponderación política en esta parte del continente.

La recepción especial á la princesa de Salm-Salm se verificó en Carabanchel el domingo 19 de Agosto; el 25 hubo otro baile mitad de niños, mitad para la juventud, á que del mismo modo fué invitada la hermosa aristócrata y su hermana, y luego, el 9 de Setiembre, tampoco dejaron de asistir éstas á la residencia de la condesa del Montijo, por celebrarse en dicho día la fiesta de su santo. Desde las últimas horas de la tarde, en cada una de estas fechas, era de ver la inusitada animación que daba á la carretera que, partiendo de la puerta de Toledo, pasa por las lindes de la bonita posesión en que la condesa residía, el paso de tanto y tanto vistoso carruaje, henchidos de las mujeres más hermosas y de los hombres más elegantes que en Madrid entonces había. Estos mismos carruajes, cargados de niños preciosos de ambos sexos el día 25, parecían cestillas de flores llenas de presente y de vida, de perfumes y de encantos. Casi fué un mismo público el de las tres noches, y en todas hubo música y baile dentro é iluminaciones

y vistosas colgaduras por los jardines, fuera del edificio. El día de la condesa, en la plazoleta que forma la entrada del palacio, se formó de linternas venecianas y vasos de colores una inmensa corona condal cubriendo el anagrama de la señora de la casa. No faltaron del cuerpo diplomático la princesa Wolkonsky, la marquesa de Bello Caracciolo y los señores de Muniz, con el ministro del Brasil y los vizcondes de Soveral. Algunos que residían cerca de la corte, venían de la Granja; y entre las damas de nuestra aristocracia asistieron la condesa de Velle y la de Scláfani, las Tamames y las Montalvo, las de Fuentes y la viuda de Cabarrús y las cantantes de la casa, es decir, la baronesa de Hortega, Clara Nueros de Hunt, Elena Prendergast y Elisa Luján, que eran ya de asistencia precisa y de cooperación aún más precisa todavía en todos los saraos de la del Montijo

Aunque la resurrección autumnal de Madrid no se retardaba tanto como ahora, y desde los primeros días de Septiembre la Zarzuela presentó al sublime tragico italiano, Ernesto Rossi, que vino aquel año á proseguir los laureles de sus compatriotas la Ristori y la Saldoni, y el 3 de Octubre el Real se inauguraba con *Le forza d'il destino,* interpretada por las Marchisio y la Borghi-Mamo, Fraschini, Medini y Lloti; aunque los condes de Santa Coloma el 11 del mismo mes abrían sus salones con motivo del casamiento de su primogénito con la bellísima señorita de Maquieira, y aunque en la propia noche en la casa del general Serrano se improvisaba la representación de *La segunda dama duende,* teniendo los principales papeles la duquesa de la Torre, Carmen Paz y Membiela, Sofía Bisso y Sofía Stéfani, la condesa del Montijo, no sólo prolongó algún tiempo más su estancia en Carabanchel, sino que quiso llevar á su residencia la animación de los *teatros caseros,* que con tanto éxito ensayaban los duques de Híjar y los de la Torre. Lo que sucedió fué, que á cada uno de estos teatros se puso un rótulo á la puerta. En el de los duques de Híjar era la empresa: *Prius mori quam foedari;* en el de la condesa del Montijo, sin hacer agravio á su españolismo, del que no cabía la

menor duda: *Internacional,* y en el de la esposa del general Serrano, leía siempre, sobre todo, el duque de Valencia: *Aquí se conspira.* Con todo, la primera fiesta lírico-dramática de la quinta del Montijo en Carabanchel, fué más que política y diplomática, enteramente mitológica y celeste: se cantó y representó *El Joven Telémaco,* de Eusebio Blasco, y era cosa de presentar solicitudes por ver á Elena Prendergast vestida de *Venus*, de *Calipso* á Elisa Luján, de *Eucaris* á Enriqueta Cabarrús y de *ninfas* á Sofía Bisso, que era entonces el molde fino y delicado de una miniatura alemana, á Purita Alaminos, que hacía siempre pretensión de locuela, á Marta Nueros, á las Rita Muruaga de Navarro, Benavides y otras tan bellas como las citadas. El conde de Romrée, Carlos Romrée, como entonces todos le llamaban, dejando aparte la etiqueta del título, hacía de *Joven Telémaco*, de *Mentor* Canga Argüelles, de *Ulises* Antonio Vejarano con v ó Bejarano con b, que de uno y otro modo las gentes escribían este apellido. Al anuncio de esta representación se despobló Madrid: desde la infanta Doña Isabel, hasta la baronesa Gustavo Rostchild, no hubo dama aristocrática nacional ó extranjera, á la sazón en nuestra corte, que no pidiese localidades.

Con estos antecedentes, y los propicios augurios que de ellos se colegían llegó Noviembre, y en la primera semana de él la condesa se trasladó á su palacio de la plazuela del Angel. No fué más presto llegar á Madrid, que disponer la primera verdadera fiesta del invierno, y para el 15 dió cita á todos sus favorecidos. Las muchas personas que desde la muerte de la duquesa de Alba no la habían vuelto á ver, ni habían disfrutado de los meros ensayos de la primavera y del verano, aquí y en su quinta próxima, tenían grande interés en ofrecerla de nuevo el tributo de los respetos que merecía; pero era aún mayor la curiosidad por ver las huellas que el dolor había dejado en aquella naturaleza tan resistente. Amós Escalante, que usaba entonces el pseudómino de *Juan García*, así consignó sus impresiones de aquella noche, después de

examinar sala por sala el aspecto general de aquel palacio encantado de la muerta duquesa: «Lo único que no ha cambiado, que no se ha alterado, que subsiste como entonces, decía, es la bondad, es la amabilidad, el buen tono, la exquisita galantería de la condesa del Montijo. Y es que hay en ella algo que sobrevive á lo demás: lo que se ha llamado por un poeta *la juventud eterna.*»

Aquel día era en París y en Madrid la fiesta de la Emperatriz, y esta fecha ya había de sustituir por mucho tiempo á la del 29 de Enero, que la muerte borró del almanaque. Esta circunstancia dió motivos para que el gobierno de la Reina en masa hiciera aquella noche una solemne manifestación política; pues á los salones de la condesa del Montijo asistió, como á los consejos con S. M., en corporación, y presidido por su jefe el duque de Valencia. Entró éste en medio de los generales Calonge y Rubalcaba, todos con uniforme y con bandas de la Legión de Honor; y les seguían el venerable anciano Arrazola con González Brabo, D. Alejandro de Castro con Barzanallana y Orovio. El cuerpo diplomático extranjero acreditado en Madrid, también asistió con sus señoras y el personal de las embajadas y legaciones, como en un besamanos. Mister Hale, el ministro de los Estados Unidos, llevaba á sus dos encantadoras hijas Lucía é Isabel; Mercier de Lostende presidía todo el personal de la representación de Francia y así los demás diplomáticos. *La Segunda dama duende*, es decir, la duquesa de la Torre asistía también, y hermosa, porque entonces se hallaba en el apogeo de sus prendas personales y prendida con gusto y con lujo. Pepita Torres, ya marquesa de la Torrecilla, hacía con su sobrina María de San Juan, hija de la condesa de la Cimera y heredera de las gracias de su madre, el grupo de un artista. De la marquesa de Portugalete se dijo aquella noche que llevaba en su prendido un vagón de brillantes, y á la marquesa de la Puente y Sotomayor se le preguntó el número que tenía en su inagotable *colección*, de donde siempre salían sorprendentes novedades, el soberbio ade-

rezo que cubría su cabeza, cuello, pecho y brazos. Su hija, Blanca Osma, la mujer de mayor distinción que había en la juventud en aquel tiempo, sólo llevaba adornada la cabeza con hojas de plata. Deslumbrante era también la corona que ostentaba la de Villena, hermana de Angela Medinaceli, y el tipo, las joyas y ricos atavíos de la condesa de Lombillo parecían hurtados á un ídolo americano de la antigua manigua. Como las descritas eran las demás deidades de la noche. Todavía esta gran fiesta, que se celebraba el día 15, tuvo una segunda parte; pues habiendo llegado al dia siguiente á Madrid la duquesa de Saldanha, mujer del mariscal y grande de Portugal de este apellido, que iba á Roma de embajador de su país, el 18 se repitió con no menos ostentación y concurrencia que la primera.

¿Era que los sucesos del 22 de Junio sólo significaban el aborto monstruoso de una conspiración mal fraguada y sin posibilidad de funestas consecuencias? ¿Era que la alta sociedad de Madrid no concedia importancia á los actos de un partido numeroso, cuya plana mayor entera había caído en las angustias de la proscripción, cuya prensa en su totalidad había sido reducida al silencio ó por la fuga de sus escritores ó por la intervención de los tribunales que habían cerrado y sellado las puertas de todas las redacciones? ¿Era que el costoso triunfo conseguido en un día de desesperado combate equivalía á una victoria definitiva? Por desgracia la ley de la historia no había quedado cumplida; el problema estaba simplemente planteado; la opinión temerosa, vacilante é incierta, y de las apelaciones al terror, que es lo que se hizo con la sustitución del gabinete Narvaez por el de O'Donnell ,no había ejemplo de que hubiese bastado para dirimir los conflictos que han envuelto un progreso efectivo en ninguna sociedad. El duque de Tetuán, que se tenía por el vencedor de la jornada y presumía de haber salvado el trono, pagado con la ingratitud, se alejó de la corte y aun de España, demandando á Biarritz un refugio, donde lanzar solitario y entristecido el último suspiro

de la vida. La iniciativa y la inmunidad del Parlamento quedó atropellada al intervenir su derecho de representación al solio y al ser arrancados de sus casas los presidentes de las Cámaras para dirigirlos al destierro, y aquello era renunciar absolutamente á los dictámenes de la prudencia y dejar el reto en pie á las eventualidades problemáticas del tiempo. En la corte del emperador se vió la trascendencia de las cosas mejor que en Madrid, y la previsión que allí se tuvo de accidentes más ó menos remotos pero inevitables, trascendió luego á la intimidad de las relaciones entre la emperatriz y su madre. No abandonó ésta en su residencia el tono habitual de sus comunicaciones sociales, y aun con loable patriotismo trató de inclinar hacia la corona comprometida de doña Isabel II los elementos de solidaridad que en sus reuniones apiñaba; por esto, sin suprimir sus recepciones dominicales, ya en Carabanchel, ya en Madrid, dejó de ofrecer á sus amigos aquellas festividades suntuosas que ya habían tomado, sin embargo, carta de naturaleza entre lo mayor parte de las familias opulentas de la capital de España.

Y en efecto, nada podía concebirse más animado que el espectáculo social que Madrid dió aquel invierno, todo el año siguiente y hasta la primavera de 1868. Mientras la condesa del Montijo limitó sus extraordinarios á los banquetes periódicos político-diplomáticos, en que hacía alternar los ministros y las altas autoridades, el cuerpo representativo extranjero, desde el Nuncio de Su Santidad, y un corto número de sus familiares de clase y condición, hasta personas de las posiciones menos pudientes diéronse á dar reuniones semanales, frecuentes bailes ó representaciones escénicas y conciertos, con que toda la población no parecía que pensaba sino en divertirse. Entonces salieron á la superficie muchos nombres nuevos que habían residido en la modestia de la oscuridad, y cuyos apellidos la historia no recoge y el tiempo borra. Entonces se vió inaugurar festines tanto número de familias que lograron arruinar los teatros, principalmente la Zarzuela y el

Príncipe, que, habiendo gozado de la mayor prosperidad, vinieron á la decadencia y á la inopia. El año 1868 se inauguró con el primer baile en casa de los marqueses de Bedmar. Carolina, la marquesa, tenía el aliciente irresistible de un trato siempre igual y agradable, con que sabía comunicar la alegría á cuanto le rodeaba. A esta casa y á la de los condes de Vilches, donde la condesa, á semejanza de la de Velle y de Guaqui, era una de las mujeres más espirituales y de mayor talento de nuestra corte, iban todas las damas de moda, todas las flores del día, todas las estrellas de una brillante constelación: las duquesas de Medinaceli y de Fernandina y ésta con su hija en quien reflejaba su lujo. Las elegantes marquesas de Javalquinto y de Bogaraya, alternaban con las de Acupulco é Isabel Girón; la de Caracena hacía rancho aparte con su madre y con su hermana y, la de Cumbres altas y su hija con la marquesa de Sardoal. La de Vilches tenía comedias para distracción de su público; mas en este terreno la duquesa de Medinaceli, en el antiguo palacio de Lerma, donde Felipe III vió representar las de Lope de Vega, hacía representar las de Ventura de la Vega, dirigidas por D. Joaquín Arjona, y en que tomaban parte los hijos del poeta Ricardo y Venturita, con la duquesa misma, su hermana la de Villaseca, la de Caracena, y Gonzalo Vilches, Canga-Argüelles y otros aficionados. La duquesa más de una vez obtuvo de sus concurrentes, no ya aplausos que se le prodigaban siempre, sino coronas de flores, con gran júbilo del auditorio.

La viuda del banquero Calderón rompió la serie de las recepciones de Febrero, mas ya desde casi mediados de dicho mes, hubo que organizar las fiestas de la sociedad, por ser muchas y no poderse concurrir á todas. El jueves 13, hubo una recepción solemnísima en casa del ministro italiano Corti, y el viernes 14, función dramática en casa de los barones de Andilla. Desde el 15 de Febrero hasta los primeros días de Junio, todos los domingos había bailes pequeños en casa de la condesa del Montijo, y bailes grandes en casa de D. Fermín Lasala; los

lunes simultaneaban los señores de Osma y los condes de Caunitz, ministros de Prusia; los martes, los representantes del czar; los miércoles eran también los banquetes diplomáticos del Montijo, las recepciones de los marqueses de Bedmar y las comedias de la señora Goicorrotea de Alvarez; los jueves pertenecieron en todo el invierno á los condes de Torremata; los viernes, á Mr. Hale, el ministro de los Estados Unidos, á la condesa de Superunda y á los chocolates de los señores de Villalar; y los sábados, al teatro de la condesa de Vilches y á las recepciones de los condes de Ezpeleta, de Matilde Casañas y de los Sres. de Azcárate. Entre estas reuniones, fueron muy singulares, muy sonadas y muy brillantes, las de los príncipes de Wolkousky en la embajada rusa. El príncipe de Garitzin, cansado de la monotonía de los walses y polkas, á cuyo patrón reducido estaban ajustados los bailes de sociedad, habló y propuso introducir las *mazurkas*, que no son sino el canto nacional conque los habitantes del antiguo ducado de Mazowia acompañan sus danzas en las pintorescas comarcas del Weichsel, del Buy y del Nazewa. Hízose primero un ensayo de *mazurkas* y *minués*, en uno de los días de Enero, pero se tocó con la dificultad de los trajes largos de las señoras, que impiden la acompasada movilidad de estos bailes. Entonces se pensó ensayar bien unas cuadrillas, dibujarónse los trajes de cracovianos para los que en ellas tomasen parte é invitóse para el martes de carnaval á un baile de disfraces sin careta, como los que hacía algunos años venían dando en esta temporada en la embajada francesa, en el palacio de Cervellón y en el de Medinaceli.

Todavía entre mis papeles conservo la linda cartulina litografiada que pocos días antes del Carnaval recibieron los amigos de la embajada. Decía así: *La Princesse Volkousky reste chez elle le 18 Fevrier 1868 à 10½.—Les dames sont priées de venir en costume ou poudrées: les messieurs en costume ou en manteau vénitien.* Todo el mundo elegante se disputó y solicitó estas tarjetas. Ello es que el espectáculo lo merecía. Recibía la princesa, teniendo un espléndido traje de

válaca, y los salones parecían un tapiz vivo de tanto color. A las doce y media la orquesta preludió la mazurka, y entonces presentáronse vestidos uniformemente de cracovianos de uno y otro sexo: la baronesa Flabert y Felisa Ozores, la marquesa de Martorell y las señoritas de Rábago, las del señor de Rubianes y las de la condesa de Fuentes. Sus parejas eran Luis Pignatelly de Aragón, Gonzalo Vilches, Fausto Saavedra, Escipión Murillo, el príncipe de Garitzin, promovedor del baile y el marqués de Martorell. Tras los primeros compases las cuadrillas se multiplicaron y viéronse bailar cracovianas las efigies de los personajes históricos más singulares y los del más raro capricho. La marquesa de Villaseca vestía de *canastillo de flores*, Concha Rosa de *dame de pique* y su hermana Mercedes de *dame de trèfle;* la condesa de Fuenrubia, de *maga;* Belén Echagüe, de *estrella;* Blanca Osma, de *sueño de color de rosa;* Carolina Bassecourt, de *noche;* de *reinas de baraja*, las marquesas de Bogaraya y de Guadalest, y de *Margarita* del *Fausto* Concha Figuera é Isabel Soriano: la baronesa de Hortega, cuyos ojos quemaban, de *hielo*, y Laura Brunetti, de *Cruzada;* de *María Stuart* la infanta Isabel y de *Capricho* Lucía Sartorius, Mariana Monistrol de *tric-trac* y de polaca Ximena Cueto. En los hombres no había trajes menos originales y elegantes: el duque de Ahumada, de *soldado de los tercios de Carlos V;* de *majo*, el de Veragua; de maggyar, el de Granada; Antonio Bejarano, de *Don Juan de Austria;* el marqués del Viso, de *Felipe IV,* y de *Dux de Venecia,* el duque de Fernán Núñez; de *Sultán del Bósforo,* el marqués de la Puente y Sotomayor; Teobaldo Saavedra, de *Piqueur* y de *Pierrot*, su hermano el marqués de Bogaraya, con otros muchos en número de setecientos. ¿No indican estas expansiones sociales tan repetidas y continuadas, y al parecer tan espontáneas, que se vivía en el mejor de los mundos imaginables?

El verano dispersó á las gentes elegantes, y hasta la reina Isabel fué al Norte á tomar los baños de San Sebastián. El retiro de Carabanchel no alteró los hábitos establecidos desde

algún tiempo atrás en el palacio de la plazuela del Angel. Nada de invitaciones extraordinarias; nada de fiestas previamente anunciadas y pomposamente dispuestas. El 13 de Setiembre, pocos días antes de que la revolución estallase, se celebró el onomástico de la condesa, y aunque se recibió en Carabanchel con agasajo á los que pasaron á felicitarla, entre ellos el duque de Sexto, recién casado en Francia con la duquesa viuda de Morny y la duquesa de Castiglione-Colonna, hubo que improvisar banquete de treinta cubiertos, música y un poco de baile, con lo que la festividad se prolongó hasta altas horas de la noche. En aquella mansión se veian llegar los sucesos; se tenía la incertidumbre de los resultados y producía inquietudes la fácil propagación del incendio, aunque no había medios de adivinar todas las consecuencias que también á la larga tuvieron para objetos tan queridos, como los que á la sazón ceñían la corona imperial de Francia. Pero los destinos estaban jugados. Pocos días después de la celebración de los de la noble dama, que aquí sostenía su doble papel de leal súbdita de nuestra monarquía y de madre orgullosa de la soberana más resplandeciente que reinaba en Europa, la revolución de Cádiz arrojaba á la dinastía secular española del lado allá de las fronteras del Bidasoa. Mas la vacación turbulenta del solio de San Fernando iba á arrastrar tras sí la vacación turbulenta del trono de San Luis, y en medio de tantas catástrofes, la condesa del Montijo tuvo que sostener á la vez su papel de española en el interés que tomó por la restauración de la dinastía secular, y tuvo que combatir interiormente los pesares recónditos al ver despojada á la segunda de sus hijas del trono á que había logrado encumbrarla. Estas pruebas difíciles por que la noble señora pasó sin abandonarle ni un solo instante la serenidad de su espíritu firme y capaz así de las dichas supremas como del supremo dolor, será siempre una página interesante en la historia de las mujeres insignes de nuestra sociedad contemporánea.

(Se concluirá.)

¡FÍENSE USTEDES DE MAPAS!

Desde que comenzó la insurrección separatista se dió en anunciar por ahí un mapa detallado de la isla de Cuba, en cuatro hojas grandes, en escala de 1 por 500.000, «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra.»

Más de una vez estuve tentado á comprarle para seguir por él las operaciones de esa campaña que tanto nos interesa á todos los españoles; pero como me he llevado ya tantos chascos en esto de los mapas, temiendo que los datos del Depósito de la Guerra se parecieran algo á los que años atrás solía tener el Instituto Geográfico, resistí siempre á la tentación, decidiendo no adquirir el mapa sin antes comprobar su exactitud de alguna manera.

La comprobación ya se ve que no era muy fácil. Compararle con otros mapas de Cuba nada resolvía, no estando estos otros comprobados. El testimonio de personas conocedoras del país era difícil de hallar, pues aunque son muchos los españoles que han estado empleados en Cuba, los más de ellos sólo han residido en *Holguín* y sus alrededores, residencia agradable, donde se han dado traza de vivir también no pocos empleados de la Península sin necesidad de pasar agua.

Había que buscar alguna forma de comprobación indirecta; y un día, recordando aquel conocido refrán de los cestos,

dije para mí: «Si el Depósito de la Guerra ha hecho alguna vez un cesto bueno, y quien dice un cesto dice un mapa, lo mismo ha podido hacer ciento, y entre ellos el de la isla de Cuba, no faltándole, como no le faltan, ni el tiempo ni las mimbres». Inmediatamente después de esta reflexión, eché una ojeada al catálogo en que se anuncian otros mapas formados en el mismo Depósito, compré uno de ellos, de tierra conocida, el «*Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja*», me puse á examinarle y... valga la verdad, si el mapa de la isla de Cuba es como este, y desgraciadamente no hay motivos para suponer que sea mucho mejor, lástima me da de los que le usen. Porque este «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja» tiene tantas y tan graves inexactitudes, que resulta poco menos que inútil del todo.

Voy á apuntar algunas, no con ánimo de mortificar á nadie, sino con el buen deseo de que el Depósito de la Guerra las enmiende en una edición nueva.

La primera inexactitud de este mapa consiste en el nombre, si bien esta no es culpa únicamente del Depósito, sino de todo el ministerio de la Guerra. Mas no por eso deja de ser grave inexactitud y error de bulto llamar distrito militar de Castilla la Vieja á un territorio formado por el antiguo reino de León casi exclusivamente, sin tener de Castilla más que la provincia de Avila y una faja por la parte Oriental de las de Valladolid y Palencia. Y todavía aparece más grande este error si se considera que hay (ó había en la época del mapa, pues hoy tenemos división y nomenclatura nuevas) otro distrito militar con la capitalidad en Burgos, capital de Castilla la Vieja, y formado por las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Soria y Segovia, es decir, por todas las de Castilla la Vieja, menos Avila, y á este distrito no se le llamaba de *Castilla la Vieja*, sino de *Burgos*. ¡Cosa más estupenda!

Llamaran en el ministerio de la Guerra distrito militar de Valladolid sencillamente al que tenía por capital la ciudad del Pisuerga, como llamaron de Burgos al otro, sin meterse

en honduras de geografía histórica, y no habría nada que decir; pero adoptar nombres históricos y ponerlos cambiados es cosa que no parece compatible con la reconocida ilustración de nuestros centros militares.

Aparte de la inexactitud del nombre, hay otras muchas y muy grandes en lo sustancial de la obra, como por ejemplo: la falta de pueblos importantes y aun la despoblación absoluta de comarcas enteras que en realidad están pobladísimas, la ficción de otros pueblos que no existen, la omisión de caminos de todas clases muy conocidos y usados, el trazado de otros por donde no van ni fueron nunca, la alteración del curso de los ríos y de la situación de los pueblos, la consiguiente equivocación de las distancias, poniendo á veces el doble ó la mitad de la verdadera, defectos en verdad no muy tolerables en un mapa-itinerario.

Figúrese el lector que es militar, teniente, v. gr., de la guardia civil, ó capitán si se le antoja, pues como no ha de venir á pedirme la paga no tengo inconveniente en concederle el ascenso; y figúrese que hallándose en Madrid le destinan á Valladolid, donde no ha estado nunca. Si ha visto los anuncios del Depósito de la Guerra, acude allí antes de emprender el viaje á proveerse de un mapa-itinerario. Le dan éste que llaman ellos *de Castilla la Vieja*, le paga, une cuidadosamente con goma ó con engrudo las dos hojas de que se compone, pues también está en escala grande, de 1 por 500.000, y armado ya de mapa, sale una noche para su destino en el tren correo del Norte.

Al llegar á la estación de las Navas, donde, según le han dicho, comienza el territorio descrito en su mapa-itinerario, le desenrolla, y á la escasa luz del farol del departamento, se entera de que efectivamente está allí señalada la estación, y de que más adelante está la de Navalperal á unos seis ó siete kilómetros. El tren llega á ella poco después, el capitán vuelve á mirar su mapa-itinerario y dice para sí muy satisfecho: «Está bien... Navalperal... exactamente. Con este mapa voy en

grande... Ahora ya no pararemos hasta Avila.» Porque, efectivamente, el mapa no señala más estaciones.

A los diez ó doce minutos el tren vuelve á parar, y el capitán dice para sí: «¿Qué es esto...? ¿Otra estación...? Pues Avila no puede ser todavía, porque no hemos tenido tiempo de andar treinta kilómetros...» En esto oye vocear: *¡La Cañaaada, cinco minutos!*

—¿La Cañada?—repite como asombrado.

—Sí, la Cañada—le contesta un viajero algo erudito que va en el mismo departamento—estamos en la estación de la Cañada, en el kilómetro 92 y en el punto más alto del puerto y de la vía del Norte. Cuando se construyó, y bastantes años después, era también este el punto más alto en Europa por donde pasaba un ferrocarril, pues tiene el rail de esta estación una cota de 1.359 metros y 65 centímetros sobre el nivel del mar. Ahora hay ya varios ferrocarriles que pasan por mayores alturas.

Poco después el tren, que al salir de la Cañada ha pasado un túnel muy largo, vuelve á disminuir su velocidad, como si fuera á pararse.

—¿Ávila?—pregunta el capitán á su compañero de viaje, con quien lleva ya conversación tirada.

—No, señor; Navalgrande: una estación donde suelen parar los trenes mixtos. Este acorta la marcha para entrar en las agujas, pero creo que no pararemos del todo.

Pasa otro rato y hay otra parada, y el capitán vuelve á hacer á su compañero la misma pregunta.

—¿Ávila?...

—No, señor; Guimorcondo...

Un poco desilusionado el capitán con estos chascos (¿no es verdad, lector amable, que se va V. desilusionando un poco?) se queda callado en su rincón, cede á las suaves caricias del sueño, y no despierta hasta Medina del Campo.

Allí ya es de día. El tren sale de la estación, sube largo rato por unos desmontes, y, á los nueve kilómetros, aparece un pue-

blo, á la izquierda, muy cerca de la vía. El capitán, que ya se ha quedado solo, coge su mapa itinerario..., mas, como si no le cogiera, porque no tiene indicado aquel pueblo. En la estación se entera de que es Pozaldez, y sigue el tren su marcha.

Siete kilómetros más adelante, parada nueva. Se asoma el capitán, y ve otro pueblo, á la derecha de la vía, con una torre muy alta.—¿Á ver?...—Desenrolla el mapa itinerario, y... ¡nada! No hay tal pueblo. Pero vuelve á mirar al campo, y, en efecto, el pueblo está allí. Es Matapozuelos. Preguntando en la estación, queda de ello enterado el capitán; pero queda también desconfiado del mapa.

Ocho kilómetros más, y otra estación y otro pueblo, Valdestillas. Están indicados en el mapa el pueblo y la estación. Al salir de ésta se pasa un río, el Adaja; también está indicado. Comienza el capitán á reconciliarse con su guía, cuando, á los cinco kilómetros, le sorprende otro pueblo. El mapa no le indica, pero está allí indudablemente: es Viana. Echa á andar el tren, después de breve parada, y, apenas ha salido de las agujas, otra sorpresa más grande: el paso de otro río, que no está en el mapa tampoco...

—¿Se habrá formado anoche este torrente?—quiere sospechar el capitán, por no atreverse á creer que en el Depósito de la Guerra hayan padecido una distracción tan grave.—No, no puede ser—se contesta á sí mismo,—porque, en primer lugar, no ha llovido; y, además, no hubiera habido tiempo de poner corriente la vía.

Quiere todavía sospechar si el río habrá cambiado y traído por allí su corriente después de hecho el mapa; pero también tiene que desechar en seguida esta sospecha, porque el puente de piedra por donde pasa la vía, aunque es moderno, tiene traza de ser anterior al mapa, y, á mayor abundamiento, al lado del puente de la vía férrea, que tendrá unos cuarenta años, hay otro puente muy antiguo que da paso al camino viejo... No hay escape...

Aquel río es el Cega; y no está indicado en el mapa junto

á la estación de Viana, por donde corre, porque los autores del mapa tuvieron el mal acuerdo ó el capricho de juntarle con el Duero mucho más arriba de donde realmente se junta.

Esto de suprimir pueblos y variar el curso de los ríos le parece ya demasiado á nuestro viajero, y deja con desdén el mapa-itinerario medio enrollado sobre la redecilla del coche. Lo cual no quita que al llegar al Duero reciba otra sorpresa, pasando por un puente de treinta á cuarenta metros de luz lo que él creía un brazo de mar, pues ha visto que el mapa señala á este río en toda su longitud la anchura de un kilómetro, como si por ser río principal hubiera de ser caudaloso desde que nace...

Por fin ha llegado el capitán á Valladolid, á su destino, y un día recibe orden de ir con dos parejas de su instituto á Tordehumos, donde en la noche anterior se ha cometido un robo á mano armada. Lo primero que hace es tirar de mapa-itinerario; pero inútilmente, porque no figura allí ese pueblo. Le dicen donde está, por bajo de Medina de Ríoseco, en la carretera de Toro, y como afortunadamente alguno de los guardias sabe el camino, hace el viaje sin dificultad, y también sin mapa, visto que para el caso no le sirve. Como tampoco le serviría si el robo se hubiera cometido en Urueña, ó en Bamba, ó en Torrelobatón, ó en Villanueva de los Caballeros, ó en Pozuelo de la Orden, ó en Cabreros, ó en Castromonte, ó en Valverde, ó en Fuensaldaña, porque ninguno de estos pueblos está indicado, ni otros muchos.

Otro día tiene que ir á Corcos, donde hay, por ejemplo, un poco de motín de obreros sin trabajo y sin pan, que es lo peor, porque el temporal no permite cavar las viñas. Le dicen que Corcos está al Norte de la capital y que tiene estación en el ferrocarril, que está cerca de Cigales, etc., y se va á buscar en el mapa el pueblo y el camino para ir á caballo... Pues, nada; no encuentra ni camino, ni Corcos, ni Cigales, ni Trigueros, ni Cubillas, ni ningún otro pueblo cercano; todo aquel valle está desierto.

Pues figúrese ahora el lector benévolo y capitán, que le destinan á León. Sale de Valladolid á eso de las cuatro de la mañana en el tren correo del Noroeste, y lleva el mapa itinerario por lo que pueda valer, aunque, inspirándole ya muy poca confianza, apenas le abre en todo el camino. Sólo al llegar á la estación de Santas-Martas, por no saber qué hacer, le da gana de mirarle, y ve que pone á la derecha de la vía el pueblo de Santas-Martas que está á la izquierda. Al mismo tiempo ve que, un poco más lejos, también á la derecha, en el antiguo *Camino francés*, entre Reliegos y Mansilla hay en el mapa otro pueblo llamado también Santas-Martas, y dice para su tricornio: «¡Hombre, qué profusión hay por aquí de Santas-Martas!» Pero luego, al levantar la vista del mapa y fijarla en el terreno, ve entre Reliegos y Mansilla una dilatada llanura sin pueblo alguno; porque este segundo *Santas-Martas* no existe; ha sido inventado...

Hállase ya en León el capitán, y un día, el 29 de Setiembre, se le ordena ir con algunos números á la Virgen del Camino, donde hay romería y feria. Cae en la tentación de consultar al mapa-itinerario, y... en lugar de salir hacia el Oeste, por la carretera de Astorga, donde, á unos seis kilómetros, está el santuario y poblado de la Virgen del Camino, que brilla por su ausencia en el mapa, sale hacia el Nordeste por Villa-Obispo y anda veintidós kilómetros hasta Barrio de Nuestra Señora, junto á Ambasaguas, porque los autores del mapa itinerario, en lugar de *Barrio de Nuestra Señora*, han puesto *Nuestra Señora del Camino*. Y el hombre se encuentra con que allí no hay feria, ni romería, ni santuario, y tiene que desandar los veintidós kilómetros de mal camino y andar luego los otros seis, que con los cuarenta y cuatro andados en balde son cincuenta justos, para llegar tarde á la feria.

Algunas semanas después le mandan ir á sosegar un tumulto de mineros á Matallana, diciéndole que estas minas están al norte de la ciudad, á unas cinco leguas, á la orilla del Torío. Mira su mapa-itinerario, y ve el río Torío correr por

un desierto, pues desde la cordillera astúrica, en cuya vertiente meridional tiene origen, hasta las puertas de León, unas diez leguas, no hay indicado en su cuenca ni un solo pueblo de los cincuenta y tantos que existen. Tampoco hay indicado ningún camino de ninguna clase, ni una mala vereda, de suerte que la comunicación de los pueblos de aquel extenso valle con León y con Asturias, por el puerto de Piedrafita, ha de hacerse en globo sin remedio.

Otro día recibe el capitán la orden de ir con veinte números á La Vecilla, cabeza de partido y de distrito electoral, á proteger un escrutinio dificultoso... No se me negará la posibilidad ni la verosimilitud del caso... Le dicen que aquel pueblo está á unas seis leguas al N-N-E. Aunque con bastante desconfianza, nacida de los chascos pasados, desenrolla su mapa-itinerario y dice:

—Sí, aquí está el pueblo ese, La Vecilla, pero está en medio de un despoblado inmenso, sin que se vea camino ni vereda que llegue á él por ninguna parte. Por el poniente, á unos tres kilómetros, corre un río llamado... Curueño...

—No, mi capitán—le interrumpe un sargento que conoce el país;—el río no pasa por el poniente, sino por el saliente del pueblo, y no á tres kilómetros, ni á uno, sino lamiendo las casas, y en eso que ahí aparece despoblado hay unos treinta pueblos próximamente, y por la orilla del río arriba hay desde Barrio á La Vecilla camino de carro, que pasa por Santa Colomba, La Mata, Pardesivil, La Cándana, y otro camino hay á La Vecilla desde Boñar, y otro desde Pardave, y otro...» Oyendo lo cual el capitán se convence de que el «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja», no sirve más que para hacer á la gente equivocarse.

Andando el tiempo tiene que salir á visitar los puestos de Gradefes, Cistierna, Riaño y Almanza, reconociendo de paso los montes de Valdeón y Sajambre, donde ha habido cortas fraudulentas... y, es claro, ya no se acuerda de consultar el mapa ni se le ocurre llevarle consigo. Hace su viaje por donde

Dios le da á entender ó por donde los guardias le conducen, y vuelto á la ciudad, después de haber recorrido el país, antójasele un día confrontar sus recuerdos y sus observaciones con el mapa itinerario.

Entonces se entera de que el mapa llama río *Curueño* al río *Porma*, entre Ambasaguas y Villavente, donde ha visto él varios pueblos que faltan en el mapa, pero que existen y denuncian el error, llamándose Santa Olaja de *Porma*, Santibañez de *Porma*...

Se entera de que la fértil y hermosa ribera de Gradefes, que él vió tan poblada, está despoblada en el mapa en una extensión de cinco leguas, faltando todos los veinte pueblos que hay en ella desde Gradefes hasta Sabero, así como faltan los dos caminos reales que van por las dos márgenes del río Esla, desde Mansilla hasta el puente de Marcadillo (seis leguas), pasando el cual el de la márgen derecha se une con el otro; y como faltan radicalmente los diez pueblos de Valdellorma, cuyas aguas hace el mapa entrar en el Esla dos leguas más arriba de donde entran.

Se entera de que en el mapa itinerario se marca entre Riaño y Pedrosa la distancia de dos kilómetros, aunque él está cierto de que anduvo cuatro; mientras que de Pedrosa á Boca de Huérgano señala el mapa cinco kilómetros al Sudeste y hay cuatro al Nordeste. Y se entera de que de Portilla á Valdeón no hay camino en el mapa-itinerario, si bien reconoce que no había para qué poner aquel camino que él anduvo á través del puerto de Pandetrave, faltando por entero los nueve pueblos de Valdeón que por él se comunican con sus vecinos de aquende..., como faltan los cinco pueblos del valle de Sajambre, como falta en este valle la indicación del nacimiento del río Sella y en Valdeón la del río Cares..., y en cambio está indicado en Valdeón el nacimiento del río Dobra, que si realmente naciera allí, para ir, como va, á Cangas de Onís, tendría que saltar por encima de los Picos de Europa.

Se entera de que el río Araduey (ó *Valderaduey*, como dice el mapa, confundiendo el río con el valle) aparece naciendo en San Pedro, donde lleva ya cinco leguas de curso, pues nace en términos de Almanza, y por él corren las aguas del monte de Río-Camba, que el mapa hace correr hacia el Cea, y las de todo el alto Valderaduey, donde están los pueblos de Renedo, Velilla, Villazanzo, Villavelasco, las cuales hace el mapa correr hacia la Cueza que va á Cervatos.

Se entera de que los pueblos de Calaveras de Abajo y de Arriba y San Pedro de Cansoles, que están sobre el río Calaveras, aparecen en el mapa tres ó cuatro kilómetros lejos del río.

Se entera de que pueblos como Lario y La Uña, que están á ocho y á doce kilómetros de la carretera de Sahagún á Rivadesella, aparecen en el mapa sobre la misma carretera ó á distancia de un kilómetro.

Se entera de que los trozos de esta carretera comprendidos en el valle de Sajambre, que se están construyendo ahora, aparecen en el mapa como construidos ya el año 84, cuando ni siquiera habían salido á subasta, y en cambio aparecen como en construcción los trozos próximos á Cangas de Onís, construidos hace treinta años.

De todas estas cosas se entera el capitan al volver á León, confrontando el mapa itinerario con sus notas de lápiz y con sus recuerdos; y si desde Sajambre hubiera bajado á dar una vuelta por Asturias, se enteraría de que también allí, como en León y como en Valladolid, el mapa itinerario presenta despobladas comarcas enteras, de que hay concejos populosos como los de Caso y Aller, en los cuales no señala el mapa ni un pueblo, ni una senda; y de que, según el mapa, es imposible ir, por ejemplo, desde Cangas de Onís á Arenas de Cabrales, no sólo porque no hay camino, sino porque tampoco hay Arenas de Cabrales.

Y paro aquí, no porque se hayan acabado las inexactitudes y los defectos del mapa-itinerario, sino precisamente por-

que no es posible señalarlos todos, ni aun escribiendo una docena de artículos.

Mas con lo dicho creo que bastará para que comprenda el lector que si el mapa detallado de la isla de Cuba «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra» no es más exacto que éste, y si por aquél dirigen nuestros generales las operaciones y dirigen sus marchas los jefes de columnas, no es extraño que no logren encontrar á los insurrectos, ni que se les escabullan cuando creen tenerlos cercados.

Y también me parece que bastará con lo dicho, para que en el Depósito de la Guerra comprendan la necesidad, ó cuando menos la conveniencia indudable, de retirar de la circulación este «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja», sustituyéndole con otro si les place, pero cuidando de que ese otro sea bueno; porque tratándose de mapas, tiene perfecta aplicación aquello que se dijo de las castañuelas: de tocarlas, hay que tocarlas bien; y de no tocarlas bien, mejor es no tocarlas.

ANTONIO DE VALBUENA.

CRONICA LITERARIA

Los *moldes nuevos.—El Enemigo del pueblo.*—Ibsen.—La literatura escandinava.—La reforma ortográfica en Chile.—Lo fonético y lo etimológico en la escritura.

En literatura, como en política y en todo aquello en que es posible novedad, se habla mucho de *moldes nuevos*. La frase, vulgarizada ya, ha caído ó está próxima á caer en el archivo ó panteón de las llamadas *frases hechas*, que llegan al uso común, como monedas desgastadas que pasaron por muchas manos, convertidas en símbolos representativos de un valor que originariamente tuvieron, y que han ido perdiendo con el roce. En el que las inventa suelen ser tales frases expresión original de una idea concebida con viveza; pasan á los demás como un reflejo, mediato ya y amortiguado, y al llegar al vulgo, apenas son más que una fórmula cómoda, casi sin sustancia, y muy lejana de su significación primitiva.

Mas la idea de los moldes nuevos, expresada en esta ó en otra forma; la idea de que hay que sustituir por procedimientos nuevos los actuales, tiene mucha fuerza y de seguro sobrevivirá á la frase. Esta teoría se aplica principalmente (en lo literario) al teatro, acaso por ser el género en que son más difíciles de vencer *los obstáculos tradicionales*, ó acaso porque es el género de que más se habla, preferencia esta que se explica

sin dificultad considerando que las representaciones dramáticas son algo más que literatura: una diversión, un espectáculo, algo que atrae al público con otros alicientes que los puramente literarios y que le ahorra hasta el trabajo de la lectura, que gran trabajo debe de ser, según lo poco que se lee.

Por apego á los moldes viejos ó por falta de iniciativa ó diligencia para descubrir los nuevos se ha explicado más de una derrota de este ó el otro autor dramático. Pero llegan las novedades, y en vez de salir á recibirlas la admiración y el aplauso, las esperan la indiferencia ó la hostilidad. Ejemplo: *El Enemigo del pueblo*, de Ibsen, arreglado á nuestra escena por el distinguido literato D. Francisco F. Villegas *(Zeda)*.

Verdad es que no está muy claro lo de los moldes nuevos. En realidad hay que definirlos por modo negativo. Apenas se sabe de ellos lo que son, aunque se sepa bastante de lo que no son. Corresponden al primer momento del proceso crítico; á aquel en que el observador halla que una cosa no le satisface, por estos ó los otros vicios, y deduce que le satisfaría si no los presentara, aunque no llegue su concepción de cómo debería ser para agradarle, más que á esa exclusión de ciertos caracteres, lejana aún de la construcción positiva, de la idea y modelo de las cualidades y circunstancias que habrían de reemplazar á las que rechaza.

Probablemente, el público, en general, no será nunca partidario de los moldes nuevos. Podrá serlo de la frase, por seguir la autoridad de los periódicos que lea. Pero el *misoneísmo* ó mejor que el *misoneísmo*, el apego, no á lo antiguo sino á lo presente, á lo acostumbrado, es disposición de espíritu natural á todas las mayorías.

Las innovaciones chocan con el hábito, dificultan lo que éste hacía fácil, complican lo que por él era sencillo, exigen un esfuerzo de adaptación que aquél ahorraba.

Podrá objetarse tal vez, tratándose de novedades artísticas y literarias, que como el hábito disminuye la intensidad de las impresiones, lo nuevo ha de causarlas más vivas

y profundas. Pero la dificultad está en que la impresión llegue á producirse. Lo usual y corriente se comprende sin fuerza ó con escasa fatiga de la atención; tiene caminos conocidos para llegar al ánimo, hace vibrar cuerdas que están dispuestas de antemano, por la repetición de impresiones semejantes, á recibir aquel choque y responder á él. Lo nuevo no se amolda á ese *automatismo* creado por el hábito, no va por los caminos donde la atención lo espera; no hace sonar las teclas interiores, preparadas para contestar con el sonido á la excitación que llega de fuera, y en cambio toca otras, perezosas ó mal dispuestas por falta de ejercicio. Así, las innovaciones, en cualquier orden, requieren una readaptación, y conquistan con relativa lentitud el terreno; parten de un individuo ó de varios, se extienden á minorías cada vez mayores y, si son viables, llegan á tener de su parte á la mayoría, á generalizarse, á ser *habituales*, á ocupar, en suma, el lugar de las cosas que reemplazaron, en espera de las que á ellas han de sustituirlas. Las mayorías son siempre conservadoras, hasta cuando parecen más revolucionarias. Sólo se extienden rápidamente las novedades impuestas por la moda, y cuando la moda puede imponerlas son novedades muy relativas y superficiales.

*
* *

Pero si no debe esperarse que el público comprenda y admire con facilidad lo nuevo, no es mucho pedirle que sienta alguna curiosidad, algún interés, por aquellas novedades que vienen precedidas de fama y con la autoridad de un nombre de celebridad europea. El que no haya habido apenas esta curiosidad, este interés, respecto de *El Enemigo del pueblo* es una manifestación más de la falta de espíritu literario en nuestro público.

Que el drama de Ibsen no gustara, á pesar de estar vencidas en el arreglo muchas de las dificultades que el original ofrece para la representación, no hubiera sido cosa extraña.

En París, con un público mucho más culto y mejor preparado por la lectura, han tenido poca aceptación en el teatro varias de las obras del célebre escritor escandinavo, tan leídas y tan admiradas en los libros. Pero que una obra de la importancia de *El Enemigo del pueblo* no dure en los carteles ocho días, es signo de que ni siquiera curiosidad inspiran las novedades literarias.

Aunque varias de las obras de Ibsen hayan sido traducidas á nuestro idioma y casi todas al francés, que de las lenguas extranjeras es aquí la más conocida y la de más frecuente lectura, la representación de estos dramas puede calificarse de novedad, pues muy pocos de ellos han aparecido en nuestra escena. Tiene además el teatro de Ibsen un elemento de novedad intrinseca respecto de nuestro teatro contemporaneo, cuyo tipo más común es el drama de amor y cuyos conflictos son, por lo general, conflictos sentimentales. Es aquel un teatro de ideas y un teatro *moral,* no por edificante, sino porque en él se plantea el problema de la conducta. Claro es que siendo el drama acción, de la conducta se trata siempre en todo drama. Mas en el teatro amatorio, por ejemplo, este es un aspecto circunstancial y secundario, que se presenta como derivado de un conflicto del sentimiento. En algunos de los dramas de Ibsen es, por el contrario, lo principal. En *Brand* se plantea en cierto modo el problema total de la conducta. En *El Enemigo del pueblo* aparece también este problema con una generalidad y una importancia, por virtud de las cuales no queda subordinado á ningún otro elemento del drama. Con todo, en el teatro de Ibsen, lo *intelectual* tiene tanta ó más importancia que lo *moral*.

La originalidad de Ibsen no está precisamente en las ideas, sino en la manera de presentarlas, *Brand* es una expresión poética de la filosofía de Schopenhauer, ó si se quieren antecedentes más remotos, del *Bagavad Gita,* de la mística indostánica. En *Los Aparecidos* la doctrina científica de la herencia es el eje de la acción. Por lo que toca á *El Enemigo del pueblo,*

para no prolongar más estas citas, Renán expresó con incomparable estilo, con mayor claridad y hasta con vehemencia mayor, muchas de las ideas individualistas de esta obra, en varios de sus dramas filosóficos: *Caliban, L'Eau de Juvence, El Sacerdote de Nemi.* Hasta el *medio histórico* en que la acción de estos dramas se desarrolla, da allí mayor grandeza á esa protesta del individuo superior contra las mayorías, que ha inspirado tan diversas creaciones filosóficas y literarias, desde el *uebermensch* de Nietzsche y el *héroe* de Carlyle al Stockmann de Ibsen, tipo individual que en su esfera tiene algo de *héroe* y de *uebermensch,* pero bonachón y filántropo, no como concibe ese tipo suprahumano el creador de Zarathustra.

Pero en este punto Ibsen es más *moderno* que Renán, sigue más la que pudiera llamarse corriente democratica de la literatura (aun tratándose de una obra de tendencia aristocrática); presenta la acción en un medio moderno, *burgués,* prescindiendo de grandes personajes en que puedan verse reminiscencias de la tragedia clásica, y del aparato y de la decoración histórica. Próspero es allí un pastor protestante ó un médico de pueblo. Hasta el drama histórico de Ibsen: *Emperador y Galileo* se distingue profundamente de los *Dramas filosóficos* de Renán, bajo este aspecto. El dramaturgo escandinavo presenta personajes reales y procura presentarlos con realidad, apelando á los historiadores del imperio, y á los Padres de la Iglesia para pintar con exactitud relativa la época de Juliano. Renán empezaba por declarar en su prólogo que no quería presentar otra historia que la historia ideal, que no ha existido materialmente, aunque, en sentido ideal, haya sucedido muchas veces, y protestaba de antemano de toda pretensión de dar carácter local y carácter de época á dramas *humanos,* que no tenían lugar ni tiempo determinados. Claro es que al citar los *Dramas filosóficos* de Renán no lo hago por considerarlos *dramas* en el sentido en que lo son los de Ibsen. Aquellos no pertenecen, en realidad, al teatro. Son un medio de dar mayor animación y atractivo al antiguo diálogo

filosófico, de fundir la filosofía con la poesía, de restaurar y renovar una forma de exposición caída en desuso. La cita se refiere, pues, exclusivamente á señalar un antecedente de las ideas expuestas en *El Enemigo del pueblo*.

Ibsen, como indiqué, busca la propiedad en los pormenores de la acción. Si sus personajes resultan abstracciones, será á pesar suyo, pues él quiere evidentemente que sean seres reales, personas de carne y hueso, de la época y del lugar en que coloca la acción. Por esto se aproxima el dramaturgo escandinavo á la fórmula que propone Max Nordau, en sus *Parodajas psicológicas*, para la que llama literatura de ficción, ó sea literatura imaginada (lo que en sentido estricto suele llamarse literatura á secas), diciendo que el escritor debe expresar, en hechos particulares ordinarios, leyes generales biológicas y sociológicas.

Este elemento de realidad particular, este color *local* y *temporal*, es una de las dificultades que ofrece el teatro de Ibsen para nuestra escena. Las costumbres y los caracteres son exóticos; los personajes, aunque aparezcan con nombres españoles, como en el arreglo del Sr. Villegas, son visiblemente extranjeros. El inteligente literato que ha presentado en nuestra escena *El Enemigo del pueblo*, ha resuelto acertadamente algunas de estas dificultades, *españolizado* á Petra, por ejemplo, y suprimiendo varias escenas, pero á menos de alterar totalmente el drama de Ibsen, de hacer de él otro distinto, no podía conseguir que desapareciese la diferencia de raza y de manera de ser entre los personajes ibsenianos y el público español.

No es este, sin embargo, el mayor de los inconvenientes que para aclimatarse en nuestra escena, y en general en el teatro, ofrecen las obras dramáticas de Ibsen. El teatro de ideas necesita un público que no es el público ordinario que asiste á las representaciones. En la dramática, lo sentimental es de más fácil efecto que lo intelectual ó lo moral. Habla el sentimiento un lenguaje que entienden todos y que no requiere, por lo común, interpretaciones dificultosas ni preparación que dis-

ponga el ánimo á recibirlo. Es lo más comunicativo; por ser sentimiento, es *simpático*. Los problemas morales, por lo que tienen de reflexivos, y las ideas, no son tan rápidamente asimilables, ejercen influencia más lenta, exigen mayor atención, mayor cultura y mayor discernimiento para ser entendidos y apreciados. Y en el teatro la impresión necesita ser rápida, viva, inmediata, de acción, de hechos. La vida interior debe exteteriorizarse de tal modo, que no tenga que ir á escudriñarla el pensamiento del espectador en lo íntimo de los sucesos que ante él ocurren, sino que vaya, por decirlo así, á buscarle; que se le presente manifiesta y clara y, al propio tiempo, como tal vida, como sucesión de estados psíquicos, no como representación de conceptos mediatos, ni de abstracciones *reencarnadas* ó personificadas.

Aun para la misma lectura tienen las obras de Ibsen la desventaja de que, escritas en idioma poco conocido, las leemos en traducciones, y á veces en traducciones de traducciones. Es indudable que al ser vertidas á otra lengua, aun suponiendo que la versión sea fiel, cosa siempre problemática y difícil cuando se trata de idiomas poco usados fuera de su país propio, pierden las obras literarias gran parte de la frescura, lozanía y elegancia del estilo. Subsistirán las ideas, pero la expresión tiene que perder, y en la literatura el lenguaje no es cosa baladí ni secundaria, sino tan principal como que es el medio de expresión de este arte.

No hay tampoco tal paralelismo entre las lenguas que todo pueda expresarse en una de igual manera que en otra, ni aun siendo así se conservaría en las traducciones el lazo original que media entre la idea y su primitiva y propia expresión. En cierto modo, se piensa con palabras y las palabras no son, en las distintas lenguas, como símbolos aritméticos ó algebráicos de absoluta equivalencia, sino algo vivo, que tiene color y forma y alma propia, que está en íntima comunicación, soldado casi, con los pensamientos. Son como concreciones lentamente formadas de la vida espiritual de un pueblo, á las que

cada escritor da, en cierta medida, carácter propio é individual, al infundirlas sus propios pensamientos y combinarlas en su lenguaje.

El paso de un idioma á otro no tiene, ni con mucho, la sencillez de la ecuación $a=b$. Si se traducen literalmente las palabras, la versión carecerá de elegancia, será oscura muchas veces y hasta gramaticalmente incorrecta, sin conseguir con todo la identidad entre el verbo primitivo de las ideas y el verbo adventicio y extraño de la nueva lengua. Si se traducen los conceptos, gran parte de la forma original desaparece.

*
* *

Es muy posible que cuando se escriba en los tiempos venideros la historia literaria de los actuales, los críticos de entonces rebajen bastante la importancia que hoy se concede á la moderna literatura escandinava, á las obras de los Ibsen y los Björnson (De Strindberg no hay que hablar, pues está ya desacreditado; París le hizo y París le deshizo). El porvenir de las obras literarias depende en gran parte del de los idiomas. En la futura batalla de las lenguas, el sueco y el noruego desempeñarán un papel muy secundario, y contarán probablemente con escasas probabilidades de que los estudien y cultiven los extranjeros que no sean filólogos de profesión. Y el paralelismo entre la influencia de las literaturas y la de las lenguas es evidente: lo vemos comprobado con hechos tan claros como el del universal influjo de las letras greco-latinas, que marcha al compás del de los dos grandes idiomas clásicos de la antigüedad, extendiéndose y dominando dondequiera cuando éstos son cuidadosamente estudiados en todo el mundo culto, ó al menos en Occidente; declinando visiblemente hoy que el estudio de aquellas lenguas, de parte principal que era de la enseñanza y de la cultura, ha pasado á ser parte secundaria. Otro ejemplo, menos general, siéndolo mucho, es el que ofrece la influencia de la literatura francesa, que, á más de difundir por todas partes sus creaciones propias, sirve, para

muchos países, de vehículo de las ajenas, por lo extendido que está el idioma de nuestros vecinos.

Además, es posible que hayan contribuido mucho al gran éxito de la literatura escandinava causas puramente circunstanciales, cuya duración no puede ser muy larga. De una parte la *novelería* francesa, incansable en descubrir y divulgar novedades intelectuales y literarias, y que, naturalmente voluble, empieza ya á buscar nuevo filón en las modernas letras italianas, en las obras de los d'Annunzio y los Fogazzaro; de otra, el cansancio y hastío producido por la saturación de naturalismo, que coopera al movimiento idealista é individualista de este final de siglo y hace acoger con avidez las obras en estas ideas inspiradas. Y no se tome á paradoja lo del individualismo, cuando los socialistas parecen tan poderosos y casi dueños del porvenir. De entre ellos han salido los modernos partidarios de la anarquía, exageración última, consecuencia extrema del individualismo, al que dan por muerto los tratadistas cursis de la *cuestión social* ó del *problema obrero,* sin ver, ó sin sospechar siquiera, que late en la filosofía novísima.

*
* *

Mas aun descontando lo que haya de accidental y pasajero en la alta opinión y predicamento que ahora tienen las obras de Ibsen, hay en ellas méritos sobrados para hacerlas acreedoras á una actitud del público muy distinta de la que observó con *El Enemigo del pueblo.* Aunque tratándose de arreglos de obras ajenas es uso que el aplauso sea para el autor y la censura para el que arregló la obra, parece indudable que lo que desagradó en aquel drama fué la obra misma y no la manera de adaptarla á nuestra escena.

El arreglo del Sr. Villegas está hecho con toda la probidad literaria que puede exigirse en esta clase de trabajos; con el esmero y el acierto propios de un escritor de excelente

gusto y de mucha lectura, que se ha penetrado del pensamiento íntimo de la obra y ha sabido conservar fielmente el tono y el carácter de ella en la parte en que hubo de modificar el original para hacerle más *representable*. No es este arreglo obra hecha á la ligera, sino que acredita gran estudio y comprensión acabada del drama de Ibsen, al par que conocimiento de las llamadas exigencias teatrales, que lo son á veces en grado superlativo.

Hasta por haber sido parco en las modificaciones, merece aplauso el Sr. Villegas. Aparte de ser temerario y presuntuoso el alterar en algo más que lo estrictamente necesario las obras dramáticas de los grandes escritores extranjeros al presentarlas á un público de otro país, ó las de los antiguos al adaptarlas á la escena moderna, lo que resulta en tales arreglos, es que el drama, objeto ó víctima de ellos, queda mutilado y transformado hasta el punto de convertirse en una obra nueva, en la forma al menos, y casi siempre muy inferior á la original. El fin del arreglador no debe ser otro que dar á conocer con toda la exactitud posible la obra de que se trata, para lo cual no ha de separarse de ella más que en lo indispensable.

No es, sin embargo, una mera traducción *El Enemigo del pueblo*, representado en la Comedia, pero es la obra de Ibsen. Uno de los reparos que se han puesto al arreglo es la supresión del *meeting*, que ocupa todo el acto cuarto de los cinco que tiene la obra original, reducidos á tres en la adaptación española. Injusta me parece esta censura. Si al público le pareció pesada y lánguida la acción del drama, mucho más le hubiera parecido con aquella larguísima escena, que difícilmente hubiese sido bien representada, pues nuestros actores no suelen sobresalir en estos cuadros de conjunto, ni cuentan, por lo común, las compañías con personal secundario bastante capaz y numeroso para el caso. Aparte de que un *meeting*, tal como el que se celebra en casa del capitán Horster, no está en nuestras costumbres, y dada la poca propensión del público á ha-

cerse cargo de las ajenas, hubiera sido muy expuesto á que los espectadores le tomasen por el lado cómico, guiándose por las burlas que suelen dedicar los periódicos á las reuniones socialistas que aquí se celebran, y son el tipo de *meeting* más generalmente conocido. Pero si no está en el arreglo el *meeting*, su espíritu, que es lo importante y no el acto material de celebrarse la reunión, las ideas que allí desenvuelve Stockmann, están en el trabajo del Sr. Villegas, intercaladas hábilmente en los lugares oportunos.

Hasta ciertos pormenores que desagradaron al público son exclusivamente de Ibsen. Lo es la repetición de la frase: *la mayoría compacta,* en labios del doctor, repetición que tiene su sentido y su razón de ser en el drama: lo es el incidente del pantalón negro, que acogieron muchos de los espectadores con risas y murmullos, considerando acaso inconcebible el que se preocupara un sabio con los desperfectos sufridos por sus pantalones. Costumbre de concebir caracteres de una pieza, unilaterales, verdaderas personificaciones sin la variedad de lo humano, sin la mezcla de cosas grandes y pequeñas, poéticas y prosaicas, que ofrece la vida real.

En la derrota de *El Enemigo del pueblo* el vencido fué Ibsen. Merecía más el autor de *Brand*, y más merecía también el Sr. Villegas, por el acierto y el estudio con que está hecho su arreglo y por el amor á la literatura que revela el emprender y realizar un trabajo de esta especie que, siendo tan concienzudo como el suyo, requiere esfuerzos y desvelos suficientes para producir obras de mayor lucimiento personal que el que puede esperarse de la adaptación de las ajenas.

*
* *

Tema muy discutido modernamente en varias ocasiones y países ha sido el de la reforma de la ortografía. En Francia se habló mucho del asunto hace algún tiempo, tomando parte en

la discusión autoridades literarias, y divulgándola aquella prensa, verdaderamente enciclopédica, aunque superficial como suelen serlo las enciclopedias. Mas hasta ahora no pasó la reforma del debate. No así en Chile, donde, á juzgar por el crecido número de libros, procedentes de las prensas de aquel país, que corren impresos con arreglo á la nueva ortografía, la modificación de ésta en sentido exclusivamente fonético es un hecho, que acaso no sea general, pero se halla, sin duda, muy generalizado.

Por el carácter mismo de la escritura de las lenguas modernas, que es fonética, ó sea representativa de sonidos, la ortografía, en general, es también fonética. Y aun podría decirse que totalmente lo es, porque los elementos que hoy son etimológicos proceden de antecedentes fonéticos, que han ido desapareciendo ó modificándose en el curso de la evolución del idioma.

No trata, pues, la reforma ortográfica sino de suprimir las excepciones subsistentes del carácter general de la escritura. Pero aunque parezca tan sencilla la empresa, no lo es, y basta para demostrarlo una sola consideración. Modificar de un modo reflexivo y científico, por decirlo así, la ortografía, equivale á adelantar el resultado natural del proceso histórico de la escritura; á hacer en un momento y por la autoridad de unas cuantas personas entendidas, lo que poco á poco va haciendo el uso por consentimiento ó por instinto de todos.

Que el elemento puramente etimológico tiende á ser eliminado de la escritura es cosa indudable. Basta comparar nuestra ortografía de hoy con la del siglo XVII. La naturaleza practica aquel aforismo escolástico de que no se deben multiplicar los entes sin necesidad, y elimina todo aquello que deja de cumplir una función, á la manera que los individuos orgánicos se desprenden de los elementos desasimilados, inútiles ya á su economía. Esto sucede en el lenguaje, sometido á leyes naturales de transformación que investigan cuidadosamente los filólogos, aunque á veces se dé el caso, harto efímero en sus resultados, de que las opiniones de individuos ó cuerpos eruditos se empe-

ñenen en la estéril tarea de ir contra la corriente natural de las cosas, v. gr., restaurando elementos etimológicos caídos en desuso, como parece que hizo nuestra Academia, al restablecer en la escritura de determinados vocablos letras que en la pronunciación no responden ya á sonidos. Casi nadie dice *Septiembre,* sino *Setiembre;* ni *obscuro,* sino *oscuro,* aunque el Diccionario disponga que se escriban del primer modo estas palabras.

La ortografía es fonética por la naturaleza misma de nuestra escritura; es etimológica en razón á la historia del idioma. Obedece esto á que los idiomas actuales no han nacido por generación espontánea, sino que proceden de la transformación de lenguas anteriores, las cuales han dejado huellas de sus vocablos en los vocablos nuevos y de su escritura en la escritura derivada. Hay en los elementos etimológicos de la escritura alguna analogía con los órganos atrofiados que se hallan en ciertas especies animales y que á primera vista parecen una superfluidad ó descuido de la naturaleza, aunque para el zoólogo sean el residuo de antiguas funciones que se han hecho luego innecesarias ó han encontrado mejores instrumentos. El carácter accidental que tiene en algún modo la parte etimológica de la ortografía, explica cómo en lenguas derivadas de un común origen, varía mucho la proporción de este elemento etimológico. Visible es, por ejemplo, la diferencia que existe en este punto entre el francés y el castellano.

La parte fonética de la ortografía (que es la mayor) no ofrece dificultades. En ella la escritura es reflejo fiel de la pronunciación, correspondiendo cada signo á un sonido ó á una modificación del mismo. No sucede otro tanto con los elementos etimológicos, que representan la tradición y la herencia del lenguaje y de los cuales nacen todas las dificultades prácticas relativas á la observancia de las reglas ortográficas. Hay entre ellos signos mudos, que en otro tiempo correspondieron á sonidos, porque lo que hoy es etimológico en el castellano, v. gr., fué fonético en el latín ó el griego; hay también sonidos iguales ó casi indistintos, representados por letras dife-

rentes. La escritura etimológica deja en cada palabra el sello, más ó menos claro, más ó menos borroso, de su genealogía. La escritura fonética responde sólo á la vida actual de los vocablos, á su pronunciación presente. De ahí que la segunda sea accesible é inteligible para todos, mientras que la primera sólo por el uso entra en el dominio vulgar, sin que pueda penetrarse su razón de ser más que por el conocimiento del origen é historia del idioma.

De ahí que la reforma ortográfica se proponga, al parecer, dos fines. Uno científico: regularizar y sistematizar la escritura con arreglo á la pronunciación; restablecer la equivalencia entre la prosodia actual (la del uso, no la de la Gramática) y la ortografía actual: Otro de utilidad práctica: simplificar las reglas ortográficas, haciéndolas accesibles á todos y suprimiendo las dificultades que hoy ofrecen para los que las aprenden empíricamente; en suma, *democratizar* la ortografía, eliminando de ella todo lo que es puramente histórico y erudito.

No se trata, pues, de una innovación que altere la naturaleza y carácter de la escritura, sino sólo de extender á las excepciones lo que por regla general se aplica. Las bases de la reforma pueden reducirse á estas: supresión de todo signo que no responda á un sonido actual ó á una modificación en los sonidos; representación de cada sonido por una letra única é invariable, desapareciendo por consiguiente la dualidad de expresión gráfica de algunos sonidos que no se distinguen en la pronunciación (*j* y *g* fuerte, *c* suave y *z*, *c* fuerte y *q*, *i* é *y* como vocal en la conjunción copulativa, etc.) suprimiéndose también la diferencia por razón del lugar que ocupa en la palabra el sonido ó de las letras que le preceden (*r* sencilla para el sonido fuerte al principio de la palabra, *rr* doble en medio del vocablo y *r* sencilla cuando va precedida de *n*, etc.), y por último, unificación del signo representativo de sonidos casi indistintos en el uso (*v* y *b*), parte esta la más aventurada de la reforma, que trasciende en este punto de la ortografía á la prosodia, aunque las mismas dudas de los indoctos sobre el

uso de la *v* y de la *b* demuestran que en la pronunciación usual apenas se distinguen ambas letras.

Que la reforma es lógica, por ser tan conforme con la naturaleza de la escritura fonética, que no hace sino generalizar y confirmar el principio de esta, es indudable. Su utilidad práctica, por lo que simplifica y facilita el conocimiento de la ortografía, es también notoria. Sin embargo pueden hacerse muchas objeciones á esta novedad.

Desde el punto de vista estético y erudito, puede decirse que la roforma da un aspecto bárbaro y rústico al castellano, obligando á todo el mundo á escribir como los niños de corta edad ó los ignorantes, que, guiándose por su instinto natural, no se paran en etimologías y escriben las palabras como suenan. Ciertamente que no parece bonito ni elegante el aspecto gráfico de los vocablos *Rrecibir, zientífico, Birjilio, Zésar, Soqrates, Teóqrito,* pero todo es acostumbrarse. La fealdad de estas palabras es realmente una ilusión, como la de las modas antiguas que vemos en los grabados y retratos de hace años, las cuales no tienen todavía bastante antigüedad para que hallemos en ellas carácter de época y la tienen sobrada para que contraste con las modas actuales nos haga ver ridículas y feas las que ya no se usan. Si pudiéramos ver los figurines que regirán dentro de diez años, es posible que los encontráramos también estrambóticos y desagradables, aunque por tratarse de cosas futuras los juzgaríamos acaso con más indulgencia que á los pasados.

Puede decirse también que siendo los elementos etimológicos los blasones y ejecutorias de la escritura, suprimirlos equivale á hacerla plebeya y baja. Viene á ser en este sentido la reforma como la noche del 4 de Agosto del lenguaje, con la diferencia de que aquí no se trata de una renuncia voluntaria de privilegios, pues ni se consulta á las palabras, ni éstas pueden renunciar ni dimitir nada, sino de una confiscación ó derogación más revolucionaria. Es innegable que, para el erudito que la entiende, la ortografía etimológica ofrece un

atractivo con que no puede brindarle la exclusivamente fonética; en aquélla cada palabra es un trozo de historia, algo semejante á un pergamino vetusto que cuenta cosas deleitables y peregrinas de épocas remotas. Pero los eruditos son pocos y la lengua es de todos, de las mayorías iletradas, tanto ó más que de los sabios.

Podría proponerse otra objeción diciendo que la reforma es prematura y precipitada, puesto que quiere realizar en un instante lo que lentamente y por sus pasos contados hará el uso. Y esta producción artificial de las cosas, fuera de sus trámites naturales, no puede producir más que entecos frutos de estufa, privados de la sazón y gallardía de los que madura al sol y al aire la naturaleza, frutos en fin, como deben de ser los que, segun cuentan, saben producir los fakires de la India, haciendo brotar, florecer y fructificar la planta á los pocos minutos de sembrada la semilla, con legítimo asombro de los que ignoran las artes mágicas de estos maravillosos encantadores. Acaso nadie haya probado tales frutos; pero si realmente existieran, tengo para mí que serían harto insípidos y desabridos.

Puede añadirse, siguiendo la argumentación contraria á la reforma, que la regularidad que ésta pretende es antinatural, pues la naturaleza no hace nunca las cosas con arreglo á patrón ó modelo simétrico, sino que se permite caprichos, escarceos y desviaciones que dan mayor gracia á sus obras. Y como la realidad se impone al cabo, la nueva ortografía tendría pronto otras irregularidades, menos justificadas acaso que las antiguas, y que introducirían mayor confusión, por no tener en su abono el largo uso de aquéllas.

Otro punto discutible es el de la autoridad para llevar á cabo esta innovación. ¿Pueden realizarla las Academias? En realidad, las Academias no legislan más que por delegación del uso; no son verdaderos Parlamentos del idioma, que puedan hacerlo todo como el inglés, salvo cambiar de sexo á un ciudadano. Y hasta los mismos Parlamentos, en realidad, no crean

el derecho á su capricho, sino que declaran, reconocen y desarrollan lo que ya está en la conciencia jurídica del país. Esta limitación de la autoridad de las Academias la reconoció la francesa, diciendo, muy atinada y discretamente, en el prólogo de una de las últimas ediciones de su Diccionario, estas ó parecidas palabras, concernientes también á la reforma de la ortografía:

«Jamás la Academia francesa, ni aquella que era hija del cardenal de Richelieu y estaba bajo la protección de Luis XIV, pretendió ejercer sobre el idioma un derecho de soberanía y de imperio. Nunca se ha arrogado un vano poder legislativo sobre las palabras que recibe, formadas ya, del público que habla bien y de los autores que escriben correctamente... ¿Debe la Academia obstinarse en considerar inmutable la antigua ortografía, escribiendo *debte* y *debvoir*, aunque se oponga la práctica general? Quien debe formar las nuevas reglas es el uso, que tiende siempre á simplificar y al cual es preciso ceder, pero lentamente y como á la fuerza.»

Descartadas las Academias, ¿á quién corresponde la reforma? Ya lo dice la Academia francesa: al uso; pero como el uso procede lentamente y sin sujeción á un plan sistemático, no tendremos entonces un cambio rápido y reflexivo como el efectuado ó comenzado en Chile. Se dirá que los gramáticos y los escritores pueden acometer por su cuenta la reforma, pero como el lenguaje es de todos, parece que se ataca una propiedad espiritual ajena, al destruir lo que por consentimiento común y prescripción inmemorial viene establecido. Y aquí no se puede apelar al *referendum*, porque la mayoría de los que debieran ser electores están incapacitados por ignorancia, y fuera de esto, el asentimiento general no es criterio infalible en materias científicas ó artísticas. Hasta cabría el peligro de que abierta la puerta de las innovaciones en el lenguaje, se le ocurriese á alguno modificar los sonidos, con arreglo á los datos anteriores de la evolución fonética del idioma, trocando la lengua en confusa y casi ininteligible algarabía.

Pero con todos estos inconvenientes y dificultades, la reforma ortográfica, como se está haciendo ó se ha hecho en Chile, es perfectamente viable. Como todo lo que simplifica y facilita podrá extenderse con rapidez, aunque no se librará seguramente de un período de confusión é incertidumbre entre las dos ortografías. Mas el establecimiento de la nueva sería asunto de una generación. Para los hijos de los reformadores, las antiguas reglas y las antiguas prácticas ortográficas no serían más que una curiosidad erudita. Y bien mirado, habría de ser más fácil para los cultos buscar las etimologías bajo la nueva escritura de las palabras, que lo es para los indoctos observar las actuales reglas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRONICA INTERNACIONAL

La Semana Santa.—Recuerdos eternos.—Cuestiones políticas interiores.—Los problemas relativos al retraimiento.—Política exterior.—Conflictos entre Italia y Abisinia.—Derrota de aquella nación.—Impresiones producidas en la conciencia pública por estas derrotas.—Caída de Crispi.—El nuevo ministerio.—Aparición de Inglaterra en este conflicto.—La expedición á Dongola.—Dificultades europeas por la ocupación del Egipto.—El impuesto sobre la renta en Francia.—Conclusión.

I

Nunca se borrarán del recuerdo mío las impresiones en él dejadas por los días de Semana Santa. La palma, olivo, romero del Domingo de Ramos, en la iglesia de mi pueblo, al cimbrearse las unas, de áureos esmaltes, por lo alto, y extenderse las verdinegras hojas de los otros por el suelo, evocando la entrada de Cristo en Jerusalén, mostraban á la niñez nuestra ya la vanidad de todos los triunfos terrenales y nos decían cuán próximo se halla el cielo azul de las glorias vanas al Océano insondable de los dolores externos. Viendo á Cristo un día vencedor, caballero sobre su asnillo, con los nimbos que le descubría nuestra fe bajo bóvedas de palmas y sobre alfombras de olivos, aprendíamos ya por anticipación de nuestros presentimientos cómo pasa el favor de un pueblo, dispuesto siempre á coronar gozoso y alegre hoy al mismo que crucificará irritado al día siguiente. Después

del Domingo de Ramos no solíamos volver al templo hasta el miércoles santo por la tarde. Las lamentaciones de Jeremías, los versículos del *Miserere*, los fragores de las tinieblas nos acostumbraban desde los comienzos de la vida en su crepúsculo matutino, á contemplar sin horror la muerte, considerándola como el puerto misterioso donde anclará por toda una eternidad la vida. Producíanme tanto efecto los fragores del terrible momento, que, aun hoy, al oir el estruendo de las tinieblas en el oscuro templo, donde todas las luces hanse á una extinguido, y sólo entra por las altas claraboyas el último crepúsculo de una tarde moribunda, paréceme hallarme como encerrado en oscurísimo túmulo, sobre cuya tapa se desploman las esferas de arriba y bajo cuyos pies se abren los abismos de abajo. Todo cambia el día de jueves santo. Parece la iglesia de tal mañana contraria por completo á la iglesia de los días anteriores. El color blanco sucede al color morado; las cruces, vestidas de oscuro, como viudas, sobre los altares, tristes, cual sarcófagos de momias las cruces, se ciñen sedas albas, como vírgenes, sobre los altares, adornados cual aras de boda; el centelleo de las velas ó de las lámparas reanima el templo en cuyos retablos suceden velos nupciales á fúnebres sudarios; repican las campanas á gloria en lo alto de las torres y llenan las trompetas de los órganos el aire de la iglesia; los sacerdotes, vestidos con sus dalmáticas y capas pluviales de fiesta, levantan los cálices de oro á un cielo de regocijos celestiales entre nubes azules desprendidas por los incensarios y sacros himnos elevados por los coros: indefinible alegría espiritual, originada en la conmemoración de aquella cena, donde nuestro Redentor, al despedirse de su apostolado, transfundió el espíritu divino suyo en nuestras venas carnales dándonos con su verbo, más generador y más fecundo que aquel soplo, á cuyo aliento se levantó Adán en el Paraíso, un alma completamente manumitida del yugo de la materia, y dispuesta con su libertad interior á fundar aquí la justicia y digna de poseer por sus virtudes y por sus ideas en otro mundo mejor

la eterna bienaventuranza. Pero si la mañana del jueves todo es alegría, la tarde toda es luto. ¡Cuál emoción al entrar en los oficios vespertinos, y observar el tenebrario con sus velas amarillas, el velo morado ante los retablos del altar desnudo, la puerta del sagrario como violentada y los espacios de éste como vacíos, el treno presentándonos á Jerusalén desolada y lamentosa, con sus vías que lloran, sus sacerdotes que gimen, sus vírgenes que pasan escuálidas y semejantes á sombras venidas del sepulcro, sus piedras que laten como corazones atribulados y heridos, sus templos que se caen, sus muertos que se levantan; y ella pidiendo á Dios misericordia entre cilicios y cenizas, bajo los paños fúnebres de una eterna y luctuosa noche. Todas las religiones habían sido hasta el Cristianismo religiones donde se divinizaba la fuerza con sus privilegios y se rendían parias al combate y al triunfo con sus excesos. Nuestro Dios únicamente ha levantado su mano para bendecir, ha tenido corazón para querer, ha predicado el olvido de las injurias y el amor á nuestros enemigos, ha bebido la hiel y vinagre de todas nuestras amarguras, ha muerto, siendo la creación y la vida, por emanciparnos y por redimirnos á todos. Así el viernes santo, entre las tristezas de una desolación horrible, cuando sólo hay espacio para pensar en el trance último de cada mortal, sobre losas de sepulcros, ante paños de luto, el órgano y el campanario mudos, extintas las lámparas, desnuda la Cruz, María solitaria ó con su hijo yerto entre los brazos, el celebrante de la misa reza el cántico llano y plañidero por todos los nacidos, por los judíos que crucificaron al Salvador, por los herejes que huyeron de la Iglesia, por los idólatras que aún están ciegos del alma, por los paganos que no han podido abandonar sus fetiches, por cuantos yerran, cumpliendo así las máximas del sermón de la Montaña, con el fin de que las ergástulas se abran, los tormentos y patíbulos se cierren, las cadenas se rompan, los esclavos con los muertos resuciten, y el amor á Cristo, así en su indudable divinidad como su santa la humanidad, una dentro de la paz

universal todas las razas, impelidas por su redención á realizar el reino de Dios y su justicia sobre la faz del planeta. Es indudable que toda nuestra religión respira libertad y república, desde los cánticos del *Magnificat* en sus Evangelios hasta el cántico de Moisés en la Biblia. ¡Ay! No podemos pararnos mucho tiempo ante la religión apremiando un problema político tal como las elecciones. Perdonad lo brusco de tamaña transición.

II

Yo estoy acostumbrado á disentir de los socialistas. Republicano de toda la vida; liberal en toda la extensión de la palabra, tan conocida y vulgar; demócrata por querer la igualdad completa de todas las libertades en todos los ciudadanos; cuantas restricciones han querido intentarse de los derechos del individuo en supuesto bien de la colectividad, y cuantas facultades concederse al Estado, devolviéndole hasta una intervención en los contratos particulares y una serie de atributos, abrogados por la revolución universal, encontraron en mí un implacable adversario, por estimarlas, no sólo injustísimas en su esencia, fatales á la democracia y á la libertad y á la república en Europa. Mis contradicciones con los jefes de tales antiguas escuelas, con el primero entre todos ellos, han crecido en los últimos tiempos, oyéndole decir que del concepto de patria, como nosotros lo entendemos, provienen todos los males y plagas de la sociedad moderna; que los insurrectos de la grande Antilla tienen razón para sublevarse, á la hora misma de haber avanzado, cual avanzaban por las leyes recientes, en el gobierno de sí mismos y en la saludable administración

de sus intereses; que han tardado los yankees á reconocer la beligerancia de los facciosos cubanos en armas, por haber analogías entre sus cabecillas de manigua y los ejércitos del gran Washington; que las Cortes próximas deben acordar lo mismo que acordaron aquellos Parlamentos ingleses, cuyos wighs propusieron cedieran los ejércitos metropolitanos y abandonaran America: especies, ó por poco pensadas, ó por mal dichas, capaces de sublevar contra su temerario autor toda la nación. En esto no alabo al jefe primero de los socialistas españoles. *In hoc non laudo*. Pero sin tasa lo alabo cuando propone la intervención de los partidarios suyos en las elecciones y la presencia de los elegidos suyos en las Cortes, pues presta servicio inapreciable, no sólo al progreso general humano, á la histórica gravedad española. El régimen democrático es un régimen de pura elección, sustituyendo con este medio práctico de gobernarse á sí mismas las naciones y los individuos el antiguo principio de las castas reales y nobiliarias, el antiguo principio de la herencia. Pues ¿cómo sabrán elegir en el período de us gobierno los demócratas, si no aprenden los ejercicios de las elecciones en el período de oposición? Gobernarse á sí mismas las gentes sin haber aprendido las artes del gobierno en los comicios y en los Congresos, es como querer nadar sin ir al agua, sin mojarse. Del poco tacto político en los republicanos, provino la pérdida irreparable del Estado que sufriéramos al año del advenimiento de nuestra República. Los clubistas amaestrados en reuniones anárquicas, no salvan la distancia del ideal á la realidad; y así cayeron en el abismo. Los revolucionarios por sistema, no teniendo contra quién levantarse, ¡ay! levantáronse contra el Estado democrático. Y no se hable del retraimiento predecesor á la revolución inmortal de Setiembre. Primeramente la propaganda y el apostolado progresivos se desarrollaron en la tribuna. Después á la revolución fueron los elementos conservadores indispensables á su victoria, por dos motivos parlamentarios: la solemne interpelación sobre la Cátedra y sus libertades,

la protesta unánime del Congreso por no haber tenido legislatura el año 66. Cuando yo me presenté, acompañado tan sólo por un amigo, Anglada, en el primer Congreso de la Restauración, decían todos los republicanos y aún todos los demócratas, así de la izquierda como de la derecha, que nada conseguiríamos, y hemos alcanzado la proclamación en leyes de todo nuestro credo democrático, desde la redención del esclavo hasta la libertad en todas sus manifestaciones; el Jurado y el Sufragio universal. No podrá la democracia española gobernar jamás como no se quite de la testa el socialismo, la federal, esa dispersión atomística de sus partidarios, en remolinos sin dirección y consistencia ninguna, los grupillos con sus cien programas, la revolución sistemática, el retraimiento electoral; lo que ahora están haciendo, se parece á lo que hacian las fracciones republicanas de Francia el año 48, aquellas fracciones, cuyos errores nos costaron triste servidumbre bajo larga dictadura.

III

Nos hemos detenido mucho en los problemas electorales y en el culto á la Semana Mayor, para poder tratar los negocios europeos con la extensión merecida por su importancia. Todos han quedado en segundo lugar, hasta los más llamativos y escandalosos, ante la catástrofe de Italia en Africa. Inútilmente se ha tratado en un debate magistral el impuesto sobre la renta por el Congreso francés, donde lo ha defendido Jaures en un discurso poético á lo Lamartine y lo ha Say atacado en un discurso razonadísimo á lo Sièyes; inútilmente ha recibido el príncipe de Bulgaria investiduras del Sultán é im-

posiciones del Czar, tras la comedia de bautizar en el rito griego al príncipe Boris, arrancándole á su bautizo natural; inútilmente un rey, tan inclinado al Austria, como el rey de Serbia, se ha ido en busca de mujer á la corte griega, sobre cuyos monarcas impera hoy Rusia; inútilmente ha burlado la Puerta de nuevo á la diplomacia europea, prometiendo y no dando reformas en Armenia: el asunto de los asuntos, el que priva con privanza singular, es la rota en Adoua del ejército italiano y la repercusión de tal hecho en los Parlamentos de Roma, París, Lóndres, derribando por el suelo aquella encina que se llamaba Crispi, tan arraigada, y poniendo en calzas prietas á Bourgeois con Salisbury por las expediciones á Nubia y por la evacuación del Egipto. La conciencia pública no yerra en este interés exclusivo. Comenzaba el pueblo italiano, conquistando tierras y produciendo colonias, á mostrar cómo su política de gran potencia consistía en combatir, cual hacen los imperios absolutos, no en trabajar, cual deben hacer los pueblos liberales; y quitando una mole más al régimen industrial moderno la ponían en el régimen militar y conquistador antiguo. Sus amigos, por los medios usuales correspondientes á todo publicista, intentamos disuadir á los italianos de tal empeño, en cuyas artes creían ellos encontrar el renuevo de su histórica grandeza y la sanción de su reciente fortuna. Creíamos era temerario en sus intentos, ilógico en sus principios, adverso en sus consecuencias, ruinosísimo en sus dispendios, amenazador á la paz humana, contrario al progreso del planeta, nefasto en sus resultados, este plan de colonias y conquistas oponiéndose al modestísimo y saludable de gozar la libertad, por milagros del cielo conseguida, y robustecer la unidad, por su asiento en Roma, siempre amenazada de un retroceso generado en los clamores del pueblo católico y en los intereses de la Iglesia universal. Unicamente victorias señaladas y provechos evidentísimos hubieran puesto la opinión y el juicio europeo del lado de los italianos vencedores, y establecidos en una hermosa colonia, la

cual asegurara más y más la navegación libre por las aguas del Mar Rojo, detuviera en el desierto las irrupciones de los mahedies, apoyara la civilización del Africa por Europa, y extendiese, desde las cercanías del emporio caravanesco, que se llama Yartum hasta las bóvedas del templo donde adora con ritos judíos al Dios cristiano el descendiente de la reina Saba y heredero del sabio Salomón, Menelik, tutela que requiriese á este de hermano nuestro en religión y lo llevase á colaborar en la cultura humana y planetaria, cuyos beneficios esclarecerán á una todos los horizontes celestes y á una fecundarán también todo el suelo terráqueo. Pero, en cambio, ¿qué ha sucedido? Pues ha sucedido una catástrofe: sacrificios inútiles de hombres y dinero; acaparamiento del triángulo eritreano, incapaz de resarcir con algún provecho el gasto que cuesta; ruina del Tesoro; malversaciones en los presupuestos; maniobras diplomáticas muy burdas, generadoras de odios contra los italianos en aquellas tribus fáciles al reclamo, indóciles al combate; una campaña desastrosísima, en cuyos incidentes las ciudades sitiadas han caído á los pies del Negus como los muros de Jericó á las trompetas de Josué, y los combates cruentísimos han entregado los cadáveres de diez mil italianos á los buitres del aire y á las hienas del desierto; agitaciones revolucionarias de la nación puesta en el potro; peligros de la dinastía, soñando con grandezas en la guerra cuando sólo representa la libertad; un cambio en la política de orígenes bien tristes y de consecuencias poco averiguadas; una crisis, de carácter belicoso, casi entre Francia é Inglaterra por las expediciones al Sudán; el triunfo absoluto de Abisinia y la derrota irreparable de Italia.

IV

Por consecuencia, en cuanto recibieron los italianos la noticia del último desastroso encuentro llamado de Adoua, comenzaron á quejarse y á partir en guerra por calles y plazas contra el presidente Crispi y sus ministros. Como siempre que hay una rota, ennegrecíanse los hechos, bastante negros de suyo, y agravábanse las causas, bastante graves ya. Hubo quien dijo que fueran los soldados á la buena de Dios, como dispersos y en átomos, chocando contra un desfiladero inaccesible y muriendo cual moscas al furor de los abisinios desbocados, porque, tras aquel esfuerzo, terminado en fracaso cuando se necesitaba tanto el triunfo, debía el Parlamento reunirse, y en esta nueva reunión presentarse Crispi, como César en el foro y en el Senado, con su corona de roble sobre la cabeza y su cetro de dictador en las manos. Buscando un buen éxito en el Parlamento, se había infligido terrible desastre á la nación. De aquí una tan grande tristeza en los espíritus, movida por un enfurecimiento contra Crispi, tan extraordinario, que si no lo sacrifican pronto, hubiera llegado la protesta universal hasta la universal revolución. El rey se resistía con tenacidad al cambio de gobierno, sobre todo á la destitución del primer ministro. Y no le faltaba motivo. El antiguo partido parlamentario, aquel que tuvo por fundador á Cavour, por alma en otro tiempo á Ratazzi, por continuador á Minghetti, por diplomático á Visconti-Venosta, se disolvió casi en los últimos tiempos de Víctor Manuel y en los primeros de Humberto, al corrosivo de una política como la política de mi buen amigo Depretis, en que las ideas entraban por poco y por mucho los intereses.

Sólo quedaba en la derecha Rudini, caballero sin tacha y sin reproche, estadista de convicciones liberales y de tendencias conservadoras, con mucha fidelidad á sus ideales, pero con escasa experiencia política. De la izquierda no hablemos. Hay en ella un gran orador y poeta, el célebre Cavallotti, á quien Italia cada día quiere y admira más, pero á quien cada día sigue menos, porque, colocado en los límites donde acaba la monarquía y empieza la república, no está bastante decidido por una ú otra institución; y á los republicanos les parece cada día más monárquico y á los monárquicos cada día más republicano. La izquierda radical en Italia es, como en España, una Babel. Crispi representaba el carácter extremadamente radical, contrastado por el método extremadamente conservador. No se podía dudar de su fidelidad á la causa italiana, y al rey que la representa en el mundo; tampoco se podía dudar de su inteligencia clarísima y de su firme voluntad; lo único que se prestaba por completo á dudas era su liberalismo, pues en su esférico cerebro y ancha frente habíanse sobrepuesto los métodos cesaristas de Bismark á los métodos liberales de Cavour; y creía que, para defender Italia de sus numerosos enemigos, no le quedaba otro remedio, sino suprimir en lo interior el socialismo con violencia y fomentar en lo exterior á la triple alianza con todos sus compromisos. Podrá criticarse, como se quiera, esta política, llena de dificultades; pero no cabe dudar que la impelía un pensamiento muy claro, una finalidad muy concreta, un método muy seguro. Yo condeno toda limitación de la libertad y toda tendencia de conquista. Por consecuencia, yo condeno la política interior y la política exterior del último gobierno italiano. Temo al socialismo reprimido y no temo al socialismo dejado en libertad completa de manifestar sus errores, confirmándome á una en tal raciocinio abstracto los ejemplos de Suiza é Inglaterra, donde, libre, decrece á diario el socialismo, frente á los ejemplos de Alemania y Rusia, donde, reprimido, crece á diario el socialismo. Su crecimiento en Francia no

debe imputarse á obra del derecho; debe imputarse á obra del gobierno. Para esta política italiana, política de Césares, no de tribunos, se necesitaba fomentar, no el pueblo, no, el ejército. Para fomentar el ejército se necesitaba un campo de maniobras, como el que tuviera Francia en Argelia, y ningún campo de maniobras como la Eritrea de Africa. Por consiguiente, la política de Crispi en Africa provenía de la política de Crispi en Europa. Mas esta política no era suya, no, habíala recibido de sus antecesores. Rudini mismo reanudó, al expirar el primer plazo de la triple alianza en Europa, su continuación, que traía consigo aparejada la continuación de una política colonial y conquistadora en Africa. Por consecuencia, Crispi ha sido el menor padre de la política hecha por los italianos en el Mar Rojo; sólo que ha creído, resuelto y valiente por naturaleza, llevarla con empeño, definirla con claridad, sostenerla con verdadera constancia. Y como pertenece al número de hombres gustosos del poder en Europa, han atribuido las maniobras activas y poderosas de Crispi en Abisinia y sus anejos al deseo de conservar su presencia en el gobierno y su predominio en el Parlamento.

V

Pues Rudini, después de haber criticado tanto la política de Crispi, no hace más que seguirla. Yo apruebo nuestra tenacidad en Cuba, territorio á conservar; no comprendo la tenacidad de los italianos en Abisinia, territorio á conquistar. Debe Italia conservar á sangre y fuego Sicilia, como nosotros Cuba; no debe adquirir Eritrea, como nosotros no debemos adquirir ni un átomo de tierra más en América. Si yo fuese gobierno en

Roma, rompería la triple alianza en Europa, me retiraría del empeño colonial en Africa, reduciéndome al puro trabajo de robustecer la unidad, arreglar el presupuesto y conducirlo todo con tenacidad hacia un régimen de industria, es decir, de trabajo, en la seguridad completa de que así acabaría con el socialismo, quien jamás cede á ninguna violencia, y prevalecería por la inspiración y por el genio sobre todas las naciones, á quienes no quiere vencer ni combatir todo verdadero demócrata. Hemos sustituido la gran política de principios, la política de ideas, mantenida por Cavour, por Víctor Manuel, por Rattazzi, por Mazzini, por Garibaldi, con la política de intereses, que acaba con todos los ideales; y al acabar con todos los ideales, acaba con todos los heroísmos. El pueblo, víctima de los conquistadores, se ha metido, sin empacho alguno, en guerras de conquista; y como no pueden violarse las leyes providenciales que presiden el desarrollo del género humano siempre, ha recibido Italia por culpa de sus directores hoy una enseñanza, que será dolorosa, pero no baldía, como pueda salir de ella, cual deseamos todos sus fervorosos amigos, para lo por venir un verdadero escarmiento. Hoy el bueno de Rudini ha dicho que no debía por modo ninguno accederse al clamor de la opinión que demandaba un abandono de toda la Eritrea y reducirse á la conservación de Masouah y sus tierras propias, sin aspirar ni al dominio del Tigré ni al protectorado de Abisinia. Pero en seguida se ha presentado el peor de los peligros, como es á saber, una complicación europea. Con efecto, los menores, siempre que se alían á los mayores, si creen recibir auxilios de sus aliados, se engañan, pues los prestan y hacen de ciegos satélites llamados á la fuerza natural de atracción poseída por los grandes cuerpos. Así ahora se ha visto que Italia en todo este amargo trance ha servido principalmente á Inglaterra, teniendo en jaque los mahedíes dispuestos á descolgarse del Alto Nilo al Bajo y prestando guardias en Kasala por los intereses británicos, pues Kasala en estos momentos se nos delata como una garita en la cual hallábase Italia de centi-

nela, para que pudiese Inglaterra dormir á su gusto en Egipto, dominado so la sombra de sus colosales pirámides, entre aquellas esfinges y obeliscos y palmeras, como si fuesen continuadores de los prehistóricos Faraones y de los alejandrinos Tolomeos. Así desde la derrota de Italia se ha revelado un movimiento extrañísimo en Inglaterra, primero por socorrerla, después por ir al Sudán, movimiento que ha revelado ante la inercia y el silencio de Austria y Alemania, lo platónico de la triple alianza y lo seguro del pacto entre Inglaterra é Italia.

VI

Es lo cierto que al retroceso de los italianos en Africa se han movido los ingleses hacia Dongola. Y este movimiento ha planteado la cuestión europea, poniendo de una parte á Inglaterra é Italia, más ó menos secundadas por Alemania y Austria; de otra parte á Rusia y Francia, más ó menos secundadas por la Turquía en persona. Francia, con muy mal acuerdo, se apartó, contra el sentimiento y la convicción de un patriota como León Gambetta, de aquel condominio ejercido con Inglaterra sobre la región baja del Nilo. Desde tal día, Inglaterra se quedó con el dominio exclusivo del Egipto, prometiendo sería temporal de palabra diplomática y tomándolo por eterno en la realidad viviente. Fué tal acuerdo una resolución. Francia é Inglaterra se habían declarado en setenta y siete naturales protectoras del jetife Ismail, celando por medio de dos delegados, presupuesto y tesoro, con tal autoridad, que ambos entraron á tomar parte del poder y dijéronse ministros del Monarca, quien quiso, al cabo de cierto tiempo, hurtar el cuerpo á su autoridad y fué por esta razón depuesto

en solemne iradé del Sultán de Constantinopla, reverenciado allí como supremo imperante de antiguo. El nuevo jetife, ó soldán, mostró una debilidad extrema é irremediable, hasta el punto de dejar constituir un ministerio soldadesco, destinado así á revocar la intervención europea como á divertir los fondos reunidos para la deuda de su objeto y dispendiarlos en empleados inútiles juntos con militares de guerra civil. Esto no pudo tolerarse por el mundo europeo, á quien debía Egipto dos mil millones de francos sonantes y contantes, con los cuales enajenara su independencia material, poco segura desde la construcción del canal de Suez. Quiso Inglaterra sostener el condomnio con Francia, y predominando en el Congreso las ideas radicales por Clemenceau, entonces muy poderoso, obedecidas por el principal autor de la concentración republicana, Freicynet, muy complaciente con los radicales, creyeron justo contrastar á Gambetta, y se apartaron de Inglaterra, llegando hasta renunciar á su poder en Egipto. Entonces los ingleses bombardearon Alejandría, pusieron pie firmísimo en el desierto, derrotaron al jefe del gobierno militar egipcio, y, como dueños del bajo Nilo, irguiéronse, sin comunidad alguna, con Francia. Sucedió todo esto bajo un ministerio Gladstone, quien, mientras acontecía, declaraba no estar allí como dueño y señor, antes bien, como amigo y consejero, dispuesto á dejar toda intervención en cuanto Egipto se pacificara y quedasen asegurados los intereses colectivos de todas las potencias europeas. Quizá un ministerio tory ó anglicano y episcopal jamás fuera tan explícito como un ministerio radicalísimo y metodista; pero es lo seguro que coincidió la efectividad real de una conquista violenta con la promesa clara de una evacuación próxima. En Marzo de 1883 lo declaró así á los diputados el glorioso jefe de aquel gobierno, jefe también del partido liberal. Pero la cuestión egipcia se complicó en estos días de una manera horrible. La guerra es como un estado natural en los pueblos mahometanos. Organizados para el combate por su Profeta, no conocen aquella conformidad con

la suerte y el destino de los orientales inscritos en las religiones de Buda y de Confucio, aunque sean fatalistas. Coincidieron, pues, con las guerras civiles del Egipto, alto Nilo, las guerras civiles del Sudán, bajo Nilo. Imposible dominar el bajo Nilo sin dominar el alto. Imposible poseer el Egipto sin poseer el Sudán. Pues en pleno Sudán los mahedistas, parecidos á nuestros almoravides y almohades y zegríes, rompieron en guerra con los representantes del jetife, y les tomaron populosas ciudades. No tuvieron las tropas anglo-egipcias más remedio que arremeter con los insurrectos y perseguirlos en pleno arenal. Pero su valor se frustró contra la resistencia insuperable de los mahedies. Y así debe quien quisiera estudiar estos asuntos difíciles, comprender cuánto servicio contra el Sudán ha prestado la residencia de los italianos entre los desiertos del líbico arenal y las olas del célebre Mar Rojo, vigilando una parte considerable del África é impidiendo conjuraciones de pueblos, amenazadoras al poder de Inglaterra y á la seguridad de sus dominios en el Nilo.

VII

Así estuvo Italia en Kasala, que comanda un afluente del Nilo, y por ende aparece como un sitio estratégico de primera importancia entre el Mar Rojo y el desierto, entre el alto valle y el bajo de los antiguos Faraones. Al principio de tal ocupación, realizada en 1892, disertaron mucho los periódicos ingleses contra estas ingerencias italianas en los dominios egipcios, pero á poco se convencieron del papel casi británico que allí desempeñaban sus aliados y del servicio hecho al poderío británico. Si alguna vacilación cupiese respecto de tal creen-

cia, desvaneceríala el rápido movimiento de los ingleses hacia el Sudán, en cuanto han visto las derrotas de los italianos por países al Sudán muy próximos. La guerra está por completo declarada entre los dervises y los ingleses por el desastre de Italia, dando alas á los enemigos de Inglaterra. Mas para toda campaña se necesita dinero. Y el pueblo inglés no quiere sacarlo de su bolsillo, quiere que lo dispendie la misma tierra egipcia, poniendo á su disposición el fondo de reserva guardado para pagos de la deuda. Mas tienen sobre tal fondo de reserva inspección legítima las grandes potencias, y no puede sacarse de allí un ochavo sin permiso de todas ellas. Tal tesoro está bajo seis llaves. Prometen las suyas Alemania y Austria por amor á Italia, que sería completamente aplastada, si el abisinio cristiano se pusiese de acuerdo con el sudanés musulmán; pero las niegan, ó por lo menos las regatean, Rusia y Francia, viendo en la empresa una perdurable permanencia de los ingleses entre los egipcios. Decíase que la comisión interventora de tales fondos era como la Dieta de Polonia, es decir, que debía tomar sus acuerdos por unanimidad, cosa imposible donde se reunen seis personas, y ahora dicen que no hay tal y que los dos millones de libras indispensables á facilitar la expedición al Sudán acaban de autorizarse por mayoría, por Alemania, Italia, Inglaterra y Austria; contra Rusia y Francia. Un quid pro quo muy extraño ha sucedido en este grave negocio: el cambio por que ha pasado Francia, belicosísima á primera hora y después protestante platónica. Este quid pro quo ha costado su cartera de ministro al sabio Berthelot. El presidente de su gobierno, M. Bourgeois, dijo una opinión á las Agencias telegráficas de mucho cuidado por intransigente, mientras el ministro de Negocios extranjeros desde su despacho protestaba con reservas, pero sin frisar la protesta con el rompimiento. Y no hubiera tenido nada de maravilloso y extraño cualquier acuerdo excesivo. La expedición británica, decretada en estos momentos, denuncia de un modo indefinido la ocupación inglesa en Egipto. Y esta ocupación agrava el

malestar de Francia y de Turquía mucho ante un protectorado que intenta ser como una defensa del Egipto en sus comienzos y aparece como una conquista ser del Egipto en sus resultados. Así las Cámaras inglesas, donde toda grande aspiración tiene su eco natural correspondiente, ha debatido este problema con voces de oradores tan elocuentes como el correcto Morley, de políticos tan maestros como el sabio Dilke, de publicistas tan leídos como el ingenioso Labouchere, pidiendo la evacuación del Egipto al gobierno conservador, aunque nunca la obtuvieron ellos con su empeñado trabajo en tiempo de los gobiernos radicales. Así la cuestión del territorio egipcio y abisinio queda por este modo arreglada en definitiva: el Nego pide la paz con Italia, quien renuncia por su parte al falaz protectorado sobre Abisinia y á la extensión por el Tigré y á la propiedad de Kasala, quedándose únicamente con su antigua colonia Eritrea, cuya situación le permitirá disminuir sus gastos, mientras Inglaterra emprende una operación difícil, semejante á las varias en que fracasó el mártir de sus empresas nubias, Gordón, asesinado en Yartum por los mahedíes, quienes de nuevo se aperciben á una guerra, en cuyas incidencias pueden caer sobre pueblos poderosos inenarrables catástrofes.

VIII

Imposible cerrar esta Revista europea sin decir algo del voto de la Cámara francesa, tan aguardado, sobre la cuestión de las cuestiones económicas, el impuesto á la renta, mejor, el impuesto á las utilidades. Hace mucho tiempo nos estaban diciendo cuantos republicanos conservadores hay en el Con-

greso francés que, habiendo venido un ministerio radical por sorpresa inesperada, se iría por cualquier cuestión de principios. Representando el Congreso la libertad individual y representando el gobierno la reacción socialista, el choque de una con otra idealidad no sería un choque personal entre repúblicos y estadistas, no sería un choque colectivo entre fracciones republicanas militantes, no; sería un choque más trascendental entre dos credos y símbolos, cuyos principales dogmas se repelen, por significar uno la extensión del principio liberal á sus últimas consecuencias, y significar patente retroceso á la tutela de los Estados y al predominio de los gobiernos sobre la libertad el otro. Había llegado el momento de manifestar esto: momento decisivo y supremo. Dentro del proyecto de impuesto sobre la renta se halla en germen todo el viejo socialismo, y dentro de su reprobación por la Cámara todo el sistema liberal. Tamaño esbozo de ley se une y enlaza con toda la serie de medidas tomadas creando sindicatos privilegiadísimos análogos á los anteriores al período creador de la individualista revolución francesa, y estableciendo tasas y reglamentos, los cuales dan un salto sobre las teorías de Turgot y caen, sin saberlo y sin quererlo, por una incontrastable fuerza de lógica, en pleno absolutismo. ¿Cuál mejor ocasión para dividir los dos campos democráticos, y mostrar la superioridad numérica de los conservadores sobre los radicales en el Congreso? Pues durante todo el período de las votaciones secretas en la junta de cada sección, votaron los conservadores un comité opuesto al proyecto de ley en todo, y luego, poco á poco, en los largos debates y en las públicas votaciones tal mayoría se ha convertido en minoría y se ha declarado en derrota. Sin embargo, el gobierno había sido derrotado en las secciones y más que derrotado en los debates. Pero al llegar á los artículos principales de un proyecto, que abre las castas de nuevo, y declara guerra implacable á los ricos cual si fuera una fábrica de trabajo é industria el antiguo castillo feudal de combate y despotismo, la Cámara da un voto de confianza en

público al mismo gobierno á quien había dado un voto de desconfianza en secreto. Ha vuelto, pues, al centro de gravedad suyo el gobierno radical y ha vuelto por debilidad irremediable del partido conservador. Ahora, los mismos desertores libran en el Senado todas sus esperanzas y hacen mal. Esa revisión de los votos contra las locuras socialistas al Senado parece demostrar que las dos Cámaras están en desacuerdo, cuando están de acuerdo, y sólo triunfa el gobierno en una y es derrotado en otra, porque tiene una firmeza el Senado de que carace por desgracia el Congreso. No debemos equivocarnos. El proyecto vencedor en la Cámara, se halla vencido en la opinión. Francia es un pueblo donde la propiedad aparece como el áncora de todas las libertades, y donde los numerosos pequeños propietarios, ó componen, ó dirigen el comicio. Habrá tarde ó temprano una reacción activa contra el Parlamento, como la que hubo en tiempo de Boulanger, y esta reacción contra el Parlamento será una reacción verdadera contra la república. Sólo volviendo la democracia sobre sus pasos y proclamando las libertades sin mezcla de socialismo podrá salvarse, como deseamos los liberales, el progreso pacífico y la república verdadera en Francia.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Tres parábolas del conde León Tolstoy (1).

I

LA CIZAÑA

En un magnífico prado brotó la cizaña. Para librarse de ella, los propietarios de él pusiéronse á segarla; y naturalmente, creció más vigorosa al retoñar. Pues bien; un prudente y buen propietario de las cercanías, al visitar á los dueños del prado, les dió más de un consejo; entre otros, el de no dallar la cizaña, so pena de verla por eso mismo propagarse, sino arrancarla de raíz.

Los dueños del prado, ya porque entre las instrucciones de su buen vecino no se fijasen en la relativa á la necesidad de extirpar la cizaña en vez de segarla, ya porque no la comprendiesen, ó ya también porque por cálculos personales no se quisiesen conformar con ella, continuaron dallando la cizaña y multiplicándola por consiguiente.

Durante los años que siguieron, hubo más de un hombre que recordase á los poseedores del prado el consejo del prudente y buen vecino; pero no se les escuchaba, y seguíase obrando siempre como antes. De suerte, que el guadañar la ci-

(1) Han visto la luz en el *Potchine Sbornik Obstchestva rossiiskoi slovesnosti*, Revista moscovita que sólo aparece una vez al año.

zana conforme iba naciendo llegó á ser, no sólo una costumbre, sino hasta una tradición sagrada; y el prado se plagaba cada vez más.

A la postre, llegó un momento en que ya no hubo en el prado más que cizaña. Gemían los propietarios y se ingeniaban por encontrar un remedio que poner á semejante situación. Uno había, y nada más que uno: el que les indicó el bueno y prudente vecino. Mas no se usaba.

En los últimos tiempos, un forastero, condolido al ver estropearse tan hermoso prado, buscó entre las instrucciones dadas por el cuerdo propietario y olvidadas en un rincón, para ver si encontraría alguna adecuada al presente estado de cosas. Descubrió la relativa á no segar la cizaña, sino arrancarla de cuajo. Declaró, pues, á los poseedores de la pradera que habían obrado con imprevisión, y que de largo tiempo atrás les había puesto en guardia contra ella el bueno y prudente propietario.

En vez de evacuar la cita hecha por ese hombre y en caso de ser exacta no dallar más la cizaña, ó en el caso contrario probar en qué estaba equivocada; en lugar también de aceptar desde luego como buena la cita del consejo del buen propietario cuerdo, los dueños del prado tomaron el partido de ofenderse por el llamamiento que á su memoria hacía el forastero y pusiéronse á llenarle de invectivas.

Calificábanle unos de orgulloso, que se imaginaba ser en el mundo el único que comprendía las instrucciones del buen propietario. Otros le motejaban de falso intérprete, de traidor y de calumniador. Otros, sin considerar que no había dicho ninguna cosa de su propia cosecha, sino que simplemente había recordado los consejos de un hombre estimado por todos, afirmaban que era un individuo nocivo, deseoso de ver multiplicarse la cizaña hasta el punto de que el prado quedase bien pronto perdido para siempre.

—¡Pretende que no conviene dallar la cizaña!—gritaban. —Pues si no la destruímos, se reproducirá hasta lo infinito; y

entonces ¡adiós nuestro prado! ¿Acaso lo tenemos para cultivar en él mala hierba?

E intencionalmente pasaban en silencio que el hombre no había hablado una palabra respecto á no destruir la cizaña, sino arrancarla de raíz en vez de cortarla.

La opinión de que el hombre era un insensato, ó un intérprete embaidor, ó un monstruo que sólo tenía por mira el daño ajeno, afirmóse de tal modo, que quien no se mofaba de él, colmábale de denuestos. Y, á despecho de todas sus explicaciones (á saber, que lejos de desear la multiplicación de la cizaña, por el contrario, estimaba que su destrucción es uno de los principales deberes del poseedor de tierras, pero que comprendía esa destrucción como la había comprendido el propietario bueno y prudente y no hacía sino recordar los consejos de éste), á pesar de todo cuanto se le ocurrió decir, no se le hizo ningún caso, pues era cosa definitivamente resuelta que estaba loco de orgullo, era infiel á la palabra del cuerdo y buen propietario, ó un malvado de tan negras intenciones como para invitar á las gentes á no destruir la mala hierba, antes por el contrario, cuidarla y favorecer su reproducción.

Lo mismo me ha sucedido á mí cuando he abogado en defensa del precepto evangélico de no combatir el mal con la violencia. La regla fué formulada por Cristo, y todos sus discípulos la han repetido después de El en todos tiempos y lugares. Pero sea por no haberse fijado en ella, sea por no haberla comprendido, sea por parecer harto difícil seguirla, es lo cierto que cuanto más tiempo pasa, más se desatiende y más se aparta de ella el método de vida de los hombres. Al cabo ha acontecido lo que hoy vemos: que empieza á presentarse ante los ojos del mundo como una cosa nueva y desconocida, cuando no extrambótica y hasta insensata.

Hame acontecido á mí como al forastero que recordaba á

los dueños del prado el antiguo precepto del bueno y prudente propietario, en virtud del cual no conviene segar la mala hierba, sino arrancarla con raíz y todo. Los poseedores del prado calláronse de intento que la prescripción recomendaba, no que se dejase de destruir la cizaña, sino que no se destruyese de una manera irracional, y declararon:—«Este hombre es un insensato que nos aconseja, en vez de segar la cizaña, volver á sembrarla ó poco menos.» De igual modo, cuando afirmé que para abolir el mal basta conformarse con el precepto de Jesucristo que nos enseña á no oponerle la violencia, sino extirparlo por medio del amor, exclamaron:—«No escuchemos á este insensato que nos incita á no luchar contra el mal, para que el mal nos ahogue bien pronto».

Decía yo que, según la doctrina cristiana, el mal no puede desarraigarse por el mal; que luchar con el mal por la violencia, es sencillamente aumentar su fuerza; y que Jesús ha manifestado formalmente que el mal se extirpa por el bien: «Bendecid á quienes os maldicen, rogad por quienes os ofenden, amad á vuestros enemigos y *no tendréis un enemigo. (Doctrina enseñada por los XII Apóstoles.)* Decía yo que el Evangelio afirma: que la vida entera del hombre es *una lucha con el mal;* que con la espiritualidad y con el amor es como el hombre vence al mal; y que, de todas las armas utilizables contra el mal, Cristo excluye el arma imprudente de la violencia, el devolver mal por mal.

Y de estas palabras mías sacóse la consecuencia de que prestaba yo á Jesucristo una doctrina en virtud de la cual no debemos resistirnos al mal. Y todos aquellos que fundan su vida en la violencia y que por ende gustan de ésta, se apresuraron á adoptar tan falsa interpretación de mis palabras (que son las mismas de Jesús), y proclamaron que la doctrina que enseña á no oponer la violencia al mal, es una doctrina embustera, insensata, sacrílega y nociva.

Y, con pretexto de destruir el mal, siguen tranquilamente los hombres reproduciéndolo y multiplicándolo.

II

LOS FALSIFICADORES

Unos mercaderes comerciaban en harina, manteca, leche y otros géneros alimenticios. Iban á cuál de ellos realizaría mayores «beneficios», á quién se enriquecería con más rapidez. Llegaron á mezclar con sus mercancías materias cada vez más diversas, poco costosas y muy perjudiciales para la salud. Ponían en la harina cal, en la manteca margarina, en la leche agua y creta.

Mientras los artículos no llegaban á manos del consumidor todo iba á pedir de boca. Los almacenistas en grande escala vendían á los comerciantes medio al por mayor, quienes aprovisionaban á los tenderos revendedores al por menor. Había allí muchos almacenes y tiendas, y el comercio parecía muy próspero. A lo menos, los comerciantes dábanse por muy satisfechos.

Pero los consumidores de la ciudad, que no podían producir ellos mismos sus alimentos y se veían constreñidos á comprarlos, esos experimentaban sumo disgusto y harto daño. La harina era detestable, y detestables eran la manteca y la leche; pero como en los comercios de la ciudad no había otros géneros sino los adulterados, los consumidores no tenían más remedio que seguir comprando aquella harina, aquella manteca, aquella leche; y acusábanse á sí mismos del mal sabor, de las indisposiciones, de los malos guisos. Y no pensando nadie en quejarse de los comerciantes, éstos añadían á las sustancias alimenticias una cantidad cada vez mayor de ingredientes heterogéneos, baratísimos y muy nocivos.

Así continuaron las cosas por largo tiempo, y ninguno de los consumidores que sospechaban el origen de sus males, ninguno se decidía á manifestar su descontento.

Pues bien: hubo de acontecer que una campesina, que hasta entonces había alimentado siempre á su familia con alimentos preparados en casa, fué á vivir en la ciudad. Guisaba desde muchos años atrás; y aunque no fué nunca una cocinera emérita, sabía cocer un pan en su punto y combinar una comida apetitosa.

Así que arregló la casa, fuese á comprar por la ciudad sus provisiones de boca y en seguida se puso á tostar, hervir y asar manjares. Y cátate que los panes en vez de cocerse se deshicieron en migajas; los buñuelos, fritos en la margarina, no tenían buen sabor; la leche hacía posos y no se formaba crema ninguna en ella.

La hacendosa mujer adivinó en el acto que los géneros estaban adulterados. Los examinó y confirmóse en su idea, pues halló cal en la harina, sebo en la manteca, agua y tierra blanca en la leche. Al ver esto, volviose al mercado y acusó en voz alta á los tenderos, diciéndoles que tuviesen en sus establecimientos artículos sanos, nutritivos y sin falsificar, ó de lo contrario dejasen el comercio ó cerrasen sus tiendas.

Los comerciantes encogiéronse de hombros y contestaron: que sus géneros eran de primera calidad, que toda la ciudad se proveía de ellos en sus casas desde luengos años, y que además tenían medallas. Y en efecto, exhibían premios en sus rótulos.

—¡Una higa se me da á mí de vuestras medallas!—exclamó la buena mujer casera.—Yo no quiero más que alimentos sanos y tales que, después de tomarlos mis hijos y yo, no tengamos dolores de estómago.

—Preciso es, buena mujer, que jamás hayas visto verdadera leche, verdadera manteca, ni verdadera harina—protestaron los comerciantes, enseñándola, dentro de recipientes barnizados, harina absolutamente pura en apariencia, dorada

manteca puesta en hermosas bandejas con flores, y una leche deslumbradora de blancura dentro de unos cántaros con tanta limpieza bruñidos que podía verse la cara en sus paredes.

—¿Cómo queréis que yo no entienda de esto—replicó la mujer casera,—si en toda mi vida no he comido ni hecho comer á mis hijos nada que no hubiese preparado yo misma con mis propias manos? Vuestras mercancías son malas. Y en prueba de ello, ved los panes desmigajados y la margarina donde he frito los buñuelos, y el poso que he encontrado en la leche en vez de nata. ¡Todo lo que tenéis en vuestros comercios debieran tirarlo al río ó quemarlo, y ser reemplazado por géneros verdaderamente buenos!

Y así permanecía delante de las tiendas, vociferando siempre en el mismo tono; y como se aproximasen unos chalanes, también á ellos les gritó cuanto tenía en el magín; y los chalanes mirábanse unos á otros, ya turbados.

Viendo que si no la paraban los pies aquella mujer les perjudicaría en su comercio con tales gritos, dijeron los comerciantes á los chalanes:

—Buenas gentes, mirad á esta loca que quisiera que todo el mundo se muriese de hambre. Para darla gusto, sería menester tirar al agua ó al fuego todas las sustancias alimenticias. ¿De qué viviríais si la creyésemos nosotros, es decir, si dejásemos de venderos el alimento? No la hagáis caso: es una pobre lugareña que no sabe jota acerca de los alimentos de la ciudad. Por envidia la emprende contra nosotros: como está en la miseria, querría que todo el mundo estuviese en la misma situación.

Así hablaron los comerciantes á la multitud congregada; callando de propósito que la mujer había pedido, no que se destruyera toda clase de alimentos, sino que se reemplazaran los malos por buenos.

Precipitóse entonces la muchedumbre hacia la mujer y la insultaron. Por más que la infeliz afirmase que de ninguna manera quiso la destrucción de los alimentos, puesto que ella

misma había preparado durante años y más años con sus propias manos todo cuanto su familia necesitó para alimentarse, sino que sencillamente reclamaba que las personas que habían tomado á su cargo el proveer á la alimentación de la humanidad dejasen de envenenarla con cosas que sólo tenían de alimentos las apariencias; por más explicaciones que quiso seguir dando, nadie le prestaba ninguna atención, pues era asunto concluido que sólo quería ver privados á los hombres del indispensable sustento de su vida.

Lo mismo me ha pasado á mí al estudiar el arte de nuestro tiempo. Toda la vida di pasto á mi cerebro con el arte verdadero, y bien ó mal habíame esforzado en alimentar con él cerebros ajenos. Y como para mí el arte es un alimento y no un objeto de comercio ó de lujo, sé reconocer perfectamente cuándo es alimento y cuándo no es más que un simulacro de alimento.

Así que ensayé el alimento que hace algunos años ha comenzado á venderse en nuestro comercio intelectual bajo la forma de la ciencia y del arte contemporáneos, y que lo ensayé en las personas á quienes quiero, me convencí de que la mayor parte de este alimento dista mucho de ser puro. Y declaré que la ciencia y el arte con los cuales se comercia actualmente en nuestro mercado intelectual son una falsificación, ó á lo menos unas mezclas donde entran por mucho sustancias extrañas á la verdadera ciencia y al arte verdadero; y estoy de ello segurísimo, puesto que los productos por mí adquiridos en el mercado intelectual fueron indigestos para mí y los míos; y amén de indigestos, enteramente dañinos.

Al punto se pusieron á gritar contra mí, afirmando que ese mi parecer proviene sencillamente de que yo no sé gran cosa y soy inepto para comprender las cuestiones un poco elevadas.

Entonces acometí la prueba de que los tratantes que comercian en esos artículos alimenticios de la inteligencia se acusan ellos mismos de engaño los unos á los otros; que en to-

dos tiempos se han ofrecido á los hombres, so color de ciencia y de arte, cosas muy embaidoras y muy nocivas; que es naturalísimo que semejante peligro se presente también en nuestra época; que aquí no se habla en son de broma, y que el envenenamiento del alma es más temible que el del cuerpo; por consiguiente, que es preciso examinar con el más vivo celo los artículos que se nos ofrecen para nuestra alimentación intelectual y rechazar con energía todos los falsificados ó dañosos.

Y así que hablé de esta manera, no hubo un hombre, ni uno solo, que objetase cualquiera cosa en artículos ó libros á mis afirmaciones. Y desde todas las tiendas empezaron á gritarme, como á la mujer de mi cuento:

—Es un loco, que quiere abolir la ciencia y el arte, de los cuales vivimos. No le hagáis caso, apartaos de él. Venid á nuestra tienda y ved nuestros mostradores y escaparates: tenemos géneros fresquitos... del extranjero.

III

LOS VIAJEROS

Unos viandantes iban de camino y hubo de acaecerles que se extraviaron de él; de suerte que tenían ya que andar, no por la amplia y llana carretera, sino por barrancos y malezas. Desgarrábanse ropas y carnes en los zarzales, y tropezaban entre el ramaje seco; obstruíase cada vez más el paso, y muy pronto se hizo casi imposible el avance.

Entonces, se dividieron en dos partidos. Persistían unos en proseguir sin descanso en derechura, en la misma dirección en

que iban desde tiempo atrás; y sus secuaces se empeñaban en persuadir á los demás y á sí propios de que no se habían apartado del buen camino, ni perdido la orientación precisa para el término del viaje. Los otros, con el convencimiento de que la dirección seguida en la actualidad no podía ser la verdadera, pues de serlo habrían llegado ya al fin de la caminata, resolvieron que era preciso ponerse en busca de la buena senda, y que para dar con ella no había como separarse en el acto y avanzar en todas direcciones á la vez.

Todos los traginantes se adhirieron á uno de estos dos pareceres, decidiendo unos caminar siempre en derechura y dispersarse otros en todas direcciones.

Sin embargo, hubo un hombre que no se afilió á ninguno de los dos bandos. Dijo que antes de seguir la marcha con el rumbo llevado hasta entonces ó de apresurarse á explorar todos los demás rumbos con la esperanza de topar así con el verdadero, lo importante con urgencia era detenerse, darse cabal cuenta de la situación, y no adoptar tal ó cual partido sino luego de reflexionarlo con madurez.

Pero hallábanse tan excitados por su larga jornada los caminantes, enloquecíales de tal modo su situación, deseaban tanto el tranquilizarse con la idea de que no se habían perdido, ó á lo menos que sólo por un momento se habían separado del buen camino y no tardarían en dar con él de nuevo, y sobre todo, aspiraban tanto á reprimir su miedo con el movimiento, que el parecer de aquel hombre se acogió con gritos de indignación, acusaciones y burlas, igual por una que por otra banda.

—¡Consejos de la debilidad, de la cobardía y de la pereza! —clamaban éstos.

—¡Buen medio de llegar al término del viaje, quedarse quietos en un sitio! —prorrumpían los otros.

—¡Somos hombres y se nos han dado las fuerzas para poner nuestro empeño en superar los obstáculos, no para resignarnos á ellos con vileza!—exclamaban los de más allá.

Por más que el hombre discorde con la mayoría de sus compañeros, afirmaba que obstinándose en no cambiar la falsa dirección seguida hasta entonces jamás llegarían á la meta, antes por el contrario apartaríanse cada vez más y más de ella; que tampoco se aproximarían á la misma explorando el terreno por una y otra parte; que el único medio de alcanzar el fin del viaje era orientarse por el sol ó las estrellas para encontrar de nuevo el mejor camino, y que una vez reconocido éste, entonces podrían volver á ponerse en marcha con la certidumbre de ir donde era preciso; pero que para ponerse en el caso de discernir ese camino, convenía ante todo pararse, no para estar siempre inmóviles, sino para tener tiempo de calcular en qué dirección se podría ir nuevamente á pie firme; por más ahinco que tuvo en explicarles de mil maneras que para llegar donde se pretenda ir es preciso haberse orientado, y que para orientarse es menester pararse un momento, nadie quiso escucharle.

El primer partido continuó andando en la dirección seguida con anterioridad, y el segundo comenzó á desparramarse á izquierda y derecha. Y ni los unos ni los otros se aproximaron al fin de su jornada; ni salieron de hoyas y matorrales, y aún van errantes por el mundo.

Lo mismo exactamente me ha acontecido al atreverme á emitir el parecer de que el camino por donde nos hemos extraviado en esta selva oscura que se llama «cuestión obrera» y en esa pérfida marisma del «ejército armado», cuyo fin no llegan á ver los pueblos; que tal camino, repito, no es de ningún modo aquel que debiéramos seguir; que, según todas las probabilidades, hemos marrado la buena senda, y que, por ende, es preciso suspender por algún tiempo un movimiento de una falsedad tan evidente, con el fin de recogernos dentro

de nosotros mismos y buscar una orientación según las bases que nos han sido dadas por la Verdad universal y eterna.

—¿Vamos positivamente en la dirección que nos habíamos propuesto?—preguntaba yo.

Nadie ha respondido á mi pregunta, nadie ha dicho:

—No hemos equivocado el camino, y no vamos errantes: estamos convencidos de ello, por tal ó cual razón.

Ni un hombre aventuró la idea de que acaso estábamos realmente extraviados, pero que teníamos un medio infalible de rectificar nuestro error sin interrumpir la marcha.

Ni un hombre dijo esto ni nada, sino que todos se sublevaron como si yo les hubiese ofendido personalmente, y apresuráronse á apagar con sus clamores solidarios mi voz solitaria.

—¡Harto flojos y perezosos son ya de por sí los hombres, para venirles aún con una doctrina de dejadez, indiferencia y quietismo!

Algunos hasta añadieron: *de inacción.*

—¡No le hagáis caso y seguidnos á nosotros! — gritaron quienes estiman que sólo podemos salvarnos no cambiando la dirección elegida, sea cual fuere, y también aquellos que piensan que sólo puede conseguirse eso vagando á derecha é izquierda.

—¿Para qué sirve retardarse y recogerse? ¡Vamos adelante, siempre adelante! ¡Todo se arreglará por sí mismo!

Los hombres han extraviado el camino, y sufren por ello. Parece que el primero y principal empleo de su energía que debieran intentar, consiste, no en acelerar el movimiento que nos ha arrastrado á la lastimosa situación en que hemos caído, sino en suspenderlo. Parece que sólo parándonos es como podríamos examinar esta situación y volver á tomar la dirección que debemos seguir para llegar al verdadero bien, no de un hombre ó de cualquiera fracción de la humanidad, sino al verdadero bien del conjunto de nuestra especie, fin al que tendemos todos en general y cada uno en particular.

¡Cómo! Los hombres inventan todo lo que es posible imaginar, menos lo único que pudiera salvarles, y cuando no salvarles, por lo menos aliviar sus males: lo cual consistiría en detenerse, aunque sólo fuese un instante, para no acrecentar esos males por la continuación de una falsa actividad. Comprenden todo lo deplorable de su situación, y hacen lo imposible para remediarla; pero por nada del mundo quieren hacer uso del único medio eficaz para el comienzo de su liberación, y cuando se les aconseja eso les irrita más que nada.

Si aún fuese imposible dudar de que estamos extraviados, la actitud adoptada por los hombres ante el consejo de recogerse, probaría con una claridad sin igual cuán apartados estamos del buen camino y cuán desesperada es nuestra situación.

Traducción del
LICENCIADO PERO PEREZ.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

La última edición, de 1764, contiene tan sólo ocho romances viejos menos que aquélla, uno más sobre Carlos V y algunas poesías en estrofas redondillas. Sólo tengo á mano el ejemplar de *la última* edición de Madrid, de 1764, perteneciente á la Biblioteca imperial de Viena; en el cual se hallan en todo 42 romances, 22 de ellos del ciclo de leyendas carolingias (todos en el «Cancionero deromances», en las diversas ediciones de la «Silva» y en Timoneda, hasta los siguientes *cinco* de la «Flor de varios romances», y, por lo tanto, ya artísticos: «Gran estruendo de campanas», el entierro de Valdovino; «Por la parte donde vide»; «Por el rastro de la sangre»; «En Francia estaba Belerma»; «Sobre el corazón difunto», los últimos cuatro de Montesinos, Durandarte y Belerma); y además 10 romances de Carlos V y de sucesos contemporáneos de él, de la guerra contra los túrcos, berberiscos, etc. (casi todos en Timoneda y en las ediciones posteriores de la «Silva», y uno que se halla también en el «Cancionero de romances»:

«Triste estaba el Padre santo»). Síguenlos tres viejos romances del rey Rodrigo (del «Cancionero de romances» y de la «Silva»); tras de ellos se colocan los viejos romances del conde de Barcelona (de la «Silva»); uno más del siglo XVI de la toma de Túnez (en las ediciones posteriores de la «Silva»); el único que aquí se nos presenta, pero famoso y viejo romance del Cid; «Helo, helo por do viene»; otra vez dos del siglo XVI (ambos de la «Silva»); otro viejo después (el famoso: «Miraba de campo viejo», de Alfonso V de Aragón, que se halla también en el «Cancionero de romances»); finalmente, del duque de Alba (también en las ediciones posteriores de la «Silva»). Con este romance y la pág. 356 se cierra el texto, sin que siga *ninguna* poesía en estrofas redondillas, sino dos hojas no numeradas, que traen un índice (pero no tabla alfabética). En general, todos los romances tomados de las antiguas colecciones están notablemente modernizados en el lenguaje y arreglados artísticamente en la versificación y los enlaces (esto quiere decir, el «corregidos» de Tortajada) (1).

Con esta colección se cierran las que conozco de aquellas emprendidas propiamente *para las necesidades del público que cantaba y leía romances;* el período de casi un siglo que separa ésta de la sucesiva *nueva* colección de romances, prueba ya que ahora entraron intereses totalmente diversos, que estaba destinada á otro círculo de lectores, y que debe ser juzgada desde otro punto de vista. El pueblo, que cuanto más se separaban de él los cultos, se veía limitado á más estrecha y más baja esfera y que llegó á ser casi sinónimo del populacho, no había, es cierto, perdido en el siglo XVIII el gusto por los romances, como tampoco lo

(1) Ya de esta descripción se deduce que la impresión de Rodd *no* reproduce *todos* los romances de la «Floresta», como ha afirmado Depping; pues contiene tan sólo 23, á saber, 22 del ciclo de leyandas carolvingias y uno del Cid. Acaso haya una impresión más nueva de ellos: «Romances de Carlo Magno»; Xátiva, 1842, en 4.°, con grabados en madera.

perdió por el canto; pero como cada vez crecía su falta de participación en toda vida nacional pública y política, por la rudeza y exclusivismo que se acrecentaban en él con su separación y hasta oposición respecto de los doctos, no tenía ni fuerza ni resorte para producir de sí *nuevos cantares nacionales*, ni siquiera sentía la necesidad de conservar los ya hechos, y como desde la guerra de sucesión ningún odio al extranjero había aguijoneado el orgullo nacional ni ninguna lucha de partido los instintos de burla y de venganza, hasta hacerle prorrumpir en cantos de victoria ó de vituperio, contentábase el pueblo con entonar canciones de amor y hasta de danza, y con escuchar historias de pueblos y ciudades, romances de milagros y de bandidos (1), y á las veces alguno de los viejos tradicionales cantado por ciegos ó cantores de feria, los cuales se vendían en forma de pliegos sueltos. Pero entre los cultos, habían, por una parte, caído en descrédito los romances como cosa del populacho, y, por otra, había jugado caprichosamente la moda con la forma de ellos convertida en algo huero; la poesía artística, bajo el influjo de la escuela clásica francesa desdeñaba más cada vez las antiguas formas nacionales populares, y rechazó sobre todo la de los romances como inservible para la expresión de lo serio y de lo digno, esto es, propiamente de lo patético retórico (2), de tal

(1) Alcalá Galiano cita en las «Notas» á la introducción de Depping (pág. LXXIX) como romances de bandidos que habían llegado entonces á ser tan gustados entre el pueblo como desacreditados por la rudeza de su contenido y estilo entre los doctos, los del bandolero Francisco Esteban y los de la asesina y ladrona doña Josefa Ramírez.

(2) Así es que D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, en el prólogo á sus «Romances históricos» (París, 1841, 8, pág. 9), dice, hablando del menosprecio en que por entonces tenían los cultos la forma del romance: »Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzarlo á asquearlo y á desdeñarlo.»

modo, que ni volvieron á nacer nuevos géneros de romances ni fué tenida en estima la imitación de los antiguos. De aquí el que no se sintiera la *necesidad* de preparar nuevas colecciones de ellos, ni para el pueblo ni para los cultos, y el que las reimpresiones de las antiguas fueran cada vez más raras. Al final del siglo XVIII fué cuando por primera vez se produjo una *reacción nacional* en la poesía española, consecuencia de haberse robustecido y despertado de nuevo por motivos políticos la conciencia nacional y á la vez el sentimiento empequeñecido por trabas de escuela, que por la pobreza extraña había dejado olvidar la propia riqueza. Limitáronse en un principio á admitir y cultivar de nuevo en la poesía artística algunas de las antiguas formas nacionales, y entre ellas la de los romances, pero sólo en géneros del más humilde estilo, imitando, como es natural, los de los más antiguos modelos, que tuvieran la mayor perfección técnica y la más elegante forma, pues todavía se dirigía la principal mirada á lo formal. Así es que los corifeos del partido nacional, Huerta, Moratín el Viejo, Meléndez Valdés, Quintana se atrevieron á componer romances moriscos y pastoriles, Iglesias y Moratín el Joven, burlescos y satíricos, siguiendo el patrón de los de Quevedo y Góngora. De esta manera se volvió á despertar el interés aun hacia los más viejos romances; pero sólo un interés *literario-estético* y sólo hacia aquellos géneros que habían alcanzado un cultivo el *más artístico* (1). Desde este punto de vista y para *estos* intereses se emprendió la siguiente nueva colección de romances:

(1) Con qué prejuicios, á pesar de esto, tenía que luchar hace todavía una década el poeta que quisiera servirse para asuntos serios de la forma popular romancesca, y cuán poco, por lo tanto, había sido ésta restablecida en su antiguo derecho, como forma *viva*, por lo menos entre los cultos, lo prueba precisamente el prólogo tan armado de punta en blanco, que pone Saavedra á sus «Romonces históricos», en el que estima necesa-

* 20) «*Poesías escogidas de nuestros Cancioneros y Romanceros antiguos. Continuación de la colección de D. Ramón Fernández (Estala). Tomo xvi: contiene el Cancionero, y los Romances moriscos y los pastoriles. Tomo xvii contiene los Romances heroicos, los jocosos y las Letrillas.* «*Madrid,* 1796, en 8.°».—Ya por la mera enumeración de los géneros de romances admitidos en ella se ve cuál fué su principio de selección: aceptar tan sólo lo más perfecto *técnicamente*. De aquí el que no estén tomados de *ninguna* colección *más antigua* que el «Romancero general», y que entre los «moriscos» y «heroicos» no haya uno solo antiguo y legítimamente popular. El editor, el célebre poeta D. Manuel José Quintana, procura, es cierto, en el prólogo volver á restablecer en su honra á los romances; pero su misma alabanza (por ejemplo, páginas xiv-xv: «fueron propiamente nuestra poesía lírica, etc.»), muestra ya, cuán preocupadas estaban aún sus opiniones, cómo desconocían aún el principio propio y la verdadera naturaleza de los romances. De aquí el que diga, con razón es cierto: «Ya se los mire por la parte del lenguaje, ya por la poesía, los Romanceros encierran una muchedumbre de preciosidades que no debían quedar olvidadas en las rarísimas colecciones que casi nadie lee ya.» Pero buscó estas preciosidades donde la mayor parte eran *ilegítimas*, dejó las piedras preciosas porque estaban aún sin pulimento, escogiendo las ya arregladas, y permitiéndose además, según la moda de entonces, limpiarlas y limarlas («limpiarlas de las infinitas mentiras en que abundaban, y corregirlas á veces de los lunares que el mal gusto del siglo imprimía

---

rio defender tal empresa nacional con todo lujo de erudición y elocuencia; lo prueba el que un poeta, por otra parte de tanto talento, como D. J. J. de Mora, en el prólogo á sus «Leyendas Españolas», presenta como indigna de la poesía artística de nuestro tiempo la «humilde trivialidad del Romance».

en ellas, tal ha sido el trabajo que los editores han hecho»). El «Romancero» que se halla en las «Poesías selectas castellanas» de Quintana (Madrid, 1807; última edición de 1830. 12.° Tomo II, páginas 117 á 279), es la quinta esencia de la colección precitada (1). El que durante tan largo tiempo no pudieran libertarse por completo en España de estas opiniones artísticas menguadas y francesas y que, por lo tanto, siguieran inestimados los legítimos tesoros de la antigua poesía *épica popular* de los romances, lo prueba el que hasta nuestros días se contentaran con esta colección y que fueron *extranjeros* los primeros que llamaron la atención hacia esa riqueza del suelo español. *Alemanes*—que buscaban el porvenir en el pasado —fueron los que primero enseñaron á los españoles que no en los modernos jardincillos franceses, sino en sus viejas «selvas» y «florestas» patrias (Silvas y Florestas) habían de buscar las «frescas rosas» y las «fuentes refrescadoras» de la poesía popular. De aquí el que tengamos que volvernos de España á Alemania.

* 27) «*Silva de romances viejos, publicada por Jacobo Grimm, Vienna de Austria*», 1815, en 16.° Como es de esperar de un tan gran conocedor de la poesía popular, ofrece esta «Silva» legítimas flores silvestres, verdaderos romances populares antiguos escogidos, hasta dos del «Cancionero de romances», 29 del ciclo de leyendas carolingias, otros 40 romances épicos, impresos todos en *líneas*

(1) Como es natural, aquí sólo podemos tomar en consideración las nuevas colecciones de poesías españolas en cuanto contengan exclusiva ó preferentemente romances; debo, sin embargo, mencionar que Böhl de Faber en su «Floresta de rimas antiguas castellana» da una notable selección de la mayor parte de los romances populares, pero sólo de los géneros más líricos (parte II, núm. 122 á 165, y 319 á 328; parte III, núm. 845 á 849, 858, 859, 955 á 957, entre ellos muchos de pliegos sueltos muy raros, como por ejemplo, el núm. 15 de más arriba), puesto que tenía el propósito de editar un Romancero cronológico-histórico, que de seguro, hubiera sido tan magistral como la «Floresta».

largas (los de versos octosílabos del romance en uno) con un glosario. Elección y ordenación anuncian al maestro, siendo en este respecto la *primera* verdadera *colección modelo.*

* 28) *Samlung der besten alten spanischen historischen Ritter—und maurischen Romanzen. Geordnet und mit Anmerkungen und liner Enleitung versehen von Ch. B. Depping. Altenburg und Leipzig*, 1817, 8.°

Colección de los más célebres romances antiguos españoles, históricos y caballerescos, publicada por C. B. Depping, y ahora considerablemente enmendada por un español refugiado (Vicente Salvá), Londres, 1825, 2 vols. 8.

Romancero castellano, etc. (véase el título completo de esta última edición de la colección de Depping entre las obras que van expresadas á la cabeza de este ensayo, núm. 4).

Depping ha alcanzado por la primera edición el mérito de haber sido el *primero* en dar un romancero completo, ordenado y que abarca todos los géneros principales, habiéndola hecho más accesible á un más amplio círculo de lectores por su introducción y sus notas. Sería injusto denunciar las faltas de la misma, después que han aparecido ediciones nuevas. Pero que aún entonces correspondía muy bien á los fines propuestos, lo prueba el que un español preparara otra edición, y el que éste, el Sr. Salvá reconocieraexpresamente en su prólogo (pág. XII) que, «A pesar de las mencionadas imperfecciones, todavía es la colección de Depping en el día la más estimada, etc.» (1). Limitóse,

(1) Con esto concuerda también el autor de la muy digna de ser leída reseña de esta nueva edición en los «Ocios de Españoles emigrados», Londres, 1825, 8.°, tomo IV, pág. 1, sig., diciendo: «Comoquiera que sea, y á pesar de los defectos de la colección de Depping, reconoce el editor español, y en ello no se equivoca, que es la más apreciable de cuantas hasta ahora se han hecho, si se atiende á su riqueza, á la clasificación en que está distribuida, y al orden de colocación guardado en las piezas que la componen, etc.»

por lo tanto, el Sr. Salvá á dar un texto de los romances históricos y caballerescos más purificado de muchas erratas y faltas, á ordenar conforme al sentido la división de los romances en estrofas de cuatro versos, que Depping consideraba como esencial, pero que en realidad era tan sólo imaginaria («sus imaginados cuartetos»), y á añadir un par de notas de rectificación á las de Depping. Son más notables las mejoras de la nueva edición, la que va citada á la cabeza de este trabajo, preparada por el mismo Depping, aumentada casi en una mitad, y la más rica colección de romances que hasta ella se poseía. Contiene también los mayores y tan importantes romances caballerescos del ciclo de leyendas carolingias, que faltaban en la primera edición, y da, además un notable apéndice de los «Romanceros», sobre todo de la «Flor de enamorados», y muchos sacados de las «Comedias» del siglo XVII. Introducción y notas están en gran parte arregladas y traducidas al español por el famoso publicista y orador español el Sr. Alcalá Galiano, y completadas con notas suplementarias (volveré sobre esto en las ulteriores divisiones de este ensayo), siendo de alabar en general la elección, división y ordenación, en cuanto tenía preferentemente por fin una relativa integridad del *material romancesco*. Es sobre todo de aprobar que haya ordenado los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, *no* entre los «moriscos» sino entre los «históricos» (1), mos-

(1) Es cierto que en mi edición de las «Rosas» de Timoneda he separado los romances que tratan de asunto morisco de los «históricos», colocándolos bajo la rúbrica de «moriscos», pero por una parte no podía fuera de eso, hallarse confusión alguna con los romances pseudo-moriscos, puesto que no los hay tales en Timoneda, y por otra parte Timoneda mismo había ya agrupado la mayor parte bajo el título de: «Cosas de Granada». Por otra parte, pueden llamarse algunos de ellos, si no moriscos, no tampoco propiamente históricos, de modo que yo podía—sin ocasionar mediante una confusión una mala inteligencia respecto al origen y al modo de ser tratados los de diferentes géneros—reunir estos romances homo-

trando así en la aplicación un tacto más seguro que en la teoría, puesto que, como demostraré más adelante, en la introducción participa aún de todas las opiniones erróneas respecto á los romances moriscos. Pero sin caer en aquella crítica al menudeo y de los detalles que en ninguna parte es más fácil que en colecciones semejantes, no puedo menos de vituperar el que haya más de una vez recogido el oropel y dejado el oro (1); que haya estado demasiado desdeñoso con los todavía populares romances históricos de los siglos XVI y XVII (por ejemplo, en la «Silva» y en los «Romances varios», v. núm. 23), y que la última sección, «Romances sobre varios asuntos», sea demasiado abigarrada y demasiado incompleta respecto á las demás, pues podía haber introducido más orden y una disposición de conjunto mejor, introduciendo en ella sub-divisiones (como las ya tradicionales de: doctrinales, amatorios, jocosos, satíricos, etc.) Entonces no irían juntos romances tan diversos en cuanto á su principio y su tiempo, como por ejemplo: «La moza gallega», é inmediatamente después: «Rosa fresca», «Fontefrida», y luego otra vez: «Una zagaleja», etc., entonces habría ganado espacio para algunos géneros de romances suprimidos sin razón (como por ejemplo, las «xácaras») suprimiendo para ello las *letrillas*, que no son del todo pertinentes en un Romancero (y las cuales, si quería aceptarlas

---

géneos en cuanto á su materia bajo el título de «moriscos» á falta de una denominación más adecuada.

(1) Así, por ejemplo, de aquel tan cantado suceso del obispo de Jaén, no da más que las versiones mutiladas é interpoladas de Hita (tomo I, páginas 370 á 371) al paso que ha pasado por alto los preciosos y legítimos romances viejos populares del «Cancionero de Romances» (Dia era de San Antón); los que se hallan en Argote de Molina (Nobleza de Andalucía, lib. II, pág. 206) y Ortiz de Zúñiga (Discurso genealógico de los Ortizes, páginas 89-90). Así, tampoco ha recogido uno de los más antiguos y más genuinos romances populares, el del «Prior de San Juan», que está en la «Silva» y en Timoneda (v. «Primavera», núm. 82 y núm. 69 y 69 a.)

podía haberlo hecho en un apéndice dando una selección más rica de ellas). Tampoco puedo aprobar el que haya excluido totalmente y de propósito deliberado los romances idílicos, pastoriles y piscatorios (v. la Introducción, pág. XLIX), pues por mucho que participe de su repugnancia hacia esas lamentaciones pastorales y las considere tan impopulares como los romances moriscos, han jugado sin embargo en la historia de la poesía romancesca—en cuanto debe tenerse también en cuenta la más artística—un papel importante, y en más de un respecto pueden tener tantas pretensiones como los moriscos para entrar en una colección, cuando menos por algún que otro modelo, á la vez que satisfacen el interés *literario-histórico*. Me apresuro á advertir, como es justo, que el Sr. Depping tuvo presente ante todo lo *primero*, pues si la colección hubiera sido emprendida desde el punto de vista *literario-histórico* y destinada *preferentemente* á uso *científico*, debería en general haber llenado otros requisitos. Entonces se debería exigir una *separación crítica* según un *principio* (el popular ó el artístico), una selección determinada sólo por este y por el valor *literario-histórico* (es decir, de los viejos romances populares *todos,* de los más nuevos populares y artísticos sólo los *modelos característicos* de cada género); una ordenación lo más estrictamente cronológica según el momento genético, el *tiempo de su composición,* y no según condiciones meramente externas, como el curso de las historias tratadas en ellos, en que se reune lo más heterogéneo (los *coetáneos del mismo origen* pueden en general agruparse según géneros, materias y ciclos de leyendas, y dentro de esto según las asonancias semejantes); una exacta comparación de las diferentes versiones y redacciones, y un texto depurado conforme á fundamentos filológicos y lo más ceñido que sea posible al originario, y sobre todo la *indicación de las fuentes*. Como el Sr. Depping ha descuidado en gran parte esto

último y no ha agregado á su edición un índice, ni alfabético siguiendo los versos iniciales, ni clasificado por materias (no ha hecho más que poner á la cabeza de cada tomo un índice en que se ordena el contenido según las divisiones capitales y los versos iniciales de los romances, tal como se siguen unos á otros en la colección), esto dificulta el uso *científico* de su colección, tanto más cuanto que no se puede siempre contar con su corrección. En compensación ha tenido cuidado de la comodidad de los aficionados, poniendo argumentos á la cabeza de los romances y notas que los aclaran mucho (notas que si se introducen en un texto crítico necesitan múltiples rectificaciones, que han recibido ya en parte en las que les añadió el Sr. Alcalá Galiano). También en esta nueva edición, por lo demás más hermosamente dispuesta, están los romances impresos divididos en estrofas de cuatro ó seis versos, lo cual creo, en los no artísticos por lo menos, que trastorna el sentido y malgasta espacio (más adelante he de tener ocasión de tratar más por extenso de la necesidad ó rectificación de esta división estrófica).

Y aún en este campo, *dos alemanes* son los que pueden considerarse como modelo, gracias á ventajas genuinamente nacionales: el uno por su delicado sentimiento de todo lo popular, y el otro por su leal diligencia de coleccionador y por su instinto poético. Veamos ya cómo este ejemplo ha obrado sobre otras naciones, sobre los españoles mismos. Los franceses, que en los tiempos más recientes se han curado por fin algo de su manía clásica, gracias sobre todo á la influencia de la crítica alemana, y han llegado á tomar sentido de lo popular y de las nacionalidades extrañas, además de algunas traducciones de los romances del Cid, Rodrigo y otros (1) han añadido á la serie de los Ro-

(1) La traducción francesa más fiel y que mejor ha penetrado en el espíritu del original aun cuando se halla en prosa, y que contiene una se-

manceros en su lengua original tan sólo el siguiente librito:

* 29) *Romancero é historia del rey de España D. Rodrigo, postrero de los Godos. En lenguaje antiguo; recopilado por Abel Hugo, París,* 1821, 8.—El editor, hermano del renombrado poeta Víctor Hugo, dice en el «Aviso al lector»: «En esa recopilación no van solamente los buenos romances de Rodrigo, sino todos»; pero no sólo no da todos, sino que precisamente un par de los *mejores más antiguos* que están en las principales colecciones, en el «Cancionero de romances», y en la «Floresta» no los da (á saber: «En Ceuta está Don Julián» y «Los vientos eran contrarios»).

* 30) I. *Romancero de romances moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en* 1614, *por D. Agustín Durán. Madrid,* 1828, 8.

II. *Romancero de romances doctrinales, amatorios, festivos, jocosos, satíricos y burlescos, sacados de varias colecciones generales, y de las obras de diversos poetas de los siglos xv, xvi y xvii, por el mismo. Madrid,* 1829, 8.

---

lección hecha con grande conocimiento y despreocupación, es la siguiente: *Romancero espagnol, ou Recueil des Chants populaires de l'Espagne, romances historiques, chevaleresques, et moresques, traduction complète avec une introduction et des notes, par M. Damas Hinard:* París, 1844, 2 vols., 8. El traductor, tan ventajosamente conocido ya por sus versiones de los dramas de Calderón y Lope de Vega y su tan á menudo alabada y notable obra sobre el «Poema del Cid», ha dado nuevas pruebas de su hondo conocimiento de la lengua y la literatura españolas en esta obra, premiada por el real Instituto, y sobre todo en la introducción y las notas. Entre los italianos se ha hecho acreedor á los mayores méritos, por lo que hace á los romances españoles, el ya distinguido igualmente por sus traducciones de comedias de Calderón y Lope de Vega, Pietro Monti, mediante su *Romancero del Cid, traduzione dallo spagnuolo, con illustrazioni. Milano,* 1838, 8, y *Romanze storiche e moresche e poesie scelte spagnuole tradotte in versi italiani. Con prefazioni e note. Milano,* 1850, 8. Conocidas son las traducciones de los ingleses Lockhart, Bowring, etc.

III. *Cancionero y Romancero de coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, romances cortos y glosas, anteriores al siglo xviii, pertenecientes á los géneros Doctrinal, Amatorio, Jocoso, Satírico*, etc. Por el mismo. Madrid, 1829, 8.

IV, V. *Romancero de romances caballerescos é históricos anteriores al siglo xviii que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Infantes de Lara*, etc., ordenado y recopilado por el mismo. Madrid, 1832, 2 vols. 8 (todas las cinco partes tienen como título de cubierta: Colección de Romances Castellanos anteriores al siglo XVIII). Una segunda edición, «nueva edición», como la llama el autor muy modestamente, pero en realidad una obra nacional completamente nueva y genuina, apareció bajo el título de: *Romancero general ó Colección de Romances castellanos anteriores al siglo xviii, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por D. A. Durán*. Madrid, 1849 á 1851, 2 tomos, en 8.° (forman los tomos x y xvi de la «Biblioteca de autores españoles», de Rivadeneyra).—Despues que las opiniones de la crítica alemana sobre el elevado valor de la poesía popular y sobre todo de los romances populares españoles, pasando por Francia penetraron en la misma España; después que en esta progresó tanto la reacción nacional, que ya no se consideraban las obras de Lope de Vega como monstruosos engendros, ni los romances como trivialidades populacheras, sino que se miraba la propia literatura nacional con despreocupación y hasta con orgullo, podía una colección de romances emprendida, no ya desde el punto de vista meramente estético y en este sentido unilateral, sino desde el popular, contar con un público que tomaría parte en ella. Y en realidad, con un Romancero semejante se presentó don Agustín Durán, que se había ya distinguido en otro res-

pecto como propugnador del partido nacional. Ante todo, Durán, con la noble ingenuidad de un investigador tan leal como hábil, reconoce en el prólogo á la nueva edición de su «Romancero general» la no desatendible influencia de la crítica alemana (1). Pero á él le corresponde, en todo caso, la honra de haber sido el primero que en España ha puesto por fin en claro y ha expresado osadamente lo que muchos con él habían sentido oscuramente hacía largo tiempo, no atreviéndose á confesarlo por prejuicios y miedo de ser tachados de herejía por los pseudoclasicistas que seguían dando el tono. Esto es lo que indicaba modestamente y con circunspección en los prefacios de la edición primera, y esto lo que expresó con nobleza y abiertamente, aunque sin ocultar la inseguridad de sus primeros pasos, en un pasaje del prólogo á la nueva edición, pasaje tan interesante para la historia del libro y de la literatura española en general, que voy á insertarlo aquí (páginas VI-VII):

«Después de mediar el siglo XVIII, fué moda en Europa y más en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenía por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era más cómodo traducir que inventar; porque costaba menos imitar lo hecho que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debía tener. En tal situación, apenas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para dis-

(1) Dice (pág. 5): «Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron han influido en los míos...» y en la pág. 8: «Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpreso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas.»

cutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podía producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamás tiene el carácter de originalidad.

»También participé del mismo error general; también sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; también tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexión, y conocí que la red que circuía al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipación literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedía, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debía brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independencia que debiera nacer de la unión de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El más arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la quería ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad.

Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndolos los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo (1), varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.»

No creyó, sin embargo, Durán prudente en el año 1828 empezar la edición de su *Romancero* con los primitivos y populares, los antiguos históricos y caballerescos, pues su ingenua sencillez y frescura hubieran sido tomadas como trivialidad y rudeza por el gusto afrancesado de los españoles de entonces. Empezó, por el contrario, muy prudentemente con los que mejor se ajustaban á ese gusto, con los romances artísticos, más perfectos en lo técnico, más elegantes, los que bajo disfraz moro cantaban las intrigas de los galanes y damas de la corte de Felipe III, los llamados moriscos. A éstos hizo que siguieran en el año 1829 otras dos partes con romances líricos, igualmente artísticos en su mayoría, mezclados con otras poesías del mismo género como coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, etc., y en 1832 cerró su colección con las dos partes de los romances caballerescos é histórí-

(1) «Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar. Por D. Agustín Durán (Madrid, 1828). Ha ayudado considerablemente á Durán en esta saludable reacción nuestro compatriota Böhl de Faber. Véase sobre todo el proceso evolutivo de la nueva literatura y crítica españolas la Introducción á mi «Floresta de rimas modernas castellanas» (París 1837); sobre todo acerca de la participación de Durán, I, 24.

cos, que contenían junto á muchos artísticos los antiguos populares en su pureza desprovista de adorno sin afeites de moderno retoque, sin artificios estéticos. En la introducción mencionada expresó sin ambajes ni rodeos sus opiniones respecto á los rasgos preeminentes de la antigua literatura nacional española y al inimitable encanto de la poesía popular. En esta introducción (que ha sido reimpresa en la nueva edición con algunas notas y adiciones rectificatorias) mostró claro su punto de partida, y reveló—después que había ganado un público que se interesaba en el objeto y fin de su empresa—los motivos por los que había entrado en aquel camino, que él mismo designa como el opuesto al que entoncas era corriente, diciendo:

«Teniendo que transigir con una generación educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los romances moriscos, antes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico... Si acabo, pues, mi tarea por donde pudo empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginación de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que, ofreciendo rosas antes que espinas, no rechace los ánimos ni los retraiga de la lectura.»

Y de hecho este era el camino más prudente; así ha alcanzado Durán el gran mérito de provocar una apreciación de la literatura nacional libre de prejuicios, volver á despertar el amor á la poesía popular y volver á poner en honor los romances. Pues su colección, no sólo fué leída y apreciada en el interior y en el extranjero, como lo prueban las reimpresiones de la misma (bajo el título de «Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles», de Ochoa), en París (1838) y Barcelona (1840), sino que también los más distinguidos entre los modernos poetas artísticos

como Lista, el duque de Rivas, Roca de Togores, Romero y Larzañaga, Zorrilla, Serafín Calderón y otros, cultivaron con más ó menos fortuna, pero con creciente aplauso del público esta forma por tan largo tiempo desdeñada, y cantaron otra vez más en el viejo tono romancero como en un tiempo lo habían hecho Góngora y Lope de Vega á porfía con los ciegos, las leyendas nacionales y los grandes hechos de la historia patria, que poco tiempo antes no hubieran osado tratar sino en epopeyas de largo aliento y con las *ottave rime* de escuela. Hasta el famoso poeta dramático Hartzenbusch editó una edición de lujo, ilustrada, de los mejores romances antiguos (1).

Sólo á seguida de tal revolución en la dirección del gusto en España pudo un librero emprendedor, como Rivadeneyra en Madrid, atreverse á dar á luz una obra nacional tan considerable y costosa como la «Biblioteca de autores españoles», insertando en dos tomos de esta la nueva tirada del «Romancero» de Durán.

Al decir «nueva», se hace propiamente gran injusticia al editor, aun cuando él mismo abra su nuevo prólogo con esta modesta denominación; puesto que es más bien una nueva obra, rico fruto de perseverante estudio y colección favorecida por la fortuna, á la que la antigua sirve tan sólo de núcleo, y con la cual no se la puede comparar ni en capacidad, disposición y dimensiones (el primer tomo en grande octavo y á dos columnas, tiene XCVI y 600 páginas, el segundo XII y 736) ni en integridad (la antigua edición contiene en sus cinco partes 1.150 piezas, muchas entre ellas que no pertenecen por su forma á los romances; la nueva da 1.901 romances).

(1) «Romancero pintoresco, ó Colección de nuestros mejores romances antiguos» (Madrid, 1848), con ilustraciones tomadas de las de la conocida traducción inglesa de Lockhart.

Merece antes que todos este «Romancero» el apelativo de «general», pues es entre todas las colecciones que hasta ahora han aparecido la más completa de los romances notables en cualquier respecto pertenecientes á épocas diversas hasta fines del siglo XVII. Diferénciase de todas las restantes por la riqueza y multiplicidad de las fuentes; pues no sólo se han utilizado para llevarla á cabo casi todas las antiguas colecciones impresas (1), las más de las cuales pertenecen, como es sabido, á los libros más raros de la literatura española, no sólo colecciones manuscritas de las bibliotecas privadas y públicas de España, sino también la tradición oral y en gran extensión los pliegos sueltos, que son las fuentes más antiguas y legítimas de los romances. Tales fuentes están descritas con toda exactitud en la introducción y los apéndices, dándonos así la más completa é imprescindible bibliografía de los romances, citadas las fuentes concienzudamente en cada romance, lo cual es capitalísimo para el uso científico. Pues esta es la segunda ventaja capital de este «Romancero», á saber que su colector no se propone tan sólo intereses meramente estéticos, sino también y muy principalmente los científicos; que satisface perfectamente á los fines literario-históricos, y que de ella se puede sacar una historia genético-pragmática de este género poético hasta fines del siglo XVII. Es cierto que sería de desear—si se quisiera ver tomado en cuenta y facilitado exclusivamente el fin antedicho—que hasta la ordenación y el agrupamiento de los romances en general y luego en detalle y tomados ais-

(1) Tan sólo las dos más antiguas y más raras, la primera edición del «Cancionero de romances» sin año, y la primera de la «Silva de varios romances» (Dos tomos, Zaragoza, 1550), han sido inaccesibles para Durán, de donde se ha de concluir que ni aun en la misma España queda ejemplar alguno de ellas. Tampoco de las «Rosas» de Timoneda ha hallado Durán ejemplar en España, incorporándose, por lo tanto, á su colección y en el lugar correspondiente una selecta (Leipzig, 1846) hecha sobre el único ejemplar conocido, que se halla en la Biblioteca de la Corte de Viena.

ladamente, estuvieran determinados por criterio científico, mientras que en esta nueva edición en gran parte sólo ha predominado la división y clasificación por materias; pero por una parte, una clasificación estrictamente científica hubiera ofrecido gran incomodidad á la gran masa del público, y esto no debe perderse de vista; y por otra parte, no sólo está expuesta y desenvuelta sistemáticamente esta clasificación en un apéndice (1) á propósito del nuevo prólogo, sino que además todos y cada uno de los romances se hallan ordenados según las ocho clases establecidas en un sistema que se da en la «Indicación» (2) especial que va al final del segundo tomo, de tal manera que aun al investigador científico más acostumbrado á tales tareas se le procura una ojeada que corresponde á sus fines y en gran parte se le satisface. Esta clasificación, llevada hasta tal extensión la considero, aun cuando se pueda objetar algo en contra en cuanto á detalles, como el mayor, y más privativo mérito de esta colección, mérito por el cual puede aspirar al nombre de *primera colección científica*, y debe servir de fundamento y base á todas las sucesivas.

En la obra misma han seguido siendo, como ya se ha dicho, la ordenación y coordinación de los romances en total casi las mismas que en las anteriores ediciones, es á saber, con preferencia basadas en el contenido y la disposición material, y sólo secundariamente tomando en cuenta la antigüedad, el principio de origen y la producción for-

(1) «Apéndice sobre la clasificación de los romances considerados relativamente á las épocas á que se atribuye su composición, y al enlace que forman entre sí las diversas modificaciones que experimentaron en la tradicional y en la astística.»

(2) «Indicación por números de los romances ordenados según las ocho clases características en que se han intentado establecer.» Además de esto, en la tabla alfabética según el principio de cada romance se hallan caracterizados estos por un número de clase que se les agrega, añadiéndoles también aquí una exacta indicación de sus fuentes, de tal manera, que estas tablas dan ya de por sí una notable guía al investigador científico.

mal (1). Con exclusión de los romances de contenido religioso (composiciones místicas y devotas), que Durán se proponía tratar en una obra á propósito, ordena toda la rica provisión que da bajo tres títulos principales: los *fabulosos* ó *novelescos*, los *históricos* y los romances de contenido vario, *varios*. Se ve ya en esta división capital donde está su flaco, puesto que, por ejemplo, entre los fabulosos y los históricos á menudo apenas se halla línea divisoria, siendo los legendarios populares históricos en sentido más elevado que los que están hechos á manera de crónicas, por lo cual el mismo Durán coloca entre los históricos, con razón, aunque no muy consecuentemente, los romances fabulosos que tratan de personas y hechos históricos de la historia patria (como los de *Los Siete Infantes de Lara*, del Cid, etc.). Y la clase de los romances varios ó mixtos es en realidad una verdadera clase de desecho, en cuyo caos, aun él mismo no ha sabido poner, como veremos, algo de orden y regular arreglo, sino mediante subdivisiones, tomadas ya del contenido, ya del origen y aun de la forma; desechos que si hubiera seguido la ordenación científica, la genético-cronológica, hubieran desaparecido.

(1) Durán, que reconoce por sí mismo las objeciones que desde el punto de vista científico podrían hacérsele contra esta conducta, procura justificarla desde un punto de vista práctico, diciendo en el nuevo «Prólogo»: «Bien quisiera ordenar los romances por su antigüedad, pero es casi »impracticable, puesto que en general se ignora la fecha de su composi»ción, y sólo puede vagamente conjeturarse observando su lenguaje, sus »modismos y el carácter de sus narraciones. Un plan así concebido diera »márgen á graves yerros, y excluiría la posibilidad de cualquiera otro »método, que por su sencillez, ya que no por su erudición, fuese claro y »practicable. En estas razones me he fundado para clasificar los romances »por series de materias y asuntos, en vez de hacerlo sobre otros datos »vagos é inciertos. No obstante, á riesgo de mil errores fáciles de cometer »y difíciles de evitar, en un apéndice que seguirá á este prólogo, adoptaré »por vía de ensayo un método, que aplicaré á cada romance en el índice »de materias, designándole la clase y épocas á que presumo puede perte»tenecer, atendiendo á su espíritu, carácter, construcción y lenguaje.»

En la primera clase (la de los fabulosos ó novelescos) cuenta los llamados moriscos, los caballerescos y algunos de los vulgares (1); en la segunda (de los históricos) «los de historia verdadera ó tradicional», y en la tercera todos los restantes romances subjetivo-líricos «de asuntos amorosos, satíricos y burlescos».

Así es que empieza Durán esta nueva edición con los llamados romances moriscos novelescos, no ya con el mismo fundamento de la primera, porque es su opinión que un orden estrictamente cronológico apenas es practicable, y que entre estos romances moriscos los hay tan antiguos, legítimos y populares, como entre los históricos y caballerescos (2).

---

(1) Más adelante veremos lo que entiendo por romances vulgares, limitándome aquí á hacer notar que, desviándose de esta división capital establecida en la Introducción, en la obra misma los ha colocado después de todos los demás en una sección especial.

(2) «Algunos pensarán que, no por los romances moriscos, sino por los históricos ó caballerescos, debería haber comenzado este Romancero, suponiendo á estos más antiguos que los otros. No lo he ejecutado así, porque aunque es cierto que el mayor número de los históricos sea más de época remota y tradicional, entre los moriscos se hallan algunos de igual clase y época. Así, pues, y como cada uno de los romanceros que componen la obra contiene romances viejos de tradición y genuinamente nacionales, era indiferente, respecto á este punto, el comenzarla con uno ó con otro.» Pero la ordenación genético-cronológica le hubiera convencido de que nada más que muy pocos de los romances moriscos aquí ordenados pueden equipararse efectivamente en antigüedad y popularidad á los históricos y caballerescos del mismo origen, y que esos pocos, no solamente por el origen y la forma, sino también por el espíritu, tono y hasta asunto, en una palabra por su carácter todo, pueden referirse más ajustadamente á aquellos históricos ó caballerescos que á los llamados moriscos, de los cuales se diferencian característicamente en más de un respecto. No es, empero, «indiferente» de ningún modo para el punto de vista científico, y aun para el aspecto meramente estético, que se agrupen productos procedentes de tan heterogéneos elementos, oscureciendo así sin necesidad alguna la historia del desenvolvimiento del género todo, puesto que en vez de empezar con los más sencillos, más antiguos y más populares, está á la cabeza la clase que, en su mayor parte, consta de meros productos artísticos pertenecientes al punto culminante en que, lle-

Ha realzado Durán todavía más el valor de esta nueva edición por medio de *cuatro apéndices*. Los tres primeros contienen los romances construidos en alguna de las usuales formas divergentes (en versos anacréonticos, romances cortos, romancillos; romances... hechos en versos pareados). El cuarto da una reimpresión de la «Crónica rimada» del Cid (esta no fué, sin embargo, impresa por primera vez en París como indica Durán, sino, como ya se ha dicho, en los *Wiener Jahrbüchern*, tomo 116, como apéndice á este mi ensayo presente), con una introducción muy preciosa y notas críticas, en que en parte procura contradecir ó modificar las opiniones de Dozy, sobre todo respecto al carácter histórico y poético del Cid. Volveré más adelante sobre esto.

31.) «*Primavera* y *Flor de Romances*, ó *Colección de los más viejos y más populares rom., castellanos publicada con una introducción y notas por F. J. Wolf y C. Hofmann.*» Berlín, 1856, 2 vols., 8.°

Ya el título denota suficientemente cuál era el fin que nos proponíamos. Si fué alcanzado éste y hasta qué punto lo fuera es cosa que debe quedar á que lo juzguen otros (1).

---

gando hasta la más refinada afectación, se acercaban á la época de la decadencia. Tanto como en la primera edición disculpé este comienzo y lo hallé justificado porque era prudente, tanto hubiera deseado que en esta nueva, suprimidos en gran parte los motivos que en aquélla le movieron á obrar como lo hizo, hubiesen sido dispuestos los romances moriscos inmediamente después de los caballerescos é históricos, tanto más, cuanto que aun aceptada como la más práctica la ordenación por la materia simplemente, serían mejor comprendidos los moriscos si hallara su fingida objetividad fundamento de origen y explicación en la real y efectiva de los romances históricos de guerras fronterizas con los moros *(fronterizos)* y su máscara ideal-caballeresca en los romances caballerescos inventados en tiempo que todavía era efectivamente caballeresco por su espíritu.

(1) Además de los juicios más detallados, que citamos más arriba, han llegado á mi conocimiento las reseñas críticas que van á continuación, todas las cuales estiman la empresa de un modo muy favorable y amistoso: *Allgen. Augesb. Zeitschr.*, 1856, suplemento á los números 109 y 200;

Mientras estas colecciones prueban que las personas cultas en España volvían á conceder un interés estético y literario á los romances, y esto, no sólo á los modernos artísticos, sino hasta á los antiguos populares; mientras algunos de los poetas más recientes y de más talento (1) se han ensayado en tratar asuntos serios en el viejo tono romancesco, los romances de las más bajas clases populares, que quedaban por sí abandonados á los ciegos y cantantes de feria, se diferencian muy poco en nuestro siglo de los romances de los dos precedentes, siendo mirados con el mismo desprecio por los cultos y doctos. Pueden muy bien—como afirma Depping con un poco de demasiada precipitación (tomo I, pág. XXXIV-XXXV), que Alcalá Galiano ha moderado considerablemente (pág. LXXIX)—haber nacido en el pueblo ó llegado hasta él romances históricos y políticos en la guerra de la Independencia y posteriormente en la civil; pero tomados en conjunto los romances del siglo XIX, son iguales en materia y tono á los más antiguos, siendo en su mayor parte devotos, burlescos, amatorios ó de bandidos, compuestos en el tono de

---

—*Ausland*, 1856, núm. 20;—*Magazin für den Litteratur des Auslandes*, 1856, números 67 y 68;—*Heideblb. Jahrb.*, 1856, núm. 6, pág. 470-473;—*Lit. Centralblatt für Deutschland*, 1856, núm. 32;—*Archifür den Studenten der neueren Sprachen und Litteraturen*, 1856, tomo XX, pág. 103-104;—*Blätter für litterarischen Unterhaltung*, 1857, núm. 4;—*Münchner Gelehrte Anzeige*, 1857, núm. 38;—*El Español*, 1856, Octubre;—*Athenæum français*, 1856, núm. 28; —*Bulletin du Bibliophile français*, 1856, pág. 845;—*Correspondance litteraire*, 1856 57, pág. 150;—*Revue des societés savantes*, tome I, 1856, pág. 460; —*The Athenæum*, *Novemb.*, 1856, núm. 1515, pág 1368.

(1) Uno de estos poetas, D. Manuel María del Mármol, que dedicó á la Academia de Buenas Letras de Sevilla y puso bajo su egida su *Romancero* (Sevilla, 1837, 2 vols. 32.°), creyó necesario disculpar á la Academia y disculparse á sí mismo, alabando á aquella porque no se espanta con el nombre (de romance) y da como uno de los motivos capitales que le movieron á componer romances, el que por el cultivo de ese género poético, el más acomodado á los indoctos, es como mejor y más fácilmente se puede elevarlos hasta los más altos grados de la poesía artística.

los cantantes de feria. Aún hay más, y es que no pocas veces los pliegos sueltos «impresos este año», no son otra cosa que reimpresiones de los más antiguos, puesto que el pueblo, si se le deja abandonado á sí mismo, lo mismo que en el traje en el gusto se aferra tenazmente á las antiguas tradiciones. Nos autoriza por lo menos á suponer esto una colección de casi trescientos de semejantes pliegos sueltos, los más impresos en Córdoba (también en Madrid, Valencia, Barcelona, Valladolid, etc.), en la imprenta de Rafael García Rodríguez», en la segunda década de este siglo (1822 y siguientes), que posee la Biblioteca de la corte imperial de Viena, encuadernados en dos tomos en cuarto. La mayor parte de estos romances son *burlescos* (como las *Relaciones burlescas*, compuestas por D. Agustín Nieto; un par de ellos están en el dialecto popular de los campesinos andaluces (gansos) (1); historias aventureras de

(1) Se presentan en muchas versiones los romances, que también nos da Depping, tomo II, pág. 477, de la *Isla de Jauja* ó *Tierra de Tartanea*. También una relación *El Molinero de Arcos*, según un fabliau francés, aun cuando el autor dice al final:

> Y ahora Pedro Marín,
> advierte que no es novela
> que por testigo de vista
> pone al ciego de la peña.

En general, estos juglares del siglo XIX, han conservado la costumbre, de dirigirse al empezar ó al acabar á sus oyentes, rogarles al principio atención y al fin indulgencia, nombrándose á menudo aquí. En los romances devotos sobre todo, invocan al comienzo las más de las veces la ayuda de la Virgen María, para narrar dignamente el milagro.

La arenga al público es según el asunto de su cometido, si es serio dicen, v. gr., Audite, señores míos: Atención, noble teatro; si son de las hazañas heroicas de un bandido, se dirigen á los *jaques* ó *guapos*, por ejemplo, en la siguiente entrada característica al «Romance, en que se declaran los hechos, valentías y arrojos del andaluz más valiente llamado Francisco Correa:

> «Oid, mancebos valientes,
> los que blasonáis de guapos,

enamorados (entre éstas, muchas de esclavos cristianos que seducen y convierten princesas moras, nombrándose al final, lo más á menudo, como autor de ellas á Alonso de Morales); romances devotos de santos y de milagros, romances gitanescos, pero sobre todo de historias de bandidos y criminales. Estos héroes populares de nuestro siglo,

---

los que andaís con bizarrías,
ocupados todo el año
con la espada y la rodela,
armados de punta en blanco.
Calle aquí Francisco Esteban
aunque fué tan alentado,
y don Agustín Florencio
no blasone de bizarro,
cuelgue Romero la charpa,
las escopetas y frascos,
mientras paso á referir
los hechos y los estragos
del más valiente andaluz,
y del tigre más bizarro.»

Los aquí nombrados, á todos los cuales sobrepuja «el más valiente andaluz» son los bandidos de más fama.—En los romances burlescos esta arenga va unida á las veces con una irónica alabanza que á sí misms se dirige el autor, como en el siguiente, que nos indica á la vez las capitales propiedades de un cantante de feria, en la «Relación burlesca intitulada del caballo, compuesta por D. Agustín Nieto:»

«Una vez que ustedes quieren,
que en esta sala me plante
á divertir las madamas,
y alegrar á los galanes,
ya estoy puesto en pie derecho,
como palo de estandarte;
dispongan de mi persona
lo que quisieren mandarme,
¿canto, bailo ó represento?» etc.

Igualmente característica es la conclusión, en la cual, según es uso y costumbre, pide perdón por las faltas y torpezas del autor ó relator:

«Perdonadme, señoritas,
la porrería tan grande,
que si estoy un poco más
en caballo he de tornarme.
Con que así, abur madamitas,
caballeritos, mandarme;
con vuestra grata licencia
lo mejor será sentarme.»

apenas dejan un poco de espacio á los de los precedentes, y como *rari nantes* se hallan entre la masa de estos romances de que hablamos, un par de Garcilaso de la Vega, Hernando del Pulgar, «Doña Inés de Castro, cuello de garza de Portugal», Griselda, estando en la misma relación, respecto á los antiguos romances populares, que los miserables grabados en madera de estos pliegos en que nos ocupamos, á las preciosas miniaturas de la Edad Media.

Pero, por otra parte, estos pliegos nos han dado á conocer una nueva y notable manifestación de la poesía popular, es á saber, *la reacción de la poesía dramática sobre la popular de los romances,* viendo en estos ejemplos, cómo precisamente la parte de la poesía artística española moderna que arraiga más profundamente en lo popular, que estaba unida estrechamente desde un principio con los romances, que derivó tan á menudo sus asuntos de las leyendas y los romances del pueblo, y que hasta ha adoptado y cultivado persistentemente la forma romancesca (1), ha vuelto de nuevo á ser popular y se ha amalgamado con los romances. Una buena porción de los pliegos en que venimos ocupándonos, no es otra cosa más que una impresión en la forma y tono romancescos de los pasajes de las *comedias* más famosas, y no tan sólo de los relatos en estos contenidos, sino hasta de los diálogos. Los primeros llevan el título de «Relación», y según que en la pieza son recitadas por un hombre ó una mujer, llevan el añadido: «de hombre», «de galán», ó «de mujer»; así, v. gr.: «Relación de la comedia: *La vida es sueño*, de Calderón. De galán» (la relación de Basilio en la jornada 1.ª: «Ya sabéis, estadme atentos»); «Relación de

(1) Compárese con esto lo que dice Depping, l. c., tomo I, páginas XXI-XXII.—V. Schack «Historia de la literatura y del arte dramático en España», Berlín, 1845. (Traducida directamente del alemán al castellano, por Eduardo de Mier. En la «Colección de escritores castellanos», Madrid, 1886-88, cinco tomos.)

hombre. *El mayor monstruo los celos,* de Calderón.» (El discurso del Tetrarca, jornada 2.ª: «Si todas cuantas desdichas»); «Relación de mujer.» *El Maestro de Alejandro,* de D. Fernando de Zárate («Escúchame atentamente»). Si son diálogos, llevan el título de «Pasillo»; v. gr.: «Pasillo del Cid Campeador. Personas; El Rey, El Cid» (de la Comedia. *Vida y muerte del Cid Campeador, y noble Martín Peláez*, citada por Depping, tomo 1, pág. 273, presentándonos el pliego precisamente el pasaje que Depping señala como popular); Pasillo de la comedia intitulada: *El animal de Hungría* (de Lope de Vega); *Pasillo de la prudente Abigail,* por D. Antonio Enríquez Gómez. También los hay de «autos», v. gr.: Relación del Auto sacramental intitulado: *El veneno y la Triaca,* por Calderón. También tenemos semejantes «relaciones» y «pasillos» compuestos por poetas populares, como: Relación nueva de mujer *La Vengada Madrileña,* compuesta por Juan García Valero, vecino de la villa del Arahal. Pasillo *El Moro y el Crhistiano* Pasillo *Juan Rana* y *Antón Rapao.* Ambos con indicaciones para el que los había de relatar, y el último con esta conclusión: Y yo suplico rendido, un vítor para los dos: esto, es un aplauso para los dos relatores.)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Tratado de Sociología.—*Evolución social y política*, por Manuel Sales y Ferré, profesor en la Universidad de Sevilla, tres volúmenes, 1889-1895. Madrid, librería de Victoriano Suárez.

El *Tratado de Sociología* del Sr. Sales y Ferré es sin duda una obra de grandes alientos por su índole comprensiva y sistemática. Por su corte científico, es una *sociología* de corte que podíamos llamar *spenceriano*.

Para que se pueda apreciar la importancia de la labor sociológica del Sr. Sales, haré ante todo un breve resumen del contenido del *Tratado*. Se han publicado de éste, hasta hoy, tres volúmenes. En el primero conviene señalar ante todo el criterio general filosófico del autor, especie de profesión de fe francamente positivista (ver especialmente el prólogo), la definición de la sociología (capítulo primero) y la investigación de las condiciones de la sociedad primitiva, ó sea del estado social de la humanidad en los primeros tiempos—hetairismo, matriarcado.—En el segundo volumen se comprende como investigación general, el paso del hetairismo al patriarcado, abarcando el estudio de las sociedades comunistas y del matriarcado. Es el más interesante de los tres volúmenes, aun cuando me parezca el que contiene más hipótesis criticables. En el volumen tercero se estudia el paso del patriarcado á la ciudad (muy bien hecho), y de la disolución de la ciudad. En el cuarto volumen estudiará el Sr. Sales la nación.

Ahora bien; ¿cómo desarrolla el Sr. Sales su investigación sociológica? El Sr. Sales, positivista evolucionista, concibe la historia real-ideal de la humanidad produciéndose según un proceso evolutivo, en el cual se concretan los estados y situaciones humanas, progresivas, estacionarias y á veces regresivas. Para el Sr. Sales, la ley del progreso indefinido no rige la vida humana. (Vol. I., cap. II.) En cuanto á la concepción unitaria de la evolución social, el Sr. Sales pretende investigar la marcha total de la humanidad sobre la tierra, indicando al efecto sus fases universales, y elevándose ante todo, á la reconstrucción imaginativa del primitivo estado social del hombre. Al efecto, el Sr. Sales acepta, casi sin reservas, ciertos postulados, incompletos á mi ver, del positivismo evolucionista. Así es para él cosa admitida: 1.°, el estado rudimentario de la humanidad primitiva; 2.°, la representación de este estado por los salvajes modernos; 3.°, el carácter uniforme universal, de las fases de la evolución social. A partir de aquí, y tomando como base fundamental de sus construcciones los hechos del pasado, más ó menos remoto, y del salvajismo moderno, el Sr. Sales concibe y describe la humanidad desenvolviéndose á través: 1.°, de un primitivo «estado confuso, indistinto, homogéneo, de relaciones vagas, generales, no personales» ó sea de *hetairismo;* 2.°, una fase de «*matriarcado,* en el que no había más vinculo personal que el de la madre»; 3.°, una fase de *patriarcado;* 4.°, una fase representada por la *ciudad;* y 5.°, una fase constituída por la *nación.*

*
* *

¿Y qué juicio nos merece el *Tratado* del Sr. Sales? Hay que hacer un distingo capital para que las cosas queden en su punto. Es preciso consignar ante todo que se trata de una obra seria, científica, sólidamente trabajada, digna de figurar

en la biblioteca de cuantos se interesan por la formación de nuestra *ciencia nueva:* la sociología. No es la obra del Sr. Sales una obra vulgar; revela el talento reconocido por todos á su autor, y demuestra una preparación acabada, y un buen conocimiento de las mejores fuentes acerca de la historia de la humanidad, salvaje, bárbara y civilizada. Ninguno de los trabajos de los Bachofen, Mac Lenan, Morgan, Starcke, Hearne, H. Maine, Spencer, Lubbock, Fison y Howit, Tylor, Westermarcke, etc., etc., es ignorado por el sabio maestro de Sevilla. Por otra parte, el Sr. Sales ha investigado, no sólo sobre los datos de los teorizadores, sino sobre los datos de los historiadores mismos y de los viajeros.

Pero prescindiendo de esto, la crítica en lo que se refiere á las ideas y opiniones sustentadas por el Sr. Sales, tendrá mucho que oponer. Al menos, por lo que á mí toca, estimo que la construcción sociológica de mi querido amigo, no está tan sólidamente cimentada como su autor, naturalmente, cree. No me es posible discutir aquí con el detenimiento que merecen las ideas del Sr. Sales, así que, para no salirme de los límites propios de una reseña bibliográfica, voy á resumir y enumerar los principales reparos que *desde mi punto de vista* cabe oponerles. Helos aquí:

1.° Considero que el Sr. Sales se ha colocado en un positivismo demasiado estrecho; se atiene muy exclusivamente á los *hechos históricos*. ¿No representan papel alguno las ideas? ¿Cree el Sr. Sales que las investigaciones sociológicas pueden quedar reducidas al limitadísimo horizonte del saber histórico? ¿Es el Sr. Sales de los que no ven que la misma ley de la evolución de Spencer (exacta ó no) no está fundada en el puro saber experimental? No debe olvidarse que hay un positivismo, compatible con las grandes concepciones generales, que no nos ata al *terruño,* cual siervos de la gleba..., de la experiencia de cortos alcances.

2.° El Sr. Sales al exponer las diferencias entre la moderna sociología y la antigua (?) filosofía de la historia, quizá se

excede en el desprecio de ésta. En mi opinión (y creo haberlo demostrado alguna vez) (1), la actual concepción sociológica es inexplicaple sin los antecedentes de la filosofía de la historia. Hegel, Krause y Schelling, vislumbraron y formularon por intuición genial la concepción evolutiva spenceriana y el carácter orgánico que por doquier se afirma en la realidad (2).

3.° La definición de la sociología del Sr. Sales y Ferré (vol. I, cap. I) paréceme muy vaga y muy incompleta. Sin duda la sociología es «ciencia que se refiere á la vida humana»; pero, ¿en qué respecto? ¿de qué manera? ¿á toda la vida humana? ¿nada más que á la vida humana? ¿qué lugar ocupan respecto de la sociología las sociedades animales? Valía la pena de haber tratado sobre todo esta última cuestión, al definir la sociología. El objeto de la sociología, según se induce de lo que el Sr. Sales dice, es la *evolución* (?) *humana*, *total y especial* (político-social, religiosa, moral, etc.). Ahora bien; en primer lugar, esta definición da como evidente la *evolución*, hoy tan en tela de juicio. Además, ¿puede circunscribirse el objeto de la sociología al estudio de la evolución social? ¿No es de la sociología el conocimiento de la estructura social? ¿La vida humana actual, los problemas sociales actuales, el ideal de las sociedades mismas, no tienen su aspecto sociológico? ¿No es de la sociología (primer problema, anterior á la investigación de la sociedad primitiva) la determinación del fenómeno social, del *quid* social? En las obras de los sociólogos contemporáneos como MM. Tarde, Greef, Durkheim, Giddins, y tantos otros, empieza á interesar más, pero mucho más, el problema de la determinación de los objetos de la sociología y de la naturaleza del fenómeno sociológico en sí mismo, que el mismo de la evolución social, que algunos estiman como una expresión inexacta,

(1) *La literatura de la sociología.*—En La España Moderna, 1890.

(2) V. *La Ciencia social contemporánea* de M. A. Fouillée. (Trad. prol. y notas de A. Posada, publicada por la España Moderna.) *Les societés animales*, de M. Espinas y *La philosophie de l'histoire en Allemagne*, de R. Flint.

en cuanto por ella se significa la idea de un proceso universal uniforme de la humanidad terrena. De otro lado, por grande que sea la importancia del elemento histórico ó filosófico-histórico, y del problema de orígenes, de formación y de desarrollo de las sociedades humanas, no lo es menos el de la estructura de las sociedades, el de la composición elemental de los hechos sociales, todo lo cual constituye para mí el corazón mismo de la ciencia sociológica.

4.° Consecuencia de todo lo dicho es el predominio excesivo del aspecto histórico en la investigación sociológica del Sr. Sales y Ferré, y el olvido de ciertos datos positivos, tan de experiencia como los hechos humanos sucedidos, aunque de una experiencia, ó mejor, de una observación más compleja y aguda. En mi concepto, y así lo he procurado demostrar en otra ocasión, siguiendo en esto las inspiraciones de Mr. Lubbock (1), pero más especialmente las enseñanzas de Starcke (2) y Espinas (3), el problema sociológico de los orígenes de la sociedad, y en general de las instituciones sociales fundamentales (sociedad, familia y Estado), no puede resolverse con los datos históricos directos, ni con la ayuda de las investigaciones acerca de los salvajes modernos. Toda prudencia en este punto, como advierten MM. Lubbock y Starcke, y como demuestra M. Westermarck (4), es poca. Es muy fácil generalizar con demasiada precipitación. Además, es quimérico pretender subir directamente á los orígenes de la historia. Un pueblo que tiene historia no es primitivo ya. Hay que acudir á otras fuentes, y esas fuentes son las sociedades animales, y el conocimiento de las necesidades fundamentales de la de la vida humana, concebida en sus condiciones más elementales. Esto es lo que han hecho Starcke, y sobre todo Wester-

(1) *Les origines de la civilisation.*
(2) *La familia primitiva.*
(3) Ob. cit.
(4) *Origen du mariage humain.*

marck. El Sr. Sales (tomo II, pág. 16, nota 4) considera el procedimiento peligroso; pero no lo es menos el procedimiento que consiste en construir la humanidad primitiva, con los datos del salvajismo moderno.

5.° Refiriéndonos ya á la concepción sociológica del Sr. Sales considerada en su desarrollo, esto es, refiriéndonos á la marcha evolutiva que nuestro amigo señala á la humanidad, habría mucho que decir. Paréceme, en primer lugar, artificioso ese escalonamiento serial de las etapas universales, que el Sr. Sales señala á la evolución social-política. La misma idea de la evolución, no exige esa uniformidad del proceso. Por otra parte, dado el estado de controversia en que se encuentra el asunto, no creo que es prudente resolver tan de plano: *a*) la existencia necesaria del comunismo primitivo promíscuo; *b*) la ausencia total en el origen de las formas patriarcales, no al modo bíblico, sino como manifestación del imperio del varón en la familia; y *c*) la existencia de un período ó etapa universal de matriarcado. Es preciso tener en cuenta que la concepción de la humanidad primitiva, no puede circunscribirse á las dos hipótesis patriarcalista y matriarcalista, con el supuesto de un comunismo primitivo. Caben otras soluciones, que se imponen desde el momento en que se tiene en cuenta que la humanidad, por rudimentaria que haya sido en su origen, debía ser superior á los animales superiores, y que por tanto, los primeros grupos humanos no debieron vivir bajo la preocupación exclusiva, ni siquiera predominante del instinto sexual y de la procreación. El hecho de la simple convivencia es sin duda primitivo, y este hecho tuvo que ejercer un influjo poderoso sobre la vida social, determinando formas de vida que no serían el patriarcado ni el matriarcado, sino la comunidad tribal en que el varón predominaría probablemente. Si se admite que la evolución humana es siempre una resultante del encuentro y composición de un factor intrínseco y del medio, es necesario concluir que á variedad de factores intrínsecos y á variedad de medios, tuvieron que corresponder formas sociales diferentes,

que además no pudieron seguir evolución igual, porque los factores del proceso persistirían como distintos.

Pero preciso es que termine este artículo.

Baste lo dicho para dar una idea, imperfecta y pobre sin duda, de la importante obra del Sr. Sales. Las críticas que dejo apuntadas, no deben tomarse como censuras, pues sería injusto. Ya lo he dicho, y no tengo inconveniente en repetirlo: la obra del Sr. Sales es la obra de un hombre devoto de la ciencia y de sus progresos; en sus resultados es una de las pocas obras de que en España podemos disponer como muestra de que nos preocupamos en serio con los graves problemas de la ciencia desinteresada é ideal. Mis reparos, pues, han de tomarse como manifestación amistosa de opiniones distintas sobre puntos que el Sr. Sales no puede estimar como indiscutibles é intangibles, dado que son y serán todavía por mucho tiempo, objeto de rudo debate en la ciencia.

Y termino, deseando que el Sr. Sales y Ferré nos dé pronto á conocer el volúmen que tratará de *La Nación*.

ADOLFO POSADA.

Del Estado.—*Tendencias socialistas*, por LAUREANO TENREIRO.

Obra es el folleto que tenemos ante nuestros ojos, de un católico monárquico-conservador-socialista, y si añadiéramos, de un enamorado del absolutismo ilustrado de Cárlos III, no diríamos cosa que pugnara con el espíritu que domina en todas sus páginas.

En el artículo que titula *la Iglesia*, canta las glorias de León XIII y se extasía ante su Encíclica *De conditione opificum*, si bien «echa de menos al sencillo, al humilde, al siervo,

al iluminado que de pueblo en pueblo vaya cantando en vulgar romance, las alabanzas del Dios de bondad, vaya señalando el cielo á las muchedumbres, las conmueva y domine y salgan ellas afanosas á su encuentro con músicas, mirtos y flores cual con San Francisco acostumbraban—allá por el siglo XIII—los habitantes de las tierras de Umbría», no sabemos si por falta de un San Francisco ó si por falta de las muchedumbres que se dejen entusiasmar.

Complácese el escritor en su estudio sobre la *Monarquía,* en pintar con vivos colores las delicias de que gozaron los pueblos en los tiempos de los reyes absolutos, tratando de probar que éstos se pusieron siempre de parte del pobre y del humilde, en su lucha con los grandes de la tierra, si bien «días vinieron en que el despotismo vertió sus hieles; días en que el alto solio se hace guarida de mancebas y cortesanos, momentos en que el rey toma la soberbia frase famosa *el Estado soy yo* en tanto que los señores palaciegos saludan al Rey-sol.» Extrema sus sentimientos monárquicos el ilustrado publicista, en el capítulo dedicado á Cárlos III, y canta en sonoro himno, reformas civilizadoras, que inspiradas en la *opinión pública,* llevaron á cabo los Ensenada y Campomanes, los Floridablanca y Carvajal, los Aranda y Moñino, y entre las cuales se encontraba la expulsión de los jesuítas, que es *casi* la única medida de importancia de aquel reinado, olvidada por el señor Tenreiro.

En el artículo titulado *Doctrinas conservadoras* revélase el autor del libro que examinamos, como panegirista convencido del *verbo* de la escuela, del Sr. Cánovas del Castillo, cuyas doctrinas sobre el Estado, el derecho de propiedad, y lo que el presidente del Consejo y el Sr. Terrero llaman *Política economista,* considera punto menos que incontrovertible (1).

Dedica el Sr. Tenreiro el quinto de sus estudios á la *De-*

(1) En otra ocasión ha dicho el autor de estos renglones lo que se le ocurría acerca del *saber económico* del Sr. Cánovas. De entonces acá no ha habido motivo para rectificar, al contrario.

mocracia (Demócratas individualistas, demócratas socialistas) y como personaliza el catolicismo en León XIII y la monarquía en Carlos III y las ideas conservadoras en Cánovas, presenta á Castelar como tipo del demócrata individualista y á Pí y Margall como modelo del demócrata socialista. No hemos de reñir por esto; pero conste que Castelar quiere hoy un gobierno fuerte con mucha infantería, mucha caballería, mucha artillería y mucha guardia civil, lo cual no se compadece muy bien con los *instintos libertarios* de que le supone poseído, y que el sistema de las autonomías de Pí y Margall imitado de Proudhon, más que en el socialismo dá en el anarquismo, tal como lo entienden muchos de sus defensores de ahora.

Cierra el libro en que nos ocupamos un trabajo sobre *Francia y los Estados Unidos*. Encariñada la primera, y á punto de ser varias veces víctima de sus arrebatos amorosos por la gloria militar, en sentir del autor, duda hasta de que haya logrado siquiera *su república* elevar un punto la pública moralidad, y esto á pesar de los escándalos del pequeño y del grande Trianón y de las miserias de la corte de Napoleón III, que pasaron sin más que la protesta de las gentes honradas. ¿Por ventura los panamistas han quedado sin su merecido? ¿No ha ido un ministro á presidio? Para el Sr. Tenreiro, convicto y confeso *laudator tempores acti*, los Estados Unidos de América son una mezcla informe de adoradores de Manimón y de anarquistas de Chicago. Lástima que no se acuerde de que *esa república* es la que más gasta en instrucción pública; que en ella hay más de un filántropo que da millones de duros para fundar Universidades; que ha sacrificado millares de millares por abolir la esclavitud del negro, y que es la patria de tan ilustres regeneradores del catolicismo como Gibbons é Ireland.

Por lo demás, el Sr. Tenreiro en su libro luce vasta erudición de primera mano y se recomienda por su brillante estilo, un tanto declamatorio á veces.

ADOLFO A. BUYLLA.

La Legislación penal comparada, publicada por acuerdo de la Unión internacional de Derecho penal, con el concurso de eminentes penalistas, por el Dr. FRANZ VON LISZT, profesor de Derecho penal en la universidad de Halle. Tomo I: El derecho criminal de los Estados europeos, traducido de la edición francesa por D. ADOLFO POSADA, profesor de Derecho en la universidad de Oviedo. Madrid, administración de la Revista de Medicina y Cirugía prácticas, 1895. Van publicados tres cuadernos de 128 páginas cada uno, en 4.° mayor, al precio de tres pesetas.

Así como el movimiento contemporáneo de investigación realista se proyectó inmediatamente, y antes quizá que en otra esfera alguna de las llamadas «ciencias morales» en la esfera penal, donde los resultados de la indagación antropológica, sociológica y psicológica produjeron desde luego una profunda revolución, que ya está comenzando á dar sus fruto en la práctica, así también las fuertes corrientes internacionalistas, cuya labor amenaza cambiar tan radicalmente el medio social, y con él nuestras mezquinas *chauvinistas* concepciones actuales, han invadido el campo penal, han abierto grandes portillos en las murallas que separaban unas de otras las naciones, han establecido infinitos puntos de comunicación entre los estudiosos y entre los legisladores de asuntos criminales de los diferentes Estados y vienen preparando el camino para que en lo por venir pueda hablarse de un derecho penal unificado, de un derecho penal aplicable á todos los pueblos que se llaman, con razón ó sin ella, civilizados, y acaso acaso de un derecho penal universal.

Y es que los dos movimientos, el de investigación positiva y el internacionalista, proceden, aquí, como siempre, de una misma fuente, de unas mismas necesidades, marchan paralelos, auxiliándose y empujándose recíprocamente, y vienen á

parar al mismo resultado. Demostrado que el delito, como todo acto y como todo ser, no es más que un producto de causas perfectamente naturales, y demostrado que en el Universo no hay nada absolutamente espontáneo, que es tanto como decir aislado del resto de las cosas, sino que todo está determinado y encadenado por todo y con todo, ha tenido que venirse á reconocer que las causas de la delincuencia no pueden ser (como no lo son, quizá, nunca las de una enfermedad), puramente locales, y que, por lo mismo, para combatirlas se hace indispensable una acción general, la cooperación de muchos que en los distintos países se consagren á estudiarlas, á descubrir sus raíces, á sorprender sus conexiones, á ensayar los medios más idóneos de lucha contra las mismas.

Para satisfacer tales exigencias es para lo que se ha fundado la *Unión internacional de Derecho penal*, á la que pertenecen penalistas de los diversos países y de las más opuestas procedencias é inclinaciones filosóficas, pero todos los cuales comulgan en una común aspiración: atajar el incremento de la criminalidad y luchar contra ésta sin perdonar medio alguno.

En los pocos años que la *Asociación* lleva de vida ha dado ya muestras de lo mucho que de ella puede esperarse, entre otras, la elaboración de un proyecto para la formación uniforme y acertada de la estadística de la reincidencia; proyecto destinado á ser presentado á los gobiernos de los diferentes países para que lo acepten y se acomoden á él en la confección de la estadística referida, con lo que podrá el estudioso de ese grave fenómeno social, la reincidencia, encontrar las facilidades indispensables que no halla hoy, porque cada Estado tiene un concepto legal de la reincidencia distinto de los demás y cada uno tiene su modo singular de hacer las estadísticas, de lo que resulta la gran heterogeneidad de éstas.

Pero el servicio de mayor trascendencia que la *Unión internacional de Derecho penal* está prestando consiste en la publicación de la obra, que quizá no tiene hoy igual, titulada

La Legislación penal comparada. El iniciador de la idea de hacer esta publicación, y director de la misma, el Dr. Francisco de Liszt, explica en la interesante introducción que precede al primer tomo, cómo ha ido madurando dicha idea, qué modificaciones ha sufrido desde su aparición primitiva en 1890, cuál es el carácter, sentido y alcance de la *Legislación penal comparada,* medios con que se cuenta para llevar á cabo el pensamiento, etc., etc.

El propósito fundamental á que obedece la publicación de que se trata es echar las bases sobre que se ha de levantar el edificio penal internacional futuro, elaborar los materiales que han de utilizarse para la formación de un Código penal que, en sus bases cardinales, pueda servir para todos los países, lo mismo para Francia que para España, Alemania, Austria-Hungría ó los Países Bajos. Tal elaboración será á la vez práctica y científica, de derecho positivo y doctrinal. A este efecto, el tomo primero y la primera parte del segundo se consagran á exponer en un completo resumen (encomendado por lo general á persona competente del mismo país á que el resumen se refiere) los precedentes históricos y la legislación penal (tanto la común como la especial) vigente en todos los pueblos del globo, y en los volumenes restantes (hasta cinco que comprenderá la obra) se hará un estudio comparativo, á la vez de derecho vigente y teórico, ó, como suele decirse, de derecho *constituído* y de derecho *constituyente*, de las dos partes en que el derecho penal suele dividirse, ó sea parte general (fuentes del derecho penal, la ley penal y su fuerza obligatoria con relación al tiempo, al lugar y á las personas, teoría del delito, sus elementos, etc., teoría de la pena), y parte especial (delitos en particular y sus penas respectivas). En el volumen primero, pues, y primera parte del segundo se contendrán las bases de hecho, los datos para un estudio comparativo del derecho penal de todos los países; el resto de la obra se consagrará á hacer ese estudio, á exponer las reflexiones y consideraciones que tales datos sugieren.

La empresa, como se ve, es casi gigantesca, y si llega á ejecutarse tal y como está proyectada, será una empresa de trascendencia inmensa.

Hasta el presente no se ha publicado más que el tomo primero, el cual contiene el derecho penal vigente en los Estados europeos. A ese tomo pertenecen los cuadernos que han visto la luz en castellano, y á los que seguirán otros hasta completar el tomo.

Dada la innegable importancia de la obra, no puede menos de alabarse al traductor y editor que, vertiéndola al castellano, la han puesto al alcance de nuestros estudiosos de cosas penales.

P. DORADO.

Clovis Bevilaqua.—**Direito das Obrigaçoes.**—Bahía (Brasil); Fonseca Magalhaes, editor, 1896. Un vol. de 444 págs., en 4.°

El presente libro del distinguido catedrático de la facultad de Derecho de Recife es un tratado completo sobre el derecho de obligaciones, tratado que aventaja á todos los escritos hasta la fecha sobre la materia: á los antiguos, incluso al de Savigny, por haberse aprovechado el autor para escribirlo de los resultados de las modernas investigaciones biológicas, sociológicas é históricas, así como por haber tenido presentes multitud de legislaciones positivas; á los recientes, por su amplitud, por la competencia, orden, claridad y abundancia de doctrina con que están tratadas las cuestiones. La monografía de Bevilaqua es juntamente una filosofía del derecho de obligaciones, una historia de ese mismo derecho y una exposición muy nutrida de datos de legislación comparada sobre el asunto.

La obra está dividida en dos partes: 1.ª *Teoría de las obligaciones;* 2.ª *Causas generadoras de las obligaciones*. En aquélla estudia el autor, á la luz de la psicología, de la sociología y de la historia, el concepto (romano y moderno) de la obligación, el fundamento de ésta, la evolución de los derechos de obligaciones, desde las primeras obligaciones colectivas de la infancia de las sociedades hasta las obligaciones en el Derecho romano, en el germánico y en el moderno, las especies de obligaciones (positivas, negativas, de dar, de hacer, puras, condicionales, divisibles, etc.), los efectos de las obligaciones, las causas de extinción de las obligaciones (pago, etc.), y las consecuencias de la inejecución de las obligaciones; y en la segunda parte trata de los contratos, teoría general de los mismos (función social de los contratos, noción de éstos, condiciones para su validez, momento en que se forma el vínculo obligatorio, vicios redibitorios, pruebas de los contratos, interpretación de los mismos, clases de ellos, etc.), de la promesa unilateral y su valor, de los actos ilícitos y de cada uno de los contratos en particular (donaciones, préstamo de mutuo y de comodato, depósito, mandato, gestión de negocios, compraventa y permuta, locación, contrato de edición, sociedad, seguro, renta, juegos y apuestas, y fianza), determinando su fundamento, historia, condiciones para la celebración, clases y legislación de los diferentes países sobre el particular.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

Abadía Méndez (M.)—Nociones de prosodia latina. Bogotá (Colombia), Imprenta de Medardo Rivas. En 8.°, VIII-136 páginas: 2 pesetas.

Aduanas (D. G. de.)—Resúmenes mensuales de la estadística del comercio exterior de España. Enero de 1894, 1895 y 1896. En 4.°, 39 páginas.

Aguilar (V.)—Ofilia, novela americana. En 8.° mayor, 320 páginas: 3,50 pesetas.

Anales hidrográficos.—Primer volumen. Enero de 1895. En 4.°, 488 páginas y 3 láminas: 4,50 pesetas.

Idem. Segundo volumen. Enero de 1896. 315 páginas y 3 mapas: 4,50 pesetas.

Antich é Izaguirre (F.)—Nerviosas. En 8.°, 106 páginas: 0,50 pesetas.

Asmarats (J.) y Alonso (R.)—Aucells de jardí; comedia en un acte y en vers. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Idem. A ca la modista; comedia en un acte y en vers. En 8.°, 21 páginas: 1 peseta.

Aza (V.)—La Praviana; comedia en un acto, prosa. En 8.°, 48 páginas y 2 páginas de música: 1 peseta.

Banco de España.—Memoria leida en la Junta general de accionistas. En 4.° mayor, 39 páginas y 19 hojas de cuadros estadísticos.

Barado (F.)—Sitio de Amberes 1584-1585. Antecedentes y relación crítica, con el principio y fin que tuvo la dominación española en Estados Bajos. En 8.°, 488 páginas, un retrato de Cervantes y 10 láminas: 4 pesetas.

Biblioteca arábico-hispana. Tomo x. En 4.°, XII-51 hojas, numeración arábiga: 4 pesetas.

Biblioteca Peruana. Apuntes para un catálogo de impresos. I. Libros y folletos peruanos de la Biblioteca del Instituto nacional. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1896. En 4.°, VIII-558 páginas: 20 pesetas.

Botet y Sisó (J.)—Sarcófagos romanos, cristianos esculturados, que se conservan en Cataluña. En 4.°, 99 páginas: 4,50 pesetas.

Camino (A.)—Poesías gallegas. En 12.°, 66 páginas: 0,75 pesetas.

Castellanos (Fr. M. P.)—Apostolado seráfico en Marruecos, ó sea historia de las Misiones franciscanas en aquel imperio desde el siglo XIII hasta nuestros días. Primera parte. En 4.°, XVI-752 páginas: 7 pesetas.

Catálogo de los cuadros, esculturas, grabados y otros objetos artísticos de la colección de la antigua Casa ducal de Osuna. En 8.°, VIII-128 páginas.

Ceballos y Cruzada (C. G. de).—El imperio del Jesuitismo. Revelaciones, acerca de la «Asociación de padres de familia». En 8.° mayor, 205 páginas: 1 peseta.

Cervantes.—Raconet e Talladell. (Rinconete y Cortadillo.) Novela exemplar (de Miguel de Cervantes Saavedra) fidelment traduhida e apropiada á la llenga catalana per A. Bulbena-Tusell, Barcelona. En 12.° prolongado, VIII-67 páginas. Tirada de 125 ejemplares. En papel de hilo: 3,50 pesetas.

Civera (R.)—Carmelo el tonto ó tots d'un ventre... comedieta de costums valensianes, en un acte y en vers. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Cobles á la Perla de Catalunya Nostra Senyora de Montserrat. Tirada de 200 ejemplares sobre papel antiguo de hilo: 0,50 pesetas.

Codera (F.)—Miscelánea de agricultura é higiene alimenticia. En 12.°, 77 páginas.

Proyecto de apéndice de Código civil para Cataluña. En 4.°, 134 páginas: 2,50 pesetas.

Codina Umbert (J.)—Versos. En 8.°, 96 páginas: 2 pesetas.

Colección de libros españoles raros ó curiosos, que publica el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tomo XXIV. En 8.°, XVI-300 páginas: 10 pesetas.—Contiene: Obras de Lope de Rueda. Tomo II.

Coll y Vilades (T.)—Idaura ó el peine de oro, zarzuela de aparato, en tres actos en prosa y verso. En 8.°, 76 páginas: 2 pesetas.

Contreras López-Mateos (L.)—Consultor de los generales, jefes y oficiales del ejército, destinados á los distritos de Ultramar. En 4.°, XI 119 páginas: 2 pesetas.

Danvila y Collado (M.)—Reinado de Carlos III. Tomo V. En 4.°, 547 páginas: 20 pesetas.

Farinelli (A.)—Baltasar Gracián y la literatura de corte en Alemania. En folio, 23 páginas.

Feliú y Codina (J.)—María del Carmen, comedia en tres actos y en prosa. Segunda edición. En 8.°, 84 páginas: 2 pesetas.

Fernández Vaamonde (E.)—Cuentos amorosos. En 12.°, 191 páginas: 0,50 pesetas.

Figueras y Ribot (F.)—Lo marit de la difunta, joguet catalá en un acte y en prosa. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Figuerola Aldroféu (M.) ¡Cataclisme! Drama en un acte y en vers. En 8.°, 16 páginas: 0,50 pesetas.

Fola Itúrride (J.)—La Pilarica, drama en tres actos. En 8.°, 71 páginas: 2 pesetas.

Gaspar Remiro (M.)—Gramática hebrea, con ejercicios de lectura, análisis y traducción. En 8.°, XI 252-66 páginas: 8 pesetas.

Gestoso y Acosta (L.)—Apuntes de derecho mercantil internacional. En 8.° mayor, 104 páginas: 2,50 pesetas.

Gispert y de Ferrater (J.)—Una nota d'arqueologia cristiana, la indumentaria en los Crucifix. En 4.°, 91 páginas con ocho fotograbados: 3 pesetas.

Goncourt (E. y J.)—Historia de la Pompadour. En 4.°, 292 páginas: 6 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Grañén (R. M.)—¡Hora aciaga!, monólogo dramático. En 8.°, 14 páginas: 1 peseta.

Guerra y Mota (D.)—Para las ánimas, comedia en un acto y en prosa. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Guía comercial de Madrid, publicada con datos del «Anuario del Comercio». Año XII de la publicación. En 4.°, mayor 640 páginas: 5 pesetas.

Labayru y Goicoechea (E. J. de.)—Vida del Dr. Fr. Juan de Zumárraga, segunda edicción. En 4.°, 235 páginas y un facsímile: 6 pesetas.

Laguna (M.)—Viaje de los Señores Duques de Madrid á Egipto y Palestina. En 8.°, 187 páginas y 2 láminas: 2 pesetas.

Linares Díez (M. de.)—Derecho civil transitorio, primera parte. En 4.°, 204 páginas: 4 pesetas.

Lorenzo Aleu (M.)—Elementos de matemáticas. Algebra, primera parte. En 4.°, VIII-161 páginas: 4 pesetas.

Lorenzo Coria (M.)—1895-96. El año que muere y el año que nace. En 8.°, 56 páginas: 1 peseta.

Manjarrés de Bofarull (R.)—El aceite de oliva. Su extracción, clasificación y refinación. En 4.°, XVI-390 páginas: 8 pesetas.

Martínez Alcubilla (M.)—Apéndice al diccionario de la Administración española. En 4.° mayor, á dos columnas, 994 páginas: 12 pesetas.

Martínez Angel (M.) y Oyuelos y Pérez (R.)—Legislación de construcciones. En 4.°, VIII-524 páginas: 7,50 pesetas.

Martínez y López (G.)—Lágrimas y suspiros. Poesías. En 8.°, 103 páginas: 1 peseta.

Martrus (J.)—La festa major: comedia de costums manresanas en un acte. En 8.°, 56 páginas: 1 peseta.

Mitre (B.)—Horacianas. En 8.°, XV-441 páginas: 7 pesetas.

Montero (A.)—Romances y coplas. En 4.°, 88 páginas: 1,25 pesetas.

Novo y Colson (P. de.)—Altezas del honor; drama en tres actos y en prosa. En 8.°, 63 páginas: 2 pesetas.

Obarrio (M.)—Estudio sobre las quiebras. Buenos Aires. Imprenta y Litografía de Mariano Moreno. 1895. En 4.°, VIII-454 páginas: 15 pesetas.

Ojea y Márquez (S.)—Maravilla divinas, declaradas al mundo por la Iglesia católica. Dos tomos. En 4.°, XLV-1.029 páginas: 8 pesetas.

Oller (N.)—Cuentos y novelas. En 8.°, XVI-125 páginas: 0,60 pesetas.

Palacio Valdés (A.)—Los Majos de Cádiz (novela de costumbres). En 8.°, XXXVI-287 páginas: 4 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Hombres y mujeres de antaño. (Semblanzas). En 12.°, 191 páginas y retrato de la autora: 0,50 pesetas.

Pérez y González (F.)—Pompas de jabón; cuentos, chascarrillos, anécdotas, sucedidos, escritos en verso. En 8.°, 301 páginas: 4 pesetas.

Retana (W. E.)—Fiestas de toros en Filipinas. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Rius Vidal (A.)—Los que la hacen...; comedia en un acto y en prosa. En 8.°, 16 páginas: 0,50 pesetas.

Savi-López (P.)—Un petrarchista spagnolo (Gutierre de Cetina). En 4.°, 20 páginas: 1,50 pesetas.

Savigny (F. de.)—De la vocación de nuestro siglo para la la legislación y para la ciencia del derecho. En 4.°, 151 páginas: 3 pesetas.

Schopenhauer (A.)—Fundamento de la moral. En 4.°, 236 páginas: 5 pesetas.

Segalás Font (M.)—¡Victima de la miseria!; quadro dramatich en prosa. En 8.°, 15 páginas: 0,50 pesetas.

Sermones (varios) sobre la Santa Bula. En 8.°, 83 páginas: 2 pesetas.

Siles (J. de.)—Boda buena y boda mala. En 8.°, 77 páginas: 1 peseta.

Simavilla y Sagastibelza (S.)—Memoria sobre el estado del Instituto provincial de segunda enseñanza de Navarra. En 4.°, 83 páginas.

Trigueros González (M.)—De la liviandad al claustro. En 8.° mayor, 78 páginas: 2 pesetas.

Valenzuela.—Sanatorios para tuberculosos. En 4.°, 71 páginas: 2 pesetas.

Vasco (E.)—Valdepeñeros ilustres; apuntes bibiográficos. En 4.°, 216 páginas: 4 pesetas.

Vega (L. de.)—Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española. Tomo v. En fol., LXXIV 773 páginas: 20 pesetas.

Vidal (Valenciano (E.) y Roca y Roca (J.)—El cuchillo de plata, drama en cinco actos. En 8.°, 75 páginas: 2 pesetas.

Zamacois (E.)—Humoradas en prosa. En 8.° mayor, 329 páginas: 2 pesetas.

INDICE

Págs.

Los Jesuítas de puertas adentro, ó un barrido hacia fuera en la Compañía de Jesús, por Juan Valera..... 5
Las Novelas ejemplares de Cervantes, por el marqués de Casa-Torre..... 28
Recuerdos, por José Echegaray..... 46
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 57
Los salones de la condesa del Montijo..... 85
¡Fíense ustedes de mapas!, por Antonio Valbuena..... 101
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 112
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 130
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 149
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 162
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 190
Obras nuevas..... 204

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFIA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.

Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas. —El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1,50.

Asser.—Derecho Internacional privado, 6 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis. —Economía, 12 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 ptas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas. — La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas —La superstición socialista, 5 pts.

Gladstone.—Los Grandes nombres, 5 ptas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Kells Ingram, Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg. —Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.

Laveleye, Economía política, 7 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.

Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos 15 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.

Schopenhauer—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas·

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas —La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.— La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas. —Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas. —Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas. —Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maino.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas —Historia del Derecho, 8 pesetas. —Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El Duelo y el delito político, 3 pesetas. — La Criminalidad comparada, 3 pesetas —Estudios penales y sociales, 8 ptas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira. Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida). —*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. M. y Pelayo, 7 pesetas.

España moderna

AÑO 8.º NÚM. 89

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

MAYO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.702.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO [1]

CONCLUSIÓN

VII

Verdaderamente fué un espectáculo digno de ver el que ofreció España en la división de sus clases sociales al triunfar en la batalla de Alcolea el grito de libertad dado en Cádiz en Septiembre de 1868 y que hizo trasponer la frontera de Francia á la augusta familia en quien por el derecho y la sucesión de los siglos se simbolizaba aquella monarquía secular fundada desde el primer aliento de la reconquista. Las clases populares, en una gran mayoría, quedaron en frente del poder provisional que se había formado, para ver las resoluciones definitivas que habían de dar el signo de los destinos del porvenir. Las clases medias en su mayor número unieron sus intereses más que su corazón al caos sin nombre que había producido la sentencia fulminada en el primer momento contra la dinastía reinante. Las clases privilegiadas se colocaron sin titubear al lado de ésta, y vacilando sólo acerca del terreno en que habían de aceptar la lucha, sufrió en los primeros momentos las incertidumbres de que muy

(1) Véase La España Moderna, de Enero, pág. 88; de Febrero, pág. 100; de Marzo, pág. 5, y de Abril, pág. 85.

luego se despojó su espíritu. Siempre será curioso el estudio de un plan de campaña, en el cual el palenque todo se sostuvo en medio de diversiones y fiestas sociales, entre cuyas frívolas manifestaciones los sentimientos se identificaban, las fuerzas se unían, se mantenía siempre vivo el reto aceptado, y se combatia á muerte sin aparentar combatir. Nadie pronunció la palabra de orden para constituir esta disciplina que no tuvo más germen, más cuna, ni más dirección en sus principios que el mero instinto. La iniciativa fué de un corto número, que ensanchando cada día más su órbita de acción, al cabo convertido en torrente impetuoso de opinión, se impuso á todas las voluntades.

Cuando el sábado 17 de Octubre se abrió el Teatro Real, tres grandes de España eran los únicos que á su inaguración asistían: el duque de Sexto, el de Fernán-Nuñez y el de Frías. La concurrencia fué numerosa; pero de un mundo nuevo, y en los palcos faltaba el mayor número de los abonados habituales. A fines de Noviembre regresó de su quinta de Carabanchel la condesa del Montijo. Sus nietas, hijas de los duques de Alba, la duquesa de Galisteo y la de Montoro, se las habia llevado á Paris, desde Biarritz, su tía la emperatriz Eugenia. El núcleo íntimo domestico lo formaba la condesa de Cabarrús, hermana de la del Montijo, y sus hijos los condes de la Nava del Tajo. Algunos amigos, entre los que no faltaban afiliados á la nueva situación, frecuentaban el trato del Palacio de la plazuela del Angel, pero allí la vida se había reconcentrado en el salón de retratos, donde se comentaban con suma discreción las cosas del día, á fin de no causar heridas ni ofrecer blanco á la despierta vigilancia de los gobernantes para formar idea de lo que dentro de aquellas paredes se pensaba. La ausencia de Elena Prendergast, que entonces hizo un viaje á Escocia, fué una nueva contrariedad para la alegría de aquella casa, que sólo se animaba entonces con la música y el canto.

Sexto, Frías y Fernan-Núñez disuadían á los ausentes de

sus propósitos de permanecer indefinidamente alejados de la capital, y les convencían de la conveniencia de venir aquí, y de coadyuvar á la dominación de una crisis que se presentaba larga, incierta y ocasionada á muchas cosas imprevistas, ya tomando el timón de la dirección social, ya participación en todos los campos de la actividad política. En algunas legaciones, como las de Prusia é Italia, tomóse la iniciativa para volver á reunir y acercar entre sí los diversos elementos en que la sociedad había quedado dividida; y como los deberes internacionales imponen á los diplomáticos que abran sus mansiones á esta agradable hospitalidad, deberes imperiosos y de preferencia respecto á los gobiernos de hecho, sean ó no legítimos, y á las jerarquías oficiales que de ellos emanan, las condesas de Velle y de Vilches, fueron las primeras en organizar reuniones y saraos, que eran llamadas de aviso y toques de asamblea al nucleo de la lealtad. El duque de Frías y el marqués de Bedmar volvieron á poner en contacto con la aristocracia restauradora, los elementos más conservadores de la revolución y al cuerpo diplómatico extranjero. Así, en el hotel de la Plaza de Santa Bárbara vióse alternar al duque de Medina Sidonia y á los hijos del de Rivas, al príncipe Galitzin y al conde de Tannay, con Ríos Rosas y Silvela, Santos Alvarez y Olózaga, mientras que el marqués de Bedmar, para celebrar la exaltación del conde Kalnocky, tan estimado en Madrid, al ministerio del emperador de Austria, llevaba á su casa toda la diplomacia acreditada cerca del gobierno de la revolución. El comedor de la condesa del Campo de Alange se hizo otro centro de mutua comunicación entre conservadores de Alcolea y conservadores de la monarquía caída, y lo mismo llegaron á representar los lunes de las hermanas del conde de Oñate, los viernes literarios del marqués de Molins y las comidas políticas del marqués de la Vega de Armijo; á que asistían Sexto y Fernán-Núñez, Cánovas y Ríos Rosas, Ferraz y el vizconde del Pontón, Alonso Martínez y Ulloa, y otros personajes á este tenor.

Limitóse la condesa del Montijo á sostener la neutralidad más absoluta en sus salones, bien que sin dar facilidades á la introducción de elementos nuevos que tomasen aquella respetable mansión por asalto. No obstante, ni á todos podía prohibírseles enteramente la libertad de algún juicio acre sobre los hombre ó las cosas del día, ni era posible permitir que esta libertad ofendiese allí á nadie. Era entonces común poner como ropa de pascuas en todos los círculos leales á ciertos hombres que, como Topete, Córdova y otros, habían recibido de la rêina doña Isabel II obsequios excepcionales, á cuya gratitud parecían haber faltado. Muchas de las frases que se repetían en todas las conversaciones, se las achacaban á personas de las mismas familias de los criticados. De Topete y su mujer hervían las anécdotas. Una sobrina de Topete, Melita Núñez, había sido presentada en los salones de Montijo por Sofía Bisso, que entonces eran las dos íntimas é inseparables.

Un día que se hablaba de los hombres de la situación con la aspereza acostumbrada, la condesa, que vió venir el chubasco sobre Topete, delante de su sobrina, se adelantó al interlocutor, y llamándola, no por su nombre, como era costumbre, sino por un *Topetita, Topetita, ven acá; ¡qué guapa eres!* acercósela besándola y contuvo la inconveniencia inevitable. Eusebio Asquerino, no cesaba de elogiar la fina delicadeza de la ilustre dama hacia todos los que, por sus ideas políticas, se hallaban en sus salones en la situación desventajosa que él mismo para sí reconocía. Esta situación se hizo más violenta y difícil, cuando, planteada por el general Prím la cuestión sobre candidaturas regias, y habiendo traído al debate de las negociaciones internacionales Salazar y Mazarredo, la del príncipe Antonio de Hohenzollern Sigmaringen, se despertaron las susceptibilidades de Francia contra el rey de Prusia, y vinieron las discusiones que dieron por resultado la declaración de la guerra franco-alemana. La condesa, entre las ansiedades de que estaba lleno su corazón, demostró en aquellas circunstancias toda la altura de su espíritu y su exquisita pru-

dencia. ¡Y cuidado si eran precisas dotes de alto valor para sostener aquellas aparentes impasibilidades, con la expectación que producían en su ánimo los sucesos que echaron por tierra aquel trono imperial sobre el que su hija la emperatriz Eugenia, había dado tantas pruebas de la firmeza de su carácter, frente al ejército derrotado, al emperador rendido, al ministerio atolondrado, el pueblo descompuesto y las Cámaras insurreccionadas! Aunque la emperatriz Eugenia, era la hija de la condesa del Montijo, sobre quien caían tantos hechos infortunados, había entre sus contertulios un general, hombre de escaso entendimiento, que todos los días llevaba á aquella señora las noticias que en el Casino oía referir sobre las derrotas de los ejércitos franceses. La condesa, sin embargo, le oía con la dulzura y la afabilidad de quien mostraba gratitud por aquellos informes.

Al año de las grandes catástrofes de Francia, que derrocaron el imperio y llevaron la familia imperial al ostracismo, sucedieron los del efímero reinado de D. Amadeo de Saboya, año de grandes luchas para España. Las Cortes Constituyentes no se habían satisfecho con redactar una Constitución política más, para el régimen del Estado: habían hecho una monarquía, y habían elegido un monarca. Una comisión de su seno, metiéndose la corona de los Reyes Católicos en las alforjas, se había marchado á Florencia á ofrecerla de balde al segundo de los príncipes de la casa reinante de Saboya, y este príncipe, el duque de Aosta, fiado en la lealtad tradicional y legendaria de España, había venido á ocupar el trono que se le brindaba. Durante el largo camino, del seno de una conspiración de emulaciones y odios civiles, salió en medio de un crímen espantoso el proyectil homicida que dió muerte al más político de los jefes de la revolución, y D. Amadeo de Saboya llegó á Madrid pisando las calles de la capital de España, sobre la ingrata alfombra de nieve que el cielo depositó en ellas el día de su arribada y el matiz purpúreo de la sangre vertida en un infame asesinato. No hubo arcos por donde pasara, ni

en los balcones de las calles que atravesó las vistosas colgaduras que en nuestras fiestas cívicas son expresión de nuestra alegría, ni campanas clamorosas que propagaran el entusiasmo, ni muchedumbres frenéticas de gozo y de patriotismo en las calles. Todo noble sentimiento patrio permaneció mudo para recibirle, y ni siquiera la curiosidad prestó alas al número para conceder al recién venido los honores de la concurrencia. Todo fué á su alrededor silencio, soledad, despego é indiferencia, sin tener que acudir en medio de esta atmósfera contraria á ninguna manifestación ruidosa irreverente. Así llegó desde la estación del Mediodía hasta palacio, y así se halló luego que desapareció de sus salones el contado mundo oficial que fué á recibirle, en aquellas vastas cámaras del espléndido edificio. D. Amadeo no pudo menos de impresionarse de tanta esquivez y soledad, y es fama que dijo á su secretario particular el marqués de Dragonetti:—*Parece que hemos hecho un viaje á la luna!—Dios quiera*, le contestó Dragonetti, *que no haya sido á los infiernos.*

Después del rey intruso, vino á unirse con él en su éxito problemático ó en su fracaso patente, la reina su mujer, la discretísima Victoria de la Cisterna, y la lucha comenzó por estas puras formas sociales, que sin declararle una hostilidad sangrienta, afligía su espíritu con la cruel ponzoña de la inconsideración. En el primer baile que se celebró en Palacio el 5 de Enero de 1872, víspera del día de Reyes, después de un año de reinado, no asistieron de nuestra nobleza antigua, de aquella nobleza que sostuvo el honor de la etiqueta muchas veces con los príncipes de la casa de Saboya y los demás potentados de Italia, sino las duquesas de Veragua, de Fernán-Núñez, de Tetuán y de la Torre, las marquesas de los Ulagares y de Cervera y la condesa de la Almina. Contando con las señoras del cuerpo diplomático y con las de los ministros, su número no llegó á treinta. De las mismas damas de la revolución, la viuda del general Prím no asistió nunca más á estas ceremonias ni vistió de corte por el luto de su marido, á quien

idolatraba y cuyo culto conservó hasta el sepulcro; la esposa del general Topete y la marquesa de Mendigorría eran declaradas alfonsinas; la de Ruiz Zorrilla, dama de grandes virtudes domésticas, era refractaria á los espectáculos de ostentación, aunque muy sumisa á las opiniones de su marido: Sagasta no la tenía; las de Groizard, De Blas, Alonso Colmenares, Angulo, Gamundi y Malcampo, nunca habían hasta entonces ocupado una posición culminante en el ambiente de la alta sociedad. Había hombres públicos y ministros, como el marqués de Sierra Bullones, cuya mujer nunca en aquel tiempo puso los pies en Palacio. Las fiestas en el regio alcázar se reducían á regocijos de familia, de una familia *cursi,* como algunos periódicos dijeron entonces.

Pero al lado de este aislamiento, ¡qué espectáculo tan distinto el del mundo donde el nombre, la bandera y la esperanza de la restauración monárquica, y sobre todo la del príncipe D. Alfonso se movía! Al baile de la duquesa de Bailén, en su nuevo palacio de la subida del Retiro, dado el 14 del mismo Enero asistió todo el Madrid de la cuna y de la historia, de la opulencia y de la ilustración. Los domingos de la condesa del Montijo eran un jubileo, y como aquellos saraos llevaban el carácter de una verdadera manifestación contra la monarquía intrusa y de proclamación en favor de la legitimidad y de la historia, se prodigaron tanto, que de Reyes á Carnaval no hubo día sin alguna gran recepción, cualquiera que fuese su carácter, y muchas noches hubo dos ó tres en diferentes casas de familias distinguidas de la primera calidad, por lo que Cánovas del Castillo decía, que al despedirse los concurrentes á ellas no debían decir *¡Hasta mañana!*, sino *¡Hasta luego!* y esto sin término y sin fin.

Hubo repetidas tentativas de fundir unas sociedades en otras y de atraer los elementos leales de la antigua aristocracia hacia los de las instituciones artificiales que la revolución había engendrado, y en este terreno hicieron prodigios el ministro de Inglaterra, Mr. Layard, y el de Italia, conde de Ba-

rral, á los que quiso ayudar Adela Weisweiller, nacida en Madrid y que acababa de casarse con un inglés como ella, Mr. Ettling; pero los resultados no correspondieron á las esperanzas que se habían concebido. Los de Layard, que se habían adjudicado los lunes para su recepción en el edificio de la legación en la calle de Torija, tuvieron que pretextar una indisposición de Mr. Layard para suspenderlas indefinidamente; á las del conde de Barral no asistió nadie de nuestra aristocracia, y aunque á casa de los Sres. de Ettling, en la carrera de San Francisco, fué mucho mundo impelido por la reciprocidad del afecto y de la cortesía, los campos no se transigieron jamás. Adela Weisweiller, la señora de Ettling, era una verdadera española que desde la infancia estaba familiarizada con todos nuestros salones y con todas nuestras grandes familias, y la presencia en los suyos de los Bailenes con los Fernán-Núñez y de los Alcañices y Molins con los Vega de Armijo, no significaba, así como en otras casas ilustres donde esta misma conjunción era frecuente, sino la indestructible solidaridad de clase y de sangre.

El primer demingo que recibió á sus amigos la condesa del Montijo fué el 7 de Enero, después de sus lutos : el 8 hubo gran recepción en casa de los marqueses de Cervera, campo neutral, donde se defendían, bajo toda suerte de instituciones, de hecho ó de derecho, los intereses americanos; el 9, en casa de los Sres. de Ferrer, sostuvo la animación de la alta sociedad la alta banca, y el 10, los marqueses de Bedmar tuvieron su reunión semanal de los miércoles, esencialmente aristocrática y alfonsina. El 11, *chocolate* de los duques de Fernán-Núñez, concurriendo al palacio de Cervellón los grandes de la legitimidad monárquica; y el 12, por comienzo de año, según el rito griego, la marquesa de Alcañices lo celebró con una gran cena, á que sólo asistieron cuarenta invitados, y entre ellos solamente ocho señoras, que fueron las marquesas de la Torrecilla, de Bedmar, de Isasi, de Martorell y de Acapulco, la condesa de Castañeda y las señoras de Chacón. Los

sábados pertenecían á la condesa de Vilches para su teatro, y el 13 no hubo más que ensayo. El domingo, 14, lo compartieron la del Montijo con el conde de Puñonrostro; y el 15 las señoras de Alvarez, por días de Santa Eulalia, que lo eran de la infanta de este nombre y de la señora de la casa, hizo cantar en sus salones la ópera de Gounod, *El Médico á palos*, que en Madrid no se conocía, cantada por discípulos de Incenga, y cuya orquesta estuvo desempeñada por cuatro maestros concertistas del fuste de Beck, Mirecki, el marqués de Bogaraya y Hunt.

Desde esta fecha toman estos saraos todo el poderoso ascendiente de la más grandiosa magnificencia. El jueves 18, los marqueses de Vinent, en su palacio de la calle del Barquillo, sobre el antiguo solar de la casa del Príncipe de la Paz, al principio de este siglo, dieron un baile monstruo á todos los elementos cada vez más extensos de la restauración alfonsina, á que asistieron de gran etiqueta sobre cuatrocientas personas. Los yernos de la casa eran el vizconde Manzanera, después marqués de Hoyos, y Teobaldo Saavedra, uno de los hijos del duque de Rivas: en ambos, como en los dueños de la casa, hervía el entusiasmo y la fe por la causa que defendían, y aquel rayo de inspiración prestaba su brillo deslumbrante al festival de que hacían los honores. Toda la noche se bailó, y cuando llegó la hora del cotillón, hubo que habilitar dos grandes cuadros, uno dirigido por el marqués de la Romana y otro por el marqués de Sofraga. El viernes invitaron *á descansar* en su casa los marqueses de la Torrecilla, y el sábado fué la función dramática monstruo del teatro de los condes de Vilches. El director de escena era D. Florencio Romea, y la función constaba de tres piezas en un acto, expresamente arregladas para aquel proscenio: 1.ª, *Un Caso de conciencia*, de Octavio Feuillet, traducida por el marqués de Bogaraya; 2.ª, *Un Palco en la ópera*, de Jules Lecomte, traducida por el mismo; 3.ª, *El Muerto al hoyo*, de Feuillet también, traducida por el marqués de Molins. En todas hizo de protagonista

aquella condesa de Vilches, dueña de la casa, tan linda, tan displicente, tan nerviosa: Bogaraya trabajó en sus dos traducciones; en la primera con Tonico Romrée, después marqués de Roncali, y con Carlos Frígola, el barón del Castillo de Chirel; en la segunda con mistress Lilburn, Carlos Frígola y Baeza. En la tercera trabajaron con la condesa mistress Lilburn, Frígola y Arnaiz. El entusiasmo que regía estos espectálos no hay pluma que lo describa. El objeto del culto y de la admiración de todos era aquella condesa, cuya hermosura era un portento, su trato una atracción irresistible, su conversación un vértigo¡y su talento una seducción. Poetisa, novelista, soñadora, aquella mujer arrebataba.

El domingo 21 no lo tenía dispuesto la condesa del Montijo más que para una de sus reuniones ordinarias; pero aquella sociedad de entonces era una sociedad lanzada, se movía como por resorte y en su movilidad daba toda su máquina. Todo lo asaltaba, todo lo agitaba, á todo prestaba improvisadamente el fuego de su animación. La condesa, algo indispuesta, se retiró aquella noche á sus habitaciones reservadas, y sus nietas las jóvenes duquesas de Galisteo y de Montoro y su sobrina Enriqueta Cabarrús, quedaron hechas dueñas de la casa. Se bailó como nunca, se cenó como nunca y se dejó que la luz del día siguiente sorprendiera aquel idilio de parejas entregadas aún al torbellino del cotillón.

Pero las fiestas magnas de Enero de 1872 quedaban todavía en los programas del almanaque: las fiestas magnas de aquel mes eran el día 23 el gran baile que para celebrar el Santo del príncipe D. Alfonso, se preparaba en casa de los condes de Heredia Spínola, y la mazurka que para el 27 dispuso en su palacio de la calle de Alcalá la marquesa de Alcañices. Al primero de estos bailes fué invitada toda la aristocracia española; toda asistió, todo el generalato, que concurrió en máxima parte, todo el mundo político y el alto mundo de la inteligencia filiado á la bandera del rey Pacificador. Nadie faltó en su puesto. Los uniformes, las grandes condecoracio-

nes que habían quedado proscritas desde 1868, aquella noche salieron á solemnizar la conmemoración del rey ausente. Las damas fueron vestidas de corte, como si asistieran á un besamanos. En todos los pechos, en todos los prendidos y en todos los ojales de los fracs se ostentaba una flor de lis de plata. Era la palabra y la insignia de orden. Cada flor de lis era la imagen del rey y el latido de amor por él. No hubo fórmula de concretar nombres: todos los elementos directivos y de honor de la sociedad española. Aquella manifestación aterró la casa de D. Amadeo de Saboya: hasta entonces no adquirió la convicción profunda de que él jamás podía adquirir la corona del derecho sobre la voluntad de protestantes de tanto peso. Aquella noche resolvió su renuncia, abandonándola luego al tiempo y la oportunidad. *La Epoca* relató el suceso y suscribió esta frase: *Nadie olvidará el baile del 23 de Enero de 1872 por el carácter que lo ha distinguido.*

Mas aunque el 24 volvió á recibirse en casa de Bedmar y el 25 en casa de la Torrecilla, la segunda parte del baile del 23, disfrazada detrás de una *mazurka,* la preparó la duquesa de Sexto, mujer en quien la sangre era lava y el genio fluido imponderable. Los salones soberbios del palacio de los antiguos marqueses de los Balbases, se inundaron de toda aquella multitud del blasón, de la coquetería, de la elegancia y del buen tono. Se bailó sin cesar, se habló sin cesar, se soñó y se deliró sin cesar, y la duquesa prestaba la propia inquietud de su espíritu al torbellino general. El sarao empezó á las diez y media de la noche, prosiguió en las primeras de la madrugada y continuó hasta que le inundó la luz del día, penetrando el primer rayo del sol matutino por entre los diáfanos cristales de aquella larga serie de balcones que caían sobre el amplio salón del Prado. Entonces corrió con celeridad eléctrica de corro en corro y de grupo en grupo una voz, un aviso, una orden, y de pronto, delante del sencillo altar de una preciosa capilla, viéronse arrodilladas fervorosamente cuatrocientas almas creyentes. ¡Bellísimo cuadro ofrecía, á la luz

incierta del crepúsculo alboreante, aquel inmenso grupo de grandes damas, bellas é ilustres, cargadas y adornadas con los encajes y las joyas del baile, coronadas de brillantes y de flores, inclinadas allí, al pie del sacerdote y unidas todas por un voto común y un ansia poderosa del alma á un pensamiento unánime y á una unánime esperanza, depositadas en la fe de Dios sobre el altar de la patria! Aquella escena sublime se refería aquella misma noche en los salones de la condesa del Montijo, y la noble dama, como si el relato fuera para ella eternamente nuevo, llena de dulce emoción lo demandaba con todos sus detalles á cada uno de los que llegaban. Algunas de las personas á quien ella profesaba más intenso cariño, y que se quejaba de no haber asistido, le dijo: *Ya asistirás á otra misa igual.—¿Y cuándo, condesa?*—le preguntó la favorecida, á lo que la condesa le respondió al oido.—*¡El día de la víspera!*

No hay que decir que esta suma de manifestaciones de las altas clases sociales en Madrid, que ya repercutían en todas las capitales y pueblos importantes de las provincias, herían profundamente en su aislamiento á los príncipes de la casa de Saboya que habitaban nuestro palacio real. El duque de Fernán-Núñez, tuvo sobre estos asuntos una conferencia íntima con la condesa del Montijo, y poco después se anunció la visita de la reina María Victoria á algunos establecimientos de beneficencia de que tenía el alto patronato la junta de damas nobles, de que la condesa del Montijo era presidenta. Al llegar reina solitaria del trono, á las puertas del primero de estos establecimientos, la condesa del Montijo, madre de la emperatriz Eugenia y dama de S. M. doña Isabel II, acompañada de otras damas de la misma sangre, lealtad é historia, salieron á recibirla y la honraron como era debido á la majestad en que se le había colocado. La reina María Victoria regresó á palacio profundamente emocionada, y contó al rey Amadeo lo acontecido, llorando de gratitud. Fué el último sincero homenaje de respeto que recibió aquella ilustre señora mientras residió en España.

VIII

Existe un documento muy curioso de la guerra de sociedad del año de 1872, en que se echó por tierra el castillo de naipes que la revolución de 1868 había construido con la monarquía intrusa de D. Amadeo de Saboya, siendo la ilustre jefe y decana de la aristocracia española restauradora del trono secular la nobilísima condesa del Montijo; la estadística de los grandes saraos que se dieron durante aquella temporada de invierno desde el 29 de Octubre y los bailes en que tomó parte la bellísima é ingeniosa dama que la formó. La condesa del Montijo tuvo diez y siete grandes bailes; ocho lady Layard; cuatro el marqués de Bedmar; tres respectivamente los duques de Fernán Núñez, los marqueses de la Torrecilla, los marqueses de Alcañices y los duques de Bailén; dos cada uno de los marqueses de Molins, los condes de Puñonrostro, los marqueses de Vinent, los barones de Caunitz y los señores de Ettling y uno los señores de Castro, Artena Maquieira, el conde de Heredia Spínola, el marqués de Cervera, la señora de Hoyos, la condesa de Superunda, los duques de Almodóvar, los Sres. D. Jesús y D. Eduardo Sancho; es decir sesenta grandes saraos, sin contar las pequeñas reuniones íntimas de los condes de Larochefoucauld, D. Emilio Sancho, el ministro de los Estados Unidos general Sickles, los marqueses de Cervera y otros. Hubo además tres representaciones dramáticas en el palacio del Montijo, dos en el de la condesa de Vilches y uno en el de los duques de Medinaceli, y cuatro bailes de niños en casa de los marqueses de Alcañices, duques de Fernán Núñez, lady Layard y el marqués de la Torrecilla. La dama

que llevó esta estadística, y que asistió al mayor número de estas fiestas sociales, bailó en la temporada 232 rigodones, 260 walses, 50 polkas; 10 mazurkas y 58 cotillones.

De estos saraos que no se han descrito fueron notables y dignos del honor de la historia: 1.°, el *Minuet* resucitado el 10 de Febrero en el palacio de los duques de Bailén y repetido el día 11 en los salones del Montijo; 2.°, el gran baile de los duques de Fernán Núñez, para celebrar el Toisón de oro, que le fué concedido, y para cuyo sarao se abrieron los salones del piso principal, cerrados desde Febrero de 1865 y que contienen el gran museo pictórico de la casa ducal; 3.°, el gran baile de la casa del Montijo el domingo de Carnaval, 11 de Febrero, con asistencia de ochocientas personas invitadas entre el mundo más escogido de Madrid. De todos, el que hará siempre más historia es el *Minuet*. El maestro Barbieri fué el encargado de organizarlo. Lo ensayaron primeramente las duquesas de Bailén y de Baena, las marquesas de Molins, de la Romana, de la Torrecilla y de Martorell, la condesa de Villapaterna y la señora de Lasala, actual duquesa de Mandas. Las parejas eran los marqueses de la Romana, de Martorell y de Bogaraya, los condes de Peña Ramiro y de Cantillana, el primogénito de los condes de Puñonrostro, Mr. French, secretario de la legación de Inglaterra y el Sr. Baeza. No obstante, la noche del baile, Bogaraya y Martorell fueron sustituidos por el marqués de Aranda y el conde de Echauz, y en la repetición en casa de Montijo, Martorell hizo las veces de Mr. French. El espíritu de la reina María Luisa, no sólo fundadora de la orden de las Damas Nobles que aun ilustran su pecho con sus insignias, sino alma de aquellos tipos populares que eternizó el pincel de Goya, flotó en aquel centro donde se luchaba entre frivolidades elegantes en pro de los derechos de su nieto, dando á los trajes, que para aquel baile se vistieron, el corte y aires graciosos y gallardos de los de las majas tituladas del principio del siglo. Colores brillantes en faldas y justillos; un mar de madroños de seda cayendo en redes de oro sobre las formas

contorneadas por los estrechos vuelos del traje, la falda corta, el zapato bajo, la media de seda, la cabeza empolvada, la manga ceñida, el cuello circundado de hilos de corales y perlas; el cuadro resultó encantador. Las duquesas de Bailén y de Baena, la señora de Lasala, la marquesa de Molins y la condesa de Villapaterna querían conservar su aspecto grave, majestuoso y severo; mas á las marquesas de la Romana y de Martorell, la animación de la gracia y de la vivacidad nativas les iluminaban la fisonomía y les salía por los ojos, hechos ascuas. La de Torrecilla combinaba su habitual expresión con la solemnidad impuesta por el ceremonioso baile que inmortalizó á Vestris. En cuanto á los espectadores, pocas veces se ha visto un número tal de personas de semejante condición como las allí reunidas, tan atentas, tan recogidas, tan inmóviles, tan silenciosas, observando sin pestañear los menores detalles. Las señoras se habían encaramado en los sofás y sobre las sillas; los hombres permanecían agrupados, apiñados, de pie y muchos sobre las puntas de las botas. Cuando el baile llegó al último compás, un atronador aplauso le puso fin.

Aun de las que no entraban en el cuadro de aquel baile, muchas llevaron empolvado el cabello, prestando una gracia extraordinaria á mujeres como la Valmediano, de fisonomía tan picante y expresiva, á Chichita Martos, actual condesa de la Corzana, á la bella marquesa de Guadalest y á tantas otras. Piedad Martínez de Irujo se colocó, además, su colosal peineta de teja, con la que estaba idealmente encantadora, y la condesa de Guaqui, que reaparecía en sociedad después de una larga ausencia, decía que le parecía salir de un sueño. La condesa del Montijo quiso ver aquel baile, y á la noche siguiente el salón en masa, con sus parejas, su música y todo, de la subida del Retiro se trasladó al palacio de la plaza del Angel. Allí el *minué* acabó de recibir su consagración.

Entre estas fiestas, y la realización final del sentido que se las daba, quiso interponerse la muerte, cubriendo de luto por un lado una gran parte de nuestras casas blasonadas, por otro

la del Montijo, adonde las penas íntimas y profundas tomaban su cruel alternativa con sus grandes deslumbramientos. Estaba considerado el marqués de Miraflores, á quien hirió la muerte, como el patriarca de la nobleza española y uno de los patriarcas también de la fidelidad borbónica. Su estrecho parentesco con un gran número de las casas más principales, las ponía en la obligación de un luto, que era en esta ocasión un doble rendimiento y una doble obligación del cariño y el respeto; pero ni aun así la corriente de aquel movimiento se contuvo. Lo mismo sucedió en la casa del Montijo, donde la implacable guadaña cortó el hilo de la vida á la condesa viuda de Cabarrús, única hermana que la del Montijo tenía. Su cariño hacia ella era tan intenso y tan conocido, que la duquesa de Malakoff, desde París, hizo un viaje á Madrid en aquella ocasión, con el exclusivo objeto de tomar parte en su dolor. En la sociedad juvenil también habían caído existencias llamadas á más lozanos florecimientos, como Blanca Osma, la joven marquesa de Povar, y Narcisa Ezpeleta, la joven marquesa de Albentos.

Todavía la del Montijo no se hallaba repuesta de estas pesadumbres y un nuevo dolor vino á acibarar las angustias de su ánimo con la muerte del emperador Napoleón III y la viudez de su ya única hija la emperatriz. Con estas tristes novedades, al año de actividad de 1872 sucedió un año de atonía en el de 1873; pero ya la campaña casi estaba hecha. El movimiento de la opinión había tomado un vuelo irresistible, y aunque las ideas revolucionarias se defendían amparándose en sus últimos extremos, la victoria definitiva no había más que esperarla de la propia madurez de las semillas germinadas. Desde el 11 de Febrero el trono quedó de nuevo vacante por la renuncia y la casi fuga del rey D. Amadeo. La república que le sustituyó no fué, ni podía ser, sino un monstruo feroz que se devorara á sí mismo, y de este modo sucedió.

Ocurrió en el otoño de aquel año un nuevo suceso domés-

tico en la familia de Montijo, que volvió á sacar á la noble condesa del retiro en que la encerraron en Carabanchel tantos dolores acerbos; pero esta vez no era el suceso lúgubre, sino alegre, y luz de amor y de esperanza. El 20 de Octubre, en la preciosa capilla del palacio de Liria, celebráronse en familia las bodas de la duquesa de Galisteo, la mayor de las hijas de la duquesa de Alba, con el joven duque de Tamames. En nombre del príncipe D. Alfonso apadrinaba aquel acto el marqués de Villapaterna; la condesa abuela tenía el honor de recibir la misma representación de madrina de parte de la reina doña Isabel. Asistió la noble señora muy emocionada á la alegre ceremonia entre las cien personas del círculo de familia é íntimo de la amistad que fueron invitadas á ella, y aunque los novios aquel mismo día se ausentaron de Madrid, acompañados únicamente del duque de Huéscar, hermano de la novia, para pasar la luna de miel, y aunque, después del banquete ofrecido aquella noche en solemnidad del suceso, en el palacio de la plazuela del Angel á los asistentes de la mañana al de Liria, la condesa regresó á su quinta, los deberes contraídos consigo misma en treinta años de dirección continuada sobre la sociedad selecto-española volvieron á reclamarla al trono de aquella dirección.

Algunos nobles, entre ellos la condesa de San Luis y la marquesa de Almanzora, habían inaugurado el año de 1874 abriendo á la sociedad aristocrática palenques sin excesivos esplendores donde congregar á los paladines de la buena causa. Pero ya todo esto era innecesario. Como en 1873 cayó la monarquía por sí misma, la república se había suicidado el 2 de Enero del nuevo año, llevándola sus intemperancias á la intervención de la fuerza militar para salvar al país de una anárquica dictadura. Aun los revolucionarios de 1868 habían conseguido alzarse otra vez con el poder supremo. Pero, ¿á dónde irían? ¿cuál era su camino? Cediendo ó resistiendo, aquella situación no tenía más término posible que la suspirada restauración. Optaron por el camino más largo, creyendo ha-

cerse potentes con el prestigio de la guerra. Pero el Dios de las batallas les tenía vueltas las espaldas, y su gobierno no era sino una ocupación pasajera, por no querer los que contaban con el triunfo próximo y seguro de la causa del derecho y del imperio de la opinión racional, agravar los males de la patria, que eran tan grandes, con nuevas causas de sangrienta resistencia. ¡Así se les toleró un año más!

El 15 de Febrero, la condesa del Montijo inauguró por última vez sus domingos tradicionales; y el mismo día invitó la duquesa de la Torre para un baile de niños en el palacio de la Presidencia. A la plaza del Angel asistió todo Madrid; en la presidencia la generala Serrano recibió con traje *alto*, auns que con joyas. Con la condesa del Montijo recibían sus nietalas duquesas de Galisteo y de Tamames, y su hermana la duquesa de Montoro, y con ellas, y aún de medio luto, la condesa de la Nava del Tajo, Enriqueta Cabarrús; todos los hombres llevaban al ojal la flor de lis, y todas las damas en la cabeza. Aquél invierno no hubo bailes grandiosos; aquél carnaval ni aun casi máscaras, pero sí alarmas espantosas en el Prado. La música y el canto, el tresillo y la amable conversación se hicieron las únicas distracciones posibles de una sociedad sin movimiento, y que aquel verano ni aun pudo alejarse de Madrid por la ocupación de los carlistas en toda la frontera. Ni aun á la temporada de Carabanchel pudo dársele la animación de otras veces. Cerrados todos los horizontes por una situación á la que era criminal robustecer, y criminal combatir provocando resistencia, que es lo que anhelaba para volver á impetrar el favor de la opinión plebeya, cuando el 7 de Noviembre la condesa volvió á instalarse en su palacio de Ariza, se rodeó de poetas y de gentes de ingenio, que recreaban sus reducidas reuniones con lecturas literarias. Ni aun el santo de la emperatriz se celebró el día 13. Leyeron hasta dramas inéditos Retes y Echevarría, y Escobar, el director de *La Epoca,* que fué después primer marqués de Valdeiglesias, la comedia *Donde menos se piensa...*, escrita por una jo-

ven condesa que publicaba versos patrióticos en aquél periódico con la firma de *Una dama alfonsina.*

No obstante, conforme Diciembre avanzaba, la sociedad de la condesa del Montijo se iba animando, y en vísperas de Nochebuena la condesa dispuso una representación teatral, y tras de ella, un acto que era el cumplimiento de una promesa hecha dos años antes. Las obras elegidas para la representación fueron *Un elijan* y *Doce retratos, seis reales;* los actores la marquesa de Folleville, Pura Alaminos, el joven duque de Medinaceli, Santiago Liniers, Miguel de Cervantes y el niño Bejarano, hijo de la condesa de la Nava del Tajo; el público, por último, el de las grandes solemnidades de la casa, ó, lo que es lo mismo, toda la aristocracia histórica, toda la superioridad política y toda la literatura restauradora. Muchos poseían el secreto de los sucesos; todos la esperanza. Con todo, algunos se preguntaban:—*Y hoy esto, ¿por qué?*—No faltó quien dijo: —*¡La Cena de Navidad!* y Retes leyó unos versos para pedirla.

La cena, en efecto, fué como de aquella casa: al concluir, las damas de repente se eclipsaron, y á poco reaparecieron unas con mantillas negras, las más con mantillas blancas. Hubo una leve señal, y de la mesa todo el concurso pasó á la capilla y al pie del altar.—*¡Oh! ¡La Misa del Gallo! ¡Qué buena ocurrencia!*—se dijeron algunos. Otros observaron á una linda dama, de las más queridas en aquel palacio, la cual se acercó á la noble condesa del Montijo para decirla:—*¿Pero hoy es la víspera?*—La condesa se sonrió dulcemente y la estrechó un fino papel entre las manos. La dama, movida de la curiosidad, no tuvo paciencia para esperar unos segundos. Se acercó á un ángulo donde irradiaba la luz. Abrió el papel que tenía de la noble condesa. ¡Era el *manifiesto de Sandhurst!* ¡Seis días después había sido proclamado solemnemente D. Alfonso XII rey de España!

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Sediciones.—Opinión de Fernando el Católico sobre los letrados (abogados).—Abajo los políticos.—Fechorías de los moderados.—Motín militar de 1854.—Soy polaco sin saberlo.—Batalla de Vicálvaro.—Revolución de Julio.—El pueblo que roba y mata no es el pueblo, es pillería.—Derramo sangre en abundancia por ó en contra de la libertad.—El asistente leal.—El que no se consuela es porque no quiere.—Barricadas ó borricadas.—Las antífonas de la reina doña Germana.—Jugar á los soldados.—Parientes y políticos.—Juan Colchón.

La obediencia pasiva, que sin ella no puede haber ejércitos, se trueca en grandísimo daño cuando se pervierte el sentido moral y se aparenta es acción patriótica abusar de la confianza que en los que mandan tropas deposita el gobierno. El jefe lleva como un rebaño á sus subordinados por medio de la disciplina á que mueran y maten sin saber por qué. Jamás se consulta á los inferiores ni puede hacerse. Los pobres soldados, en Torrejón el año 1843, Vicálvaro el 54 y Alcolea el 68, se batieron por una causa que no les importaba ni comprendían. La idea de la patria sólo se ve clara cuando se defiende contra el enemigo extranjero, se vengan insultos de éste, se pelea por conservar la integridad de la nación ó se va á conquistar tierras extrañas. En 1860, los batallones que Ortega desembarcó en la Rápita ignoraban el objeto que llevaba su general. El 66, los artilleros murieron sin saber qué se proponían los sargentos que los mandaban. Los soldados que el 83 se sublevaron en Badajoz por la república eran

en su mayoría vascongados y realistas. Oficiales hay que faltan á su deber engañados, y cuando conocen que lo han sido temen cometer mayor delito separándose de la bandera que juraron. Otros arrostran el compromiso por creer que los tendrán por cobardes si se separan. Si la opinión pública, en lugar de ensalzar á los que promueven los pronunciamientos los despreciasen, no se repetirían. Para los políticos, la libertad ó el despotismo es un pretexto. Tras las revoluciones triunfantes aparecen los entorchados de un capitán general ó de un presidente del Consejo de ministros. También éstos los llevan. El militar que los ayuda convierte en sambenito el honroso uniforme del ejército.—El gran poeta Calderón dice:

«Señor, á hombre sedicioso,
aunque en tu favor lo sea,
no le honres; que es hacer
al delito consecuencia.»

Los militares y paisanos ambiciosos que se dedicaban á la política conspiraban. Si en España hubiera diez y siete millones de presidentes del Consejo de ministros, nadie se habría sublevado. Los oficiales, en su inmensa mayoría, rabiábamos al saber las injusticias atroces que se cometían, sobre todo en infantería. Así pasamos del año 50 al 54. En Madrid se formó un comité de generales para echar del gobierno á Bravo Murillo y después á Sartorius. Entraron en la conjura los jefes de regimiento que aspiraban á ceñirse la faja, no importándoles fuera á favor del moro Muza. Los Conchas descontentos. Cuentan que un grande de España preguntaba todos los días á su criado: ¿Están satisfechos los Conchas?—Parece que sí —le respondía.—Pues podemos dormir tranquilos. O'Donnell y otros generales se ocultaron. Los que se pronunciaron en 1841 y 43 trataban de verificarlo el 54; algunos lo repitieron en la gloriosa del 68. Los militares y las mujeres se parecen. En faltando una vez... siempre. Oí referir que Blasser, minis-

tro de la Guerra, enseñó al director de caballería, un anónimo; le avisaban que todos los regimientos del arma mencionada los sublevaría Dulce; éste, para despistar al ministro, le presentó otro anónimo igual y aseguró no faltaría á sus juramentos. En Febrero se insurreccionó el brigadier Hore en Zaragoza y lo mataron. Era pronto; no habían conseguido completar los generales el número de coroneles que necesitaban para llevar, por medio de la subordinación, engañados, á que se matasen oficiales y soldados por militares desleales y abogados habladores. Unos y otros son culpables de que perdiéramos el continente americano.

El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, testigo ocular, atribuye á los letrados (abogados), las calamidades que sobrevinieron en Tierra Firme y el Perú. «E non sin causa mandó el Rey Católico, de gloriosa memoria, que non pasasen letrados á Tierra Firme, porque la verdad es que ellos han sido causa de cuanto mal en ella hay.» También en la Península. Cuando en 1895, pasaron por delante del Congreso de los Diputados las primeras tropas que marcharon á Cuba á sofocar la insurrección, oí gritar: Abajo los políticos; los que todo lo esterilizan con su baba menos el entusiasmo de los españoles para defender la integridad de la patria. El 29 de Agosto de 1895 leí en un periódico: «Personajes políticos de la corte recibían cantidades enormes de dinero, á cambio de la impunidad que garantizaban á los protegidos de Ultramar. Por el mismo año 87 se decía, allá en la Habana, que un ex republicano que ya no existe, recibía *tres mil pesos* diarios.» Aunque se rebaje la mitad de la mitad, como de dinero y calidad, era mucho robar.

Los moderados de 1843 á 1854 lo fueron tan poco, en lo que se refería al ejército, que hicieron tenientes generales á tres mariscales de campo que tenían igual nombre, para que recibiesen en el mismo día la noticia de su ascenso. Un ministro concedió dos empleos redondos á cada uno de los

ayudantes de Narvaez el día de San Ramón. A un general le ofrecieron la cartera de la Guerra si prometía echar de la Península á otro que obsequiaba á una señora. Un ministro, al servirle á la mesa su criado, le entregó el despacho de alférez de carabineros, diciéndole: Retírate; ya eres caballero. Al hijo de un funcionario, por no estudiar, salió del colegio le hicieron alférez de infantería y era brigadier cuando sus compañeros no habían pasado de capitanes. Se contaban á docenas las carreras improvisadas; había quien vió asombrado que mientras permanecía en el mismo empleo, el alférez de su compañía, sin encontrarse en campaña, llegó á coronel. Recuerdo los nombres. Los que mandaban no querían disimular tales picardías, ni les importaba la desesperación de los perjudicados. El cinismo estaba en su apogeo. *El Memorial de Infantería* publicó que á un teniente le habían concedido el grado de capitán sin antigüedad, en el número siguiente, la antigüedad en el grado, y en otro el empleo, en atención á sus méritos y circunstancias, fórmula ó muletilla para cometer injusticias. Mejor era haber hecho de una vez capitán al feliz mortal, que no llamar tres la atencion de los oficiales que murmuraban con motivo.

La antigüedad, el mérito, los servicios, amor á la carrera y honrada ambición de nada servían. La adulación, la amistad, el parentesco, eran medios únicos para adelantar pronto en la milicia. Decían que abonando la diferencia de sueldo de un empleo á otro se conseguía el ascenso, que las mujeres que se presentaban á solicitar en nombre de los que pedían, estaban seguras á costa de su deshonra de conseguir un real despacho. A cientos se hacían los alféreces, algunos recién nacidos, por gracia ó por las gracias de sus mamás. Los hijos de general ó ministro solían venir al mundo con la charretera en el hombro izquierdo. El militar que convertía la subordinación en vil bajeza, no paraba dos años en el mismo empleo. Los gobiernos anteriores al pronunciamiento de 1854, cometieron mil iniquidades en el ejército. Todo tiene razón de ser; hasta las insurrec-

ciones, que deshonran á los que las promueven, á los que dan motivo con sus injusticias y á la nación en que se verifican. Para ascender los que carecían de influencia, no había otro medio en las armas generales que sublevarse. Tales causas contribuyeron á la revolución de 1854, preludio de la de 1868.

Era presidente del Consejo de ministros D. Luis Sartorius, conde de San Luis. Por ser hijo de un polaco, llamarian polacos á la fracción de los moderados que capitaneaba. A su talento debió llegar desde periodista á tan alto puesto. Entonces se inventó la palabra polacada, equivalente á nepotismo, soberbia y corrupción administrativa.

El 28 de Junio de 1854, el general D. Domingo Dulce, con pretexto de pasar revista de monturas á los regimientos de caballería que había en Madrid, los reunió en el Campo de Guardias, los entregó á D. Leopoldo O'Donnell, que al grito de moralidad, faltando á ella, se sublevó contra el gobierno. De infantería se le agregó el regimiento del Príncipe. Un sargento de Extremadura trató de sacar del cuartel á su compañía, le condenaron á muerte, le hicieron teniente, se insurreccionó el 66, llegó á coronel oficial del ministerio de la Guerra el 73, y era un cuadrúpedo.

La reina regresó del Escorial y el 29 revistó la infantería. En la corte no había quedado un caballo del ejército ni para remedio. Por la deslealtad de Dulce comenzó la guerra civil; el año 60 firmó la sentencia de muerte de Jaime Ortega, que fusilaron por sublevarse, contribuyó á la revolución del 68 y lo silbaron las turbas en Santander cuando los españoles lo expulsaron de Cuba en la primera insurrección separatista.

Desventurado fué para mí el año 1854. Contra mi voluntad me cambiaron de regimiento, llegué á Madrid el 27 de Junio y el 28 me presenté al coronel. Este dijo:—Me contestó V. no quería variar de suerte; la suya es hallarse aquí sin desearlo.—Llega á la hora de repartir los panecillos... Después de cuarenta y dos años, me dura el amargor de ellos. Recibí

cuatro heridas, me llamaron cobarde y polaco. Acababa de pronunciarse O'Donnell el mismo día.

La mañana del 30 pasé por el palacio de la reina Cristina. Lo custodiaba una compañía de guardia municipal. El capitán exclamó al verme: ¡Qué ocasión he perdido de hacerme célebre! Un centinela ha detenido el coche donde iba el presidente del Consejo de ministros, he pensado colocar un guardia en el pescante, meterme en el carruaje con Sartorius y llevarle á O'Donnell. No lo he verificado, porque ignoraba vendría por aquí y necesitaba uno que me secundase. La idea era diabólica; á mí no me ocurriera jamás, pero hubiera evitado el sacrificio de muchas víctimas inocentes. El referido capitán, muy capaz de ejecutar lo que me dijo, se batió con gran valor el 18 y 19 de Julio siguientes contra los revolucionarios, apareció en una revista cómica y en una corrida de toros, lo silbó la canalla sin que se atravieran con él. Murió en Cuba de teniente coronel, defendiendo la integridad de la patria. Servimos juntos en el regimiento de Zaragoza, pasó á carabineros, le encausaron, me nombró defensor, cuyo cargo me proporcionó molestias y disgustos. La mujer de mi antiguo compañero, más fea que Picio, me dijo que como yo no era alto, grueso ni cerrado de barba no sabría leer la defensa ni haría efecto en los jueces. La repliqué que debían buscar en mi lugar un macho cabrío. Condenaron á mi defendido á cinco años de prisión, le indultaron, le premiaron con el empleo de capitán y le destinaron á infantería que admitía sin protesta el deshecho de toda fuerza armada.

La tarde del 30 en los campos de Vicálvaro se vió un espectáculo tristísimo y horrible. El general Blasser con siete batallones, dos baterías, un regimiento de caballería con lanzas sin banderola para no confundirse con los insurrectos y un escuadrón de la guardia civil, esperó, formando cuadros la infantería, las repetidas cargas de los veintitrés escuadrones que mandaban O'Donnell, Dulce y demás generales que después modestamente se llamaron así mismos «los doce hombres

del corazón». Un estúpido desafío entre hermanos sin odio ni haber recibido la menor ofensa. Se asesinaban por la disciplina que los llevaba á morir y á matar convertidos en máquinas; todos obedecían sin darse cuenta; varios oficiales de caballería, ignorando adonde iban, llenaron de paja los maletines de grupa. La infantería rechazó á la caballería, cayeron destrozados por la metralla jinetes y caballos; ninguno pudo atribuirse la victoria. Los sublevados se retiraron á Vicálvaro y nosotros á Madrid. A los muertos los enterraron; caiga sobre los culpables el desprecio de la historia y la sangre inocente que se derramó.

La reina, cuyo generoso corazón la indicaba el único medio de evitar la lucha fratricida, quiso montar á caballo para interponerse entre los que se preparaban á combatir y volver á su cabeza. El gobierno se opuso á un acto que hubiera inmortalizado á Isabel II.

Yo formé en la segunda línea con parte de mi regimiento; al coronel no le vimos; se propuso sobrenadar en el naufragio sin peligro. Cínico en alto grado, expuso en la reunión de los que debían pronunciarse que odiaba al gobierno, que le impedía tomar parte en el movimiento el afecto personal que sentía por uno de los que mandaban y que ponía su regimiento á disposición de los conjurados. Si éstos vencían, le harían brigadier; si eran derrotados, recibiría premio por haber escurrido el bulto. Ciencia infusa que se aprende sin maestro al perder la vergüenza. Del regimiento se marchó con los insurrectos un comandante que murió de general. Otro, á pesar de sus tres cruces de San Fernando, ideas políticas exageradas, valiente, instruído, de talento, como fué leal, no pasó de coronel. Era preciso ser muy bueno para no concluir en rematadamente malo.

Al comenzar la pelea vi un niño, trompeta de caballería, herido, que llevaba sobre la perilla de la montura un guardia municipal. La primera víctima. Quedó inútil. En 1879 le encontré en León pidiendo limosna.

O'Donnell se dirigió al sur con su lema: *Desterrar la ponzoña del agiotaje.* No lo consiguió al llegar al poder. Para no emigrar á Portugal, acudió á los progresistas que aborrecía. En Manzanares el 7 de Julio ofreció en un manifiesto restablecer la milicia nacional que despreciaba, la ametralló á los dos años, y añadía: «Nosotros queremos la conservación del trono, pero sin camarilla que lo deshonre.» El mismo día en Tembleque reunió Blasser las tropas para perseguir á los pronunciados. El 17 dimitió el gobierno al saber la sublevación de Barcelona. Isabel II nombró á D. Fernando Córdoba presidente del Consejo de ministros. Las autoridades militares abandonaron sus puestos. Es inconcebible puedan verificarlo cuando se altera el orden público ó existen enemigos que combatir. La misma razón, igual derecho tienen los jefes y oficiales de los regimientos, en cuyo caso quedarían solos los soldados, únicos que sirven contra su voluntad, y se haría imposible el orden social. En el ejército no deben existir políticos. Al salir el populacho de la plaza de toros, comenzó el motín en Madrid.

Los ministros caídos y los levantados por pocas horas no pudieron hacerlo peor. Sin importarnos unos ni otros, los que cumplimos bien quedamos mal y pagamos los vidrios rotos. Sartorius provocó la revolución, lo mismo que González Brabo en 1868. Ambos, como el cura de Gavia, bajaron del púlpito repitiendo: «Ahí queda eso.»

«El pueblo que roba y mata,
no es el pueblo, es pillería.»

dijo el poeta Ayala, moderado el 54 y revolucionario el 68, para llegar á ser ministro.

La lucha entre la pillería y el valiente coronel Gándara, que se halló en las barricadas de Madrid el 48, comenzó la noche del 17; pidió dos compañías para ahuyentar á balazos á los que robaban las alhajas y quemaban los muebles de su

amigo D. José de Salamanca. Lo mismo hicieron en el palacio de la reina Cristina, en la casa de Sartorius y otras.

Dijeron que uno de los incendiarios se vengó de un ex-alcalde de Madrid, que hizo dar á su padre, contratista de la plaza de toros, una vuelta por el redondel para que el público le insultara y maltratase, de cuyas resultas murió.

Me hallaba de guardia en el cuartel del Soldado el 17 de Julio.

Un grupo de desharrapados dirigido por un señorito raquítico, que llevaba sombrero blanco y un bastoncillo, se presentó ya de noche en la imprenta de *El Heraldo*, situada junto al cuartel, al cual, acababan de traer á un capitán de Estado Mayor, que le habían apaleado después de matarle el caballo. Ya se disponían á pegar fuego á la puerta de la redacción, cuando le dije al cabeza de motín no podía permitir llevasen á efecto su propósito:—¿Sabe V. que *El Heraldo* es un periódico infame?—me preguntó el de la chistera. — Phs; aunque escriba en él Satanás, tengo obligación de oponerme á que destruyan un establecimiento bueno ó malo, contesté. —El mequetrefe, al ver no podía ejecutar su heroica resolución, gritó con voz atiplada:—En nombre de la libertad de imprenta se perdona al periódico *El Heraldo*. Sería algún abogadillo; por tan estupenda hazaña lo harían gobernador civil. Tal vez llegaría á ministro.

Los revolucionarios no nos hostilizaron hasta el 18 de Julio. El primero que sacrificaron fué un pobre quinto que ni fusil tenía. Se asomó á la ventana para hablar á su madre, le disparó un valiente y cayó la gorra con los sesos sobre la infeliz mujer. De seguro premiarían tal heroicidad. Se prohibió á los soldados se expusieran inútilmente, se colocaron dos fuera del edificio, y algunos respondían á los tiros que les disparaban desde las buhardillas inmediatas. Ignorábamos lo que sucedía en la capital; ni siquiera que habían nombrado gobernador de la plaza al antiguo partidario carlista, El Pep del Oli (D. José Pons).

A las tres de la tarde del 19 llegaron al cuartel dos compañías para llevar municiones al ministerio de la Guerra. Como algunos oficiales que se hallaban en el cuarto de banderas se hacían el remolón, me dijo el comandante de la fuerza si quería reconocer una barricada que levantaban en la calle de San Marcos. Yo era el único á quien no le correspondía el referido servicio. Marché con sólo dos soldados, que no dejé pasar de la esquina de la calle de la Libertad. El valor es el arte de disimular el miedo. Para que no creyesen que yo lo tenía, me coloqué en mitad del arroyo, mirando á la calle de San Marcos. Jugaba con el sable envainado, haciendo el molinete con los dedos; un patriota noblemente escondido detrás de una cortina, apoyando la escopeta en el hierro del balcón, á la distancia de veinte pasos me tiró, con la calma y tranquilidad del que no corre riesgo. No pude contener un ¡ay! La bala atravesó dos veces el brazo derecho, rompió los tendones y la vena humeral. No caí en tierra; al momento me hallaba empapado en sangre, que salía por la bocamanga de la levita como si fuera la degolladura de un toro. Al herirme, pensé: «Dicen no se sienten las balas. Al que no le dan.»

Nadie supo desde dónde habían disparado. Como no hacíamos fuego, estaban llenos de gente los balcones. El hijo mayor del conde de la Romera gritó á los soldados. Que suban aquí ese capitán. Perdí el sentido: después que me rasgaron la ropa, atajaron la sangre y me metieron en cama, me vi rodeado de una numerosa familia desconocida, á la cual, después de Dios, debo la vida. Si me conducen al cuartel, muero desangrado.—Le han hecho á V. tantos agujeros—me dijo Orlando —que parece una flauta.—Yo añadí—¡bonita facha tendré!—¿Quiere V. mirarse?—Sí. Me pusieron un espejo delante. Parecía de mármol. Tenía los ojos hundidos, rodeados de un círculo morado. Quise sonreir; no pude.

Observé que las hijas del conde me servían cariñosamente, y dije:

«Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.»

Al escuchar tales versos, se admiraron que un moribundo conservase buen humor. Según el facultativo, perdí nueve libras de sangre. Cuando me curaba, oía que las niñas de Orlando exclamaban :—¡Qué atrocidad! ¡Pobre!—Su buenísima madre me decía :—Quéjese V.—Señora, ¿para qué? Sólo conseguiría mortificar á los que me compadecen. Mordía la sábana, recordando que era aragonés. Fué á visitarme el marido de una parienta mía; aunque nunca se metía en nada, como era primo del general D. Francisco Serrano, que se metía en todo, de todos los pronunciamientos sacaba grados y empleos. Hombre tan dichoso, me preguntó:—¿Qué tal?—Bien, le contesté. —¿Qué heridas te han hecho?—Pues cualquiera recibe una, pocos dos, muy raros tres, yo cuatro. Tus amigos...—Si vuelven los tuyos...—¡Los míos!—le interrumpí—no existen.

Tenía yo muchísima sed. La naturaleza pedía líquido para reemplazar la sangre. Cuanto más cerca está uno de la muerte, menos piensa en ella. No me ocurrió podía fallecer. Mi asistente, Liborio Ibor, honrado, valiente y leal aragonés, natural de Bolea, me llevó el almuerzo por entre las balas que lanzaban los revolucionarios ávidos de destinos á los soldados que defendían sin saberlo á los que no querían dejarlos. Por tal causa se vierte sangre inocente en asonadas y pronunciamientos. Llegó el asistente al cuartel, supo lo que acababa de suceder y no consiguió, por más esfuerzos que hizo, averiguar quién ni desde dónde me habían herido. Arrostrando cien veces la muerte, me habría vengado. Subió á casa del conde de la Romera, se enteró de que los criados trataban de lanzarme á la calle contra la voluntad de sus amos por simpatías con los los barricaderos ó por cobardía, y en tres días enteros no se movió de mi lado para evitarlo. De noche se sentaba el asistente al pie de la cama en un sillón que usó Fernando VII, ya

valetudinario, y que regalaron al marqués de Zambrano, ministro de la Guerra de 1825 á 1832, padre de la condesa de la Romera; era buenísima, tanto sufrió en la tierra que iría vestida y calzada al cielo.

El baturro aragonés, velando por su amo y dispuesto á defenderlo hasta morir, valía mil veces más que el rey cuyo sillón ocupaba; no habría felicitado á Napoleón por las batallas que ganaba á los españoles.

En la sala que me colocaron había un retrato de Zambrano. A pesar de que fué ministro más tiempo seguido que otro alguno desde Carlos IV á Alfonso XIII, no le concedieron la gran cruz de San Hermenegildo, porque entre Córdoba y Sevilla los ladrones emboscados hicieron una descarga al regimiento de caballería que conducía sin la debida precaución. Después la obtuvieron otros que merecían ser condenados á galeras.

Veinticuatro horas estuve delirando. Repetía lo que más me había impresionado. Entusiasta por las artes, temía que habrían destruido la estatua ecuestre de la plaza de Oriente, y que corriese peligro uno que consideraba amigo, que me hubiera sacrificado por él, y que pagó mi desinteresado cariño como pudiera hacerlo á ser de carne y hueso el caballo de bronce del señor rey D. Felipe IV.

En mi desvarío creía hallarme en la pastelería Suiza de Sevilla, adornada con grabados antiguos; unas muchachas guapas acercaban á mi boca pasteles, y se burlaban sin dejarme probarlos. Martirio de Tántalo que me ponía muy nervioso.

La esposa y las hijas políticas del general D. Leopoldo O'Donnell, jefe de la insurrección contra el gobierno, vivían en la calle de la Libertad. Se hallaban en el balcón cuando me hirieron y llevaron árnica á casa del conde de la Romera para que me la aplicasen. Las tres han muerto; por eso las cito; Dios se lo habrá pagado. Me enteré, las di gracias en cuanto pude y no las volví á visitar. Otro más dúctil ó menos

independiente habría cultivado su amistad y aprovechara su influencia. Dos años después, me dijo en Barcelona una amiga mía.—He hablado con una señora que te vió desnudo.—Mi mujer, la repliqué.—Una de las hijastras de O'Donnell, que presenció tu cura el año 54.—¡Guapo estaría yo, desmayado y teñido en sangre!

Infame y asquerosa fué la conducta que observó uno de nuestros jefes. No mancharé esta historia con su nombre. Escudado con un salvoconducto de la junta revolucionaria, la idea era comer con todos, desde los puntos que ocupaba la tropa entregaba á los insurrectos armas y municiones para que nos hicieran fuego. También les dió los retratos que publicó la obra *Estado Mayor del Ejército*, de los generales sublevados, que colocaron á manera de altaritos sobre los adoquines de las barricadas adornados con luces y colchas. Farsas que sirvieron de mérito para atrapar destinos, principio y fin de toda conmoción populachera ó reaccionaria. La ciencia política se reduce á robar los empleos que otros ocupan con derecho ó sin él.

Todos los que por ambición promueven la guerra civil, y los que por sus desmanes dan motivo á que se vierta una sola gota de sangre sino en defensa de España, son asesinos. Ignoro si derramé la mía á favor ó en contra de la libertad. Me llamaron polaco, y no conocí á Sartorius. Defendí, sin saberlo, al gobierno que presidía un general, que recorrió toda la escala de los partidos políticos, desde el absolutista al republicano. No se qué sistema regía entonces; á la mano derecha inutilizada llamo de la libertad, y á la izquierda, si la meto en el bolsillo, la mano oculta de la reacción. Me convirtieron en barómetro y termómetro. Sé por las heridas con anticipación si varía el tiempo; no resiste el frío la mano estropeada sin abrigo, á nueve sobre cero. Al herirme destrozaron los tendones de la muñeca derecha y los dedos perdieron el tacto. Años después apreté el brazo á una señora muy guapa; como no lo retiró, satisfecho de mi conquista miré, y vi que había

agarrado el brazo del sillón donde se sentaba la dama. Por eso permanecía quieta. El meñique lo tengo inservible; vivo, sé cómo me hallaré muerto; igual al referido dedo. Siempre es una ventaja. El que no se consuela es porque no quiere.

Desde el 19 de Julio de 1854 odio á los liberales y sigo adorando la libertad, aunque casi me asesinaron en la calle del mismo nombre. En el acto de herirme cesó el fuego. Tal vez sería el último disparo que se oyó en Madrid. ¡Qué fortuna!

El coronel Garrigó, prisionero en Vicálvaro, condenado á muerte y hecho brigadier, se encargó de poner en paz la guarnición, víctima de la disciplina, y los que se baten por la libertad de imprenta sin saber leer. Los llaman pueblo soberano mientras luchan; después canalla vil. Esta, con alevosía, en la Plaza Mayor asesinó, abofeteó y escupió cobardemente á la guardia civil, después que se acercaron á ella con engaño y haberla quitado los fusiles. Se ensañaron con los que perseguían á criminales.

Cayó el ministerio que llamaron Metralla. La junta revolucionaria pidió á la reina nombrara ministro de la guerra á San Miguel y llamase á Espartero. Ya estaba hecho. La revolución triunfó. Pasado el peligro brotaron héroes por todas partes. El torero Pucheta, que mandaba 3000, arrastró sobre un colchón al agente de policía Francisco Chico, muy enfermo y lo asesinó en la plaza de la Cebada. Pucheta lo mataron el 56. Isabel II pasó por la humillación de decir en un manifiesto: «Una serie de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros.» Mejor fuera abandonar el trono.

Un político de talento dijo en el Congreso de las barricadas vírgenes del 54: «No era necesario derramar sangre en las calles de la capital, ni exigir del pueblo heroico del Dos de Mayo sacrificios como los de este día memorable.» Pone á la altura de Daoíz, Velarde y Ruiz, á incendiarios, ladrones y asesinos de infelices soldados que la ley obligaba á servir, tratándolos peor el populacho, azuzado por aspirantes á chupar del presupuesto, que á los mamelucos del infame Murat en 1808.

Comenzaron á mandar los progresistas deshonrando al ejército. Dispusieron que la tropa no vencida que ocupaba el ministerio de la Gobernación el 19 de Julio entregase las armas al paisanaje. Era hacerla pasar por las horcas caudinas. El gobernador francés de Vigo en la guerra de la Independencia, no quiso rendirse á los paisanos. Habilitaron de coronel á Morillo, sargento de infantería de marina, que firmó la capitulación. El que después fué general y conde de Cartagena.

El general Córdoba, presidente del ministerio, dice en la Memoria sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de Julio de 1854, que publicó en 1855, que *mandó á la tropa no hiciese uso de las armas y se contemporizase con el pueblo*. Las turbas desarmaron el 17 la guardia del Principal que se hallaba en la Puerta del Sol, y otros puestos militares de poca fuerza. Por eso triunfó la revolución. Cuando no se hace uso de los fusiles, se convierten en cañas. Estorban.

En cinco días que permanecí en casa del conde de la Romera, los que iban á visitar á la familia referían mil patrañas, como sucede en épocas anormales. Sin saber yo que en 1843 publicaron en un romance para adular á Espartero

«Venid duque á Zaragoza
y seréis rey de Aragón»,

dije en broma que ya lo habían elegido los aragoneses. ¡Buen sucesor del gran Fernando el Católico! A las pocas horas nos dieron la noticia recibida por un oficial herido. Durante la revolución de 1868, se vendieron en Madrid retratos de D. Baldomero con los atributos de la monarquía. Mamarrachadas.

La corte se llenó de ridículas barricadas; no transitaban carruajes; no quise me llevaran en camilla y para no molestar más á los condes de la Romera me trasladé á pie á mi casa, calle de las Huertas.

Al amanecer de un día de 1854, llegaron varios señores en un coche á Borja. Se les acercó un hombre moreno y regor-

dete que les saludó.—¿V. me conoce?—le preguntó uno de ellos. —Sí, señor. Es V. el duque de la Victoria.—¿Hay novedad por aquí?—Ninguna.—¿Podrían avisar á Don... que voy á verle? A los pocos instantes, el entremetido dió en Ainzón, á un próximo pariente mío, la inesperada noticia; éste se lanzó del lecho murmurando:—Comienza Cristo á padecer. Te encargo, dijo á su esposa, loca de alegría porque iba tener en su casa nada menos que á Espartero, que el duque viene de incógnito; que no lo sepa nadie. La mujer no pudo reprimir el gozo ni callarse. Lo comunicó en secreto á unas vecinas progresistas; á poco rato lo sabía la comarca.

Espartero desde Logroño se dirigía á Zaragoza. Ignoraba si la guarnición había tomado parte en el pronunciamiento. Su correligionario le aseguró que en caso de no triunfar los suyos, le pondría sano y salvo al otro lado del Pirineo. Mi tío, doceañista, se gastaba el dinero pagando los emisarios que los de su partido mandaban desde Zaragoza á Logroño. Diputado á Cortes desde 1835 al 55, jamás solicitó un voto, no le dieron ni quiso ni un cintajo, ni nada sacó de la política para él ni para nadie. El amor á la libertad y el odio al despotismo fueron su norte. Raza de tontos que ha desaparecido completamente.

Los progresistas de Borja, con bombo y platillos, pasaron á Ainzón á bandadas, se colocaron frente á la casa donde se alojaba el general, y en unión de los del pueblo le vitorearon, gritando desaforadamente que se asomase al balcón, y le pidieron á voces descompasadas, acallando los trompetazos de la murga que tocaba el himno de Riego, que hablase. Espartero dijo: «Quiero mucho á los aragoneses, y también á las aragonesas.» Frases que excitaron el entusiasmo, alimentado con el rico vino que mandó repartir mi tío. No era el que como prueba de amor aseguraba tenía yo agudeza ratonil. Se presentaron al duque el alcalde del pueblo y un clérigo voluminoso, de rostro amoratado, que al dirigirle la palabra se cortó varias veces sin poder pasar de: «Excmo. Sr. Duque.» Este le animó dándole palmaditas en la robusta espalda; el

cura rompió: «V. E. es nuestro redentor.» El general se sonrió, y exclamó: —¡Muy bien, muy bien; de seguro me crucifican!

El ex regente llegó á Zaragoza, ya sublevada, le recibieron en triunfo, esperó inútilmente que los revolucionarios de Madrid lanzaran del trono á Isabel II, hubo mentecatos que deseaban regalarle la corona de Aragón destruyendo la unidad nacional, hizo papel de soberano, confirió empleos, se nombró generalísimo y repitió mil veces: «Cúmplase la voluntad nacional.» Facilillo es averiguarla. Contestó á la carta de la reina con un ayudante que la aconsejó se fuera para evitar la molestia de echarla. El general San Miguel se opuso al destronamiento. Al entrar Espartero en Madrid, á guisa de sacamuelas, sacó la espada yendo en coche y arengó al pueblo diciendo: «Si alguno de los irreconciliables enemigos de nuestra sacrosanta libertad intenta arrancárnosla, con la espada de Luchana me pondré al frente de vosotros y os enseñaré el camino de la gloria.» Amén, debieron contestarle.

O'Donnell abrazó á Espartero en un balcón: como Hércules á Anteo, le ahogó mandándole á los dos años á Logroño á cuidar de las gallinas, después que el duque se desacreditó como político y orador. En las Cortes dijo: «Yo, con mi gabán de color de castaña, cogeré á los perturbadores por la oreja y los arrojaré á una alcantarilla.» Atribuyo al duque de la Victoria, por haberse pronunciado en 1840, la mayor parte de las desgracias que han caído sobre España. Fué ingrato con la reina gobernadora y se vengó de Isabel II en 1854 sin haber recibido ofensa alguna. No tenía pesquis.

El 28 de Agosto salió Cristina para Portugal escoltada por Garrigó, que en un mes de coronel sublevado, herido, prisionero, encausado, condenado, indultado, vencedor, aclamado, pasó á mariscal de campo y hombre de confianza. Le faltaba un ojo, ¡si llega á tener dos! Los demagogos levantaron barricadas cuando se enteraron se les escapaba su presa; al saber que iban á ser atacados se les fué la fuerza por la boca, gritando muera Espartero.

Los valientes de Julio no dispararon un tiro en Agosto. Temieron la metralla. Posada Herrera, que era buen sastre, refiriéndose á los bullangueros de todas las épocas, dijo: «Héroes de barricada, que no sabéis vencer sino cuando no tenéis enemigos delante.»

Al comenzar las carreras en las calles de Madrid el 28 de Agosto, pasaba yo por la de la Libertad. Todavía se conocía en el suelo la mancha de la sangre que derramé el 19 de Julio. ¡Bien empleada!

El odio progresista se desencadenó contra Cristina, ídolo en 1834. Porque contrajo matrimonio con el guardia Muñoz, comenzaron á aborrecerla; siguió de reina gobernadora, la acusaban de avara, y recuerdo que siendo yo chico, cuando corrió la noticia del enlace de la viuda de Fernando VII, no gustó á los liberales y se alegraron los carlistas para poder vituperarla. Era la única viuda de rey que se había casado en España, á excepción de Germana de Foix, segunda esposa de Fernando el Católico; necedad que cometió este monarca, y pagó bien, pues murió á consecuencia de un brebaje que su mujer le dió para tener hijos. De la francesa se burlaron, según la crónica de D. Francesillo de Zúñiga. «En 1526, D. Hernando de Aragón, duque de Calabria, se casó con la alta y redonda reina Germana, que fué casada con el Rey Católico y una noche, estando con ella en la cama, tembló la tierra y otros las antífonas (nalgas) de la reina. Saltó de la cama, hundió dos pisos y mató un *botiller* y dos cocineros.» En España desde el siglo VII estaba prohibido se volviesen á casar las viudas de los reyes; se las obligaba á entrar en religión para que los segundos maridos no atentasen contra la tranquilidad del Estado.

Hambrientos los progresistas después de ayunar once años, les entró furor por ocupar destinos. Aborrecían al clero, porque no podían ser obispos. Si lo consiguieran, habrían aumentado las diócesis. Los civiles se abonaron el tiempo que no habían servido y los militares emprendieron veloz carrera, sólo

detenida por el tesón y carácter de O'Donnell, ministro de la Guerra.

Entre ellos abundaban los indoctos; pero eran hasta 1854, en especial los doceañistas, más honrados y obraban de mejor fe si puede haberla en política, que los moderados. A tontos les ganaban los carlistas en tercio y quinto.

Por la batalla de Vicálvaro se hicieron propuestas; las del cuerpo que yo servía no se aprobaron. Para eliminarme de ellas, enviaron un anónimo al ministro de la Guerra, advirtiéndole había llegado yo á Madrid con el propósito de asesinarle. Blasser despreció el infame papelucho, al saber me destinaron al regimiento contra mi voluntad. A la caballerosidad del referido general debo un favor y un disfavor. Si hace caso del anónimo, me conducen á las prisiones militares, me recompensan por conspirador sin serlo, y en lugar de recibir cuatro heridas, el populacho me hubiera llevado en triunfo como víctima de la tiranía. Lo mismo que el subteniente Mochila, en *Los sobrinos del capitán Grant*, que se enfada porque no le han fusilado de veras, despreciara yo á mis libertadores. Fuera gracioso me metieran en un calabozo siendo inocente y me sacaran después convertido en héroe callejero. Prefiero la desgracia que sufrí á los pocos días cumpliendo con mi deber. En el cuarto de banderas llamé vil y cobarde al autor del anónimo. Nadie se dió por aludido. Sospeché de un oficial de los que nunca miran de frente; en 1873 según la *Gaceta* publicó, le premiaron con dos empleos por haber ofrecido prestar servicios á la república. Era un mal bicho. En la época de la federal, á los que manifestaban adhesión á un sistema que destruía la patria, les daban lo que querían. Lo mismo el hombre que la mujer, cuando pierden el pudor no lo recobran jamás. El único jefe que vitoreó la república en Zaragoza al desfilar con su regimiento, fué el primero que se sublevó por Alfonso XII.

Al manifestar yo que todo se paga en este mundo, me preguntaron.—¿Por qué le inutilizaron á V. la mano? y respon-

dí:—En la campaña de Cataluña de 1847 á 1849, llevaba siempre los guantes puestos, y sólo me los quitaba porque sabía decían las muchachas al verme.—¡Qué manos tan blancas tiene ese *oficialet!* (oficialito). Dios castigó mi necedad.

Los militares se pronuncian por ascender y los paisanos por ser empleados... Ni unos ni otros lo hacen por la libertad ni por el absolutismo.

En 1854 colocaron en la administración de correos de Zaragoza á uno por liberal. Llegó á sus manos una carta dirigida á Luceni; como el nombre del pueblo acababa en *i*, la envió á Italia. Desde Génova la devolvieron á España, poniendo en el sobre. «Luceni, junto á Zaragoza» (Près Saragose).

En 1843, los moderados separaron más de mil oficiales de infantería, dejéndolos en la indigencia por esparteristas. El general Narvaez volvió la mayor parte á las filas; el 54 los progresistas los echaron de ellas, aunque algunos se batieron desesperadamente en las barricadas de Madrid de 1848. En las de 1854 mataron al capitán de granaderos del regimiento de Mallorca, que había permanecido diez años de reemplazo por demócrata; le vi pocos momentos antes de perder la vida. Dios habrá perdonado á los políticos militares y civiles que fueron causa de tales horrores; la historia no.

Según me dijeron los vecinos de la calle de San Marcos, el que tan noblemente me hirió escondido detrás de una cortina sin que nosotros hiciéramos fuego, era médico; el vil me visitó al poco rato para gozar con el efecto que había causado su hazaña. Los que se dedican á la ciencia de curar, si no tienen buenas entrañas, y sólo piensan en sacar dinero en lugar de ejercer un sacerdocio, son bandidos.

Pocos médicos militares ó físicos, como los llama la ordenanza, cumplen bien. Aunque lo hagan mal, les pagan. Llamaron á uno á media noche para que reconociera á un soldado que decía se moría. El facultativo manifestó que era aprensión del enfermo; advirtió á éste que si le volvían á incomodar le pegaba una paliza. A las pocas horas expiró el infeliz. A

otro médico le avisaron que habían herido gravemente á un cabo.—¿No corre V.?, le pregunté—¡Bah!—¿Y la obligación? —Consiste en cobrar, contestó...

El médico de mi batallón desapareció del cuartel al estallar la revolución del 54 en Madrid, pretextando era demócrata. Como si la caridad y el deber estuviesen reñidos con la libertad. Cuando pedí licencia para baños, le ordenaron me reconociese; certificó sin verme; temió mi afable recibimiento.

Al pasar por la plaza de las Cortes me quité el sombrero con la mano izquierda, el brazo derecho no podía moverlo, y dirigiéndome á la estatua de Cervantes la dije: «Señor Miguel, á vuestra merced en la batalla de Lepanto, al inutilizarle le cubrieron de gloria; en la calle de la Libertad me han llenado de porquería.» Acabó la guerra civil el año 76; referí que una bala me hizo cuatro agujeros. A mí otra veintiséis—añadió un marqués andaluz que fué ayudante de D. Carlos.—¿Dónde?—pregunté.—En el capote que llevaba doblado en la perilla de la silla.

A pesar del calor, gracias á mi buena naturaleza, las heridas no despedían pus ni olor. Se cayó el vendaje, me lo puso mi mujer sin molestarme, la impresión de sus dedos era fina, suave, agradable, y la del facultativo me hacía ver las estrellas. No le volví á llamar. Las mujeres debían aprender cirugía para curar á sus familias mejor que á tocar el piano. La mayoría pierde dinero, tiempo y mortifica al prójimo.

De las inatacadas barricadas de Madrid quedó un digno monumento. La medalla de plomo tan poco artística que parece asquerosa deposición. En ella quisieron representar el sol naciente por detrás de la barricada con la inscripción: «A los memorables días del 17, 18 y 19 de Julio de 1854.» En el reverso: «A los heroicos defensores de la libertad española.» «¡Viva la Constitución de 1837!» Cuando adquirí tal pieza numismática, dijo mi mujer: «Cuélgala de la muñeca de tu mano derecha.» Si yo enseñaba ésta y repetía en broma: «En la flor de la edad y sin poderlo ganar», se desesperaba.

A los oficiales que cumplieron como buenos y quedaron como malos el año 54 no los premiaron los moderados al volver á mandar; de los pobres soldados nadie se acuerda.

Para adular á los revolucionarios del 54 y atrapar empleos, un periodicucho que se titulaba ilustrado, después de llamarnos traidores, polacos y seides de Córdoba á los mártires del deber militar, y calificar de héroes á los que nos asesinaban, añadía: «Que los paisanos desarmaban á los soldados muertos ó heridos, *aunque estuviesen entre las mismas filas;* que uno solo se burló mucho tiempo de dos ó tres compañías; que un muchacho abrazó un cañón que hizo abandonar á sus dueños y defensores; que á una columna con artillería le estuvo haciendo fuego un solo combatiente (por el traje y edad delantero de diligencia); que un grupo de paisanos, sólo dos había armados, desarmaron á media compañía de ingenieros.» Si con tan absurdos embustes llegó á ser de la Academia de la Historia, mejor debieron nombrar á la marimacho que hizo creer á la estúpida plebe que ella sola había desarmado á una compañía de ingenieros. En recompensa de tan villana mentira la permitieron vender licores en el edificio de la Real Armería frente á Palacio, y colocar encima de la puerta el rótulo: «Cantina de la heroína.» En el Congreso dijo un diputado que en la batalla de Vicálvaro se cruzó la espada de los libres con el puñal de los asesinos. ¡Qué bestia!

Insultando al ejército, que representa el valor, la fuerza y la honra de la nación, los progresistas se escupían á sí mismos.

«Las cicatrices son estrellas que guían á los demás al cielo de la honra.» dice Cervantes, hablando de las que recibió en Lepanto. Tiene razón. Las mías, en lugar de enorgullecerme, me dan asco. Sólo han servido para que aborrezca á los charlatanes que se disfrazan de liberales, á los parlanchines que especulan con la política, trastornan el sentido moral, corrompen la lengua española, llaman santo al motín militar, valientes á los cobardes, patriotismo el destruir la patria, y traidores á los vencidos. El gran Cardenal de España, D. Pedro

de Mendoza, arremetió á los portugueses en la batalla de Toro (1476), gritando: «¡Traidores, aquí está el cardenal!»; y dirigiéndose á los suyos añadió: «Apretemos los puños y procuremos vencer, porque si los enemigos nos vencen dirán ellos que somos los traidores.» En el pronunciamiento del 54 dijo un jefe á un capitán que le sublevó el batallón:—Me extraña en V., que apreciaba y creía amigo.—En política no hay amigos, replicó el grandísimo tunante.

Para que se cicatrizaran las heridas, fuí á los baños de Fitero. En ellos se encontraban el general D. Antonio Ibarz doceañista, nervioso, valiente, honrado, de mal genio y un labrador pacífico, obeso, linfático, ambos de Monzón. El baturro dijo que Mina en la guerra de la Independencia, pudo coger y no quiso, la guarnición francesa cuando se retiraba de Zaragoza.—No seas bruto, le replicó furioso el general. Hablas de lo que no sabes ni entiendes. Yo me hallé en esa acción; era teniente de caballería. ¿Estuviste en ella?—Sí, señor.—¿De qué?—De *badajero*, añadió el paisano sin alterarse.

Nos contó el referido veterano que siendo subalterno iba sólo á Sevilla, cayó en poder del ladrón José María, el cual, echándola de generoso, le abonó la paga del mes, advirtiéndole se quedaría con el caballo.—Lo siento, porque es la jaca más corredora de España replicó el militar.—Vamos á probarla con la mía, propuso uno de la cuadrilla. Al ver el oficial que dejaba atrás al bandido, apretó las espuelas, y por más que gritaban que parase se les escapó con almuerzo, paga y caballo.

Llegué á mi lugar en Setiembre con el brazo en cabestrillo. Me creyeron inútil y sin dinero. Mi pobre madre exclamó anegada en lágrimas al verme:—¡Qué desgraciado eres! Mis parientes progresistas me miraban con horror. A uno de ellos le habían nombrado gobernador civil y ostentaba la faja verde con borlas de oro, hacía el figurón por las calles de un pueblecito inmediato á Borja al compás del himno de Riego dando vivas al duque de la Victoria, mientras un absolutista me decía;

—Al pasar Espartero, regente del reino, por Zaragoza en 1842, le dedicaron una función en el teatro. El público gritó viva la Constitución sin telarañas, y se empeñó que arengase el primer magistrado de la nación, voceando á coro: «Que hable Espartero, que va á hablar; *aura* (ahora), hasta que lo consiguieron.—«Mi corazón es de los aragoneses: el corazón de los aragoneses es el mío»; dijo el duque de la Victoria; aplaudieron con frenesí. Aquella noche representaron los cómicos *El Héroe por fuerza*, y Espartero, el orador por fuerza. En la misma función repitió un baturro con voz estentórea: «Espartero: ¿Te acuerdas lo que te dije en Alagón?» Cuando consiguió que se callara, el público, esperando oir algo notable, añadió: «Que cuides, no te jo...roben como á Riego.» La barbaridad fué aplaudidísima.

Los patrioteros de Borja se espantaban de que yo hubiera derramado tanta sangre por los polacos. Los quería como á ellos. Uno de los más exaltados, que me llamaba faccioso, cuando éramos chicos, porque mi padre fué realista, me insultó por no haberlo sido ahora sublevándome contra el gobierno. La lógica anda siempre á cachetes con los políticos. Rechacé la ofensa; no volví á mirarle á la cara en cuarenta años. Nunca me he vengado; pero jamás olvido.

En el pronunciamiento del 54, la manía de ser miliciano nacional llegó hasta la ridículez. En Borja vi de centinela en la puerta de la casa municipal un jorobado.

Hay guerreros cojos, mancos, tuertos, desnarigados, barrigudos, pero ninguno jorobado. Ni en sainetes; los chicos de mi lugar gritaban: «¡Madre! mire V. al tío *jibosico* vestido de soldado.»

Cuando pasaba lista á la compañía un sargento de la milicia nacional de mi lugar y nombraba alguno: «Don Fulano de tal», gritaba el resto de los comediantes.—Aquí no hay dones; todos *semos* iguales.

En tactica como en ordenanza se hallaban los milicianos á la altura de sus dignos antecesores los voluntarios realistas.

Los comandantes de éstos ó de aquéllos, lo mismo da, mandaban.—Alinearse por el morro de mi yegua, arrimar las paredes á las armas; para dar frente *Caramí* (cara á mí).

Quiso sorprender de noche á varios soldados que Corrales sublevó en Zaragoza el año 55, un comandante de la milicia de un pueblo de Aragón; encargó á los nacionales mucho silencio, que no fumaran ni pisaran fuerte. Saltó una libre, gritaron todos, dispararon los fusiles, el jefe se *enfurruñó* y abandonó su hueste.

En la corte un zapatero de portal, miliciano, hasta para atravesar la calle llevaba chafarote y gorra de cuartel. Vivía en la guardilla, y desde el patio gritaba á su mujer: Teresa, dame el sable que voy por suela. Un vecino imitaba su voz; la zapatera bajaba armada y armaba una pelotera, jurando que el remendón la había llamado. Este se enfurecía, sin poder averiguar quién se burlaba del matrimonio.

En mi pueblo conocí á un gran badulaque. En 1836 fué de los que alborotaron en la Puerta del Sol de Madrid, cuando el sargento García hizo jurar la Constitución á la reina Cristina en la Granja.—Caballero guardia: diga V. ¡viva la Constitución! gritó á un cadete (equivalía á capitán de caballería.) El militar, paisano suyo, arrogante figura, de fuerzas hercúleas, le conoció, miró con desprecio y no olvidó la injuria ni cuando perdió el juicio.—Si le cogiera lo aplastaba—repetía furioso el ya comandante.—A éste, siendo jóven, un rival en amores, le puso la boca del trabuco en el pecho para matarlo.—Tira, dijo el agredido, abriendo la camisa con las manos; si no sale te despedazo.—El otro mozo no disparó. El mencionado patriotero, exclamaba el año 54:—¡Gracias á Dios que ha llegado el reinado de las chaquetas! En 1868 usaba gabán, no estaba por el repartimiento de bienes desde que los tenía, no se hizo moderado porque era exagerado en todo, y en su testamento se encontró la siguiente cláusula: «A mi sobrino fulano, le desheredo porque se comió las brevas de mi huerto.»—¡Vaya un *liberalico!* exclamaría su pariente.

La revolución de 1854 comenzó á destruir la monarquía en España. Hasta entonces, aunque había republicanos, pocos alardeaban de serlo. González Brabo, el que en 1844 cambió de casaca para ser ministro reaccionario, saludó á la virgen democracia. Los moderados sólo eran dinásticos cuando mandaban; la fracción que caía del poder, se apresuraba á ridiculizar por todos los estilos á la persona que ocupaba el trono, aunque, según la teoría de todos ellos y de los progresistas, el rey contitucional es irresponsable. Una farsa. Mucho habían cambiado los tiempos en un siglo. En la relación de la jura de Fernando VI en Buenos Aires (1747), se lee: «Proseguía después otra marcha de dragones... La alegría que causaba la regular formación de todo el paseo, su respetuoso concurso, el armonioso tañido de los clarines acompañado de las cajas, era incentivo al júbilo para los que llenos de regocijo admiraban que se hubiesen unido en todos tanto esfuerzo para celebrar la justa aclamación real, ¡aun los brutos! cuya espalda suele abrumarse y huir la fatiga del jinete, parece se les había en este día infundido nuevo instinto, pues el afán con que jugaban los pies y manos, eran indicantes de un interior alborozo que los asistía.» Los caballos eran tan monárquicos entonces, que con las patas indicaban su interior alborozo. Los dragones se lo prevendrían en lenguaje hípico, ó los cuadrúpedos entenderían el castellano. Lo mismo importa la monarquía que la república, si es bueno el gobierno del Estado. Todo menos la federal que divide la patria, y la revolución ó guerra civil que la destruye.

Aborrezco el himno de Riego; recuerdo la ignominia liberal de 1820 y la realista del 23. Siempre que lo oía un coronel retirado, preguntaba: «¿A quién arrastran?» Lo llamaban también la marcha del Nuncio; hacía huir al legado del Papa. Se empeñaron los bullangueros de un pueblo de Aragón en tocar el himno de Riego. El alcalde se puso á la cabeza de ellos, pasó toda la noche recorriendo las calles del lugar, se fueron cansando y retirándose á sus casas los que le seguían,

y al verse sola la autoridad, exclamó: «¡No queréis *musica* grandísimos pu.....!» Las mujeres, que en lugar de calmar las pasiones políticas las excitan, son peores que las sucias y repugnantes arpías.

Cometí el desatino de casarme, siendo militar y en tiempo de revueltas, con una viuda que tenía un hijo. Después de medio siglo sufro las consecuencias. Una de mis mayores desventuras fué ser padrastro y abuelastro. Por eso á éstos los llaman padres y abuelos políticos. Todo lo político es malo.

Me carga hablar de los parientes. Su natural enemistad se multiplica con la pasión política, que todo lo envenena. A los míos, exaltados liberales, les enfureció que mandando su partido, un moderado polaco, y hasta carlista, aunque me había batido contra los partidarios de D. Carlos el VI, recibía una gracia estupenda por defender la tiranía. Ignoraban que la libertad, como la buena educación, consiste en ser tolerantes y no decir ni hacer lo que mortifique á los demás.

El general O'Donnell, ministro de la Guerra, quería atraerse á los maltratados por la revolución que trataba de aplastar. «No moriré de empacho de legalidad», repetía: al preguntarle si era progresista, jamás contestaba.

Me dieron el grado de comandante con la antigüedad del 20 de Julio por las heridas que me hicieron el 19; único caso que habrá ocurrido en el ejército; no reclamé ni me sirvió de nada en mi carrera. Puedo decir, como Juan Colchón en *El Ultimo mono* de Narciso Serra:

«Entré con mi regimiento
en la plaza de Matute,
y me arrimaron un tute
per *mor* de un pronunciamiento.
Me curé bien, y después
la patria *desagravió*,
me dió una cruz *pensioná*
con cuatro *riales* al mes.»

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

Cada vez que empiezo á dictar uno de estos artículos, me asaltan grandes dudas, y casi pudiera decir, grandes remordimientos.

Recuerdos tan sencillos, sucesos tan infantiles, ¿valen la pena de ser grabados en letra de molde?

¿No es abusar de la paciencia de mis lectores, irles refiriendo cosas tan vulgares, tan insípidas, tan desprovistas de todo interés dramático, como estas que yo voy arrojando sobre el papel, sin orden ni concierto, sin trascendencia alguna, sin finalidad de ningún género?

Y cuando pienso en ello, me arrepiento de haber empezado, y estoy por no concluir, ó mejor dicho, por concluir de pronto.

Sin embargo, una idea me consuela, y es esta: que si á cualquier lector le cansan ó le molestan mis artículos, con no leerlos queda completamente á salvo de toda fatiga ó de toda molestia, que yo pudiera ocasionarle.

Esta es una indiscutible ventaja, que tiene *el libro* sobre la *obra dramática* representada.

¿El libro cansa? pues se deja á un lado; porque al fin y al cabo, su lectura no es obligatoria. Y el enojo del lector contra una obra que no le interesa ó contra el autor de la obra, nunca puede tomar *caracter agresivo*.

El autor está en su casa muy tranquilo, sin saber, ni sospechar siquiera, si en aquel instante hay algún lector que, presa del aburrimiento, ha cerrado displicente, el malaventurado libro, que el malaventurado autor escribió en hora funesta.

En su casa cada cual, y Dios en la de todos. En su casa el autor descansando, en la suya el lector aburriéndose. Ni se ven ni se oyen; ni el lector puede decir al autor: «amigo mío, ha escrito V. una obra detestable.»

Pero en el teatro no sucede lo mismo. En su asiento está el espectador, y aunque el drama le parezca muy malo, condenado se ve á oirlo todo. No es un libro que pueda cerrarse; el telón caerá cuando deba caer; y entre tanto, el público tiene que estar sufriendo la obra por abominable que le parezca. Con lo cual el espectador descontento se va poniendo cada vez más nervioso: su enojo crece por instantes: la representación dramática se le hace eterna, y no es maravilla que en algún momento su desagrado tome formas agresivas, estrepitosas ó violentas.

Multiplicad este desagrado y este descontento por cierto número respetable de espectadores, y explicaréis el fiasco y comprenderéis la silba y tendréis por cosa natural las catástrofes dramáticas, que á veces estallan de telón á fuera.

Yo he sufrido tantas tempestades de estas, unas al fin dominadas, y otras que no hubo modo de dominar, que ahora tomo el desquite en estos *Recuerdos;* y escribo, es decir, dicto sin temor ni escrúpulo lo que me ocurre; lo que me parece; sin cuidarme de preceptos literarios, que nunca, á decir verdad, les tuve mucho respeto; sin limar, ni poco ni mucho la frase, que tampoco me entretuve nunca en limarla gran cosa; sin miedo, en fin, de que guste ó no guste lo que voy dictando.

Para mi gusto y para mi desahogo y contentamiento lo dicto; no por el gusto ni para el entretenimiento de nadie; y con regocijo lo leo, como si viviese una segunda vida.

Complaciéndome á mí, y complaciendo ante todo al simpático Director de esta Revista, cumplo los únicos deberes que me he impuesto al emprender *esta larga* é inocente tarea. Y téngase todo el mundo por avisado: esta serie de artículos va á ser muy larga; excesivamente larga; y ojalá que fuese interminable.

*
* *

Referia en el artículo precedente una de mis hazañas de muchacho. Combate singular, sostenido en la plaza de San Bartolomé de Murcia con otro chico, ante un hermoso rebaño de cabras.

Mi segunda hazaña es mucho más notable que la primera; por eso la he dejado para lo último. Porque en el arte, y aun fuera del arte, que ahora caigo en la cuenta de que no estoy en él, se debe ir siempre en progresión creciente, bajo pena cruel y tristísima de ruina definitiva tras lamentable decadencia.

Iba yo un día á dar mi clase de latín: iba *solo* y *pacífico:* nunca he sido ni turbulento ni agresivo.

De pronto salieron de no sé que Colegio, ocho ó diez chicos, de mi edad próximamente los más, algunos mayores que yo, y la emprendieron conmigo, insultándome y persiguiéndome sin motivo ni razón, pero con encarnizamiento.

Mi situación era difícil: iba solo, como he dicho, y si por razones de dignidad les hacía frente, mi vencimiento sería heroico, pero sería inevitable y lastimoso.

Si, por el contrario, huía, dado que no me alcanzasen, podría evitar una buena paliza, pero la honra quedaba malparada.

En aquel conflicto, que no me hizo perder la serenidad, recordé un pasaje del Numa Pompilio de Florián, libro que ha-

bía sido uno de mis libros favoritos. Recordé, repito, que Numa Pompilio con sus fieles sabinos, fingió que huía ante las numerosas huestes de Leonte; que poco á poco les fué llevando hacia unos desfiladeros en que tenía preparado el grueso de sus fuerzas; que cuando Leonte y sus soldados estuvieron bien metidos en el desfiladero, sobre ellos cayó todo el ejército de Numa, y que en aquel momento y ya seguro de la victoria, el futuro rey de Roma retó á Leonte á singular combate; pero de solo á solo y de hombre á hombre.

No imagine el lector, que esto es contar por contar: las cosas pasaron como las refiero: y yo aseguro, bajo palabra de hombre honrado y sin ningún linaje de vanidad, que al verme perseguido por aquella turba de chiquillos, pensé todo lo que acabo de decir; que ante mi vista se presentaron, Leonte con su piel de león y su clava; Numa Pompilio con su divino escudo, mandado fabricar para él expresamente por Júpiter, y uno y otro ejército rellenando el desfiladero ó cubriendo ambas laderas.

Pensé, digo, en Numa Pompilio, y resolví imitar su hábil y, á la par, valerosa conducta.

Recordé, pues, que dos ó tres calles más allá había un *carpintero* de cuyo hijo era yo gran amigo. Y recordé á la vez, que en la carpintería trabajaban seis ó siete muchachos, entre aprendices y oficiales, porque era una de las primeras carpinterías de la población. Y así como yo me había considerado otro Numa Pompilio, á ellos les declaré sabinos, y en su lealtad y valor fundé la salvación de mi cuerpo y de mi honra.

Sin detenerme, pero sin correr tampoco; volviéndome de cuando en cuando, para contestar á los insultos con otros insultos; conservando prudente distancia, pero sin manifestar temor, les fuí llevando poco á poco, hacia la carpintería, que es, como si dijéramos, hacia el desfiladero de los sabinos.

«¡Cobardes!» les decía yo: «no riñamos aquí, que hay mucha gente y nos separarían: vamos á esta otra calle; y ya veréis si os tengo miedo». Y de esta manera, conteniéndoles

á veces; excitándoles otras; y corriendo, al fin, á todo correr llegamos á la carpintería de Julio, que así se llamaba mi amigo, quien al verme llegar perseguido tan de cerca por aquella turba de muchachos, salió á la puerta de la tienda con todos los aprendices y oficiales que había en ella.

Ya tenía yo mi ejército y más formidable que el ejército enemigo, porque casi todos los míos eran de más edad que los otros, y además estaban armados con palos y listones de madera.

Pero no quise, como no quiso Numa Pompilio, á quien tomé en aquel trance por modelo, no quise, repito, abusar de la superioridad de mis sabinos, es decir, de los chicos de la carpintería, y deteniendo á uno y otro bando, con noble ademán, le dije al jefe de mis perseguidores: «Ahora tú y yo solos, y los demás quietos.»

Y formaron todos corro alrededor nuestro, y el chico y yo nos acometimos bravamente.

Las armas eran iguales.

Los dos llevábamos sendos paquetes de libros, á saber: gramáticas y diccionarios, sujetos por correas.

Cogiendo las correas por la punta y volteando los libros, resultaban así como dos mazas formidables.

Y con aquellas mazas de diccionarios y gramáticas, que mazas abrumadoras me han parecido toda la vida, estuvimos batiéndonos breve rato; pero como no nos dábamos ningún golpe decisivo, y como los chicos del corro nos azuzaban, al fin tiramos gramáticas y diccionarios, y nos cogimos cuerpo á cuerpo y á brazo partido.

Mi enemigo era mayor y quizá más fuerte, pero yo era más nervioso; y al fin le eché á tierra, y dejándole á cuatro patas (como vulgarmente se dice), y montándome encima, le empecé á dar puñetazos en la cabeza.

Mi victoria era completa, la humillación de mi adversario evidente, y sus compañeros quisieron vengarle, arrojándose en masa sobre mí.

¡Empeño insensato y traición ineficaz! porque mis sabinos de carpintería cayeron sobre ellos á palo y á listonazo limpio, y los pusieron en precipitada fuga, no sin que dejasen en el campo de batalla algunas gramáticas desencuadernadas y varias hojas de diccionarios latinos en derrota, sin contar dos ó tres gorras y correas.

No sin razón encomiaba yo la grandeza de esta hazaña, en que no se sabe qué admirar más: si mi serenidad ó mi prudencia, mi habilidad ó mi valor.

*
* *

Todo esto iba yo pensando, en esta forma ó en forma parecida, al recorrer las calles de Murcia, para ir despertando en calles, plazuelas y paseos recuerdos de mi niñez.

Aquella es la última casa en que viví, en la plazoleta del Correo. Aquella la reja volada del despacho de mi padre, en que yo estudiaba la geometría de Vincent. Todavía siento el placer intensísimo, placer intelectual que experimenté, cuando por vez primera comprendí, *que la suma de los ángulos* externos de un polígono convexo ha de ser precisamente igual á cuatro ángulos rectos.

Quizá no creerá nadie, que cosa tan árida pueda ser manantial de placer; pero en mí lo fué, digan lo que quieran los escépticos. «Hace frío, diga lo que quiera el termómetro», ha dicho un simpático escritor.

En aquel paseo de la Glorieta daba yo vueltas todos los domingos, durante los abrasadores estíos de Murcia, después de haber tomado un sorbete con barquillos en el café que estaba mirando al puente y que ya tal vez no exista.

¡Y cómo se gastan las sensaciones! Después he tomado muchos sorbetes, á voluntad, siempre que he querido, y los

he tomado con indiferencia. En aquellos años eran para mí la dicha suprema, *el símbolo perfecto de la esperanza;* porque toda la semana estaba yo esperando que llegase el domingo, para saborear aquel néctar de los dioses. Durante la semana no se me concedía más que horchata helada. Los domingos sorbete de mantecado.

Esto de que la esperanza, una cosa tan poética, tan espiritual, de tan tibio calor, de forma tan fantástica, pueda consistir y convertirse en *un sorbete,* ya comprendo que es idea tan extravagante, que á nadie se le habrá ocurrido; pero ¿qué remedio? por complacer á personas de gusto más ó menos refinado, que nunca lo será más que lo era el sorbete, yo no he de ocultar la verdad. ¡Señor! si la historia no se escribe con verdad, no debe escribirse.

Durante los siete días de la semana, veía yo flotar, en los horizontes vagos de la imaginación, un *copete helado* y *una bandeja llena de barquillos;* y aquella visión era para mí el símbolo más perfecto de la esperanza y de la más hermosa de las esperanzas: de la esperanza que ha de realizarse y que no está amargada ni por dudas ni por temores. Es lunes, ¡qué lejos la esperanza! Es martes; ya me acerqué un poquito. Es miércoles; ¡que alegría! casi la mitad de la semana va vencida. Es jueves; ¡qué dicha, qué gozo! No hay clase por la tarde; la glorieta está rodeada por montones de frutas, que brillan con todos los colores del iris; el sol resplandece como resplandece el sol en Murcia; y allí está el café, que parece que me dice: «no faltan más que dos días para el sorbete», porque el domingo no se cuenta. Ya es viernes: la semana está concluyendo. Sábado es ya: será mañana.

Y amanece el domingo: un domingo de verano, lleno de luz, rebosando calor, con la calle de la Platería regada, con la gente, que al salir de misa de San Bartolomé, pasea bajo un antiquísimo toldo de lona, con tantos remiendos que es imposible adivinar cuál fué la tela primitiva; pero que así y todo da fresca sombra á la calle, que tiene todas sus tiendas abier-

tas, no para la venta, pero sí para la conversación y la alegría.

Ya llegan las horas de la siesta: ¡qué interminables! Todos duermen en casa, menos yo: yo cuento las horas: yo cuento los minutos: el sorbete se acerca, azucarado, perfumado, regaladísimo, con su espléndido acompañamiento de tostados barquillos.

Ya son las cinco: ya empiezo á vestirme mi traje más pulido, y al dar las seis menos cuarto, cojo mi gorra y mi bastón y me voy como un hombre al café de la Glorieta, el que está mirando al puente.

Todavía no hay nadie: estoy yo solo: cuando me han acompañado mis imaginaciones no he necesitado, ni siendo chico ni siendo grande, otra compañía.

El café está muy fresco: frescura de hielo, porque de hielo están llenas las corcheras.

Y al fin tengo ante mí el sorbete de mantecado con barquillos.

Respetemos este momento solemne, uno de los pocos momentos solemnes de la existencia; aquel en que, por dicha especialísima, en la realidad azucarada encarnan la ilusión y la esperanza.

*
* *

¡Sí; en aquellos dos días, en que no cesé de recorrer todo Murcia, no parecía sino que la población entera, exceptuando las personas, porque de éstas no me ocupé, resucitaba para mí! ¡Las personas! Habían pasado siete años y ya no conocía á nadie, ni nadie me conocía. Las personas, ¡cómo pasan!

De la Glorieta iba á un pequeño jardín, que el Instituto de Murcia había cedido á mi padre, como modestísimo jardín botánico.

Y á pesar de su modestia, de su pequeñez, de la falta absoluta de consignación, ¡cuántas maravillas, porque esta es la palabra, había realizado en él mi padre á su propia costa! ¡Cuántas plantas extrañas de las cuales ni el nombre recuerdo! ¡Allí crió la cochinilla! ¡Allí cultivó el árbol de la seda, que se llenaba de unos zurroncitos verdes, de los cuales, cuando se abrían, brotaban copos de una seda ideal! ¡Allí los algodoneros! ¡Y cuántas noches pasábamos en familia mi madre, mi tía, mi prima y mis hermanos quitándole la simiente á los copos de algodón para cardarlo después y hacer pequeños regalos á las personas notables de Murcia, á fin de que viesen las cosas, que en el jardín botánico de mi padre se criaban! ¡Allí, por primera vez, se cultivó la morera filipina ó de muchos tallos! (Creo que este es su nombre.) ¡Morera inmensamente superior á la morera vulgarísima de las huertas de Valencia y Murcia!

La hoja de esta morera vulgar es chiquita y relativamente dura y áspera.

Las hojas de la morera filipina, que cultivó mi padre eran enormes: hoja había de más de media vara de longitud, y además blanda y jugosa, que casi daba gana de comerla, al ver el afán con que los gusanos de seda la calaban y repicoteaban toda ella, dejándola sólo como un esqueleto de finísimos nervios: ¡qué encaje tan admirable! ¡qué dibujos tan caprichosos!

Porque mi padre trajo también simiente de gusanos filipinos y los crió en el terrado de casa, alimentándolos con aquellas espléndidas hojas de la morera oriental.

De este modo consiguió una pequeña cantidad de seda, dos ó tres madejitas no más, que me parece estar viendo coquetonamente prendidas con cintas de raso color de rosa.

Era la seda obtenida de este modo una seda maravillosa, de delicadeza extraordinaria y de gran resistencia al mismo tiempo.

Aquellas madejitas las mandó mi padre á una exposición

que hubo en Madrid, y sin recomendaciones, sin intrigas, obtuvieron un primer premio.

¡Ah! Si mi padre hubiese tenido recursos, cuántas cosas hubiera podido realizar y cuántos progresos le debería hoy la Huerta de Murcia, que tantos gérmenes de riqueza encierra, y que, al menos por entonces, tan entregada á la rutina iba viviendo vida sin porvenir!

De aquel pequeño jardín—porque era muy pequeño—yo no me olvido nunca. En él nos daba mi padre lecciones de botánica, que ya tengo olvidadas. A él iba á jugar con mis compañeros; y no había calle, ni rincón, ni cuadro de flores, cuyo plano no pudiera trazar ahora mismo.

Hasta me acuerdo del nombre del jardinero: se llamaba Esparza. Era buen hombre, muy tímido, y había llegado ya á los linderos de la imbecilidad.

Cuando mi padre, desde un extremo del jardín le llamaba, acudía Esparza presuroso: mejor dicho, acudía corriendo á la voz del amo, ni más ni menos que un perro; y había de pasar siempre por el cenador del centro y siempre había de tropezar con uno de los cuatro bancos de ladrillo, que formaban los cuatro lados del cenador, dándose terribles golpes en las espinillas.

—¡Qué torpe eres, Esparza!—le decía mi padre.

Y Esparza, todo acongojado y dolorido, le replicaba:

—Pero ¿qué quiere V., D. José, si esos malditos bancos siempre *se me tiran?*

¡Quién sabe si todos nosotros no tenemos algo de la imbecilidad de aquel pobre jardinero; y si cuando, al sucedernos algo malo en la vida, nos quejamos de las malquerencias del destino, no parodiamos á Esparza, repitiendo, en otra forma, aquella profunda y filosófica frase: «esos malditos bancos siempre se me tiran».

*
* *

Desde el jardín botánico iba todas las tardes *al Malecón;* al clásico paseo del *Malecón,* que supongo que todavía existe y que existirá mientras el río Segura tenga riadas.

El paseo del Malecón era un paseo especialísimo y el predilecto para viejos, cesantes y gente formal, en días de invierno.

Me parece en este instante que lo veo: y es que si no lo viese no me acordaría de él. Yo necesito una imagen en que apoyar el recuerdo: es como el cimiento en que el recuerdo se funda, como la plancha fotográfica en que se graba.

El Malecón va dominando campos, jardines y huertas de una parte y otra; las copas de los árboles que á un lado y otro crecen, van acompañándole en toda su extensión, como grandes abanicos de verdura, que se agitan á la altura de los paseantes.

Al menos en aquel tiempo, ir paseando por el Malecón era ir paseando por entre copas de árboles.

Tiempos eran aquellos muy revueltos: la guerra civil ardía con todo su fuego en los primeros años de mi niñez; y cuando fuí mayor estaban todavía muy recientes sus estragos y sus temores.

Digo esto, por recordar que una parte del malecón—su primera mitad, digámoslo así--estaba fortificada; si por fortificación se entiende un muro de ladrillo que corría á lo largo con aspilleras: donde el muro terminaba, el malecón estaba cortado por un foso y tenía sobre el foso su correspondiente puente levadizo.

¡Aquellas fortificaciones me parecían á mí formidables, y siempre me imaginaba muchos fusiles saliendo por las aspilleras y haciendo fuego á los facciosos, que intentaban pasar el río!

Del otro lado del Malecón había algo así como los pasos de un calvario. Es decir, pilares de ladrillo con un hueco en lo alto en forma de nicho, y en el fondo del nicho una escena de la Pasión toscamente pintada.

La procesión de los pilares iba á terminar en una pequeña ermita.

Pero lo que más fijaba mi atención, lo que más excitaba mi curiosidad y más admiración me producía, era un extenso jardín, al cual se bajaba desde el malecón por una escalera de piedra, protegida toda ella por una verja de hierro, y cubierta por la sombra de robustos y frondosos árboles.

Era una entrada misteriosa, cuya forma más se adivinaba que se veía, y en que nunca vi penetrar el sol. Entre la verja espesa, los árboles copudos, y la larga escalinata, la entrada del jardín quedaba envuelta en sombras.

Mi felicidad suprema hubiera sido bajar por aquella escalera para ver á dónde iba; pero nunca bajé por ella.

El final del malecón, cuando ya éste, por decirlo así, se ponía al nivel de las tierras, era un sitio que á mí me parecía encantador. Algunos árboles, muchas flores, altos rosales, y un arroyuelo de agua muy pura. Allí me llevaba mi madre casi todas las tardes á merendar; nunca he merendado mejor.

No hay que decir si en aquellos dos días que permanecí en Murcia dejé yo de ir á pasear por el Malecón.

Allí estaban los pilares del Calvario, la pequeña ermita, el ancho jardín y la misteriosa escalera para bajar á él.

¡Tampoco en aquella ocasión bajé!

* * *

Una novedad encontré en Murcia: el nuevo casino, ó mejor dicho, el único casino, porque en mi tiempo no había ninguno.

Me dejaron entrar con mucha cortesía, cuando dije que era forastero, y allí estuve unas cuantas horas en compañía de un joven de mi edad, que me dijo ser marqués ó cosa por

el estilo. El era finísimo y simpático, y vestía con elegancia. Me propuso, que jugásemos una partida de ajedrez, y aunque yo no sabía ni sé, más que puramente la marcha de las piezas, acepté gustoso y jugamos cuatro ó cinco juegos.

Aquel joven aristocrático creció ante mí con proporciones de Titán.

Comparado conmigo era un Morphy. Para mí su juego se perdía en lo sublime: ni una palabra comprendía de sus jugadas, pero á los cinco minutos ya me había *comido* el rey; y así, cinco veces seguidas, en las cinco partidas á que tuve la osadía de atreverme.

Yo tengo buena memoria para todas mis victorias, grandes ó chicas; como tengo buena memoria para todas mis derrotas. Pero con una particularidad: que el vencedor lejos de serme odioso, me es simpático.

Ninguna superioridad me molesta. Admiro, por el contrario, sinceramente toda alteza clara y demostrada: en lo cual no me parezco á todo el mundo.

Desde que aquel joven me ganó las cinco partidas, me fué más atractivo; me pareció más respetable y me agradó más su trato.

Comprendo perfectamente los entusiasmos del célebre crítico inglés *Carlyle* por los héroes y su adoración idolátrica por los grandes hombres. Habrá exageración en su teoría; no podrá servir de base para una crítica científica; pero algún fondo de verdad encierra.

La superioridad en algo es siempre digna de respeto y hasta de simpatía; á veces de profundo entusiasmo. Si no nos entusiasmamos con lo grande, ¿con qué nos vamos á entusiasmar? ¿Con lo ruin y los ruines acaso?

*
* *

No acabaría nunca de hablar de Murcia y de los recuerdos que en mí despertó.

La vida de los primeros años, es tan ancha, está tan llena de memorias, las sensaciones son tan vivas, escribe con caracteres tan grandes los más pequeños sucesos en el por entonces blanco libro de nuestra existencia, que jamás aquellas primeras impresiones se borran ni palidecen.

Pero salgamos ya de Murcia; que ya es hora de volver á Madrid y de encontrarme en Aranjuez con la caballería sublevada de O'Donnell y de Dulce.

José ECHEGARAY.

IMPRESIONES EVOCADAS

Bécquer.

Un cuarto de siglo ha trancurrido desde la muerte, acaecida en 22 de Diciembre de 1870, de aquel espíritu singular, que dejó una estela tan luminosa y un recuerdo tan profundo en la memoria de sus contemporáneos. Al releer á los treinta años el libro que nos sedujo á los quince, invádenos la comezón irresistible de remover y agitar aquel primer sedimento que depositó en los fondos de la adolescencia. A trueque de sentirnos desilusionados, queremos contrastar con la serenidad reflexiva de ahora la impresión inconsciente de entonces; queremos razonar nuestras emociones pasadas, ya que no podemos resucitar el entusiasmo que las produjo. De esta manera, el floricultor que se embebecía ante las variedades más exquisitas, que se arrobaba en la contemplación de sus matices y languidecía al influjo de sus letales aromas, conviértese después en curioso botánico que deshoja las corolas, cuenta los pistilos y los estambres, escinde el tejido vascular y destruye, en suma, la flor misma, persiguiendo bajo la lente el último irreductible elemento histológico de la pequeña obra maestra que en otros tiempos le cautivó intacta y virginal.

La obra de Bécquer fué también esa flor de la poesía cuyo perfume desvaneció á la juventud. No pudo causar asombro

por su grandeza ni por su audacia; no subyugó con el terror de lo sublime, no ensordeció con el estruendo de la tempestad revolucionaria, no deslumbró con el rayo de la sátira vengadora, no aspiró á ningún magisterio social, no fraguó ninguna utopía, no pretendió, en fin, conducirnos á ninguna redención augusta y revelada, como tantos escritores y poetas del siglo convertidos en intérpretes ó hierofantes de todos los misterios. Estuvo lejos de deslumbrar como pensador. Su talento era mucho más discreto y delicado que profundo y vigoroso; mucho menos fecundo y vario que aquella su fantasía rica, irisada y cambiante por donde desfila en fuga perpetua el enjambre de las imágenes reales y de las imágenes *imaginarias*, lo natural y lo fantástico, la forma y el símbolo... semejante á aquellos interminables festones plateresco, en los cuales, enlazados por ondulante guirnalda, un amorcillo persigue vertiginosamente á una ninfa, un fauno á una bacante, un endríago á una quimera, una mariposa á un lirio... Pues bien; ese artista contemplativo y puro logró algo más que las ponderaciones de una devoción meramente literaria y que el tributo de una gloria póstuma. Más que esto, consiguió que vibrara al unísono el corazón de sus coetáneos, anotó y resumió un estado del alma, expresó con eficacia insuperable un *momento* de la pasión eterna y colectiva bajo lo subjetivo y personal de sus inspiraciones. Se infiltró como un aroma en el espíritu de su generación, se incorporó á ese espíritu y fué uno de los componentes de su estructura psicológica. Es decir, modificó y en cierta manera moldeó su sensibilidad.

La memoria que se guardaba de este poeta ha decaído visiblemente en los últimos diez años. Ha sufrido los rigores de la reacción y se ha puesto en moda, si no rebajar su valor y legitimidad, preterirle y eliminarle de la cita y de la divulgación literaria, relegarle á la penumbra. Sufre la intransigencia sectaria de las escuelas, más empeñadas en destruir lo anterior que en consolidar lo nuevo, siempre dispuestas á convertir lo diferente en contradictorio, y olvidadas siempre de

que el progreso artístico, mejor que en una eterna emigración á tierras prometidas, consiste en un ensanche paulatino del terreno conquistado, sin abandonarlo en un solo púnto, sin cegar uno solo de sus manantiales. ¿Qué significó por ventura el renacimiento pagano más que la reincorporación de la cultura clásica en la corriente feudal y bárbara de los siglos medios? ¿Qué significó la explosión romántica sino el desbordamiento del espíritu humano, canalizado entre los diques académicos, que invadía cuanto de feroz, de inexplorado, de misterioso y de poético existe en los territorios y en las literaturas que no fueron de Grecia ó Roma? ¿Qué debe esperarse de la evolución naturalista sino la reintegración en la materia artística de la realidad viviente, conculcada por un idealismo falso y convencional? La verdad, la belleza, no están completas en una zona intelectual, ni en un solo espíritu, ni en una sola tendencia. En cada zona, en cada espíritu, en cada tendencia, encontramos una parte de aquella verdad y de aquella hermosura. Solo el genio altísimo, dotado de cierta ubicuidad y omnipresencia taumatúrgicas, alcanza alguna vez á darnos como el atisbo y á descubrirnos el asombroso y complejo panorama de la vida en su expresión integral y armónica, viéndolo sincréticamente y al mismo tiempo por los ojos del hidalgo manchego y por los de su zafio acompañante. Pero cuanto más se desciende de esos montes gigantescos, que hunden sus estribaciones en la región central é ígnea mientras esconden su sima entre las nieves perennes, más aparece también lo fraccionario y lo truncado, lo circunscrito y lo individual. Hablamos de la feria según nos va en ella, y no porque el mundo sea del color del cristal con que se le mira. «El mundo es *gris*»... ha dicho uno de nuestros más sagaces observadores, esto es, confusión y mezcla de todos los colores y todos los tonos, mientras que cada inteligencia tiene una propensión exclusiva á percibir el uno y á repeler el otro, como cada organismo una impresionabilidad diferente, como cada imaginación una simpatía determinada, como cada retina una destre-

za ingénita para conservar la sensación de un matiz especial y preferido.

En tal concepto parecerá siempre injusto el tácito desdén que cierto *snobismo* flamante guarda para Bécquer. La palabra asusta con frecuencia más que la idea por ella representada. Hemos declarado cursi toda vehemencia del sentimiento, porque cursi era el sentimentalismo facticio y sin causa. Hemos convenido en llamar afeminación á toda ternura, á todo reblandecimiento del corazón endurecido, á todo relajamiento de la tiesura exterior imperturbable. Y ello es también una afectación igual y contraria, una *pruderie* opuesta á la languidez sentimental que se reprocha en quienes confiesan todavía al poeta de sus mocedades. Las *Rimas* fueron en España, hace veinte años, el breviario amoroso de la juventud; una especie de *ars amandi* espiritualista y quejumbrosa; una confesión íntima y expresada sutilmente de la modalidad pasional del poeta; el postrer grito del alma romántica, del alma aterida por la frivolidad femenina, por el creciente positivismo práctico, por ese enfriamiento de la costra terráquea que parece haberse comunicado á la sociedad y á la literatura; en suma, la vaga alegría de los ideales muertos. Bécquer fué romántico: el último. Fué un «retrasado», á quien todavía alcanzó de lleno la invasión de las nuevas corrientes sociales y artísticas, remiso para seguirlas, conocedor de su impotencia para contrarrestarlas. Sobrevivió en él, con extraña persistencia, la plenitud del *clair de lune*, el temperamento soñador y exaltado, y consiguió removerlo y despertarlo en sus contemporáneos por medio de una última sacudida. Tocó en la costra que comenzaba á petrificarse, y brotó todavía el raudal de las lágrimas. En la pequeña colección de sus versos buscó la juventud el confidente de sus cuitas y el eco de sus propias nostalgias; más que admiradores tuvo entonces devotos, y fué, como Musset en Francia, quien personificó y expresó «el mal de la época», el espejo en el cual todos reconocieron su semblanza y su dolencia común.

Mucho menos radical, no hay que insinuarlo, es el escepticismo del poeta de Sevilla que la desolación psicológica del cantor de las *Noches*. No se había agotado en la crápula, no había deseado la existencia bohemia y errabunda, no había sido arrastrado por el cálido simoun que agotó el alma de Espronceda; pero se sentía también *enfant du siècle*. Atravesando esa línea equinoccial que acaso representó nuestro siglo en la historia, sufría la desviación magnética y la falta de orientación constante y sosegada. Anduvo con su tiempo, pero vuelto de espaldas. Miraba siempre hacia el pasado, y ni un entusiasmo ni una frase realmente sentida transparentan lo que esperase, si algo esperaba, del porvenir. Todos los asuntos los extrajo de la tradición ó de la propia intimidad. Es cierto; su musa, cuando menos en lo que alcanzó á dejarnos, no conocía más que dos emociones: la amorosa y la arqueológica. Desde Piferrer y Quadrado la arquitectura ojival no había tenido espectador más reverente ni cantor más entusiástico y arrobado. Si por todas las afinidades morales se enlazaba á la anterior generación literaria, en cambio su estilo puede considerarse, junto con el primero de Alarcón, como puente tendido entre la exangüe fraseología romántica y la pletórica frase moderna, como tránsito á lo plástico, colorido y vigoroso del estilo actual. Sus aficiones y habilidad de dibujante se denuncian en el empeño con que trata de producir, por medio de un lenguaje no muy reblandecido todavía para ello, la sensación óptica, por el ahinco con que trata de sugerirnos la visión directa del objeto descrito.

Había nacido á la vida literaria en el período más ecléctico é insustancial de este siglo, cuando el estilo se reducía generalmente, aun en los que se preciaban de castizos y atildados á una mera corrección *negativa;* cuando casi todo se desleía en parrafadas incoloras y triviales que, como los niños anémicos, pedían á gritos la emulsión de Scott; cuando obtenían una boga incomprensible los «pensamientos sublimes» ensartados por Selgas en la ristra sin fin de aquel estilo *cor-*

tado, delicia del buen lector isabelino, y en el cual no acertamos nosotros á ver más que la monotonía de una simétrica vegetación de hongos. Habíase extinguido la prosa maleante y vivaz de los últimos *costumbristas*, y se desataba la prosa intolerable de los novelones históricos ó melodramáticos y de cuantos destajistas editoriales absorbían entonces la pública atención, de la cual parte muy exigua quedaba para los verdaderos escritores y las incipientes tentativas conservadoras ó restauradoras así de la pureza como de la fuerza expresiva del castellano. Bécquer no es un purista impecable. Aun en varios de sus cuentos y artículos más escogidos, se tropieza con descuidos gramaticales, con galicismos, con alguna que otra expresión idiótica ó chabacana que recuerdan la jerga del café y de la casa de huéspedes en los tiempos de la revolución de Setiembre; pero así y todo es bastante exagerado y acaso bastante inconsciente el menosprecio de los cancerberos del idioma hacia todas sus producciones en cuanto á modelos de buen decir. Páginas tiene, sobre todo aquellas que escribió libre de la premura de las redacciones, que, hasta en el concepto negativo de la corrección á que antes me referí, pueden figurar en cualquier antología de prosistas contemporáneos.

Sus *Cartas literarias*, escritas en Veruela, entregado el autor por completo á sí mismo, gozando de aquellas horas de vagar y pereza aparente que son, sin embargo, para el artista las horas de verdadera fecundidad, resultan muy sabrosas y constituyen un tejido de dicción salubre, castiza y como refrescada por las mismas auras del Moncayo, en las cuales gimen y susurran tantos ecos, tantos voces, tantos apellidos y recuerdos de la España heroica y romancesca. Y no sólo se advierten allí el esmero y la pulcritud gramaticales, sino también riqueza de vocabulario, precisión y aquel espíritu castizo de por dentro que hace moldear la frase más audaz conforme á la ley y á la tradición íntima de cada lengua. ¿Y no pueden servir como de ejemplo de esto mismo, la charla de las comadres en *Maese Pérez el Organista*, muchos fragmen-

tos de *El Cristo de la Calavera*, y *Los ojos verdes*, y casi todos los retazos descriptivos de antiguedades y ruinas, de edificios góticos y callejas oscuras, de plazas desiertas y solariegos palacios en la quietud solemne y como ritual de las viejas ciudades castellanas? Ciertamente que encontraremos algo débil su estilo si lo comparamos con las opulencias de Alarcón, que parece haber traído á la literatura el reflejo de la paleta de Fortuny; ciertamente que ha de resultar apagado y cosmopolita al lado de las ubérrimas páginas de Pereda, en donde no hay arcaísmo que no parezca novedad ni novedad que no tome el rancio y no se convierta en añejo clasicismo; al lado de la variedad inagotable y el centelleo de innúmeras facetas de la señora Pardo Bazán; al lado, en suma, de la corriente caudalosa, como de río sagrado y nacional de la obra de Menéndez y Pelayo, al lado de los primores y de la gracia exquisita y única de Valera, golosina de epicúreos é inapetentes... Pero hay que tener presente la manera cómo envejecen los estilos y cómo, á la vuelta de veinte años, por la imitación directa ó mediata, se convierte en colectivo y ambiente lo que fué individual é inusitado. ¿No ha descubierto una crítica docta al precursor del delito nervioso y romántico en Rousseau y al precursor de la sanguínea expresión realista en Diderot? Y, sin embargo, ¿quién no encontraba ya caducos y marchitos allá por 1830 los lacrimosos párrafos de *La nouville Heloïse* ni quien, ahora que ha sido restaurado el aprecio de Diderot en cuanto á estilista, reconoce aquella lozanía vigorosa en los diálogos de *Le neveu du Rameau*, si no retrocede á su época ayudado por un esfuerzo imaginativo?

Retrocediendo también esos treinta años que nos separan de los días de Bécquer, será preciso reconocer el ahinco con que persiguió la expresión literaria de los aspectos exteriores y procuró sugerir concretamente, por medio del lenguaje, sensaciones visuales y acústicas. En él empieza á despuntar la energía gráfica que después ha florecido, llegando á resolverse en enfermedad y decadencia cuando de su condición de medio

se ha querido convertirla en fin. Medio fué tan sólo, para nuestro poeta, de vaciar la impresión hondísima que producía en su espíritu el espectáculo de la vieja España monumental. Ha sido descrita y estudiada ésta con mayor solidez, por manera más concienzuda y completa, en trabajos de arqueólogos y especialistas, en monografías é historias locales; pero á Bécquer le cupo el mérito de expresar más hondamente que nadie esa emoción estética pura y en sí misma, como artista libre de empeños didácticos ó históricos, á los cuales no se aventuraba su instinto, superior á su erudición. Pasado aquel impulso de los restauradores del arte gótico, cuyo primer atisbo hay que buscar en Jovellanos (con sus memorias acerca de los monumentos de Mallorca y su disertación, no ha mucho sacada á luz, sobre la arquitectura *inglesa),* y cuyo desarrollo sistemático encontramos en los beneméritos autores de los *Recuerdos y bellezas de España,* nadie como Bécquer entre la legión de entusiastas que levantó Víctor Hugo con *Nôtre-Dame de Paris,* llegó á comunicar el deleite purísimo de la contemplación arqueológica, ni nadie ofreció en España una revelación poética más insinuante y persuasiva de los misterios arquitecturales. Toledo era la patria de su espíritu; allí volaba, presa de invencible fascinación, tan pronto como se lo permitía su cotidiana y oscura tarea de periodista. Andaba á la ventura por el dédalo de callejones de la ciudad imperial, se extasiaba ante el viejo retablo, ante la tapia medio derruida, ante los soberbios portalones nobiliarios, ante los atrios guarnecidos por triple hilera de santos inmóviles, bajo los claustros, á la media luz de los templos. Entregábase por entero á esa divina embriaguez; sobre una inscripción incompleta reconstituía una historia; sobre el resto de un mirador empotrado en la construcción moderna imaginaba una novela. Su alma toda se derramaba en aquellas venerandas soledades, mañana y tarde, á la hora del crepúsculo y en sus correrías de noctámbulo. Y su mente se poblaba de imágenes, de figuras, de visiones retrospectivas que una y otra vez acudían á su memoria y se

abrían sitio en su prosa y en sus versos. «Á tientas conocía los rincones—del atrio y la portada...»—«¡Hasta los mudos santos de granito—vi que me saludaban!»

Mucho había en esta insaciable devoción del afán angustioso con que se copia y reproduce el retrato de la persona amada ardientemente si la amaga una muerte próxima. Bécquer dice tener fe en el porvenir y asiste complacido al espectáculo de los progresos y de las invenciones estupendas. «No obstante... en el fondo de su alma consagra como una especie de culto, una veneración profunda por todo lo que pertenece al pasado; y las poéticas tradiciones, las derribadas fortalezas, los antiguos usos de nuestra España», tienen para él interés muy superior al de la vida contemporánea. Abomina de la intransigencia progresista que declara la guerra á todo lo tradicional, juzgando «absurda aquella gran máquina al encontrarla rota»; y por lo mismo que ese tiempo y esas ideas no han de volver, acreciéntase la piedad de conservar su recuerdo. «La vida de la nación parece que se dilata con la memoria de las cosas que fueron, y á medida que es más viva su imagen, es más real esa segunda existencia del espíritu en lo pasado.» Así reacciona su temperamento contra las devastaciones artísticas que alcanzó y contra las que presentía, vibrando en todas sus frases mejor que la indignación rencorosa, una ternura elegíaca y grave. Si no para la fe religiosa, para la fe artística pudo decirse de él que había nacido demasiado tarde y en un mundo demasiado viejo. Como la mayor parte de los talentos de nuestra centuria, adoleció de esa falta de adoptación á la realidad, bien por la persistencia de las afecciones históricas, bien por sentirse lejos de las formas utópicas é ideales de la sociedad refundida y ordenada por la razón. Espíritu rico de vida interior, muy poco hubo de buscar en la «objetividad ambiente.» Era de aquellos cuyo centro de gravedad cae hacia adentro (según el aforismo de la *Parerga*), y para quienes lo sustantivo no es la naturaleza, sino su interpretación ideal, el arte, en una palabra. De esta suerte Balzac

interrumpía bruscamente sus diálogos íntimos acerca de las penalidades y de las secretas afrentas de sus débitos, exclamando: «Volvamos á la *realidad;* Eugenia Grandet, Rastignac, Vautrin...» De idéntica manera, aunque caminando por senderos opuestos, Bécquer fué toda su vida el viajero abstraído y como refugiado en sus propias cavilaciones que pasa por el mundo social con los ojos abiertos y con el pensamiento desterrado de los lugares que visita. Mejor dicho, era el somnámbulo á quien se despierta á lo mejor de su nocturno paseo, y que acaso maldice en su interior la mano que lo detiene y corta el hilo de su devaneo fantástico. Todo contacto con la realidad le producía el efecto de lanzarle fuera de la realidad; al poner el pié en tierra firme no encontraba en ella otra cosa que el trampolín desde donde saltar á los espacios imaginarios. Tal le vemos en *El rayo de luna*, feliz *trouvaille* como fantasía y como expresión autológica de un temperamento.

Pero ese somnámbulo no era dado tan sólo á espaciarse en las regiones de la quimera, sino que se replegaba y concentraba en lo más recóndito de su espíritu á cada sacudida y á cada tropiezo. Contaba sus aventuras y gustaba de consignar y traducir los dolores del alma que en sus vuelos aturdidos toca en las limitaciones de lo real y en las imperfecciones de lo humano. Y esa concentración del espíritu herido nos ha dado en Bécquer á uno de los raros y sincerísimos poetas de este siglo, no ciertamente por la grandeza ni por la extensión ni por la variedad de sus creaciones, sino por transmitir con fuerza suficiente la impresión del estado *patético* de su alma. Habrá pasado más ó menos de la esfera de los sentimientos humanos esa modalidad de la pasión amorosa, podrán parecernos risibles los extrafalarios recuerdos de esa falange de imitadores que levantó, encarnizados tan sólo en la reproducción de sus mismas combinaciones métricas; podrán refrenar nuestra admiración los gimoteos de la *bas-bleu*, que pone los ojos en blanco al final de cada estrofa; pero la misma distancia que separa este artificio de aquella verdad y estos amores

de cabeza (como el pobre Ixart decía) de aquella pasión escondida y roedora, nos hace repetir una y cien veces que todo el valor de los versos de Bécquer se funda en la *realidad* y preexistencia del dolor en el espíritu del poeta y en la eficacia de la expresión para comunicarlo. Y precisamente esta eficacia expresiva y esta realidad del sentimiento hacen de Bécquer un ejemplar bastante aislado de la poesía castellana, mucho más rica y opulenta en elegancias y bizarrías y pompas exteriores que en sustancia intelectual y afectiva, profusa y difusa, mucho más que densa; derramada en espumas y cascadas vistosas mucho más que comprimida en esas venas subterráneas de la vida espiritual, como no las busquemos en los místicos de nuestro gran período. Así nos conduce el poeta á la desolación de su existencia, á la terrible orfandad de quien cruza las ciudades más populosas y las halla desiertas; de quien al llegar la noche no encuentra un asilo y tiene sed y bebe sus lágrimas; de quien, herido por la traición femenina, se sienta en el borde de la revuelta cama y envejece en una noche; de quien se arroja al mar del mundo, atraído por las ambiciones fascinadoras, el amor, la gloria, la libertad, con el corazón virgen y enardecido por los más santos entusiasmos, mientras á poco desde la orilla «tendida su ropa á secar», mira irónicamente á los futuros náufragos que pasan cantando e himno de la ilusión eterna; de quien, en suma, deja un girón del alma en cada abrojo y un rastro sangriento en el camino que le guía á su última esperanza: la muerte.

No puede considerarse á Bécquer como á un poeta completo. No alcanza el dominio de los poetas primordiales de este siglo. No vuela de lo divino á lo humano, de la filosofía á la historia, de la lobreguez de la conciencia á los piélagos siderales infinitos; y en este sentido fué exagerada la idolatría con que imperó su celebridad hace veinte años. Pero si no es *la poesía* entera, lo que nos ofrece es *todo* poesía legítima y de alto grado. Ni profusión ni abundancia ni facundias portentosas; lo que allí nos seduce y arrastra, es una intensidad que

consideraríamos sin ejemplo ni aproximación, á no haber escrito Ruiz de Aguilera *El Dolor de los Dolores*; la intensidad de la corriente sentimental. Es el poderío de concentración que del inmenso fánago de la «realidad difusa» extrae y acrisola como último residuo, el pequeño grano de sustancia poética esencial. Es la verdadera aura lírica que sacude los nervios del lector transmitiendo y propagando la misma emoción del poeta sin que se amortigüe ó interrumpa aquel estremecimiento fluídico. Es el temblor inenarrable con que la pasión ajena se comunica á nuestro espíritu con aquella plenitud de que será siempre el sumo ejemplo Leopardi, y que en el poeta español llega á igualarse con la de Heine (comparación que por lo tópica ya es fuerza omitir) menos en los zarpazos de genio del vate alemán. En tal sentido, aun incoherente, aun incompleta, aun adoleciendo de improvisación y esbozo, la obra del autor de las *Rimas*—verdadero repentista que no sacó á fuera más que una proyección elemental de lo rico y variado de su espíritu—merece algo más que la actual indiferencia. Sintió hondamente y movió el alma de su generación; aportó á la poesía castellana una tendencia innegable á la expresión directa é íntima de las emociones, y nos legó, en el acervo de sus obras, la historia de un espíritu exquisito, una de las confidencias más interesantes de la sensibilidad moderna.

MIGUEL S. OLIVER.

ADAN Y EVA

(CICLO)

MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

(Conclusión.)

XXI

Apenas articulé estas palabras decisivas, cuando se me figuró que las había pronunciado otro, una persona desconocida que estaba allí, dentro de mí, agazapada en lo profundo de mi ser, pero que no era yo mismo, sino más bien mi antagonista, un espíritu hostil, alguien que procuraba mi daño y mi muerte. ¡Arrechucho de incalculables consecuencias! ¡Repentón sentimental, de que nunca me hubiese creído capaz á sangre fría, en mi sano juicio! Acababa de dirigir á una mujer casadera una proposición de matrimonio en regla, con toda formalidad; acababa de tender voluntariamente el cuello al yugo, y de trazar la línea de mi porvenir con una sola frase, prólogo de la más grave é irrevocable determinación que adopta en su vida el hombre.

Mas no me dió tiempo mi vencedora para apurar el susto de recudida. Al oir mi proposición, permaneció silenciosa, como si reflexionase; sus reflexiones, si las fueron, durarían un minuto escasamente. Rehecha ya de la sorpresa, que no debió de ser floja, me miró con una mezcla extraña de satisfacción y recelo; sin duda—así me lo sugirió la vanidad masculina—la abrumaba el peso de tanto bien, y no lo creía posible ni verosímil. Sinceramente juzgaba yo que el haber ofrecido á Feíta mi mano era rasgo de estupenda magnanimidad, y que cuanta gratitud tuviese disponible la muchacha sería poca para estimar y pagar mi generoso arranque. Prove-

nía esta opinión de mi concepto de que el hombre que se decide á casarse, dispensa señalado favor á la mujer elegida y realiza un acto de heroica abnegación, resolviéndose á una existencia de trabajos y sacrificios. Era mi celibatismo, era mi inveterado miedo á *la gran locura* lo que en aquel instante predominaba en mí, encogiéndome de pavor el alma.

Al cabo, Feíta abrió la boca, y fué para decir, con afectuosa apacibilidad:

—Gracias, Pareja; en esta ocasión, el ofrecerme la blanca manita es una prueba de amistad y de simpatía ¡de las mayores! Se conoce que tiene V. un corazón noble, y que, aparentando ser un solterón muy duro de pelar, en realidad es V. extremadamente bondadoso, y capaz de jugarse, en un momento dado, su tranquilidad, por seguir el impulso de un sentimiento compasivo... Esto me demuestra que no me había equivocado al creerle á V. mi mejor amigo... la única persona que sin propósitos infames entró en nuestra pobre casa. Le aseguro que este momento es señalado para mí, y que después de tantos días como llevo de tragar quina y de pasar berrinches, ahora de pronto me parece que se me ha aligerado el corazón. Como que—añadió dirigiéndome una sonrisa de celestial dulzura—hasta me late fuerte... hasta me he puesto temblona. ¿Qué quiere V., amiguito? No es una de estuco, y la primera vez que le piden en matrimonio, la cosa hace su efecto... Al fin es una demostración de aprecio muy grande! La más grande que, hoy por hoy y según están las cosas, puede un hombre dar á una mujer de su misma esfera, sobre todo si la mujer es tan *mal partido* como yo... Vengan esos cinco, Pareja; tengo ganas de apretárselos.

Me apoderé ávidamente de la mano desnuda que me tendía la singular muchacha, y al aprisionarla entre las mías y experimentar ese choque eléctrico que determina el roce de la palma de la persona querida, conocí por primera vez que no era mi ilusión tan espiritual como había imaginado. En esto del análisis amoroso siempre nos aguardan sorpresas, porque no hay instrumentos para pesar y aislar los sentimientos y las sensaciones.

—De modo—exclamé turbado y haciendo esfuerzos para ocultar la índole de mi alteración—que ya es mía esta rica manita. ¿Mía para siempre? ¿Me la entregan?

Prontamente, de un modo casi violento, Feíta retiró su diestra, y dijo sin afectación de desdén, pero en tono muy categórico:

—Eso no.

Casi arrepentido cinco minutos antes de mi proposición matri-

monial, al rechazarla Feíta parecióme que toda la felicidad á que yo podía aspirar en el mundo se desvanecía y disipaba al eco de aquellas palabras concisas y durísimas. Un frío mortal cayó sobre mi alma, y como si en el orbe no existiese otra mujer sino Feíta, me vi de repente solo, eternamente solo, y aquella imagen de la soledad, que antaño me parecía halagadora, en tal instante me horripiló, pues la idea de tener por compañera á Feíta había cristalizado ya, sin que yo mismo lo notase, en lo más hondo de mi espíritu, allí donde radican y perseveran las ilusiones invencibles, las ilusiones amadas, las que tienen el bello color de la esperanza y el ardiente color del deseo.

—¿Que no acepta V.?—exclamé dolorido y asombrado.—¿Que no quiere V. aceptar? ¿Me desaira V., Feíta... desaira V. al amigo, al único leal, al que la hizo á V. justicia y la comprendió..., cuando ninguno la comprendía ni la disculpaba siquiera?

—Entonces—dijo sonriendo—con quien debo casarme es con Primo Cova, que me comprendió antes que V. Hablando formalmente, no es desaire—añadió aproximándose y dejando á sus verdes ojos que, á falta de otro lenguaje más embriagador, irradiasen gratitud y puro cariño.—Aquí no caben *desaires*... Es—atiéndame, atiéndame, no se alborote—es que, ya lo sabe V. de antiguo... que no pienso casarme. ¿V. creía que era por falta de novio? No; era que realmente deseo continuar soltera. No sé si variaré de opinión; lo que es hoy, pienso así. También le digo á V. que de casarme, no me casaré jamás... por *chiripa*.

—¿A qué llama V. casarse por *chiripa*, Feíta?

—A esto que ha pasado, Mauro; á que yo resuelva marcharme de mi casa, y V. lo sepa, y para evitar mi viaje y conjurar un conflicto y salvarme de peligros que V. imagina, se me ofrezca por esposo, y yo para asegurar mi porvenir lo acepte... Bien recordará V. que no entraba en mis planes *ir al ara*, ¿no se dice así? Pero en estas circunstancias, mucho menos. No; no es de este modo como debe casarse la gente... como debe casarse Feíta, si es que algún día se casa... que tampoco eso será obligatorio; digo, me parece á mí.

—Pero, niña—exclamé sintiéndome elocuente para defender el bien que ya juzgaba perdido;—está V. en un error al suponer que yo me ofrezco á casarme con V. *por chiripa*. La estoy queriendo desde que la conocí; desde que andaba V. de corto; desde hace seis ó siete años... Sí, por lo menos. Esto es verdad, Feíta; sólo que yo no lo sabía. ¿No cree V. que esto puede suceder? Pues vaya si puede suceder, y si sucede. Mientras V... lo que V. representa, el tipo que

V. realiza, la clase de mujer que V. es... existía dentro de mi corazón y yo la soñaba como un ideal... como un ideal que ni uno mismo sabe definir, porque no encuentra en la realidad nada con qué compararlo... yo me distraía acercándome á otras mujeres, y apenas las conocía, huía de ellas desencantado, aburrido. ¿No indica algo este síntoma? ¿No ve V. en mi terca soltería y en mis conatos amorosos y matrimoniales frustrados inmediatamente, la señal de que yo no encontraba á esa que podía ser *mi mujer*, mi mitad, no sólo ante la ley sino en espíritu? Vamos á ver, Feíta; ¿cree V. sinceramente que sólo por caprichillo, por manía rara, ó por un egoismo refinado y seco, me había yo propuesto permanecer toda la vida aislado como el árbol maldito, y que por antojo también era por lo que ataba y desataba amoríos y rompía lazos y curioseaba mujeres? Si V. creyese eso, no sería V. Feíta; no sería V. la personita inteligente, sagaz y razonadora. Si parezco un enigma, este enigma tiene solución, tiene clave. La clave es que al aproximarme á la mujer... me quedaba frío; iba hacia ella atraído por una ley que no es posible eludir sin sufrimiento, y al querer cumplirla, al ver de cerca á la que podía llegar á ser compañera de mi vida... entre ella y yo se alzaba algo inesplicable entonces para mí... algo... y aquella llamarada repentina se apagaba, y yo apuntaba en mis memorias una desilusión más, un nuevo chasco del corazón. Engañándome á mí mismo, tal vez me creía enamorado; pero á los pocos días el convencimiento contrario surgía en mí, desconsolador é invencible, y padecía, no el dolor de perder á aquella novia, sino el de sentirme helado, incapaz de verdadera ternura... Novias he tenido á docenas, y todo Marineda lo sabe; pero á ninguna hablé de bodas. Se lo juro á V. y puedo probárselo. Ahí tengo las cartas mías, que me han devuelto: puede V. leerlas, y verá si la engaño. Con V., en cambio, lo primero que se me ocurre, casi por instinto, sin dar lugar á la reflexión, es una unión que dure toda la vida. ¡Ya lo oye V., toda la vida! ¡Qué cosa tan seria! ¡Qué cadena, qué lazo! Pues á ese lazo presento la garganta; esa cadena deseo que me ate las manos... ¡Feíta, por Dios! ¡Sea V. buena! Préndame V.

—Y qué—respondió ella con mucho tiento para no lastimarme, y á la vez con la resolución propia de su índole—¿para mí no es lazo, no es cadena? ¿Hay razón para que mi estado de ánimo sea el mismo que el de V.? Tengo veintidós años no cumplidos, he leído y estudiado con furia, pero desconozco el mundo; sólo aspiro á gozar de la libertad..., no para abusar de ella en cuestiones de amorucos... que en ese terreno, bien libres andan en cualquier situación que

ocupen las mujeres y los hombres;! sino para descifrarme, para ver de lo que soy capaz, para completar, en lo posible, mi educación, para atesorar experiencia, para... en fin, para ser algún tiempo y ¡quién sabe hasta cuándo!, alguien, una persona, un ser humano en el pleno goce de sí mismo.

—Feíta—exclamé volviendo á apoderarme de su mano, como si no pudiese resistir al deseo de apropiarme algo de aquella mujer indómita:—Feíta, no sabe V. lo que dice. Con todo el talentazo que Dios la ha dado á V.—sí, señora; con todo ese talento macho—la yerra V. de medio á medio; porque para acertar en esta cuestión, niña de mi alma, no basta el talento; se necesita también ese conomiento de la vida real que V. no posee, y que aspira á conseguir. V. lo conseguirá; pero, pobre criatura; ¡á costa de cuántas penas, de cuántos sufrimientos, de cuántos desengaños, de cuántas privaciones y humillaciones! La sociedad, al presente, es completamente refractaria á las ideas que inspiran los actos de V. La mujer que pretenda emanciparse, como V. lo pretende, sólo encontrará en su camino piedras y abrojos que la ensangrienten los pies y la desgarren la ropa y el corazón. Yo, Feíta, no había reflexionado jamás sobre estas cosas hasta que V. empezó á conquistarme. Sin duda estaba predispuesto, porque aquel huir de la *mujer* general, de la mujer según la han hecho nuestras costumbres y nuestras leyes, y esta atracción que V. ejerce sobre mí, indican que soy un prosélito... involuntario... porque al principio... lo confieso, Feíta... pequé, señor, pequé... me parecía... que era preciso encerrarla á V. en una casa de locos! En fin... he reflexionado... ó he sentido... ¡qué sé yo! á veces tanto da lo uno como lo otro... y aquí me tiene V. Feíta, diciendo que la sobra á V. la razón... pero que la falta la oportunidad, el sentido práctico, el saber de qué lado sopla el aire... Todas las novedades que la bullen á V. en esa cabecita revolucionaria... serán muy buenas en otros países de Europa ó del Nuevo Mundo; lo serán tal vez aquí en mil novecientos ochenta; lo que es ahora... ¡desdichada de V. si se obstina en ir contra la corriente!

—Soy joven—respondió Feíta.—Tengo mucho horizonte, y el tiempo no pasa en balde. Esperaré, daré ejemplo...

—Cuando las ideas no están maduras—repliqué esforzando el argumento, que parecía hacer alguna mella en la razón de la muchacha—los que las predican son crucificados... ¡Y esto sería lo de menos!... Además, son escarnecidos. Todavía no es lo peor la burla... Lo peor es cuando ni les crucifican, ni les escarnecen, pero les

dejan pasar encogiéndose benignamente de hombros, como se hace con los maniáticos inofensivos... Eso, si no les ocurre señalarles con el dedo á la vindicta pública, como se hace con los malvados y los criminales!... Ahí tiene V. lo que la espera, Feíta. No logrará V. ser útil á las otras mujeres; pero V. se prepara un porvenir bien amargo y bien cruel... Lo que la voy á decir es tan claro y tan cierto, que con su lealtad y su franqueza acostumbradas va V. á convenir conmigo en seguida. La sociedad actual no la reconocerá á V. esos derechos que V. cree tener. Sólo puede V. esperar justicia... ¿de quién? Nunca de la sociedad; de un individuo, sí. Ese individuo justo y superior será el hombre que la quiera á V. y la estime lo bastante para proclamar que es V. su igual, en condición y en derecho. ¿Qué más da, Feíta? Nuestro corazón está formado de tal modo, que parece inmenso en sus ansias, y sin embargo, otro corazón puede bastarle, puede llenarle por completo. En la vida íntima, en la asociación constante del hogar, encontrará V. esa equidad que no existe en el mundo. Conténtese con eso, y habrá resuelto el problema de la dicha. Yo seré ese hombre racional y honrado, ese que no se creerá *dueño* de V., sino *hermano*, *compañero...*, y qué diablos *¡amante!* ¡Y ya verá V. cómo tampoco esto último es cosa de despreciar! ¡Verá V. qué bien sabe *querer* á su maridito...! Piénselo V. niña mía..., loquita mía... La ofrezco á V. la libertad... dentro del deber... y con el amor de propina... Me parece que no hay motivo para que V. vuelva la cara. ¿Qué dice V...?

—Que deseo recorrer la senda de abrojos, Mauro amigo—respondió conmovida á pesar suyo la muchacha.—Me tienta, me llama, me seduce.—Puede suceder que dentro de algunos años me duelan tanto los pies, que sueñe con el descanso y el apoyo que V. me brinda. Claro es que V. no me ha de estar aguardando quietecito y con los brazos abiertos. V. es libre, tan libre como yo. ¡Más!, porque yo debo á V. un gran agradecimiento por mil razones y por todo lo que acaba de decir..., y sería una ingratona antipática si no se lo pagase! ¡y V. nada me debe..., al contrario..., me porto malamente con V..., le suelto un *no*..., y si á otro poco me importaría..., á V. lo siento, lo siento... me da rabia!

El dolor que me causaba la repulsa de Feíta, y que en aquel instante se caracterizaba por una repentina desazón nerviosa, me impulsó á proferir esta frase agria y despechada:

—Puede que la libertad que no quiere V. perder por mí, la perdiese gustosa si se presentase otro.

—¿Otro? ¿Quién?—interrogó ella—¡Ah!—exclamó de pronto:—ya

adivino, ya entiendo la indirecta del Padre Cobos... ¿Por el socialista... cree V. que perdería yo mi libertad?

—Sospecho que de buena gana—respondí brutalmente.—Si el compañero fuese un señorito... Vamos, que he acertado.

—Como si tirase V. al blanco con los ojos vendados—respondió Feíta, no sin muestras de enojo.—Y basta, basta ya de cháchara tonta. ¡Recojo estos treinta duros... que debo á V.... y le pagaré volando! Y no se ponga tristón, no, porque me vaya de Marineda. Es para bien de todos; es preciso, es indispensable. Aún tengo que aguardar una quincena, porque necesito acabar el mes de lección en las casas donde enseño y arreglar cosillas.

—¿Me escribirá V.? ¿O tampoco... quiere V. escribirme?

—¡Escribir! ¡Ya lo creo! ¿No le he dicho á V. que es V. mi mejor amigo? ¿A quién quiere V. que cuente mis esperanzas, mis batallas, mis triunfos, toda mi historia? ¡Ya verá V. cómo mis cartas no le aburren y cómo no me las devuelve después! Adiós, Pareja, adiós..., no quiero enternecerme; necesito ánimos... Gracias... perdóneme V... ¡No, no me acompañe, ya sé la casa!

XXII

Al llegar á este punto de mi relato, ¡oh lector que me escuchas, y que, si eres de fina complexión moral, acaso te interesas por los lances de una historia donde hasta este momento nada ocurre de eso que la gente llama sucesos dramáticos!, comprendo que necesito introducir en mi relato una ligera variación, puramente formal. Después que Feíta me desahució, dejándome abatido y desesperado, de tal manera se precipitaron los acontecimientos importantes para los personajes de mi cuento que conoces ya, que si fuese á explicarte el modo, forma y ocasión en que de esos acontecimientos me enteré, y cómo llegué á conocer sus orígenes y móviles; si continuase, en fin, haciendo partir la narración de mi persona, tendría que emplear un tiempo incalculable y llevarte por caminos tan largos, y enfadosos, que sin duda tu buena voluntad se agotaría y se rendiría tu valor. Opto, pues,—ahora que estás enterado del carácter é

inclinaciones de cuantos juegan en esta verídica narración,—por imitar á los novelistas, que no explican cómo se las compusieron para averiguar los íntimos pensamientos y el secreto resorte de las acciones de sus héroes; y aunque pertenezcan los susodichos novelistas á la escuela llamada *del documento humano*, la verdad es que jamás nos presentan los comprobantes y justificantes de sus profundas y sutiles observaciones (tal vez por no aburrirnos, en lo cual realizan la mayor obra de caridad que puede ejercerse en este pícaro mundo).

Digo, pues, para empezar á emplear mi nuevo método, que dos días después de mi coloquio con Feíta, á cosa de las nueve de una preciosa y diáfana mañana de Abril, el compañero Sobrado, vestido de limpio, con chaqueta nueva, pañuelo de seda al cuello y camisa blanquísima, subió la escalera y llamó á la puerta de D. Baltasar, rogando al criado, con palabras compuestas y atentos modales, que le permitiese ver al señor. "Ya sé que está en casa„—dijo dulcemente, sin alzar la voz ni insistir con exceso cuando el sirviente, que sin duda tenía su consigna, y consigna muy severa, se empeñaba en despedirle.—"Me choca que no le haya dicho á V. nada, porque á mí me avisó anoche de que hoy á cualquier hora me recibiría.„—Ante esta afirmación terminante, hecha en tono tan suave y á la vez tan persuasivo, el criado empezó á titubear.—"Me es igual volver, porque tengo todo el día libre„—prosiguió con la misma moderación el socialista;—"pero de seguro que al señor le gusta más esta hora; después tendrá sus quehaceres, querrá pasear...„—Y cómo el criado aún manifestase dudas y tartamudease—"Voy á preguntar...„—el socialista deslizó la mano hacia el chaleco —prenda que sólo usaba los domingos—y sacó entre los dedos algo que relucía y que puso en la mano del criado, medio abierta y medio crispada, para rechazar la moneda.—"Le estimo que me deje pasar ahora„—añadió reprimiendo con gran trabajo la valentía, el tono casi metálico de su voz.—"Dios se lo pagará„—prosiguió, demostrando una religiosidad edificante.—Y el fámulo, vencido, se hizo á un lado, le dejó paso, sin atreverse, así y todo, á anunciarle, pero pensando entre sí:—"Al cabo, dicen que éste es hijo del señor.„—El compañero avanzó, pisando quedo y respetuosamente, y susurrando bajito:—"No hace falta avisar que estoy aquí; el señor me espera.„

Baltasar Sobrado, al ver oscurecerse la luz de la ventana con el cuerpo del compañero, que había entrado á paso furtivo, no saltó, no gritó: la sorpresa y el temor le clavaron al ancho y cómodo diván, donde se reclinaba para leer sosegadamente su periódico fa-

vorito, mientras enrollaba las orejas del perrillo canelo. Quiso articular palabras, protestar, hacer un alarde de sangre fría; pero el compañero, con serenidad perfecta, quitándose la gorra y hasta inclinándose, le saludaba ya sin asomos de intención hostil. La actitud del mozo devolvió cierta energía á Baltasar:—"Vamos„—pensó —"viene á suplicarme; en lo que yo me figuré que pararían todas estas misas. Sablazo seguro.„—Y, levantándose, preguntó con esa frialdad característica de la bolsa medrosa que se encoge:—"¿Qué se le ofrece, *amigo?* Yo, á estas horas, no...„—Baltasar atajó las despachaderas, diciendo de la manera más cordial y afable: - "Ya sé que no quería V. recibirme. Dispense si le molesto, pero tenía que hablarle. Nos conviene á los dos charlar despacio... y por una sola vez: no piense que se ha de repetir esta importunidad.„—Nuevamente sintió Baltasar contraerse su bolsillo, pues conocía la estrategia de los pedigüeños, que siempre afirman que solicitan auxilio sólo por una vez. Y, sin embargo, como el cascado libertino no carecía de penetración y comprendía que en aquel instante estaba á merced de su enemigo... de aquella sangre suya sentenciada á la miseria y predispuesta á la venganza, resolvió pactar, y, sintiéndose generoso, calculó: "Nada, unos cien duretes, por lo corto, va á costarme la visita... A ver si al menos lo lanzo á Madrid, y me quedo libre de este tábano...„

Aunque entregado á sus reflexiones, ó desdeñoso con exceso, no se le había ocurrido á Baltasar ofrecer silla al tipógrafo, éste miró alrededor, divisó una excelente butaca, y sin prisa, con íntima y pueril satisfacción, se arrellanó y acomodó en ella, contorneando el torso para gozar mejor del blando asiento y del regalado respaldo. Parecía aquel modo de sentarse una toma de posesión; tenia algo de abandonada y golosa caricia.—El socialista, serio, pero afable, volvió á dirigirse á D. Baltasar, diciendo:

—Doy á V. gracias porque al fin se digna escucharme. ¡Cuánto tiempo hace que le pido audiencia! ¡Como que es la primera vez que cruzo con V. palabra... que le miro cara á cara!—Y los ojos del mozo cayeron, ávidos y fríos, sobre el semblante del que había perdido á su madre.

—Ya ve V....—farfulló Baltasar, tragando saliva—como nadie le niega á V. lo que es justo... Sólo que anda uno siempre tan ocupado, tan envuelto en negocios... Mire V., ahora mismo tengo ahí sobre la mesa infinidad de papeles, de cartas sobre asuntos urgentes, que aguardan despacho... Y si V. me hiciera el favor de... de concretar; vamos... de no extenderse mucho...

—En muy poquitas palabras cabe lo que tenemos que hablar por una vez—insistió el tipógrafo, sin alzar en lo más mínimo el diapasón, antes poniendo sordina á su acento.—Entendámonos: con tal que V. no empiece á discutir y á divagar, ó me corte la conversación de repente, gritando ó llamando á sus criados para que me echen de la casa.—Sepa—apresuróse á advertir, al notar el respingo de D. Baltasar, que se sintió adivinado—que no intento ahora, ni siquiera por sueños, usar de violencia contra V. No traigo armas de ninguna especie—añadió, desabrochándose muy despacio y volviendo del revés, uno por uno, los bolsillos de su chaquetón.—Hay más. He renunciado en absoluto á todos mis proyectos relativos á la dinamita; y he renunciado, porque me convencí de que eran un absurdo, una estupidez y una atrocidad inútil. Le juro por la vida de mi madre que por ese lado puede estar tranquilo. Como que me pesa de las cartas que escribí, y confieso que aquello fué dejarme llevar de un arrebato, sin mirar bien lo que procedía en justicia. No tiene V., pues, por qué volverse de ese color de difunto. Lo que debe hacer es oirme tranquilo, y echar sus cuentas.

—El mozo—pensó Baltasar, tratando de rehacerse—ha salido de punta. No desenredo esta madeja con los cien duros. Habrá que contar por miles de pesetas... ¿Qué haré? Tal vez—calculó—convenga oirle, á ver si descubrimos todo el juego que se trae... No me faltan medios de atarle corto... y de librarme de su madre, y sobre todo de él, que es un grano, mejor dicho, un tumor maligno que me ha salido en la frente... ¡Hay que operarlo!... Entre un poco de *guano* y otro poco de buena voluntad en el amigo Mejía, malo será que...—Para que V. no diga—exclamó en alta voz—aquí me tiene dispuesto á escucharle. Puesto que sus intenciones son conciliadoras y pacíficas...

—Sí, señor; pacíficas... al menos por ahora—respondió el tipógrafo.—Y abreviaré; hablaré telegráficamente... por darle á V. gusto y no ser menos... complaciente... que V. En antecedentes está V. lo mismo, es decir, mejor que yo. ¡Quién conocerá como V. lo pasado, la perdición de mi madre, la palabra de casamiento que le dió V. para engañarla, mi nacimiento y mi niñez, y la miseria que he pasado y cuanto he sufrido!—exclamó en tono, no agresivo, sino melancólico, como el de quien evoca penosos recuerdos.

—Sobre eso—tartamudeó cohibido Baltasar,—sobre eso... habría mucho que decir... Cada cual interpreta á su modo las cosas... y las apreciaciones...

—No, si no vengo aquí á discutir, ni á instruir sumaria sobre

hechos ya muy antiguos... Tan no vengo á discutir, que si V. jura y perjura que no hubo nada de *aquello*... y que yo... soy hijo de... de quien V. guste: ¡de un picador de la Fábrica ó de un zapatero remendón! amén le digo. Con saber yo lo que sé... me basta para hacer lo que he resuelto.

Es difícil describir la entonación con que el mozo pronunció estas últimas palabras. La calma, la intensidad de su voz eran más terribles que cien gritos descompasados, porque los gritos son la válvula por donde se escapa la energía, y el que vocifera se enerva para la acción. Baltasar sintió todo el vigor de las palabras del tipógrafo, y á la luz del día, que entraba por el alta ventana, al través de ricos cortinajes, notó en la cara de su hijo, á la vez que extraordinaria semejanza con la madre, cuya imagen física evocaba entonces vivamente, esas huellas como de garra de acero que señala en el rostro humano una resolución suprema. El tipógrafo estaba pálido, y sus ojos ardían bajo el negro ceño de dos cejas reunidas sobre la correcta y palpitante nariz, cuyas alas dilataba y contraía maquinalmente la anhelosa respiración.

—Con saber lo que sé—repitió el *compañero,*—me ha bastado para vivir como he vivido, para querer ilustrarme un poco, y para resolver que, si las leyes y la sociedad y hasta la naturaleza nos han desamparado á mi madre y á mí, mi voluntad y mi arranque nos ampararían. He decidido .. quieto, no se asuste, no se levante, señor de Sobrado, que he dicho que no trato de hacerle ahora mal ninguno... he decidido que, en el plazo improrrogable de tres días, contados desde este de hoy, á las doce de la mañana,—se casará V. con mi madre, públicamente, legitimándome á mí al mismo tiempo.

Baltasar, aturdido, guardó silencio al pronto. Aquello no era el petitorio, el *sablazo* filial que temía. Era el todo por el todo, la voladura del polvorín, la quema de las naves... á no ser que fuese hábil táctica, pedir la luna, para obtener una porrada de dinero, miles de duros... Esta hipótesis tranquilizó á Baltasar, prestándole cierta dosis de sangre fría. En el cajón del escritorio de Sobrado reposaba un bonito mazo de crujientes billetes del Banco de España, y aquellos queridos papelillos le infundían la misma seguridad que al general le infunden sus soldados y sus cañones. Era cuestión de cuartos, y si los cuartos le dolían á Baltasar mucho, más le dolían su bienestar y su vida, una vida en la cual aún solían brotar flores como Rosa Neira (á quien por cierto esperaba á la hora de mediodía, si no engañaba la banderita de señales...)

—Vamos—respondió empleando el tono condescendiente y afa-

ble con que se habla á las personas exaltadas, á los dementes—vamos, *amigo*, V. mismo conoce que eso que pide es otro absurdo como el de la dinamita... Crea que mi mayor deseo es complacerle y servirle, y una vez que nos hemos visto y hablado, sentiría que saliese descontento... Yo también tengo que hacerle proposiciones ventajosas para su porvenir... Pero ante todo, serénese, reflexione...

—Le escucharía á V. el rato que gustase por no faltarle al respeto, si dispusiéramos de tiempo—interrumpió el mozo;—pero es lástima derrocharlo en palabras ociosas. Al negocio, y cuanto más pronto mejor. Me va V. á ofrecer protección, dinero ó cosa que lo valga. No se moleste. Nada de eso admitiré. Aunque tuviese hambre, como á veces la tuve, no recibiría de V. limosna.—Si V. no acepta mi proposición... bueno: quiere decir que, para los dos, se ha concluido la farsa de este mundo.—No le pondré á V. dinamita; he caído del burro: podría saltar yo primero, ó hacer saltar, sin querer, á algún inocente, y que V. se quedase riendo, sano y salvo. Pero tan cierto como que su hijo de V. soy... le mataré, y me mataré en seguida.—En esta lucha desigual que hemos sostenido tantos años, sólo hay una circunstancia que al fin nos iguala, ó mejor dicho, que me da la ventaja á mí. Y es que yo tengo desde que nací una vida perra, que no vale dos cominos, y que estimaría perder... y V. una vida gustosa y feliz, que debe de importarle. ¿No le importa?... Bien, pues estamos á juego. ¿Le importa? Pues triunfo. V. es más fuerte, al parecer, pero yo tengo prenda... y la prenda es su vida de V. A mí nada me arredra. Me he echado el alma atrás, y aunque fuese V. cien veces mi padre, como ha renegado siempre de mí, no hay cariño que me impida ajustarle su cuenta al céntimo. Lo que reclamo es justo; el crimen de V. no tiene juez en los tribunales de los hombres: me declaro su juez y su verdugo; y si no repara el daño que hizo, le impongo tranquilamente la última pena...—¿Sin indulto, entiende?—Puede que piense V. que esta sentencia no se cumplirá, y que yo soy un farsante á quien le faltarán hígados para tomarse la justicia por la mano. Crea lo que guste, y proceda como quiera. Todo entra en la suerte. Si resuelve V. arrostrar las consecuencias de decirme que *no*, me será V. algo simpático; me probará que no teme á esa fea de la guadaña... que al fin y al cabo nos ha de atrapar á todos, proletarios y burgueses, ricos y pobres. ¡Ah! Le aviso de dos cosas: primera: que si intenta V. hacer que me prendan ó abusa V. de las cartas en que le amenazaba para ponerme á la sombra, entenderé que no acepta V. el trato, y... y haré inmediatamente... lo que debo. Segunda: que si

intenta V. fugarse de Marineda... también comprenderé que no estamos conformes... y claro; haré con V. lo que hace la Guardia civil con los presos que quieren evadirse. Y repito... que en V. será más lucido no hacerme caso, considerarme un loco, y tenérselas tiesas conmigo! Yo, en el pellejo de V..., firme, firme.—¡Hasta pronto... padre!

XXIII

Bajo el peso de tan clara notificación quedó Baltasar, viendo desaparecer á su hijo sin dar tiempo á la réplica, á la protesta, á la objeción, al ruego, al alarde de indiferencia, al movimiento de arrogancia, á la risa desdeñosa, á cualquier acto que demostrase que no le ponía miedo el repentino sofoco. Sintióse Baltasar como atornillado al asiento: esta inmovilidad es uno de los primeros fenómenos del miedo, que suele cortar la respiración y paralizar las piernas... Oyó el ruido de la puerta de la antesala que se cerraba de golpe, y el perrillo canelo, que había despedido al compañero con ladridos de furia, regresó moviendo la cola, y saltó al diván para encaramarse á los hombros de su amo y lamerle afectuosamente las orejas; y la caricia del animal y el silencio de la habitación y la butaca que había dejado vacía el tipógrafo, le pareció á Baltasar que tenían algo de trágico en aquel instante...

Baltasar Sobrado, el antiguo seductor de Amparo la cigarrera [1], el militar retirado, el vividor sibarita, el ávido negociante, no era lo que se llama un cobardón. Aunque los derroches de vitalidad á que le arrastraba su condición mujeriega le hiciesen parecer más viejo y gastado de lo que era realmente, no carecía de lucidez, ni de sangre fría ante los peligros. Había estado en campaña, había oído las descargas y asaltado trincheras. En el crítico trance en que le ponía el *compañero*, Baltasar no perdió el discernimiento, ni se ofuscó su razón. Tal vez esto mismo contribuyó á ablandarle. En rápida asociación de juicios y de ideas, vió que los argu-

1 Véase *La Tribuna*.

mentos del socialista eran perfectamente lógicos. Al renunciar á la dinamita, al bárbaro desahogo de los explosivos, el mozo demostraba que no le guiaba un impulso ciego, un conato irreflexivo de destrucción, sino un cálculo certero, de jugador que arriesga la cabeza para ganarlo todo de un golpe. Era la combinación hábil y exacta; y la determinación, hija, por decirlo así, de una *desesperación que espera*, revelaba una tensión de voluntad que debía conducirle á la victoria. Para Baltasar, encenagado en todos los placeres; acostumbrado á regalar y festejar á su cuerpo; cincuentón, pero sano aún; para Baltasar, rico, poderoso, dichoso, era perder infinito perder la amable vida. Para el compañero, para el granuja de la calle, sin nombre, sin un real, la muerte, si no fuese grata, no podía ser horrenda. El tipógrafo sabía lo que se hacía, y Baltasar, dando vueltas en su cabeza al problema planteado, no encontraba medio de librarse de su hijo y salvarse.

Había en favor de Sobrado una probabilidad: que el compañero hubiese amenazado... por amenazar, y que el valor le faltase. ¡Hasta el hombre más miserable y desdichado siente apego á la existencia! Pero también—sugería el temor—vemos á cada paso gente que la expone y la pierde por leve causa. ¿No podría el socialista exponerla con mayor motivo en una aventura que, á salir bien, le valdría nombre, posición, la honra de su madre y una herencia de millones? ¿No era el que emplazaba á Baltasar un hijo de aquella misma Amparo que, viéndose burlada, quiso pegar fuego á la casa de los Sobrados, en la calle Mayor? ¿Lo que no realizó la madre, no podría cumplirlo el hijo, que tenía fama bien ganada de animoso, de resuelto, de tenaz, que había conquistado desde su humilde posición de obrero la jefatura de una agrupación política, y en quien germinaba desde la niñez la idea, el sueño, la sed del desquite y de la venganza?

A la parálisis momentánea siguió en Baltasar desatada excitación nerviosa. Empezó á agitarse, á pasear por el cuarto abajo y arriba, como si tuviese hormiguillo, como si le pinchasen. ¿Qué haría? ¿Qué solución sería menos mala? El compañero le había cortado todas las salidas; no podía ausentarse, ni llamar en su ayuda á la autoridad y á la ley. ¿Desafiar al compañero, luchar con él de hombre á hombre, herirle, matarle? ¡Bah! Las personas acomodadas, los pudientes, los burgueses sólidos, no matan á nadie; no quieren comprometerse, no quieren perder la libertad, no quieren que la justicia les meriende su hacienda. ¿Despreciar las amenazas, burlarse de ellas, esperar tranquilo? Esto era sin duda lo mejor... Sin em-

bargo, sólo de pensarlo se le enfriaban las manos y se le humedecía la raíz del cabello al ricachón, al empedernido calavera... De pronto miró el reloj, y vió con sorpresa que marcaba las doce menos veinte minutos... ¡Dos horas corridas ya! ¡Dos horas de los tres días, plazo en que debía dar su mano de esposo á la Tribuna!... ¡Dentro de veinte minutos llegaría Rosa, ligera como una aparición, risueña, perfumada, con enaguas de encaje, pasiva, complaciente... ¡Y había que recibirla, que acariciarla! Baltasar cogió precipitadamente un libro y lo mandó por el criado al piso de arriba, para la señorita Rosa; era la señal convenida con que la cita se aplazaba...

Almorzó distraído... ¿Qué es decir *almorzó?* Su garganta se contraía; su estómago, inerte, rehusaba el alimento; intentó beber para alentarse, y la primer copa de exquisito borgoña le causó una especie de náusea. Y al alzarse de la mesa... ¡oh vergüenza! ¡oh miseria de la humana condición! otro fenómeno fisiológico, involuntario, le demostró que el espíritu transmite á la materia sus impresiones, y que ésta obedece, como sierva que es, alterando sus funciones, hasta las más ínfimas y bajas....

Las zozobras y desfallecimientos sufridos durante el día fueron tortas y pan pintado en comparación de los nocturnos.—A la tarde siguiente, Baltasar, queriendo alardear de valor é indiferencia, salió á la calle Mayor, y ocupó su lugar de costumbre en la Pecera, cigarro en boca. Allí se sintió aliviado; la compañía le reanimó, y casi se rió de sus preocupaciones. Al poco rato, por un callejón que desembocaba frente á la Pecera misma, vió venir al *compañero,* solo, calada la gorrilla, mirando fijamente hacia el vidrio que protegía á su padre. La actitud del mozo nada tenía de retadora ni de insolente: era serena, y sin embargo, tan expresiva, que el emplazado se levantó de súbito, y por la puerta que daba á la Marina, huyó furtivamente á su casa. Acostóse á las nueve, después de tomar sin gana un caldo y chupar un ala de pollo, comida de enfermo que así y todo le costó trabajo atravesar.—La noche fué horrible, una de esas noches que mueven á los que las pasan á mirarse al espejo cuando despiertan, por si se les ha vuelto el cabello blanco...—Rendido de la brega, Baltasar se sostuvo aún todo el día: su orgullo, su dureza, su ferocidad interior de desalmado hecho á pisotear á la humanidad para que suelte el jugo, protestaban, gritaban, y le pintaban con vivos colores el cuadro de tan humillante derrota y tan ridículos desposorios..... ¡Pero la vida, la dulce vida! ¡La *única* vida que existía para Baltasar, porque de la otra, allá á su burdo estilo de escéptico de café, dudaba y hasta descreía riendo!

Pasó una noche más, formidable, con el vértigo de la nada, con el frío estremecimiento de la muerte visitando de continuo sus venas.—Cuando se levantó, entreabrió los visillos y vió que por los soportales de enfrente se paseaba el compañero Sobrado. Baltasar soltó bajito una interjección, cerró los puños, se mordió el pulgar por la falange, pateó, se resignó, se encogió de hombros, entró en su despacho, y escribió un renglón llamando al compañero, pidiendo parlamento. El fámulo fué á llevarlo en dos brincos....

La única gracia que pudo obtener el reo fué que la boda se verificaría al amanecer, de tapadillo, lo más tapadillo posible, y que después de la ceremonia saldrían los recien casados y el vástago en un coche á la quinta de la Erbeda, no regresando hasta que se calmase el asombro producido por enlace tan peregrino. El compañero ofreció también decir á todo el mundo que *aquello* era resolución espontánea y voluntad explícita de Sobrado; que nada le había obligado á la reparación sino su conciencia y su natural hombría de bien. Este programa se cumplió sin quitar punto ni coma; y tal fué el sigilo, y la boda tan impensada, que en los primeros momentos Marineda se dividió en dos bandos, uno que sostenía que casado estaba Baltasar, y otro que afirmaba que no había tal cosa, y que solamente por tapar la boca al compañero, Baltasar se lo había llevado al campo de mayordomo, y de ama de llaves á la Tribuna.

Sin embargo, es imposible que en ciudades de la población de Marineda se guarde el secreto de acto tan importante y visible como una boda, y boda tan extraña como la del opulento Baltasar Sobrado con la infeliz cigarrera seducida y abandonada por él veintitantos años antes; y los refinamientos del sigilo, los encargos al párroco y testigos, y las propinas al monaguillo y acólito,—cuantas precauciones adoptó el abochornado, corrido y aniquilado Baltasar,—fueron insuficientes para que la noticia no cundiese y se divulgase antes de terminar la semana en que se consumó el sacrificio. Y en realidad, ¿á qué venía tanto misterio? ¿Puédese ocultar un matrimonio celebrado con todos sus requisitos? ¿Acaso dos oficiales que salieron á dar un paseo á caballo por las alturas de la Erbeda, no habían regresado despavoridos, refiriendo en la Pecera, con mil detalles, que en el coche de Baltasar Sobrado,—aquel bonito clarens traído de Francia y revestido de rico reps de seda azul, tirado por un tronco bayo tan cuidadito que, según Primo Cova, se le daba chocolate por las mañanas y caldo por las noches...,— habían visto, ¡oh espectáculo indudablemente nuncio del juicio final! á la Tribuna, á la mismísima

Amparo la cigarrera, recostada muellemente, luciendo una manteleta negra con flecos de azabache, y á su hijo, al compañero Sobrado, al jefe de los socialistas marinedinos, al corresponsal de Pablo Iglesias, reclinado como un papatache, dejando ceremoniosamente la derecha á la que le llevó en su seno!

Por si no bastaban estas noticias para encrespar el oleaje de las críticas y los comentarios, ocho ó diez días después del magno acontecimiento, un domingo, á la hora de más concurrencia y animación en la calle Mayor, que es la de salida de misa de doce, cruzó por entre los grupos un hombre, que pareció una visión á los que le contemplaron. Le conocieron, claro está, pero estaba desconocido. Habíase cortado y peinado el rizoso pelo según los preceptos de la moda; y arrinconada y tal vez quemada la humilde é informe blusa, la plebeya gorrilla y demás prendas de su guardarropa de obrero, lucía y se ostentaba la gallarda figura del que ya era heredero de Sobrado, mal á sus anchas, embutido en un terno de fino paño inglés, que proclamaba su reciente salida de la sastrería en los marcados dobleces y en lo flamante del género. Al tenor del traje eran el sombrero hongo gris, la nívea camisa, la corbata de raso claro, con lindo alfiler, y el calzado resplandeciente. Por último, ¡detalle realmente inverosímil, que á no verlo con los propios ojos no se creyera! al sacar el ex compañero Sobrado,—ya D. Ramón Sobrado con todos sus perendengues de legitimidad—la mano del bolsillo, para extraer de una petaca de gamuza un cigarrillo de papel, pudo verse que calzaba guantes; guantes, sí, guantes claros de lo más señoril; con sus tres cadenetas, sus dobles costuras, sus botones gordos! Desde mi observatorio de la Pecera, donde me acurrucaba mohino y entristecido, pensando en Feíta que pronto levantaría el vuelo y rumiando planes locos de seguirla á Madrid, vi aquel inaudito espectáculo, y experimenté una de esas impresiones morales que jamás se olvidan ni se borran; una especie de sensación de la presencia real de la justicia divina, una certidumbre de la acción de la Providencia en la tierra. No porque yo creyese que la mencionada justicia divina estaba en el deber de proporcionarle al compañero Sobrado corbatas de seda y guantes de piel británica, sino porque tan rápida y extraña mutación, aquel hijo abandonado tantos años en el arroyo, lo mismo que se abandona un sobre roto ó un bramante cortado, y ahora establecido con tal boato, heredero de un capital respetabilísimo, era el castigo del miserable vicioso que le había engendrado; castigo tan ejemplar, que como obra maestra de ejemplaridad pudiera estimarse. Otra cosa vi también en el repen-

tino encumbramiento de Ramón Sobrado, del pobre obrero maltratado hasta entoces por la fortuna.—Y fué la demostración más clara de que, hasta en los partidos que tienen por bandera el colectivismo, sólo la acción individual conduce á resultados prácticos. Sin *meetings,* sin conjuras ni auxilio de nadie, el compañero se había valido á sí propio...; á las claras lo decía su aire arrogante, el desdén casi retador con que miró hacia la Pecera, cual si exclamase altivo: "¿Me veis? Ayer no era de los *vuestros*... Ya lo soy, porque *he querido* serlo... Desdeñadme ahora.„

Lástima que una idea súbita viniese á aguarme la satisfacción de comprobar que existe esa justicia vigilante y severa, dedicada á apuntar la más mínima partida en la cuenta corriente de nuestros actos. Se me ocurrió que si antes el obrero de blusa, prendado de la burguesa Feíta, era el gusano enamorado de la estrella de que nos habla el poeta romántico, ahora, habiendo traspasado esa valla social que parece tan difícil de salvar, Ramón Sobrado era para la hija de Neira lo que se llama un *partido,* un hombre joven, guapo, hacendado, el sueño de la muchacha casadera, el novio que envidiarían las demás señoritas de Marineda seguramente... Y viendo al nuevo burgués tomar la dirección de la calle donde vivía Neira—que era por otra parte la de *su propia casa,* la magnífica vivienda de Sobrado—mis celos y mi pena me impulsaron á dudar (por última vez) de la sinceridad de la vocación independiente de Feíta, y calculé, amostazado y dolorido:

—Ahí va el que ha de impedir el viaje de mi loca.

Al mismo tiempo que yo pensaba así, Primo Cova me tocaba en en el brazo y me decía:

—¿Ve V. los socialistas, los anarquistas, los dinamiteros? Deles V. ropa decentita y guantes ingleses... y verá qué pronto cuelgan las armas.

XXIV

Debió de ser aquel mismo día en que los absortos marinedinos contemplaron la majeza y elegancia del ex tipógrafo y se quedaron como quien ve visiones, creyendo que se desquiciaba el mundo. Sí:

aquel mismo día debió de ser, porque el hecho ocurrió cuando ya nadie puso en duda la realidad del tardío y estupendo enlace del rico D. Baltasar y la humilde *Tribuna*.—En su cuarto estaba D. Benicio Neira, desagradablemente ocupado contestando á cartas que desde Lugo le escribían, y en las cuales todo se volvían nuevas de casas de caseros viniéndose abajo por falta de reparos, de recargos de contribución, de malas cosechas, y de bajos precios. Neira escribía con inseguro pulso, y su abatida frente y sus hombros agobiados delataban el cansancio y la vejez. Toda situación difícil tiene horas más crueles, de mayor desaliento, y en la que atravesaba Neira, con un cabello le podrían ahogar. Próximo el vencimiento de los réditos que anualmente pagaba á Baltasar Sobrado, réditos que crecían como la bola de nieve, Neira no sabía ya qué finca hipotecar, ni de dónde sacar fondos para el urgente pago. Sus esperanzas de que Rosa "se colocase„ y de que Sobrado, al entrar en la familia, usase de misericordia, con la noticia de la boda habían venido á tierra de golpe. La decepción cayó como un peñasco sobre el alma del pobre padre, que veía la miseria amagando á aquellas hijas tan amadas, á las inocentes pequeñuelas. Se acusaba á sí propio, y se despreciaba; ¿qué era él? Un hombre honrado á secas... inútil para la vida, para la lucha. Sólo podría haber sido dichoso naciendo dos siglos antes y encerrándose en un convento, en uno de esos refugios de los débiles, donde nadie tiene que crearse su propio destino, porque se lo da hecho la voluntad fuerte de un sabio fundador y la regla clara y firme por él establecida...

Mientras D. Benicio borrajeaba sus epístolas, tratando de defenderse, lidiando con las chinchorrerías de los de Lugo, revolvía en su mente el único medio de aplazar el conflicto. No le quedaba otro recurso. Era preciso escribir á doña Milagros exponiendo la verdadera situación. Aquella señora excelente, generosa, nobilísima—pese á los malsines—y muy rica ya, por herencia de la Tomatera de Chipiona, no se negaría á socorrer á D. Benicio, padre de dos criaturas á quienes prohijaba y amaba la andaluza con cariño tal vez más exaltado que el materno. Pero Neira, á la idea de mendigar un auxilio en metálico, sentía una sofocación, un bochorno inexplicable. Arruinado y hundido, quedábale aún su puntillo de caballero, de hombre bien nacido, de hidalgo; si había contraído deudas, de ellas respondían sus bienes; no es lo mismo pedir prestado que pedir limosna. ¡Si él pudiese trabajar, desempeñar un destino! Pero ¡á su edad, quién le protegería, quién le colocaría! Ah! ¡Si fuese solo, si no tuviese aquellas hijas, aquel deber natural y terrible que cumplir!

Abrióse la puerta de súbito, y Rosa entró... Cuando el padre y la hija se encararon, retrocedieron: tales estaban ambos de desemblantados, de cadavéricos, como si algún golpe de esos que destruyen las organizaciones más fuertes—pena ó enfermedad—hubiera caído sobre los dos á la vez. En Neira sorprendía menos el destrozo, pues tiempo hacía que en su cara ciertos matices azulados delataban el progreso de una afección cardíaca; pero en Rosa, la bien nombrada, la que por su frescura y belleza era recreo de los ojos, adorno de la casa y gala de la ciudad: ¡qué tremendo sello habían grabado la decepción, la catástrofe de su intriga amorosa, el miedo y la afrenta! Hasta el último instante Rosa había querido engañarse á sí misma; pero la boda de Baltasar Sobrado se hizo pública, y ella acababa de recibir el parte oficial en la forma más ignominiosa, como se recibe un bofetón: aquel papel que traía en la mano, papel largo, cubierto de renglones que concluían en una cifra, era la confirmación auténtica de su desventura, y al par el testimonio de que ni aun el estipendio de su honra lograba salvar en tal naufragio...

Nada se dijeron en el primer instante el padre y la hija, y por fin ella se le echó en brazos, sollozando tan alto, exhalando tales gritos, que por instinto de precaución, Neira corrió á la puerta y pasó el cerrojo. Al fin, el padre logró tomar la palabra, y entre besos y caricias murmuró frases de consuelo. "No te apures, paloma; tan valor... ¿Qué se le ha de hacer? Esa suerte no estaba para ti, ni para nosotros... Paciencia; eres muy bonita, y no faltará quien tenga ojos en la cara y no te deje por una pillastrona vieja... Ea, no te aflijas más...„ Pero Rosa seguía gimiendo, hipando, retorciéndose las manos, estrujando el papel. Al fin, animada por la bondad del padre, en una de esas expansiones que provocan en la mujer la tensión nerviosa y el llanto, vació de repente todo el costal de las infamias. No se trataba lo que su padre creía. ¡Ojalá! ¡Si al menos aquel dolor fuese la inocente aflicción de la doncella que soñó en castas nupcias y vió huir de su lado al novio que la prometía la ventura! ¡No, no... Era *otra cosa*... y allí estaba lo inminente, lo fatal... la cuenta de las galas y trapos que ella nunca pensó pagar, la cuenta que debía abonar Sobrado y, que recaía, como candente hierro que marca en la tez el baldón, sobre la frente del padre confiado y débil. Ya dos veces el comerciante, sabedor de la boda de Sobrado y olfateando un embrollo en aquellas facturas, había escrito á Rosa apurando, amenazando... Y Rosa no sabía qué hacer, Rosa no se atrevía á salir á la calle, Rosa no tenía el recurso de acudir á Sobrado, ausen-

te, marido ya de *otra*... El primer momento fué de espanto tan grande, que Neira enmudeció. Como el niño que en desatentada carrera va disparado á chocar contra una dura esquina que le hiere, sobrecogido con el golpe queda al pronto silencioso y quieto, aunque luego rompa en vehemente explosión de llanto, así el padre, sofocado, ahogado por aquella ola de vergüenza que acababa de envolverle de la cabeza á los pies, anegándole, se quedó petrificado. Un dolor agudo, que partía del hombro izquierdo y bajaba á hincarse en la víscera que reparte la sangre y con ella la vitalidad, paralizaba también á Neira, cortándole el aliento. Parecíale que una mano certera le estaba clavando muy adentro y con suma complacencia un agudo estilete. De pronto, aquella suspensión y aniquilamiento de todas sus facultades fué sustituida por un ímpetu loco, un deseo de destrozar, de romper, de pisotear, de aniquilar. Corrió á su hija, la asió de las manos, la zarandeó, y frenético de ira, la escupió al rostro estas palabras:

—¡Bribona, perdida, asquerosa!

Después, ciego, la lanzó contra la pared. Rosa, entre el remolino de sus infladas faldas, vino á recaer sobre un sillón muy viejo, donde quedó medio sentada, medio arrodillada; y mientras maquinalmente, sensible al dolor físico antes que al moral, y preocupada sobre todo de lo que podía deslucir su hermosa persona, se tentaba las muñecas lastimadas y desolladas por los dedos y las uñas de su padre, éste, aplanado por el esfuerzo de su enojo, corría hacia la cama y revolcando en la almohada la cabeza, lloraba desesperadamente, con lenta queja prolongada, pueril...

De pronto se enderezó, y volviéndose hacia Rosa, dijo con lágrimas en la voz, implorando:

—¿Dónde está esa cuenta? Venga, que se pagará... ¡Aunque tengamos que mendigar por las calles!

—Aquí... aquí está...—balbuceó Rosa temblando.

—¡Y cuidadito!—añadió él.—Y cuidadito cómo... cómo... cómo dices á nadie... ¡á nadie! que te había prometido pagarla ese... ese tío sucio, malvado,... á quien yo..!

Iba á precisar la amenaza; iba á anunciar algún desquite en el triste juego donde aventuraba y perdía la honra, cuando de pronto recordó que ya no quedaba medio humano de restaurar el crédito de su hija. Se le había adelantado otro, joven, fuerte, resuelto, el *compañero*... Casado estaba Baltasar; ¿qué reparación exigirle? Y Baltasar era dueño de casi toda la hacienda de Neira... Si no se apiadaba; si en su calloso corazón el daño hecho á Rosa no infun-

día piedad hacia la familia... en breve las hijas de D. Benicio coserían para fuera, y la quiebra del honor de Rosa se contaría por tan poco como suele contarse la del de las infelices nacidas en las más ínfimas capas sociales. Razón tenía Feíta, sobrada razón: el único recurso, en ciertas situaciones, es descender intrépidamente á las filas del pueblo, aceptar el trabajo manual, el vestir pobre, la baja condición... y poder conservar, dentro de ella, ya que no el decoro externo,—la cáscara del decoro, que la constituyen apariencias y vanidades,—la independencia moral, la dignidad, que no se mide por el bolsillo... La dolorosa convicción de su impotencia para reparar la burla hecha á su hija trastornó á Neira de tal suerte, que enseñó los puños al cielo... Al querer consolarle Rosa, la despidió de sí otra vez, y fulminando indignación por los ojos, repitió:

—Ya te he dicho que se pagará esa cuenta... ¡Se pagará, se repagará! Lo demás, ¿qué te importa? ¿Qué te importa darnos la muerte y sepultarnos en basura? Como tengas tus trapos... ¡trapos malditos, cochinos trapos, que ponen á un hombre de bien en el caso en que yo me encuentro! Se pagará la cuenta, aunque fuese con gotas de mi sangre... No permitiré yo que crean que si la hija es una pindonga, el padre es un tramposo... ¡Mañana mismo buscaré otra casa, porque ésta se me cae encima! ¡Aquí os habéis conchavado un canalla y una mala hembra, para asesinarme... y lo habéis conseguido, caracoles si lo habéis conseguido! ¡Quién me diría—añadió el infeliz con súbita reacción de ternura—que habías de ser tu, Rosa, mi Rosiña... mi vanidad... la que ibas á darme el tósigo!

Fría de alma era Rosa Neira ciertamente; ningún sentimiento generoso hacía latir su seno tan puro de líneas, su seno de mármol; sin embargo, hay momentos, hay palabras, hay acciones que arrancarían chispas de sensibilidad de las piedras, cuanto más de un ser humano, del más indigno. Movida por la inesperada y amante queja; sintiendo mojado el rostro por las lágrimas paternales, lágrimas encendidas, caldeadas por un horrible dolor, por esa vergüenza que cuestan las malas acciones de los hijos,—vergüenza mayor que si la originase la mengua propia,—Rosa, ansiando disculparse de algún modo, aminorar un poco su responsabilidad, tartamudeó:

—No soy yo sola quien le avergüenzo, papá... No parece sino que otras no hacen lo mismo que yo... ¡y peor si acaso...!

Echóse atrás Neira, rígido. ¡Eso más! ¿Qué significaba...? ¿Qué ocurría? Que repitiese, que se explicase... La muchacha, alarmada, quería desdecirse, comerse las palabras... pero D. Benicio la agarró otra vez de las muñecas, la echó al rostro su aliento de

fiebre, la fascinó con sus ojos ya secos, llameantes... impuso su voluntad, como la imponen los débiles cuando despliegan un vigor facticio y momentáneo, hijo de la absoluta desesperación...! Rosa cedió; era de cera, y ni sabía resistir, ni dejaba de encontrar fruición maligna en disculparse acusando al prójimo.

—¿Cuál otra hija mía se ha perdido?—articuló D. Benicio, relampagueando.—Es Feíta, ¿verdad?...

Rosa dudó un momento. A Feíta no la quería bien: eran inveteradas la antipatía y la discordía entre la hermana linda y la hermana sabia. La idea de calumniarla cruzó como un rayo por su menguado espíritu. Pero temió que Feíta, con cuatro impetuosas palabras, disipase la calumnia é hiciese resplandecer la verdad. Temió, sin darse cuenta de que temía, como sucede á las conciencias oscuras, y, agarrándose á la verdad cual á una tabla, dijo categóricamente:

—No: es Argos.

—¡Cuidado con mentir! ¡Te pegaría...! A ver, cuenta, cuenta—ordenó el padre, con calma fúnebre y espantosa.—Cuéntame eso, que me divierte mucho... Argos, ¿eh? ¿Y con quién? ¿Y cómo? ¡He dicho que cuentes!—repitió, alzando la voz, sin miedo á que resonase fuera, á que se enterase alguien de una escena tan espantosa—¡Obedéceme siquiera ahora, que poco me tendrás que obedecer en este mundo! ¿O es que mientes, pécora?

—No miento, no... No se enfade... Argos... es con Mejía...

—Con el Gobernador, ¿eh?

—Sí, señor... con el Gobernador, que la tiene chiflada... Está loca de atar. ¡Si él la manda echarse á un pozo... se echa!

—¿Dónde se ven? ¿Aquí, cuando yo salgo?

—En casa de él...—Neira se estremeció de pies á cabeza.—Ya fué allá Argos dos veces... después de anochecido, disfrazada con mantón y pañuelo... Y como él tiene enemigos que intrigan para quitarle este gobierno... y piensa largarse de aquí pronto... ella... proyecta escaparse con él á París!... Lleva el retrato de él sobre el pecho... si V. lo quiere ver, puede desabrocharla el vestido... León Cabello, que tenía con ella relaciones, anda muy triste, amenazando matarse... Todos los días recibe ella una carta larguísima del músico... y se la manda al gobernador para que se ría, para que haga burla...

La muchacha amontonaba detalles, algo picada, deseosa de que por lo ajeno se olvidase lo propio... El padre hubo de poner fin á la confidencia. No necesitaba saber más.—Cuando Rosa salió de la

estancia tapándose los ojos con un pañolito, Neira tomó la pluma y escribió á doña Milagros una carta apremiante y corta. Después buscó el sombrero; echóse á la calle; pasó cosa de media hora en el despacho del dueño de la Ciudad de Londres, y de allí se dirigió al palacio del gobierno civil.

XXV

El gobernador no se había vestido aún para almorzar, y Neira le encontró de batín de pana verde entreabierto sobre la camisa con chorrera de encaje,—afeminado atavío que hizo pasar por las venas del desdichado padre un escalofrío de repugnancia y de odio. —Sucede que si las menudencias del vestir, en las personas que amamos, provocan interiores efusiones de ternura, efluvios de simpatía, una corriente de odio puede brotar de cualquier rasgo físico de los que detestamos. El cariño y el aborrecimiento se alimentan de todo. Neira, en aquel instante, creía aborrecer especialmente, no al gobernador, sino á la suave chorrera y al bien cortado batín. ¡Qué sentimiento tan extraño en Neira aquel odio sañudo, que serpeaba como veta de azogue por sus manos, haciéndolas temblar! ¡Qué catástrofe moral la que, por breves instantes, comunicaba el temple del hierro á un alma tan afectuosa, tan mansa, tan cristiana! —Disimulando la extrañeza y un vago recelo, Mejía se levantó, y fué, solícito y afable, á atender á Neira. El departamento en que Mejía acostumbraba recibir en confianza, era un vasto y clarísimo gabinete, con vistas al muelle y al mar y gran alcoba interior; estas dos piezas las había arreglado con coquetería mundana, procurando que se distinguiesen del resto de la residencia oficial, donde abundaban los papeles á grandes dibujos rameados de oro, los estrados y colgaduras de damasco carmesí, las alfombras de terciopelazo, los relojes alegóricos y las arañas de vidrio. Mejía, en su refugio, vistió las paredes de una tela clara, sencilla y barata, pero de gracioso dibujo oriental, y sobre franela escarlata montó dos panoplias, una de pintorescas armas joloanas, y otra de pistolas, escopetas de caza y floretes modernos de ensayo y duelo, entreverados con guan-

tes, petos y caretas. Fotografías de mujeres, algo ligeras de ropa y seguramente más de cascos, mezcladas con retratos de amigos y con grupos paganos de bronce, acababan de animar aquel despacho, análogo al de casi todos los solteros preciados de galantes y espadachines. En el mueblaje descollaba el ancho y profundo diván, el escritorio revuelto, con libros en francés y graciosos prensapapeles, las dos ó tres butaquitas bajas, y la densa piel de oso blanco, ribeteada de paño, naturalizada con la cabeza y garras de la bestia feroz. Por la puerta abierta del dormitorio se columbraba el lecho amplio, bajo su colcha y edredón de raso azul, y la luna del armario fingía en lo más oscuro la superficie rasa y misteriosa de un agua profunda; un aroma de tabaco selecto y de *foin coupé* flotaba en la atmósfera, y sobre el escritorio se marchitaban rosas sin agua, en un barrigudo jarrón de Satsuma.

La mirada de D. Benicio abarcó este conjunto, vulgar en medio de su refinamiento, con una sublevación de alma, con un asco moral que en aquel instante tenía algo de fatídico. Contrastaba de tal suerte el gabinete con la manera de ser, los hábitos y las tendencias del padre de Argos; tenían para él significación tan escandalosa y reprobable los indicios de una vida voluptuosa y sin freno, fáciles de sorprender en la habitación de Mejía, que, á no contenerse, Neira entraría hecho un vándalo; entraría destrozando, pateando y echando por el balcón muebles, retratos, alfombras y flores. Una lucidez dolorosísima, que á veces acompaña á las grandes crisis del sentimiento, le decía que *allí*, precisamente *allí*, donde él sentaba el pie, se había consumado la perdición de su insensata hija; que allí se había escarnecido su dignidad y su honra de padre... y el cuadro nefando y maldito se le representaba tan á lo vivo, que al acercase al diván con que le convidaba Mejía, reservado y en guardia, exhaló un gemido tétrico, el ay del sentenciado á tormento cuando le tienden en el potro...

En un rato no pudo hablar. Por su garganta oprimida no resbalaban la saliva ni el aire; la lengua no acertaba á moverse para dar forma á los discursos que aquel caso exigía... D. Benicio se encontraba á la vez colmado de derecho, harto de razón, como los mártires de una causa sagrada y justa, y ridículo, muy ridículo, como esos viejos de ópera y drama, que van á pedir reparaciones, á concertar por fuerza bodas, á hablar de inocencias, de fragilidades, de responsabilidades, á remendar torpemente la túnica inconsútil del honor... Antes de que Mejía la lanzase, escuchaba su carcajada motadora, soportaba sus insolentes negativas, tragaba el acíbar de su

desprecio, y se veía saliendo de allí burlado, con las orejas gachas, porque hay en el mundo ciertas grandes iniquidades que inclinan al suelo para siempre, no la cabeza del que las comete, sino la del que las padece y llora...

Entre tanto Mejía, encontrando cada vez más *escamativa* la actitud del papá, turbada además la conciencia, vibrantes aún los nervios de las devoradas y complicadas caricias que la víspera le devolviera la hija infeliz; impaciente y enervado, presintiendo la *tabarra*... rompía por todo y formulaba concretamente una pregunta. ¿Qué se le había perdido en el gobierno civil á D. Benicio Neira...? Y el padre, cual si le desatasen la lengua, contestaba del modo más terminante, en breves é imperativas palabras.

—¿Que me case con su hija de V.?—respondía fingiendo admiración el hombre doble.—Y esto me lo dice V. así, sin preparación, sin antecedentes, sin enterarse de cuáles son mis circunstancias, sin estudiar si tengo ó no tengo, como caballero, el deber de ofrecer á esa señorita mi mano?

D. Benicio miraba á Mejía, sintiendo otra vez el dolor penetrante, que bajaba del omóplato directamente al corazón. La punzada aguda le revelaba la gravedad de un achaque que, según le decía el doctor Moragas para quitarle aprensión, era una friolera, cuestión de digital... En aquel momento conoció que la mano certera de la muerte, tendida hacia su presa, apretaba y comprimía un corazón donde la paternidad hiciera brotar recias y ensangrentadas espinas. La más aguda, entonces, era la idea de dejar á sus hijas huérfanas y sin amparo.—"Nada he hecho por ellas; de nada las he servido. Mi debilidad las consintió perderse, y mi poquedad no acierta á salvarlas...„—La voz de Mejía, que resonaba dulzarrona, afectadamente respetuosa, la escuchaba Neira como si viniese de lejos, de muy lejos... Mejía amontonaba embustes para desorientarle.

—Toda oficiosidad se comprende en un padre—murmuraba el hombre doble, con el mismo tono falso en que solía hablar de otras cosas, de Dios, de la patria, de la verdad, del deber—y nada me extraña tratándose de tan delicada materia como el buen nombre de una señorita; pero crea, Sr. Neira, que en este caso ha padecido V. una alucinación, un error... excusable... y si su señora hija, le incitó á dar este paso, estaba ofuscada. Porque yo haya tenido la satisfacción de concurrir á su casa de V. varias noches; porque admire como se merece la belleza de la señorita María Ramona, no se desprende que...

—Déjese V. de farsas—respondió el padre haciendo un gran es-

fuerzo para emitir la voz, pues por momentos creía que se asfixiaba.
—No vengo á que V. me toree, ni á que V. se ría de mí. Al asunto: ó se casa V. con Argos, ó...

—¿O qué?—contestó Mejía en tono ya desdeñoso, levantándose y cruzando sobre el pecho los brazos.

—¡O... le castigará Dios!—exclamó Neira con acento solemne, y sin cólera.

El modo que tuvo Mejía de encoger los hombros fué el más impío reto á la Providencia que puede lanzar una criatura humana. Era Mejía del número de los que no creen en el orden providencial, pecado que lleva en sí el castigo de la desesperación, pues quien nada cree nada espera, y quien no espera sufre como un demonio en las horas de adversidad y de desastre; sufre en el lecho, entre las tinieblas, y sufre también cuando la luz radiante del sol acaricia á los que la juzgan enviada por Dios para hermosear la vida y alegrar y confortar el espíritu... Mejía, en medio de su árida sequedad, de su condición de pirata implacable, tenía momentos—los períodos de cansancio y melancolía que siguen inevitablemente á los accesos de libertinaje—en que se encontraba muy solo, muy desorientado, pues á veces la vida es más de plomo para que quieren hacerla más leve y gozosa y pasarla en continuo triunfo. Aunque la conciencia calle, ratos amargos no faltan nunca á quien registra en su historia páginas que quisiera borrar con sangre de las venas; y el texto de estas páginas, en ocasiones, se escribe en caracteres de fuego en la pared. Mejía experimentaba la inquietud, el azoramiento secreto del que guarda en un armario algo què le conviene ocultar á toda costa... ¡Cosa extraña, que aquello de que Mejía se burlaba frescamente, aquello que desacataba, fuese lo que solía darle pavor á las altas horas de la noche! Acaso, analizando bien el modo de ser del gobernador, descubriríamos que el pasado, el turbio pasado, la repugnancia á mirarlo frente á frente, era lo que lanzaba muchas veces á Mejía á excesos de carácter orgiástico, á delirios de la materia en que el hombre cree huir de sí mismo agotando los últimos residuos del placer, cuando en realidad sólo agota las fuentes del consuelo y los tesoros de la naturaleza... Como todos los desesperados, Mejía se desquitaba silbando al alto poder que distribuye la justicia, y su movimimiento sarcástico al oir el nombre de Dios, tan sencillamente invocado por Neira, fué un desahogo de la bilis, un arranque de misantropía, un testimonio de mal acallados pesares...

—¿Conque va á castigarme Dios?—respondió gozando un de-

leite irónico y maligno que le hizo abandonar su diplomacia archicortesana.—¿Conque va á castigarme?—replicó complaciéndose de antemano en la idea de la risotada que le arrancaría la estupefacción de D. Benicio.—Pues se equivoca V., Sr. de Neira; no tiene que castigarme..... Me ha castigado ya.—No abra V. tanto los ojos.—V. venía á que me casase, ¿eh? Llega V. con retraso.... ¡Soy casado desde hace tiempo.....!

Neira vió como una luz lívida serpeando ante sus pupilas dilatadas. Hay momentos en que las facultades se centuplican, en que la memoria, el entendimiento, la voluntad se asocian y funden, se integran, por decirlo así, para que veamos con evidencia lo que antes apenas sospechábamos. D. Benicio recordaba haber entreoído un día, en el Casino de la Amistad, entre varias especies desfavorables al gobernador y echadas á volar por gente del partido contrario en horas de oposición sistemática, la versión referente al estado de Mejía, casado en Filipinas, donde dejaba á una mujer y dos niños en la indigencia; y allí se habló tambien de un cambio de nombre, de la venida de la esposa á reclamar sus derechos, del modo cómo fué despachada otra vez con rumbo al Archipiélago... hasta que todo lo desmintió enérgicamente el secretario del gobierno civil, declarando que era una insigne paparrucha. En aquel momento Neira sentía que se trataba de una gran verdad, y que Argos, lo mismo que Rosa, no tenía medio de restaurar la fama y el honor. Este convencimiento, en lugar de abatir al padre, le inspiró una repentina furia, una especie de insania. Levantándose de un brinco, crispando los puños, marchó sobre Mejía, ciego como el toro que se precipita á embestir. Mejía no dió espacio á que la diestra del agraviado padre cayese sobre su rostro. Adelantando los brazos, rechazó á Neira, y le empujó vigorosamente hasta hacerle caer cuan largo era en el diván. Un júbilo malicioso y satánico animaba sus facciones, al acordarse de que en aquel propio mueble, cabalmente sobre el cojín bordado de sedas como los mantones manileños, había reposado pocos días antes la hermosa cabeza de la hija, y que algunos cabellos negros se enredaban todavía entre las rosas de realce..... D. Benicio, entre tanto, sujeto, tendido, rugiendo, se sentía tan chafado, tan risible, que dos lágrimas de brasa asomaron á sus lagrimales, evaporándose al punto, y contrastando con la sonrisa de burla que dilataba los pálidos labios del gobernador, descubriendo los limpios y cuidados dientes y animando las pupilas, donde el picaresco y sensual recuerdo encendía chispas diabólicas..... Al fin, con un movimiento de afectada magnanimidad, Mejía

alzó las manos, se enderezó, y dejó incorporarse á D. Benicio..... Agarrándole del cuello del gabán le puso en pie, manejándole como se maneja á un pelele, y sin omitir la soflama, le dijo vendiendo piedad:

—Vamos, retírese, tranquilícese, refrésquese... Aquí no ha pasado nada... Salude V. de mi parte á aquellas señoritas.....

D. Benicio se tambaleó un instante; afirmóse después sobre los talones; en seguida saltó como un gato al diván y arrancó de la panoplia un florete de desafío; y antes que Mejía tuviese tiempo de prevenirse á la defensa, se lo pasó impetuosamente al través del pecho, á la altura de los pulmones.

XXVI

Aquí vuelvo yo á danzar en los anales de la familia de Neira, pudiendo decir que mi acción fué de sumo provecho, y que desempeñé el papel de ese amigo incondicional sin cuyos buenos oficios las desgracias son más irreparables, más resonante el escándalo, y la caída conduce á un abismo del cual nadie sale si no le tienden la mano.

¿Quién—preguntáis—me impulsó á intervenir en el conflicto, á la manera de los dioses fabulosos en las anticuadas epopeyas, arrogándome fueros de divinidad bienhechora? ¿Quién me hizo andar, correr, tornar, virar, aceptar responsabilidades, cabildear, visitar redacciones de diarios, aprontar dinero, pasar malos días y peores noches, y en suma alterar y cambiar de tal suerte mi género de vida, mis hábitos y mis arraigados principios, que los dos únicos seres compañeros de mi soledad,—el minino y doña Consola,—llegaron á desconfiar de mi razón, y á demostrármelo con su inquietud, su esquivez y su melancolía?

¡Bah! De sobra habéis adivinado el móvil que me dictaba rasgos de tan inverosímil abnegación y daba al traste con el bien cimentado edificio de mi sosiego. Ya estabais enterados de que me había cogido entre sus uñas el misterioso duende que desde el origen de los tiempos juguetea con la humanidad, después de expulsarla del

paraíso y arrojarla á la ingrata superficie de la tierra, á peregrinar, á rabiar y á combatir. Conociendo el nombre de mi tirano, no extrañaréis el mal trato que me daba, ni la resignación con que yo lo sufría.

¿Resignación? No; ya es preciso decir gusto.—En aquellos días memorables para la familia de Neira comprobé la realidad del aserto de un sagacísimo autor, sobre la actividad y brío que el amor comunica á la vida del enamorado; el interés que para él adquieren las más mínimas y sencillas circunstancias y advenimientos; la extraña confusión que hace del pasado y del porvenir con el presente; la existencia en los tres tiempos del verbo, existencia intensísima, fogosa y rica en sensaciones y en emociones continuadas. Conviene advertir que yo saboreaba sin reparo los frutos del árbol engañador, y había desertado tan resueltamente de mis banderas, que llegué á dudar si el Mauro Pareja cauto, precavido y cuerdo de las primeras páginas de estas *Memorias*, sería el mismo que sólo vivía para tomar como cosa propia aquellos cuidados ajenos que, según el proverbio, matan al... No escribiré el poco halagüeño sustantivo!

Quiso la casualidad, maestra en aciertos, que un cuarto de hora después que D. Benicio Neira llegase yo al Gobierno civil; necesitaba hablar á Mejía de ciertos planos para el futuro palacio de la Diputación provincial marinedina, planos cuya ejecución se me había confiado y en los cuales deseaba desplegar toda mi ciencia, pues desde que soñaba en bodas, más ó menos remotas y fantásticas, el trabajo me atraía. Indicóme el ordenanza que esperase en el salón carmesí, contiguo al gabinete. Conociendo las costumbres de Mejía, sospeché que tal vez estaba entretenido con alguna alegre muchacha; de varias sabía yo que habían entrado y salido por la puertecilla de escape y la escalera angosta que conduce á un poco frecuentado callejón, á espaldas del edificio. Bajo el influjo de esta creencia, me expliqué á mi modo los ruidos como de lucha que venían del gabinete. "Retozan„ pensé, algo contrariado por aguardar en tales condiciones, y paseando de arriba abajo, á fin de entretener la impaciencia. Un grito sofocado, pero de horror y agonía, un choque pesado y sordo, me obligaron á correr hacia la puerta del gabinete. En un segundo adiviné que allí se desarrollaban escenas bien distintas de las que al pronto supuse. Todo había quedado en silencio; sin embargo, no vacilé: abrí la puerta y vi el cuadro: Mejía en el suelo, ahogándose en sangre, dando las boqueadas, y Neira derrumbado en el diván, mirando con ojos de loco á su víctima.

No sé si parecerá creíble, pero lo cierto es que no me asombré, y en el mismo instante comprendí y me expliqué perfecta y satisfactoriamente lo acaecido. Aunque acción tan gallarda y fiera pareciese impropia del carácter inofensivo de D. Benicio, yo, que conocía el fanatismo de su amor paternal y le había oído anunciar *una hombrada* para el caso de que alguien afrentase á sus hijas; yo, que sé cuán probables son las reacciones violentas en un carácter débil y resignado, en un hombre sufrido,—siempre que persista en él la noción de la dignidad moral y un espiritualismo fuerte y profundo,—no me maravillé de que al cabo aquel cordero, en un arranque terrible, desquítase sesenta años de paciencia y escarnio, de pasividad y de oculto dolor.

¡Cómo aguzan el entendimiento estos casos extremos! Siempre que recuerdo aquel trance crítico, me siento orgulloso, envanecido del ingenio y habilidad con que di salida á tan apretada situación. Mi ocurrencia fué rapidísima, como lo son las ideas geniales, que se nos presentan envueltas en la luz del relámpago y nos deslumbran. Allí había que proceder como el cirujano cuando opera sobre el campo de batalla: sin perder instante, sin titubear, imponiéndose.

Mejía iba á expirar, sin poder articular palabra, asfixiado y desvanecido por la hemorragia que le cortaba á un tiempo el habla y la vida. Yo había pasado, solo, en el salón contiguo, un cuarto de hora. Nadie podía afirmar que, en vez de esperar allí, no hubiese penetrado en el gabinete, y asistido á toda la escena entre el padre y el seductor de Argos. Velozmente subí al diván, arranqué de la panoplia otro florete y lo coloqué en la mano derecha de Mejía, engarrotando alrededor de la empuñadura los dedos inertes del moribundo. Y abrazando á D. Benicio, y con palabras persuasivas, repitiendo el nombre de sus hijas inocentes, de las menores, que no habían de pagar los ajenos pecados, le convencí de que no consintiese en pasar por asesino, de que aceptase mi estratagema y confirmase mi versión. Al pronto manifestó escrúpulos y un insano afán de correr á delatarse; por fortuna (nadie se asuste de esta frase despiadada en apariencia) en aquel mismo momento se estremeció Mejía, un borbotón de sangre salió de su boca, y quedó inmóvil, con los ojos vidriados. "Muerto el perro, acabóse la rabia.„ "¿Quiere V. que las chiquillas tengan un padre en presidio... en la horca?„ Neira, casi tan difunto como Mejía, cedió; sus nervios no le sostenían, y era incapaz de resistir á mis apremiantes ruegos. Me di cuenta de que se entregaba á discreción, y procedí sin de-

mora á salvarle. Lo primero que hice fué buscar al secretario, cuyo despacho se encuentra dos ó tres puertas más allá del salón carmesí, al extremo de un largo pasillo. Le referí mi historia inventada, la llegada del ofendido padre, la burla del ofensor, mi intervención conciliadora é inútil, el reto, el combate que presencié y en que Mejía, creyendo desarmar de buenas á primeras á su adversario, recibió la mortal estocada... La narración, verosímil ó no, fué creída, y D. Benicio dejado en libertad provisionalmente. Así y todo, mal lo habría pasado, y no escaparía de las garras de la justicia, ni yo tampoco, si ciertas instrucciones pedidas á Madrid y enviadas con gran reserva por el Gobierno, no moviesen á las autoridades marinedinas á echar tierra, muchas paletadas de tierra, sobre el cadáver y el drama que costó la vida á Mejía. La prensa de oposición intentó alborotar el cotarro; pero se hizo de suerte que no tuviese datos con qué robustecer ciertas malignas insinuaciones, y se evitó que un ruidoso proceso descubriese, en los antecedentes de un gobernador, una nidada de sapos y culebrones. Si me preguntáis cómo se puede echar tierra á todo aquello á que conviene echarla..., os diré que sois poco avisados ó poco observadores, y desconocéis el mecanismo de nuestra sociedad, de nuestras instituciones, de nuestras leyes. Milagros como estos se ven, no diré cada día, pero sí harto á menudo, y la opinión va habituándose á paladear con delicia el jarabe de adormideras, el dulce opio del olvido. Dadme tiempo y un poco de favor, y entierro yo, no un crimen, todas las *Causas célebres* y todos los *Panamás* del mundo...

En Marineda, la gente se puso de parte de D. Benicio; es justo declararlo. Se le perdonó y hasta en voz baja se le ensalzó y glorificó. Fué héroe en sus postrimerías.—La única persona que no transigía con el atentado... era su autor. No pudo aquel hombre, saturado de ideas cristianas, predipuesto á la santidad, olvidar que había manchado sus manos de sangre. La acción, la única acción significativa y poderosa de su vida, gastó toda la provisión de fuerzas físicas y morales que tenía disponible, y D. Benicio, como suele decirse, ya no levantó cabeza. Medio alelado, agravado su padecimiento del corazón, se postró, no en la cama, donde se ahogaba, sino en un sillón ancho y viejo; en breve hincháronse sus piernas, síntoma fatal, y poco tardó en acudir la gran libertadora, —á la cual recibió pertrechado con los sacramentos, consolado por la absolución, arrepentido, lleno de fe y de esperanza, y humilde y engreído á la vez, como el vasallo á quien su rey visita. La ceremonia de administrar el Viático á Neira nos conmovió hasta á los

que tenemos el espíritu asaz profano. Después de tan solemne instante fué cuando, entre dos sofocaciones mortales, me rogó que aceptase la tutela de sus hijas, cargo que admití con toda mi alma, y hasta con pueril alegría: que mi estéril existencia era, por fin, útil y provechosa para alguno.

Y héteme constituido en consejero, director y árbitro de aquella familia desconsolada. Desconsolada, sí; la doble tragedia, el triste fin de Mejía y de su matador, habían caído como pavoroso aviso del cielo hasta sobre las más desjuiciadas de las hijas de Neira. Todas lloraban lágrimas sinceras y hermosas, de pesar, de expiación: Rosa andaba por la casa despeinada y con una bata de zaraza de á real, indicio segurísimo en ella del dolor más verdadero.—¿Y Feíta? oigo que pregunta el lector curioso en cuestiones del corazón.—¡Feíta! ¡Creo que nadie habrá dudado de que la independiente seguía en Marineda, y del gran viaje no se había vuelto á hablar ni por asomos! Como que entre Feíta y yo asumimos la dictadura y agarramos el timón de aquella casa, sin que á nadie se le ocurriese discutir nuestra legítima autoridad, fundada en mi buena intención y en las altas dotes de gobierno y energía de la encantadora extravagante...

¡Y qué tino y firmeza demostramos al desenredar la madeja del conflicto económico, que no había cesado, claro está, de afligir á la prole de Neira! Todas las noches nos reuníamos á deliberar, y de nuestras deliberaciones salía siempre alguna resolución extraña al parecer, y en realidad bizarra y útil. Empezamos por libertar á Argos del horrible bochorno que en Marineda sufría, despachándola á Barcelona, á la hospitalaria casa de doña Milagros. La consigna fué que Argos siga estudiando canto y música, y que, pasado algún tiempo, buscase en la escena la gloria y el provecho que le prometen su rara voz y su no menos rara belleza. "Empeñarse en hacer de Argos una mujer casera y metódica, es errarla„ —me decía Feíta.—"Nació para una vida... agitada, pasional. Si llega á ser una brillante artista, es mejor que si la lleva á París cualquier tronera, ó si ella labra la desdicha de un marido, en caso de que llegue á encontrarlo.„ Enderezada ya Argos con rumbo á nuevos destinos, se decidió la mudanza y se buscó un piso en el Ensanche, alto, barato, modesto, con buen aire y alegre vista. Allí se reservó una sala decente y un cuarto desahogado y limpio para taller de Rosa... Sí; en el programa de Feíta esto entraba también: Rosa aprovecharía su buen gusto y su afición á los trapos, ganándose la vida, trayendo el correspondiente grano de trigo al pan del hogar.

"Ya hemos dejado de ser señoritas„ — repetía la independiente.— "A arrimar el hombro todas. No faltarán parroquianas, Rosita; he recibido encargos para un mes, lo menos; tus oficialas serán Constanza y Mizucha, que cosen divinamente. Si eres buena, si trabajas asiduamente y la labor produce, con el tiempo irás á Madrid y á París á traer la novedad, y de paso á divertirte, á gozar con los pingos. Y no se me replica; porque si haces ascos al santo trabajo, te meto en una casa á servir.„ En cuanto á Froilán, me encargué yo de él: como no apencaba con el estudio, le coloqué de dependiente en *La ciudad de Londres*, — cuyas facturas se pagaron con el dinero enviado por la siempre generosa doña Milagros. No parecía torpe el mozo para medir y despachar género, y su buena educación y agrado le hicieron simpático á la clientela femenina. Desairado por Minerva, creemos que el único varón de la casa de Neira ha encontrado un excelente patrono en Mercurio.

Como he dicho, la familia obedecía á Feíta sin replicar, y las antes díscolas hermanas ni pensaron en poner obstáculo á sus prudentes disposiciones. Del patrimonio salvamos algo, más de lo que se esperaba; sin duda Dios tocó en el corazón á Baltasar Sobrado, para que no apretase el dogal hasta estrangular á las huérfanas. Siempre he sospechado que, en aquella ocasión, Dios habló á Sobrado por boca de su hijo, el cual demostraba de mil modos que Feíta, ahora como antes, era dueña de su albedrío y señora de sus pensamientos. Y por cierto que los paseos y rondaduras del ex compañero por la calle de mi amiga llegaron á preocuparme de tal modo, que, rompiendo mi propósito de no decir á Feíta palabra sobre lo que más me importaba en el mundo, la interpelé, y oí de sus labios estas palabras, para mí decisivas:

—No quería casarme. A V. le consta. Soñaba con la libertad, y con algo que á mí me parecía el ideal. Las cosas se me han arreglado de muy diferente modo. El Deber y la Familia (con mayúscula, amigo Mauro) han caído sobre mí... y ¡cuánto pesan! Me declaro rendida... Necesito un Cirineo... pero no ese *compañero,* hoy burgués. Francamente: quizá hacía gracia cuando gastaba blusa: ahora me parece un tipo de lo más vulgar. Ese tenía fe... Quería lo que hoy posee: dinero, comodidades, holganza... Ya lo tiene. No le hace falta Feíta. Crea V. que, si me presto á que me echen la consabida estola, ¡que á Vds. les ponen por el cuello y á nosotras por la cabeza, mal rayo!, no será Ramón Sobrado quien se arrodille á mi vera...

Entendí, y deslumbrado de alegría, alargué las manos, cogí la

cara de la independiente y la besé con arrebato, largamente, sobre los párpados de fina seda que cubren las verdes pupilas. Fué la única libertad que me tomé (te lo juro) hasta que pude llamarme esposo de Feíta Neira.—Tal vez merezcan escribirse las *de un casado*... de un casado, ya que emborroné las *Memorias de un solterón*, con mujer tan singular como la que me tocó en suerte.

EMILIA PARDO BAZAN.

LA PRENSA INTERNACIONAL

La nobleza rusa.

La nobleza rusa!... Sin duda, no hay extranjero que no haya advertido la sonrisita que asoma á los labios del ruso cuando pronuncia esas tres palabras, sonrisa que dice muchísimo acerca de ello. En el transcurso de los diez últimos años hase disertado mucho en Rusia y fuera de Rusia acerca de la nobleza rusa, y casi siempre en el mismo sentido: urgencia de restaurar el prestigio de la casta, principalmente fortaleciendo su situación económica, cuya desorganización decíase que sólo era accidental. Acá y acullá se hablaba del papel preponderante que esta nobleza debía y tenía que representar en la administración general del imperio y respectiva de las provincias. Por último, durante algún tiempo, no muy largo en verdad, pudieron oirse discursos acerca de la necesidad de renovar el régimen político del país, tomando por base los derechos de los propietarios terratenientes que pertenecen á la aristocracia de nacimiento.

Un extranjero que nunca hubiera residido positivamente en Rusia y no conociera por sí mismo la vida interior del imperio, daría oídos á esas discusiones, á esas arengas; un extranjero que hasta hubiera llegado á iniciarse en la legislación rusa, estimaría tener fundamento para creer que en la tierra

de los czares existe una nobleza excepcional, omnipotente, y cuya existencia no ha sido aún perturbada por el fenómeno de descomposición que se manifiesta en la Europa Occidental. Sin embargo, en eso no habría más que un espejismo que alucina también hasta á los mismos rusos, pues gran número de mis compatriotas no cesan de fundar en la nobleza sus esperanzas y sus opiniones.

Aparte de esto, hay nobles rusos que han conservado todos los caracteres exteriores de la casta. Tienen desde el convencimiento unánime de la pureza de su origen, hasta la fe en la necesidad de una legislación especial que debe proteger sus privilegios personales y los de su clase. Sin embargo, la nobleza ha dejado de existir como casta, por lo menos en el sentido que le da la Europa Occidental. Casi nada tienen de común la nobleza rusa por una parte, y la *nobility* inglesa, la *noblesse* francesa y el *adel* alemán por otra parte.

Ante todo, la nobleza rusa no se atribuye ningún derecho de casta frente á la autoridad suprema, y ni siquiera se advierte ninguna tentativa de conquistarlos. Ni aun ha intentado apropiarse esos derechos, tal como los ha conquistado la nobleza extranjera. Sólo conoce deberes, lo más estrechos posible. No tiene más que privilegios otorgados, con los cuales se contenta á falta de derechos, y que quisiera ensanchar hasta lo infinito.

Esta particularidad de la nobleza rusa es fruto del especial proceso histórico al que debe su origen.

En Occidente el nuevo Estado emergió poco á poco del seno del feudalismo, conquistando el suelo paso á paso y minando uno tras otro todos los obstáculos convencionales que ponían trabas á su marcha. Pero dejó á los feudales su libertad individual, sus residencias territoriales con los privilegios sociales inherentes á ellas, y á veces hasta sus prerrogativas políticas. El pacto convenido entre ambas partes no las ligó íntimamente sino en el momento de comenzar á manifestarse otras fuerzas nuevas imperiosamente exigentes y tan hostiles

por naturaleza á la aristocracia terrateniente como á la monarquía autocrática.

Las cosas han acontecido muy de otra manera en Rusia. Aquí el Estado no tenía que destruir fortalezas feudales: por el contrario, era él quien edificaba para la nobleza, primero *isbas,* después palacios. Esta nobleza jamás tuvo ninguna significación individual; creábase en el transcurso de la historia por las necesidades administrativas del Estado. Y si el honor inherente al cargo ha sobrevivido al cargo mismo, sólo debe verse en ello un contrasentido.

Para convencerse del abismo que existe entre las noblezas occidental y rusa, y de la fragilidad de base en que descansa la segunda, basta pasar revista á las principales fases por las cuales ha atravesado la aristocracia de nacimiento en el imperio de los tsares. Luego veremos cuál es su estado actual, qué ha dado á Rusia la nobleza rusa, y cuál será su porvenir mañana.

I

En la antigua época de la historia rusa, conocida por el nombre de la ciudad donde á la sazón se concentraba la vida política («periodo de Kief»), las altas clases comenzaban apenas á organizarse en la sociedad, y aun así con formas vagas y al azar. El príncipe *Kniaz Rurikovitch* (príncipe soberano descendiente de Rurik) vagaba de municipio en municipio á través del territorio ruso. En derredor suyo se agrupó la *Drujina* (el significado exacto de esta palabra es una mezcla de *corte, estado mayor* y *guardia de corps).* La *Drujina* era el conjunto de los compañeros de armas y placeres del príncipe.

Contaba en su seno con extranjeros, en particular normandos; pero la mayoría de ella reclutábase entre los más arriesgados de los indígenas, por lo cual no había ninguna diferencia de casta entre ella y el resto del pueblo ruso.

Dividíase también la *Drujina* en ramas *mayor* y *menor*, pero fundándose únicamente en la edad de sus miembros. Más tarde la cuestión de edad cedió ante la del favor : los *mayorazgos* de la *Drujina* fueron sólo aquellos de sus miembros á quienes sus hazañas ó el capricho del monarca elevaron sobre sus pares. Pero la cuestión de origen nunca tuvo nada que ver con la distinción entre *mayorazgos* y *segundones*.

En tiempo de guerra, la *Drujina* arriesgaba la vida en honor de su *Kniaz* sin descuidar su propia gloria, ayudábale á luchar contra los invasores extranjeros ó contra los rivales, y compartía con él las *ofrendas* (delicioso eufemismo) de las poblaciones libertadas ó conquistadas. En tiempo de paz, los *drujinniki* más viejos secundaban al soberano en la administración de su dominio ; celebraba consejo con ellos en los asuntos de importancia y delegaba en los más expertos, conocidos con el nombre de *boyardos*, la magistratura ó el gobierno de tal ó cual ciudad. Pagaba todos esos servicios repartiendo con ellos sus rentas y haciéndoles donaciones en dinero ó en tierras. Después les investía de ciertas prerrogativas destinadas á realzar su dignidad individual : por ejemplo, un atentado contra su honor, sus bienes ó su vida, castigábase con doble severidad que si se hubiese cometido contra un hombre libre cualquiera.

Y esta dependencia natural se cimentó poco á poco con tanta solidez, que los contemporáneos no podían figurarse aislados uno de otro ambos elementos en relación. Cuando un *kniar* del siglo XII rompió con sus *boyardos*, y éstos se apartaron de él, vió anonadado su poder de la noche á la mañana, los bárbaros *polovtzy* denunciaron el tratado que con anterioridad á esos hechos habían convenido, y tuvo que refugiarse junto á los príncipes parientes ó aliados suyos.

Si un *drujinnik* estaba descontento de su señor, rompía las relaciones con él y manifestaba su resentimiento, no por medio de una insurrección, sino simplemente pasando al servicio de otro príncipe. Cada *drujinnik*, pues, no era sino una unidad, más ó menos en tal ó cuál *drujina*. Como hombre libre, tenía el derecho de abandonar un servicio que ya no le convenía; y la perpetua rivalidad entre los príncipes le garantizaba la posibilidad práctica de ejercitar ese derecho. La nobleza de aquel tiempo usó de él hasta el abuso, impidiéndose así ella misma toda organización firme.

La conciencia de una solidaridad corporativa no podía desarrollarse entre servidores unidos por un contrato tan rudimentario con señores casi nómadas, como lo fueron los *kniar* hasta fines del siglo XII.

No estando organizados los *boyardos* en una clase asentada y no poseyendo territorios de una manera inmutable y segura, no podían entrar en relaciones íntimas con la población de los principados donde sólo vivían transitoriamente. Ni mucho menos podían tomar ante el príncipe la defensa de esa población. En sus dominios, no eran propietarios más que del suelo: el Estado conservaba todo su poder sobre los habitantes. A menudo, sólo eran administradores temporalmente autorizados para guardarse el todo ó una parte de las rentas de tal ó cual dominio. Muy flojamente unidos al príncipe y lo menos posible al territorio, estaban aislados del resto de la población por sus intereses y por todas las condiciones de su existencia.

Aunque de continuo aumentaba el número de sus miembros, admitiendo personas pertenecientes á las otras clases de la población, sus constantes cambios de residencia les impedían tener positivo contacto con esas clases.

Así, pues, los nobles rusos de entonces no tenían valor social, sino en razón de sus servicios para con el príncipe: de ellos dependían su fortuna y su posición. No tenían ninguna importancia individual como propietarios terratenientes, ni

como representantes de la población; puesto que el primer papel sólo era una consecuencia de los servicios cortesanos ó guerreros, en los placeres ó en la administración, y el segundo no existía ni siquiera en la mente de los hombres de aquella época. Aparte de eso, su condición implicaba un derecho cuyo ejercicio, en un organismo social menos rudimentario, hubiera podido asegurarles una gran influencia: el derecho político de aconsejar al príncipe. Ya se ve cómo no había allí el terreno necesario para dar pie á un sólido y poderoso agrupamiento de casta. Fuertes como colectividad indispensable para la ejecución de los propósitos del poder central, perdían parte de esa fuerza en cuanto se aislaban. Y á la inversa: las prerrogativas otorgadas á cada uno de ellos no aumentaban un ápice los derechos de la casta, si es que de casta pudiera calificarse tal pelotón disperso de servidores libres.

Con el progreso de la historia, desprendióse poco á poco de esas relaciones primitivas un organismo cada vez más complejo. Terminó el período de los príncipes vagabundos: las diversas ramas de la descendencia de Rurik arraigaron definitivamente en sus respectivos dominios. La agricultura adquiría más y más extensión é importancia, las rentas eran de día en día más seguras y cuantiosas. Por tanto, adherían los boyardos cada vez más al suelo que los enriquecía.

Pero las nuevas formas sociales no se establecieron sin dificultades. Primero las desorganizó la invasión tártara; después, la guerra, terminada por las victorias de Lituania y de Polonia, acabó de arruinar el Mediodía de Rusia. La nobleza de los territorios anexionados no se rehizo sino para desenvolverse bajo el influjo de la cultura polaca y compenetrarse poco á poco tan profundamente con ésta, que casi llegó á olvidar del todo las tradiciones nacionales.

Desde principio del siglo XVI, es decir, desde la desaparición de los últimos pequeños principados independientes, puede evidenciarse un cambio radical en la situación de la nobleza rusa. Los miembros descontentos veíanse imposibi-

litados en lo sucesivo de irse á otra parte que no fuese á Lituania: pues bien; la emigración á este país, extranjero por su raza y hostil á los soberanos moscovitas, era asimilada á un delito de traición contra el Estado.

La nobleza pasaba, pues, forzosamente á la vida sedentaria; lo cual, lejos de ensanchar la esfera de sus derechos, la restringía muchísimo. Los *boyardos* moscovitas abandonaban su calidad de servidores libres por la de servidores esclavos.

Por otra parte, conforme iban cayendo los pequeños principados independientes, las casas que los habían regido acudían á Moscú para ocupar un puesto entre los *boyardos* del monarca. La capital no tardó en verse inundada de reyezuelos destronados y de sus herederos, parientes y amigos. Apoderándose de todos los altos cargos, formaron una nueva nobleza superior á la antigua, la *aristocracia moscovita*. Al agruparse en la capital en torno del soberano, no podían olvidar que sus próximos antepasados respectivos ocupaban una posición equivalente (en cuanto á categoría, sino como poderío) á la del nuevo señor común; que sus antepasados también tuvieron su capital y su *drujina;* y que, por último, ellos mismos no debían por consiguiente su alcurnia de *boyardos* al Kniar de Moscú ni á ningún otro. ¡Si alguna vez se manifestaron en Rusia los sentimientos é ideas propios de la aristocracia fué en aquella época, en la décimasexta centuria! El príncipe de Moscú sólo era el primero entre los príncipes con quienes compartía la administración del país; debíase á esa administración con los mismos títulos que ellos, y la posición de *boyardo* al servicio suyo no emanaba de su voluntad, sino única y necesariamente del origen mismo del *boyardo*. Tal era el modo cómo comprendía su posición la nobleza nueva.

Esta pretensión de librarse de la voluntad soberana, cuando no de subordinarla al esplendor de la casta, manifiéstase más que nada en la curiosa institución del *Miestnitchestva*, cuya base general, salvo numerosas excepciones, era el reparto de los grandes empleos del Estado entre las personas de

sangre azul, según el grado más ó menos ilustre de su prosapia.

Al paso que en la escala superior de la jerarquía administrativa se organizaba así una casta afanosa por los derechos políticos y la participación en el poder, pero desprovista de todas las posibilidades esenciales para conquistar su independencia positiva, en la escala inferior formábase otra categoría de *boyardos* muy diferente de la primera: los *dvoriané,* nombre que después había de extenderse á la totalidad de la nobleza. Conforme progresaba en poderío el Estado y mejoraba sus instituciones, iba imponiéndose la necesidad de un aumento en la fuerza armada. Por numerosos que fuesen los *boyardos,* no podían aspirar á satisfacer sólo con su falange esa nueva necesidad. Llenóse el vacío gracias á elementos desarrollados durante el transcurso del período anterior.

Además de la *drujina,* cada kniar tenía su *dvor* (corte) ó conjunto de sus servidores propiamente dichos; unos simples siervos, otros hombres libres que habían renunciado voluntariamente á su independencia, privados todos ellos del derecho que los *drujinniks* tenían de cambiar de señor. Cuando todos los *dvors* de los kniars desposeídos se reconcentraron en Moscú, la masa de sus miembros superó á las necesidades del servicio particular del gran príncipe, y éste los puso al servicio público del Estado, creándoles así una posición casi igual á la de los *boyardos.*

Se les remuneraba en tierras, pero éstas no se les concedían sino como *pomiestié* (residencias) y no como bienes hereditarios cual á los *boyardos;* y se les daban á título, no de recompensa, sino de *sueldo* debido á todo servidor hasta que cese en el servicio activo. El Estado permanecía siendo el único derecho-habiente real y, lo probaba, no sólo recobrando la posesión á la muerte del usufructuario, sino también en cuanto éste abandonaba el servicio. Las dimensiones de las haciendas eran proporcionales á la importancia del servicio, y esa proporción estaba fijada estrictamente.

El Tzar Iván IV juzgó tan ventajoso para el imperio este sistema de reparto de las tierras, que no dejó de extender su aplicación á los mismos *boyardos*, subordinando así la situación económica de esta clase á los servicios públicos que de ella esperaba. Las antiguas familias de príncipes no exterminadas aún por *el Terrible*, cayeron bien pronto en la ruina por este régimen; y en su lugar se levantaron los linajes de los *dvorianiés*, llevando consigo hasta los más altos puestos de la jerarquía administrativa su catecismo político, el único artículo del cual consistía en el ciego cumplimiento de la voluntad ilimitada del soberano. Las tentativas hechas varias veces por los *boyardos*, durante el siglo XVII, para refrenar esa voluntad imponiéndole una constitución forzosa más ó menos oligárquica, fracasaron miserablemente; hasta que á la postre la casta perdió todo espíritu político y el Estado le dió el último golpe anulando su principal apoyo, el *Miestnitchestvo* sin que aquélla protestase de ningún modo. Privada de una garantía tan cara para ella, por más que tuviese un valor ilusorio; entregada en lo sucesivo á merced del poder central en todo lo concerniente al servicio, por leyes sucesivas fué completada primero y aumentada después con miembros tomados de todas las demás clases de la población, incluso la de los siervos. Más adelante quedó definitivamente aislada de esas clases por el hecho de prohibírsele eximir del servicio público á ninguno de sus miembros.

Al mismo tiempo, se fué modificando su situación económica. El Estado, seguro en lo sucesivo del servicio de la totalidad de los propietarios absolutos ó usufructuarios, ejercitó menos directamente sus derechos efectivos sobre las tierras. Autorizó á aquéllos á enajenar éstas ó á constituirlas en legado, pero bajo su inspección. Naturalmente los *dvoranié* no tardaron en eximirse por completo de esa inspección.

La absorción de los intereses gubernamentales por la aristocracia obróse así casi exclusivamente por sorpresas legales,

pues el Estado nunca dió ningún paso en la vía de las concesiones formales.

El disfrute de las tierras y las rentas producto del trabajo de los labriegos adheridos á ellas, otorgados unos y otras en remuneración del servicio militar obligatorio; tales eran las condiciones de existencia concedidas á la clase alta. Por tanto, es casi imposible decir que hubiese una casta; la única denominación exacta es la de clase de los funcionarios públicos. Y conviene tanto más, cuanto que, á despecho de la igualdad de funciones entre el servicio y el régimen agrícola, la colectividad supradicha no tenía la unidad ni la organización de una casta, ni por consiguiente su espíritu; y sus miembros estaban privados de todos los derechos individuales. El servicio era lo único que les distinguía del resto de la población; y aun así, muy pocas prerrogativas les aseguraba, sin garantizarles de ningún modo contra los rigores gubernativos. En Moscú, el primero de los *boyardos* podía ser y era condenado á la pena del *knut* (palos), ni más ni menos que el último de los siervos. En estas condiciones, era difícil que se manifestase la idea del honor corporativo.

II

Durante los siglos XVIII y XIX modificóse la situación. Este período vió elevarse la aristocracia rusa á la fortuna de clase privilegiada y sostenerse en ella. Es curioso el modo que tuvo de conseguir ese triunfo. El mismo Estado fué quien lo hizo, transformando las bases más hondas del gobierno y trabajando en pro de la reorganización de la casta. Desde este punto de vista, como desde todos los demás, el reinado de Pedro el

Grande es la época transitoria entre la antigua y la moderna sociedad rusa.

Al promulgar la *ley acerca de los grados* (jerarquía de los empleos), que no sólo reglamentaba el funcionamiento general del servicio y su obligación en principio, sino que también abría la casta para cualquiera que adquiriese un grado; Pedro el Grande consagró los últimos esfuerzos intentados por el Estado ruso para la reforma radical de la nobleza.

Llegando á ser noble el que tuviese cierto grado, fácilmente se advierte qué herida debía inferir esto al principio fundamental de la nobleza. El Estado dejó de distribuir sus tierras, porque sin necesidad ya de hacerlo tenía servidores de sobra. Después impuso á la casta la obligación de instruirse, exigiendo que á una edad determinada (la de quince años) todo noble probase haber adquirido ciertas nociones elemantales.

Las relaciones de la aristocracia con el poder central no se desarrollaron después de Pedro el Grande en la dirección que indicaban las medidas tomadas por este monarca. La nobleza, unida por los grados que le dieron las bases de la unidad, se aprovechó de ello simplemente para arrojar de sus hombros el peso de sus cargas, á la vez que ensanchaba la esfera de sus ventajas y privilegios. Esta solidaridad de la casta se manifestó claramente en la participación tomada por la *guardia* noble en las revoluciones palaciegas que llenan la historia política de Rusia en el siglo XVIII. De las siete personas que se sucedieron en el trono desde 1724 á 1762 (incluyendo á Catalina II), cuatro fueron elevadas al poder por la *guardia* y dos fueron destronadas también por la misma.

Arrastrado de esta suerte el Estado por una vía enteramente nueva, tuvo que atravesar por un trabajoso período de desorganización, que sólo aprovechó al grupo social de vínculos más fuertes, y por consiguiente con mayor aptitud para ejercer presión sobre el régimen gubernamental: este grupo fué la nobleza. Poniendo en el trono una tzarina tras otra, la *guardia,* fuerza armada de la aristocracia, ayudaba á ésta á

perseguir su objeto á través del caos de las intrigas de la corte. No es extraño que la política gubernamental llegase entonces á servir en gran manera á los intereses de la casta, y que ésta se aprovechase desde luego de las circunstancias para fortalecer su situación social y económica.

El movimiento llegó á su apogeo reinando Catalina II, cuando débil el Estado permitió que la nobleza rusa se erigiese en una casta aristocrática semejante á las de la Europa Occidental. Instituyéronse para los nobles jurisdicciones especiales, emanadas del voto de los justiciables. Dióseles gran participación en el gobierno provincial, pues los funcionarios administrativos y de policía en los distritos se nombraban á propuesta de la asamblea de los propietarios terratenientes. Añadamos que, en el ejército y en la mayoría de los servicios civiles, los nobles disfrutaban de numerosas prerrogativas; y que los campesinos, siervos de ellos, perdieron todo derecho á querellarse en justicia contra sus señores.

Sin embargo, el resultado obtenido fué el que menos se esperaba. Todos los privilegios y derechos otorgados verbalmente ó prometidos por la tzarina no les daban nada en realidad, según dice A. M. Turgueneff, contemporáneo de Catalina II.

Las ventajas conquistadas eran sólo ilusorias: no eran derechos, sino favores ó privilegios que el poder central recogía ó anulaba cada vez que le parecía bien hacerlo. Uno de los nobles de más viso en el reinado de Alejandro I, el conde Stroganoff, escribe así: «Toda medida que tendiese á mermar los derechos de la casta se aplicaba con un método perfecto, y hasta por un noble aun en perjuicio de los suyos.» ¿Qué derechos podían existir para una casta desprovista hasta ese punto de la conciencia de su necesidad?

Entre tanto, la adopción por la nobleza rusa del siglo XVIII de las formas exteriores de la civilización occidental hizo ir en grande aumento sus necesidades materiales; y por la facilidad ofrecida entonces para satisfacerlas, elevó los gastos de

los nobles á una cifra mucho más alta de lo que permitía el aumento de valor de las propiedades territoriales. Esta desproporción entre los gastos y los ingresos no tardó en producir notables resultados.

A mitad del siglo precedente eran ya de tal cuantía las deudas de los propietarios de fundos, que el Estado tuvo que intervenir; y con el propósito de ayudar á la nobleza á pagarlas, ó á lo menos para retrasar la inminencia de una crisis, bajó el interés legal. Después fundó Isabel un Banco del Estado, con el fin de proporcionar en primer término á los nobles los medios de evitar la ruina. En vez del interés usual entonces en Rusia, de 10 á 15 por 100, el Banco prestaba al 6 por 100 anual. Los nobles hicieron uso de este nuevo crédito como de los anteriores empréstitos privados y de las rentas de sus haciendas, es decir, no para mejorar la explotación de éstas, sino para perfeccionar al estilo del Occidente europeo las condiciones de la vida diaria en la residencia señorial. Era evidente que la meta alcanzada así era diametralmente opuesta á la que se había esperado tocar: los propietarios iban llenándose de deudas cada día más.

El Banco del Estado quebró á fuerza de hacer préstamos hipotecarios á la nobleza; y Catalina II consagró á ese mismo fin los capitales de asociaciones benéficas, los *Prikaz* y el *Consejo de los Tutores*. En la época de la abolición de los siervos del terruño, el 65 por 100 de las propiedades de los nobles estaban hipotecadas.

Arruinada la alta nobleza, recurrió al servicio del Estado. Los más miserables de los *dvoranié* eran los únicos que permanecían en sus pequeñas haciendas lejanas. La generalidad de la casta, aun después de abolirse el servicio obligatorio, siguió invadiendo las grandes ciudades, y sobre todo las dos capitales, acechando en el servicio y aún más en la proximidad á la corte la menor posibilidad de aumentar sus ingresos.

De cuáles podían ser esas probabilidades nos da el ejemplo

Cirilo Razumovsky, quien recibió como donativo imperial 100.000 siervos ¡en treinta y cuatro años de reinado!

Catalina II distribuyó 800.000 siervos. El tzar Pablo repartió 530.000 almas durante los cinco años que ocupó el trono. Servicios retribuidos á ese precio daban á los felices los medios para sostener un lujo desenfrenado é inmensas riquezas, las cuales rara vez pasaban íntegras á la generación siguiente, á causa de la falta de mayorazgos en Rusia. Al mismo tiempo, las provincias se veían privadas de todas las fuerzas vivas de la aristocracia. La jurisdicción ejercida por ésta sobre sí misma, ya no tenía un carácter serio; y la elección de los funcionarios de distrito para la asamblea de los propietarios territoriales convertíase en una añagaza para colocar en un puesto cualquiera á los miembros más pobres y más ignorantes de la pequeña nobleza. Fácil es imaginar cuán deplorables consecuencias produciría semejante estado de cosas para la administración del país.

III

A pesar de todo, la nobleza disponía de fuerzas morales é intelectuales que aún hubieran bastado para hacerla conquistar la independencia. Pero mientras en el seno mismo de la casta la subdivisión de las herencias iba haciendo pasar continuamente de mano en mano los bienes é impedía así que se constituyese un verdadero cuerpo de propietarios territoriales, á la vez forzaban la entrada en la casta elementos extraños á ella. Este alistamiento en masa, no sólo se producía por medio de los grados, dispuesto expresa y exclusivamente por Pedro el Grande. El siglo XVIII era de aventuras y de aventu-

reros; introdujo en la aristocracia rusa muchos hombres sin más méritos que haber tomado una participación decisiva en las revueltas de palacio y en las intrigas cortesanas. Baste citar aquí dos ó tres hechos, tomados á la casualidad. Isabel Petrovna *ennobleció á un regimiento entero* por haberla ayudado á destronar al soberano predecesor de ella. En el mismo reinado, vióse á un simple cosaco, Razumovsky, llegar á ser conde del imperio y ocupar un puesto de mucho viso entre la aristocracia, á causa de su opulencia. Su hermano tuvo la misma buena fortuna; el único mérito político de éste (y no le chocaba poco á Federico II de Prusia) era el de que tenía el grado de capitán general... *¡civil!* Conocido es el extraordinario destino de los favoritos de Catalina II. El tzar Pablo I hizo conde á su barbero Kutaisov.

Los personajes que de esta manera penetraban en la casta no podían contribuir á la elevación de su nivel moral é intelectual; y, por otra parte, tampoco tenía ella la fuerza necesaria para asimilarse y transformar esos elementos heterogéneos. En la aristocracia rusa había talentos de gran valor, pero más bien estaban comprimidos por el molde estrecho de la actividad corporativa. Además, el gobierno ruso tuvo el oportuno acuerdo de dar á su aristocracia la misma forma de las occidentales, en el preciso momento en que éstas caían en la decadencia en sus mismos países respectivos. No olvidemos que la aplicación de las ideas aristocráticas del Occidente en Rusia coincidió con la época en que la filosofía francesa comenzaba su encarnizada lucha contra las antiguas castas, en nombre de los derechos del pensamiento. La palabra de los enciclopedistas, adoptada en el solar ruso mucho antes de que llegasen allí los ecos de las teorías contradictorias, ejerció grandísima influencia en ciertas personas. Todo lo que era joven, sano y activo en las esferas intelectuales de la aristocracia rusa quedó hondamente removido; mientras que la adhesión á las tradiciones de la nobleza y al culto de sus ideas perduró entre los nobles ignorantes, y aun acaso entre algunas perso-

nas instruídas, pero muy amarradas á las mezquinas preocupaciones de la clase. Así fué como la clase culta *(intelligenzia)* se formó *fuera* de la casta de los nobles, aunque de elementos tomados de la aristocracia; la cual, como clase de la sociedad, mostróse incapaz de participar de las nuevas aspiraciones.

La sociedad de los *decembristas*, como se les llamó más adelante, desarrollóse en el primer cuarto del siglo XIX: comprendía la flor de la juventud aristocrática de entonces y soñaba con una transformación política en la cual desapareciesen, no sólo la autocracia, sino también la servidumbre del terruño. El trágico desenlace de su tentativa de provocar una insurrección militar en el momento mismo de subir al trono Nicolás I, el rigor de las penas impuestas á los conspiradores, preservaron desde entonces á las capas superiores de la nobleza rusa contra todo ímpetu peligroso. Sin embargo, no ha cambiado ni un ápice la orientación del pensamiento social ruso: uno tras otro, los jefes intelectuales de la sociedad de Rusia siguieron el mismo camino, desbrozándolo y ensanchándolo siempre. Si los nombres de los Bielinsky, Granovsky, Hertzen, Aksakov, Kaveline y Turguenef, de los cuales se ennorgullece la literatura rusa, pertenecían por su origen á las estirpes nobles, contábanse en realidad entre los más encarnizados enemigos de sus privilegios. Además, las obras literarias destinadas á defender á la nobleza eran tan pocas y malas, que la casta atacada veíase á cada momento reducida á implorar la protección de la censura y del gobierno. Los múltiples esfuerzos de la censura lograban á veces un armisticio; pero por medio de una opresión de la palabra y del pensamiento, que constreñía temporalmente á la literatura á guardar un silencio casi absoluto.

Tal estado de cosas prueba superabundantemente que los privilegios de la nobleza no se apoyaban en la conciencia pública y sólo existían por la protección del poder central. Por tanto, pudiendo ser abolidos por él con facilidad, era imposible por completo en esas circunstancias el sentimiento de su

independencia ante el poder público. El noble no era para el Estado un rival de más ó menos fortuna; sólo era un siervo favorito, un hombre de la servidumbre mimado por la clemencia del señor, ó una persona de confianza encargada de administrar sus bienes. ¿No llamaban Catalina II y Pablo I á los nobles «sus comisarios de policía», manifestando así su situación con respecto á la servidumbre? Sin duda, para hacer más visible esa situación, Nicolás I impuso á todos ellos... el uniforme del ministerio de la Gobernación.

Pero llegó un momento en que el gobierno hubo de convencerse de que ni siquiera tenían las aptitudes necesarias para las funciones de polizontes. Entonces cayó la servidumbre, base principal de la fortuna y de la fuerza de la nobleza, sin que ésta protestase de un modo serio. Y no porque aprobara la medida, ni mucho menos porque cooperase á ella. El mérito de la emancipación de los campesinos rusos (si es que en eso hay mérito) corresponde á la sociedad culta, á la administración pública, á la voluntad imperial, á todo el mundo, menos á la aristocracia. La mayoría de la nobleza esforzóse al principio en limitar la obra de la emancipación, y después en deformarla. Agitóse ante el gobierno el espectro rojo de los levantamientos populares, cuando no de las revoluciones sociales. Al ver que ese espantajo no producía ninguna impresión, y que el gobierno estaba firmemente resuelto á concluir de una vez con la cuestión de los siervos, los nobles de ciertas provincias pretendieron que la solución del problema se abandonase por completo á su casta: el Estado no tenía que intervenir para nada en las relaciones entre siervo y señor. Algunos llegaron hasta á pedir una Constitución que reservase á su casta sola el ejercicio de los derechos políticos y les garantizase compensaciones por las pérdidas que les ocasionaba la abolición de la servidumbre. La opinión pública, representada por los órganos más difundidos de la prensa de entonces, alzó su voz en contra de esas pretensiones. Además, el gobierno guardóse mucho de ceder, á lo menos en ese punto.

La nobleza no se dió por vencida. Cambió de táctica sencillamente, adoptando, para la realización de sus propósitos, no la vía más directa, sino la más conforme á su carácter y la mejor adecuada á la situación económica con que luchaba. Ni siquiera intentó derogar la reforma, sino que se ingenió en restringir los bienes de los labriegos y elevar la cuantía del rescate exigido para su emancipación. Muerto Jacobo Rostovzev, adalid de la emancipación de los siervos en las altas esferas, salido Lanski del ministerio de la Gobernación y reemplazado por Valnieff, las tendencias retrógradas de la nobleza encontraron ardientes partidarios en el seno de la administración.

Sea como fuere, la gran reforma se realizó en sus líneas principales y trajo consigo la ruina económica de la casta privilegiada.

En seguida de emanciparse tuvieron á su vez los campesinos una administración emanada de sus sufragios. Medidas ulteriores destruyeron una por una las demás prerrogativas de la aristocracia. La introducción del nuevo régimen judicial quitó al noble el derecho de no ser juzgado sino por sus pares. La abolición de los castigos corporales extendió á todas las clases el querido privilegio reservado hasta entonces sólo á la nobleza. La reorganización de la policía quitó ésta de manos de la casta noble, para colocarla en manos del poder central. Por último, para reglamentar los asuntos rurales, la reforma agraria instituyó una administración emanada del sufragio de todas las clases de la población.

Estas grandes reformas, durante el mejor período del reinado de Alejandro II realizadas, inauguraron una era nueva, lo mismo en la vida del Estado que en la de la nobleza. Esta última no conservó ya, como rasgo distintivo suyo, más que su organización interior de casta.

IV

¿Qué le quedaba á la nobleza rusa, si quería continuar ó más bien renovar su existencia, sino ponerse á la cabeza de la vida intelectual en Rusia?

El renunciar á los privilegios de la casta hubiera encontrado amplia compensación en la influencia fecunda ejercida sobre la masa general. Así es cómo los mejores escritores comprendían la cuestión, estimando que el papel de la nobleza había concluido al emancipar á los siervos en 19 de Febrero de 1861. ¿No es digno de atención que en este punto hayan sido del mismo parecer dos hombres de matices políticos tan diferentes como M.-E. Saltykov é I.-L Aksakov?

Pero esto ¡ah! era superior á sus fuerzas. Como niños abandonados en la calle, acostumbrados los nobles en todo tiempo á la protección gubernamental, prorrumpieron en gritos y derramaron ardientes lágrimas.

Desbordóse desde luego su amargura contra el Estado, quien por el hecho de emancipar á los siervos atacaba á su «sagrado derecho de propiedad» sobre éstos; y se manifestó bajo la forma de exigencias de reformas constitucionales en beneficio exclusivo de la nobleza.

Pero los iniciadores del movimiento no tardaron en advertir todo el peligro de sus tentativas, primero para el principio autocrático y después para su propio porvenir, por lo cual cambiaron de frente sin desconcertarse; de constitucionales que eran la víspera, trocáronse en gubernamentales empedernidos.

Por aquel entonces, el imperio se hallaba en una situación

apurada. De un período reformista pasó á una era reaccionaria; y esa reacción fué tan intensa, que produjo protestas entre una notable parte de la sociedad rusa. Aprovechándose del caos reinante hasta en las más altas esferas administrativas, el grupo de los grandes propietarios se apiñó en torno de la corte y esforzóse en persuadir al gobierno de que la autocracia debía contar con la nobleza, y que ésta sólo podía ser salvada en Rusia por aquélla, á condición de asegurar sus intereses materiales y de transformarla en ineludible intermediario entre el poder central y las clases no nobles. Este programa tuvo buen éxito, en parte, reinando Alejandro II, y sobre todo bajo el cetro de Alejandro III. Recientemente se han dictado varias medidas que tienden á fortalecer á la aristocracia, á darle alguna cohesión y á hacer que participe dentro de ciertos límites del ejercicio del poder. Según los propósitos del gobierno, la casta linajuda debe formar un cuerpo importante, interesado en que se conserve la situación actual y lleno de odio á las novedades; además, debe mantenerse bajo la inmediata dependencia del Estado. Los medios á que se recurrió no tienen nada de nuevos, sino que constituyen una especie de prolongación directa de los arbitrios imaginados durante el período anterior.

En 1885 se creó el *Banco de la Nobleza*, á instancias de las asambleas de nobleza de diversas provincias; hacía préstamos hipotecarios sobre los dominios pertenecientes á los nobles, al 5 por 100 de interés. A los cuatro años de fundarse, el Tesoro público tuvo que contratar un empréstito de 80 millones de rublos para rebajar un medio por 100 de ese interés; á la sazón los campesinos tenían que satisfacer el 7 y medio y el 8 y medio por 100 al *Banco Imperial Agrícola*. Pero no se limitaban á eso los privilegios otorgados á la propiedad territorial de los nobles. El Banco de la Nobleza concedía con tanta facilidad moratorias y toda clase de favores á la aristocracia, que esta última se habituó á considerar como suya la caja de aquél.

En 1889 fueron abolidos los jueces de paz y reemplazados por lo que se llama «jefes rurales», nombrados por el gobernador entre la nobleza local ó elegidos por el ministro de la Gobernación entre los nobles del imperio. Al mismo tiempo, atribuyóse á esos «jefes rurales» la vigilancia de la administración de los campesinos, con el derecho de intervenirla. Las circulares ministeriales ó de los gobernadores, que dicen formalmente que esos jueces y administradores están encargados de velar por los intereses y prestigios de la nobleza, están en contradicción con los de los campesinos. He aquí un hecho que prueba hasta dónde llegaba el deseo de humillar á los aldeanos ante los poderes nuevos. Hace cuatro años, Anastasieff, gobernador de Tehernigov, dirigió á los jefes rurales del territorio de su mando una circular prohibiéndoles dar el tratamiento de «*usted*» á los labriegos.

A los nuevos funcionarios no se les exige ningún conocimiento del Derecho, haciendo las veces de todo para ellos el título de nobleza, lo cual es lógico: desde el instante en que su fin era el de defender, cueste lo que cueste, los intereses de la aristocracia, los conocimientos jurídicos podían ser á veces un obstáculo para esa defensa.

El resultado de las nuevas instituciones en los campos de Rusia es: un cúmulo de feroces abusos parecidísimos á los del tiempo de la servidumbre que se comenzaba á olvidar; la frecuencia de los castigos corporales; la extremada vigilancia que pesa sobre la vida cotidiana del campesino; un rebajamiento cada vez mayor de las más elementales nociones del derecho y de la ley. Además, han hecho nacer una especie de sensible desconfianza de la población rural respecto al poder público.

La tercera de las medidas graves inspiradas por las mismas preocupaciones dictóse en 1890, transformando la institución del *Zemstvo* (diputación provincial) con la mira de dar en él preponderancia á la clase alta. Esta contaba ya con la mayoría numérica; pero la nueva ley redujo á nada, digámoslo

así, la parte representativa de los labradores, y excluyó á la clase de los comerciantes é industriales; tanto, que el *Zemstvo* se redujo á ser una simple asamblea de los propietarios nobles de la provincia, en vez de ser una especie de diputación provincial (consejo general del departamento), como en Francia.

Las disposiciones que acabamos de indicar bastan para caracterizar la orientación política interior de Rusia. En suma, se procura volver al régimen patriarcal y se imagina hacerlo poniendo la administración y la justicia juntas, en manos de personalidades ignorantes y extrañas al desarrollo normal del país. Quédanos por examinar en qué consisten las fuerzas á las cuales se ha recurrido de ese modo, y cuál ha sido la repercusión de la nueva política en esa capa social así favorecida.

V

La nobleza rusa es numerosísima. En 1870 contaba 831.182 miembros, entre ellos 544.188 hereditarios. El número de los propietarios territoriales nobles es mucho menos elevado. En 1877-1878, único año que puede ofrecernos datos seguros, había 114.716 propietarios nobles en posesión de 73 millones de *desiatinas* de tierra, es decir el 19 por 100 del conjunto de la propiedad del suelo. Los campesinos eran dueños del 35 por 100.

Es muy característica la distribución de las tierras entre los miembros de la nobleza. Los pequeños *pomiechtchiks* (pequeña nobleza), que en ese momento formaban el 60 por 100 de toda la aristocracia, sólo poseían la décimacuarta parte de las tierras de la clase. Los *pomiechtchiks* medianos eran el 17 por

100 y poseían un quinto. Por último, los grandes propietarios, que representaban el 23 por 100, poseían los tres cuartos del suelo propio de su casta. Por consiguiente, la nobleza media forma un elemento insignificante en el cuerpo de los nobles. La pequeña nobleza, más numerosa sin duda, pero que sólo posee la septuagésima parte de las tierras cultivadas en el imperio, tampoco puede representar un papel importante. Sólo queda la gran propiedad, situada sobre todo en el Mediodía y Sureste del mperio, siendo en general de origen reciente.

Pero la gran propiedad noble no permanece mucho tiempo en estado estacionario, pues no cesa de dividirse por derecho de herencia. Y lo más grave es que la propiedad de los nobles disminuye en sus cifras absolutas. Cuando la emancipación de los siervos, los rescates pagados por éstos permitieron á la nobleza solventar muchas de sus deudas y reformar la agricultura. Pero no sabiendo hacer fructificar á la tierra, ni equilibrar los gastos con los ingresos, trataron los nobles de reconstituir sobre nuevas bases el antiguo sistema de explotación del trabajo de los campesinos. Sin embargo, preciso es hacerles justicia diciendo que muy pocos de ellos supieron llevar la rapiña á la perfección que logró en manos de una nueva especie de ladrones : los comerciantes. Lanzáronse éstos con tal ahinco á especular con las propiedades, que el campesino quedó arruinado en seguida y la tierra como esterilizada. La mayoría de los nobles no habían adquirido aún bastante sentido práctico, ni perdido bastante sentido moral para emprender esas operaciones.

En cambio, repetidas veces se esforzó en atraerse la intervención del Estado para que le sacara de sus apuros agrícolas. La nobleza estaba dispuesta á la más completa subordinación á él, con tal que la apoyase en el gran negocio de proporcionarse la mano de obra á un precio correspondiente á su triste situación económica, es decir, por casi nada. Las asambleas de la casta ocultaban obstinadamente todas las ne-

cesidades locales, todas las irritantes iniquidades de la administración, aunque algún noble fuese víctima de ellas, todas las transgresiones de las leyes ó los obstáculos puestos á su ejercicio. Pero pedían muy alto y sin descanso al poder central que se ocupase de la crisis que su propiedad atravesaba.

Esas peticiones hallaron á menudo un eco benévolo en las altas esferas. Así, hace dos años, el gobernador de Kharkoff dispuso que los campesinos morosos en el pago de los impuestos fuesen obligados á trabajar en las propiedades privadas. El año pasado, uno de los principales miembros del *Zemstvo* del gobierno de Tula propuso oficiosamente á los *pomiechtchiks* saldar sus cuentas con los trabajadores por medio de la administración rural; y, en cuanto á él, comprometíase á hacer que los campesinos trabajasen á destajo.

Por fortuna, semejante retroceso á un pasado que concluyó para siempre, sólo es posible en casos excepcionales. El régimen antiguo no corresponde ya á nuestros tiempos; y los hombres que no supieron resignarse de buena voluntad á abandonarlo, viéronse obligados á ceder sus bienes de mala gana. Desde 1861 han disminuido con pasmosa rapidez las dimensiones de la propiedad noble. Por ejemplo: en el gobierno de Moscú, desde 1865 á 1885, la nobleza ha perdido el 35 por 100 de sus tierras. Por término medio, el 3 por 100 de esa propiedad pasa anualmente á manos de las otras clases. En ciertos gobiernos, el promedio de la pérdida es de 5 por 100. En el distrito de Tsaritsín llega al 13 por 100.

La fundación del *Banco de la Nobleza* sólo ha compensado precariamente esa deplorable situación. Antes de funcionar aquel, las deudas de la propiedad noble alcanzaban unas proporciones intranquilizadoras; pero llegaron á ser espantosas cuando, al dar á la casta una nueva facilidad para abrirle crédito, el Estado no consiguió sino agravar el déficit de ella. Al cabo de ocho años de existencia (1885-1893), dicho establecimiento había abierto 14.395 créditos por valor de 402.517.900 rublos. En 1894 tenía adjudicadas 13.192 propiedades en hipoteca,

por un resto de deudas por valor de 338.017.908 rublos. Una novena parte de la propiedad noble está empeñada allí, y casi otras dos novenas lo están en bancos privados.

De todas estas cifras resulta que la propiedad territorial, en la que se piensa fundar la renovación de la importancia de la nobleza rusa, es una base muy frágil. El hecho de que las deudas contraídas por la casta con el Tesoro imperial van aumentando sin cesar, añade á esta debilidad un carácter cuya amenazadora importancia evidentemente no han comprendido aún los interesados. Al aplazar siempre los pagos y pedir de continuo nuevos créditos para emplearlos, no en mejorar sus tierras, sino en los gastos ordinarios de la vida, la aristocracia se aprieta cada vez más el dogal al cuello. Que, cuando menos se piense; el Estado se niegue á nuevas moratorias y á nuevos préstamos, y entonces, sin medidas especiales y sin esfuerzo ninguno, el Estado mismo entrará en posesión de una gran parte de los bienes de la nobleza. Entre tanto, el dinero desaparece en esa sima sin fondo. Para obtenerlo, el Estado ha tenido que sacrificar la propiedad de los labriegos; pero como la sima no se llena ni puede llenarse, la propiedad de los nobles agoniza á su vez.

Sólo resiste un poco aún en las provincias Bálticas y en los gobiernos del Oeste (polacos). Y es porque allí la aristocracia no tiene origen ruso, sino que pertenece á otra sociedad y son muy diferentes sus tradiciones históricas.

Así, pues, el apoyo que el Estado presta á la nobleza no ha conseguido levantar el prestigio de ella. Todo tiene sus límites, hasta el poderío de un gobierno autocrático, el cual ha fracasado por completo en sus esfuerzos para galvanizar á un organismo putrefacto ya. Las ideas aristocráticas pasaron en la sociedad rusa, y ésta busca su salvación por otra parte.

Los mejores de entre los nobles lo comprenden tan bien, que están apartados del movimiento en que se han comprometido los tercos, los ignorantes ó los aventureros de la clase noble. Cierto es que estos últimos forman una inmensa mayo-

ría, pero su programa no puede formularse en todas partes. Las teorías corrientes en las asambleas de la nobleza, rara vez se manifiestan en los *Zemstvo,* donde la aristocracia toma asiento con los mismos títulos que las demás clases, aunque tiene segura la mayoría de votos. Los oradores que en las asambleas de la nobleza defienden los intereses de la casta invocan en los *Zemstvo* el principio de la solidaridad de todas las clases. La idea de casta concluye siempre por desvanecerse á la luz del sol y al aire libre.

En vano quisiera hacerse de la nobleza rusa lo que antaño era la aristocracia de la Europa Occidental.

La Rusia contemporánea ha roto para siempre las cadenas feudales. Los hierros que querrían ponerle de nuevo, están oxidados por el tiempo y han concluido por siempre jamás.

NIEMIRNY.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el
LICENCIADO PERO PEREZ.

CRONICA LITERARIA

Pachín González, por D. José María de Pereda.—*Sobre la juventud intelectual española.*

En *Pachín González*, del Sr. Pereda, es más de alabar el intento que la obra. El autor de *Sotileza* se ha propuesto, sin duda, presentar en su último libro un acontecimiento real, digno de memoria (la voladura del vapor *Cabo Machichaco* en Santander), poetizando en algún modo la pintura de aquel suceso, por medio de una intriga novelesca.

A esto aludo al hablar del intento. Sin ser cosa ignorada ni siquiera nueva, se usa poco (y á mi parecer es lástima) el tomar hechos reales, *históricos*, en vez de ficciones imaginativas, como objeto de la literatura no didáctica, de entretenimiento, ó de pura delectación estética, si se miran las cosas desde más alto.

No es que deba apetecerse ni procurarse la desaparición de las invenciones de la fantasía del campo literario, para reducir la literatura á una especie de historia poética. Pero sin poner trabas ni limitaciones, ni veto alguno á la imaginación de los escritores, fuerza es reconocer que la realidad por sí misma, no como elemento de composición tan sólo, sino como asunto principal, ofrece á las letras inagotable materia, por lo común desperdiciada. Las cosas realmente sucedidas son tan interesantes por lo menos como las que inventan é imaginan

los poetas y novelistas, y es sensible que hasta cuando aquéllas son memorables y están fuera del curso y del nivel de los sucesos menudos y ordinarios, sólo tengamos noticia de ellas por las narraciones de la prensa, que obligada á andar muy deprisa, no se detiene en tejer primores literarios.

En general la literatura moderna es realista. Huye de los anacronismos históricos, de las inverosimilitudes y de las impropiedades que en otros tiempos parecían insignificantes. En sentido más amplio, realistas han sido siempre la literatura y las demás artes, puesto que no tiene la fantasía otra fuente ni otro reportorio de formas para sus creaciones que la realidad. Modernamente el mayor afinamiento de la cultura y del gusto, la difusión y progreso de los conocimientos históricos y la gran importancia que han alcanzado las ciencias experimentales y de observación, han hecho crecer la parte que siempre tuvo la realidad en las obras artísticas. Se exige mayor perfección en los pormenores. No puede hoy un pintor, sin ponerse en ridículo, prescindir de la propiedad en trajes, accesorios, caracteres étnicos y hasta fisonómicos de los personajes que presenta en sus cuadros. Maravillosa como obra de arte podría ser una pintura, aunque faltasen estos pormenores de la realidad, pero con ellos será más perfecta, y lo que disculpamos con razón en las obras de los maestros antiguos, lo censuraríamos con justicia en quien imitase sus descuidos en este punto, porque el estado de los conocimientos auxiliares del arte pictórico y el criterio estético reinante no permiten ya aquellas libertades. Por otra parte, se ha rectificado la idea de que las creaciones de la fantasía son necesariamente superiores al mundo objetivo mediato, á la realidad exterior, tenida por posaica y baja en algunos periodos de la historia. Se comprende ya, ó comprenden los espíritus más elevados y mejor dispuestos para la delectación estética, que el espectáculo del mundo es infinitamente interesante y bastaría para hacer hermosa y amable la vida; que hay en él, para quien tenga ojos con que verle y

elocuencia para comunicar sus impresiones, la más pura é inagotable fuente de contemplación artística.

Con todo, no se equivoca Max Nordau al llamar literatura de ficción á la literatura no didáctica. El asunto de las obras literarias de esta clase (que son las más propiamente literarias), es casi siempre una ficción elaborada con elementos reales; sucesos verosímiles, pero que no han ocurrido en el mundo; personajes semejantes á los de la vida real, aunque nacieron y vivieron sólo en la imaginación del escritor: en suma, la realidad *posible*, no la realidad efectuada.

Que la primera es objeto legítimo del arte no hay para qué discutirlo; lo prueba toda la tradición literaria y artística. Que la segunda puede serlo, no meramente en calidad de modelo ó de repertorio de materiales para la construcción imaginativa, sino también como asunto directo, formado ya, que no requiere más que descubrir y expresar su aspecto estético, su belleza, es cosa que ha de comprenderse más y mejor cada día, á juzgar por las manifestaciones del actual movimiento literario.

*
* *

Esto es lo que veo de importante en el intento del Sr. Pereda al escribir *Pachín González*. No es este libro, en realidad, novela ni historia, y sin embargo, es ambas cosas. Con los géneros literarios pasa hoy lo que con las especies naturales, ó más claramente aún, con los llamados reinos de la Naturaleza. No parecen ya divisiones ó agrupaciones separadas por límites infranqueables, sino que los géneros afines se aproximan por gradaciones sucesivas hasta llegar un punto en que se confunden, cual los animales rudimentarios llegan á no distinguirse apenas de los vegetales inferiores. En los orígenes de la

evolución literaria andan confundidos los géneros, va verificándose luego la diferenciación sucesiva, y llegados á su pleno desarrollo, esa misma diferenciación que los distinguió y separó, los aproxima y relaciona continuando su obra dentro de cada uno, multiplicando sub-géneros y variedades, que se enlazan con las del género vecino como se confunden las copas de árboles cercanos, fáciles de distinguir en el tronco. Así en la epopeya andan mezclados lo histórico y lo novelesco, desenvuélvense luego y se especializan la historia y la novela, adquiriendo caracteres propios, y el progreso de ambos géneros vuelve á aproximarlos, haciendo que la novela (hasta la de costumbres contemporáneas) sea cada vez más *histórica*, más conforme á la realidad, y la historia cada vez más poética, por cuanto el historiador necesita hacer revivir con la fantasía lo pasado, ser poeta, *vate*... en sentido retrospectivo, adivino de las cosas muertas, tan difíciles de adivinar á veces como las no nacidas.

De estas dos cosas tan cercanas, y sin embargo diferentes, la poesía real, *histórica,* en cierta medida y en ciertos asuntos, y la historia, poética, artística, el Sr. Pereda se propuso sin duda por objeto, en *Pachín González,* la primera.

No pretende *historiar* en este libro la catástrofe santanderina, sino que toma aquel trágico episodio como materia de arte para sacar de él y fijar en forma literaria la impresión dramática que se desborda del terrible suceso, de que debió de ser testigo presencial, ó tener noticia por alguno de éstos, el Sr. Pereda.

El plan de *Pachín González* es muy sencillo. Un mozo aldeano que va á buscar fortuna á América, llega á Santander, donde ha de embarcarse. Su madre le acompaña para prolongar todo lo posible la despedida. La curiosidad los lleva al muelle á contemplar el espectáculo del vapor ardiendo. Como á la muchedumbre que les rodea y de que forman parte, sorpréndeles de improviso la explosión. Cuando Pachín González vuelve en sí del desmayo que le producen las heridas que

recibe, no halla á su madre. Buscándola recorre los lugares donde se encuentran las víctimas: las cercanías del muelle sembradas de heridos y cadáveres, el hospital, la casa de socorro; ve los incendios originados por la explosión, contempla todos los horrores que la catástrofe ha causado. Por fin, la madre, salvada también milagrosamente, se reune con su hijo, y Pachín, creyendo ver en el acontecimiento de que ha sido testigo un aviso de la Providencia, desiste de su viaje y de sus sueños de enriquecimiento y vuelve á su aldea á labrar el terruño que labraron sus abuelos.

*
* *

Y aquí llego yo á la parte más trabajosa y desagradable de este artículo. No gusto de censurar á nadie, aunque escribiendo para el público hay que hacerlo, á veces, á menos de burlarse de él. Tratándose de un escritor tan notable y renombrado como el Sr. Pereda, me contraría más aún no poder aplaudirle en todo. No siento inclinación alguna á la megalofobia. Comprendo que hay hasta cierta inoportunidad aparente en poner reparos á una obra del autor de *Sotileza*, cuando todos tratan de festejarle con motivo de su ingreso en la Academia Española. Y no ya en este caso particular, sino en todos los semejantes, se corre el riesgo de que se achaque á presunción ó atrevimiento del crítico, ó á afan de notoriedad buscada por mal camino, lo que diga contra las producciones de los literatos célebres y aplaudidos. Mas sobre todo esto está la consideración de que la sinceridad es un deber; decir la verdad es una parte del *suum cuique*..., y la verdad es que el libro del Sr. Pereda, no está á la altura de un escritor de tanto mérito ni corresponde á lo que de él podía esperarse.

Al decir «la verdad» hablo, claro es, *subjetivamente;* la verdad puede ser otra; mas para cada uno, la verdad es lo que juzga verdadero. Con todo, mucho me equivocaré, si la mayor parte de los que lean *Pachín González* y conozcan las anteriores obras del Sr. Pereda, no advierten la inferioridad relativa de aquel libro.

Tiene, como obra, al cabo, de un gran escritor, páginas hermosas, y, en general, cualidades que no pueden menos de aplaudirse. Del lenguaje no hay que hablar tratándose del autor de *Peñas Arriba*. La acción novelesca, muy sencilla (y secundaria en esta obra) está desenvuelta con la facilidad propia de un novelista habituado á salir airoso de mayores empeños. Las primeras páginas tienen una melancolía muy *sugestiva*. El sentimiento cristiano que da el *tono moral* de la obra y forma la base de la psicología de los personajes, impresiona por la sinceridad con que está sentido y la artística sencillez con que aparece expresado. Pero la descripción de la catástrofe, que debía ser lo principal de la obra (la acción novelesca toma todo su interés de aquélla y no es más que un medio para la descripción), es precisamente lo más endeble de *Pachín González*.

La descripción aspira á dar la visión imaginativa de las cosas descritas. Tiene que *reconstruirlas*, en cierto modo; que pintarlas; no basta decirlas. Las generalidades despiertan nociones en el espíritu, y si llegan á herir la imaginación, no crean más que fantasmas vagos y borrosos. Para evocar imágenes parecidas á las del mundo real, se necesitan hechos concretos. El arte de la descripción tiene mucho de arte de detalles. Así lo han entendido los naturalistas franceses que mejor han descrito, como Flaubert y Zola, y por no comprender la razón psicológica de los detalles, se les ha censurado injustamente á veces. En el libro del Sr. Pereda, uno de los pasajes que producen impresión más honda es un episodio que ocupa pocas líneas: el de la señora que va lavando la cara á los muertos con una esponja para poder reconocer al que busca.

En general, no faltan pormenores descriptivos en *Pachín González*, pero tienen poco color ó se echan de menos donde más necesarios eran.

Además, no bastan los detalles. Se necesita el conjunto, el efecto total. Debe de haber (en lo posible) cierta correspondencia entre el ritmo y la manera de las cosas descritas, y el ritmo y la manera de la descripción. Lo trágico hay que describirlo con intensidad y energía, á *brochazos* rápidos y valientes, no con el reposado pincel de las escenas plácidas y deleitosas. Se necesita *pintarlo con vivos colores*, como dice la frase hecha; huir de la lentitud y la monotonía, de los matices neutros y apagados, de la tonalidad *gris*. Unas cuantas páginas, expresivas y vigorosas, hablan más á la fantasía y engendran en ella imágenes más vivas que todo un libro prolijo é incoloro. En la cuarta parte del espacio que ocupa la aventura de *Pachín González* se podría hacer una descripción más completa y más dramática de la catástrofe del *Cabo Machichaco*. Hasta en los detalles, más que el número importa la elección.

Leyendo el último libro del Sr. Pereda, se entera uno, sin duda, del aspecto de Santander en aquel día memorable, ó lo recuerda si tenía ya noticias anteriores; pero no llega á *verlo*, como se *ven* en *Peñas Arriba*, por ejemplo, tantas escenas y paisajes admirables.

He dicho antes que el Sr. Pereda debió de ser testigo presencial, ó de inmediata referencia, del suceso que describe en su libro. A juzgar por éste, parece más verosímil lo segundo.

*
* *

En la revista *Ciencia Social*, de Barcelona, ha publicado el Sr. Unamuno un estudio sobre la juventud intelectual española.

Es un estudio triste. Triste por lo verdadero. Hace años, el Sr. Giner, escribiendo sobre el mismo asunto, se expresaba con pesimismo y amargura semejantes á los del Sr. Unamuno. Desde entonces acá la situación ha variado poco, y de variar, acaso haya empeorado.

Lamenta el Sr. Unamuno el estancamiento de nuestra juventud, su apego á la rutina, su alejamiento de las ideas nuevas, su ideofobia (horror á las ideas) y su logorrea (flujo de palabras). En suma, que nuestra juventud no es joven; por lo cual, si hay todavía remedio para ella, necesita ser muy hondo, radical, una verdadera *metarritmisis:* cambio de ritmo, de manera de ser, «transmutación de íntima estructura».

Estoy conforme con mucho de lo que dice el Sr. Unamuno. Me parece, en general, exacta su pintura de la juventud española, aunque hay, naturalmente, excepciones. Pero á mi juicio, el Sr. Unamuno desdeña demasiado la tradición, que es á las colectividades lo que la herencia á los individuos; y á más de esto se muestra excesivamente radical. Como dice el Sr. González Serrano en un estudio reciente *(Los equilibrados y la línea media*, «Revista política ibero-americana»), la complejidad de la vida impone el oportunismo, y condena, por estéril, la fórmula «todo ó nada», propia sólo de los combates cruentos.

Si nuestra juventud intelectual no es como debía ser, es lo que tenía que ser, dadas las circunstancias históricas en que se ha desarrollado. Pocos ejemplos habrá, más claros que éste, de la influencia del medio. La generación joven de hoy se ha formado en el período de la restauración acá, y en sus defectos, como en la mayor parte de los males de índole colectiva que nos afligen, se ven y se palpan las consecuencias de nuestras luchas intestinas y de nuestras agitaciones de este siglo, más funestas casi que por la sangre derramada, por las huellas que han dejado en la vida nacional.

Frente á los dos radicalismos en lucha, el radicalismo reaccionario y el radicalismo revolucionario, la restauración

significó el triunfo del término medio, del espíritu de transacción, y fué también el triunfo de los indiferentes ó tibios en la contienda, temerosos de las exageraciones en uno ú otro sentido, y ansiosos de una solución que permitiera, al menos, vivir. Quien ganó la batalla fué el espíritu de conservación del país, que se interpuso entre los combatientes y falló el pleito, quitándoles á ambos la razón. Fué esta, sin duda, la solución mejor que podía darse á aquel estado de cosas, pues ninguno de los bandos extremos podía señorearse de la nación sin condenarla á revolución perpetua. Pero en las enfermedades graves suele unirse al daño que ellas producen el mal menor que ocasionan los remedios para evitar la pérdida total del enfermo, y esta solución, que era sin duda racional, prudente y hasta necesaria, tuvo también inconvenientes y trajo consigo algunos males, más tolerables, sin duda, que los por ella remediados.

Hay siempre cierta proporción y correspondencia entre las diversas manifestaciones y esferas de actividad en que se reparte la vida de un país. El espíritu de equilibrio, de transacción, de término medio á que se reduce en los últimos veinte años nuestra vida política, ha trascendido á todas las demás partes de la actividad nacional. Así como el país resolvió el conflicto entre el *vivere* y el *philosophari* en la única forma posible, prefiriendo vivir, lo han resuelto también y lo resuelven los individuos, acomodándose á las condiciones de la atmósfera social. El reinado del término medio es el reinado de la mediocridad; no favorece la independencia, la iniciativa, el espíritu del progreso, nada de lo que echa de menos el Sr. Unamuno en nuestra juventud intelectual. En todo estado social de transacción, los intereses predominan sobre las ideas, como que son ellos los que transigen. De este predominio de los intereses emana una doble acción contraria al progreso intelectual: de una parte la subordinación de las ideas á las conveniencias individuales ó colectivas del momento; de otro la resistencia á todo cambio, á toda innovación. Los intereses

son *misoneístas*, apegados á la rutina. Ven en toda novedad una amenaza de perturbación del equilibrio trabajosamente alcanzado; una incógnita que puede menguar ó destruir su posesión sosegada de ventajas no siempre legítimas.

Dijo un gramático antiguo que la lengua sigue al imperio. Podría decirse que el adelanto intelectual sigue á la riqueza y poder de las naciones. Nuestra cultura corresponde, en este sentido, á nuestra situación histórica presente. El país, extenuado y jadeante, al terminar su continuo combate de este siglo, se echó en el surco y duerme. Sin el carácter de contienda armada que tomaron nuestras disputas políticas, acaso el ranacimiento que apuntó en el reinado de Carlos III nos hubiera conducido á un estado social propicio á la marcha normal y ordenada del progreso. La invasión francesa hizo que los acontecimientos tomaran otro curso. Nuestra guerra de la Independencia, tan justa por nuestra parte y tan gloriosa para nosotros, produjo consecuencias funestas (como ha observado el Sr. Galdós) al enseñar á los facciosos futuros, rojos y blancos, el camino de los levantamientos populares. El interregno de hecho que media entre la salida de la familia real á Francia y la vuelta de Fernando VII, dejó entregada la dirección del país á las disputas de los dos bandos opuestos, sin freno ni mediador que los contuviera. Los liberales, diligentes en apoderarse del poder, no supieron conservarle, ni podían consolidar tampoco una conquista puramente circunstancial, siéndoles la mayoría del país adversa. La reacción explotó hábilmente el odio al extranjero, haciéndole extensivo á las ideas progresivas; afrancesado y liberal se confundieron, y las persecuciones mutuas, las sediciones militares, la inquina y el odio entre blancos y negros crearon el hábito de la violencia, mataron todo espíritu de tolerancia é interrumpieron á cada paso la vida normal de la nación.

*
* *

Esa continua lucha por el gobierno, por la dominación del país, ha traído otra consecuencia que también deprime al presente en alto grado el desarrollo intelectual y agota y desperdicia muchas energías juveniles. El excesivo predominio de la política. A fuerza de ejercitarse desmedidamente la función, ha producido un desarrollo anormal en el órgano. Nuestra organización política es como un miembro monstruoso, enorme, exagerado, del cuerpo nacional; órgano que se nutre á expensas de los otros, sin conseguir por eso más que una vida, pletórica, sí, pero enferma.

La política, con sus medros fáciles, pero corruptores y costosos para ciertas virtudes morales, se lleva gran parte de nuestra juventud y la subyuga y encanta como Circe á los compañeros de Ulises. Da poco á cambio de lo que recibe, si la cuestión se mira, no desde el punto de vista de los provechos individuales, sino en relación á la utilidad colectiva. No produce hombres notables en las artes del gobierno; se traga y *desviriliza* las energías que la aportan los neófitos. El órgano anormal, monstruoso, hinchado, hidrópico, no crea más que engendros raquíticos y endebles. De nuestros políticos, los pocos que tienen condiciones de gobernantes, ó proceden de tiempos anteriores á la revolución ó se formaron durante ella. La generación nueva no ha dado, con cortas excepciones, más que guerrilleros parlamentarios, charlatanes y muñidores de menudas intrigas.

Y es que el medio ni favorece ni permite casi otra cosa en la política. Nuestros partidos tienen el carácter de organismos de combate, y de hecho dividen su existencia entre la ofensiva contra el adversario, en los períodos de oposición, y la defensiva, en los períodos del gobierno. Las virtudes que en ellos se estiman y se premian son virtudes militares: la subordinación ciega, la acometividad, la intransigencia con el adversario, el espíritu de cuerpo (aquí espíritu de partido), á lo cual se une, por un lado, la falta de escrupulos, resabio y herencia de las revoluciones y de toda situación en que son

principales instrumentos la violencia y la intriga, y por otra parte, la organización de *clientela* y de cacicato que, de alto á bajo ofrecen los partidos y que posterga con frecuencia á hombres de verdadero mérito en beneficio de los deudos y familiares de las personas influyentes, ó bien de los habilidosos é intrigantes que las adulan y forman el coro de sus tertulias.

En estas luchas entre guelfos y gibelinos, el país queda muchas veces relegado á segundo término, como ocupación de ratos perdidos. Así es tan mezquino el fruto de la actividad que en ellas se consume, empleada las más veces en objetos frívolos y pasajeros. Mas lo que la política abandona y descuida del cumplimiento de sus propios fines, lo compensa con creces entrometiéndose y perturbando otras esferas de la vida, donde su presencia ó su influjo nada bueno producen. Llega su acción á todas partes, á la religión, á las ciencias, á la industria, á la literatura misma y al arte, desinteresados por esencia. Fabrica y socava reputaciones, hace y corta carreras, y no hay manifestación de independencia que no se enrede en sus tentáculos quedando presa en ellos. No ya para la libertad de las opiniones religiosas y filosóficas, sino casi para la de las literarias y científicas, es obstáculo ó rémora esta omnipresencia de la política.

*
* *

Todo coopera al estancamiento, á la mediocridad, al envejecimiento moral de nuestra juventud. Desde las aulas la coge la rutina por su cuenta, y empieza á arrancar como mala hierba las iniciativas, y á poner al pensamiento su librea. En la enseñanza, el estudiante es *pasivo*, recibe una fórmula hecha, sagrada é intangible durante los ocho ó nueve meses de curso, á los que sigue el alumbramiento de palabrería de

los examenes. Luego, en el ejercicio de cualquier profesión, aparecen con nuevas formas las eternas trabas; el favoritismo, el precedente, el prejuicio, la regla inviolable, los principios indiscutibles. Hay que sacrificar ante los dioses del día ó anularse. ¡Dura alternativa, en que hay más culpa para los que la proponen que para aquellos que se deciden, prefiriendo al dictamen del heroismo el de la prudencia!

Sí, como piensa el Sr. Unamuno, necesita cambiar de ritmo nuestra juventud intelectual y hasta en cierta medida, toda la sociedad española. Pero si la *metarritmesis* significa un cambio total, brusco, repentino, pertenece al número de las ilusiones generosas, y su intento no puede producir más que luchas estériles para caer en nuevo y más grave estancamiento. Estando tan enferma su organización directora, no debe el país de estar muy sano y hay que tratarle, al menos, con los cuidados que exige un convaleciente. Paso á paso es como puede irse convirtiendo el ritmo viejo al *nuevo*. No podemos borrar nuestra historia reciente ni renunciar, siendo herederos forzosos, su pesada herencia. Pero al continuarla, debemos guardarnos de hacerlo de tal modo, que, á su vez, deseen borrar lo que escribamos y renunciar lo que les leguemos nuestos sucesores.

No nos ha tocado en suerte ni la embriaguez de la lucha de conquista, ni la posesión tranquila de un estado de cultura satisfactorio, sino los dolores, hediondeces y miserias del hospital de sangre. De la paz de hoy dependen la paz, la libertad y el progreso de mañana. El papel que corresponde á la generación actual es oscuro, abnegado, de sacrificio; sembrar los gérmenes de tolerancia y adelanto que tal vez no verá florecer y menos fructificar; restaurar la vida intelectual como se ha restaurado en parte la material. Hay algo de doloroso en el oportunismo que impone, más que otro alguno, este papel que nos ha cabido en la comedia ó drama de la vida. A las almas muy caldeadas por el fuego del ideal, la necesidad de la transacción cotidiana no puede menos de

arrancarles gritos de indignación y de protesta. La exaltación del sentimiento hace más penosa la contradicción eterna entre el mundo interior de cada individuo y el mundo exterior, entre el ideal y la realidad. Y en estados sociales como el presente, en que la lucha por las ideas nuevas, no tiene ambiente favorable, no tanto por una oposición resuelta, como por la indiferencia general, por la orientación del país en otro sentido, la situación psicológica del reformador es todavía más aflictiva. Se siente aislado, solo, extranjero entre los que le rodean, y expuesto, por lo mismo, al desaliento y al desprecio exagerado y misantrópico de lo que mira en torno suyo.

Cada día parece más evidente la inutilidad de las revoluciones, de los cambios bruscos y violentos, aunque no se realicen por medio de la fuerza material ni á costa de combates sangrientos. La experiencia histórica lo acredita. Mientras se trató de reformar cosas exteriores, sistemas de gobierno, instituciones, etc., la revolución fué posible, aunque la esencia de las cosas por ella suprimidas subsistiera en gran parte bajo las nuevas formas, y aunque el trastorno que produce siempre la violencia anulara ó atenuase mucho las ventajas que podían alcanzarse. Pero tratándose de una *metarritmisis*, como dice el Sr. Unamuno, de un cambio íntimo, de una transformación de la cultura y hasta del estado psicológico de un pueblo, toda aspiración *revolucionaria*, de mudanza rápida y total, es utópica. Sólo puede esperarse una modificación lenta, obtenida mediante la acumulación de muchas variaciones parciales, y lograda acomodándose á las circunstancias existentes, única forma en que puede ser hacedera.

Es poco brillante, sin duda, el papel de los obreros de esta reforma oscura, silenciosa, modesta, pero es acaso el más fecundo. Para reformar hay que partir de lo existente, que aun en los casos peores no es absolutamente malo. De nada sirve que cambien las formas si la esencia continúa. Si hoy fuera posible transformar radicalmente en España todos los órganos

exteriores de la vida intelectual, Universidades, academias, publicaciones, sistemas de enseñanza, etc., se habría conseguido muy poca realidad por grandes que las apariencias fuesen. El espíritu actual subsistiría con nuevos nombres y diferentes disfraces. Y estos ensayos prematuros no sirven más que para desacreditar lo que en otras condiciones y traído en sazón, podría ser viable y para producir reacciones en favor de lo viejo, prestándole una aparente y pasajera justificación con el fracaso de los reformistas. En el intento de reforma de la segunda enseñanza se ha visto bien palmariamente. Todo el plan de reformas del Sr. Groizard vino á parar... en que se establecieran cátedras de religión y moral, que no era precisamente á lo que tendía aquel ensayo, ni acaso lo que más falta hacía en los estudios de los institutos.

Como dice bien J. Bourdeau, en un trabajo reciente sobre el renacimiento idealista, «el estudio de lo pasado nos enseña que jamás ha habido grandes cambios ni transformaciones totales, y nos deja presentir que no los habrá nunca; que todo se modifica insensiblemente; que todo es lento y determinado; que á costa de muchos contratiempos y fracasos es como puede agregarse una pequeña porción de bien al patrimonio de la humanidad, y que, por consiguiente, al espíritu ciego de revolución, debe sustituirle el espíritu de humilde, paciente y circunspecta reforma».

Esto es lo que en la práctica se impone. En la esfera del pensamiento prestan un positivo servicio los que, como el señor Unamuno, llaman la atención sobre estos tan descuidados y olvidados problemas, mostrando que aún hay quien se ocupa en ellos:

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Organisme et société, per René Worms. Primer volumen de la *Bibliotheque sociologique internationale*, tiene 412 páginas. Paris, V. Giard y E. Brière, 1896. Precio ocho francos.

El Sr. Worms, puede considerarse como uno de los cultivadores más estimables de la sociología en Francia. Su nombre es digno de figurar al lado de los de Tarde, Fouillée, Durkheim y otros por este estilo, que son honor y prez de la ciencia sociológica en la patria de Augusto Comte. Además, el Sr. Worms, joven aún, y con grandes entusiasmos y alientos, es un propagandista incansable de los estudios sociológicos. Débese á él, en primer término, la fundación y sostenimiento tres años ya, de la importante *Revue internationale de Sociologie,* revista en la cual se han publicado y publican trabajos de los principales sociólogos del mundo: por otra parte, puede estimarse al Sr. Worms como al alma del *Instituto internacional de Sociología*, sociedad científica que procura facilitar y estrechar las relaciones entre los cultivadores de la ciencia social, y que ha celebrado ya con gran éxito dos Congresos (1894 y 1895), habiendo publicado un tomo de *Anales*. Por último, el Sr. Worms ha explicado, en uno de los centros docentes de París, este año un curso de sociología.

Tal es el autor del libro cuyo título va al frente de estas

líneas. Veamos ahora con algún detenimiento el contenido, alcance y significación de éste. Aun cuando el libro del señor Worms, por su título, parece indicar un contenido especialísimo, algo así como el estudio concreto de un solo tema sociológico en particular, el *organismo social;* sin embargo, no es así. El título no expresa, en verdad, todo lo que el Sr. Worms trata y estudia: en rigor, el contenido del libro de que hablamos viene á ser el núcleo principal, la sustancia, en suma, de lo que pudiéramos llamar, usando una nomenclatura científica muy aceptada, la *Parte general de un tratado de Sociología;* sin duda, de una sociología de escuela, esto es, de una sociología con soluciones previas aceptadas, con conclusiones fundamentales admitidas, pero al fin, de una sociología ordenada y orgánicamente distribuida.

El Sr. Worms admite como fundamentos, no por acto de fe, claro está, la afirmación tan discutida de que la *sociedad es, á su modo, un organismo;* esta afirmación, que razona desde su punto de vista, y cuyos antecedentes doctrinales expone, recogiéndolos en las principales obras de los más notables sociólogos, es el *alma,* por decirlo así, de la concepción teórica sociológica del Sr. Worms. La sociedad es un organismo: no un organismo idéntico al natural, ni acaso un organismo solo. «No es, dice, simplemente un organismo, es algo más; como es más compleja, debe denominarse un supra-organismo. Pero como comprende más que un organismo, comprende, ante todo, un organismo. Se daría una idea incompleta de la sociedad, diciendo que es un organismo, pero se daría en cambio una idea falsa de ella negando que lo sea. Para definirla exactamente, es preciso reconocer que constituye un organismo, con alguna cosa de esencial además», que será naturalmente propia y distintiva.

La idea, ó, mejor diríamos, la tesis, no es, en rigor, nueva. Ni el Sr. Worms pretende presentarla como tal. Con fidelidad exquisita cita nuestro autor los anteceddntes de la misma en la historia de la sociología. Augusto Comte hablaba del «orga-

nismo social». Schäffle no puede considerarse como un partidario del organismo social; pero, en su concepción, la del Sr. Worms tiene muy estimables antecedentes. Los tiene también en la obra de Spencer, y asimismo en los libros de Ed. Perier, Espinas y Bordier, y sobre todo en los de Pablo Lelienfeld. Pero aun partiendo de la misma idea, aunque sea formulando la misma tesis, el trabajo del Sr. Worms tiene su originalidad y su mérito propio indiscutibles: nadie ha procurado desenvolver la tesis del organismo social con el rigor lógico con que él lo hace en su *Organisme et Societé:* la teoría puede decirse que ha llegado en el Sr. Worms á sus más radicales, á sus últimas consecuencias.

He aquí ahora de qué manera desenvuelve sus doctrinas el autor de que hablamos. Después de una introducción, en la cual el lector se orienta respecto del rumbo sociológico que en la obra se va á seguir, expone el Sr. Worms, en tres capítulos sucesivos, la teoría general relativa á la concepcion del organismo social: en primer lugar, define y compara los dos términos, sociedad y organismo; luego examina las objeciones y respuestas, para indicar por fin la *verdadera diferencia entre el organismo y la sociedad*. De los tres capítulos de esta primera parte, el más importante para conocer el pensamiento capital del Sr. Worms—lo característico de su concepción sociólogа—es, sin duda, el último. Es, además, el que podría ser más discutible. Para el autor, las diferencias entre los organismos naturales y las sociedades están especialmente en puntos de vista absolutamente relativos: diferéncianse el organismo y la sociedad «en que el lazo de la sociedad es más bien psíquico que corporal, mientras que el del organismo, sobre todo, es corporal». Otra diferencia está en la mayor complejidad de las sociedades. Es decir que, en ambos casos, se trata de diferencias de grado: esto es, que para el señor Worms, la diferencia, en definitiva, es *cuantitativa*, no *cualitativa*, cosa que juzgo, por mi parte, peligrosíma para la autonomía de la sociología como ciencia, y que estimo, ade-

más—y esto es lo que importa,—nada conforme con los hechos y con las ideas de organismo y de sociedad. Por de pronto, no conceptúo aceptable por completo la oposición con que el señor Worms presenta tales ideas de organismo y sociedad. La sociedad pueda ser un organismo, y nada más que organismo, sin que esto implique confusión de límites de la sociología y de la biología, y sin que para su explicación sea preciso medir el tanto y el cuánto de *organismo fisiológico* que la sociedad tiene: la sociedad es, en efecto, un organismo *racional, sui generis*, infinitamente más complejo que el organismo natural, y además distinto por el lado ó aspecto *cualitativo*, como resultado de la mayor intensidad y expansión con que en él se ofrece la vida: la sociedad es quizá un organismo de seres y de ideas, ó más bien un todo orgánico, como la realidad es, á su modo, un todo orgánico.

En el resto de la obra estudia el Sr. Worms, aplicando al examen de las cuestiones sobre la naturaleza y vida de la sociedad, que en definitiva constituyen el contenido del libro los términos técnicos de la biología: 1.°, la anatomía de las sociedades, elementos y forma del cuerpo social, la célula social, agrupaciones de células sociales; segmentos, órganos y tejidos sociales; 2.°, la fisiología de las sociedades, vida celular y vida general, funciones de nutrición, funciones de relación, funciones de reproducción; 3.°, el origen, desenvolvimiento y clasificación de las sociedades: cada una de estas tres cuestiones es objeto de un capítulo muy interesante; el más interesante es el dedicado á la clasificación de las sociedades, y lo es, tanto desde el punto de vista erudito, en la indicación de las principales tentativas de clasificación sistemática (las de Durkheim, Spencer, Fouillée, Tarde, etc.), cuanto desde el de la exposición del propio criterio; 4.°, la patología, terapéutica é higiene de las sociedades, enfermedades sociales, sus remedios, higiene social. La obra termina con un capítulo en el cual el Sr. Worms recoge las conclusiones más capitales de su doctrina, relacionándolas con conclusiones generales sobre

la unidad de la realidad y de la ciencia, y con un apéndice relativo á algunas recientes teorías sobre el organismo social, refiriéndose especialmente á los trabajos de Piogier, Tarde, *Logique sociale;* Izoulet, *La Cité moderne;* Lelienfeld, *La Pathologie sociale,* y De Greef, *Le transformisme sociale.*

A. POSADA.

Les Universités des deux mondes *(Histoire, organisation, etudiants)*, por el Dr. O. LAURENT de Bruxelles, un vol. 251 págs. París, F. Alcan, 1896. 3,50 francos.

Un libro excelentemente impreso, y con unos cuantos grabados de Universidades antiguas y modernas, entre ellas la de Valladolid. El asunto que el título indica es demasiado asunto para estudiado bien y completamente, en el reducido espacio de 251 páginas de poco tamaño y de impresión tan esmerada como poco nutrida. Cuando nos pusimos á leerle—á pesar de habérsenos ocurrido por adelantado la consideración apuntada—creímos que se trataría de una ojeada de *conjunto,* de un examen comparativo de las Universidades de dos mundos; pero pronto vimos que no se trata de eso precisamente. Hay en el pequeño libro del Sr. Laurent un poco de todo: primero, un poco de historia general de las Universidades... luego, algo más de organización universitaria, del modo de reclutar y nombrar los profesores, de los estudiantes, etc., etc. En definitiva, este libro más que nada es libro de datos.

Pretende ser un libro útil, de utilidad práctica.

¿Lo es? Sin duda hay en él mucho aprovechable, pero no todo está hecho con el exquisito cuidado que obra de esa índole exigía. Y si no, allá va la prueba, veamos cómo trata de las Universidades de España, que es por lo que hablo aquí del libro del Sr. Laurent.

Habla este autor de las Universidades de España, lo menos en tres sitios. En el primero (pág. 33) á propósito de *organización* de las Universidades, en el segundo á propósito de *reclutamiento* del profesorado (pág. 150), y por fin en la estadística de las Universidades (pág. 219). La primera cita, aparte de que no demuestra un buen conocimiento de nuestra historia de las Universidades, pues antes que ninguna otra merecía una indicación de detalle la de Salamanca, que se limita á citar, hablando en cambio de las de Barcelona, Sevilla, Valencia y Valladolid, contiene una pequeña inexactitud, mejor dicho, dos. «L'Espagne, dice, compte, *neuf* Universités» y luego añade: «Le traitement du recteur est de 3 á 6.000 francs». Las Universidades son diez, y los Rectores, desde hace ya bastante tiempo, cobran como tales una gratificación de 1.500 pesetas los de Universidades de provincias, y 2.500 el de la de Madrid. En la segunda cita habla de los «professeurs titulaires. *(cathedratici - sic)*». Por último, en la tercera cita dice: «España, 9 (Universidades). Barcelona, Granada, Madrid, Salamanca, Santiago, Zaragoza, Sevilla, Valencia y Valladolid.

Ahí falta *una*, y si no, véase cómo firmo.

Adolfo POSADA,
De la Universidad de... Oviedo.

Notas sueltas sobre la pena de muerte, por Q. Newman, con un apéndice de F. H. Bradley, intitulado *Algunas reflexiones sobre el castigo*. Santiago de Chile, 1896. Un vol. de 228 páginas.

No es, ni con mucho, el escrito del Sr. Newman una monografía completa acerca de la pena de muerte, en donde se apure el estudio de esta cuestión y en donde se examinen todos los aspectos de la misma; todos los argumentos que en pro y en contra vienen desde hace tiempo exponiendo y dilucidando los abolicionistas y los antiabolicionistas; es más bien una serie de observaciones generales sobre la justicia, sobre el delito, sobre el delincuente y sus sentimientos, sobre la pena en general, sobre el libre albedrío, etc., con un poco no más de defensa de la pena de muerte, como medio de librarse la sociedad de los asesinos (del contexto del libro resulta que sólo á éstos se debe aplicar, según el autor, la pena de muerte, y y que sólo éstos son los individuos peligrosos de que la sociedad debe desembarazarse), hacia los cuales no cabe simpatía por parte de los honrados (?).

El Sr. Newman adopta en todos sus juicios un punto de vista que es casi enteramente el mismo que el de los escritores más caracterizados de la escuela antropológica italiana (cuyos trabajos se puede decir que son los únicos que le sirven de guía); por eso, para él, la pena no es más que la reacción social proporcionada á la agresión; por eso el motivo principalísimo y casi exclusivo en que se apoya para pedir la aplicación de la pena de muerte, es el de la necesidad de suprimir los individuos dañinos; por eso incurre en la inconsecuencia (que en vano trata de salvar) de ser determinista por un lado y pedir por otro el empleo de la pena como castigo y reacción: cosas to-

das, como es sabido, que los criminalistas antropólogos de la escuela de Lombroso afirman.

Con todo, el libro tiene no poco aprovechable, ya por lo movido que es y el aire de modernismo que trae, ya por contener algunas observaciones acertadas y oportunas.

En el apéndice, Bradley tiende á fundar la pena en el concepto de la selección darwiniana, razón por la cual, mientras preconiza, como apropiadas para ello, la muerte y la relegación perpetua, proscribe, como inadecuada, la prisión.

P. DORADO.

LA LITERATURA
CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

Bajo el título de «Diálogo» tenemos también: «Diálogo entre Galán y Dama, cuyo título es: Cobrar la fama es nobleza, y desempeñar su agravio» (también con indicaciones para los relatores, y al final: *Juntos:* «Y Juan García Valero—De estos discretos renglones—Un vítor pide al Senado—Si lo merecen sus voces»).—De esta imitación á la parodia no había más que un paso, paso que se dió, como, por ejemplo, en las siguientes parodias: «Relación nueva jocosa, trovada, (esto es, parodiada) de la comedia intitulada *Los Amantes de Teruel,* para cantar y representar, compuesta por un aficionado» (parodia de la relación, que también ocurre aquí como hoja de romance, de Diego de Marsilla, al final de la segunda jornada de la comedia que con el mismo título escribió Montalván «En Teruel, Príncipe augusto»).—Tenemos también una parodia de este género dramático de romances en general y del modo de representarlos y recitarlos: «Relación nueva jocosa de Olvidos» (obsceno quid pro quo, en que el cantante de feria se queja irónicamente de lo olvidadizo que

es y de su poca destreza en la relación de tales «Relaciones») (1). Es, por lo demás, digno de tenerse en cuenta que, como ya lo indican los títulos de las citadas, todas

(1) Para caracterizar esta especie de comediantes populares y su público puede servir el siguiente pasaje, en que explica porqué no sirve para «representar»:

«Y así por mi natural
soy muy malo para esto,
por muchas cosas: La una,
es en cuanto á lo primero,
que eso requiere viveza,
y yo viveza no tengo,
que es para representar
lo esencial; esto supuesto,
se han de saber menear
las manos, y yo no puedo,
porque me canso los brazos,
de abofetear el viento,
ya colérico, ya activo,
ya tímido, ya resuelto:
esto ha menester donaire,
y yo donaire no tengo
mas aunque lo tenga, y sepa
hacer muy bien todo aquesto,
de imaginar de lo que
quedarán en mí diciendo
algunos murmuradores,
no representar es cierto;
pues nunca falta que digan:
si algo se escucha, qué necio,
si mira, qué presumido,
ridículo si es pequeño,
si es alto, que pajalarga,
y aunque no haya nada de esto,
no falta nunca por donde
dejen de quedar diciendo.
Por esto yo no quisiera
obedeceros; mas puesto,
que ya estoy á la vergüenza,
salga malo, ó salga bueno,
diré una relación, que
no la ha oído nadie, siendo
de comedia, que no ha
dos días, que la hicieron
entre tres amigos míos:
escuchen, que ya comienzo
á decirla, que no sé
yo lo que me estoy diciendo,
y si luego han de meterme
meteréme desde luego.
Siéntase y vuelve á levantarse, etc.

estas «Representaciones» y «Pasillos» han sido elegidos solamente de las más antiguas piezas de la genuina escena nacional española, y que, por lo tanto, cuando menos el pueblo, siguió siempre fiel á ésta.—Además de los romances, contiene la presente colección poesías en otras formas, aunque en número relativamente pequeño; como *matracas*, *seguidillas*, y sobre todo *trobos* ó *glosas* (la mayor parte de éstas en *quintillas*, que era lo favorito para serenatas ó bailes, sobre una *copla* de alguna canción de las más antiguas y más en boga); también «enigmas» en romance (como: «El pensamiento del hombre, Enigma curioso, en un discreto Romance, compuesto por *Lucas del Olmo Alfonso*», cuyo nombre, así como el de Lobo, ha quedado proverbial en España para designar á los malos compositores de romances), y en otras formas (como: Enigmas descifrados, De D. *Diego de Torres*, en pequeñas coplas de diferente clase, con la solución) (1).

Con esta colección (2)—en que nos hemos detenido

(1) También Durán da reseñas de los romances vulgares de los siglos XVIII y XIX en pliegos sueltos, tomo I, páginas LXXXV-XCVI y muestras de ellos en la sección de «Romances vulgares», l. c.

(2) Es cosa que fácilmente se comprende que se hayan hecho colecciones de romances y canciones populares no sólo en el dialecto castellano que ha llegado á ser lengua escrita, sino también en los restantes dialectos provinciales. Las más antiguas muestras de este género las menciona Depping (l. c., tomo I, pág. XXIV y LX-LXI, y Durán, l. c., tomo I, página LXIII-LXVI.) La biblioteca imperial de Viena posee una pequeña colección de romances y canciones populares, completamente modernos, en catalán (a). También ésta consta de pliegos sueltos, impresos en Barcelona, parte romances, parte poesías en otras formas (trovas, décimas, cuartetas, etc.) la mayor parte de asunto burlesco ó devoto, y entre ellas muchas en forma dialogada, como v. gr. «Gustós Colloqui, entre un enamorat lacayo y una hermosa cuynera, en que, después de alguns requie-

(a) Más que populares deben calificarse de vulgares. Los verdaderamente populares, no están en los pliegos sueltos, sino, que fueron recogidos de la tradición oral por don Manuel Milá y Fontanals y D. Mariano Aquiló, que han formado con ellos admirables colecciones.—(M. M. y P.

más porque tales colecciones no son mucho menos raras en las bibliotecas alemanas que los viejos *Romanceros*— cerramos nuestra ojeada sobre los romances como la abrimos: con las hojas volantes de la Selva de la poesía popular. Bien ve en ellas quien sabe recogerlas que las tormentas del tiempo no han deshojado por completo el bosque, enseñan á quien no deja que se dispersen sin fijar su atención en ellas, que el pueblo no ha perdido el gusto de escuchar las canciones faltas de artificio de los cantores de la Selva; pero ya no son las hojas primaverales, jugosas, verdes, frescas, aromáticas de la selva virgen bravía y no profanada, sino que están medio ahornagadas por el calor de estufa del arte, son en su mitad hojas otoñales contaminadas con la suciedad de la ordinariez, hojas de las polvorientas alamedas de los arrabales; las canciones que cantan no son ya el himno de triunfo del águila belicosa, el arrullo de amor de la tímida tórtola, el trino anheloso del ruiseñor solitario, ó el alegre y revoltoso chillido de la alondra que se eleva hacia el cielo, sino el graznido del rapaz cuervo, el ávido gorjeo del voraz gorrión, el melancólico silbido del pinzón enjaulado ó el malsonante grito de la abubilla, que retoza en el fango, ó el chillido de la cotorra que todo lo parodia.

De esta reseña que acabamos de hacer del material de romances que nos ha sido dado conocer y de su recolección en libros surgen ya los contornos de la historia *literaria externa* de la poesía romancesca.

Su historia *interna genética* forma el objeto de la sec-

---

bros, refereix ella sos treballs, y las raresas de una Mestresa»; y completamente dramático, como v. gr.: «Representació y conversió de la Semaritana. Interlocutors: Jesus, Judas, San Pere, San Joan, La Semaritana;— y: «Lo Estudiant, magich, ó l'anima del Señor Libori. Personas: March, marit, Laya, muller, Don Juan, Estudiant.» Ambos con indicaciones para el relator. — Comp. ms. «*Proben portugiesicher und catalanischer Volksromanzen.*» (Wien, 1856, 8, sobre todo la pág. 30-31.)

ción siguiente: teniendo yo aquí que reconocer con agradecimiento como las más pertinentes al asunto, ante todo las investigaciones de V. A. Huber y de Durán, que son las que han abierto el camino y las que han conducido á más importantes resultados.

II

Del origen, de la organización formal y del desenvolvimiento de los romances.

Si se pregunta por el origen y la forma primitiva de los romances en el sentido de canciones populares lírico-épicas de los españoles, no se puede, conforme á la naturaleleza de las cosas, esperar respuesta alguna aseverativa, bien definida y documentada, debiendo concederse desde luego que hay que contentarse con suposiciones probables y conclusiones sacadas y deducidas tan sólo de los principios generales de la poesía popular en general y del nacimiento y desarrollo de la española en particular. Pues en España, como casi en todas partes, las pruebas documentales, los monumentos indudablemente legítimos de la poesía popular no se remontan más allá de aquel tiempo, en que había ésta alcanzado ya tal grado de cultura é influencia sobre la artística que fué tomada por ésta en consideración y ténida por digna de que se parara mientes en ella. Apenas pueden presentarse noticias históricas fidedignas de su existencia bajo el nombre de «romances»

anteriormente al siglo xv (1). Entonces por primera vez, después que por una parte la poesía artística castellana hubo tomado nuevos géneros poéticos y formas de la lemosina é italiana, y por otra parte no pudo ignorar los tradicionales de la poesía popular, se usó de nuevo para designar á los últimos el nombre de *romances* en el sen-

(1) El pasaje del marqués de Santillana citado más arriba y que dice: «Infimos son aquellos que sin ningunt orden, regla ni cuento facen estos romances é cantares etc.», parece ser el más antiguo en que se toma ya el nombre de *romances* en sentido de baladas populares; todavía más indudable en el romance de «Aliarda» que empieza: «En las salas de París», y cuyo verso final dice: «Y aun el romance acabado» (según el «Cancionero de romances» y la «Silva») y en el igualmente antiguo de la reina Blanca: «Entre la gente se suena» que acaba: «Como el romance decía». (Primavera, núm. 67 a.) Por su parte el Arcipreste de Hita entre las diferentes clases de cantares que hizo para el pueblo (coplas 1487-88) nombra las baladas populares, que designa bastante claramente, llamándolas no *romances* sino *cantares*, esto es, canciones épicas, para diferenciarlas de las *cantigas* puramente líricas. Así también en la «Crónica general» se llama á las canciones y poemas épicos populares de los juglares *cantares, cantares de gesta* ó *cantares de los juglares;* el «Poema del Cid» se llama á sí mismo *cantar*, y hasta los más antiguos romances se llaman así (por ejemplo, el del conde Arnaldos; v. Huber *Lateinsiche Abhandlung*, pág. 12-13) y cuando añaden á esto ya «decir», ya «cantar», quieren indicar canciones destinadas al canto y á la recitación. Pero cuando en los escritos anteriores al siglo xv se nos presenta la palabra *romance* para significar, no sólo el lenguaje vulgar ó en general una obra en él escrita, sino un género especial de poesía; denota de ordinario un poema épico destinado, más bien á ser recitado y leído que no á ser cantado, para diferenciarlo de aquellos «cantares», poco más ó menos en la misma relación en que están los *romans* del antiguo francés respecto á las *chansons de geste*. Así Berceo, por ejemplo, llama á sus «Loores de N. S.» «romance» (copla 232), y su apologista á su poema «De los signos del juicio»: «un romanz fermoso» (copla 27); así Hita llama á toda su obra, al final de ella (copla 1.608) «romance», y el autor de «Appolonio» empieza su poema diciendo (copla 1.ª):

«..... estudiar quería
componer un romance de nueva maestría.»

Pero lo más decisivo para la significación y diferencia entre «romance» y «cantar» es el pasaje que ocurre en el mismo poema, en que Tarsiana aparece como «juglaresa» y después que ha *cantado* muchas canciones con

tido de poemas vulgares, populares y en oposición á los productos de la poesía artística cortesana y erudita, las *coplas*, *canciones*, *sonetos*, etc. (V. Huber: «Introducción á la Crónica del Cid», pág. XXII-XXIII.)

Pero no son necesarios ni documentos ni testimonios históricos expresos para probar que ya en cuanto se em-

---

acompañamiento de la «viola» empieza á *narrar* su propia historia en un «romance» (copla 428):

> «Quando con su viola hubo bien solazado,
> á sabor de los pueblos hubo asaz cantado,
> tornóles á rezar un romanz bien rimado,
> de la su razón misma por do avia pasado.»

Estamos, por lo tanto, enteramente de acuerdo con el Sr. Huber cuando (en su Introducción á la «Crónica del Cid», pág. XXXVIII) afirma que «romance» se usó en tiempos antiguos para designar sobre todo los poemas épicos recitados por los juglares; pero podríamos limitar esto á que se entendía bajo el nombre de «romances», á diferencia de los «cantares» relatos la mayor parte de las veces de aventuras (por lo cual no se les cita en las crónicas) compuestos ya artísticamente, y destinados de preferencia á ser recitados y leídos, puesto que todos los aquí llamados «romances» están en estrofas alejandrinas de cuatro versos monórrimos, y se llaman ya «fermosos», ya «bien rimado», ya «de buena maestría». Por todo lo cual el tan citado pasaje de Zúñiga («Anales de Sevilla», edición de 1875, volúmen I, pág. 196, de «Domingo Abad de los Romances» y «Nicolás de los Romances» no puede servir de prueba para la antigüedad de los romances en el sentido de baladas populares; y no puede servir porque el poema atribuido á Domingo es una *serranica*, las cuales también se presenta entre las «poesías» de Hita; y de Nicolás, que es citado en el «Repartimiento de Sevilla» (Espinosa, «Hist. y grandezas de Sevilla», Sevilla, 1630, p. II, fol. 10) entre los «Escrivanos», se dice en un documento de la iglesia de Sevilla (Zúñiga, l. c., pág. 235) que recibió alabanza de ésta «por las *trovas* que le fizo para cantar en la su fiesta de San Clemente e de San Leandro». La designación «de los Romances» no quiere, pues, decir aquí otra cosa más que poetas ó cantores de relatos en lengua vulgar, siendo probable que fueran poetas cortesanos.—Hasta el mismo Diego Hurtado de Mendoza dice al remitir á Zurita un fragmento en romance de una crónica de Alfonso XI que es de los libros que en España se llaman *Gestas*. (V. Ticknor, I, 66.)—Compárese también lo que acerca de esto dice Du-Méril *Poésies populaires latines du moyenâge*, París, 1847, 8, pág. 294-295; y Milá y Fontanals «Observaciones», pág. 83.

pezó á *romancear*, es decir, á hablar, cantar y poetizar en romance castellano como una rama de los idiomas románicos independiente y formada, el pueblo inventó y cantó ante todo los cantares épicos que fueron posteriormente llamados de preferencia «romances». Pues pasa como un axioma bien asentado en la historia de las literaturas nacionales, que en cada una de éstas cuando se ha desarrollado independientemente, la poesía se forma antes que la prosa, la poesía popular antes que la artística, y en aquélla la puramente épica ó la lírico épica antes que la puramente lírica (1). Ahora bien; como la literatura nacional española es una de las más autónomas y populares entre las europeas modernas, resulta que, á pesar de la falta, por lo demás muy comprensible, de testimonios externos especiales, estamos perfectamente autorizados para aceptar en virtud

(1) Grundtvig se ha explicado sobre esto muy recientemente (en la introducción á los *Dänische Volkslieder der Vorzeit* de Rosa Warrens, Hamburgo, 1858, 8, págs. XVII, XVIII y XIX, en los siguientes términos, dignos de ser meditados: «No se confunda la poesía popular con la poesía del pue»blo bajo. Esta existe siempre, pero sólo en casos raros puede pretender »que las clases cultas tomen interés particular en ella, mientras que »aquélla por el contrario, es fuente que brota de lo más íntimo del ánimo »del pueblo, jamás dejará de ser un manantial de rejuvenecimiento espi»ritual de la nación. La poesía del pueblo bajo es una hija del momento, »es la hija desfigurada de la poesía popular, mientras su hija y heredera »legítima se muestra en la poesía artística nacional.....

.....

»La poesía popular rítmica de la raza gótica (escandinavo-germánica) to»das sus ramificaciones comunes y la peculiar poesía de las baladas de la »Edad Media, es un todo histórico y estético cerrado, una forma propia de »poesía. Como tal la hallamos en Dinamarca, en Noruega, en Suecia, en »Islandia y en las islas Feroé, en Escocia é Inglaterra, en los Países Bajos »y en Alemania, y hasta podemos suponer que es la que volvemos á hallar »entre los descendientes de los godos en la península *Ibérica*... Cuando, »pues, oimos semejantes ecos en los diferentes pueblos, desarrollados »históricamente de un modo peculiar, pero encadenados entre sí más ó »menos íntimamente por lazos de sangre, debemos considerar este fenó»meno, no ya como una notable casualidad, sino más bien como una *ne»cesidad natural*, etc.»

de fundamentos íntimos de validez general el que se ponga el origen de los romances inmediatamente después del desarrollo del pueblo español y de su lengua hasta llegar á independencia consciente, y antes de los comienzos de la poesía artística española, poco más ó menos en el gran período que va entre los siglos x y xii. (V. Duran, l. c., i, págs. xl, xli y lxii.)

La otra parte de nuestra pregunta, la que se refiere á la primitiva forma de los romances, no puede ser contestada sino con una seguridad y una precisión relativamente mucho menores. El aceptar la forma en que los romances han llegado hasta nosotros como la primitiva, sería contradecir una de las notas capitales de la forma típica de los originarios cantares propiamente populares, es á saber: la de la rima inmediatamente enlazada (v. mi libro *Ueber die Lais*, págs. 15 y 16), puesto que las formas de romances más antiguas de las que han sido dadas á conocer hasta hoy sólo unen por la rima ó la asonancia las líneas pares, dejando libres las impares. Para explicar este fenómeno anormal, se debe suponer ó que los romances fueron compuestos primitivamente en renglones largos, y que su conocida forma posterior no es otra cosa que una separación meramente gráfica y casual ó descomposición orgánica é íntima de las mismas; ó que tenían ya primitivamente versos *cortos* (de seis á ocho sílabas) pero que perdieron su inmediato enlace de rima á consecuencia de un cambio ó proceso evolutivo no meramente producido del principio mismo de la poesía popular, sino efectuado por influencia heterogénea (1).

(1) Tiene razón Huber cuando dice (Introducción á la Crónica del Cid, págs. xxviii-xxxi) que las asonancias alternadas han llegado á ser, es cierto, populares, puesto que no sólo se nos presentan en los romances posteriores, sino también á menudo en otros cantares propiamente populares (sólo que los dos ejemplos que da en la pág. xxix no son del todo pertinentes, puesto que el primero está compuesto en *versos de arte ma-*

En favor de ambas opiniones pueden citarse autoridades de peso. Así, en pro de los renglones primitivamente largos con pausas medias se pronuncian los hermanos Grimm. (*Silva de romances viejos,* publicada por Jacobo Grimm, pág. VII; J. Grimm y Schmeller, *Lateinische Gedichte*, págs. XVIII, XXXIII, XLII, XLIX; *Andreas und Elene*, editado por J. Grimm, pág. LV y siguientes. *Altdänische Heldenlieder, übers*, von Wilh. Grimm, página XXXV y siguientes y su antecrítica contra la reseña de las canciones antiguas danesas en el *Heidelb. Jahrb.* de 1813 en *Drei schottische Lieder*, pág. 36); Diez (*Altspan. Rom.* pág. 199 y su crítica de la edición de la Crónica del Cid de Huber en el *Jahrbuch für wissenschaftliche Kritik* de 1845, primera parte); Wackernagel (*Die epische Poesie* en el *Schweizerische Museum f. histor. Wissensch*, tomo II, pág. 250); Dozy (l. c., p. 618) y otros. Por el contrario, sostienen que son primitivos los *versos redondillos* casi todos los críticos españoles, Huber, Sckack (*Historia del arte y de la literatura dramática en España,* segundo período, cap. V, pág. 208 y siguientes del tomo II de la traducción española), Lemcke y otros.

Los defensores de los versos largos apoyan su opinión sobre todo en el fundamento de que «la narración en versos cortos es contraria á la índole de la epopeya», que «la epopeya necesita de versos cortados largos, y que las cesuras son sus constantes puntos de aliento», que «en los lazos de un verso tan estrecho (como el redondillo) el espíritu del canto épico popular se habría debilitado en España». Tienen razón si al decir esto tienen sobre todo presentes aque-

---

yor y el segundo en estrofas, redondillas con rima cerrada); pero que no pueden ser considerados ni como una forma primitiva de la poesía popular ni como surgida de sus principios; pues «ya en el siglo XV y XIV la »poesía popular no estaba en su estado original y primitivo, sino que ya »había padecido alguna modificación»; y «donde hay asonancia alternada, »no hay forma ni época primitiva».

llos romances más largos (como, v. gr., los del ciclo de leyendas carolingias), que pueden llamarse en realidad una especie de pequeñas epopeyas ó que han nacido de la unión, ó más bien agrupamiento de muchos que pertenecen á una leyenda ó ciclo de ellas (como, por ejemplo, los tripartidos ó cuatripartidos romances del marqués de Mantua) (1). Que precisamente por estos romances, por esta reunión se suprimieron las rimas inmediatas, un análogo de las líneas largas bipartidas de las *tirades monorimes,* en una palabra, que se formó la conocida forma posterior de los romances, no sólo lo acepto, sino que lo tengo por la explicación más plausible de aquel fenómeno anormal. Pero aun cuando los enemigos de los renglones cortos no hablen de epopeyas, ¿no tienen en cuenta por lo menos el canto popular puramente épico? Pero aun cuando los romances, que son lo que tienen presente ante todo, no muestren huellas de transformación, ¿no son—para servirme de una conocida analogía—no ya más bien productos de rápsodas que de edos, en una palabra, tiene esta forma en realidad todas las notas de una forma puramente primitiva, una brotada puramente del principio de la poesía popular? ¿Se puede acaso mostrar una forma *indígena* de renglones largos, ó en general un canto puramente épico en la poesía espa-

(1) En el «Cancionero de romances» y en la «Silva» de 1550 están los romances del marqués de Mantua todavía en tres ó cuatro grandes secciones; en las ediciones posteriores de la «Silva» están ya unidos en uno. De éstos y otros semejantes se citan nominalmente los arregladores *(joglares* ó también *trovadores)* como de los del marqués, Jerónimo Temiño (v. «Primavera», núm. 167); de los del conde Alarcos, Pedro de Riaño, en las impresiones aisladas (v. «Primavera», núm. 163), etc. Un ejemplo más decisivo de esta reunión en un todo cíclico más grande es el conocido romance del Cid del sitio de Zamora: «Después que Vellido Dolfos», tal como lo dan las primeras ediciones del «Cancionero de romances» y de la «Silva» («Primavera», núm. 53), mientras que en las ediciones y colecciones posteriores ha vuelto á ser resuelto en sus elementos primitivos, los romances más cortos (v. también «Primavera», I, pág. LXXVII).

ñola? La rectificación y estimación de estos dos últimos puntos en particular me parece tan esencial y tan decisiva, que voy á considerar todas las objeciones generales contra los renglones largos en los cantos populares desde el punto de vista de las formas típicas de la poesía popular en general (v. *Ueber die Lais*, pág. 166-171), y á limitarme tan sólo á la contestación de estas cuestiones, que están en el más íntimo nexo causal entre sí y con la primitiva y actual forma de los romances.

Podrá parecer á primera vista una paradoja el que se rehuse á la poesía española el canto popular *primitivo y puramente* épico. Y es, sin embargo, natural y lógico con sólo que se limite claramente por una parte el concepto de la épica primitiva, diferenciándola de los cantares populares épicos en cuanto á los asuntos y á su espíritu, aunque de un colorido lírico en cuanto á la concepción y la forma, y por otra parte se tenga en cuenta la historia del desenvolvimiento y formación de los pueblos y reinos neo-españoles. La pura épica primitiva es la representación poético-ideal, pero puramente objetiva, de la fe y la conciencia del pueblo mostrada en el relato de los hechos; son sus condiciones un estado completamente sencillo, alejado todavía de esta civilización artística, un creyente abandono á lo ideal suprasensible y sin compenetrarse de la depencia de lo divino, sin perderse el individuo en la totalidad, el sujeto en el objeto, y una intuición del mundo libre de toda reflexión; arraiga, por lo tanto, como en suelo próximo, en el mito y la leyenda (1). Sólo bajo tales circunstancias y condiciones pueden nacer epopeyas pro-

(1) Este concepto de lo puramente épico está excelentemente desenvuelto en el ya citado trabajo de Wackernagel acerca de la poesía épica. Véase también H. B. Bumpelt *Die Gattungen der Epik nist beronderer Rücksicht auf die deutsche litteratur*, Breslau, 1854, 4, pág. 13 sig.;—y Federico Zimmermann, *Ueber den Begriff des Epos*. Darmst., 1848, 4, páginas 4-15.

piamente dichas. Pero si un pueblo ha progresado ya mucho en la civilización; si se ha oscurecido ó perdido del todo el recuerdo de su estado primitivo, si su fe natural mítica y vaga ha sido suplantada completamente por un dogmatismo positivo; si después del ocaso de los dioses y de haberse amortiguado el heroísmo ideal ha roto la nueva luz del día de la efectividad histórica, trayendo á primer término el interés por las luchas del presente y las personalidades que en ellas se hacen valer; en una palabra, si un pueblo ha pasado de la juventud, sumida aún en los recuerdos crédulos, á la edad viril que se preocupa ya de los combates y cuidados del presente, cantará, sí, en canciones épicas y con objetiva ingenuidad sus sucesos y los hechos de sus héroes; pero estas canciones, hijas del hecho y del momento, han de proseguir y completarse por lo tanto tan sólo con la historia del día, han de quedar siempre rapsódicas, han de tomar, á pesar de toda su objetividad, el colorido y la forma líricas de la emoción, de la participación inmediata en lo cantado, y jamás han de formar una epopeya propiamente dicha, porque les falta calma y continuidad. La primitiva y pura epopeya es el sueño vespertino que se hunde tranquilamente en vagos recuerdos del pasado después de puesto el sol; la canción popular lírico-épica es la sombra de la frente del día que se adelanta. Así la balada popular idealizará más de una vez legendariamente lo sucedido que contempló, pero ni una vez formará el mito fabuloso, porque vislumbra todavía, es cierto, en el hacer humano el gobernar divino, pero ya no antropomorfiza lo divino mismo.

Indios, griegos, germanos, celtas, aun aquellos germanos y celtas romanizados, entre quienes, como por ejemplo en Francia, se hallaba aún en la conciencia nacional una viva conexión con su estado primitivo, con sus mitos populares, hasta después de su romanización y cristianización, todos ellos podían, por lo mismo, crear epo-

peyas propiamente dichas; entre tales pueblos siguió viviendo el mito aun después de la completa conversión y civilización de aquellos, en forma de leyendas populares, y siguió viviendo hasta los tiempos más posteriores, y estos elementos épicos se han conservado en la espesura del bosque de la poesía popular como ruinas de templos cuyas divinidades ha mucho tiempo que se han hecho desconocidas (1). Pero los españoles, es á saber, los españoles que después de la invasión de los árabes y la reconquista de su suelo fundaron el nuevo reino español, de ningún modo se encontraron en tal estado y bajo tales condiciones. Ya los visigodos, los dominadores de los hispanos totalmente romanizados, de los hispano-romanos, y el núcleo de la nación neo-española, llevaban consigo muy débiles recuerdos de su primitivo estado, y sus mitos; por su temprana conversión al cristianismo y sus largas peregrinaciones, habíanse acomodado muy de grado al modo de ser romano-cristiano; como todas las ramas góticas entre los germanos, habíanse encerrado en la civilización romana, haciéndose primero arrianos demasiado celosos y luego no menos celosos católicos; y cuando después de un dominio de los árabes de casi cuatro siglos volvieron á reunirse y apiñarse en la jurisdicción de Asturias, estos epígonos no eran ya «godos» más que por el nombre, sino en realidad españoles y católicos, debilitodas por el lujo romano, fanatizados por disputas eclesiásticas y sutilezas dogmáticas. Es cierto que se sim-

(1) Véanse las importantes palabras de J. Grimm acerca de estos fragmentos épicos y místicos y su significación científica en su prólogo á la notable traducción del *Pentamerone* de Basilio hecha por Félix Liebrecht, parte I, pág. IX y sig. Véase también lo que dice muy bien Grundtvig (lugar citado, pág. XXVIII y sig.) acerca de la esfera *mística* de los cantos populares por oposición á la esfera *histórica* de los mismos, de donde se verá claro respecto á los españoles por qué faltan entre ellos los pertenecientes á la *primera*, los cantos de héroes y maravillas, mientras hay tal riqueza de los de la *segunda* esfera, los cantos históricos y caballerescos.

plificaron y fortificaron de nuevo en las seculares luchas que sostuvieron con los árabes peleando por su existencia, por su suelo hereditario y por su fe tradicional; pero mediante estas luchas, renovadas á diario, esta existencia siempre pendiente de un hilo, esta gradual reconquista del suelo, este combate por la fe en que había que pelear con la espada y la palabra, concentráronse sus fuerzas é intereses en el presente, y de este modo, no sólo fueron expulsados como inútiles sino hasta rechazados cual heréticos los recuerdos del pasado que no estuvieran en inmediata conexión con su persistencia nacional, con su ortodoxia. Añadióse á esto que el país de la reconquista se fraccionó en muchos pequeños reinos, los cuales llegaron hasta pelear entre sí; reyes, príncipes y hasta ricos-hombres peleaban y obraban de ordinario y aislados, cada cual fiado en su propio puño, por sus intereses privativos, reuniéndolos rara vez la necesidad y el peligro comunes bajo la bandera nacional y en pro de la fe cristiana frente á las intrusiones de los infieles. Así es que eran primero y ante todo navarros, catalanes, aragoneses y castellanos, y después españoles, así lo general y nacional fué relegado á segundo término por estos intereses particulares, llegando á lo sumo á conciencia viva en alguna personalidad que cada vez se hacía más de valer, en un representante del carácter nacional.

¿Parecerá ahora paradójico que rehusemos á los españoles la pura épica primitiva? ¿Se puede buscar y suponer ésta en un pueblo al cual faltaba y debía faltar continuidad con sus primitivos estados, sencillez de relaciones y tranquila contemplación y recuerdo del pasado, que jamás alcanzó una especie de foco épico (como los franceses bajo los carolingios) por un suceso grande, que conmoviera á toda la nación ó por la centralización bajo una sola casa reinante? Por esto no pudieron formarse entre los españoles epopeyas de largo aliento; por esto entre

ellos menos que entre todos los pueblos de Europa se hallan fábulas populares privativas; por esto tenía que aparecer entre ellos la épica ya desde un principio como la tenemos conservada en los romances; como *cantar popular histórico*, á las veces, es cierto, con una idealización legendaria, pero arraigando siempre en la realidad y siguiendo al hecho cantado, concentrándose, es cierto, en torno á una personalidad sobresaliente, ó encadenando los sucesos en una serie, pero jamás extendiéndose y fundiéndose en epopeya cíclica; con objetiva ingenuidad y base legítimamente épica, sí, pero con *forma* y *colorido-líricos* (1).

(1) V. Rosenkranz: *Allgemeine Geschichte der Poesie*, parte III, páginas 8-10, el cual de las circunstancias y condiciones bajo las cuales se desenvolvió la épica entre los españoles, concluye con razón: «Lo épico surgía, pues, de la concepción de la propia historia. Pero como esta se fraccionaba en muchos círculos especiales, faltaba unidad en esta dirección.» Y «El romance no era otra cosa más que una llana exposición de un hecho significativo. Mas como reflejaba el objeto en su pura objetividad como en un espejo, encantaba por su inconsciente poesía. Su fuerza residía en esto, en sacar de la realidad el elemento en que se concentraba su significación espiritual (es decir, que formaba el hecho legendariamente) y porque esto sucedía sin reflexión producia tal realzamiento libre de todo prejuicio el más alto encanto.» Y Clarus *Darstellung der span. Lit. im Mittelalter*, parte I, páginas 133-138, sobre todo la 135: «Desviándose de los cantos épicos de otras naciones, que nos muestran poemas heroicos más largos, se nos presenta la brevedad de las más antiguas poesías épicas de Castilla. Pero esta misma cualidad prueba el arraigo del elemento épico en el presente histórico de los cantores. La primera formación de lo épico en España se puede representar sin duda alguna del siguiente mod o: las aflicciones de los tiempos, de donde se tomó el asunto de las más antiguas canciones, la instabilidad del presente, cuyos momentos ponían sin cesar en movimiento nuevas actividades, no dejó en un principio aliento para relatos largos. La actividad del espíritu épico, madurada para tomar forma, se asió, por lo tanto, á cualquier hecho significativo que tuviera á mano, lo envolvió en el ropaje de la poesía inconsciente, lo presentó á los susceptibles compatriotas, etc.» Pero lo que sobre todo me ha producido una singular satisfacción es que Dozy—á pesar de *no* participar de mi opinión acerca de la forma primitiva de los romances—conforme del todo con esta *fundamentación pragmática de la falta de epopeyas*

Ahora bien; *con la falta de la cosa cesa la íntima necesidad y la razón de ser de su forma,* pues en la poesía legítima están siempre una y otra en la relación de causa á efecto. Así, pues, por no poder desenvolverse en la poesía española la epopeya propiamente dicha, no necesitaba renglones largos épicos y no puede demostrarse que sean de hecho *producto indígena primitivo* del suelo español.

---

populares puras propiamente tales entre los españoles, pues también él ha hallado (l. c., pág. 649) que: «La poésie qui se forma en Espagne n'avait, pas une poèsie epique *proprement* diate. Celle-ci ne *pouvait naître* en Espagne, etc.» Y para explicar este hecho, dice (pág. 650): «Homme d'*action* guerrier intrépide et audacieux, le Castillan se créa une *poèsie narrative qui convenait à son caractère.* Dans *romances*, il raconte un *seul fait* d'une *manière simple, brève et vigoureuse;..*, de la vient que la romance presente souvent quelque chose *d'énigmatique,* car doué d'une vive imagination, le poète passe sous silence les circonstances accessoires, donne-t-il quelque chose de plus que ce qu'on aurait stricctement le droit de lui demander, alors il peint d'*un seul trait*, mais qui parle directement au cœur ou à l'imagination... la poèsie castillane s'attachait donc à la réalité.» Pero cuando Lemcke (l c., II, pág. 9) pretende hallar el fundamento de la falta de epopeyas populares entre los españoles y aun de sus poco satisfactorios ensayos en la posterior epopeya artística culta, explicándolo «porque los romances eran la única forma para la materia épica que respondiera *del todo* al espíritu nacional» parece que toma el efecto por la causa; por lo ménos no da razón alguna de por qué la forma de los romances tenía que ser y seguir siendo popular, y por qué la formación más extensa, propiamente épica no podía jamás haber sido nacional en España. Y cuando, yendo aun más allá, rechaza la validez de la razón por mí presentada, alegando que en *todas* las naciones germánicas y germano-románicas se interrumpió más ó menos la conexión con sus tiempos místicos á causa de las *emigraciones de los pueblos*, y que la *época del renacimiento* de estos, la formación de las nuevas nacionalidades de elementos *mixtos* fué á la vez el manantial de la poesía popular épica propiamente primitiva, etc., á todo esto podría recordarle que el nacimiento de las grandes epopeyas nacionales de los alemanes y franceses ocurrió en una época en que por una parte formaban todavía su base múltiples *canciones populares del ciclo místico*, como lo ha expresado muy bien Grundtvig (pág. XXIX), refiriéndose aquéllas á éstas como los cantos homéricos en su forma actual á las canciones populares griegas, perdidas ya, y de las cuales brotaron; y época, por otra parte, que era el *fin y punto de reposo* de un desenvolvimiento más amplio y formación más firme, que fueron cobrando fuerzas

Sólo los redondillos (1), con sus pies quebrados y versos dobles ó de arte mayor, son el ritmo prístino y fundamental de la poesía española. Como tal lo nombran los dos más antiguos escritores acerca de la versificación española; el marqués de Santillana y Juan del Encina. El primero dice en su famosa carta: «Los catalanes, valencianos, y aun algunos del reyno de Aragon, fueron y son grandes oficiales desta arte. Escribieron primeramente en trovas rimadas, que son pies ó bordones largos de silabas, e algunos consonaban e otros non. Despues desto usaron el decir en coplas de diez sílabas á la manera de los Lemosis.» En este pasaje habla claro de los metros extranjeros, introducidos de la poesía trovadoresca provenzal en la de los catalanes y valencianos, los renglones largos en *trovas* (esto es, estrofas no propiamente artísticas), rimados muy imperfectamente, probablemente de las *tirades monorimes* y *chansons de geste;* y los versos

después de las emigraciones de los pueblos. El «renacimiento» de los pueblos cristianos de España, por el contrario, ocurrió en un tiempo en que se había ya disipado completamente el recuerdo de lo místico-heroico por siglos de completa cristianización y de una cultura que pasaba ya á supercivilización, en un tiempo que no era el fin de un proceso evolutivo, el tranquilo desplegarse, sino el *comienzo* de una completa *renovación* que partía de estrechos límites, luchando sin descanso por la existencia. Por esto no podían producir los españoles epopeyas populares, sino tan sólo cantares populares lírico-épicos; por esto no hallamos entre ellos ninguna canción heroica ó de maravillas, sino tan sólo *romances históricos y caballerescos.*

(1) Cuando hablo de «redondillos» sin aditamento alguno, quiero decir los *versos redondillos*, los conocidos ritmos trocaicos de seis y ocho sílabas (versos de redondilla mayor y menor), que como medida exclusiva del romance, se llaman también *versos de romance*, y además, cuando se hable de estrofas de romance (cuartetas), no se debe confundirlas con las *redondillas*, que constan, es verdad, de versos redondillos, pero son puro producto artístico, estrofas de cuatro versos con rima alternante, sin líneas intermedias faltas de rima y con ésta pura (á diferencia de la asonancia artística). V. *Alcalá Galiano* en Depping, l. c., t. I, pág. LXIX y siguientes, y Schack, l. c., parte I.

decasílabos *á la manera de los Lemosis* en estrofas artísticas *(decir en coplas)*. Enumera después algunos de los más famosos trovadores catalanes y valencianos, y en seguida prosigue: «Entre nosotros usóse primeramente el metro en asaz formas: así como el libro de Alejandre; los votos del Pavon; e aun el libro del Arcipreste de Hita. E aun de esta guisa escribió Pero Lopez de Ayala el viejo un libro que fizo de las maneras del Palacio, e llamaronle Rimos (es sabido que todos estos poemas están en estrofas alejandrinas de cuatro versos, y sólo las obras de Hita y de Ayala con algunas poesías puramente líricas en redondillas entremezcladas, que es lo que á lo sumo puede significar lo de «asaz formas»). E despues fallaron esta arte que mayor se llama, e el arte comun creo en los Reynos de Galicia e Portugal, donde non es de dubdar que el ejercicio destas sciencias mas que en ningunes otras regiones ni provincias de la España se acostumbró; en tanto grado, que no ha mucho tiempo cualesquier decidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces, ó de la Estremadura, todas sus obras componían en lengua gallega ó portuguesa.» Aunque el marqués es natural que hable aquí de los poetas artísticos y cortesanos, de los de la España occidental, que entonces cantaban todavía por su mayor parte en el dialecto gallego, habían tomado precisamente estos, como he mostrado antes, sus formas de canciones de la *poesía popular indígena*. De estos datos altamente importantes y muy exactos que nos ofrece el marqués aparecen ser formas *indígenas* de la poesía española—excluyendo aquellos versos largos lemosines y los alejandrinos (versos franceses), introducidos igualmente de la poesía de los trovadores ó de los troveros—los *versos de arte común* (llamados también posteriormente *de arte real)*, esto es, los redondillos, y los *versos de arte mayor*, esto es, los redondillos de seis sílabas redoblados, la *única* forma *in-*

dígena de versos largos en español, la cual no se presenta jamás en poesías populares, inventada poco más ó menos hacia el final del siglo XIII por los poetas artísticos (1), y llamada por ellos, en oposición al «arte común» de la poesía popular, «arte mayor.»—Aún con más precisión se expresa acerca de esto Encina que vivió unos cincuenta años más tarde (*«Cancionero»*, Salamanca, 1509. *«Arte de poesía castellana»*, cap. 5. *«De la mensura y examinación de los pies y de las maneras de trobar»*): «Hay en nuestro vulgar castellano dos géneros de versos ó coplas. El uno quando el pie consta de ocho sillabas ó su equivalencia que se llama arte real. El otro quando se compone de doze ó su equivalencia que se llama arte mayor.» Y en el cap. 7: «De los versos y coplas y de su diversidad», en que enumera las diferentes clases de estrofas y sus denominaciones, menciona expresamente las estrofas de romance entre las que pertenecen al arte real: «...y aun los romances suelen yr de quatro en quatro pies (versos): aunque no van en consonante, sino el segundo y el quarto pié, y aun los del tiempo viejo no van verdaderos consonantes, y todas estas cosas suelen ser de arte real; que el arte mayor es mas propia para cosas graves y arduas.»

Si se pudiera por lo tanto considerar á los redondillos octosílabos de los romances como la resolución ó fraccio-

(1) Sí, como es muy probable, los fragmentos del «Libro de las Querellas» y «del Tesoro» de Alfonso el Sabio son ilegítimos, se han de kallar los ejemplos más antiguos de versos de arte mayor que hasta hoy hayan sido dados á conocer en el «Conde Lucanor», en el Arcipreste de Hita (aunque comienzos completamente rudos, en las coplas 1019 á 1040), y ya más completamente formados en López de Ayala, en la «Danza general de los muertos» etc. En el siglo XV este género de verso es el predominante, sobre todo en los poemas mayores, como en las «Trescientas» de Juan de Mena, etc., pero se puso fuera de uso apenas se introdujo el endecasílabo. (V. Sarmiento *«Obras póstumas»* pág. 192 siguientes, y Amador de los Ríos, *«Estudios sobre los judíos de España»*, páginas 316-318.)

namiento de los versos largos primitivamente de diez y seis sílabas—medida tan inflexible y enorme, que, para no hablar de cantares populares, hubiera sido demasiado pesada aún para la epopeya de largo aliento (1)—se debería hallar en alguna parte huella de la aplicación y cultivo de estos versos largos como *tales* en la poesía artística y española (2), y no se habría tenido por necesario en los más largos poemas narrativos (como en los conocidos de Berceo, del rey Apolonio, de Alejandro, Fernán González, y en las obras épico-didácticas del Arcipreste de Hita y de Ayala) y hasta en los semi-populares semi-artísticos del Cid, servirse de los alejandrinos extranjeros, que jamás se habían aclimatado bien (3), que

(1) Casi como una parodia de esta suposición de los versos primitivamente largos nos suena lo que Damas Hinard, tan excelente conocedor por otra parte de la literatura española, dice de ellos, cuando de un modo por lo demás completamente consecuente hace nacer los romances de grandes poesías épicas: «Les premiers monuments de la poésie traditionale en Espagne furent sans doute des compositions considérables, des poèmes gigantesques (!)... Plus tard... on les brîsa, on les mórcela, on en sépara les divers épisodes, qui devinrent autant de potits poèmes complets que l'on chanta isolés... De même pour la versification: composés d'abord dans un mètre lourd, grossier et d'une étendue excessive (!), on leur donna ensuite, en dédoublant ce vers inmense (¡!), une allure plus leste et plus rapide» (Romancero español, tomo I, págs. 5-6). También Milá y Fontanals (l. c., p. 35 y p. 55 y 56) cree reconocer en la forma de los romances una formación de versos largos épicos, porque considera á aquellas como fragmentos de grandes epopeyas caballerescas. (V. «Primavera», páginas 75-78. En Alemania apenas necesita esta opinión ser contradicha.—Véase, por lo demás, lo que ha hecho muy bien observar acerca de esto recientemente Huber en su crítica de la «Primavera», en los *Götting. Anz*, 1857, cuaderno 43, págs. 421-422.)

(2) Ni una sola ver en Hita, que, como es sabido, se proponía como tarea propia presentar en sus obras todas las formas y combinaciones rítmicas artísticas conocidas (v. su «Prólogo»). Por esto dice Alcalá-Galiano (l. c., p. 73) con razón: «Por otro lado, siendo el verso octosílabo mitad de otro más largo, debería serlo de un verso de diez y seis sílabas. Ahora, pues, éstos no se encuentran ni en las composiciones más viejas.»

(3) Así es que el autor del «Apolonio» llama á su obra: «un romance

aun en su más grande cultivo, por ejemplo, en Hita y Ayala, llevan todavía las trazas de la desacomodada imitación de lo extraño, y que habían de volver á ser abandonados con el desarrollo de la poesía artística (así es que Ayala, por ejemplo, los llama ya «antiguo rimar» y «rudos»). Ya precisamente en el «Poema del Cid» (1) que tantas veces ha sido alegado en defensa de los versos largos, se ve muy claro, si se lo examina con toda exactitud y sin prejuicio alguno, las trazas de la ruda, trabajosa y desacomodada imitación de las *formas extrañas* y el estropeamiento de las propias. Que á pesar de toda la irregularidad y rudeza («sin ningunt orden, regla ni cuento»)

---

de nueva maestría», y el del «Alejandro»: «de grant maestría», diciendo de sí y de su arte:

> Mester trago fremoso, non es de ioglaria,
> Mester es sen peccado, ca es de clerecia.

(1) También concuerdo perfectamente con la perspicaz observación de Diez (en su crítica de la «*Crónica del Cid*» de Huber) de que el «Poema» por lo menos en el respecto formal *no* puede pasar como un modelo de la épica nacional, y conformo con él en esto precisamente porque no admito épica alguna en este sentido en España; y hasta deduzco de que él mismo se llame «cantar» y «gesta», siguiendo hasta en el nombre á modelos franceses, que ha de ser uno de aquellos «cantares de gesta de los juglares» citados en las crónicas. También Dozy, según he dicho, está de acuerdo con mis puntos de vista respecto á la falta de una epopeya nacional propiamente dicha entre los españoles, debido á sus circunstancias político sociales y á su carácter. Es más, dice, aludiendo á la mención de los «cantares de gesta» sobre la leyenda de Bernardo del Carpio en la crónica alfonsina (págs. 640-641), con referencia á los poetas castellanos (digo castellanos, porque la influencia de los franceses sobre los poetas cortesanos gallegos y lemosines es indisputable): «Il est possible qu'ils aient *emprunté le nom et la chose aux Provençaux*». Pero al mismo tiempo, en apoyo de su anterior afirmación (pág. 616) en favor de ser indígenas los versos largos y de que en ellos se compusieron los romances, añade: «ce qui n'implique nullement qu'ils aient *aussi imité le système métrique* de ces derniers».—El Sr. Damas Hinard, en su hermosa edición del «Poema del Cid» (pág. 33 y sig.), ha expuesto con hechos llegando hasta los menores detalles, la prueba de que en el «Poema» se procuraba imitar las

se esforzaba por imitar la forma de las tiradas alejandrinas de las *chansons de geste*, lo ha aceptado también Diez, el más perspizcaz y docto conocedor de la rítmica románica (v. sus *Altromanische Sprachdenkmale*, Bonn, 1846, pág. 107); pero es significativo que la primera mitad de los versos largos, que de ordinario prepondera y es la más inexacta en el número de sílabas, á menudo tenga cadencia yámbica, mientras la segunda mitad la más importante á causa de la rima, tiene en su mayor parte una marcha *trocaica* y *seis* sílabas antes de la sílaba rimada, en que penetra así la forma nacional de los redondillos (1).

«Chansons de geste», y prueba no simplemente *a priori*, sacada de razones de analogía ó fundadas en la naturaleza de las cosas, de que si un pueblo no teniendo un género poético *ni pudiendo producirlo espontáneamente*, lo deriva de otro «en cuanto á la cosa y al nombre», procura seguramente y *ante todo* imitar y apropiarse la *forma extraña*. Mediante comparaciones con los más antiguos poemas provenzales y franceses ha probado cómo el modelo que se proponía el «Poema del Cid», el tipo fundamental de los versos largos, era el alejandrino de doce sílabas, *(a)* como en el castellano, lo mismo que en el francés, las salidas sordas bisílabas ó cesuras presentan la misma arbitrariedad en las elisiones y síncopes, etc., cómo, finalmente, se encuentra en las poesías *castellanas* subsiguientes (por ejemplo en las de Gonzalo de Berceo) formas *más artísticas* que corresponden al desarrollo de estas francesas.

Compárese además sobre la relación entre el elemento nacional y el extranjero en estos cantares de gesta españoles y especialmente en el «Poema del Cid», las finas y notables observaciones de Huber en la *Götting. Anz.*, 1857, cuaderno 43, págs. 419-421.

(1) Esto lo ha hecho también Tapia en su «Historia de la civilización española», Madrid, 1840, 8, tomo I, pág. 268 y sig., reuniendo muchos ejemplos de ello. y deduciendo que: «El hallarse en él tantos versos de ocho sílabas no hubo de ser efecto de pura casualidad, sino de intercalación hecha de propósito, tomándolos de las canciones populares». Lo cual ha sido corroborado de nuevo por el docto marqués de Pidal (en la introducción al «Cancionero de Baena», pág. 25): «En el *Poema del Cid*, aunque con las imperfecciones de los primeros ensayos, se descubre muchas veces la versificación que prevaleció más adelante en esta clase de composiciones; y muchos trozos de él están escritos en el *verso asonantado de los romances.*»

(a) *Catorce*, según nuestra cuenta.

Todavía más patente se muestra esta relación en el otro poema del Cid, editado la primera vez por el señor profesor Michel, ó mejor dicho, en la «Crónica del Cid» semi-rítmica semi-prosaica, citada ahora de ordinario con el nombre de «Crónica rimada del Cid». Considero este monumento, sumamente notable en más de un respecto, como una Crónica del Cid que ha acogido en sí un más antiguo poema del Cid, compuesto á lo sumo medio siglo más tarde; como sucedió á la «Crónica general» ó crónica en prosa del Cid con el «Poema». Pues, aparte de la entrada en prosa hay muchos pasajes, y en particular los genealógicos, que manifiestamente no son rítmicos del todo (como las líneas 235 hasta 248, que están también sin rima; igualmente las líneas 312-315, una explicación intercalada por el cronista) á pesar de todo lo que se quiera poner á cuenta del manuscrito echado á perder de más de un modo. Pero la mayor parte contiene en general un poema casi completamente sin alteración, formado de igual manera sobre el patrón de las *chansons de geste*, pero también basado sobre romances, semi-artístico, semi-popular, que construyó la forma extraña sobre elementos indígenas, y que no es ni puro producto de la poesía popular ni tampoco de la poesía de los juglares, sino más bien de un refundidor *(diasquevasta);* pero el cual desde los romances cuales no quería aprovechar más que en los asuntos en la todavía ruda imitación de la forma extraña, fué llevado involuntariamente á la unión asinartética de la misma con la típica nacional de los cantos populares. De aquí que junto á alejandrinos formados ya del todo (por ejemplo, verso 449, 451, 461 hasta 462, 494, 500, 502-505, etc.), contiene en su mayor parte versos largos, que tienen aún en la primera parte, que es la predominante cadencia yámbica, aunque en la segunda trocaica (1). En muchos pasajes, y precisamente

(1) La mayor parte de las líneas todavía efectivamente rítmicas tie-

en los que por su colorido poético parecen proceder inmediatamente de cantos populares (1), se puede sin grande extorsión resolver de nuevo los versos largos en los redondillos normales (v. gr., versos 305 á 311, y 316 á 357.) Tienen en tales pasajes los versos largos entonación ó acorde sordo (como es natural muchas veces con sílabas secundarias átonas), mientras la parte restante de la *Crónica Rimada* tiene una asonancia que suena aún muy rudamente (sobre *a-o*) y hasta el lenguaje parece ser en aquellos pasajes más antiguo. Por lo demás, la división de las líneas, aun en los pasajes manifiestamente rítmicos, se ha hecho muy difícil, en parte por culpa del cronista que la transcribió y en parte por los copistas torpes; pero si bien no siempre se han de poner á esta cuenta las asonancias que se presentan á menudo en el medio de las líneas, tampoco parece que se las puede considerar más que como un fenómeno meramente casual, sin que puedan justificar la conclusión de una «asonancia consecutiva», que primitivamente tuviesen los hemistiquios. (V. la Introducción de Huber á la Crónica del Cid, pág. CXLVIII). No más que en el «Poema» dan las alteraciones de la asonancia, ni siquiera los párrafos marcados aquí en el manuscrito con una mayúscula, punto de apoyo para una división regular en tiradas (trovas) ó aunque sea en cantos (cantares) puesto que no conforman con las pausas de sen-

nen *doce* ó *diez y seis* sílabas, redoblamiento, pues, de los redondillos indígenas, mientras el alejandrino de los españoles que, como es sabido determinan su medida por las palabras *llanas*, debe tener como metro normal *catorce* sílabas (ó su equivalente en agudos y esdrújulos, es decir, de 12 á 16 sílabas. Comp. Sarmiento, *Obras póstumas*, páginas 167, 189 y siguientes).

(1) En general, esta crónica rimada es tomada en conjunto mucho menos poética y más ruda que el «Poema del Cid», pero en más de una cosa está más cerca del sentido popular, como, por ejemplo, en la exposición de las relaciones del Cid el con rey Fernando, que no es propiamente más que su protegido.—Comp. Dozy, l. c., páginas 623-637; 664-671; y 684-687.

tido y de relato. Por el contrario, se puede más bien decir que reina también aquí el capricho más tosco, pudiéndose á lo sumo inducir en nuestra crónica rimada las inserciones menos trabajadas, partes (romances) sacadas inmediatamente de cantos populares, encajadas en las restantes ya del todo arregladas y procedentes de otros orígenes (leyendas, crónicas latinas), y todo esto inducido de la relación ya notada que los pasajes de rima sorda guardan respecto á lo demás de la narración, penetrada toda ella por una asonancia predominante en *a-o* (1).

Así es cómo se redujo á estos dos rudos y desgraciados ensayos la introducción de la forma extraña de *chansons de geste* y de los versos largos épicos en la poesía española, donde ni podía desenvolverse una tal forma legítima-

(1) Esta, excluyendo algunas líneas aisladas sin rima ó enlaces que se limitan tan sólo á un pareado, está interrumpida por los siguientes pasajes, v. 69-85 en *a;* 103 á 109, en *a;* 300 á 304, en *o* (aquí con el cambio de asonancia empieza una nueva sección, aunque por el sentido la última línea precedente pertenece á ella; 305-311 (á esto sigue el ya notado pasaje en prosa) y 316-357, en *a;* 372-397, en *a* (con el 398 empieza una nueva sección que vuelve á tomar la asonancia en *a-o*; pero en cuanto al sentido sólo pueden separarse ambas secciones por una coma); 758-798, en *o;* 895-902, en *a;* y 1.094 hasta 1.097 en *a*. También Dozy cree que se han conservado ahí *dos romances* y una *canción guerrera*, precisamente en los mismos pasajes aquí señalados; verso 301 sig.; 372 sig.; y 758 sig.—Durán (Rom. gen., 2.ª ed., tomo I, pág. 485) dice muy bien de la forma de la «Crónica rimada»: «Este poema... debe presumirse obra de un juglar (?) que con *pretensiones de poeta artístico* reduce á versos largos, de forma *francesa* los *redondillos* de nuestra nacional.»—Esta base nacional, á saber, la indígena de los *versos de romances* rota, de un modo tan fácil de ver, por los esfuerzos para imitar la forma extraña, la ha puesto de relieve también el marqués de Pidal (l. c., p. XXVI): «La *Crónica rimada del Cid* es casi *toda un romance de ocho sílabas* imperfecto; y sin grande esfuerzo se pudiera escribir una gran parte de ella en esta forma, con muy pequeñas variaciones.» De este restablecimiento de la forma de romances da muchos ejemplos y muy patentes.—Así es como críticos nacionales, que tienen ciertamente acerca de esto el más fino sentido, han corroborado tanto lo extraño de los versos largos como la involuntaria penetración del rimo fundamental indígena en estos dos poemas del Cid, únicas en (cierto modo) epopeyas nacionales de los españoles.

mente épica por la ya citada falta de un fundamento de asunto y de la razón de ser por éste condicionada, ni podía llegar á ser popular por adopción, mientras que allende los Pirineos, en la poesía artística popular del francés meridional y septentrional, se verificaban estas condiciones, y por lo tanto, se desenvolvía autóctonamente y se desplegaba duradera y rica (1). Las estrofas alejandrinas de cuatro versos que se formaron siguiendo á las prosas eclesiásticas latinas y á los *dits* franceses, son poemas artísticos épico-didácticos de los españoles, de los siglos XIII y XIV, destinados á ser recitados y leídos, pero que jamás fueron, de seguro, populares, ni se emplearon en los *cantares de los juglares*, destinados al canto y la recitación. Así, por ejemplo, el poeta del «Alejandro» que se envanece de su erudición *(clerecía)*, y levanta su arte por sobre la «joglaría» dice de estas estrofas alejandrinas de cuatro versos monórrimos, en que está compuesta su obra:

Fablar curso rimado por la quaderna vía
A sillabas cuntadas, ca es grant maestría.
Qui oirlo quisier a todo mio creer
Avrá de mi solás, en cabo grant placer,
Prendrá bonas gestas que sepa retraer,
.....
Quiero leer un libro de un Rey noble pagano
.....
Terné, se lo compriere, que soe bon escribano.

(1) Diez ha puesto en claro con sus acostumbradas perspicacia y profundidad lo primitivo de la forma épica y la espontaneidad de los versos largos épicos en su notable escrito: *Altromanische Sprachdenkmale berichtigt und erklärt, nebst einer Abhandlung über den epischen Vers* (Bona, 1846, 8), probándolo hasta la evidencia. Además, cree que el verso de diez sílabas, que falta casi por completo en la poesía castellana ó propiamente dicha española, es sin duda alguna el más antiguo y popular metro épico, y el alejandrino no más que una formación posterior y más artística, salida de aquél (págs. 129-130). Véase Simrock *Die Nibelungenstrophe und ihr Ursprung*. (Bonn, 1858, 8, págs. 99-100.)

Estas razones estrínsecas é intrínsecas, este desarollo pragmático de la poesía romancesca y hasta los expresos testimonios de los escritores de arte y los poetas españoles, justifican nuestra suposición de que, ni los romances pudieron haber sido compuestos primitivamente en versos largos, ni puede considerarse la forma de los redondillos, conocida más tarde, como una resolución de la de aquéllos, sino que precisamente estos redondillos son la forma primera y fundamental de las canciones populares españolas, y por lo tanto el metro indígena español en general, y que sólo los redondillos octosílabos fueron ya primitivamente y han seguido siendo la medida de las canciones populares lírico-épicas de los españoles ó de los romances épicos propiamente tales (la medida de los puramente líricos, *romances cortos,* son los redondillos de seis sílabas, que aparecen ya muy temprano, v. gr., en las *serranicas* del Arcipreste de Hita). Después de tantos testimonios sobre ello sería completamente superfluo probar aún más la antigüedad y popularidad de este metro en general, sobre todo en los idiomas románicos, y entre estos más especialmente en el español (1), tanto más

(1) Comp. *Ueber die Lais,* pág. 166 y siguientes. Huber *Latein. Abhandl.*, pág. 14; todos los críticos españoles desde Argote de Molina hasta Durán. (Este último dice, l. c., t. I., pág. LIV: «Entre las combinaciones métricas anteriores al siglo XVI que se encuentran en la poesía castellana, ninguna es más fácil, natural y acomodada al carácter de la lengua y al género narrativo, que la del romance común octosílabo... Además, el ritmo monótono del romance parece indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio á las danzas pausadas del país donde nació [Asturias], que aún conserva él solo inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada día las demás canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas más artificiosas». Y pág. XL: «La medida del verso *redondillo ú octosílabo es la primera que debieron* encontrar nuestros versificadores inartificiosos, porque nace *más fácilmente que otra* de la construcción é índole armónica de nuestra lengua y de la rotundidad de sus períodos.») V. también Pidal, l. c., págs. XXV y XXVI: «Los juglares y cantares populares adoptaron casi *exclusivamente* el verso fácil y sencillo de *ocho sílabas*», etc.

cuanto que un perito como Diez, ha tratado con su acostumbrada maestría del verso octosílabo lírico y épico de la poesía románica medio-eval, dejando al épico en su derecho (*Altromanische Sprachdenkmale*, pág. 108 y siguientes, 116-117, 121, 131-132).

Si ha sido ésta, como apenas puede ponerse en duda, la medida primitiva de los romances, se nos vuelve ahora á presentar otra dificultad, el enlace de rima ó asonancia que se aparta de la forma típica de la poesía popular, enlace de versos alterados con versos intermediarios libres, forma de rima que ni puede ser originaria ni ha podido surgir del mero principio de la poesía popular sin influencia heterogénea. Huber, en sus dos ya citados ensayos, ha adquirido el mérito de haber intentado explicar esta enormidad, que ha llegado á serlo desde el momento en que habiéndose investigado con toda exactitud las formas primitivas de toda poesía popular y habiéndose abstraído algunas notas capitales, no se han podido aplicar estas notas á la de los españoles ni aun hasta los tiempos más modernos (1). La opinión de Huber es que los romances fue-

(1) En tiempos muy recientes han intentado algunos, independientemente de estas notas típicas de la poesía popular en su enlace de rima, explicar la forma romancesca como un desenvolvimiento espontáneo. Así es como los Sres. Ad. Helfferich y G. de Clermont (*Aperçu de l'hist. des langues néolatines en Espagne.* Madrid, 1857, 8, pág. 39 sig.), han abierto el camino fisiológico, intentando explicar la formación de los versos por el proceso respiratorio: «Entre une aspiration et une aspiration normales, on pourra toujours, en parlant naturellement, prononcer huyt *syllabes*... On *a accouplé deux vers de huyt syllabes,* le premier produisant une élevation de la voix, en même temps, que les poumons se dilatent, le second un abaissement, en même temps qu'ils se contractent, et ces deux vers qui, quant au fond et quant à la forme, n'en *font qu'un,* ne peuvent pas plus être séparés, que la double pulsation du coeur.» Ven en él el tipo fundamental de *todo* metro épico de la esloca, del verso de los Nibelungos, de los alejandrinos, del hexámetro, diciendo de este último en particular: «cer vers n'est autre chose que l'accouplement de deux vers de huit syllabes». Y deducen de ahí que: «celui qui voudrait attribuer à la forme mé-

ron compuestos primitivamente en redondillos octosilabos y en tiradas unidas inmediatamente por la rima (tiradas monarrimas, «asonancias consecutivas») de que

---

trique du néo. latin qui s'était developpé en *Espagne* une autre source que l'*hexamètre* ou le *distique latin*, se mettrait en contradiction avec toute la marche historique qu'a suivie la civilisation moderne». Añaden que la poesía eclesiástica latina, acomodada y modificada, que la forma artísticamente cultivada del hexámetro (la forme compliquée) jamás fué propiamente nacionalizada entre los pueblos de lengua latina: «ainsi les voyelles pleines furent adoucies d'abord par l'assonance, ensuite par la rime, et, en ajoutant à un premier vers double un second, comme dans le distique on forma une *strophe de quatre vers*: *verso redondillo* (se le debe también llamar «cuarteta ó redondilla»). Pero á pesar de todo concluyen que: «Il n'en fallait pas plus, selon nous, por faire naître de *ces poésies latines la romance proprement dite*, et nous ne croyons pas que les Espagnols aient emprunté l'Alexandrin aux Français». Sin meterme en el algo sutil proceso respiratorio, contra el cual sólo he de hacer notar que precisamente en las naciones románicas que han producido espontáneamente un verso épico el *primitivo* era *decasílabo*, dividido en *dos* mitades *desiguales* por la censura, y que de aquí se desenvolvió el alejandrino; sin traer á cuento la eficacia y mediación de la poesía eclesiástico-latina, sobre lo cual he de hablar pronto, me contento para lo concerniente á la estimación de esta tantas veces intentada derivación del verso de romance y del alejandrino, del hexámetro y del pentámetro con remitir al lector á lo que ha dicho sobre ello un maestro en esta disciplina, Diez, *Altromanische Sprachdenkmale*, pág. 126-129, y más por extenso lo ha tratado su digno discípulo Augusto Fuchs, *Die romanische Sprachen in ihrem Verhältnisse zum Latein*. Halle, 1849, 8.

Finalmente, por lo que hace á la afirmación de que los españoles no hubieran derivado los alejandrinos de los franceses, contéstenla los españoles mismos, que ya desde antiguo llamaron á esos versos «versos franceses», así como la notable demostración, basada en hechos y ya arriba citada, que hizo Damas Hinard de la imitación del metro francés en el *Poema del Cid* y de su correspondiente desarrollo histórico entre los españoles, hasta llegar á versos alejandrinos. Es más aún; los mismos autores dicen en otro de sus pasajes en que hablan de la influencia de la poesía francesa sobre la *castellana* (pág. 12) que: «ils (les Troubadours) transplantèrent sur le sol de l'Espagne, avec leurs sujets favoris, *leurs vers et leur mètre*». Por su parte, mi docto crítico y amigo, el Sr. Duméril, ha intentado poner en claro de otra manera el origen de la forma romancesca en la *Revue Germanique* (págs. 199-201), explicación que voy á insertar aquí con sus mismas palabras, puesto que me parece muy ingeniosa, aunque demasiado complicada: «Les premiers vers étaient ainsi, selon toute

cita como formas análogas las antiguas francesas de la *Chanson du Roi Gorduond* y del *Fabliau* de *Aucasin de Nicolette* (1), hallándose huellas de esta forma origina-

---

apparence, composés d'un petit nombre de pieds qui se reproduisaient successivement sans difference choquante, et des syllabes accentuées, sur lesquelles la voix s'appesantissait davantage, en accusaient la fin. Peut-être cependant le chant ecclésiastique, la psalmodie des prières dont la versification n'était pas métrique, apprit elle dès l'origine à allonger les vers sans en trop briser la cadence, en y introduisant aussi une espèce de parallélisme. Mais avec le temps, un rhythme si vague ne suffit plus; on rendit plus sensible la liaison des syllabes qui en terminaient les deux principales périodes par le rapport de leurs voyelles. Cette consonnance si défectueuse, qui nous semble disparaître sous la pression des consonans, était pour les Espagnols une source abondante d'harmonie, et, comme ils le disaient eux-mêmes, la musique *(asonar)* du vers. Puis enfin l'oreille devint encore plus difficile, plus exigéante, on ne s'accorda plus tant de licences dans la numération des syllabes, et pour en mieux faire ressortir la symétrie on subdivisa chaque hémistiche en deux parties secondaires: l'emphase avec la quelle on appuyait sur les syllabes qui jouaient un rôle déterminant dans la mesure avait dejà devancé et nécessité la règle. L'élément de la versification des romances n'est donc *ni le vers de huit syllabes*, *ni*, ainsi que l'ont prétendu quelques critiques modernes, *le distique*, ni selon une ancienne opinion qui se rapproche beaucoup plus de la vérité, le quatrain; mais un *verset* (estrofa), de *quatre pieds* (versos), *divisé en deux hémistiches* (semi-estrofas) *qui riment intérieurment* comme les vers léonins. Le dernier mot de cette forme de versification, sa perfection artistique, c'est *le quatrain monorime* à syllabes rigoureusement comptées, qui se retrouve si souvent dans la poésie savante du XIII et XIV siècles (las estrofas alejandrinas monorrimas de cuatro versos).» De este modo, si es que he comprendido bien esta teoría, el «elemento» propio de la forma romancesca sería un período de 32 sílabas consistente en dos versos largos de 16 sílabas unidos por rima interna, que se dividieron en semiversos de 8 sílabas por pausa media (cesura sin rima), dando después los tales períodos, construidos según la analogía del paralelismo de las estrofas de los salmos, el tipo de la estrofa de romance y el prototipo de la cuarteta alejandrina.—Me parece esta teoría, como ya he dicho, demasiado artificiosa y complicada para una explicación genética de la forma *lírico*-épica de las *canciones populares*.—Por lo demás, toda esta hipótesis deja sin explicación alguna la forma de las tiradas monorrimas de los romances, que se desarrolló más tarde.

(1) Véase lo que objeta Diez en la citada crítica, en contra de la analogia de estos dos ejemplos, y sus *Altromanische Sprachdenkmale*, páginas 111 y 132. En todo caso, hubiera sido un ejemplo acomodado para eso la

ria en el romance del Cid: «Tres cortes armara el rey» (del «Cancionero de romances»). (V. Diez, l. c., 429-431.) El cambio de esta forma primitiva en la conocida de los romances, lo atribuye á la influencia de la poesía juglaresca, que buscó una forma prolongada en los versos largos alejandrinos por la fusión de los romances populares en grandes conjuntos ó pequeñas epopeyas (tarea análoga á la de los ràpsodas con los cantos de los aedos); pero como esta desgraciada imitación de los alejandrinos extranjeros no podía hacerse popular—en prueba de lo cual cita precisamente el «Poema del Cid» como el único ensayo impopular que ha quedado—volvieron los juglares al ritmo popular de los redondillos, y para hacerlo semejante á los versos largos bipartidos, unieron dos versos redondillos quitando al primero su rima para darle así el aspecto de un hemistiquio separado del segundo nada más que por la cesura, de esta manera hicieron semejantes los romances enlazados á las tiradas monorrimas de versos largos de las *Chansons de geste*.

Entre estos romances transformados y fundidos por la influencia de la poesía eclesiástica y (más próximamente) de la épica francesa, hay que buscar los «cantares de los juglares» que citan las crónicas como invenciones mentirosas, diferenciándose estos «cantares» ó «romances juglarescos» por su extensión y su forma de los primitivos propiamente populares, y pudiéndose acaso considerar como ejemplos y restos de tales romances de juglares ó

---

leyenda de Santa Fides de Agen, que invoca expresamente la tradición española *(razon espanesca)* y el testimonio de gascones y aragoneses (copla 2), la cual tiene cadencia yámbica y denuncia su formación artística por la rima resonante de la primera estrofa, y que muestra el modo francés de exposicion: *Qui ben la diz alei francesca*.—¿No se podría citar en pro de la opinión de Huber el fragmento provenzal de una novela de Alejandro, recientemente hallado y editado por P. Heyse, el cual está en tiradas monorrimas de versos octosílabos y cortos?

«cantares de gesta» españoles los más largos de Carlo-Magno y sus doce pares conservados en las más antiguas colecciones; pero por otra parte estuvieron en la oposición más decisiva á las poesías en estrofas alejandrinas por haberse vuelto á adoptar los redondillos, sellados con toda determinación, aunque modificados por los alejandrinos en su rima de la manera que queda explicada. Estas parejas de redondillos que acaso pasaban efectivamente en la poesía juglaresca como sustitución de los versos largos, pasaron á la poesía propiamente popular con su modo de rima, el cual era muy á propósito, después de todo, para narraciones largas; han tenido en ésta siempre su valor originario, esto es, el de versos *cortos* pero *enteros;* habiéndose así desarrollado la forma de los romances actuales, que el Sr. Huber llama «redondillos secundarios» para diferenciarlos de los «primitivos», en lo esencial del primitivo ritmo fundamental popular, pero con la modificación debida al tránsito por una forma extraña, y á lo menos respecto á los españoles artística, teniendo por lo mismo la nota de una forma salida del principio de la poesía popular pero transformada por una influencia heterogénea artística (1).

---

(1) El conde de Circourt *(Nouv. Rev. encyclop.*, 1847, núm. 9, páginas 40-42), ha matizado esta opinión aún más decisivamente, acompañándola con algunas notables observaciones. Dice de los productos de los juglares: «Elles *n'émanaient pas du peuple*, mais elles *s'inspiraient de lui*, et parl à les jongleurs se distinguèrent des clercs, leurs compositions des chansons de geste espagnoles. D'un autre côtè, s'ils obéissaient en partie à l'instinct populaire, et s'ils prenaient quelques leçons à une école moins étrangère au génie espagnol que l'école des trouvères, à celles des troubadours lémosins, les jongleurs n'échappèrent pas à l'influence française qui, dèpuis Alphonse VI, était devenue si puissante en Castille pour tout ce qui rentre dans le domaine intellectuel. *Les chansons de geste étaient aussi leurs modèles*, mais seulement ils ne s'astreignaient pas à les imiter exactement; ils les modifiaient suivant leurs besoins, montrant en cela plus de tact et de talent que les clercs. *Les poésies des jongleurs sont donc le trait d'union entre les poésies populaires* (nous entendons par là l'œuvre du peu-

Este intento de explicación me parece muy plausible —y no se puede esperar más de tal proceso morfológico, donde los resultados han de deducirse tan sólo de causas genéticas—y me parece plausible sobre todo si se piensa que la «Crónica general» alfonsina, precisamente en el lugar en que habla de la excursión de Carlomagno á España, es donde menciona los «cantares de los juglares (en la edición de Valladolid, 1604, en folio, parte tercera, fo-

---

ple lui-même) *et les poésies des clercs ou des troubadours;* elles participent des unes et des autres, tant pour le fond que pour la forme. Dans notre opinion même, il ne nous reste rien de la poésie populaire qui n'ait passé par les mains des jongleurs» (esto podría limitarlo en cierta medida, es á saber, respecto á los romances de guerras con los moros, *romances fronterizos*, y también varios de los romances cortos amatorios lírico-dramáticos que llevan todavía el sello de la concepción inmediata.—V. sobre la posición de los juglares en la producción de los romances, la aguda explicación de Huber en los *Götting. Anz.*, 1857, cuaderno 43, págs. 426 á 430).—Sigue el conde de Circourt el ya mencionado desenvolvimiento de la forma de romance por el influjo de los juglares y la diferencia en dos períodos, á saber, la transformación capital y completa en el enlace de rima, ó sea la desviación de lo puramente popular verificada desde fines del siglo XIII (por lo menos demostrable desde las Cantigas de Alfonso X): «De cette époque date le mode *secondaire* des romances, qui diffère du mode primitif uniquement par la suppression de la rime aux vers impairs, ou aux hémistiches». Entre los más antiguos romances se hallan muchos que han conservado huellas bastante reconocibles de esta transformación secundaria aun cuando más ó menos modificados por el proceso del *segundo* período, que llama el conde de Circourt *le mode tertiaire*: «Les jongleurs avaient appris par les Catalans à connâitre l'assonnance. Ils contribuèrent pour leurs part à l'introduction de cette espèce de rime, qui leur était commode pour leurs tirades, car ils *proscrivirent la strophe*, et ils devaient la proscrire, tant afin de suivre leurs modèles, les chansons de geste françaises, que pour obéir aux necessités de leur genre semi-épique; mais ils se servaient indifférement de la rime consonnante et de la rime assonnante. C'est à eux que l'on doit le *mode tertiaire*. Celui-ci est *caractérisé par les tirades monorimes*... La plupart des romances réputés anciens appartiennent au mode tertiaire, et ne son autre chose que des romances du mode secondaire remaniés par les jongleurs... Si l'on ne veut pas les attribuer aux jongleurs, ils y aurait seulement à en induire que, dès le milieu du XIV siècle, le peuple ne composait plus que dans ce mode et abandonnait le mode secondaire, comme plus difficile, aux poëtes lettrés».

lios 30 b, 33 b, 34, 45 b) y que entre los romances que han llegado hasta nosotros, los que más se caracterizan como tales romances juglarescos por la antigüedad del lenguaje y la rima, la extensión y el tono épicos, son los que tratan de Carlomagno y de sus Doce Pares, diferenciándose de los restantes romances populares lírico-épicos; precisamente en su mayor parte estas leyendas fueron ocasionadas por la fusión de las formas indígenas con las extranjeras. Pues en parte estas leyendas—que no pertenecen al suelo español por su origen y formación, sino que fueron á él transplantadas y aclimatadas en él—fueron comunicadas á los juglares españoles por sus vecinos y compañeros de arte los *joglars* lemosines y catalanes, porque de quienes aprendieron seguramente con los asuntos también las formas de la épica francesa; en parte enlazaron con ellas las tradiciones locales conservadas en los cantos populares indígenas, como los vascos de Roncesvalles (1), los navarros de Bernardo del Carpio (2), que hacían que pesara tanto más su influencia cuanto que estos ritmos indígenas fundidos íntimamente con las danzas y melodías nacionales, eran los más corrientes para el oído del pueblo y la boca de los cantores, de tal modo, que no dejaron que prosperaran fácilmente los extranjeros. Así podía haberse efectuado tanto en el respecto formal como en el material una fusión de lo extranjero con lo indígena, de lo popular con lo artístico, en cuanto los juglares intentaban imitar en sus romances largos á modo de epopeyas los legítimos versos largos épicos y las tiradas de estos que se acomodaban á aquellos y habían sido conocidos por las *chansons de geste;*

(1) Esta hipótesis es de todo punto gratuita. Precisamente en la poesía catalana de la Edad Media falta todo elemento épico.—(M. M. y P.)

(2) El único que se cita es conocidamente apócrifo, y nadie sostiene ya su autenticidad. Tampoco hay prueba alguna de la existencia de cantos navarros sobre Bernardo ni sobre ningún otro personaje épico. —(M. M. y M.)

pero en vez de los versos largos—que no existían en la poesía popular indígena, y en la artística tan sólo los alejandrinos, incantables en melodías españolas, y que siempre sonaron de un modo extraño (1)—se mantuvieron en los redondillos imprescindibles al pueblo para quien se había destinado su exposición, y no hicieron más que unirse por parejas con el ya citado modo de rima (2) para hacerse semejantes á los versos largos bipartidos.

---

(1) He mostrado más arriba cómo ni aun los poetas artísticos consiguieron que se adoptara el alejandrino, y cómo sintiendo su extrañeza invencible (v. Diez *Altrom. Sprachdenkin*, páginas 107-108), cuando necesitaron un metro más largo para sus poemas alegórico-didácticos, recurrieron á otro expediente semejante al de los juglares, es á saber, al redoblamiento de un metro indígena popular, los *redondillos de arte mayor*. (Esta manera como nacieron se muestra muy claramente en los rudos comienzos de estos dobles redondillos en Hita, coplas 1023 á 1040, donde todavía están marcados con rima media, expresando muy claro este proceso de redoblamiento de los redondillos ó *versos de arte común*. Alfonso de Baena en su «Cancionero» núm. 37, en que dice de sus poemas en *versos de arte mayor* ó de doce sílabas, que los hizo «por arte común doblada». No es más que un capricho erudito el de Amador de los Ríos en sus «Estudios sobre los Judíos de España», páginas 352-353 al querer derivar los *versos de arte mayor* del hebreo nada menos.) Los versos de arte mayor tenían que debilitarse de nuevo en endecasílabos, los cuales, indígenas largo tiempo hacía en el dominio lingüístico provenzal lemosino como versos de diez sílabas. penetraron en la poesía artística castellana por primera vez, y como novedad con las formas italianas y después de grande resistencia, habiendo sido su campeón Castillejo. En la poesía popular española no pudo jamás disputarse la preminencia exclusiva á los redondillos.

(2) Así Ayala, en su «Rimado de Palacio», cuyas partes épicas y didácticas están compuestas en cuartetas alejandrinas ó en octavas de *arte mayor*, compuso los poemas líricos que van añadidos á ellas en redondillos dobles de seis á ocho sílabas con rima media y final alternativa, diciendo respecto á este enlace por parejas:

> Della (de la Virgen María) fise yo algunos cantares
> De grueso estilo.....
> Que con versetes compuestos á pares,
> Materia ruda non lo tachares.

Los «Cantares» que siguen á esto están escritos en el manuscrito en

Pues no creo, como parece suponer Huber, que fueron empleados efectivamente los alejandrinos en la poesía juglaresca (1) destinada al canto, sino que desde un principio obligados por las tradicionales melodías, se sirvieron de ellos como el ya citado sustitutivo de los versos largos. En dos canciones populares de la más antigua poesía trovadoresca, arraigada aún del todo en la popular, canciones las dos del conde Guillermo de Poitiers se halla un verso largo que corresponde exactamente á estos dobles redondillos, y hasta con cadencia trocaica y rima final sorda (forma estrofas de tres versos con dos versos endecasílabos precedentes, «dominando en toda la canción una misma rima». V. Diez, *Altrom Speachdenkm*, página 123), que nació probablemente por el mismo proceso de dos versos cortos de los cantares populares, ó que más bien hay que considerarlo como un doble verso; puesto que apenas podía nacer como *verso entero* en la *lírica* un metro que predominaba tanto sobre ambas clases de versos largos épicos (2). El mismo Diez halla (l. c., páginas

---

versos largos. (V. la traducción española de Bouterwek, páginas 151-152 y las mismas poesías resueltas en redondillos en Böhl de Faber, «Floresta», tomo I, pág. 2, números 3 y 4.) Si se suprime la rima media se obtienen las estrofas usuales de romance.

(1) No cuento en la poesía juglaresca los dos poemas del Cid, pudiendo dudarse en general que fueran destinados en efecto al canto. Dicho se está, por lo demás, que los juglares, no sólo «decían y cantaban» en los cantares, sino que también, sobre todo en tiempos más recientes, decían simplemente y hasta leían, sea sus propios relatos (fablas) sea los *romances*, *cuentos rimados*, *ditados* que les comunicaban los poetas artísticos (clérigos) y las leyendas (así se dice en la «Cronica general», 3.ª parte, folio 33, b: «E agora sabed los que esta estoria oydes, que maguer que los juglares cantan en sus cantares, e dizen en sus fablas», etc.: v. también el epílogo de los dos romances juglarescos de Justiniano y Floriseo en la colección de Praga, págs. 95-96 y 107-108). En tales poesías, destinadas meramente á la recitación y la lectura, podían conservarse las cuartetas alejandrinas, que habían aprendido por sus propios poetas artísticos.

(2) Los versos endecasílabos de estas canciones son, según la métrica española, de doce sílabas, como se deduce de los que tienen cesura feme

123 y 127) estos redondillos dobles muy semejantes á los tetrámetros de los latinos acentuados popularmente, al *trochaicus*, *octonarius*, si son *llanos*, al *septenarius* ó *quadratus* si *agudos*. Los españoles eran además entre todos los demás provinciales románicos los que mejor y más fácilmente podían conservar é imitar estos ritmos populares romanos merced á su acento tónico. Ahora bien; el tetrámetro mismo no es otra cosa que un redoblamiento de su ritmo fundamental, el dímetro ó cuaternario, de los sencillos *versos de redondilla mayor*, que según el principio estrófico de los nuevos idiomas, tenían que volver á resolverse en sus elementos primordiales. (V. Mutzl *Ueber die accentuirerende Rhythmik in neueren Spraachen*. Landshut, 1835, 4, pág. 17 y 19.)

Así es que la poesía acentuada latina de la Edad Media, sobre todo la eclesiástico-popular, podía restablecer tales versos dobles sacándolos de estos ritmos populares, si, como le gustaba, quería hacerlos semejantes á los tetrámetros de los romanos, y para disfrazar hasta cierto punto esta síntesis y dar á estos versos largos el aspecto de enteros, los hacía de ordinario catalécticos, lo cual era tanto más factible cuanto que mantuvo en su mayor parte las rimas sordas de las canciones populares al aceptar la rima como un elemento esencial de su propia rítmica (1). De ordinario

---

nina ó llana y rima final masculina ó aguda. Nacieron de los *versos de redondilla mayor con pie quebrado* de los cantos populares, en los que aun en francés (v. el mismo, pág. 125 las *canzone* de Gace) se fraccionaron de nuevo en estrofas con rima media.

(1) Du Méril, *Poésies populaires latines*, París, 1843, 8, pág. 133, hace notar lo siguiente: «Pour empêcher les vers trochaïques d'être divisés en deux parties égales, les anciens poëtes, ainsi que nous l'avons déjà dit (p. 90) n'en faisaient jamais d'acatalectiques, et les critiques, trompés (!) par une pause que la négligence et la corruption de la quantité rendirent de plus en plus importante, y virent deux vers distincts et réunis à des lois différentes.» «Currit autem (metrum trochaicum tetrametrum) alternis versibus ita ut prior habeat pedes quatuor, posterior tres et syllabam

unió estos versos largos ó dobles estrofas en monórrimos de cuatro versos (1); pero tampoco faltan ejemplos y alguno de ellos muy antiguos, y sobre todo cercanos á los españoles, que unen en tiradas los redondillos dobles imitados de los tetrámetros, tiradas que tienen todas una misma rima. Un ejemplo altamente notable de esto nos ofrece en realidad el salmo de San Agustín contra los donatistas, citado por Huber (introducción á la Crónica del Cid, pág. 36; —véase respecto á él las muy juiciosas observaciones de Diez en la ya citada crítica); pues este salmo fué compuesto con la intención, en él mismo expresamente mencionada, de que fuera cantado al pueblo y en parte por éste mismo, escogiéndose por tanto un ritmo totalmente popular, el dímetro trocaico tan hondamente impreso en el oído de aquel, ó sea los redondillos octosílabos, versos que según la manera y probablemente según la melodía de las prosas eclesiásticas, redobló en versos largos en aquellas partes que debían ser cantadas ante el pueblo, uniendo todos estos por una sola rima, mientras, por el contrario, el estribillo que había de cantar también el pueblo (hipopsalma) es un verso largo *leonino* rimado, esto es, *una pareja de redondillos unidos inmediatamente por la rima.* (V. *Ueber die Lais*, pág. 184.)

En estos ejemplos (2) precisamente veo yo, lo mismo

(esto es, seis sílabas antes de la de la rima, exactamente los redondillos dobles españoles con *llanos* libres y *agudos* rimados).» Beda, *De arte metrica*, tomo I, col. 41: «Erat integros trocaiscos tetrametros catalecticos per medium scindere, et dividuos sic facere ut alternis versiculis currerent» «Saumaise, *In Flavium Vopiscum notae*, pág. 350.»

(1) V. Du Méril, l. c., que cita como ejemplo de tales cuartetas «un fragment... sur l'histoire d'un roi d'Espagne»; y págs. 152, 280; — *Ueber die Lais*, pág. 257.

(2) Du-Méril, l. c., páginas 120-131 transcribe este salmo por entero. En la *hypopsalma* me parece el *de (de pace)* superfluo tanto gramatical como rítmicamente; por lo demás hay que observar en ella la asonancia (resonante *(pace-judicate)*, mientras que todos los restantes versos largos están

que Diez, el modelo de los romances juglarescos (1); pero á la vez, el tipo primitivo y fundamental de los romances populares ó sea la primitiva forma romancesca.

---

unidos por una *e* casi siempre átona. En la misma obra, pág. 279, se halla un poema de Fulbertus, titulado: «Eloge du Rossignol» que está compuesto también en tetrámetros trocaicos, unidos todos por *una* rima *(a)*, y en cuartetas (el tercer verso tiene una sílaba de menos).

(1) Al llamar á este salmo modelo de los romances juglarescos no quiero decir, como es natural, que realmente les haya servido de patrón, ni siquiera que lo conocieran, ni que la poesía popular hubiera usado en la *lingua romana rústica* ó en el romance neo-hispánico, ya desde los tiempos de San Agustín, las tiradas de versos largos usadas por éste en vez de las estrofas de redondillos cortos, ni siquiera junto á éstas; sino que tan sólo quiero decir con eso que lo mismo que San Agustín y la poesía eclesiástica de la Edad Media echó mano de un recurso que se presentaba de por sí y que tenían cerca, los versos largos bipartidos, que necesitaban para sus prosas melódicas, y cuyo ritmo debía de ser todavía fácilmente comprensible para el pueblo, formándolos por reduplicación de los ritmos populares; igualmente los *juglares* se vieron conducidos y hasta obligados al mismo proceso por las mismas razones, cuando querían cantar delante del pueblo sus romances á modo de epopeyas, compuestos en tiradas de versos largos según el modelo de las *chansons de geste*. Que por lo demás los romances juglarescos derivaron esta clase de tiradas monórrimas de la poesía eclesiástica medio-latina y no de la arábiga, y que, por lo tanto, los romances populares sacaron asonancia que los penetra nacida de su resolución en estrofas redondillas, como de fuente próxima de las *chansons de geste francesas*, y por medio de estas de la rima de la poesía eclesiástica. (V. Diez *Altrom Sprachdenkm*, pág. 86, y Andrés Bello, «Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media, etc.», en el «Repertorio americano, tomo II, páginas 21-33, reimpreso en el «Tesoro de los romances», de Ochoa, pág. XXXIX y sig.) Que aquí no puede tratarse en serio de un origen arábigo de la forma romancesca es cosa que se deduce suficientemente de lo dicho hasta aquí, y en lo sucesivo se irá poniendo cada vez más en claro. Sigue siendo todavía necesario precaverse enérgicamente y repetidas veces contra esta semejanza meramente externa y meramente casual de las tiradas monorrimas y de la asonancia con una manera de rima arábiga, así como en general contra la influencia que se ha exagerado de la poesía arábiga sobre la occidental y sobre todo la española, y hay que precaverse contra esto, puesto que desde Conde ha vuelto á obsesionar con más fuerza á la historia de la literatura española el pseudo orientalismo.—Cuando el Sr. Amador de los Rios, en su ya citado artículo sobre la «Primavera», me echa en cara el no haber reconocido la in-

No tengo como Huber por la primitiva forma romancesca á las tiradas monorrimas de redondillos octosílabos, sino á las parejas cortas ó cuartetas redondillas monorrimas. Se conocen suficientemente la elevada antigüedad y popularidad de este género de rima y estrofas en todas las lenguas germánicas y románicas, así como su aplicación á los relatos, las leyendas y las narraciones populares (1). En la poesía española, en particular, hállanse precisamente ya desde el tiempo de su primer desarrollo ejemplos de ello en poemas narrativos ó lírico-épicos. Entre los dos poemas no ha mucho editados por vez primera por Pidal: *Vida de Santa María Egipciaca* y *Adoración de los Santos Reyes* (impresos primeramente en la

---

fluencia de la *poecia eclesiástica latina* y la participación que en ella tomaron los españoles, no puedo atribuir esta observación á otra cosa que á una mala inteligencia de lo que allí no hice más que indicar, pero que aquí he detallado más.

(1) V. *Ueber die Lais* páginas 181-183. Hállanse ejemplos de ello en la poesía medio latina popular, fuera del *hypopsalma* de San Agustín, en las historias narrativas, en Grimm y Scheneller *Latigediche des X, und XI Jahrh*, como «Sacerdos et lupus» en estrofas de cuatro versos, que constan de parejas de cortos rimados, y que se llaman á sí mismos «jocularis cantio;» — además, «Gallus et vulpes.» — «Versus de unibooe» donde se dice:

«Ad mensam magni principis
est *rumor* unius bovis,
praesentatur ut fabula
Per verba jocularia.

Véase también á Du-Méril *Poèmes populaires latines*, páginas 186-187. En los idiomas modernos es este género de rima y estrofa tan antiguo y generalmente extendido, que Wackernagel *(Schweiz. Museum* II, 1. página 86) ha podido decir con razón: «Poseemos del siglo XII y de los siguientes una multitud de leyendas, cuentos y fábulas, narrados en la forma de versos cortos rimados por parejas, transformación incantable de las cantables estrofas de cuatro versos.» Citemos un ejemplo más singularmente notable, de estrofas de cuatro versos monorrimos, la genuina balada popular de «Hugo de Lincoln» del siglo XIII; V. *Ueber die Lais* página 443 y siguientes. Véase también Díez *Altrom. Sprachdenkm*, páginas 109-111, y Díez *Zwei altromanische Gedichte*. Bonn, 1852, 8. páginas 5-6.

Revista de Madrid de 1841, bajo el título de *Colección de algunas poesías castellanas anteriores al siglo XV, para servir de continuación á la publicada por D. Tomás Antonio Sánchez*, Madrid, 1841. 8. Y después como apéndice á la reimpresión de la «*Colección*» de Sánchez, preparada por Eduardo Ochoa, y hecha en París, en casa de Bandry, 1842. 8.) poesías que Pidal pone en el principio ó en la primera mitad del siglo XIII (1). Están en versos todavía muy irregulares (de 7 á 11 sílabas), en que la medida predominante y á la que se tiende es la *redondilla mayor* y compuestos en parejas de rimas, formando á menudo la misma rima tres ó seis, pero la mayor parte de las veces cuatro ú ocho líneas (2).

Las rimas son en su mayor parte sordas, y cuando son sonoras tienen propiamente tan sólo una asonancia ruda por completo y aun sin rima. Tomados en conjunto tienen estos poemas el carácter de cantos eclesiástico-populares; Pidal lo ha sentido bien al describirlo así: «Estos versos no tienen por lo general medida cierta y determinada, y ya son de siete sílabas, ya de ocho, nueve ó diez, y aun á veces de once (los ha explicado como versos cortos pareados, imprimiéndolos como tales). Yo pienso que estas composiciones se hicieron para ser cantadas por los jugla-

(1) Este ejemplo no prueba nada, porque en realidad estas leyendas, á pesar de muchas irregularidades de versificación, están compuestas en versos de nueve sílabas, como los textos franceses de que proceden. — (M. M. y P.)

(2) En mi obra *Ueber die Lais*, pág. 303, consideré equivocadamente al metro de estos poemas como «versos largos bipartidos con rima leonina», porque entonces sólo se conocían de tales poemas los pocos fragmentos publicados por Castro, pero después de haberse dado á luz el total, no puede caber duda alguna de que aun cuando deban considerarse los versos escritos á menudo en renglones largos en el manuscrito (como en Castro), no como hemistiquios, sino como enteros cortos, allí, como se ha hecho ya observar, está unido muchas veces un número impar (3 y 6) de versos por una rima, y no se puede dividir en versos largos bipartidos según el único criterio de rima que aquí decide.

res en la misma especie de música ó canto llano en que se entonan los salmos y antífonas de la Iglesia que están en prosa (ó más bien como las prosas eclesiásticas más épicas ó *epistolae farcitae*, v. *Ueber die Lais*, notas 139 y 46), y en que aún hoy mismo solemos oir cantar el *Todo fiel cristiano* del P. Astete en las escuelas, y las canciones de la Aurora y del Nacimiento por las calles. La especie de sonsonete ó música con que se cantan, apoyada en la rima de las últimas palabras de cada par de versos (1), suple en algún modo la falta de medida, y da origen á cierto género de armonía imperfecta y monotona.» y en las «Noticias y observaciones» á estos poemas, que ha dado á conocer Pidal en la «*Revista de Madrid*» (1843, 3.ª serie, tomo v, pág. 5-17), añade: «Es, pues, en mi concepto, una cosa demostrada que los dos poemas... son dos antiguas cantigas de aquellas con que los juglares y juglaresas de la Edad Media entretenían al vulgo en las calles y en las plazas, divertían en los palacios y castillos feudales á la larga clientela de los grandes y ricoshomes en ellos encerrada, conservaban la tradición, los hechos históricos y religiosos», etc.

---

(1) Parece deducirse de estas palabras que todavía al presente se cantan en España tales cantares religiosos populares en pareados (me son desconocidos los cantares esos), y de esta manera se habrían conservado allí como en todas partes las *formas populares más antiguas del canto de iglesia* y *religioso*, mientras la poesía popular profana se ha transmitido notablemente modificada por la influencia de la poesía artística indígena y extranjera.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Aduanas (D. G. de.)—Resúmenes de la estadística del comercio exterior de España, publicados por la Dirección general de Aduanas. Núm. 75. En 4.°, 39 páginas.

Albaladejo (E.)—Indicador de correos. Año V. En 12.°, 107 páginas: 1 peseta.

Album: Limosna á los afligidos por la catástrofe que enlutó la ciudad de Palma de Mallorca el día 25 de Noviembre de 1895. En folio apaisado, 4 hojas, 103 páginas con muchos fotograbados en el texto: 10 pesetas.

Alvarez de la Braña (R.)—Roland y Don Gutierre; novelitas históricas. En 4.°, VIII-215 páginas: 3,50 pesetas. Contiene un Apéndice con documentos del siglo XIV referentes á la historia de León.

Amor (El) en la mística española. En 32.°, 96 páginas: 1 peseta.

Aragón (E.)—La Viuda de González; juguete cómico-lírico en un acto y en verso. En 8.°, 54 páginas: 1 peseta.

Arauz Estremera (E.)—La hija del tío Paco. En 8.°, 310 páginas: 2,50 pesetas.

Barado (F.)—Sitio de Amberes 1584-1585. Antecedentes y relación crítica, con el principio y fin que tuvo la dominación española en los Estados Bajos. En 8.°, 488 páginas: 10 pesetas.

Boletín de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de Navarra. Año I. Números 1 á 8. En 4.° (páginas 1 á 192). Cada número 1 peseta.

Boletín de la Real Academia de la Historia.—Marzo de 1896. Cada cuaderno, 1,25 pesetas.

Bosch y Sánchez (V.)—Reorganización de la administración militar de España. En 4.°, XV-287 páginas: 2 pesetas.

Caballero y Montes (J. M.)—Estudios sobre el procedimiento contencioso administrativo. En 8.°, XVIII 286 páginas: 3 pesetas.

Camino (F. P. de.)—El cabo Pérez. En 12.°, 248 páginas: 2 pesetas.

Casero (A.)—La gente del bronce. En 8.°, 4 hojas, 125 páginas: 1 peseta.

Colección de escritores castellanos. —Tomo CX. Ocios poéticos de Ipandro Acaico. En 8.°, VIII-381 páginas: 4 pesetas.

Cornejo (D.)—Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal. Segunda edición. En 8.°, XVI-304 páginas: 1,50 pesetas.

Delgado (S.)—Artículos de fantasía. En 12.°, 141 páginas: 2 pesetas.

Díaz Villalar y Martínez (J. M.)—Tratado elemental de higiene comparada del hombre y los animales domésticos. En 4.°, XXXI-743 páginas: 10,50 pesetas.

Díez Pinedo (E.) y Mateos Montalvo (P.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para

1896. Año V. En 4.°, 537 páginas: 5 pesetas.

Echegaray (J.)—El Estigma: drama en tres actos y en prosa, original. En 8.°, 91 páginas: 2 pesetas.

Echegaray (M.)—Fe, Esperanza y Caridad: juguete cómico en dos actos y en verso. En 8.°, 71 páginas: 1,50 pesetas.

Estados Unidos (Los) contra España, por un optimista. En 8.°, 36 páginas: 1 peseta.

Fernández (M.) y Bartolomé (M.)—Ensayo de gramática hispano-goahiva. Bogotá (Colombia). Imprenta Nacional, 1895. En 8.° mayor, XIV-225 páginas.

Fernández Pérez (L.)—Impresiones médico-artísticas. En 8.°, 256 páginas. No se ha puesto á la venta.

Gascón Marín (J.)—La extradición ante el derecho internacional. En 8.°, IV-163 páginas: 2 pesetas.

Ginard de la Rosa (R.)—Hombres y obras. En 8.°, 286 páginas: 3 pesetas.

Guimerá (A.)—La llengua Catalana. Discurso presidencial llegit en la sessió pública celebrada en l'Ateneu Barcelonés, lo 30 de Novembre 1895. En 4.°, 42 páginas.

Jackson Cortés (E.) y Jackson Veyán (J.)—Las plagas de Madrid; revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros. En 8.°, 46 páginas: 1 peseta.

Jackson Veyán (J.)—Primera medalla; comedia en un acto y en verso, original. En 8.°, 40 páginas: 1 peseta.

Legislación de España. Jurisprudencia referente al Código Civil, glosada, concordada y seguida de cuatro índices. Tomo III. En 4.°, 172 páginas: 8 pesetas.

Liern (R. F.)—¡Y... sin contrata!; juguete cómico-lírico en un acto, en prosa y verso. En 8.°, 27 páginas: 1 peseta.

López Arrojo (L.)—Compendio de cirugía menor, para uso de los practicantes. En 8.°, 38 páginas: peseta.

Luceño (J.) y Cerezo de Ayala (M.)—La pulsera; juguete cómico en un acto y en verso. En 8.°, 33 páginas: 1 peseta.

Luceño (T.)—El corral de las comedias: cuadro al fres: Ultramarinos.—¡Amén! ó el ilustre enfermo.—Las recomendaciones.—Carranza y Compañía, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón. En 8.°, XXXIII-304 páginas. En tela: 4 pesetas.

Márquez Sterling (M.)—Tratado analítico del juego de ajedrez. En 8.°, 93 páginas: 2,50 pesetas.

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid. En 4.°, 74 páginas.

Méndez Vellido (M.)—Granadina. Colección de artículos. En 8.°, XXII-237 páginas: 3 pesetas.

Merchan (R. M.)—Cuba. Justificación de su guerra de independencia. Bogotá. (Colombia.) Impr. de «La Luz». 1896. En 8.°, 253 páginas.

Merino (G.)—La esposa del señor; zarzuela. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Monumentos históricos de Valencia y su Reino. Colección de monografías sobre la historia, cronología, epigrafía y bibliografía de esta región. En 4.°, XXXIX-469 páginas: 10 pesetas.

Navarro (C.)—La Brasileña; juguete lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 28 páginas: 1 peseta.

Navarro Gonzalvo (E.)—¡A perra chica! ¡Lo que más guste y convenga!: revista-cómico lírica. En 8.°, 33 páginas: 1 peseta.

Ocantos (C. M.)—Tobi (novela). En 8.°, 430 páginas: 3,50 pesetas.

Ordenanzas del ejército armonizadas con la legislación vigente. 2.ª ed. En 8.° mayor, 263 páginas: 3 pesetas.

Otero Acevedo (M.)—Los espíritus. Tomo II. En 8.°, 256 páginas: 5 pesetas.

Pérez (R.)—La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América. En 4.°, 553 páginas: 8 pesetas.

Permanyer y Ayats (J. J.)—Discurso. En 8.° mayor, 36 páginas. Tema: Necesidad de que la vida jurídica de Cataluña sea catala-

na en todas sus esferas y manifestaciones, cualesquiera que sean las condicienes.

Perrín (G.) y Palacios (M. de.)—El testarudo; viaje cómico-lírico. En 8.°, 52 páginas: 1 peseta.

Idem.—La Maja: zarzuela cómica. En 8.°, 44 páginas: 1 peseta.

Poncelis (P. M.)—Literatura hispano-americana. En 8.°, 196 páginas: 2,50 pesetas.

Pontes (J. M. y F.)—Notas biográficas de españoles ilustres en ciencias, letras, artes, etc., etc. En 12.°, 136 páginas: 1 peseta.

Ramírez de Arellano (R.)—Guía artística de Córdoba. En 4.°, 89 páginas: 1 peseta.

Reyes (A.)—Desde el surco. Poesías. En 8.°, XI-263 páginas: 3 pesetas.

Reyes (E.)—El teatro de los niños. En 8.°, 31 páginas: 0,50 peseta.

Riquelme Flores (J.)—Cuentos fantásticos. En 12.°, 64 páginas: 0,50 peseta.

Rivas (J. P.)—Cuba; poesías. En 8.°, 59 páginas: 1 peseta.

Rodríguez y Largo (B.)—Nociones de química. En 4.°, 237 páginas: 4 pesetas.

Rubio y Alberto (D. F.)—Nociones elementales de higiene. En 8.° mayor, 140 páginas: 3 pesetas.

Salazar (A. E.) y Newman (K.)—Kosto komparatibo en Chile del gas i de la elektrizidad komo sistemas de distribuzion de enerjia. En 8.° mayor, 72 páginas.

Sasot é Iguágel (M.)—Apuntes para el ejercicio de la notaría. En folio, VIII-657 páginas: 15 pesetas.

Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado. Segundo tomo. Apéndice. En 8.°, 414 páginas: 5 pesetas.

Idem.—Código civil comentado y concordado. Tomo X. En 8.° mayor, 820 páginas: 8 pesetas.

Schopenhauer (A.)—El mundo como voluntad y como representación. En 4.°, tomos I y II en un volumen, 280 y 371 páginas: 12 pesetas. — Biblioteca Jurisprudencia, filosofía é Historia.

Soldevilla (F.) — El año político (1895). Año I. En 4.°, 16 hojas, 488 páginas: 6 pesetas.

Soroa y Fernández (J. M.) y Castro y González (C. F. de.)—Manual del constructor. En 8.°, 5 hojas, 890 páginas: 25 pesetas.

Sota y Lastra (R. de la.)—Manual de enfermedades de la piel. En 8.°, 308 páginas: 3,50 pesetas.

Tenorio y Cerero (N.)—Noticias de las fiestas en honor de la Marquesa de Denia, hechas por la ciudad de Sevilla en el año de 1599. En 8.°, VIII-119 páginas.

Tobar (C. R.)—Relación de un veterano de la Independencia. En 8.°, dos tomos, 282 y 216 páginas.

Villapadierna (S. A. de.)—Discurso leído por el secretario general de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. En 8.° mayor, 73 páginas.

Zafra Mesía (V. de.)—Criterio político de un patriota español. En 8.°, 23 páginas.

INDICE

Págs.

Los salones de la condesa del Montijo (conclusión)..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 24
Recuerdos, por José Echegaray..... 51
Impresiones evocadas: Becquer, por Miguel S. Oliver..... 65
Memorias de un solterón (novela, conclusión), por Emilia Pardo Bazán..... 77
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 112
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 138
Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado..... 153
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 161
Obras nuevas..... 204

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFIA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.

Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas. —El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1,50.

Asser.—Derecho Internacional privado, 6 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 ptas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas. — La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 ptas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.

Gladstone.—Los Grandes nombres, 5 ptas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Kolls Ingram, Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.

Laveleye, Economía política, 7 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.

Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico.

Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.

Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos. 15 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 3 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.— La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas. —Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas. —Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas —Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas. —Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas. —El Duelo y el delito político, 3 pesetas. — La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, 7 pesetas.

España moderna

AÑO 8.º NÚM. 90

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.725.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA NOVELA SOCIOLOGICA

Que hay necesariamente una exacta correspondencia entre la ciencia y el arte, no puede negarlo nadie que se hubiera parado á reflexionar sobre lo que son cada uno de ellos. Porque se corresponden, más diremos, porque se compenetran el pensamiento y la acción, la teoría y la práctica, el conocimiento pleno y la ejecución adecuada, por eso es posible asegurar que no puede haber divorcio permanente entre lo científico y lo artístico, que vienen en último término á reducirse á un común denominador porque son obra ambas del *espíritu reflexivo* que, cuando conoce con certeza, sistemáticamente y bajo principio evidente procede científicamente, y cuando realiza la existencia en todas y cada una de sus manifestaciones en unidad, variedad y armonía, mostrando en consecuencia en su obra esta propiedad subjetiva que envuelve multiplicidad de elementos, la *habilidad*, se dice que ejercita el *arte*.

En este punto de nuestras afirmaciones, que no hemos de razonar ahora, no cabe distinguir entre artes bellas y artes útiles, por ejemplo, en cuanto no cabe reconocer entre ellas disparidad esencial, siendo la utilidad norma universal de vida y existiendo belleza en todo lo que es artístico, sopena de dejar de serlo; solo se diferencian cuando más unas de otras

por el medio de expresión. Por eso la novela como la pintura, la música al igual que el drama, la escultura y la oratoria, la poesía y la arquitectura, determinaciones artísticas de un estado del espíritu, son útiles porque *sirven* necesariamente al hombre y á la sociedad; mediante ellas es posible la vida en las condiciones en que nosotros la concebimos y la aceptamos, y no por ello pierden, al contrario, su cualidad de bellas, de causantes de una emoción *sui generis*, que se manifiesta en esa armonía inefable que siente el espíritu al ponerse en contacto con la obra de arte, que se acentua más y más á medida que nos reconocemos y sentimos necesitados de tal impresión (relación de utilidad), para nuestra propia vida: estado este superior en donde aparecen en cierto modo confundidas la belleza y la utilidad.

Es pues, el arte uno, como una es la ciencia de donde arranca la posibilidad de ciertos cánones comunes, á la ciencia del arte y á la ciencia de la ciencia, radicantes todos en la unidad de la vida humana, que de tan preciso modo condicionan á aquéllas sus determinaciones, que no se comprende, ni se explica que puedan vivir divorciadas de lo que las da origen y movimiento. Así sin desconocer que ha habido ciencia y arte desde que el hombre existe, es preciso distinguir la ciencia y el arte según las épocas y según los pueblos, y por consiguiente, la ciencia y el arte del Oriente, de los de Grecia y Roma y éstos de los cristianos, de los árabes, de los modernos, como que cada período histórico, cada civilización desenvuelve á su manera los fines de vida: por lo cual ha podido decirse, v. gr., que la arquitectura de los indos expresa perfectamente el panteísmo, el aniquilamiento del hombre ante el poder inmenso y absorbente de una divinidad naturalista; mientras que en Grecia sus monumentos arquitectónicos y sus obras escultóricas, predican el antropomorfismo, que concibieron á los dioses como una manera superior á los hombres pero hombres al fin; como en Roma se aprecia en el arte la acentuación de la persistencia, que es clara seña de la decisión de

la voluntad, nota distintiva de un pueblo que aspiró por esto cabalmente al dominio del mundo y á la perpetuidad en la historia.

Es entre todas las artes el literario el que marca con mayor fidelidad el adelanto de la civilización de los pueblos. Al servicio exclusivo de lo más interno y fundamental en el hombre; el espíritu, nútrese de su propia sustancia—expresión de estados de la esencia humana—son sus medios propios cosa continua con la persona, propónese alimentar el ansia de belleza y de sublimidad que el artista es capaz de producir con solo las facultades que en sí propio encuentra. Por esto los hombres y los pueblos que yacen en el atraso, que viven apegados á la materia, que todavía no han logrado romper los lazos férreos que los atan á la mera naturaleza exterior sensible; obligados por la opresora imposición de la rudimentaria necesidad, no se han hecho notar por su literatura. Para que brille este luciente faro de la humanidad, para que ante su luz rutilante se disipen las nieblas de la barbarie, es preciso que las razas y los pueblos, vivan la vida superior del espíritu, que cedan un tanto en sus entusiasmos por la naturaleza, que puedan extasiarse ante la suprema belleza de los fenómenos internos y ante la sublimidad de sus causas, que lleguen á emocionarse en presencia del mundo del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad—impropiamente llamado microcosmos cuando la órbita de su acción no está limitada como en el denominado macrocosmos por leyes necesarias, ciegas y fatales, sino que boga por la inmensa atmósfera de la libertad—y es preciso más, es preciso, que rebose y se derrame esta vida interior y rompa, primero balbuciente (*infans*) y en rotunda y segura expresión después, buscando afanoso tras mil ensayos de medios naturales exteriores, que por no concordar con el fondo rechaza al fin, y encuentre el propio, el adecuado, el que es en su raíz tan espiritual como el estado del alma que con el se trata de expresar, el lenguaje en sus variadísimas manifestaciones y en sus múltiples tonalidades.

En el arte literario que es cual ninguno trasunto fidelísimo de la vida, y por tanto, de la ciencia humana, existe un género, el novelesco, que más que género es síntesis de géneros, porque á poca costa podría demostrarse que se dan cita en él los que á primera vista parecen más opuestos. Acaso pueda servir esto de explicación al hecho notorio en los tiempos que corremos, de la grandísima extensión que va tomando este género literario con manifiesto perjuicio de otros. Hay que desengañarse, si algo priva á tuertas ó á derechas en el período actual, es el endiosamiento del hombre; á la *fisiocracia*, á la *teocracia* ha sustituido por ley del tiempo la *antropocracia*. El hombre se ha sentido capaz de tal dominio de las fuerzas cósmicas, ha llegado á tales transformaciones de la naturaleza, ha realizado tantos prodigios en este orden, que busca con deleite cuanto tiende á idealizar sus hercúleos trabajos y se siente atraído por aquellos géneros artísticos que sublimizan sus esfuerzos; sin perjuicio de apasionarse siempre por los que, como la novela, hacen fondo del arte la propia y genuina vida de la humanidad.

Es más, la novela se amolda tanto á la próvida existencia moderna, que mejor que la dramática, ha sabido abordar todos los problemas que hoy se ponen en la vida real de la humanidad y desde la novela científica hasta la francamente sociológica, sin olvidar la religiosa, la pedagógica, la económica, recorre todo el diapasón de los fines de la humanidad como si se propusiera hablando al sentimiento, conmoviendo el corazón, cautivando la fantasia de los hombres, abrir las inteligencias al pensamiento y reflexión sobre los asuntos de mayor transcendencia social y preparar las voluntades para una acción decisiva en pro de determinadas soluciones.

La ciencia es seca y árida; sus abstracciones, necesarias porque nacen de la manera como contempla la realidad, hablan á la reflexión, producto de una serie no interrumpida de exámenes de conciencia, que solo puede dar una larga y fatigosa educación. La masa popular sobre la cual obraría muy

á la larga la influencia científica, por su falta de condiciones de asimilación, y que, debido á ello, cuando no la rechaza en absoluto, opone á su saludable acción una resistencia fácilmente explicable, se muestra grandemente dispuesta á sufrir la especie de hipnotización que ejerce la novela con sus fantásticas evocaciones de una vida, teatro de las más altas virtudes y de los más repugnantes vicios, con sus gráficas descripciones de las felicidades, de las miserias, de las injusticias que ensalzan unas clases y atormentan á otras, con sus vivas pinturas del contraste que resulta de la práctica de estos ó de aquellos principios, de unas ó de otras instituciones. Pero todo ello rebosante de vida, palpitando realidad, con personajes de carne y hueso, que piensan, que hablan, que sienten: personificando, en una palabra, lo que en la obra del científico no es más que pura abstracción, sin sangre y sin nervios, sin cuerpo ni espíritu.

La enorme extensión de la literatura novelesca de los países más adelantados de Europa no nos dejará mentir, en cuanto á la repercusión que ha tenido y tiene cada vez más en las muchedumbres: precisamente los novelistas ingleses, alemanes, franceses, italianos, portugueses, españoles, que más éxito han alcanzado son aquellos cuyas obras muestran un carácter francamente tendencioso, á imitación del libro nunca exageradamente enaltecido del inmortal Cervantes, modelo indiscutible en el género. No necesitamos hacer la prueba, que pudiéramos llamar estadística; á parte de que sería poco honorífico para los benévolos lectores, que pueden seguramente comprobar por sí mismos la verdad de nuestras afirmaciones.

*
* *

No es de ahora precisamente la novela sociológica; por más que haya quien considere modernísima la ciencia de este

nombre. Acaso no sea aventurado incluir en el grupo las famosas concepciones de aquellos socialistas místicos á su manera que se llamaban la *Utopía* de Tomás Morus, la *Occeana* de Harington, la *República* de Bonifacio, los *Mundos celestiales é infernales* de Doni, la *News from nowhere*, de William Morris y aun el *Emilio* y la *Nueva Eloisa* de Rousseau, en las que, sobre todo en las primeras, se traza el cuadro de una sociedad ideal constituida sobre la base de la más absoluta comunidad de bienes y en la cual la ausencia de la propiedad individual, la participación de todos en los productos del trabajo colectivo, habían proscripto los vicios y los crímenes y procuraban una paz, una dicha, una armonía como solo se imagina que pueden disfrutar los ángeles. Pues bien; en todas ellas se *trata de demostrar* que la completa transformación del orden social existente, el cambio radical de costumbres, la total reforma de las instituciones, proporcionaría seguramente el bienestar á los desheredados de la fortuna, entendiendo por tales á los que se ven obligados, para lograr los medios de subsistencia, de alquilar su trabajo. No es impropia, como al primer golpe pudiera parecer, la frase «trátase en ellas de demostrar», hablando de la novela y refiriéndonos á la impresión que la lectura de obras de este género produce sobre la inmensa mayoría; porque nada hay más convincente que el hecho, que el ejemplo, aun cuando éste sea pura ficción de la fantasía del artista. Y se comprende tal efecto sin más que parar mientes en que el escritor forja una vida ideal toda enderezada al fin que se propone, exenta de lo que puede dañar á la tesis nutrida de hermosuras y de entusiasmos, cuanto libre de las impurezas y defectos de la triste realidad, que el lector de la masa, materia perfectamente dispuesta por su falta de instrucción sólida, por su carencia del hábito de la reflexión y por su sobra de candor que es el modo más simpático de la fe, recibe como relato de historiador ó como canon de dogma infalible.

La novela sociológica hase visto influida, como toda la li-

teratura novelesca, por la corriente positivista que en el arte ha tomado el nombre de realismo, lo cual ha contribuído principalmente á acentuar la importancia de su acción en la generalidad de las gentes: fenómeno que se explica atendida la especial técnica que caracteriza á este movimiento de tanta trascendencia Considerant, Sué, Daudet, Palacio, Valdés el profesor de economía de la Universidad de Lausanne y sobre todo Zola en el *Assommoir, Germinal, Terre, L'Argent*, son leídos hoy con avidez por los obreros y grandemente comentadas aquellas descripciones tan exuberantes de color del terrible espectáculo del penoso trabajo, del perdurable padecimiento, de la repugnante miseria física, intelectual y moral en que yace el *esclavo del capital*, en tanto que el *vampiro* que convierte en oro la sangre del operario, goza y goza y goza sin tregua ni descanso en un mundo de placeres. De este contraste, ya se adivina cuál ha de ser la lógica deducción, la necesidad inminente de un modo nuevo de organización social, en el que por lo menos se logre una participación proporcional en la labor y en la satisfacción, en el trabajo y en la recompensa.

*
* *

Novelistas hay que han practicado el sistema con todo rigor, puesto que no se han contentado con dejar al lector que tocara las consecuencias que naturalmente emanan de tales desórdenes, sino que han puesto sus innegables dotes artísticas al servicio, quién de las ideas francamente socialistas ó colectivistas por no decir comunistas, quién de las teorías opuestas, ya haciendo argumento de su obra el régimen que proclaman los Marx, Bebel, Guesde, Hyndman, productor por supuesto de una existencia semiparadisiaca, ora exagerando

con premeditación y ensañamiento los males que traería su aplicación.

Para justificar nuestros asertos hemos de examinar los dos libros que pueden considerarse como *specimen* de cada una de las dos direcciones señaladas.

El ilustre profesor de una de las más prósperas Universidades americanas, en donde hoy tanto y tan bien se trabaja para desenvolver la vida espiritual en correspondencia justa con el grandioso progreso material del país privilegiado del Norte de América, Eduardo Bellamy, ardiente partidario de la escuela colectivista, ha publicado una de las novelas que han tenido más éxito, con ser verdaderamente extraordinario el que han logrado las de algunos conocidos autores europeos; titúlase: *Looking backward;* su traducción aproximada es *Mirada prepostera:* mejor se trasluce su contenido por el nombre que le ha puesto el vizconde Combes de Lestrade al traducirla en lengua francesa, *Seul de son siècle en l'an 2000.* De esta novela se ha hecho últimamente una versión española, como siempre, después de haberse vulgarizado su lectura en todos los pueblos civilizados.

El protagonista de la novela Mr. West, nacido en Boston en 1857, según él mismo cuenta, padecía á los treinta años de edad ó sea en 1887, de la enfermedad endémica en los Estados Unidos, por culpa de las extraordinaria actividad que caracteriza á sus habitantes, de *neurastenia,* que le martirizaba con tales insomnios que de tiempo en tiempo se veía precisado á reclamar los cuidados de un doctor que se titulaba «profesor de magnetismo animal». Recrudecido su padecimiento habitual por lo mucho que le contrariaban las dificultades que oponían, al proyecto acariciado de construir una magnífica casa que había de servirle de albergue después de realizado el vivísimo deseo de casarse con la encantadora Miss Edith Bartlett, las huelgas de los obreros empleadas como medio de impedir la explotación patronal, hubo de someterse á la influencia de un magnetizador para lograr el sueño, que esta vez fué un poco

largo, porque se despertó el *10 de Septiembre del año del Señor 2000*, de modo que durmió exactamente ciento trece años, tres meses y once días, no precisamente en su propio domicilio. en donde para librarse de los ruidos y agitación del exterior incompatibles con el descanso tan difícil de conciliar en un temperamento exageradamente nervioso, había hecho construir su dormitorio subterráneo, sino en la morada del Dr. Leete, que al realizar su propósito de edificar un laboratorio químico en el jardín de su casa, encontróse con la original habitación de Mr. West y con éste en cuerpo y alma, dormido todavía á consecuencia del exceso de celo del hipnotizador. Despierto ya, gracias á los procedimientos deshipnotizadores, va el norteamericano del siglo XIX, de sorpresa en sorpresa, al sentirse vivo y sano en medio de una sociedad organizada con arreglo á los principios del más puro colectivismo. Siéntese aquel vestigio superviviente de las antiguas civilizaciones, maravillado ante el lujo público, ante las soberbias construcciones, los magníficos paseos, los espléndidos establecimientos de baños, la profusión de estatuas, las amplias habitaciones, la exuberancia de luz, de aire por todas partes, la extraordinaria limpieza de las casas y de las calles, al lado de la sencillez, no exenta de gusto artístico en cuanto comprende la vida privada; pero este cambio no le admira tanto como la narración de la transformación evolutiva del gran pueblo americano que organizara su gobierno como un gran sindicato encargado de dirigir la vida industrial del país que debido á su importancia social absorbió á los demás fines de vida, de manera que al nación se convirtió en el único patrono de un inmenso establecimiento industrial, de donde salían los productos adecuados á la satisfacción de todas las necesidades de los ciudadanos que reunen á este título el de obreros de tan grandiosa institución. Era, pues, una aplicación del servicio general militar obligatorio al régimen de la industria; servicio que debía comenzar á los veintiún años y terminar á los cuarenta y cinco, corriendo á cargo del Estado la educación de los débiles como el manteni-

miento de los niños y de los jubilados ó licenciados del ejército del trabajo y la distribución del contingente entre los diversos oficios según las aptitudes y las disposiciones. Y para mayor equiparación con la milicia hasta en él había grados desde aprendiz, pasando por subtenientes, tenientes, etc., á generales de cada uno de los diez cuerpos industriales y á generalísimo ó presidente de los Estados Unidos. Por supuesto, que uno de los artículos fundamentales de esta Constitución archinovísima era la supresión del saliarato, del comercio y de la moneda, en cuanto que á cada ciudadano en recompensa del trabajo que prestaría á la comunidad, se le abriría un crédito igual á su parte en el producto total de la nación, y se le proveería de una carta-orden de la cual se iría descontando el valor de los artículos que adquiriera en los almacenes públicos, en el bien entendido de que estas supresiones traían su origen de una tranformación fundamental en las ideas y en los móviles; puesto que en el siglo XX, al egoísmo, á la exageración del interés personal, al deseo de tener más para gozar más sin reparar en los medios; á estas malas pasiones dominantes en la centuria anterior, había sucedido el amor á la humanidad, el sentimiento del deber, una especie de patriotismo que consistía en trabajar cada cual todo lo que pudiera para aumentar el bienestar común y contribuir á su propia felicidad, y que se sintetiza en esta gráfica frase del autor de la novela: «lo que nos parece evidente en nuestros días, es que un hombre que puede con un mismo esfuerzo producir dos veces más que otro, en lugar de ser recompensado si lo hace, debe ser castigado si no lo realiza.»

Van pasando ante el asombrado Mr. West los cuadros de costumbres más maravillosos, que revelan un estado social tan adelantado que causan extraña impresión nada menos que en un ciudadano de los Estados Unidos en pleno siglo XIX; tales son los almacenes de distribución de mercancías y el depósito central que sustituyeron con enorme ventaja á nuestras tiendas y comercios; las audiciones musicales durante todo el

transcurso del día, á voluntad en el propio domicilio, gracias á la telefonía; los establecimientos públicos en donde se practican los más de los antiguos servicios domésticos, cual es la preparación de las comidas, el lavado y planchado de ropas, sin que esto implique ni sombra de comunismo, por cuanto se respeta la desigualdad de necesidades y de gustos y la consiguiente variabilidad de los medios de satisfacción, la unión federal universal para asegurar las relaciones pacíficas entre los Estados y las ingeniosas instituciones establecidas con el fin de regularizar el sistema que ha de reemplazar al comercio internacional, así como para arreglar la difícil cuestión de la emigración, ya con un objeto industrial, ya con un propósito meramente instructivo ó recreativo.

El novelista pasea á su héroe por las calles de Boston, enjutas á pesar de la lluvia torrencial que cae, las cubre un toldo inmenso que ha hecho innecesaria la industria de los incómodos paraguas y de los molestos impermeables, y le conduce al restaurant *oficial* del barrio, en donde comen todos los que no prefieren hacerlo en su casa; á la Biblioteca pública, provista abundantemente de los libros que el Estado edita y de periódicos sostenidos por los lectores por medio de un ingeniosísimo sistema; á Charlestown, prisión nacional en el siglo XIX, que desapareció por inútil, como huyó el crimen ante los efectos de las prodigiosas instituciones que convirtieron el Norte de América en «los nuevos cielos y la nueva tierra, morada del derecho», predichos por el profeta, y sustituyeron á las cárceles y los presidios los hospitales en donde se sujetaron á tratamiento médico las enfermedades morales producidas por el *atavismo*, como sufrieron profunda transformación los tribunales de justicia, la abogacía y demás instituciones concordantes, y como acabó el jurado, «buen correctivo, al decir del Dr. Leete, contra una justicia venal en tiempo de abogados asalariados»; le lleva á visitar las escuelas y las facultades, centros de educación integral y universal, pues que el régimen entero de la novísima sociedad cons-

pira á la total abolición de las clases y comienza, para lograrlo, por proporcionar á todos los mismos medios educativos.

Para que la ilusión sea completa, después de asistir al magnífico espectáculo de la gobernación del Estado por un solo partido político, el partido nacional; después de darse cuenta *prácticamente* de las inapreciables ventajas que para la feliz existencia de la mujer trae la modernísima organización industrial idéntica á la del hombre; después de contemplar *de visu* los efectos del cambio de organización experimentado por la Iglesia, que de institución oficial que fuera en el siglo XIX se convirtió en asociación libre mantenida por los fieles que indemnizan al Estado industrial de la pérdida que le ocasionan los que, dedicados á la profesión sacerdotal, no pueden trabajar en un oficio manual, nos refiere los amores del *resucitado* Mr. West con la hija del Dr. Leete que son un hermoso incidente de la novela, lleno de arte y de poesía, y hasta finge que el protagonista cree que es un sueño lo que ve y presencia, aunque pronto le convence la realidad de que sueña ó delira al suponer que *sueña*.

Realza el interés de la famosa novela *Looking Backward* el *entusiasmo realista* del autor por la sociedad ideal que describe y la arraigada creencia de que habrá de existir en un período no muy largo. Para convencerse de ello basta leer los siguientes párrafos que traducimos de la carta que M. Bellamy dirigió al editor del *Boston Transcript*:

«El *Transcript* del 30 de Marzo de 1888 contiene una crítica de *Looking Backward*, á la cual os ruego me permitáis contestar una palabra. La descripción que hago en este libro de las instituciones sociales é industriales absolutamente nuevas, que supongo haya de gozar el pueblo de los Estados Unidos en el siglo XX, no es para mí la pintura de un grado de felicidad humana y de desarrollo moral que no podrá ser alcanzado sino en muy largo plazo. Al desconocer esto, la crítica ha juzgado mal al autor. En lugar de colocar la realización del ideal social en el transcurso de cincuenta años, opina que hu-

biera debido señalar para su desenvolvimiento un período de setenta y cinco siglos. Ciertamente que hay una enorme diferencia entre cincuenta años y setenta y cinco siglos, y si la crítica tuviera razón en su estimación de la marcha del progreso humano, el porvenir del mundo sería verdaderamente descorazonador. ¿Pero es verdad esto? Yo lo pongo en duda.

«*Looking Backward,* no obstante su forma novelesca, ha querido ser una especie de vista futura en relación con los principios evolucionistas, del nuevo período del desenvolvimiento industrial y social de la humanidad, principalmente en este país.

»Y el autor estima que su predicción más probable es la que muestra como muy próxima la aurora de la nueva edad; aurora á la cual seguirá de cerca el día brillante. ¿Acaso parezca imposible, atendida la grandeza del cambio? Las lecciones de la historia nos enseñan que esas profundas transformaciones nacionales, aun en los siglos en que nada parecía prepararlas, se han verificado con una rapidez, con una fuerza proporcionadas á su magnitud y nunca limitadas por ella.....

.....

»Como una montaña de hielo flotando hacia el Sur desde el Océano glacial, minada gradualmente por las aguas, pierde al fin su equilibrio, trastornando la tranquila superficie del mar con las olas que levanta al hundirse, así el bárbaro sistema social que nos ha legado la antigüedad salvaje, corroído por el espíritu moderno, desmantelado por las críticas de la ciencia económica, perturba el mundo con las convulsiones que presagian su fin. Todos los hombres que piensan, convienen en que el aspecto presente de la sociedad anuncia grandes cambios.

»La cuestión está en saber si será para mejorar ó para empeorar. Los que creen en la nobleza natural del hombre se inclinan á la primera hipótesis. Pienso lo mismo. He escrito *Looking Backward* en la convicción de que la edad de oro no

la encuentro detrás de nosotros, sino delante y á poca distancia. Nuestros hijos la verán seguramente. Nosotros mismos, la veremos, si lo merecemos por nuestras obras y por nuestra fe.»

*
* *

Como para contrarrestar el efecto que en la masa popular había de producir necesariamente la novela socialista y sobre todo el más valioso ejemplar de ella *Looking Backward*, un reputadísimo publicista alemán, doblado en político de nota, el diputado Eugenio Richter, jefe del partido progresista en el Reichstag, director del *Freisininge Zeitung*, orador de los más celebrados en la Cámara y durante muchos años el adversario más autorizado y el más temido del príncipe de Bismark, ha dado á la estampa un relato novelesco que tituló: *Sozial demokratische Zukunftsbilder*, *Frei nach Bebel* (Cuadro del porvenir democrático social según Bebel) (1), que ha tenido por lo menos un éxito tan grande como el *Looking Backward*.

En Alemania solamente se han hecho de él *doscientas veinticinco ediciones* de á mil ejemplares, desde el mes de Noviembre del 91 al de Abril del 92; ha sido traducido al inglés, al danés, al griego, al noruego, al francés y al italiano. Los antisocialistas se han valido de este libro como medio de propaganda y distribuyen por miles los ejemplares. Los colectivistas dirigen contra él certeros tiros, porque conocen el gran daño que puede hacerles, y las principales revistas científicas del mundo entero se apresuran á dar cuenta exacta de una obra que va adquiriendo fama universal.

(1) Véase en la seccion titulada «Prensa Internacional», esta importantisima novela.—(N. DEL D.)

En verdad que la merece; como obra de imaginación, no le va en zaga á la novela norte-americana; las descripciones, sin dejar de ser verdaderamente naturalistas, no exceden nunca de los límites trazados por el arte para la producción de la emoción estética, el argumento es interesantísimo en cuanto que se desenvuelve en él un problema que preocupa hoy á todo el mundo; pero el talento del autor brilla más que nada por la potentísima lógica con que se desenvuelve la narración; por la vis cómica que esmalta los principales pasajes de la novela.

Richter transcribe el diario de un obrero de Berlín, de un encuadernador, antiguo afiliado al partido socialista, acérrimo defensor de las ideas de Bebel, Liebnecht y Singer. Ocupa la primera página una entusiasta relación de los sucesos ocurridos el día del triunfo de la revolución social. Todo es gozo y alegría, las calles y las casas aparecen vistosamente engalanadas, la bandera roja de la emancipación universal del trabajador ondea al viento en los edificios públicos; una multitud inmensa circula incesantemente y se entrega á todo género de manifestaciones en honor del nuevo régimen; los execrados burgueses, ó están escondidos ó se han expatriado. La revolución social ha triunfado en toda Europa, excepto en Suiza y en Inglaterra. En los Estados Unidos de América ha abortado el movimiento popular, y hacia este imponente baluarte de la *Constitución antigua* se dirigen con predilección los restos del *capitalismo* europeo. Por de pronto, se ha decretado la nulidad de las escrituras de préstamo, de las acciones, obligaciones, billetes de banco; los señores burgueses, exclama entusiasmado el encuadernador, pueden empapelar con ellos sus habitaciones. Todos los bienes inmuebles, máquinas, instrumentos, utensilios, han sido declarados inmediatamente propiedad del Estado socialista. Se decretó la obligación general de trabajar, extensiva á las personas de veintiuno á sesenta y cinco años debiendo ser los que no llegaran á esta edad ó los que pasaran de ella, mantenidos por el Estado, que se encargó asi-

mismo de la educación universal é integral. Se abolió la producción privada, atribuyendo al Estado el ejercicio de la industria. Todo ciudadano debe presentar un inventario de los bienes muebles que le quedan después de la confiscación prescrita anteriormente. Recogióse la moneda circulante, y en sustitución de ella se crearon *los bonos de trabajo*. En una palabra, fué proclamado como ley fundamental del Estado el programa socialista aprobado por el Congreso de Erfurt de 1891.

Muy pronto comienzan á advertirse síntomas de descontento entre los mismos obreros. Anunciόse una mala nueva, que era, por otra parte, consecuencia natural de la doctrina que la revolución social acababa de poner en práctica: los operarios honrados y laboriosos, que en vez de permitirse la más ligera expansión, habían ido reuniendo al céntimo, pequeños ahorros que después confiaron á la caja del Estado, se encontraron de la noche á la mañana desposeídos del fruto de sus afanes y desvelos: el gobierno había declarado nulas las libretas de las cajas de ahorros. Entre los perjudicados estaba Inés, la prometida de Francisco, hija del héroe de la novela. La medida suscitó vivísima oposición, que degenera en tumulto formidable, puesto que sólo en Berlín existían más de 500.000 imponentes. Para resolver sobre la protesta que presentaron, y después de amplia discusión en el Reichstag que forma un capítulo de los más interesantes de la novela, en la que no faltan correcciones del presidente, á un orador de la izquierda por la *gravísima ofensa* de haber llamado burgués á un miembro de la Cámara socialista democrática, se votó la orden del día pura y simple, y con ella la confirmación del decreto, lo que ocasionó una verdadera sublevación que la nueva milicia, armada con fusiles modelo inglés, ahogó en sangre. El malestar aumenta á consecuencia de la distribución de los obreros entre los diferentes oficios. Como la demanda de trabajadores no correspondía á la oferta en cada población, tuvieron que separarse los cónyuges y los hijos: los tiernos

niños, de cuya educación se encargaba el Estado, fueron arrancados de los brazos de sus padres para colocarlos en los establecimientos que se crearon al efecto; los viejos debieron también abandonar la compañía y ayuda de los suyos é ingresar en los asilos públicos. En el reparto de las habitaciones, la falta de una independiente para cada familia, hizo preciso la separación de las que la componían; no se permitía reservarse más que los muebles estrictamente necesarios, por lo que la mayor parte de las personas hubieron de desprenderse de objetos adquiridos á fuerza de trabajo y de abnegación, y que tenían un valor de afección inmenso. La obligación de comer en el restaurant público, que es siempre pequeño y muy incómodo por la dificultad, mejor diremos la imposibilidad de encontrar de pronto locales apropiados, da lugar á cuestiones y disputas motivadas por la falta de sitio y por el escasísimo tiempo que para obviar este inconveniente se concede á cada uno para llenar esta importante necesidad, que agrían los ánimos ya demasiado exaltados por la absoluta igualdad en los alimentos y en las raciones, incompatible con la variabilidad de las necesidades.

En esto la situación se agrava: las pésimas condiciones de las casas y la institución de las cocinas públicas había producido hondo disgusto entre las mujeres y fomentado la formación ya adelantada de un partido reaccionario. A tanto descontento se unen las voces que corren acerca de la conducta gran canciller, al cual se tilda de aristócrata porque no lustra él mismo sus botas, y se hace limpiar la ropa por un criado que le lleva al castillo la comida de un restaurant público próximo, en vez de ir el propio funcionario á tomarla en él, según prescripción expresa de la ley. La multitud, desfavorablemente impresionada con tales noticias, aprovecha la vuelta del paseo del canciller para propinarle una gran silba, dando lugar á que la policía, nuevamente organizada, cargue á palos sobre los manifestantes. La cuestión de la limpieza de las botas y de la ropa del primer funcionario del Estado origina una crisis po-

lítica, que pone en peligro las instituciones á tanta costa establecidas, y que termina al fin, después de muchas gestiones, por la aceptación de la dimisión del jefe del Estado y el nombramiento de otro de carácter menos escrupuloso, y sobre todo completamente identificado con la nueva organización social: como que no tiene inconveniente en pasear á pie por los sitios más públicos de Berlín con un gran paquete de ropa debajo del brazo, que lleva al establecimiento de recomposición para que se la arreglen.

Sin embargo, el mal humor popular iba en crescendo, y pronto surgen nuevas dificultades, cuales las proclamaciones de los obreros de la provincia, que se quejan, y con justicia, de que los de Berlín disfruten de espectáculos y diversiones de que no pueden gozar los que viven apartados de la capital. A pesar de los artículos del *Vorwärts*, antiguo órgano del partido socialista, convertido en *Gaceta oficial*, encaminado á calmar la extrema agitación del pueblo y de las medidas contemporizadoras del gran canciller, los alemanes no se dan por satisfechos, y la primera autoridad vese en el caso de dimitir. Además de estas dificultades, acrecentadas por el descontento que producen las tristes consecuencias de la igualdad llevada al extremo, de que el que trabaja con más intensidad es, no sólo retribuido lo mismo que el perezoso, sino hasta mal mirado por sus compañeros, lo que aumenta considerablemente la emigración á países constituidos á la *antigua*, surgen graves complicaciones con el extranjero originadas por los cambios de mercancías, y se siente la necesidad de aumentar el ejército y la marina, porque llega á verse comprometida la paz entre *las naciones socialistas*.

Describe después en todo su realismo unas elecciones con su aparato de programas electorales en que se defiende la necesidad de introducir importantes modificaciones en las comidas, aumento en las raciones de carne, manteca y café, mejora de las habitaciones, baja en el precio de los vestidos, más esmero en el lavado y planchado. Las mujeres, ante la nega-

tiva del gobierno á constituir colegios electorales puramente femeninos con derecho á elegir la mitad de los diputados, hacen causa común con el partido de los *jóvenes*, que para asegurarse el concurso de tan importante fuerza, no dudan en inscribir en su programa el derecho al *matrimonio*. Fieles á las doctrinas bebelianas, sostienen la jornada de trabajo de cuatro horas para la mujer, la alternativa semanal de los oficios, el cambio de ocupación cada mes, incluyendo en la votación todos los cargos hasta el de gran canciller, cuatro semanas de ferias y viajes en el año así como el restablecimiento de las diversiones populares gratuitas. El público, no obstante la profusión de programas y el movimiento teatral de los candidatos, se muestra frío é indiferente; y se comprende esta actitud; porque la libertad tan decantada no existe. La prensa pertenece al Estado, y aunque tienen los periódicos el deber de defender, previa indemnización, las ideas de todos los partidos, como se ha agotado el crédito abierto á los ciudadanos, se niega el *editor oficial* á publicar los programas y las excitaciones y reclamos. Hay libertad de reunión; pero los locales en donde precisamente se han de celebrar las asambleas, son del Estado, y procuran los gobernantes encontrar siempre un pretexto para negar la entrada á los candidatos y á los electores de oposición. En estas circustancias claro es que el fermento revolucionario, ya en evolución á consecuencia de otras medidas que pugnaban con los sentimientos del pueblo, se activaba sin cesar y exigía del gobierno grandes precauciones, tales como el aumento de la guardia de seguridad, que se organiza como un ejército completo, con artillería, caballería, ingenieros. Naturalmente, y como acontecía en los tiempos *negros* de los *burgueses* aborrecidos, el gobierno gana las elecciones y salvo algunos candidatos del partido liberal que alcanzan el triunfo á costa de homéricos esfuerzos y la mujer del nuevo jefe del Estado, que aunque desligada de todo compromiso gubernamental, es al fin y al cabo la *canciller*a, todos los demás aspirantes á diputados se ahogaron en

las urnas, según la frase consagrada en los *mal llamados años* de la burguesía. A todo esto, los gastos del Estado, en vez de disminuir, como prometían los teóricos del socialismo, aumentan de un modo desmesurado: reducido á un tercio el valor de la producción en la *Sociedad socializada*, como consecuencia de la disminución de las horas de trabajo, de la rotación de los oficios, de las fiestas forzosas, de la regulación del consumo de ciertas especies, del descenso en que otras habían caído por la imposición de hábitos de frugalidad, en cuatro meses perdió la nación una suma igual á la que Francia había pagado á Alemania por contribución de guerra.

En este punto interrumpe Richter el relato de las desdichas públicas para referirnos las amarguras domésticas que sufría el encuadernador socialista como resultado necesario del nuevo régimen. Con frases arrancadas por el dolor al corazón amantísimo de un padre léese en el diario del obrero lo que él titula noticia fúnebre, la muerte de Anita, el último vástago, la alegría de la familia, que encerrada en un asilo público, por disposición de la ley inexorable y sin entrañas y privada de los cuidados y de los cariños de los padres por la sangre, sucumbe víctima de la *maternidad* oficial. Herida en lo más hondo la madre, enferma gravemente, y como la asistencia de los enfermos corre á cargo del Estado, tiene que sufrir en el hospital los fríos cuidados de la caridad oficial. Por cierto que en el momento de ser trasladada á él, desea consultar con el antiguo médico de la casa y ni aun este consuelo se le concede, porque, próximas á terminar las ocho horas de su trabajo cotidiano, contra toda su voluntad se ve precisado á negarle sus auxilios, temeroso de incurrir en la pena que se impone al delito de *plus producción*. Entre tanto el joven Ernesto continúa en el Instituto de educación del Estado y nada adelanta, antes al contrario, los muchachos en él recluidos, ante la seguridad de que lejos de ser premiado el mérito en absoluto respeto á la igualdad, todos han de obtener idéntica recompensa, se entregan al ocio, á la holgazanería mal

encubierta con la hipócrita máscara de afición al trabajo fingida de las mil maneras que les sugiere el abandono en que viven. Los únicos puntos luminosos de la triste existencia del antiguo ardiente partidario de Bebel, son las noticias que recibe de su hijo y de su nuera emigrados en los Estados Unidos, que trabajando y ahorrando dentro del sistema *burgués*, han comprado una casita y preparan su bienestar futuro.

El fin del ensayo colectivista se aproxima á pasos de gigante, conducido por la lógica de los hechos. El novelista describe de mano maestra la primera sesión del nuevo Reichstag, en la que el gran canciller hace esfuerzos inauditos, pero completamente estériles, para convencer á la nación—á los diputados de la mayoría, como en tiempo de los gobiernos *burgueses*, los tenía convencidos de antemano—de que el déficit se debe á las consecuencias del execrado régimen anterior; pero todo es en vano; porque el valiente diputado por Hagen, que habla como lo haría Richter, el autor de la novela, actuando en el Parlamento, demuestra con viva elocuencia que todo lo que pasa es forzoso efecto de los desvaríos socialistas, según él, y termina su brillante discurso gritando, ¡abajo el presidio socialista democrático y viva la libertad!

La necesidad de poner en práctica el sistema de reducción de los gastos y de aumento de horas de trabajo subleva los ánimos de la población, especialmente de los obreros que ejercen los oficios más penosos, y háblase de una huelga formidable de los metalurgistas. Corren alarmantes noticias del extranjero, singularmente de Francia y Rusia, que pretenden que Alemania salde la enorme deuda que con ellas tiene contraída por exceso de consumo de productos exportados sobre los importados, en el angustioso término de ochenta días, amenazando con la ocupación de Alsacia-Lorena por los franceses y por la segunda de la región de Posen y de la Prusia oriental, en garantía del pago.

Las amenazas se convierten en hecho; la huelga estalla, y para conjurarla no ve el gobierno mejor medio que privar á

los revoltosos de comida y cena, y reducir á la mitad la ración de los demás para que no puedan prestarles auxilios. La caballería francesa penetra en el Luxemburgo, intercepta la vía férrea de Thionville y de Sarluis, otros cuerpos de ejército invaden la Lorena, mientras que los rusos asedian á Konisberg, Thorn y Graadlenz, y aun cuando no en vano se pone una vez más á prueba el *furor germanicus* y ya la landwehrr y la landsturm corren á la frontera, y no faltan armas, pólvora y proyectiles en los parques que dejara repletos el antiguo régimen, se han perdido los hábitos militares, se ha dispuesto de los objetos de vestuario para satisfacer las necesidades de la población civil, no hay apenas carbón para las máquinas de transporte y se carece de artículos de alimentación preparados para el ejército en guerra. Con soldados hambrientos, desnudos, descalzos es imposible resistir el formidable empuje de los ejércitos mejor organizados de Europa. Sucédense los combates siempre desgraciados para las tropas alemanas; la agitación de los obreros berlineses va convirtiéndose en una verdadera contrarevolución con caracteres muy alarmantes; obligados por el hambre, saquean los almacenes de víveres, y los descontentos, que son tantos casi como los ciudadanos, aprovechan la ocasión para dirigir el movimiento contra la democracia socialista, produciendo una serie de conflictos sangrientos que dan al traste con el famoso ensayo de colectivismo gubernamental.

Así termina la novela de Richter, llamada á producir honda sensación en nuestro país, como ha sucedido en las demás naciones en donde se han hecho traducciones de ella.

Adolfo A. BUILLA Y ALEGRE.
Profesor de «Economía» en la Universidad de Oviedo.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Ni carlista ni liberal.—Mi cuñado el griego.—Ayudante, ni de Dios.—El sastre andador.—Avíos.—Polacadas.—Otro contubernio.—*El Padre Cobos.*—La segunda base.—Batalla de las cabras.—Bando célebre.—Un rapista.—Las charreteras.—Las masías.—No juego.—Fusilamiento atroz.—Revolución de Barcelona el 56.—Escoda y Canela.—Un salvaje.—Gano sin pelear.—Guerra de calles.—Por poco la ensucio.—Noche divertida.—Agresión brutal.—Fin del bienio progresista.

Conspiraban los carlistas. Un antiguo oficial que no se acogió al convenio de Vergara, pocos aragoneses lo hicieron, encargándonos el secreto á mi madre y á mí nos manifestó que creyéndome lastimado por la revolución, lo comisionaba su partido para proponerme el mando de un batallón que se formaría con gente de Borja y Tarazona. Suponiendo que mi madre por sus ideas á la antigua le ayudaría para que yo aceptase, se sorprendió al oirla. Sólo los pillos cambian de bandera. Mi hijo juró á Isabel II; mientras reine, la defenderá; le aborrecería si hiciese lo contrario. Al ver el chasco que se llevaba el acérrimo partidario del pretendiente, añadí sonriendo:—Ya sabes la respuesta. Mi madre á la edad de ochenta y seis años se enteró del destronamiento de la reina, y exclamó llorando:—¡Pobre señora! lo siento, aunque no era legítima. A la que me dió el ser le importaba más la institución que la persona, la patria que los sistemas de gobierno.

Inutilizado de la mano derecha, me incorporé á mi regimiento como capitán de cazadores del primer batallón, el 1.° de Marzo de 1855. Al pasar por Zaragoza permanecí dos días en casa de un cuñado mío más liberal que Riego, mucho más; nunca se sublevó para hacerse general. Aragonés de pura raza, era alférez á la edad de diez y siete años, le cogieron prisionero los franceses, le llevaron á Holanda, enseñó latín, aprendió literatura, olvidó la milicia, regresó á España, y por odio á los dos últimos reyes, fué exagerado constitucional del 20 al 23. Emigró, volvió y consagró su vida á combatir el despotismo. De puras convicciones, dirigió diez años *El Eco de Aragón,* periódico exaltado, batalló, trabajó, perdió intereses y salud sin aspirar á honores que despreciaba. Adoraba los fueros y glorias aragonesas. Era helenista, explicaba en la Universidad de Zaragoza ó en su casa; jamás estaba ocioso. En estilo extravagante, con abundancia de máximas filosóficas y morales, publicó la historia de Aragón, *Aventuras de Pedro Saputo* y otras obras. Narraba con vivos colores los martirios que sufrió en Francia, y encargaba á los jóvenes no olvidasen la felonía de Napoleón ni la crueldad de sus soldados. Siempre estaba alegre; no creía que tuviera nadie interés en engañarle. A mi hijo, niño de pocos meses que lloraba, le dijo:—Chico, calla, ¿no sabes que estás en casa ajena? Sincero católico, atacó á los jesuítas y repetía:—A los clérigos que mueren ricos no rezarles, es inútil; todos se hallan en los infiernos. Aborrecía los médicos; se curó unas calenturas comiendo tomates crudos. Huía del sol, creía que sus rayos le constipaban, saltaba por encima de los que entraban en la cátedra, fué el primer aragonés que usó sombrilla y si le instaban que durmiese abrigado, ponía la tohalla encima de la cama. Honradísimo y caritativo, se convenció que la política era farsa y publicó:

«Tremolen los libres
Banderas al viento.
Aquí nos ca...
En ellas y en ellos.

O bien los partidos
Tremolen banderas,
Aquí nos ca...
En ellos y en ellas...»

Murió en 1865. Le estoy agradecido; me dejó su reloj. A los cuñados llaman hermanos políticos. Adán y yo nos libramos de una calamidad. No conocimos suegra ó madre política.

Siempre que el partido liberal se echa á la calle, el absolutista se sube á la montaña. Al tambor del miliciano responde la corneta carlista. Los barricaderos del 54, engendraron los insurrectos del 55 para destruir unos y otros la nación. El capitán Corrales se sublevó en Zaragoza con un escuadrón mandado por los sargentos, proclamando á Carlos VI. El capitán general Gurrea salió en su persecución con la milicia nacional de caballería y algunas compañías del ejército. A los soldados cansados y sin comer les dieron vino en La Muela, se marearon, observó Corrales que Gurrea iba con sólo los nacionales, los esperó, mató á algunos y cuando llegó la tropa al sitio de la acción no encontró vencidos ni vencedores. La milicia nacional de caballería siempre ha sido peor que la de infantería. En la primera guerra civil, mandada por el general Nogueras, que por el fusilamiento de la madre de Cabrera le llamaban *Mataviejas*, corrió que se las peló. En Alfamén fué vencida sin pelear por los soldados de Corrales. A éste y á los sargentos los fusilaron. Como premiaron á los pronunciados del año anterior, decía un periódico

«El que hoy la ley quebranta
Que pague su traición,
Memorias á la santa
Pasada insurrección.»

La madre de un sargento sublevado pidió á O'Donnell perdonase á su hijo y lo negó.—V. E. se ha pronunciado varias veces, añadió la pobre.—Sí, pero me atuve á las consecuencias, replicó el general. El general Gurrea me nombró su ayudan-

te, lo agradecí y no acepté: recordé que un gobernador militar de Cádiz muy moderado, vió en la muralla una porquería, y dijo al oficial que le acompañaba: «Averigüe V. si es de persona ó de perro.»

Si me hallo en la batalla de Alfamén y tengo la suerte de los ayudantes del exaltado general Gurrea que perecieron en ella, me luzco. Concluyen de matarme los carlistas. Estos probaron fortuna por tercera vez en 1855. El que me ofreció el mando de un batallón estaba enterado. Los partidarios de D. Carlos se reunieron en Calatayud. Acudió un artesano de Borja, al regresar le encausaron, y verificó el viaje tan pronto que probó la imposibilidad de haberlo ejecutado. Le llamaban el sastre andador. Sólo por comprar botones fué y volvió á pie á Zaragoza caminando diez y seis leguas en pocas horas. Le hirieron en la guerra de Africa sirviendo en los tercios catalanes, único bueno que hizo en su vida. En 1868, le vi en Madrid como voluntario de la libertad. Tan consecuente en política como su paisano el Galgo, tambor de los constitucionales el año 20, de los realistas el 23, de los nacionales el 35 y 55, y por tocar, de los soldados romanos que en Borja van en la procesión del Santo Entierro que apaleó á los vencidos de todas las épocas. En cambio murió en Tarazona de sacristán de monjas, por no acogerse al convenio de Vergara, un excoronel carlista.

La pasión política vuelve locos á los más cuerdos. Un coronel progresista, buenísimo, refiriéndose á un general moderado exclamó:—¡Qué puede esperarse del hijo de un realista!—Mi padre lo era; el suyo lo sería, nació V. mucho antes que yo, le repliqué.—Es verdad, entonces no había liberales, añadió sonriéndose.

A los soldados que guisan la comida de los sargentos, para diferenciarlos de los que sirven á los oficiales, les titulaban machacantes.

Para ordenanzas de los cuartos de banderas buscan soldados listos y honrados. El de mi regimiento era gitano y le lla-

maban *Catástrofe*. Unico soldado que he conocido de tal casta. El rancho tiene un gusto especial, y la manera de confeccionarse pasa de unos soldados á otros por tradición. En 1855 se formó en Madrid una sociedad para dar de comer á la tropa. Los del arte culinario, que presentaron los contratistas confeccionaron una bazofia tan pésima que no se pudo tragar. En la libreta ó cuenta del rancho jamás faltaban *avíos*. Generales se han muerto sin enterarse que los avíos eran los ajos, cebollas, pimentón, y los cuartos que el cabo furriel gasta en echar el aguardiente. Es muy difícil y expuesto cambiar las costumbres del ejército. La ordenanza está basada en la experiencia; los hombres han sido, son y serán siempre lo mismo.

Un joven imberbe me dijo que al vástago de un general vicalvarista y á él les concederían la gracia de alférez. — Me alegro por V. y lo siento por el otro que llegará á comandante primero que yo, le repliqué. — ¡Imposible! V. es capitán con grado de comandante y mi amigo paisano todavía. Tenía más de mochuelo que de águila, ni prestó más, ni mejores servicios que los míos, y ascendió siete años antes que yo á jefe. Su padre pasó la vida conspirando, sublevándose, mandando y chupando. Seguían las polacadas. Tal era el sistema de ascensos que se observaba en infantería. La injusticia y el desprecio irritan y hasta enloquecen.

El 27 de Marzo del 55 me nombraron de guardia en el Palacio Real. O'Donnell dispuso que el ejército y la milicia nacional hicieran el servicio juntos para que se odiasen. Más fácil era mezclar el aceite y el agua que ambos institutos. Con la reina, se mostró muy amable, atraía por su majestad, señorío y aspecto varonil. Aquella noche hubo alarma. Las bandas de nacionales se reunieron para tocar generala: no lo verificaron. Jamás leí las obras de Aygüals de Izco; eran malas y ponía entre sus títulos literarios el de ex comandante de la milicia nacional de Vinaroz. Llevaban los milicianos tan repetidas las cifras M. N., que yo los titulaba *Lamené* (Lamennais), abate francés, apóstata. En Navarra, durante la primera

guerra civil, lo oí en la última, los carlistas llamaban *guiris* á los liberales, porque los soldados de la guardia real de infantería, primera tropa destinada á sofocar la insurrección, ostentaban en morriones, botones, chapas y cartucheras la cifra G. R. I., que por burla leían Gri ó Guiri.

Había paisanos fanáticos que tomaban en serio jugar á los soldados; los más convertían el fusil en caña de pescar. El año 55, en Madrid, no se oía otra música que el himno de Riego: eran innumerables los que cometían lo tontería de imitar á la tropa. Me hacía gracia cuando los centinales de nacionales decían:—¡Atrás, paisano!—¿Y V. qué es? preguntó uno muy exaltado que sería moderado. La guardia del ministerio de la Gobernación se componía un día de un capitán con soldados del ejército y un subalterno con milicianos. Al otro día el capitán era de nacionales y el subalterno de tropa. Hubo oficial de estos que pasó la noche á la intemperie helándose por no hablar al paisano que vestía de militar. En Madrid había infinitos batallones de milicia nacional: los ingenieros llevaban casco, mochila y la caballería chascás; porque era coronel honorario Espartero, á sus admiradores les llamaban chascanautas. Sus arengas siempre comenzaban: «Nacionales y soldados.»—¿Seré yo extranjero? me preguntaba.

Decían por guasa, que manifestó Isabel II había muchos paisanos armados y replicó el duque de la Vitoria:

«Querida de mi corazón,
Si os parece mucha milicia,
Aumentaremos un batallón.»

Me desesperaba que la milicia ó paisanos armados desfilasen al compás de la marcha francesa que tocaban los tambores olvidando la gallardía de la española. Se contoneaban á lo ganso con el tacatacatan, tan, tan, tan, tan, me sacaban de quicio. No debieron llamarse nacionales, sino gabachos. Desde entonces me horrorizan las cajas de guerra. El suprimirlas honró á la república.

Los nacionales de artillería de Madrid tenían diez y seis cañones que arrastraban las mulas de los carros de la limpieza. A tales guerreros podía aplicárseles el siguiente cuento: «Dijeron á un baturro:—Tu novia no es doncella.—Para lo que le había de durar—replicó el aragonés.» En las Cortes del bienio progresista se disparató de lo lindo. Un marqués demócrata dijo que la organización de las legiones romanas era semejante á la de la milicia nacional. La de Pontevedra pidió libertad y franquicia para los liberales, despotismo para los serviles. Un diputado siempre pedía fusiles. Otro llamaba á la reina señora distinguida. El ministro de la Guerra se negó á dar un grado de coronel á un jefe del ejército y lo concedió el de marina, disculpándose que la gracia *sólo servía para pintarla*. *El Padre Cobos* publicó «Bien aventurado sea el de marina, porque es muy gravoso sin ser muy Gravina».

Hubo padre de la patria que llamó á Cuba rincón de la Península. Rios Rosas dijo: «Hay revoluciones que empiezan siendo necesarias, siguen siendo funestas y acaban por ser deplorables.» Fué de lo poco racional que se escuchó.

Espartero repetía: «Puesto á la cabeza del ejército, de la milicia nacional, de la asamblea y de la nación entera, anodadaré á todo perturbador del orden.» Vaya una hazaña. En 1840 la universidad de Valencia le nombró doctor. Corría parejas con el ministro de Hacienda. Este dijo en las Cortes que en un libro leyó, sí, en otro no, arrojó los dos. Se conocía. Cuentan que al preguntarle si se había enriquecido con las raciones que suministró á la tropa, contestó: «Con las que no suministré.» En las Cortes se presentó una proposición suprimiendo las quintas. Los progresistas se volvieron locos. Un ministro exclamó que consideraba feliz el día que pasaba sin motín en España. Un diputado propuso suprimir la guardia civil y con lo que costaba indemnizar á los robados. Debió añadir que el sobrante se repartiese á los ladrones.

Las predicaciones socialistas causaban efecto. En Burgos asesinaron al gobernador civil, en Valladolid se destruía la

propiedad, los obreros catalanes se organizaron, y en Sans, mataron, al rico ex diputado Sol y Padrís. El movimiento revolucionario se combinaba con la entrada en Cataluña de los carlistas Marsal, Borges y los Tristanys. Otro contubernio nefando como el de marras.

Salí con mi batallón de Madrid el 8 de Julio para Barcelona. El 14 nos acuartelaron en la fábrica de Sans, *La España industrial;* se veía la pared manchada con la sangre de su propietario Sol y Padrís. Nos destinaron una cuadra para los oficiales. Entre estos que jugaban al monte y los mosquitos, no me dejaban dormir. *El Padre Cobos*, periódico satírico, hacía mis delicias. Sé de memoria muchas de sus poesías. Copiaré una estrofa de la *Gran Parada* y fragmentos del referido periódico.

«Sordo rumor se percibe;
esto me huele á jarana.
Cierran las puertas. ¿Quién vive?
El motín de la semana.
¡Zás... zis... zás...!
Deténgase V. No quiero.
¡Cabo de guardia, el chascás
del general Espartero!»

«La libertad, según varios autores, es marchar al compás de los tambores.—Por eso el español entusiasmado, para ser liberal se hace soldado.—Cuando era menos sabia nuestra tierra, teníamos soldados, mas no guerra.—Ahora que somos ilustrados, tendremos guerra pero no soldados.—Si el progreso progresa y se equilibra, el hombre es libre; la mujer es libra.—El lazo conyugal es ley muy dura, para tener mujer me sobra el cura.—Yo quiero la igualdad, pero soy chato; el que tenga nariz es un ingrato.—¡Sol de la libertad, yo te saludo! Caliéntame, por Dios, que estoy desnudo.—Libertad de conciencia se nos prepara; libertad ya tenemos, conciencia falta.»

La Constitución nonata de 1855, en su segunda base establecía la libertad de conciencia. La inmensa mayoría de los espa-

ñoles no la deseaba ni quería. Se hallaba lleno de oficiales del ejército un café de Manresa, pasaba el Viático, ninguno hacía caso de la campanilla, les grité desde la puerta: «¡Acordaos de la segunda base!», y todos salieron á la calle, se descubrieron y arrodillaron.

Desde la fábrica de Sans fué mi batallón por el ferrocarril á Barcelona; sin salir del tren volvimos al punto de partida. Un soldado distraído, al encontrarse otra vez en Sans, exclamó admirado: «¡Hemos andado sin movernos!»

En Barcelona oí á un mozo de café muy demócrata: «Estoy por la libertad de imprenta, pero no dejaría publicar otros periódicos que los de nuestro partido.» Aún no se había inventado

«El pesamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo.»

Fué destinado mi batallón á operar en la alta montaña de Cataluña. Era preciso exterminar á los carlistas sin misericordia antes de que estallara la revolución demagógica para evitar dos guerras civiles á un tiempo. El 30 de Agosto dormimos en Manresa. El 2 de Setiembre participó al comandante de la columna el oficial del telégrafo óptico de Suria que se habían oído durante seis horas repetidas descargas cerradas hacia Castelladral. El jefe, irresoluto, sin carácter, de los que al salirles algo mal echan el muerto á otro, consultó conmigo; le manifesté no creía fuesen descargas, porque los carlistas eran cuarenta veces menos que en la campaña de los matinés, y jamás duró una acción tanto rato. Si vencían, el fuego se acababa pronto, y si huían duraba menos. Conseguí nos dirigiéramos hacia Castelladral. La vanguardia observó que mucha gente, á su parecer con pantalón blanco, se metía en un bosque. Mientras el jefe azorado preparaba el anteojo, cuyas correas se enredaron con las de la

cartera y frasco que llevaba, por lo cual le llamábamos el *Curraché*, desaparecieron los facciosos vestidos de verano. «¡Ya no se ven!», exclamaron los soldados, que alcanzan más que un telescopio. Si alguno dice, v. gr., por allí va uno con manta encarnada y escopeta ó fusil, rara vez se equivoca.

Al apurado jefe, de joven, por su facha, le llamaban Patata. La figura influye mucho en la milicia. No se comprende á un jorobado mandando un regimiento, no puede impresionar en la imaginación de sus inferiores, imposible los conduzca á la victoria. Si se persuaden que al superior le falta valor ó inteligencia, lo desprecian. La subordinación está basada en que el que manda valga más moralmente que el que obedece.

Borges acababa de copar una columna; al rendirse Clarós que la mandaba, le dijo el carlista: «Sí fueran como V. los que defienden á Isabel II, pronto entraríamos en Madrid.» Supuso nuestro comandante que la gente del bosque era la del valiente partidario de D. Carlos, vestida con los pantalones de lienzo de los prisioneros de Comiols. Al *Curraché* le dije que si me sostenía con el batallón, yo reconocería el pavoroso bosque. Lo verifiqué, tomando las mismas precauciones que si fuera solo con mi compañía. No me fié. Los carlistas eran cabras blancas, y las descargas cerradas una tronada en los Pirineos. Volví y no encontré la columna. Se retiró á Castelladral.

El comandante era el mismo que se lució en la famosa batalla de Vall de Eurex, el 45. Ejecutó lo que cantaban los carlistas en la primera guerra civil:

«Ya pujan los cristinos
y nos dispersarán;
farme la retirada,
Cap á Castelladral.»

En Caserras me refirieron que el conde de España mandó cortar la cabeza con un hacha á varios carlistas insubordinados. Un cabo de gastadores sirvió de verdugo; el fusilar no causaba efecto. Consiguió que catorce batallones de catalanes

comieran rancho y usaran corbatín. Concluyeron por arrojarle con una piedra al cuello por el puente de Orgañá. Como militar debían erigirle una estatua.

Para concluir con los carlistas de Cataluña el 55, se organizaron pequeñas columnas á las órdenes de un general, valiente y chiflado. Encargó á un coronel, corto de alcances y largo de osadía, la redacción de un bando, el cual lo encomendó al alférez de mi compañía, que de músico, poeta y loco tenía más de un poco. Este lo escribió, el jefe, que todo se lo ponía por montera, no se enteró, y el general firmó: «Antes de pasar á tomar medidas de rigor, serán fusilados, etc., etc.»

Después de una marcha de doce horas, llegué con mi compañía de cazadores á Cardona. Del gobernador recibí orden de salir sin descansar á sorprender una partida carlista escondida en la masía de Coma. Para servir de guías me dió veinte nacionales, mandados por un barbero. Este me dijo que ni él ni sus voluntarios sabían el camino. Desde chico tenía aversión á los paisanos armados. Ordené al rapista, para evitar que me hiciese la barba aquella noche, tomase dirección contraria á la que yo llevaba. De masía en masía sacaba payeses que me enseñaran el camino. Conforme me acercaba á la de Coma, con mayor repugnancia lo hacían; prueba de que los facciosos estaban en ella, situada en el extremo de un cerro; llamamos á la puerta, abrieron, nos lanzamos armada bayoneta dentro, y... no encontramos á nádie.

La casa tenía otra puerta á la espalda sobre campos en anfiteatro, imposible de rodear no llevando mucha gente. Los ribazos ó escalones eran tan fáciles de bajar como difíciles de subir. Los carlistas huyeron por la puerta exterior de la masía. No los vimos ni oímos... Los olimos.

Fué la vez que estuve más cerca del enemigo que perseguíamos sin cesar.

La milicia es una escuela donde se aprende á obedecer y á mandar. En ella existen tipos inconcebibles. Por eso el que no ha servido en filas, por talento que posea, jamás sabe con-

ducir tropa. La teoría sin la práctica poco vale. Los genios que adivinan, rara vez aparecen. Hay soldados incorregibles. En el año 44 tenía uno el vicio de pedir limosna. Pasaba la vida en el calabozo. Otro, el 48, en la guerra de Cataluña, vendía la pólvora de los cartuchos, que sustituía con carbón molido. Se le apaleó inútilmente.

Un soldado de mi compañía se propuso acabar con mi poca paciencia. Al salir la columna de los pueblos se iba quedando atrás.—Que ande, mandaba yo, los carlistas le cogerán.—Es imposible, está cansado.—Cabo, no le deje V. pararse. A la conclusión de la jornada, disponía que le llevasen al médico; este aseguraba era un maula; al día siguiente se repetía la función. Para aburrirme, aguantaba que todo el camino dos cabos lo empujasen dándole puntapiés.

Cada ocho días recibíamos en Manresa dinero para la tropa y nos mudábamos la ropa interior; llevábamos lo puesto. Moliamos de tanto andar los calzoncillos, que al sacudir los pantalones caía pelusa. Yo usaba gabán; el capitán de granaderos que había dejado su equipaje en Madrid, se metía las manos entre la levita y el pantalón para abrigarlas. En Fonollosa conocí un clérigo que sabía de memoria el breviario, el misal y hasta los nombres de los regimientos del ejército. A tal pueblo no llegaron los moros, ni los franceses de 1808.

Siempre por vericuetos, andábamos de catorce á diez y ocho horas diarias á pie. Dormíamos en las masías, y los asistentes nos daban bacalao, arroz y patatas, que engullíamos hasta tocarlo con el dedo. Teníamos las lenguas tan limpias como las hojas de nuestros sables. Juventud y poca aprensión son indispensables para la guerra.

Los cazadores usaban dragonas ó charreteras, en las masías se acostaban entre la paja, al amanecer los revistaba el oficial de semana y me decía: Se ha perdido una dragona en el pajar; prevenía que el soldado guardase la otra en el morral. Al día siguiente me repetían lo mismo. Que echen á cara ó cruz cuál de los dos cazadores ha de llevar charreteras.

El que gane que vaya con dos; el que pierda sin ninguna. —¡Cuándo querrá Dios, que no querrá, supriman en la milicia los muchos chismes inútiles que sólo sirven de incomodidad! pensaba yo.

En la alta montaña de Cataluña hay grandes casas de campo. En la de Montañá, cerca de Berga, dormimos cómodamente el general, su estado mayor, una patulea de francos, una sección de caballería, varios mozos de escuadra, y cuatro compañías de ejército. Los oficiales tuvimos cama.

Era curioso ver comer á la familia. Se sentaban á la mesa desde el dueño hasta el porquero; les servían la señora, hijas y criadas. Al amo, porque en la gorra llevaba una inmensa visera, le llamábamos Lord Biserón.

Varias veces se alojó mi compañía en Santa María de Serrateix, casa de campo muy grande. Para los oficiales nos daban una cocina; en ella asaba patatas un payés anciano.—¿Qué hace V.?, le preguntábamos.—Aperian trufas; pataques que dicen Vds.—contestaba.

Una tarde observé que habían desaparecido todos los soldados menos los de guardia; escondidos en el pajar jugaban á las cartas; los formé á la carrera en guerrilla, y permanecí dos horas maniobrando en un bosque de pinos, que por la niebla heladora parecían preciosos árboles de cristal. Mientras estuve á las órdenes de un superior, los oficiales pasaban la noche jugando. Yo, entre tanto, pedía libros á los clérigos aunque fueran de teología ó moral. Me encajé la colección del periódico carlista *El Católico,* y la de *El Sapo y El Mico*, diario republicano catalán del 40 al 43. En cuanto fuí jefe de columna, no toleré se tirase la oreja á Jorge. Sabía que los subalternos murmuraban.—Es un déspota. ¡Ojalá no pase de capitán! Por poco se cumple la maldición. Yo aborrecía el juego. Cuando mi mujer oía:—Su marido no fuma, ni bebe, ni juega. —Porque no le gusta; no es por virtud—repetía.—Tenía razón. Al salir del campamento de Montesquinza en 1875, me dijo el segundo jefe del regimiento que yo mandaba. Todo lo ha con-

seguido menos que los oficiales no jugaran.—Como que era V. el que ponía la banca. Sé que colocaba vigilantes desde mi tienda á la que servía de casino, le repliqué.

Un capellán castrense, siempre que perdía en el juego, exclamaba.—¡Ojalá me traguen los infiernos! Una noche, al repetirlo, se hundió con la silla que ocupaba creyéndose entre las garras del demonio. Los oficiales del regimiento colocaron el asiento del cura sobre la puerta que cubría la bajada de una escalera, abriéndola al oir la maldición.

Dios me libró de los dos vicios más vergonzosos; jugar y beber. En las masías de Cataluña observé que había oficial que se habría matado con el que lo creyera poco caballero y le ganaba el dinero de mala manera, á otro que el aguardiente le transtornaba la cabeza. El jugador pierde dignidad, se envilece y deja en la miseria á su familia. Muchos años después de la época que voy narrando, me preguntó un señorito de la alta sociedad de Madrid:—¿Porqué le da á V. cuando se emborracha? Era un necio, no me incomodé, y respondí:—Por nada; jamás me he convertido en cerdo.

Pasamos por Ardevol, casa solariega de los Tristanys, acérrimos carlistas que jamás se sometieron á los liberales. A su tío, el famoso canónigo que fusilaron en 1847, le cantaban en la primera guerra civil:

En Zumalacárregui
quant era chiquet,
jugaba á las chapas
ab Mosen Benet.

En la masía Sala de Liña las dos hijas del patrón eran hermosísimas, quise cenaran con nosotros la noche de Navidad mandé á Cardona por todo lo necesario, el padre solo accedía á que nos sirviesen á la mesa y no lo consentí. En la capilla de la referida casa tenían el retrato de familia de un general que fué en el siglo pasado gobernador de Cartagena de Indias.

A un subcabo de Parrots, fuerza destinada á perseguir el

contrabando, que jugaba al tute, le oí decir para animar á su compañero:

«No os espanteu que ancara tenim
Cardona, Busa y L'Aseu.»

Unicas fortificaciones que los franceses no tomaron en Cataluña durante la guerra de la Independencia. Busa es una peña aislada que sirvió á los españoles para depósito de prisioneros franceses. Les hacían pasar por una palanca, la quitaban y no podían escaparse. En una masia al pie del referido peñasco dormimos una noche. Hacía frío, tenía yo apetito, me senté en el hogar y comí riquísimas patatas que me dió la patrona. Las partían por mitad, echaban sal, ponían á la lumbre para que formasen costra donde no tenían piel, envolvían en rescoldo y á los cinco minutos se hallaban asadas.

Un general manifiesta en sus memorias que sabía guisar; que su hermano, también general, tenía vanidad en freir huevos, y que otro general distinguido, que llegó á ministro de la Guerra, planchaba la ropa. Eran generales en todo. Yo, muy torpe, dudé pasar de particular.

Aunque todos los días nos encontrábamos las columnas compuestas de una ó dos compañías, no vi á los carlistas. Por desgracia presencié el fusilamiento de uno que había entrado de Francia y del payés Ramón Balaguer el 6 de Diciembre de 1855. Se publicó un bando imponiendo pena de muerte á los dueños de las casas de campo donde se acogiesen los tenaces partidarios de Montemolin si no lo participaban á las autoridades del gobierno. Los carlistas impidieron que Balaguer lo verificase, y al inocente lo fusilaron en el corral de su casa. Gracias á los consuelos de la religión, murió resignado como un mártir. Después de cuarenta y un años estoy viendo cómo la criada echó por la ventana la sábana de la cama de su pobre amo para que lo amortajasen. Lo horrible es que impusieron tan injusta y tremenda pena los que el año anterior se

habían sublevado. Borges y demás cabecillas volvieron á Francia. Vencidos los absolutistas, el 30 de Diciembre fuimos á Barcelona para batirnos con los liberales. ¡Triste misión la del ejército! En dos años tres guerras civiles. Los que las promovieron, muy satisfechos.

¡Ah! Me olvidaba lo mejor. En premio de correr cuatro meses con calor y frío, comer mal y dormir peor, me dieron la cruz de Isabel la Católica, como si mis servicios fueran los de algún boticario prestados detrás del mostrador. Por no satisfacer los derechos del diploma, renuncié tácitamente la condecoración.

Va de cuento. En la guerra carlista de los siete años á un teniente de cuerpos francos se le enfermó el caballo en un pueblo de Cataluña. El boticario le presentó la cuenta de las medicinas; importaban ocho duros, más de doble de lo que valía el penco. El farmacéutico observó con dolor que la columna salía del pueblo sin cobrar la deuda, y con alegría que el oficial volvía á escape.—Tome V.—le dijo el militar entregándole una moneda envuelta eu un papel.—Muchas gracias, caballero—añadió el boticario agradecido y contento de pescar los 160 reales que creía perdidos.—Cuando el jinete desapareció, el mercader en drogas encontró dentro del papel un medio duro en lugar de la media onza que esperaba, conformándose al pensar que las medicinas suministradas al jacucho escasamente valdrían un real.

En 1856 se hallaba de gobernador militar de Gerona un general aragonés que se había casado siendo sargento con la hija de un carnicero de Zaragoza.—Chica—repetía á su mujer que era muy guapa—¿te acuerdas qué ricas costillas de carnero comíamos de las que vendía tu padre?—Le honraba el no ocultar lo humilde de su familia.

El general Basols, al pasarnos revista de inspección en Barcelona, preguntó á un soldado aragonés que tenía el peine sin estrenar:—¿Por qué no te peinas?—Si no nos permiten que llevemos pelo—contestó.—Lo único bueno que hizo Godoy fué

rapar al ejército. Al capitán general D. Francisco Eguía previno Fernando VII se cortase la coleta, única que había en la milicia.—Antes la cabeza—replicó el anciano.—Al rey le hizo gracia la chochez y le dijo:—Haz lo que quieras, abuelo.—Eguía murió en 1827; le llamaban coletilla.

O'Donnell, desde 1854, se propuso lanzar del poder á los progresistas. Si los diputados en las Cortes le exigían que volviera al ejército á los oficiales separados por delitos comunes, respondía:—Bueno, si se convienen los interesados á que se publiquen sus expedientes.—Le negaron el aumentar la fuerza de los regimientos con quintos, y admitió voluntarios. Adivinó que el bienio progresista concluiría á tiros. La manía por la milicia nacional llegó á la cima de la necedad humana; cuantos más chismes se ponen los paisanos armados, menos valen; la caballería y artillería de nada sirven. O'Donnell, comandante honorario de un batallón de nacionales, les arengó. En vez de «os instruiré», se equivocó y dijo: «Os destruiré». Lo verificó á cañonazos. Uno de sus contertulios le enseñó el furibundo artículo que contra él publicaba un periódico, creyó que el general iba á estallar en cólera y observó que se había quedado dormido. La calma y sangre fría sacó á O'Donnell victorioso de la situación en que se había metido.

Como los militares no están conformes con que los paisanos ostenten las divisas de los empleos que tanto cuesta adquirir, exclamó muy compungido un oficial de mi regimiento:—¡No podremos con los quinientos mil nacionales que hay en España!—Para consolarle le dije:—Cuantos más moros más ganancia.

Es natural la antipatía entre los paisanos armados y el ejército. Siempre que veía yo alguno disfrazado de militar, pensaba sonriendo: «Qué guapo estaría yo con bonete y casulla.» Aunque en 1868 aparecieron con el nombre de voluntarios de la libertad, hasta sus antiguos partidarios se convencieron habían pasado de moda. ¡Si la república en Francia hubiera restablecido la milicia nacional, habiera caído cien

veces. En la plaza de San Jaime de Barcelona había dos guardias en 1856. Una del ejército en el palacio de la Diputación, y otra de milicia nacional en la casa de Ayuntamiento. Jamás se mezclaban los individuos de tan diferentes institutos. Hallándome de servicio me preguntaron:—¿Qué pensarán los soldados, que miran sin acercarse á los nacionales?—La manera de quitarles más pronto las armas—contesté.

Isabel II aceptó la dimisión del ministerio presidido por Espartero, nombró á O'Donnell, y la milicia nacional de Madrid se sublevó contra la regia prerrogativa la noche del 16 al 17 de Julio. Advirtieron á la reina que se jugaba la corona, y replicó:—«Para llevarla sin dignidad, prefiero no tenerla.»—Si hubiera mostrado igual entereza en 1868, tal vez no la perdiera. En 1856 había leales. D. Francisco Serrano bombardeó el Congreso, y le hicieron capitán general de ejército. Los comandantes de la milicia manifestaron no podían defenderse por carecer de pólvora al presidente de las Cortes, el cual levantó la sesión diciendo sin creerlo:—Para la próxima, se avisará á domicilio.—Cuentan que un capitán general de Cataluña preguntó al gobernador del castillo de Hostalrich:—¿Porqué no ha mandado V. disparar los cañonazos que por ordenanza me corresponden?—Por mil causas: la primera, porque no tengo pólvora.—Suprima V. la novecientas noventa y nueve.

Á pesar del gran número de batallones de nacionales armados hasta los dientes, del chascás de la caballería y de los diez y seis cañones que no llegaron á disparar, la lucha fué corta en Madrid. Faltaba el rabo por desollar en Barcelona; por lo mismo que los paisanos no usaban uniforme, costó más trabajo vencerlos, y corrió la sangre en abundancia. En Cataluña hay gente siempre dispuesta á pelear contra el gobierno, sea el que sea. Los más osados se sublevaron el 17 de Julio en la capital del Principado. La tarde del mismo día varios batallones del ejército formaron en la Rambla de Santa Mónica, dando espalda al mar. Me hallaba á la cabeza de la columna con mi compañía. El capitán general amenazó con fusilar al que diera

cuartel á los insurrectos. Recibí orden por escrito para que en la cárcel me entregasen á Escoda, que debía ponerse al frente de la insurrección, desfilé al paso ligero, se levantaban barricadas, me hicieron disparos, llegué á la cárcel, hice alto, y dije á los soldados:—Nuestra misión es vencer; si alguno toca el pelo á un rendido, le pego una cuchillada.—Tomé las bocacalles inmediatas al edificio, y encargué á un sargento con cuatro cazadores entregase la orden al alcaide. Tardaban en bajar, impaciente subí á las prisiones, pregunté al sargento: —¿Y Escoda? No me encargo de él sin atarlo, respondió.—Señor comandante (yo tenía el grado), ¿le parece á V. bien atar á un comandante?—me dijo Escoda.—¿De qué es V. comandante?—De nacionales.—Atarle.—Le vi en Tarragona el 48 al presentarse á indulto; era jefe republicano. Al dirigirme al fuerte de Atarazanas por el glasis de la antigua muralla, encontré un escuadrón; nos hacían fuego desde los terrados. Á un oficial que me aconsejó pegar un tiro al preso, le repliqué:—Que lo mate Dios, que lo ha criado.—Hacía dos años justos que en Madrid me habían inutilizado. Los jinetes son más crueles que los infantes. La vista de la sangre embriaga. Se dice: «Entró á degüello la caballería, atacó la infantería».

Pasaron doce años, me dejó de reemplazo la revolución del 68, vi de espaldas en la puerta del café Suizo de Madrid á un coronel de carabineros, con trazas de patulea, género que los militares distinguimos á cien millones de leguas, llevaba el morrión echado para atrás, me acerqué, pensé: «Este será de los nuevos». Le oí decir con acento catalán de lo más duro:—Se debe cortar la cabeza á los *Burbónicos*...—y sonriéndome exclamé:—¡Escoda y Canela! Es capaz de atarme. Fué una injusticia no hacer á Canela general. Otros que valían tanto como él llegaron á serlo, y hasta vocales de la Junta consultiva de Guerra, en el reinado de Alfonso XII.

Escodada llamaron los carlistas el acto de querer Canela sorprender por engaño á D. Carlos cuando comenzó la última guerra civil.

El militar, y más en guerras civiles, debe vencer, y si puede, no matar. Se expone á que Dios le diga: «Caín, ¿qué hiciste de tu hermano Abel?» ¡Cuántas veces en España se han batido un hermano contra otro!

Ataqué una barricada cerca de Canaletas y prendí á un insurrecto de fuerzas atléticas, aspecto salvaje, de greñas largas y espesas que casi le ocultaban el rosto. Cuando se revuelve la sociedad, y en Caluña más, aparecen tipos feroces. Dispuse que al prisionero le llevasen al fuerte de Atarazanas. Se arrojó al suelo y repetía furioso.—No iré; que me maten. Mandé á los cazadores lo pusieran en pie y le hicieran andar. A cada paso se volvía á echar en tierra, oponiéndose con todas sus fuerzas á caminar pidiendo la muerte. Tantas veces cuantas con la mayor calma ordenaba levantarlo se tendía en el suelo. Los paisanos, y hasta las señoras desde los balcones de la Rambla, gritaban:—Darle gusto á ese animal; pegarle cuatro tiros.—No, replicaba yo; ha de ir vivo.—Viendo que ni arrastrado se conseguía moverlo, dispuse lo montaran sobre un caballo. Para que no se arrojase del jaco, mandé que si el hombre bestia se inclinaba á un lado, los dos cazadores que lo sujetaban por cada pierna, tirasen de la opuesta. Así lo condujeron por toda la Rambla hasta entregarlo en Atarazanas, con gran algazara de la escolta por que todos creían que acompañaban á un borracho. Las escenas más repugnantes se convierten en diversión cuando producen engaño en los que las contemplan.

Los paisanos armados que tratan de imitar á la tropa en la parte exterior ó de farsa, causan risa, lágrimas y sangre. A los de artillería que había en Barcelona en 1856, se les volcó un cañón desfilando en una gran parada al bajar por la muralla del mar. Sus paisanos los silbaron estrepitosamente. Durante la encarnizada lucha, supo el capitán general que la artillería de la milicia nacional trataba de tomar parte en la insurrección. Me ordenó que con mi compañía á la carrera me apoderase de las cuatro, y envió detrás tiros de mulas para condu-

cirlas al fuerte de Atarazanas. Sorprendí la guardia del cuartel, que no opuso resistencia, los artilleros del ejército engancharon los cañones de los nacionales y salieron á escape. Al acabar la operación y abandonar el edificio, el centinela de la milicia que se hallaba en la puerta con el mosquetón en la mano, que á pesar de su levita con solapas encarnadas y mucho cordón en el morrión, por su gran abdomen tenía más facha de mercader que de militar, me dijo:—¿Y ara que farem?—Res (nada), contesté muy contento de que no me hubiesen herido ni un soldado ni tener que hacer daño á nadie, clase de hazañas que me envanecen. En las luchas civiles la mejor victoria es aquella que no corre sangre.

La guerra de calles es cruel y cobarde. Los pobres soldados se distinguen por el uniforme y sirven de blanco. Van mandados y se baten á la fuerza. Los paisanos insurrectos lo hacen por gusto, por conseguir lo que desean, y algunos por ideas abstractas que no comprenden jamás. Escondidos disparan por instinto de dañar y matar. Yo, al atacar una barricada, colocaba una hilera de mi compañía en cada acera de la calle, ponía el sable con vaina debajo del sobaco izquierdo, metía las manos en los balsillos del pantalón, bajaba la cabeza y delante de la tropa echaba á correr hasta llegar á tomarla. No me remuerde la conciencia de haber muerto á nadie por mi mano; ahora que soy viejo me alegro mucho no pasar por héroe.

Nos batíamos con los revolucionarios en la calle del Hospital, hacía mucho calor, desde unas celosías corridas me preguntó una señora:—¿Quieres algo?—Beber, contesté. Abrieron un portal y me dieron agua de limón. Llamé á mi alférez que se hallaba medio asfixiado, vió en la escalera la preciosa hija de mi amiga, se entusiasmó, era poeta, olvidó la sed y dirigió á la niña un diluvio de frases galantes que formaban contraste con los disparos de fusil y la escena que se representaba á pocos pasos. El fuego aumentaba, la muchacha se puso encarnada, la madre, también muy guapa, se reía, yo

desesperado miraba alternativamente desde la puerta de la calle á mis amigas, á mis enemigos, y gritaba al oficial que saliese pronto, pudiendo aplicarnos los versos de Tirso de Molina:

«Apéense señores.
¡Cuerpo de Cristo! ¡el tiempo es para flores!...»

La guerra de calles, repito, es innoble, horrible, asquerosa, no hay táctica, sino astucia de zorra, la rabia sustituye al valor y al genio, el arrojo es brutal, se ataca á las barricadas á lo toro, con la cabeza baja, sin orden, siguiendo al que hace punta. No hay gloria ni venciendo á los sublevados que ocultan el arma no siendo conocidos. Una de las muchas veces que pasé con mi compañía por la Rambla, desde una de las calles que desembocan en ella, me hicieron una descarga. Los cazadores sorprendidos se desordenaron un poco. Los mandé hacer alto, dar frente al enemigo, y después de alinearlos despacio, desfilé. Varios extranjeros que se hallaban en el balcón de una fonda aplaudieron. Me sonreí de rabia pensando: «Si creerían íbamos á correr. ¡Buen espectáculo estamos dando!»

Cuando se rindió Irún en la primera guerra civil á las tropas isabelinas, le preguntaron al gobernador carlista:—¿Por qué se ha defendido V. tanto?—Me atacaban ingleses (la legión británica), miraban franceses (desde la frontera), y soy español.—Como recibí cuatro heridas en Madrid el 19 de Julio del 54 y me batía con los revolucionarios de Barcelona el mismo día y mes del 56, temí que me hicieran otros tantos agujeros en la piel y acabaran de convertirme en flauta. Al oir las doce de la noche descansé.

Se sabía que los elementos revolucionarios, que siempre sobran en Cataluña, se sublevarían contra el gobierno de O'Donnell. En la capitanía general se formó el plan de ataque y defensa, señalaron las posiciones que debían ocupar las tropas desde Canaletas por la Rambla y Muralla de mar á la Ciudadela. En la plaza de San Jaime se situó Villalonga, ge-

neral de carácter. Contaban de él que al dirigirse por escrito al carlista Arévalo, le tituló cabecilla, y que éste al contestar le llamó cabezón.

Previnieron á los jefes de los cuerpos no obedecieran sino las órdenes firmadas por el Estado Mayor. A éste se le descompuso la máquina y no dió pie con bola. Todos obramos por instinto de conservación. Si al ejército no le divide la política, mal mandado vence siempre en las revueltas populares. Cuando los vecinos honrados se oponen á la revolución, ésta no triunfa. Los de las Platerías de Barcelona se propusieron el 56 que en su calle no se construyesen barricadas y lo consiguieron. A los revoltosos les gritaban:—Fugiu, sino os farem foch.—A mí me dijeron:—Capitán, pase V. sin cuidado.

Desgraciadamente tan noble conducta pocas veces se imita en España. Es mas cómodo dejarse explotar por los danzantes políticos que aplastarlos.

En las acciones de guerra, y más en la lucha de calles, como la que tuvo lugar en Barcelona durante cuatro días en 1856, se conocen los caracteres de los jefes. En mi regimiento, uno de ellos siempre se arreglaba de modo que le diesen comisiones para que sus subordinados no le viesen de cerca, no perder el prestigio y presentarse después como un héroe, recogiendo á manos llenas las recompensas ganadas por sus inferiores. Siempre que á un comandante le daban el mando de alguna operación arriesgada, me encargaba de ella diciendo me correspondía por ser yo capitán de cazadores. Se hallaba el mencionado jefe con bastante fuerza junto al arco del teatro Principal, y le preguntó un coronel:—¿Por qué no toman la barricada de enfrente.—Porque tiene miedo el comandante—respondió un soldado aragonés. Era verdad; todos se callaron. Había empeño en que no se luciese otro comandante que deseaba batirse. Sólo le ordenaron tomar la Barceloneta, previniéndole fuera á pie. Por lo mismo montó á caballo, gritando que en el ataque de calles el jefe debe servir de blanco, exponerse á los tiros que le correspondan,

y que los soldados, si iba desmontado, creerían que se ocultaba. Poco intrigante, murió de teniente coronel; los otros dos jefes llegaron á generales. El comandante que no podía ocultar la lástima que pudiera tenerse si le agujereaban la piel, recibió orden de tomar una barricada construída en la calle de Montserrat. Declinó en mí tan grande honor. Las barricadas de Madrid en 1854, quedaron vírgenes. De seguro no lo eran las bacantes desgreñadas que en ellas bailaron con borrachos y ladrones celebrando un fácil triunfo. En Barcelona los revolucionarios se batieron desde los terrados, casas y calles. Al llegar á la de Montserrat, comenzaron á lanzar sobre nosotros cántaros, pucheros y hasta una cómoda. Mandé disparar á los huecos por donde arrojaban tales utensilios, y con los picos y hachas, que á prevención llevaban los soldados, romper la puerta, asaltar la casa y prender á los insurrectos que se encontraban en ella. Oí chillidos de mujeres y grité por el hueco de la escalera que cogieran solo á los hombres. Bajaron á cinco tejedores, los rodearon los soldados, uno de los mozos de escuadra que nos acompañaban exclamó:—*Diu lo general els matem á tots,*—y con la llave de la carabina rompió la cabeza á un joven. Los demás mozos hicieron fuego al centro del círculo, mataron á dos más, y á otro que tendría catorce años le destrozaron el vientre, saliendo las entrañas por la herida. Quedé horrorizado; no hay peor cuña que la de la misma madera. Nada les dije á los mozos por su ferocidad; cumplían la orden. Como todos formábamos grupo, á un soldado aragonés de mi compañía le atravesaron la pantorrilla. Observé la mancha de sangre que llevaba en el pantalón de lienzo blanco, y le pregunté:—¿Qué es eso?—Nada; me *paice* que me han *pegao*—contestó sin querer retirarse al cuartel.

En la Rambla de Santa Mónica, un comandante de reemplazo que hablaba conmigo, dió un grito. Una bala de las que llaman impropiamente perdidas, porque alguno se las encuentra, le rompió los dientes. En Morella el año 40, le inutiliza-

ron un brazo los carlistas, y el 69 en Valencia lo asesinaron los republicanos. Glorioso sino.

El 20 de Julio ocupé con mi compañía la calle de San Pablo. Los revolucionarios nos hacían fuego desde una barricada, ventanas y terrados. Cesaba el fuego á las horas de dormir. No querían perder la noche. A una señora que se hallaba en un balcón la grité:—Estoy aquí no por gusto; retírese V. —En el acto que se metió dentro, una bala atravesó las cortinas á la altura de su cabeza. La salvé.

Los oficiales nos mantuvimos dos días con chocolate y pan; los soldados con pan solo.

El 21 por la tarde recibí orden de atacar. Cuando formaba la compañía en dos hileras arrimadas á las paredes presentando el menor frente posible para tomar la barricada de la calle de San Pablo un soldado se cuadró, terció el fusil y me dijo: —Cumplo el tiempo de servicio dentro de tres días, y si ahora me matan... En lugar de pegarle una cuchillada como merecía, le interrumpí en el tono más despreciativo:—Váyase al cuartel, andaluz había de ser.—Le volví la espalda, y corrí seguido de los cazadores. El andaluz, herido en su amor propio, se convirtió en valiente. Para sostenernos en la barricada, fué preciso tirar á hachazos las puertas inmediatas y ocupar las casas. Mientras se verificaba, los insurrectos hacían fuego desde el interior de las habitaciones. Como no podían sin descubrirse bajar la puntería, sus balas atravesaban los morriones de la tropa. Al verlos caer en tierra pensaba: Me alegro no ser alto. Si fueramos granaderos no quedamos uno.

Avancé más, encontré fuerzas de diferentes cuerpos que en barullo desembocaban por varias partes; momentos de lucha que todos dirigen, que nadie obedecce y que se adelanta por instinto deseando vencer cuanto antes. Un ayudante del regimiento de Galicia me dijo:—Capitán, los sublevados de la barricada de la calle de Esparters gritan que se entregan si vamos.—Llegamos á ella por la izquierda, nos dejaron acercar, di la mano al que la mandaba y pregunté:—¿A quién ha-

cen Vds. fuego?—A los granaderos del terrado de enfrente. El mismo ayudante apareció de nuevo y añadió:—Estamos perdidos; esos paisanos armados (se hallaban entre nosotros y la posición que antes ocupábamos) han salido de las casas, creyendo nos hemos pasado. Los de la barricada saltaron por encima de ella pensando que fraternizábamos. Uno dijo al teniente de mi compañía:—No sé donde lo conocí á V.—En alguna casa poco decente, repuso el oficial. Calculé que si manifestábamos temor ó echábamos á correr quedaríamos desarmados y deshonrados. Previne á los cazadores que por grupos, muy despacio, se dirigiesen á la esquina de la calle donde á prevención había dejado alguna fuerza, ordenando ocupasen la casa inmediata. Yo marchaba el último, hablando con los revolucionarios. Vi reunida la mayor parte de la compañía, respiré, me consideré feliz y libre de la muerte ó la ignominia. En aquel punto pasamos la noche. Al día siguiente las pocas barricadas que no se tomaron la tarde anterior se encontraron abandonadas. En aquella jornada me mataron un sargento y tres soldados.

Los insurrectos en Barcelona me llamaron tirano por defender al gobierno de O'Donnell, y en Madrid, dos años antes, me insultaron con el nombre de polaco porque no ayudaba en su rebelión al expresado general. Los militares, que en política cumplen con su deber, gracias á la depravación moral que reina en España, nunca ganan.

De mi compañía sólo ascendió el único oficial que no salió de Atarazanas. Por eso el alférez de la misma repetía:

«Si á uno rompen el testuz,
La cruz.
Si sale perniquebrado,
El grado.
Y si no está en el jaleo,
El empleo.
Y satisfecho el deseo
De nuestro buen coronel,
Nadie tendría sino él,
La cruz, el grado y empleo.»

También se sublevaron los pueblos inmediatos á Barcelona. Atacaron á un teniente y á 21 cazadores de Tarifa que se hallaban en Gracia en casa de la marquesa de Cruilles, donde se habían refugiado el coronel Rabell, comandante militar de dicha villa y cinco oficiales de reemplazo. El teniente, á pesar de estar herido, y los cazadores se defendieron bravamente.

En Borja uno de los 21 soldados de Tarifa me lo refirió treinta años después.—Se nos concluyeron los cartuchos, ardía la casa y el coronel trató de capitular con los catalanes. Tres veces ofrecieron respetar la vida de los oficiales y soldados.

—Se portaron *mucho mal*, decía el aragonés, porque después de rendidos asesinaron al coronel y á los oficiales. Uno de carabineros les rogó por Dios no lo matasen porque tenía siete hijos. Otro se arrojó por un balcón al campo. A los soldados querían matarnos; cuando la tropa atacó á Gracia nos encerraron en la iglesia de San José con los soldados que por la cobardía del que los mandaba se entregaron en la Vireyna. Sin comer en dos días, nos dieron sopas. No las quisimos hasta que un capitán de nacionales se tragó dos cucharadas. En Barcelona nos carearon tres veces con varios presos; un soldado dijo conocía á uno de los asesinos. Lo fusilaron. Los demás no los miramos. Castigó Dios al soldado que se vengó de un enemigo que ya no le podía hacer mal. Murió en el hospital. Los insurrectos vencedores en Gracia se dirigían alegres á ayudar á los de Barcelona; 40 caballos que se hallaban detrás de los Campos Elíseos los acuchillaron. El capitán general se empeñó en fusilar á varios revolucionarios en la entrada de Gracia.

Los ayudantes de plaza formaban tipo especial. Los generales los trataban peor que á los de campo, procedían, en su mayoría, de la clase de tropa y se distinguían por ser muy flacos ó muy gordos. Acostumbrados á la exagerada subordinación próxima á la bajeza, hablaban poco. Los considerába-

mos como aves de mal agüero. Al despedirse del oficial que se hallaba de servicio siempre decían:—Compañero, buena guardia.—De uno de ellos, seco y largo, recibí la orden de presentarme al capitán general. Este me preguntó:—¿Cogió V. á uno en la barricada de la calle de Montserrat?—Sí, señor.—Le haría V. fuego. Calculé que si respondía afirmativamente, mi declaración serviría para sentenciarle á muerte y contesté:—No sé.—¿Cómo no sabe usted? Entonces, ¿por qué lo cogió?—Para evitar que me hostilizase.—Ahora, añadió el general, les ha dado á Vds. por tener el corazón blando con los revolucionarios: márchese V. ahí fuera y espere.

Serían las doce de la noche, salió de las habitaciones del general un coronel de artillería de jugar al tresillo, paisano casi pariente mío, le referí mi situación, creía se interesaría por mí, y se marchó diciendo:—Atese V. bien el dedo.—No volví á mirar á D. *Maligno Malapartida.*

El general se levantó á las seis de la mañana, atravesó la galería, no se dignó contestar á mi saludo, quiso entrar por una puerta, no pudo, preguntó:—¿Quién ha cerrado?—D. Pepito, le contestaron.—D. P..., añadió S. E.

Si los jóvenes al entrar con fe y entusiasmo en la milicia hubieran sabido el trato brutal que les esperaba, en pago de exponer su vida, ningún caballero tomara la carrera, que por irrisión, se llamaba entonces del honor.

Veinte veces tiré el morrión aquella noche contra la pared. Cansado, desesperado, busqué al fiscal de la causa que formaban al que yo sentía haber hecho prisionero, y le rogué manifestase al general que estaba yo allí desde las cinco de la tarde del día anterior. El general me recibió segunda vez, se repitió la escena precedente, no cedía, y me mandó llevar cinco ó seis soldados de mi compañía para ver si estaban conformes conmigo. A á los cazadores dije: Cuando tomamos la barricada de la calle de Montserrat cogimos á uno; yo que iba delante ignoro si nos hizo fuego. ¿Y Vds?—Tampoco lo sabemos, contestaron.—Vengan Vds. Y señalé los más listos. Si

hubiera deseado juraran que volaban los burros, lo habrian ejecutado. Al tomar una barricada es difícil asegurar si todos los que en ella se hallan han hecho ó no fuego. Al saber el general que los soldados y yo declaramos lo mismo, gritó airado· —Que se vayan.—Creí me enviaba preso á Montjuich.

Se reunió la guarnición de Barcelona en el paseo de San Juan y glasis de la ciudadela después que se celebraron las exequias por los militares muertos en las ocurrencias del 17 al 21 de Julio de 1856. Los batallones en columna cerrada formaron un gran cuadro, se colocó el capitán general en el centro y al decir ¡Soldados! levantó la espada; el corneta de órdenes creyó le hacía señal, tocó atención, interrumpió al general, que se volvió furioso para pegarle. El soldado se metió entre los caballos del Estado Mayor. El general por segunda vez gritó: ¡Soldados!, pero como muchos de los jefes de batallón no se enteraron de la escena anterior, mandaron á los tambores repitiesen la señal del corneta de órdenes, y sucesivos redobles impidieron continuase la arenga comenzada nuevamente con gran desesperación del orador. Me bañé en agua rosada. Tan cómica escena me vengó de la noche que pasé en el palacio de la autoridad militar del Principado. Una mala interpretación ó pequeño error puede ser causa de poner en ridículo el acto más solemne ó causar en las acciones de guerra innumerables desgracias.

En Barcelona trabajé con fe, estaba yo en el apogeo de mi entusiasmo militar, y mi compañía tuvo más pérdida que juntas las once restantes del regimiento. En él premiaron con empleos á varios que se condujeron mal, lo dije en el cuarto de banderas, llevaron el chisme al coronel, formó el batallón y advirtió que sólo entrase en fila un subalterno por compañía menos en la de cazadores que lo debían verificar todos los oficiales, al hacer conmigo una excepción adiviné iba á ser el heroe de la fiesta, y que estaba de antemano señalado para el acontecimiento que se preparaba. Se colocó el coronel á la puerta del cuartel de la Barceloneta con la mayor

parte de la oficialidad para que en ella causara gran efecto el acto brutal, ordenó desfilase el batallón de á cuatro, saliese á la calle, prolongándose por la izquierda en columna de secciones: dispuesta la escena, cuando mandé á la primera mitad de mi compañía: «Frente á la izquierda», «Guía á la izquierda», evolución sencillísima que los cazadores ejecutaron perfectamente, el coronel levantó los brazos gritando: «Muy mal, señor capitán, muy mal». A tan injusta agresión se me subió la sangre á la cabeza; pensé matar á jefe tan miserable, recordé á mis hijos, me contuve, y repliqué á voces:—No lo sé hacer mejor, no lo sé hacer mejor.—Alto esa compañía—dijo el jefe.—Alto, repetí.—Que siga, añadió.—Que siga, mandé.—El coronel temió se probase que él provocó el escándalo con premeditación y alevosía. Se arrepintió por egoísmo, conciencia no la tenía, y me dijo deseaba continuara siendo amigo suyo. Debí cambiar de regimiento, no lo verifiqué, fuí un necio.

Los que en el ejército insultan escudándose con su superioridad jerárquica son cobardes. Si de su mala acción resulta al inferior la pérdida de la vida, como se ha visto en repetidos casos, son asesinos.

A un teniente que huyó, no se creyó seguro en Atarazanas, corrió hasta la Barceloneta y no pasó á Mallorca por falta de puente, le dieron la cruz de San Fernando como al valiente alférez de mi compañía.—¿Por qué no usas la condecoración?—preguntó aquél á éste.—Porque la llevas tú—respondió.

En 1856 D. Leopoldo O'Donnell cambió la forma de la cruz de primera clase de San Fernando para que no se confundiesen las concedidas por mérito de guerra con las que Espartero dió en 1854 á todos los nacionales de Madrid que en 1843, ninguno se batió. Hubo oficial que arrojó su cruz al río cuando se enteró de la orden del ex regente.

No usé jamás la cruz de San Fernando que me dieron por las jornadas de Barcelona.

Por decreto de 15 de Agosto de 1856 se suprimió en España la milicia nacional. En el preámbulo el ministro D. Antonio de los Ríos y Rosas, muy liberal, la puso como no pudiera hacerlo el ministro D. Tadeo Calomarde. Para el auto de fe que se celebró en la Plaza Mayor de Madrid, el 30 de Junio de 1680, á presencia de Carlos II, de su mujer y de su madre, se prestaron para familiares del Santo Oficio, cuya obligación era prender, guardar y acompañar á los acusados hasta el suplicio, 27 grandes de España, 37 títulos de Castilla y 23 señores principales que lucieron sus galas en tal acto. También se formó una compañía de 250 hombres voluntarios, alistándose á competencia los hermanos del trabajo (artesanos), proveyéndose de armas y trajes á su costa, llamados soldados de la fe. Tan corta fuerza armada conservó el orden, sirvió de aparato á la procesión y escoltó á los 86 reos, de los cuales 19 fueron quemados.

Los milicianos nacionales de los años 1854 al 56 hubieran jugado á los soldados con el mismo entusiasmo en el siglo XVII acompañando á los condenados por la Inquisición al quemadero ó brasero de la puerta de Fuencarral. En Zaragoza y Gerona no necesitaron disfraz sus heroicos vecinos para defenderse del infame invasor.

Mandaron los progresistas con el Himno de Riego, la indispensable milicia nacional y se repartieron los empleos. Su desatinada administración, manía de alborotar, clerofobia, arbitrariedades y la anarquía permanente los desprestigió por completo. Disgustaron á la gente que tenía que perder y agraviaron al ejército. O'Donnell los echó con más facilidad que los trajo el 54. Espartero se desacreditó más que en 1843, dijo en el Congreso: «Yo con mi gabán de color de castaña agarraré á un revolucionario por la oreja y lo arrojaré á la alcantarilla»; envainó la espada y se volvió á Logroño. Los progresistas por adularle aseguraban que era el más honrado de los españoles; siendo éstos menos pasaban por pillos.

El famoso bienio acabó en tragedia. Se derramó sangre es-

pañola en abundancia y quedamos peor que en 1854. En un periódico republicano leí años después:

«Si esto ocurre, es igual
á lo que en el bienio liberal
observaba un *artista*,
y ardiente miliciano nacional:
si la lluvia estorbaba una revista,
exclamaba:—¿Qué tal?
Está visto que Dios no es *progresista*.
(Y no decía mal.)»

UN SOLDADO VIEJO

NUEVA BIOGRAFÍA DEL ABATE MARCHENA

I

Por iniciativa y generosas expensas de un preclaro vecino é insigne bienhechor de la villa (hoy ciudad) de Utrera, D. Enrique de la Cuadra, marqués de San Marcial, cuya reciente pérdida deploramos todos los que nos honrábamos con su amistad é hidalgo trato, van á ver la luz en dos volúmenes todas las obras inéditas y sueltas que han podido hallarse del famoso humanista andaluz D. José Marchena, más generalmente conocido por el sobrenombre del Abate Marchena.

Ni el Sr. Cuadra, al proyectar esta edición, ni yo, al aceptar el encargo de dirigirla, insertando en ella todos los materiales inéditos que sobre Marchena poseo, tuvimos otro propósito que el de hacer un libro de pura erudición y destinado á correr en manos de muy pocas personas: advertencia que no considero inútil para prevenir escrúpulos y justos recelos que el nombre de Marchena trae fatalmente consigo. Este personaje, más curioso que estimable, vivió una vida de turbulencia y escándalo, difundió incansablemente las peores ideas de su tiempo, tomó parte muy enérgica en la acción revolucionaria de 1793, y ha quedado en la historia como el más radical de los iniciadores españoles de un orden de principios

radicalmente contrarios á los que el Sr. Cuadra profesó toda su vida y á los que yo profeso. Y aunque la mayor parte de los escritos de Marchena que en dicha edición se estampan son de índole puramente literaria, no deja de advertirse en muchos de ellos el influjo de la prava doctrina filosófica y social con que el autor había nutrido su entendimiento. Hemos impreso, pues, estas obras á título de mera curiosidad histórica, y en corto número de ejemplares, para que corran únicamente en manos de los bibliófilos, sin daño ni peligro de barras.

La vida del abate Marchena interesa tanto ó más que sus escritos. Como propagandista en España de la irreligiosa filosofía del siglo XVIII; como representante de las tendencias revolucionarias de aquella edad en su mayor grado de exaltación; como único heredero, en medio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo físico y del mundo intelectual; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el aire tempestuoso de su época las hizo sólo eficaces para el mal, el abate Marchena sale mucho de lo vulgar, y merece que su biografía sea escrita con la posible claridad y distinción. Varias son las plumas que se han ejercitado en ella desde los tiempos inmediatos á la muerte del turbulento abate. Los apuntamientos de Muriel en su *Historia de Carlos IV* (1) y de Miñano en las notas á su traducción de la *Revolución Francesa*, de Thiers, son breves en demasía, pero merecen mucha atención, por proceder de contemporáneos, que habían conocido y tratado á Marchena. El artículo de la *Biografía Universal* de Didot es digno de consultarse en lo que se refiere á la estancia de Marchena en Francia. Son más extensos é importantes los estudios de D. Gaspar

(1) Recientemente dada á luz por la Real Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español.*

Bono Serrano (1) y de M. Antoine de Latour (2), grandemente ampliados por D. Leopoldo A. de Cueto en los tomos I y III de su bella colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*. Con todos estos datos y los que pudo proporcionarme mi diligencia, tracé en 1881 un bosquejo de la vida de Marchena en el tomo III de mi *Historia de los heterodoxos españoles*. En los catorce años transcurridos desde entonces, nuevos é importantes hallazgos, debidos en gran parte á un eruditísimo escritor francés, gran conocedor de nuestras cosas (3), han venido á dar inesperada luz sobre los puntos más oscuros de la biografía del abate, y me permiten hoy rehacer aquel primer ensayo, añadiéndole gran cantidad de cosas ignoradas ó mal sabidas hasta ahora.

D. José Marchena Ruiz de Cueto, nació en Utrera, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de un abogado, y no de un labrador, como generalmente se ha dicho.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos, pero sin pasar de las órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se dedicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aun entre los teólogos. Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años, hacía ya profesión de materialista é in-

---

(1) En su *Miscelánea religiosa, política y literaria* (Madrid, Aguado, 1870, pág. 308).

(2) En *Le Correspondant*, 25 de Febrero de 1867.

(3) Vid. *Revue Historique*, Setiembre y Octubre de 1890. Art. de M. Alfredo Morel-Fatio, intitulado *Don José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en* 1792 *et* 1793.

Posteriormente, el Sr. Morel-Fatio, que tanto me honra con su antigua y generosa amistad, me ha enviado copias de todas las poesías autógrafas de Marchena, existentes en la biblioteca de la Sorbona, y otros importantes papeles, que iré utilizando en el curso de este trabajo. Véanse también los números de Enero y Febrero de 1889 de LA ESPAÑA MODERNA.

crédulo, y era escándalo de la Universidad. Ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, indócil á todo yugo, proclamaba en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años, y con todo el ardor y vehemencia de su condición inquieta y mal regida.

El primer escrito en que Marchena hizo alarde de tales ideas, fué una carta contra el celibato eclesiástico, y de paso contra los frailes, dirigida á un profesor suyo, que había calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio*. Marchena quiere defenderse y pasar todavía por católico, pero con la defensa empeora su causa. El Sr. de Cueto, que dió la primera noticia de esta carta, hallada por él entre los papeles de Forner, juzga rectamente de ella, diciendo que «es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores», y que en ella andan mezclados «sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio y sin exactitud... sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca (1)».

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo que poseo yo, y que ahora por primera vez se ha impreso, formando parte de la colección á que antes aludí. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura,* en versos sueltos, la única que en tal forma existe en castellano (2). El manuscrito

(1) El original autógrafo de este escrito de Marchena (17 páginas e 4.°) existe hoy en la rica biblioteca de D. Antonio Cánovas del Castillo. Lleva una nota autógrafa de D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena. Ha sido impreso tan curioso documento en La España Moderna de Febrero de 1889.

(2) En prosa hay dos por lo menos: una (manuscrita en la Biblioteca Nacional) de D. Santiago Saiz, latinista, bibliófilo y *rey de armas*, contemporáneo de Marchena: de la cual ha dado cuenta poco há el Sr. Fabié á la Academia Española; y otra muy reciente de D. M. Rodríguez Navas. En verso hay traducidos varios fragmentos por D. Alberto Lista en sus *Poesías,* por D. Gabriel Ciscar en sus *Ensayos Poéticos* (Gibraltar, 1825), y por

no parece original, sino copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene expreso el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. R. M. C.*, y al fin la fecha de 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versificación, dura y desigual como en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaísmos y asperezas de todo género, que llegan á hacer intolerable la lectura; pero en los trozos de mayor empeño suele levantarse el traductor con inspiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene, haciéndole poeta, aunque á largos intervalos. En los trozos puramente didácticos el estilo decae, arrastrándose pesado y soñoliento. Pululan los desaliños y aun las faltas gramaticales, denunciando la labor de una mano atropellada é inexperta.

Marchena, ya por aquellos tiempos era buen latinista, y en general entiende bien el texto; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer ensayo. Así es que entre versos armoniosos y bien construidos, no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído menos delicado y exigente; repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza;* abusa de los adverbios en *mente,* que son antipoéticos por su índole misma, y rara vez acierta á conciliar la fidelidad con la elegancia, ni tampoco á reproducir los peculiares caracteres del estilo de Lucrecio. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Aeneadum genitrix, divum hominumque voluptas:*

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,

algún otro. Se sabe también que D. Javier de Burgos tenía terminada una traducción poética de todo el Lucrecio, la cual perdió en Granada el año 1814.

Por do giran los astros resbalando,
Pueblas el mar de voladoras naves
Y la tierra fructífera fecundas:
Por ti todo animal respira y vive:
De ti, Diosa, de ti los vientos huyen,
Ahuyentas con tu vista los nublados,
Te ofrece flores la dedálea tierra,
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.
Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Recobra ya Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, oh Diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento, por alegres prados
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la férvida corriente.
Prendidos del hechizo de tus gracias,
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieras, diosa, conducirlos;
Y en las sierras adustas, y en los mares,
En medio de los ríos caudalosos,
Y en medio de los campos que florecen,
Con blando amor tocando todo pecho,
Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y detalles graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre Éter
En el regazo de la madre tierra?
No; pues hermosos frutos se levantan,
Las ramas de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto,
Sustentan á los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades...
Y dondequiera, en los frondosos bosques
Se oyen los cantos de las aves nuevas;
Tienden las vacas de pacer cansadas
Su ingente cuerpo por la verde alfombra,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche: sus hijuelos,

De pocas fuerzas, por la tierna hierba,
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche.

Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza embravecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Sumerge, y desbarata los nublados;
Con torbellino rápido corriendo
Los campos á la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles; sacude
Con soplo destructor los altos montes,
El ponto se enfurece con bramidos
Y con murmullo aterrador se ensaña.
Pues son los vientos cuerpos invisibles
Que barren tierra, mar y el alto cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos:
No de otro modo corren y arrebatan
Que cuando un río de tranquilas aguas
De improviso sus márgenes extiende,
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes á torrentes bajan,
Amontonando troncos y malezas:
Ni los robustos puentes la avenida
Resisten de las aguas impetuosas;
En larga lluvia rebosando el río,
Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos...

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto brío de dicción como traduciendo las imprecaciones del gran poeta naturalista. Parece como que se sentía dentro de su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los dioses, y los elogios de *aquel varón griego*

De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones

Se asombra el universo, y cuya gloria
Triunfando de la muerte, se levanta
A lo más encumbrado de los cielos.

(Canto 6.°)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que encendiste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad!...
Yo voy en pos de ti; y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas; ni codicio
Ser tanto tu rival, como imitarte
Ansío enamorado. ¿Por ventura
Entrará en desafío con los cisnes
La golondrina, ó los temblantes chotos
Volarán como el potro en la carrera?
Tú eres el padre del saber eterno,
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Bebemos las verdades inmortales...

(Canto 3.°)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así, traduciendo *á su poeta,* cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de otras versiones anteriores á la suya, por ejemplo, la francesa de Lagrange ó la misma italiana de Marchetti. Los buenos trozos de esta versión me parecen superiores á casi todo lo que después hizo en verso, si es que la vanidad de poseedor (1) y editor no me engaña:

(1) El manuscrito de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi difunto amigo D. Damián Menéndez Rayón, que le había encontrado casualmente en un puesto de libros. Con intento de remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación que le afean, he hecho en él varias correcciones al imprimirle.

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes
Y agotarlas del todo, y me deleita,
Cortando nuevas flores, coronarme
Las sienes con guirnalda brilladora
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las sagradas Musas,
Primero, porque enseño cosas grandes
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora,
Y hablo en verso tan dulce, á la manera
Que cuando intenta el médico á los niños
Dar el ajenjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel...

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la Revolución francesa; y si hemos de fiarnos de oscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiadora,* y entró con otros mozalbetes intrusos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía. Si tal conspiración existió en efecto, tuvo que ser anterior á la llamada del *cerrillo de San Blas,* fraguada en 1794 por Picornell, Laz y otros. Marchena no estaba entonces en España, y su nombre para nada figura en el proceso; pero hay indicios para creer que no era extraño á la trama, y que por lo menos estaba en correspondencia con sus autores. Así recuerdo haberlo leído en unos apuntes manuscritos del artillero D. Juan de Dios Gil de Lara, contemporáneo y amigo de Marchena.

Todo este primer período de su vida está envuelto en densa oscuridad, y lo más seguro es atenerse exactamente á las pocas indicaciones que en sus escritos dejó consignadas el mismo Marchena. En una carta escrita en Bayona el 29 de Diciembre de 1792, y dirigida al ministro de Negocios extranjeros, Le Brun, dice rotundamente que llevaba «*seis* años de perse-

cuciones en el país más esclavo de la tierra», y que «hacía *ocho meses* había buscado asilo en Francia porque la Inquisición quería prenderle (1)». Si Marchena no exagera nada para captarse la gracia del ministro, su propaganda revolucionaria en España, ó más bien, según yo creo, sus trabacuentas con la Inquisición, se remontaban á 1788, lo que ciertamente es madrugar bastante: Marchena no tenía entonces más que diez y nueve años. En la colección de sus poesías líricas, que ahora por primera vez hemos publicado, hay suficientes indicios para creer que durante esos *seis años de persecuciones y de inquietud,* no residió constantemente en Andalucía, sino que anduvo errante por varias partes de España, entendiéndose con los pocos y oscuros prosélitos que ya contaban las nuevas doctrinas, especialmente en la Universidad de Salamanca y en el Seminario de Vergara. Las alusiones á las orillas del Tormes son frecuentes en sus versos:

Belisa duerme: el céfiro suave
Agita la violeta blandamente;
El arroyuelo corre mansamente,
Y *el padre Tormes* con su ruido grave
Teme inquietar su sueño regalado.

(Sueño de Belisa.)

Un delicioso otero
Del Tormes rodeado
Con su sombra suave nos convida...

(El Estío.)

(1) *Il y a long-temps, ministre du peuple français, que j'ai consacré mes faibles forces à leur anéantissement* (de la tiranía): *il y a longtemps que je combats ces monstres; six ans de persécutions et d'inquietude dans le pays le plus esclave de la terre n'ont en rien affaibli la vigueur d'un charactère indomptable. Enfin il y a huit mois que je me vis forcé de quitter le peuple du despotisme religieux et civil: l'Inquisition allait m'emprisonner, je cherchais un asyle dans la France libre, et j'y vécus tranquille, consacrant tous mes travaux à la cause de l'humanité, qui est celle de la liberté, jusqu'au moment où il plut au gouvernement espagnol de faire séquestrer le produit de mes biens.* (Documento del Archivo del ministerio *des Affaires étrangères,* publicado por Morel-Fatio en la *Revue historique.*)

En Salamanca ó en Valladolid conoció á Meléndez, que fué, de los poetas españoles de su tiempo, aquel á quien admiró más y á cuya admiración permaneció más constante. Uno de los últimos escritos de Marchena fué, como más adelante veremos, la necrología del que estimaba como su maestro. Una de sus más antiguas composiciones poéticas es la oda que le dedicó cuando en Mayo de 1789 fué nombrado Meléndez alcalde del crimen de la Audiencia de Zaragoza, inaugurando así su carrera de magistrado y de hombre público, que tantos sinsabores había de reportarle.

Temis torna á la tierra,
Y en Celtiberia pone su morada...

exclamaba Marchena, en alas de su juvenil entusiasmo; y ya se figuraba ver al dulce Batilo *vibrando la tajante espada contra el opresor poderoso y contra el inicuo tirano*. Los acontecimientos posteriores demostraron que tal papel era el menos adecuado á la blanda y algo femenina naturaleza de Meléndez.

Que Marchena residiera algún tiempo, ó como alumno, ó como profesor, en el famoso Seminario de Vergara, centro principal del enciclopedismo en las Provincias Vascongadas, parece que indirectamente resulta de algunos pasajes de sus obras poéticas, pero sólo registrando cuidadosamente los papeles que resten de aquel instituto de enseñanza, podrá documentalmente comprobarse. Los versos de nuestro abate le presentan en relación íntima con varios profesores de aquel centro. Y en primer lugar con el catedrático de Física, Chabaneau, en alabanza del cual compuso aquella notable oda que principia:

Las humildes mansiones
Desaparecen del linaje humano...

y en la cual, confesándose discípulo del aventajado físico francés naturalizado en Guipúzcoa, exclama:

Las leyes de natura
Sublimes y sencillas, ilustrado
Con la antorcha febea,
La diosa ante sus ojos ha mostrado;
Cómo una misma sea
La que del monte en la caverna oscura
Forma el oro, y contiene
Los mundos que en sus órbitas retiene...

Y en Vergara también debió de contraer amistad, que uno y otro habían de estrechar en París durante la tormenta revolucionaria, con un profesor de aquella escuela patriótica, entonces tan célebre como olvidado hoy, D. Vicente María Santibáñez, natural de Valladolid, mediano poeta y exaltado revolucionario, á quien dió entonces pasajera fama una traducción libre de la *Heroida de Eloisa á Abelardo*, de Pope (ó más bien de su imitación francesa de Colardeau), traducción que corrió anónima, y que (como veremos más adelante) ha sido erróneamente atribuida al abate Marchena, sirviendo hoy esta misma falsa atribución para confirmar la identidad de ideas y propósitos que entre ambos escritores suponían sus contemporáneos.

A Santibáñez dedicó Marchena una sátira literaria en tercetos, que, á juzgar por las alusiones de su contexto, debió de escribirse hacia el año de 1791, puesto que en ella se habla, como de cosa reciente, de la comedia de Iriarte *La Señorita mal criada*, no representada hasta el 3 de Enero de aquel año, aunque impresa desde 1788; del poema *Las Majas*, de Trigueros, que es de 1789, y del *Suplemento* de Forner *al artículo Trigueros en la Biblioteca del Doctor Guarinos*, que es de 1790. En esta epístola de Marchena, á vueltas de ataques virulentos y muchas veces desacordados contra los escritores de mérito más diverso (confundiendo en una misma reprobación á hombres tan distinguidos como Forner é Iriarte, con ínfimos y chabacanos copleros tales como Casal, Moncín y Laviano), no falta la expresión de los ímpetus revolucionarios en que el autor y su amigo Santibáñez coincidían:

Los pensamientos nobles son proscritos
Antes de ver la luz, y sofocados
De la santa verdad los libres gritos.
.....
Al esclavo el pensar no le fué dado;
Natura al que no hinca la rodilla
Al tirano, este don ha reservado.

Son pocos más ó menos los mismos pensamientos que pocos años después había de expresar Quintana con tan brioso empuje en el soberbio principio de la oda *á Juan de Padilla:*

Todo á humillar la humanidad conspira;
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder...

Pero ¡qué distancia entre el verdadero poeta y el adocenado versificador que á pesar del fanatismo que siente en lo más profundo de su alma no acierta á expresarle sino en formas torpes, confusas y desgarbadas!

Para propagar sus ideas fundó Marchena, probablemente en colaboración con Santibáñez, una llamada *Sociedad Literaria,* con visos de sociedad secreta ó de logia masónica. No hemos podido averiguar en qué punto de España funcionaba. El único documento que nos queda de su existencia es un *discurso* en verso suelto, que leyó Marchena en su *abertura* ó inauguración, y comienza:

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,
Y afana por labrarse sus cadenas...

Comienza el poeta por invocar los manes del *virtuoso Sócrates,* del *inflexible Catón,*

Y el que siguió sus huellas dignamente,
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
Y modelo á los siglos venideros...
.....

Y luego, recordando pensamientos y frases de Lucrecio, á quien poco antes había traducido, invitaba á sus amigos á

aquel sereno templo de Minerva, desde el cual podía el sabio contemplar tranquilo

El luchar de los vientos, las tormentas,
El Euro batallando con el Noto,
A su soplo agitado el mar insano,
Y el naufragar amargo de los tristes
..... que en las ondas
Sañudas, con dolor el alma exhalan.

Seguían las acostumbradas declamaciones contra el despotismo y la intolerancia; y proponíase como principal ocupación de aquellas juntas el estudio de los derechos del hombre,

que ignorados
Del hombre mismo fueran tantos siglos...
.....

sin perjuicio de que con estas serias lucubraciones alternasen estudios más amenos, y sobre todo *el amable* trato de las Musas; con lo cual Marchena logra pretexto para sacrificar de nuevo sus predilectas víctimas literarias:

Ni negará Terpsícore sus sales
Alguna vez, cuando burlar queramos
Los fríos Iriartes, los Trigueros
Insulsos y pesados, la insufrible
Charla de Vaca, y el graznar continuo
De la caterva estúpida que infecta
De dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
Cuando de Jovellanos y Batilo,
Del dulce Moratín y *Santiváñes*
Los loores cantemos, por quien alzan
Su voz las patrias Musas, que yacieran
En sueño profundísimo sumidas.

A esta misma sociedad, cuyo doble carácter de literatura y de conspiración más ó menos platónica parece evidente (y que fué acaso la más antigua de su género que existió en España), aluden estos otros versos de la epístola *á Emilia:*

De la santa amistad, y de las ciencias
Al sagrario acogidos, los profanos
Asestarán en balde sus saetas
Contra nosotros. Ora, la balanza
Y el compás de Neutón en nuestra mano
Teniendo, aquel cometa seguiremos
En su alongada elipse. Ora á Saturno
Y á Júpiter, pesando las distancias
De Marte á nuestra tierra mediremos
O bien por el calor de nuestro globo
Su edad sabremos. Ora calculando
El infinito mismo, que no es dado
Al hombre conocer, numeraremos,
.....
O bien hasta el Eterno nuestras almas
Por grados elevando, nuestras manos
Puras de iniquidad levantaremos
A la extensión inmensa, do el muy alto
Habita todo en todo...
..... y en tranquila
Paz el último día aguardaremos,
Do el alma nuestra, libre de cadenas,
De Marco Aurelio y Sócrates al lado,
En la contemplación del universo
Gozará de placeres inefables...

La mayor parte de los versos de Marchena, contenidos en el manuscrito de la biblioteca de la Sorbona, de que luego daremos cuenta, son indudablemente anteriores á su salida de España. Abundan en esta colección las poesías amorosas, y, contra lo que pudiera creerse de la apasionada índole y del temperamento inflamable de su autor, son en general extremadamente frías: labor de pura imitación, en que el autor sigue principalmente las huellas de Meléndez, sin vislumbre alguna de carácter propio. En la poesía erótica Marchena resulta amanerado é insulso, y la flaqueza de sus dotes poéticas parece más visible en este género que en ningún otro. Habiendo sido hombre extraordinariamente sensual y libidinoso, según el testimonio de todos los que le conocieron, ni siquiera acertó á expresar nunca con calor estos bajos apetitos suyos. Pero como materialista teórico y práctico, quemó sucesiva-

mente incienso en las aras de muchas deidades, cuyo recuerdo queda en sus poesías: *Belisa* y la sabia *Emilia,* deidades del Tormes la una y la otra: *Licoris* la del *bruñido cabello de azabache y alta frente*, cuyas caricias le retenían en las orillas del Betis, y le hacían olvidarse hasta del congreso sagrado

Que en Francia destruyó la tiranía:

y á la cual invitaba al placer en agradables versos, mezclando reminiscencias de Horacio, de Catulo y de Tibulo:

Tú escucha del Amor la soberana
Voz que al deleite agora te convida;
Que está la edad en su verdor lozana.
Huye la primavera de la vida
Cual un ligero soplo, un breve instante,
Y nunca torna, si una vez es ida.
Vendrá ¡ay! la vejez sorda, y el amante
Que agora sólo espera tus amores
Y que esquivas más dura que diamante,
Lejos huirá de ti:.....

Todavía hay que añadir á esta lista, no menos poblada que la de Don Juan, los nombres de la bella *Francisca,* con quien el autor había ido en su niñez á la escuela y que fué sin duda su pasión más inocente: los de las tres hermanas Magdalena, Catalina y Alcinda, á quienes dirige versos más bien galantes que amorosos: y el de aquella *beldad peregrina,* que desde el *hesperio suelo pasó á las Galias,* y que parece ser la misma á quien en otra elegía llama *Minerva Aglae.*

Como Marchena, á pesar de su entusiasmo erótico, no tenía ni calor de afectos ni viveza de fantasía, pero sí muchas humanidades y familiar trato con los clásicos, resulta mucho más aventajado poeta cuando traduce ó imita que cuando expresa por cuenta propia sus versátiles enamoramientos. Por eso los mejores trozos de esta primera época suya están en sus traducciones de algunas elegías de Tibulo y de Ovidio, las cuales, á parte de cierta bronquedad y dureza de estilo, de que no pudo librarse nunca Marchena ni en verso ni en pro-

sa, y que contrastan con la blanda manera de los poetas á quienes interpretaba, demuestran, por lo demás, un estudio nada vulgar ni somero de la lengua poética castellana, y se recomiendan por cierto agradable dejo arcáico. Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara, y que también observamos en Gallardo y en otros, era furibundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje. Su larga residencia en Francia, y el hábito continuo que tuvo de escribir y aun de pensar en francés, pudo contagiar su estilo de bastantes galicismos, especialmente en algunas traducciones que hizo, atropelladas y *de pane lucrando*, pero luego se verificó en él una reacción violenta; hasta llegar á la manera artificiosa y excesivamente latinizada del famoso discurso preliminar de sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*.

La política, que tanta parte ocupó en la vida del abate Marchena, no la tiene menor en sus versos, y suele aparecer donde menos pudiera esperarse. Hasta en las odas eróticas encuentra modo de ingerir el inevitable ditirambo en loor de la Revolución francesa:

El pueblo su voz santa
Alza, que libertad al aire suena...
¿Quién podrá dignamente
Cantar los manes de Rousseau, clamando
Libertad á la gente,
Del tirano el alcázar derrocando,
La soberbia humillada,
Y la santa virtud al trono alzada?

La más antigua de sus poesías exclusivamente políticas parece compuesta poco después de la toma de la Bastilla, á la cual aluden de un modo terminante estos versos:

Cayeron quebrantados
De calabozos hórridos y escuros
Cerrojos y candados;
Yacen por tierra los tremendos muros
Terror del ciudadano,
Horrible balüarte del tirano.

Los versos de esta oda son medianos y declamatorios, como casi todos los versos líricos de su autor, pero tienen curiosidad histórica, por ser sin disputa los más antiguos versos de propaganda revolucionaria compuestos en España. Diez años antes de que Quintana pensase en escribir la oda *á Juan de Padilla* y la oda *á la Imprenta*, exclamaba el abate Marchena, aunque á la verdad con bronco y desapacible acento:

Dulce filosofía,
Tú los monstruos infames alanzaste;
Tu clara luz fué guía
Del divino Rousseau: tú amaestraste
Al ingenio eminente
Por quien es libre la francesa gente.
Excita al grande ejemplo
Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
Grillos, y que en el templo
De Libertad de hoy más muestren colgados
Del pueblo la vileza
Y de los Reyes la brutal fiereza.

Quien tales versos escribía en 1791, es claro que no había de permanecer mucho tiempo en España. No obstante su juventud y la oscuridad de su persona, sus manejos no podían permanecer enteramente ocultos, y aunque haya notoria exageración en los seis años de persecuciones de que el habla, no hay duda que la atención del Santo Oficio hubo de fijarse en él, y que, temeroso de ser encarcelado, buscó refugio en Gibraltar, donde se embarcó para Francia en Mayo de 1792. Tenía entonces veinticuatro años.

Un M. Reynon, de San Juan de Luz, que le conoció poco después de su llegada, nos da muy curiosas noticias de su persona, en ciertas memorias que dejó inéditas, y de las cuales hemos obtenido un extracto por mediación de nuestro amigo el ilustre vascófilo inglés Mr. Wentworth Webster, residente años hace en Sare (1).

(1) Reynon murió en Bayona en 1842. Los extractos de sus memorias

Reynón dice que Marchena era abogado, le supone equivocadamente hijo de Madrid, y hace de él el siguiente retrato: «Su estatura no pasaba de cuatro pies y ocho pulgadas. Tenía »el rostro picado de viruelas y las narices larguísimas. Era »muy suelto de cuerpo y de lengua. Hablaba y escribía bas»tante bien el francés. Le vimos por primera vez cuando llegó »á San Juan de Luz, en 1792, entusiasmado hasta el delirio »por vivir en el país de la libertad y poder embriagarse con »ella. Lo primero que hizo fué alistarse en el club jacobino de »Bayona, adoptando con furor todos los principios de la Mon»taña. Formó parte de la *Sociedad de los Hermanos y Amigos* »*reunidos*, en la cual se admitía la más ínfima canalla, y hasta »el verdugo mismo, cuyo nombre habían cambiado los repre»sentantes de la Convención en el de *Vengador*.»

Marchena hizo en este club un discurso, que fué impreso aquel mismo año en un cuaderno de 14 páginas en 8.°, en casa de Duhart-Faubet, y que fué probablemente su primer escrito en francés. No hemos podido hallarle, y sólo conocemos de él la siguiente frase campanuda que cita Reynón: «Pongamos sobre nuestra cabeza el gorro de los hombres »libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.»

Reynon, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pensamientos que sólo »el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero, á juzgar por la muestra, el demonio no se había lucido mucho en su colaboración, y los *infames pensamientos,* más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil, escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

«Marchena (añade Reynon) obtuvo un grande éxito de tri»buna entre los descamisados. Pero pareciéndole Bayona corto »teatro para su ambición, pasó muy pronto á París, donde es-

---

están tomados de un libro de miscelánea que perteneció al capitán Duvoisin, traductor de la Biblia al vascuence (dialecto laburtano) bajo los auspicios del príncipe L. L. Bonaparte.

»cribió en un periódico terrorista, y formó parte del Club de »los Jacobinos.»

El periódico de que Marchena fué colaborador era nada menos que el famoso *Ami du Peuple*, dirigido y redactado en su mayor parte por Marat, oriundo de España, aunque nacido en Suiza, y amigo de varios refugiados españoles, especialmente de un cierto Guzmán, que fué condenado á muerte en 1794 como complicado en el proceso de Dantón. Quizá por mediación suya entró Marchena en relaciones con el famoso terrorista; pero como en medio de todos sus extravíos conservase siempre nuestro abate cierto fondo de humanidad y de hidalguía, no tardó en desavenirse con el tremendo y sanguinario personaje á quien ayudaba con su pluma; y comenzó á mirar con ceño las máximas de exterminio que en todos los números de aquel periódico se propalaban. No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase enteramente del bando jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigían, y pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot. Y cuando Marat sucumbió bajo el hierro de Carlota Corday, Marchena, que se hallaba entonces en las cárceles del Terror, saludó á la hermosa tiranicida con un himno vengador, que no puede parangonarse seguramente con la hermosa elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, digna de ser grabada en el más puro mármol de la antigüedad; pero que no deja de contener versos enérgicos y expresiones dictadas por una exaltación vehemente y sincera:

Salve, deidad sagrada;
Tú del monstruo sagrado libertaste
La patria; tú vengaste á los humanos;
Tú á la Francia enseñaste
Cuál usa el alma libre de la espada,
Y cuál sabe inmolar á sus tiranos.
.....
De tu pueblo infelice
Sé deidad tutelar. ¡Oh! no permitas

Que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
El brazo que le libra. ¡Ay, que tan bello
Heroísmo es perdido,
Y pesa más el yugo aborrecido!
Que en las negras regiones
Las furias hieran con azote duro
Del vil Marat el alma delincuente;
Que en el Tártaro escuro
Sufra pena debida á sus acciones,
Y del gusano eterno el crudo diente
Roa el pecho ponzoñoso,
¿Será por eso el pueblo más dichoso?
La libertad perdida
¡Ay! mal se cobra: en pos de la anarquía
El despotismo sigue en trono de oro;
Su carro triunfal, guía
La soberbia opresión; la frente erguida
Va la desigualdad, y con desdoro
El pueblo envilecido
Tira de su señor al carro uncido.
¡Oh diosa! los auspicios
Funestos, de la Francia ten lejanos:
Torne la libertad á nuestro suelo;
Así con puras manos
Los hombres libres gratos sacrificios
Te ofrecerán, Carlota; tú, del cielo
Donde asistes, clemente
Protege siempre á la francesa gente.

Pero no adelantemos el curso de los sucesos. A fines de Diciembre de 1792, Marchena. que ya había roto definitivamente con la Montaña, fué recomendado por Brissot al ministro de Relaciones Exteriores, Le Brun, y le dirigió desde Bayona la curiosa carta que ya hemos tenido ocasión de citar, en que, presentándose como «un amigo de la libertad que arde »en deseos de verla triunfante en su patria sometida al más »violento despotismo por muchos siglos», le ofrece sus servicios para propagar las ideas de la Revolución en España, «si »es que Francia piensa seriamente en declarar la guerra á los »Borbones españoles». Y como muestra de su literatura propa-

gandista, le envía varios ejemplares de una alocución á los españoles, la cual había hecho imprimir y circular en la Península, dando motivo con esto á que el gobierno de Carlos IV mandase secuestrar todos sus bienes.

Esta alocución está en castellano, como era natural, pero el autor se finge francés; «yo no he estado nunca en vuestro país, dice» disimulación que por lo visto no impidió que todos reconociesen su estilo, y que se procediese contra él jurídicamente. Existen de esta dos textos diversos, uno manuscrito y otro impreso. Contra lo que pudiera creerse, el primero no es el esbozo del segundo, sino una refundición posterior, que lleva la fecha de 1793, con notables supresiones y adiciones. Entre lo suprimido está una impertinente digresión literaria, en que Marchena (¡en un manifiesto político!), se desataba contra varios escritores de su tiempo, en especial contra Forner, á quien parece haber profesado particular inquina, bien explicable por ser antípodas el uno del otro en sus principios sociales y filosóficos. El contenido político de ambas proclamas es casi idéntico: en una y otra las invectivas contra la Inquisición ocupan largo espacio, y en una y otra se aboga por la inmediata reunión de Cortes, si bien en la primera predomina más el espíritu histórico, se habla de los manes de Padilla; y hasta se solicita, para la obra de regeneración nacional, el concurso del clero, de la nobleza y de las clases privilegiadas.

El Sr. Morel-Fatio hace notar oportunamente que en ambos documentos hay muchas reminiscencias del famoso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet. Para que se forme completa idea del extravagante y declamatorio documento de Marchena, no tenido en cuenta hasta ahora por los que han tratado de nuestra guerra contra la república francesa en 1793, reproducimos aquí la primera redacción íntegra, insertando por nota los pasajes más importantes entre los que Marchena añadió después (1).

(1) Archivo del ministerio de Relaciones Extranjeras, España, vol. 635, pieza 128. Debemos comunicación de estos papeles á nuestro amigo Morel-Fatio.

«*Avisó al pueblo español* (1).

»El tiempo llegó ya de ofreceros la verdad; en vano vues»tro tirano querría sofocarla; el pays de la libertad, el pueblo »soverano os ofrece un asilo en francia en el seno de los defen»sores de la humanidad representada en los derechos impres»criptibles del hombre, cuyas semillas fecundas producirán un »dia la felicidad de todas naciones, derrivando de los sumptuo»sos tronos la superstición y la tiranía para colocar sobre él la »igualdad y la razón; puesto que la naturaleza no destinó el »hombre á ser esclavo del hombre; la superstición y la igno»rancia solo pudieron esclavisar los hombres; pero, ahora que »la razon se manifiesta, guerra á los hipócritas y opresores.

»Quién creerá que una nacion como la vuestra, se imagina »que los franceses se hacen entre ellos una guerra cruel? ah »Españoles! pueblo belicoso y magnanimo, avrid los ojos y »aprended á aborrecer los infames impostores que os engañan »para esclavizaros; representando os los franceses como ene»migos de Dios... siendo asi que han jurado á la faz de los cie»los fraternidad y tolerancia reciproca; pues aqui el judio soco»rre el christiano, el protestante socorre el catolico; los odios de »religion son desconocidos, el hombre de bien es estimado, y el »perverso despreciado. Si la religion de Jesus es el sistema de »la paz y de la caridad universal, quienes son los verdaderos »christianos? Creo son los que socorren á los hombres como »buenos hermanos, y no los que los persiguen, y matan porque »no adoptan sus ideas religiosas. Christo no vino armado para »inculcar su religion, predicó su doctrina sin forzar los hom»bres á seguirla; y vuestra Inquisicion no cesa de avrir sus ca»vernas espantosas para llenarlas de aquellas (2).

(1) Va reproducido con la ortografía del original, corrigiendo sólo las erratas evidentes. El lenguaje es incorrectísimo, é indigno de Marchena, pero quizá escribió así de propósito, para hacer pasar esta proclama por obra de un francés.

(2) En la segunda proclama, este pasaje, aunque conforme en lo sustancial, está redactado de diverso modo: «¿Quiénes son los verdaderos »cristianos? Nosotros que socorremos á todos los hombres, que los mira»mos como nuestros hermanos, ó vosotros, que perseguís, que prendéis, »que matáis á todos los que no adoptan vuestras ideas?

»Vosotros os llamáis cristianos: por qué no seguís las máximas de

»Yo no he estado nunca en vuestra nacion: el nombre solo »de Inquisicion me hace herizar los cabellos: pero los viajeros »que le han corrido, y vuestros mejores libros que he leido me »han hecho formar una idea cabal de vuestra nacion. Decidme »si vuestra Inquisicion no ha perseguido siempre mortalmente »á los hombres de talento desde Bartolomé de Carranza y fray »Luis de Leon hasta Olavide y Bails? La Bastilla tan detesta- »da y con tanta razon entre nosotros tiene algo de comparable »con vuestro odioso y abominable tribunal?...

»La Bastilla era una prisión de estado, como otras mil de »la misma especie, que el despotismo que sólo puede conser- »varse por medios violentos mantiene en todas partes, pero »ni los presos eran deshonrados, ni la opinión pública infama- »ba las familias, ni la infeliz víctima, se veía privada de todo »consuelo; sus reclamaciones llegaban á los ministros, y los »ministros pueden aplacarse; pero quién aplacó jamás á un »inquisidor?

»Las otras naciones han adelantado á pasos de gigante en »la carrera de las ciencias, y tu, patria de los Sénecas, de los »Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios, »donde está, ay! tu antigua gloria? El ingenio se preparaba á »tomar el vuelo, y el tizon de la inquisicion ha quemado sus »alas; un padre Gumilla, un Masdeu, un Fornér esto es lo que »oponen los Españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino »pintor de la naturaleza nuestro gran Buffon, á nuestro pro- »fundo historiador político el virtuoso Mably, al atrevido Ray- »nal, á nuestro harmonioso Delille y nuestro universal Vol- »taire.

»No es ya tiempo de que la nacion sacuda el intolerable yugo »de la opresion del pensamiento? no es tiempo de que el gobier- »no suprima un tribunal de tinieblas que deshonra hasta el des- »potismo (*sic*)?... ¿A qué fin hacer de los hombres unos seres »autómatos? Tanto vale mandar á hombres máquinas como »dar cuerda á reloxes? El sistema actual del gobierno parece »ser el de aligerar el peso que carga sobre los hombros de los »Españoles, pero el primer paso de toda mejora es destruir la »inquisicion por sus fundamentos. No calumniemos al pueblo;

»vuestro legislador? Jesús no vino armado de poder á i culcar su religion »con la fuerza de la espada; predicó su doctrina, sin forzar á los hombres »á seguirla. Defensores de la causa del cielo, quién os ha encargado de sus »venganzas? El Omnipotente necesita valerse de vuestra flaca mano para »extirpar sus enemigos? No pudiera fulminar el rayo contra los que le ofen- »den y aniquilarlos de un soplo?

»los perversos pueden engañarle, pero quando se le presenta »el bien lo abraza con ansia, y besa con entusiasmo la mano »de donde le viene. Yo he consultado á muchos Españoles que viajan por mi patria, todos anhelan ver la inquisicion por tie»rra, pero algunos me han insinuado que hai hombres de mala »fe, que fingen creer que la nacion engañada podria oponerse »á esta medida. Oposición del pueblo en España; donde el mo»narca es todo-poderoso, donde las luces no obstante todas las »precauciones se han difundido harto más de lo que se piensa! »Ah! tiemblen mas antes los tiranos de que el pueblo oprimido »en todos los puntos de contado no estalle con una esplosion »tan terrible, que destruya todos los hipócritas y todos los »opresores...

»Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles, »este es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que al»gunos perversos os hacen mirar como unos mónstruos...

»Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el des»potismo religioso; *este es la convocacion de vuestras cortes.* No »perdais un momento, sea *Cortes, Cortes,* el clamor universal...

»Españoles, el *deficit* de vuestro erario aumenta á medida »que crecen vuestras imposiciones; vuestro pais que la natura»leza dotó de todo, carece de todo, porque una constitucion *ta»bífica (sic),* y un gobierno famélico devoran vuestra mas pura »substancia. Campos de Villalar sepultasteis á caso con los ge»nerosos Heroes defensores de la libertad la energía, y el patrio»tismo de la Hesperia?... Manes de Padilla, y tú grande alma »de D.ª María Coronel *(sic)* que lloras en la tumba la cobardía »de tus descendientes, inspira á los Españoles aquel valor con »que defendiste en las murallas de Toledo las últimas reliquias »de la moribunda libertad. Clero, nobleza, clases privilegia»das, qué sois vosotras en un gobierno despótico? Las prime»ras esclavas del Sultán. El despotismo es el verdadero nive»lador: queréis ver la imagen de este gobierno? Tarquino cor»tando los cogollos de las adormideras.

»La ignorancia mas crasa de los principios fundamentales »de la formacion de nuestras Cortes es la que puede hacer te»mer á la nobleza la destruccion de las distinciones, al clero de »sus privilegios no abusivos, y á la corona de sus justas prero»gativas. En vano los ignorantes ó los mal intencionados os »asustan con el ejemplo de la Francia; los estados generales de »esta nacion no tenian reglas fixas ni límites invariables, y »vuestras Cortes los tienen, y bien señalados. La Francia ne»cesitaba de una regeneracion; la España no necesita mas que »de una renovacion. Esta verdad solo pueden contestarla los »charlatanes de política que no saben que las Cortes de Aragon

»y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamen-»te contrapesado. Si mis ocupaciones me lo permiten; si el pue-»blo español clama por las Cortes, yo escribiré, refugiado á un »pueblo libre, que eran estas Cortes.

»Los franceses han hecho su Constitucion con el fin de ser »felices, y no con el de hacer infelices á los demas hombres; »por consiguiente no quieren conquistar á nadie, no quieren apo-»derarse de ninguna propiedad, pero lo que quieren es destruir »los tiranos, que no trabajando, aspiran á hacer uso y dispo-»ner de las propiedades y del trabajo de los pobres á su fanta-»sía, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en for-»jar hierros para aprisionar á los hombres, á quienes para »engañarlos los llaman *queridos hijos y vasallos*.

»Paz, y guerra llevarán consigo los Franceses; Paz á los »hombres, y Guerra á los tiranos Reyes.

»Si algun daño ocasionasen las tropas, la Francia jura y »afianza pagarlo como lo ha hecho en Courtray y Alema-»nia (1).»

(1) Impreso s. l. n. d. de 2 ff. in 4.° (E. 8. p. 634, pièce n.° 164.)

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESPAÑA

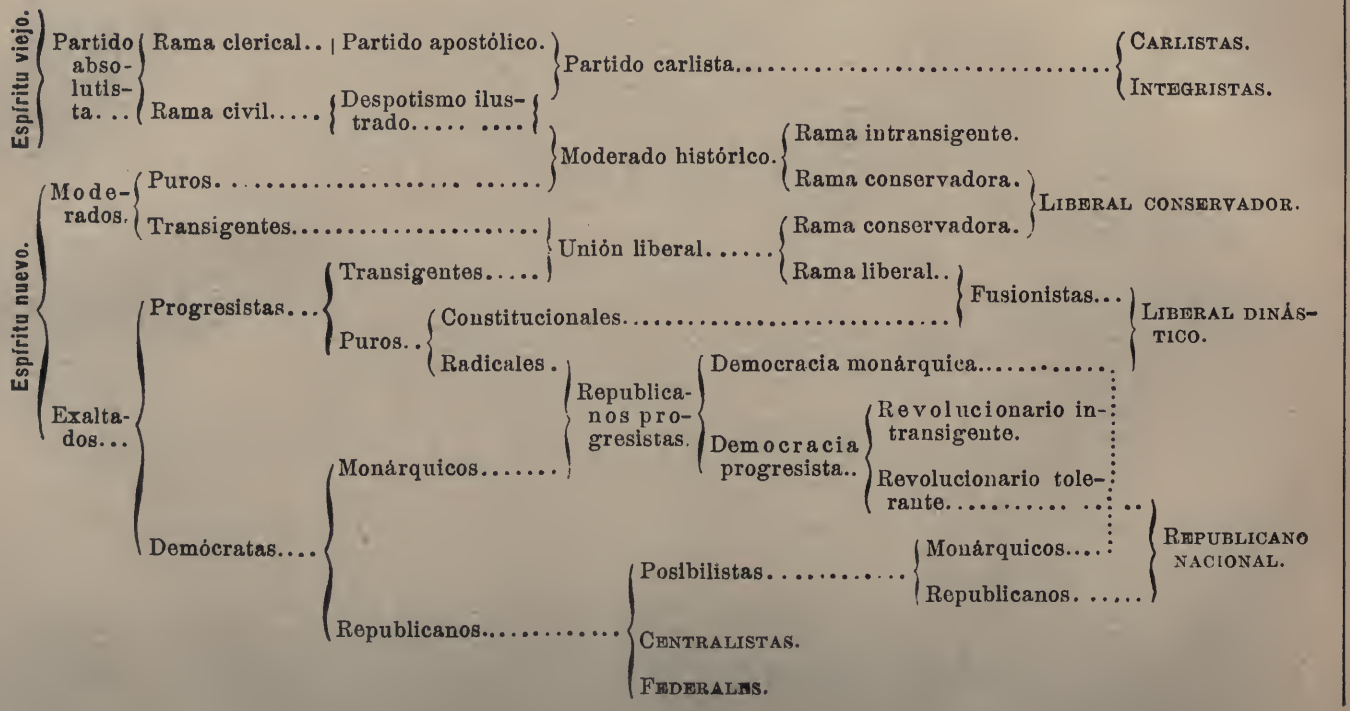
El cuadro sipnótico de la «evolución de los partidos políticos en España» (véase la página siguiente), demuestra en su estructura, sin recurrir á ningún procedimiento artificioso, que todos los partidos políticos actuales derivan históricamente de dos tendencias, que tienen como punto de gravitación los dos partidos que turnan en el poder y como puntos de oscilación, partidos extremos de una y otra.

Representándolo de otra manera, nos podemos imaginar dos árboles nacidos en el mismo huerto, y tan próximos, que se entrecrucen sus ramas. Uno de los árboles es de tronco viejo y el otro de tronco joven: aquél tiene raíces muy hondas en la historia nacional y las de éste apenas si penetran más allá del terreno del pasado siglo.

Empezando por los partidos gubernamentales, bien puede decirse que el «liberal conservador» es de tronco *arcáico*, y que el «liberal dinástico» es de tronco *moderno*, no pudiéndosele llamar *neo*, por el abuso denominativo que ha llamado neo por antonomasia al que á lo más, y en parte contradictoriamente, podría denominarse *neo-arcáico*.

Pero si la denominación es acomodada, teniendo en cuenta uno de los principales fundamentos del partido «liberal conservador», no es propia ni es justa, si se considera que ese partido no ha abdicado jamás ni de su origen ni de sus conviccio-

EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESPAÑA



nes constitucionales, demostrando su evolución que procede de dos troncos y que por repetidas anastómosis de las ramas de uno y otro árbol, representa, en distintos períodos de su historia evolutiva, injertos recíprocos de la tendencia más progresiva del *arcaísmo* y de la más moderada del constitucionalismo ó *modernismo*.

El primer vástago que lo forma, nace del tronco genuinamente constitucional, cuyas raíces, además de en ciertas parcelas del terreno patrio, pueden buscarse en el acarreo de influencias ultrapirenaicas que ocasiona la dinastía borbónica, y cuyo nacimiento y elevación corresponde á las Cortes de 1812. En la segunda época constitucional (1820) el tronco se divide en dos ramas, inclinándose divergentemente á derecha y á izquierda, pero manteniéndose íntimamente unidas en su nacimiento. La de la derecha es representativa de los antiguos diputados y ex ministros constitucionales, en quienes la reacción de 1814 y el sentimiento de las manifestaciones de la opinión neutra del país, produjeron una *moderación* de los primitivos arranques. La de la izquierda es representativa de los diputados nuevos, que sin ese contrapeso de la tradición y con la sangre caldeada por anhelos é influjos revolucionarios, *exaltaron* los principios aún más de lo que lo habían hecho los más entusiastas doceañistas.

Desde entonces la mecánica política puede definirse con dos manifestaciones extremas y radicales. La reaccionaria que pretendía lo que pretendió y realizó en 1814 y en 1823: abolición de las reformas y restablecimiento de las cosas al ser y estado que tenían en 1808, «como si no hubiesen pasado y se quitasen de en medio del tiempo»; la revolucionaria, no tan intransigente, pero firme desde la segunda época constitucional hasta el ministerio Calatrava, que plantea el período constituyente de 1836, en la restauración doceañista. Entre las dos tendencias surge el moderantismo, que por su nacimiento é inclinación tenía que enlazarse con el tronco viejo y sentir en las distintas manifestaciones de su historia las in-

fluencias de una y otra savia, según el modo de equilibrio político lo iba determinando.

El segundo vástago que forma las primeras anastómosis políticas del partido liberal conservador, nace mucho más tarde que el primero, y lo producen las lentas pero sucesivas atenuaciones del absolutismo terrorista en la segunda época, apareciendo los primeros brotes en 1832, en la interinidad de doña Cristina. Fracciónase el árbol viejo, como el árbol nuevo, en dos ramas: una, la izquierda, predominantemente clerical, y otra, la derecha, predominantemente civil. La rama derecha, es decir, el despotismo ilustrado de Zea Bermúdez, empezó á enlazarse con la rama derecha del otro árbol, representada por el moderantismo, y no á otra cosa que á un enlace de esta índole se debe atribuir la tibieza constitucional de Martínez de la Rosa y el sistema semiautoritario y semiliberal del conde de Toreno.

En este punto, el modo representativo de que nos valemos para precisar las manifestaciones evolutivas de los partidos políticos en España, nos autoriza á suponer, sin que incurramos en exageración ni apartarnos de la realidad de las cosas, que lo que ocurre es un enlace de dos ramas circulatorias que se juntan para empezar á constituir un sistema. Cada rama conduce la savia política del *espíritu viejo* y del *espíritu nuevo*. Al principio esas dos ramas no tienen ningún contacto y representan una circulación independiente, tan independiente que se diría, al conocer la distinta composición del contenido, que las aproximaciones, los enlaces y las mezclas eran radicalmente imposibles, porque el contenido era por naturaleza refractario. Después la relación se establece, y una parte del contenido se modifica, por influjo de esta misma relación, y la otra mantiene su cualidad nativa, aunque sucesivamente modificada.

El primer enlace de los dos troncos originarios de los partidos políticos españoles, es obra del poder moderador, que, cuando acierta á ejercer la función que en la fisiología polí-

tica le incumbe, se convierte en centro de un sistema. En el reinado de Fernando VII, el poder moderador no existe y aun en los períodos constitucionales representa ó una voluntad pasiva ó una voluntad directa ó indirectamente rebelada contra el régimen que pretende sacudir. Las primeras manifestaciones de ese poder, corresponden á la interinidad de doña Cristina. Entonces la atenuación del absolutismo terrorista, que sucesivamente había conseguido formar la rama de los tolerantes y templados, determina en el árbol joven un fenómeno concurrente, con iguales tolerancias y templanzas, aunque de derivación opuesta, y en aquel momento el equilibrio imaginario que pretendió establecer Zea Bermúdez, no haciendo concesiones ni á liberales ni á absolutistas, se rompe, inclinándose la balanza á donde la conciencia y el interés del poder moderador, porque el absolutismo se mostraba en rebeldía y en parcialidad, manteniendo un principio exclusivo de sucesión, y el liberalismo se agrupaba resueltamente en torno de una cuna con el principio de la sucesión de las hembras.

A partir de este hecho, la circulación política se fortalece y se agranda. De un lado el árbol viejo, aunque concentra todo su vigor en desenvolver el espíritu tradicional, proporciona una pequeña ramificación á la legalidad constituida, y de otro toda la corriente liberal acude reanimada al facilitarle la incorporación con esperanzas restauradoras de los no extinguidos anhelos constitucionales. El poder real, antes aislado en su propia intransigencia y en la intransigencia aun más exigente de sus mantenedores absolutos, restablece la circulación interrumpida con una gran parte de las aspiraciones del país. El círculo circulatorio vuelve á enlazarse, pero la circulación no se puede considerar normalizada. Consiste en que la mayor parte de ese círculo la representa la corriente constitucional, que comprende desde los más moderados á los más exaltados, mientras que la otra parte es representativa de una pequeña derivación del antiguo régimen. Tal vez por esto la tensión política se exagera crecientemente en sentido liberal, provo-

cando desde 1833 á 1836 un poderoso avance en sentido restaurador doceañista. Tal vez por esto, también, la tendencia moderada se exagera en sentido compensador, para favorecer la reducida arteria de lo tradicional, sentido compensador que se manifiesta lo mismo reaccionaria que liberalmente, según las circunstancias, como lo demuestran, entre otros ejemplos, la coalición con los progresistas en 1843, la dictadura de 1848 y la reacción imperante de 1866.

Omitiendo, como no puede menos de omitirse en un estudio sintético, la enumeración de las pequeñas causas que intervienen en los grandes efectos de la política, se reconocerá que el partido moderado, producto de tendencias atenuadas del tradicionalismo y del constitucionalismo, tenía que manifestarse históricamente en ese estado incierto de compensación, hasta que encontrara su estabilidad, como definitivamente la encuentra.

Dentro de ese partido existían, con cohesión suficiente para ligarse y con potencialidad para desunirse, las dos tendencias que lo formaban. Una de esas tendencias representaba el moderantismo *puro* y otra el moderantismo *transigente*. Aquélla constituía afinidad con la derivación del despotismo ilustrado y sentía inclinaciones á la ilusoria estabilidad política de Zea Bermúdez. Esta constituía parentesco con la serie constitucional, de que era la personificación más atenuada. Por eso la primera, con su grupo afine, constituye el partido *moderado histórico*, y la segunda, á quien cuadraba el nombre de partido *monárquico-constitucional*, que ostentó el partido moderado desde 1837 hasta la coalición de 1844, vino á constituir la *unión liberal*, formada con el grupo *transigente* del moderantismo y con el grupo *transigente* del progresismo.

La unión liberal fué sin duda alguna una manifestación compensadora de las dos tendencias que se disputaban el poder, que habían nacido juntas, que se habían separado y que se habían vuelto á unir y á desunir. Al compensarse se desprendían de su ligación y dejaban libres los productos ad-

heridos. Esos productos conservaban la pureza, vigor y unitarismo de las propensiones iniciales. Se distanciaban con su original intransigencia, situándose de modo que produjeran la oscilación que había de romper el equilibrio existente. Por eso la unión liberal, aunque vivió mucho para lo que entonces se vivía, duró lo que todas las compensaciones parciales. De aquí que en la mecánica política se produjera por la acción revolucionaria, vencida en sus intentos, la reacción de 1866, y por esta reacción la revolución triunfante de 1868, que aunque realizada á expensas y por iniciativa de los partidos más extremos del árbol joven, fué apoyada por los elementos más afines desprendidos de la unión liberal.

El proceso de esa revolución involucra toda la genealogía de los partidos *exaltados*. La representación más auténtica y perdurable de esos partidos se halla en el partido *progresista*, que, por no dejar ni su nombre ni su tendencia, es hoy tan radical, tan intransigente y tan revolucionario como lo fué en sus principios, y tan enamorado de su nombre y representación, que aun entre los republicanos y demócratas quiere figurar en las avanzadas, resistiéndose á los acomodamientos con la legalidad constitucional á que directa ó indirectamente se han sometido otros partidos extremos de la misma significación. Revolucionariamente es el partido más histórico, y este caracter lo coloca en orden paralelo con el partido moderado intransigente; y tal vez en una fase política igual á la de la restauración, aunque restaurando otras cosas, se colocara en el mismo aislamiento en que aquel partido dejó de ser, manteniendo la tenacidad de su programa y la terquedad de los caracteres que lo representasen. En cuanto á caracteres, la política no ofrece figuras de mayor integridad é intransigencia en los principios y en los procedimientos, que D. Claudio Moyano y D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Constituye el partido progresista el vástago más directo del árbol joven. Su temperamento desde que nació fué caracterizadamente revolucionario, y al serlo, en el sentido de ape-

lar á las soluciones de fuerza, no se distinguía de los demás partidos españoles, que rara vez, y con exclusión de las intrigas palaciegas, lograron su ensalzamiento por otros procedederes que por aquellos que, sin ofensa particular y sin injusticia general, pueden llamarse nacionales. Lo que lo distingue es su inquietud y sus exaltaciones que no se moderaron ni con el disfrute del poder, haciéndolo incurrir en contradicciones y candideces como la coalición de 1844, y dando lugar á lo transitorio de las situaciones que creara y á sus largos períodos de oposición y de protesta. Desde 1833 hasta 1868 gobierna muy pocas veces y efímera y transitoriamente, y su creación política, la dinastía de Saboya, no pudo ser más deleznable. En la mecánica política casi nunca ha representado la cohesión, resistiéndose tenazmente á las conciliaciones, tan necesarias á los pueblos que con mucho influjo tradicional quieren vida nueva. Por eso ó con su actitud determina las reacciones ó queda aislado cuando se producen las formas de compensación á que obligaba el equilibrio político. Fué en la mayor parte de su historia un partido de oscilación, es decir, un partido extremo, y cuando el exceso reaccionario resta fuerzas políticas á la legalidad, se convierte en eje de una acción poderosa; pero como la potencialidad nacía de muchas fuerzas sumadas, cumplida la acción, tales fuerzas se disgregaron, y la legalidad constituida no pudo resistir la violencia de otras oscilaciones que de uno ú otro modo se impusieron, para que á su vez las anulase la última compensación política que cierra el período efervescente de los partidos que luchaban entre sí desde 1814.

La primera segmentación del partido progresista ocurre al formarse la unión liberal, resultado de la inteligencia de los elementos transigentes del moderantismo y del progresismo, y esa segmentación se convierte en alianza al disolverse la unión liberal y al concurrir parte de sus elementos á la acción revolucionaria de 1868. Entonces ese grupo transigente, iniciado, ya en los temperamentos conservadores del poder, se convierte en núcleo de una de las dos ramas progresistas y

constituye, con los elementos más afines, el partido *constitucional*, á la vez que los progresistas más genuinos, en intimidad con los demócratas monárquicos, constituyen el partido *radical*. Aquél representa el elemento conservador entre los elementos revolucionarios y éste la izquierda de la monarquía democrática, manifestándose en las mismas direcciones cuando la república sucede á la monarquía, y cuando la monarquía restaurada se convierte en legalidad constitucional. En tal momento, el elemento conservador revolucionario constituye el partido *liberal* de la restauración, y los radicales, sin volver la vista atrás y á partir de su última evolución, que los desenlazaba históricamente de la monarquía, constituyen el partido *republicano progresista,* manteniendo con tenacidad la misma actitud de protesta é igual temperamento revolucionario que en su historia distingue á esta rama siempre reverdecida del árbol joven.

La rama democrática, producto de la exaltación de la savia del progresismo, aparece con todo su carácter, es decir, desprendida de la forma monárquica, en la primera legislatura de las Cortes de la regencia de Espartero, aliándose para los efectos revolucionarios con el partido progresista en 1866, y destacándose de este partido, no solamente por la acentuación de sus soluciones, sino por la defensa del principio federal en que los republicanos estuvieron conformes, hasta que el poder los desunió y la caída los diferenció en las agrupaciones en que hoy aparecen.

Diferéncianse más que por los principios por los procedimientos. Unos aceptan el procedimiento *evolutivo* y otros el *revolucionario*, y otros condicional y circunstancialmente una ú otra cosa. En cuanto á principios, lo más categórico es el mantenimiento del principio federal por el partido de este nombre. Fuera de esto, y aparte las rivalidades de jefatura, todos los partidos republicanos se pueden considerar como uno y los consideraremos así en el análisis que vamos á exponer.

*
* *

Si con los datos precedentes nos propusiéramos reducir á una ley biológica la evolución de los partidos españoles, observaríamos: 1.°, que la formación de tales partidos obedece á dos distintos elementos, el *arcáico* ó tradicional, y el *nuevo* ó revolucionario; 2.°, que el elemento arcáico se caracteriza por su permanencia y por su mínima diferenciación; 3.°, que el elemento nuevo se distingue por su diferenciación inmediata en dos tendencias, y por la subdiferenciación de estas tendencias en otras, siempre subdivididas en rama derecha ó transigente, y rama izquierda ó intransigente; 4.°, que el proceso diferencial en su rama derecha toma una dirección ascendente desde los partidos más exaltados, que corresponde á la misma dirección descendente de los partidos moderados, para anastomosarse y constituir partidos compensadores; 5.°, que el proceso diferencial en la rama izquierda es siempre constante en producir desviaciones extremas de esa compensación.

En el presente momento evolutivo de la política española, podríamos decir que existen dos partidos compensadores: el LIBERAL CONSERVADOR y el LIBERAL DINÁSTICO; y dos partidos de oscilación: el CARLISTA y el REPUBLICANO, considerando todos los partidos republicanos refundidos en uno.

Cada uno de los partidos compensadores es resultado de una compensación histórica afianzada en el desenvolvimiento y en la atenuación constante de una tendencia.

La tendencia primitiva del partido LIBERAL CONSERVADOR, constituye una *moderación* del constitucionalismo doceañista. La moderación ofrece originariamente dos tendencias: una acentuada é intransigente que enlaza á los moderados puros con la rama derecha de los absolutistas; y otra templada que permite la relación con la rama templada del partido progresista, brazo del mismo tronco. Ambos enlaces explican los fenómenos de reacción y los fenómenos de compensación en que este partido interviene. Los fenómenos de compensación—aparte algunos que por su accidentalidad no deben mencionarse—son dos: el primero lo representa la *unión liberal*, re-

sultado del enlace del moderantismo y del progresismo transigente; el segundo lo constituye el partido LIBERAL CONSERVADOR, producto de los elementos conservadores del elemento arcáico y de los elementos conservadores del elemento nuevo ó revolucionario. Al verificarse esta compensación, la rama izquierda, es decir, el moderantismo histórico, queda desprendida y no pudiendo representar una tendencia extrema, que es lo que da vigor á esas diferenciaciones, se atrofia y no deja más que el vestigio histórico de su existencia.

El partido LIBERAL DINÁSTICO es originariamente exaltado, con la exaltación atenuada que corresponde á la rama derecha del progresismo. Tiene un doble abolengo progresista: el de los elementos transigentes que después de contribuir á la compensación política de la unión liberal volvieron á ser elementos revolucionarios, y el de los elementos puros que vinieron á constituir el partido conservador de la revolución de Septiembre. Constituyendo de por sí un elemento de compensación, forma con los centralistas parlamentarios, que fueron un desprendimiento del partido conservador que buscaba su afinidad política, el partido *fusionista*, con cuya compensación entra en el ejercicio del poder. Iníciase en su seno una diferenciación hacia la izquierda, representativa de la tendencia democrática, con el nombre de *izquierda dinástica*, determinante de otro movimiento compensador que agranda el partido con las personalidades y las soluciones de los progresistas y demócratas monárquicos, poco antes inclinados á la república, y después con los republicanos posibilistas, afines al partido liberal desde que se inició la incorporación democrática en el período de la regencia.

Representando el partido «liberal conservador» todas las fases evolutivas del elemento arcáico de los partidos españoles, y representando el partido «liberal dinástico» todas las fases evolutivas del elemento nuevo y enlazándose las soluciones de los dos partidos en una legalidad constitucional que ambos admiten, el cumplimiento de esa inteligencia constitu-

ye la única compensación total que puede citarse en la historia evolutiva de la política constitucional en España.

En el punto en que esa inteligencia se establece debe señalarse la última anastómosis de la circulación política tal como la van enlazando los cruces sucesivos del árbol viejo y del árbol joven. El círculo grande de esa circulación lo representa, como no podía menos de ser, el elemento tradicional, no en lo que concierne únicamente á las tendencias políticas de ese elemento derivadas, sino porque lo tradicional es lo más orgánicamente constituido de cada país y porque abraza, en cierto modo, la opinión neutra. El círculo pequeño lo representa el elemento nuevo, y de aquí la resultante de la oxigenación democrática de los partidos moderados. De ese modo lo tradicional permanece sin constituir un círculo vicioso y recibiendo á toda hora la impresión y el influjo vivificante del medio ambiente que lo incorpora al movimiento de la vida. De ese modo lo nuevo no es, como lo pretendieron los incurables idealismos, una atracción sino un influjo que crea sobre lo ya creado, porque biológicamente improvisar ó es fantasear ó sería retrogradar, porque para crear en la vida una cosa nueva sería indispensable volver á los comienzos, y la vida empieza por los primeros grumos de protoplasma de donde en lentísima evolución salen los seres diferenciados. Por lo mismo el árbol viejo y el árbol joven de los partidos españoles, no son árboles de diferentes familias, y á poco que se busque su relación de procedencia se les encontrará tan íntimamente emparentados, que en sus gérmenes, en su contextura, en su diferenciación y en todo demostrarán una incuestionable semejanza. Y esa semejanza, si no estuviera en las leyes de la misma evolución, lo estaría en que todos los partidos, los más extremos y los compensados, derivan de un mismo fondo de carácter, que es el de nuestro carácter nacional, que conserva en unas manifestaciones su fase arcáica, en otras moderniza su expresión exageradamente y en otras concilia los rasgos fisiognómicos de lo antiguo y de lo nuevo. En tal sentido pudieran representar-

se los partidos españoles con tres caras: uno con la fisonomía arcáica caracterizada, otro con la fisonomía moderna de igual y equivalente caracterización y los intermedios con una fisonomía semejante á la que se pudiera formar por el procedimiento galtoniano, es decir, de fotografías superpuestas, resultando que no sería igual ni á la arcáica ni á la moderna, y sin embargo, tendría reunidos íntimamente los rasgos de las dos.

Seguramente todo el proceso de fusión de las ramas transigentes de los partidos españoles de uno y otro tronco, se podría llamar, dentro de su fisiognomismo, nuestra *galtonización política*. En ella, sin contar los partidos extremos que en sus semblantes ofrecen exageradamente la expresión de su modo de ser, aparece el moderantismo histórico—no obstante su supersposición con elementos del tronco constitucional—con la dureza de rasgos del despotismo, por mucho que se reilustrara la ilustración de Zea Bermúdez; el progresismo, no obstante su primer apartamiento de la democracia, ofrece equivalentemente y en sentido contrario un relieve de líneas que lo asemeja á los exaltados del año 1814 mucho más que á los ministeriales de 1836 ó de 1854, y á los coalicionistas de 1844; la unión liberal es la primera «galtonización política» en que se acierta á superponer los rasgos medios del moderantismo y del progresismo, pero sobre no casar los rasgos más salientes de una y otra fisonomía, le faltaba la superposición democrática, ya entonces vigorosa; en los partidos ministeriales de la revolución de Septiembre la parcialidad de rasgos es un hecho notorio, señalándose nada más que la galtonización de los progresistas radicales con los demócratas; en cambio la «galtonización» de la rama conservadora del moderantismo histórico con la conservadora de la unión liberal, para constituir el partido LIBERAL CONSERVADOR, y la «galtonización» primero de los constitucionales con la rama liberal de los unionistas constituyendo el fusionismo, y luego la de éste con la democracia monárquica, y luego la de todos juntos con

el posibilismo para constituir el partido LIBERAL DINÁSTICO, y en fin, la «galtonización» de estos dos partidos turnantes en el período de la restauración y en el de la regencia, de modo que se podría suponer que el primero de esos dos partidos tenía la fisonomía liberal debajo y la conservadora encima, y el segundo al revés, implica una «galtonización» política completa y una «galtonización» histórica. Todas las fisonomías políticas de nuestra historia constitucional están fusionadas en uno y otro partido, y doblemente en su definitiva coincidencia. El proceso es completo, y lo es más inmediatamente si se comparan las fisonomías de los dos partidos extremos actuales con la inmediata á cada uno de los dos partidos compensadores que ejercen el poder, lo que comprueba el primer símil de la fisonomía arcáica, la moderna, y la «galtonización» de esas dos fisonomías.

En tal caso, ¿qué influjo ejercen los dos partidos extremos en la circulación política? ¿Se relacionan con la circulación general? Evidentemente. Su relación es directa en cuanto los principios esenciales se hallan incorporados á esa circulación. Su relación es indirecta en cuanto la mayor condensación de esos principios, representada en las aspiraciones de esos partidos, puede servir de estímulo en determinadas circunstancias, y de igual modo sirven de contentivo á estímulos opuestos. Por ejemplo: si el partido arcáico estimula las propensiones de esa tendencia, incorporadas, diluidas y equilibradas en el partido conservador, se verificará una estimulación compensadora en el otro partido extremo que contendrá la tentativa, é igual fenómeno se manifestaría, caso de que la tendencia extrema moderna influyera en las propensiones equivalentes de los partidos liberales. Así resulta que esos partidos, no solamente se enlazan con la circulación política total, sino que indirectamente intervienen en la compensación que representan.

Eso aparte, los partidos extremos tienden á establecer una circulación colateral que adventiciamente los une, prestándose

apoyo recíproco, ya para ejercer una estimulación ó ya para destruir la compensación de los partidos gobernantes.

Por lo demás, las tendencias de cada uno de esos dos partidos no son tendencias enteramente libres, ni mantienen el vigor de sus primeras y más intolerantes manifestaciones, supeditándose, como no puede menos, al equilibrio político en que todos los partidos viven, conservando su peculiar potencialidad para desenvolverla en el caso en que ese equilibrio corra el riesgo de romperse.

En la hipótesis de que esto último pudiera suceder, por influjos y acontecimientos á que la previsión no alcanza, sin don de profecía, cualquier observador de los hechos de nuestra evolución política puede vaticinar á grandes rasgos las oscilaciones que necesariamente habrían de determinarse.

El mismo modo de equilibrio actual se manifestaría en el desequilibrio, con la única diferencia de descomponerse la fuerza compensadora para fortalecer y estimular las fuerzas de oscilación.

Esa fuerza compensadora, por su misma composición política, que es derivada de la evolución constitucional ó incorporada á ella, se inclinaría á las soluciones progresivas, aportándoles el mismo elemento de compensación que pudiera dar estabilidad y fundamento al cambio, fenómeno político que hace que en este género de mutaciones, la nueva forma de gobierno, aunque parezca diferente, es en lo verdaderamente fundamental exacta á la anterior.

Esto ocurrió, y ocurre en parte, en la república francesa, y eso que allí, por estar la evolución política mucho más adelantada, no se corría el riesgo de que á los fenómenos excesivamente revolucionarios pudieran responder otros fenómenos excesivamente reaccionarios, como aquí ocurriría. A la república, como solución extrema, respondería entre nosotros la solución extrema del carlismo, potente aún para manifestarse en tales condiciones como un poder enfrente á otro poder que renovara en la discordia una de tantas fases constituyentes

como han ensangrentado nuestro suelo, y que produciría, más ó menos tarde, un fenómeno de compensación, intermedio de una y otra fuerza, si la compensación no se verificara previamente y como contentivo, en una forma, que para poderla definir dentro del símil circulatorio antes expuesto, consistiría en mantener el grande y el pequeño círculo circulatorio, variando el corazón únicamente.

Esta ventaja, que por tal puede reputarse, demuestra que la incorporación política es casi total, que el vehículo político está casi enteramente saturado, no pudiéndole aumentar el partido extremo á que en sus soluciones tendería la evolución, otros principios que aquellos que respectan á la esencialidad ó accidentalidad de la forma de gobierno, considerándose otras soluciones que figuran en su programa, como acrecentamientos ó preponderancias de lo ya constituido.

Así los partidos, desde los que parecen más extremos á los que parecen más conservadores, presentan una sorprendente uniformidad que los relaciona. Todos pueden reducirse á dos series: la absolutista y la liberal. En la primera el *integrismo* prefiere el color francamente religioso al francamente político dentro de la tradición á que responde. Parece una modernización, ó una atenuación, que lo mismo da, del antiguo *apostolismo*. El *carlismo,* sin abdicar de la legendaria trinidad política de su lema, también lleva en sí los gérmenes de la modernización y se puede suponer que evoluciona, demostrándolo sus insinuaciones de reconstitución de una política histórica nacional, cuyos elementos no son desdeñados ni por los que cultivan positivamente este género de investigaciones, ni por los que coinciden en parecida tendencia dentro de otras formas políticas. En la serie liberal á los partidos monárquicos, con relación al conjunto de los republicanos, casi pudiera aplicárseles, quitando, naturalmente, el apelativo denominador, y superponiendo lo restante de los respectivos programas, aquello de dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Se prueba con una demostración bien sencilla, y es que son mu-

chas más las cosas esenciales en que coinciden, que las en que no coinciden, y que son casi los mismos para los unos que para los otros los obstáculos en que tropiezan ó los respetos y consideraciones que los detienen.

Esa uniformidad equivale á un proporcionado coeficiente de anulación, porque lo que coincide no discrepa y lo que no discrepa no lucha, y como sin lucha no hay vida, y los partidos tienen que representar aspiraciones del país, que discreparán seguramente de otras aspiraciones, y no pudiendo traducirse en las mismas fórmulas que han motivado las enconadas y lentas luchas de este siglo, porque no se puede pedir lo que ya está logrado y no significando esto más que una condición indispensable para desenvolver progresivamente los elementos de la genuina constitución nacional, ultimada la *fase política constitutiva,* quedan los partidos como deposeídos del ambiente en que vivieran y necesitados de un ambiente nuevo que los vivifique, los restaure y les dé personalidad, y de aquí la idea latente en el pensamiento general, y apenas ó tímidamente enunciada, de que se inicia un movimiento que se puede llamar de disolución de los partidos, no significando esa disolución otra cosa que un nuevo avance en la evolución.

¿En qué se funda detalladamente esa idea? ¿De qué síntomas, de qué manifestaciones deriva? ¿Cuáles son los alegatos positivos que la mantienen?

Cuestiones son estas que no pueden tratarse de pasada, y que, de abordarse, implicarán un estudio detallado de las causas, indicios y alcances de esa presumida transformación.

Rafael SALILLAS.

CRONICA INTERNACIONAL

Estado de la guerra en Cuba.—Ilustre muerto en París.—El impuesto francés sobre las utilidades.—Los Consejos generales y el Senado ante tal impuesto.—La república y el partido radical.—Imposible reaparición del período revolucionario europeo.—El ministerio Bourgeois y el ministerio Méline.—Movimiento antisemita de Austria.—Italia y Abisinia.—Bulgaria y Rusia.—Muerte violenta del Shah en Persia.—Conclusión.

I

La crisis de Francia, la guerra de Italia en Africa, la guerra en Cuba de nuestra España, el descenso en influencia y poder que acusa el estado interior de Alemania, las divisiones múltiples cada día más recrucedecidas dentro del imperio austriaco, los viajes del príncipe Fernando de Bulgaria, la próxima coronación del Czar, la muerte del Shah: he ahí todo cuanto embarga, y no es poco, la general atención del mundo culto y de los entendimientos enpeñados en el estudio y observación de las cuestiones políticas. Aunque las ingerencias, más ó menos claras, más ó menos conocidas, de los Estados Unidos en las esferas, vedadas para ellos, de nuestros asuntos privativos, hayan empeorado un poco el aspecto diplomático de la cuestión cubana, según el concepto general; ese continuo fuego y continua persecución

á las partidas que no pueden reposar un punto; esa presentación de rebeldes acogiéndose á indultos otorgados por nosotros con verdadera magnanimidad; el fenómeno raro de que Máximo Gómez no resuelle y parezca muerto; la temeridad increíble del cabecilla Maceo, dejándose de operaciones, allí donde impera como dueño, en la parte negra del territorio, en la banda oriental, y viniéndose á Occidente, á la Vuelta de Abajo, como el ratón á la ratonera, donde tala é incendia sacudido por los espasmos de la desesperación; el convencimiento cada día mayor de que no pueden los ciegos separatistas con la firmeza española; y el próximo decreto de un sistema democrático que lleve á las Antillas el gobierno de sí bajo la bandera nacional; todos estos hechos juntos persuaden á la creencia de que tal problema concluirá por resolverse pronto en bien de nuestra integridad territorial intangible, y de las libertades cubanas, ya muy amplias, puestas en disposición de extenderse cada día más y arraigarse allí en el suelo de nuestra grande Antilla, como está la democracia también arraigada en el suelo de nuestra Península. La opinión se halla un tanto dividida sobre si debe acelerarse la paz por tratos propios á todas las guerras civiles; ó si debe sólo concluirse por un golpe á los insurrectos para que no vuelvan á levantar cabeza; pero en lo que no cabe y no existe división alguna es en la confianza general de que Cuba estará por España siempre, y sus instituciones progresivas habrán de darle paz y trabajo, que sirvan para prosperar en ella el imperio español y para servir al comercio internacional y á los humanos progresos.

II

Descuidamos el tiempo que fluye y el hecho que pasa, pareciéndonos vulgares, por verlos con nuestra vista, y tocarlos

con nuestras manos, y recibirlos sobre la pequeñez de nuestras personas pasajeras y mortales. Unicamente allá en los lejos y perspectivas de la edad pasada ó en los misterios y celajes de la edad por venir toman los hechos visos de verdadera poesía y los narradores suyos aires de verdaderos épicos. Pero la guerra franco-prusiana, la caída del imperio napoleónico, el sitio de París, la comunidad revolucionaria, los esfuerzos para el rescate pagado á Prusia, la gigante lucha por constituir una República liberal y conservadora, el combate á brazo partido con las utopías y las legiones comunistas bien presentan las grandezas de una epopeya secular y bien guardan el provecho de una enseñanza incomparable. A todo León Say se mezcló de suyo con una tan ingenua naturalidad y una tan clásica sencillez, que no sabíamos cuál calidad era más admirable de suyo en aquella gran persona: la modestia sin hipocresía ni humillación, ó el mérito, que solo él, entre tantos amigos y admiradores como le circuían, ignoraba en un candor, no reñido, ni con la dignidad, ni con el respeto y la estima de sí mismo, fundados en el ejercicio de sus fuerzas y en la constante aplicación al bien de sus aptitudes. Orleanista por atavismo, y por tradiciones así de su familia propia como de la familia donde había entrado, y que le aportó el *Diario de los Debates,* cuando se convenció, por el mismo tiempo y con idéntica ocasión que Thiers, del indispensable deber de unirse á la República, hizo con ésta un matrimonio de razón, en el cual ha tenido menos viveza de pasiones y más fidelidad de costumbres que suelen tener los exaltados y delirantes matrimonios por amor. Con decir que fué un ministro de Hacienda muy competente, y un administrador muy honrado, y un opinante muy oído en Cámaras como las francesas, donde no se oye á nadie, y un académico muy asiduo, y un escritor de claridad parisién, y un economista de primer orden está dicho cuántas ciencias le lloran y en cuántas esferas de la vida hoy deja un hueco, una cela ó ara en cuántos gloriosos altares, que no podrán llenar las generaciones jóvenes, más felices y

más libres, por ende menos heroicas é inspiradas que las generaciones combatientes ó mártires. Uno de mis encantos en París era la frecuencia de su trato y las visitas é invitaciones á su casa, donde con la virtud, la bondad y la belleza de su mujer y de su hija, se hallaban una ciencia tan llana, unas ideas tan altas y nobles, un comercio y cambio de afectos tan encantador, una política tan desinteresada y una conversación tan francesa, que pensando uno cómo no volverán, piensa uno cómo habrá entrado una porción de nosotros mismos en esta triste muerte.

III

Dejemos á los muertos y vamos á los vivos. Primera cuestión: crisis francesa. No hay tendencia ninguna que cuente un apoyo tan unánime de la opinión en Francia como la reñida con el impuesto sobre utilidades. Todo el mundo así lo sabía, todo el mundo, menos un político, tan avisado y experto como el ministro dimisionario de la Gobernación, M. de Sarrien. Tomando por latidos del corazón de Francia los fragores y escándalos del grupo demagógico parisién, incitó á los consejos ó diputaciones provinciales al disparate de abandonar su carácter puramente administrativo para dirigir peticiones políticas á los poderes supremos y en ellas expresar la opinión propia sobre tan discutido impuesto, en la seguridad completa de que, acordes con el sentir ministerial, servirían al gobierno y deservirían al Senado. Pero le salió á Sarrien, la criada respondona. En vez de corroborar el despojo de los grandes popietarios con sus peticiones, lo reprobaron en protestas casi unánimes, de las cuales únicamente se apartaron una docena de cuerpos electivos provinciales, dóciles á maniobras de los prefectos y no por espontaneidades é impulsos de su interior

voluntad. La firmeza incontrastable del Senado, asentada sobre bases inconmovibles, aún se alentó más, tomando juveniles calores, con este auxilio súbito de la opinión popular que le había procurado la torpeza del gobierno y su amor al escándalo. Y mostró el Senado su poder, ejerciéndolo, como los filósofos antiguos mostraran el movimiento andando. Había la Cámara votado unos créditos indispensables á la gestión administrativa en Madagascar, mas no bastaba para su validez el voto de la Cámara; necesitábase también la coparticipación del Senado; en prueba de cuán iguales son las prerrogativas de ambos Cuerpos Colegisladores en la vigente Constitución, y cuán obedecidos deben por lo mismo ser sus sendos mandatos, de igual autoridad y fuerza. Corolario: como cien veces cayeron gobiernos faltos del voto de los diputados; ahora debe caer este gobierno falto del voto de los senadores, por lo cual no votarían éstos el crédito más que á un gobierno de su absoluta confianza.

IV

No había más remedio que optar entre la ruina del ministerio radical ó la ruina del Senado, del presidente, del Código fundamental entero. La elección de ningún modo podía ser dudosa. No se le ocurre á quien asó la manteca enardecer al pueblo en favor de un gobierno impopular y de una impopularísima ley. El socialismo aparece, así que se le toca en una piedra, infalible de suyo, en la experiencia, grande retroceso y retrogradación de los principios connaturales á la democracia francesa. Y para implantarlo, para implantar ese retroceso, hay que demoler el Estado en su forma republicana, el Parlamento en sus jurisdicciones propias, y hay que acudir á la revolucionaria dictadura. Contra todo Catilina está Cice-

rón, la palabra libre, la tribuna inspirada; y tras todo Catilina, está César, la dictadura militar. Una república parlamentaria no puede menos de ser conservadora, una república radical, no puede menos de ser cesarista. La organización de nuestra democracia no puede ser ni más retrograda, ni más progresiva que la hoy alcanzada en Francia. Dar un paso atrás es caer en la realeza; dar un paso adelante caer en el socialismo. Volver á las revoluciones en el mundo social sería como volver á los períodos volcánicos en el mundo terrestre; volver á la monarquía y á la reacción, como volver al período glaciario. Han creado el terreno armonioso donde habitan las razas predilectas del cielo y reinan los climas templados, las erupciones de los volcanes y las trombas de los aludes; pero el fuego de los unos se ha extinguido y se ha liquidado el hielo de los otros. Así la sociedad. Hanla hecho, tal como ella es, las reacciones y las revoluciones. Mas no puede haber una reacción ya; ni tampoco una revolución. Solo queda la república democrática, parlamentarta, liberal, producto de cuatro siglos, república, cuya existencia deben preservar de todo ataque sus tres áncoras; el sufragio universal cada día más conservador; el presidente cada día más obligado á demostrar cómo reside por necesidad la fuerza de un poder en la jefatura de un Estado; y la Cámara de los senadores destinada en el Código político francés á refrenar el movimiento para que no descarrile, y á servir de dique á las impaciencias y de pararrayos á las utopías para que por una serie de pacíficas evoluciones allí se junten la estabilidad con el adelanto y se mantengan en toda su verdadera plenitud la libertad, y en todo su cauce tranquilo el progreso.

V

¿Cuándo llegaremos á una república gubernamental y conservadora en Francia? No obstante llevar cinco lustros la república de lento y no interrumpido desarrollo, hay mucho camino que andar hasta obtener este resultado. El período corriente pasma por lo contrario á tales deseos y esperanzas. El partido radical se cree mayoría en Francia porque cuenta sus gritos y no cuenta sus votos. Puede, al fragor de sus proclamas y de sus vociferaciones, ahuyentar la fracción republicana conservadora, muy pacata y tímida; lo que nunca podrá es regir la república francesa. Los que gritan serán cuerpos que se muevan y los que callan el espacio silencioso é infinito, fuera del cual no pueden los cuerpos extenderse y trasladarse de un punto á otro. Las utopías socialistas no son astros que iluminan, son incendios que devoran. Y quien lo dude, vea el último gobierno semi-socialista francés. Contaba con el presidente, acostumbrado á decir todo aquello que le sugieren sus ministros como los oráculos antiguos, en cuyo pecho hablaban los sacerdotes paganos; contaba con la mayoría del Congreso, comprometida en su favor, parte por afinidad con sus ideas, y parte por miedo á sus amenazas; contaba con el respeto y el apoyo y la sumisión, más ó menos voluntarios, de todos los centros, así militares como administrativos, hechos á la disciplina y á la obediencia cual bajo los poderes monárquicos; mas no contaba con la opinión pública, y se ha venido á tierra entre los estremecimientos de un suelo que lo rechaza y condena. Cuando, roto en el viejo Senado, y teniendo, por una pueril rivalidad de cuerpo y por un recelo más pueril todavía de sus revelaciones sobre irregularidades y chanchullos, mayoría en la Cámara popular, se presentó á

ésta en demanda tácita, ya dimisionario, de que á su favor quemara los últimos cartuchos, oyó toda clase de fórmulas y proposiciones laudatorias, pero acompañadas de chacotas, como si le retozara en el cuerpo la interior alegría reprimida por los labios. Leída la declaración ministerial; confesado el esfuerzo inútil hecho para vivir contra el voto de los senadores; concitada una Cámara contra otra por mil alusiones clarísimas á la diferencia caprichosa entre la autoridad del sufragio universal directo y la autoridad del sufragio universal indirecto, no hubo más remedio que irse, una carcajada histérica de burla resonó en el espacio donde se habían dicho tantas loas y dado tantos votos en su pro, llegando cierto deslenguadísimo interruptor á decir, mientras los ministros salían de su banco ministerial en tropel para irse á los bancos rojos en procesión: «esto debe representarse con acompañamiento de música».

VI

Así tienen los radicales que huir de la legalidad, el derecho connatural á todos, para promover la revolución, el régimen violento y dictatorial de algunos. Los pocos que gritan y combaten, jamás se impondrán á los muchos que obedecen y callan sino por la violencia. Convencidos los radicales de ser los menos, vociferan para con el estruendo parecer los más. Contra la grande asamblea de los municipios franceses, representados por los senadores en su conjunto y suma, no se les ocurrió esgrimir ningún arma, sino las vociferaciones de un club, de los que imitan al viejo club jacobino, y la ridícula parodia de aquellos tiempos revolucionarios, que han pasado con los males y con los privilegios destruidos por ellos, al recuerdo perdurable de la Historia y al océano infinito de la

eternidad. No temáis oir la tonante voz de Dantón. Ese trueno ha menester otra electricidad para resonar como acento de cólera divina en el espacio abrasado por las lenguas de fuego del Verbo novísimo. No esperéis la vuelta de Robespierre al mundo como un Mesías aguardado en apocalíptica noche. Su dictadura fué un esfuerzo titánico para obtener á la democracia un poder más absoluto que el poder de los reyes antiguos; la democracia vive hoy en plena libertad, y no ha menester dictadores, ni de palabra, ni de sable, para eternizar su victoria. Ni siguiera se oye la melodía helena de Camilo, recitando sus párrafos á lo Alcíbiades con el terror sobre la frente y bajo los pies el patíbulo. Todo eso ha pasado. El club de los radicales se ha reducido al sainete de un vejamen ridículo sobre los senadores y el Senado. Pero no producirá la revolución, porque hay mucha diferencia entre la nube formada en la inmensidad por naturales corrientes eléctricas y la chispa lanzada por una botella de Leyden cargada en un gabinete de colegio. Estos vociferadores no matan á nadie, se matan á sí mismos ellos, siendo verdaderos suicidas. Todo cuanto hacen, lo hacen por la reacción imperial ó monárquica. Desacreditar la elección de segundo grado es desacreditar al presidente de la república, elegido por una designación de segundo grado también; y desacreditar esta manera de republicana elección es traer el plebiscito, el *referendum*, todo aquello porque pugnan los reaccionarios imperialistas y que á la postre generaría el César, levantado sobre las espaldas de un demagogo, el mismo siempre, ya se llame Cleon en Grecia, ya Clodio en Roma, ya Babff en Francia.

VII

Por miedo á los demagogos, á estos exterminadores pido, un gobierno republicano en Francia plenamente conservador.

Y como pido esto, me desagrada el ministerio Méline, de carácter muy reaccionario en economía y de mucha concentración republicana en política. Mi entusiasmo por la definición del régimen republicano francés tiene tal insistencia y consistencia, que desea se defina y concrete la política, siquier, al salir de las vaguedades oscuras y de las formas indistintas donde hoy perece, revista los caracteres comunistas y radicales. Todo es preferible á la vaguedad reinante. Distinguir y concretar parecen operaciones del espíritu puro, y lo son de la naturaleza real como de la viviente política, pues forma el universo esta gran trilogía, tripartita y una, alma y materia y sociedad. Méline ha ofrecido sin buen acuerdo á los radicales dos carteras, y los radicales con mejor acuerdo que Méline las han rechazado. ¿Cómo podían estar juntas fuerzas que se repelen y formar organismos átomos que unos de otros se despegan y apartan? O la inevitable ascensión de los moderados tras la inevitable caída de los conservadores nada quiere decir; ó quiere decir que los poderes públicos rechazan el programa de los últimos y adoptan el programa de los primeros. Con aglomerar personas inconciliables jamás obtendréis una conciliación. Al resplandor de las ideas cada organismo reviste su propia forma y cada grupo se mantiene por su cohesión interior en sí mismo, atrayendo los grupos análogos por esas afinidades químicas, cuya virtud mantiene los átomos en el cuerpo, y por esas atracciones mecánicas, cuya virtud mantiene los cuerpos en el espacio. No combatía el partido conservador francés al ministerio Bourgeois por su fea cara, lo combatía por su absurdo programa. No podían los conservadores de veras admitir el impuesto sobre las utilidades, el período constituyente, la disolución del Senado. Y si la vuelta del partido republicano conservador al gobierno significa la negación del programa radical, ¿cómo admitir á los radicales que han caído maltrechos y rotos al pie de tamaño programa? El sistema de grupos en Francia, dado el medio ambiente que allí hoy existe, como los organismos que dentro de tal medio ambiente viven,

demanda esta división del sol para los torneos políticos: á un lado los conservadores de la república juntos con los monárquicos recién llegados, y á otro los radicales con sus comunistas afines. Fuera de esto, no hay más que confusión, y en la confusión daño. Los partidos se forman por agrupaciones de temperamentos análogos, de caracteres afines, de almas gemelas, de ideas cercanas entre sí, de idénticos intereses. Todos los que piensan y sienten de un modo están en el partido conservador de la República; todos los que piensan y sienten de otro modo, no ya diverso, contrario, están en el partido radical. Debe haber buenas relaciones entre los dos partidos republicanos, para que uno á otro se contradigan y no se odien. Y sin esta contradicción imposible su existencia, porque al cabo los partidos se nos aparecen como cristalizadas ideas, y las ideas se definen siempre por sus contrarias. Partido conservador y partido radical en la república quieren decir progreso; pero el partido conservador lo quiere por la evolución y el partido radical por todo lo contrario, por la revolución. Mil veces lo he dicho. Ha pasado el período de las revoluciones. Aunque la quisieran todos los franceses y todos los españoles á su vez la quisieran, proclamaríanla con los labios y se desmentiría en la realidad. Todo cuanto hemos dicho ha ido encaminado á sustituir las revoluciones por la evolución. Así los radicales y los comunistas, revolucionarios todos, sustentan teorías arqueológicas y aparecen séres anacrónicos. Las dos revoluciones universales del mundo han sido en el siglo pasado la revolución del 89, mientras en este siglo la revolución del 48. Yo, viejo republicano, encariñadísimo en mi soledad hoy, como siempre, con mis eternos ideales, he la revolución de 89 con meditaciones largas estudiado y en mi juventud ha vivido la revolución del 48. Traedlas, y veréis cómo producen una inevitable reacción. En vez de adelantar, atrás iríamos. Creeríais este movimiento un movimiento progresivo, y os resultaría de irremediable regresión á las viejas monarquías, reaparecidas en cuanto nosotros erramos, y de agresión á la república, y á la

libertad, y á la democracia, que mueren siempre y en todas partes, no al embate de sus enemigos, al embate de sus defensores.

VIII

Parece imposible que nuestro siglo, tan liberal y tolerante de suyo, presencie un movimiento de intolerancia y retroceso como el antisemítico, muy acreditado por los pueblos orientales, y con especialidad por el imperio austriaco. Solo faltaba esta monomanía, tan triste como arqueológica, para perturbar dentro de sí mismas aquéllas razas y enconarlas unas contra otras. No hay medio de tener unidos los pueblos, que componen las diversas tribus del imperio, en paz; forcejean todos ellos para separarse y se odian á muerte. Por una simple cuestión como si en las calles de Praga deben colocarse rótulos con sus nombres respectivos en cheque ó en alemán, arde Troya. El pueblo cheque, llamado de Rusia, si la memoria mía no marra, por el emperador Carlos IV, á Bohemia, encontrándose allí con el pueblo alemán, más ó menos indígena, jamás pudo perder el sentimiento de su peculiar naturaleza, ni desoir la voz de sus recuerdos, por tanto, jamás pudo aligarse con aquellos conciudadanos suyos, germánicos, y así no convivieron en paz un minuto, y se declararon esta guerra, la cual dura desde hace muchos siglos hasta nuestra misma generación. Y algo idéntico sucede con Hungría. Los croatas, los ruthenos detestan la convivienda común bajo la unidad húngara con los magyares y quieren cada cual tirar por su lado, ya entrando en las nacionalidades afines de donde creen provenir, ya erigiéndose por sí mismas en verdaderas naciones con plena independencia. El calor de los odios abrasa tanto las conciencias y el arraigo de los errores ahonda tanto en los

ánimos, que se habla de increíbles expulsiones, como si atravesaramos los tiempos de Ciro y de Nabucodonosor; pues si en cada pueblo, el vecino de complexión esclavona quiere dejar al vecino de complexión húngara ó germánica, en todos los pueblos existe un partido formidable intentando y proponiendo con descaro la expulsión de los judíos sin piedad. ¡Cuán poco adelanta la especie nuestra cuando un tan retrógrado proyecto crece y se valida en la culta capital de Austria, en la hermosa é inteligente Viena! Existe allí un ciudadano conocido con el nombre de Lueger, célebre por su judeofobia, la cual encierra, no solo una triste regresión á los tiempos de la intolerancia religiosa, una bien aleve agresión al capital y á la propiedad, pues no solamente odia por desconocedores de Cristo á los hijos de Israel, mayormente los odia por ser ellos grandes potentados inmensamente ricos. Y partícipe Viena de tal neurosis también, eligió al que la representa con mayor autoridad y mete más estrendoso ruido alcalde primero en su administración municipal, cometiendo un desacato al emperador, que reprueba el movimiento antisemítico y levantando un Graco de la plebe más ó menos aristocrático, que predica la revolución social. Así, debiendo el emperador validar con su sanción, el nombramiento de Alcalde, la rehusó, y quedó por lo mismo invalidada la elección popular de Lueger. Pero Viena se ha empeñado en ella, sin pensar y considerar que daba un bofetón á su emperador en la mejilla, y no obstante la opinión imperial ímpone su opinión particular, eligiendo al rechazado por el voto imperial con su propio voto. De aquí el terrible ascenso de la marea separatista en Austria cada día mayor, no sólo de los cheques contra los alemanes, de los ruthenos contra los húngaros, de los croatas contra los serbios, de todos los austriacos á una contra los judíos. Bien puede asegurarse que solamente queda como lazo entre todos el emperador, á quien hoy nadie aborrece con aborrecimiento exaltado en Austria, como se aborrecen los súbditos suyos de diversas razas entre sí mismos unos á otros. Y el emperador ha tenido que bajar

su frente y su corona en presencia de Leuger y rogarle dimita, dimitiendo él á este ruego, dimisión equivalente á una derrota del imperio y á una victoria del terrible antisemita.

IX

La discordia se va extendiendo por todas partes; y así nuestra Europa vacila sobre sus bases de paz perdurable á los estremecimientos continuos que genera y dilata el temor de una guerra próxima, universal y horrible. Allá, en los encendidos territorios de la negra Etiopía, olvidados tanto tiempo del mundo, hay un emperador, monarca de monarcas, reconocido por todos con el nombre de Menelik, á quien creemos bárbaro, mientras él se ufana con descender de reyes que igualaron á Salomón en sabiduría y con profesar antiguo cristianismo, semejante al profesado entre los coptos egipcios, y mucho más próximo á las fuentes de su revelación, todas ellas orientales, que nuestro cristianismo, romano y occidental, muy lejos de los primitivos Evangelios. No pueden decirse las facecias inventadas por la prensa europea respecto de tal personaje. Preséntanlo como un terrible negrazo, capaz de volvernos á la cruel antropofagia, mandando numerosas huestes de soldados exterminadores; con una capital nómada y un tabernáculo portátil semejantes á los históricos de Abraham; portador de tiendas, únicas habitaciones usadas en los períodos patriarcales, imposibilitado de levantar verdaderas poblaciones, por no haber modo de fijarlas sobre un suelo estremecido y defenderlas contra salteadores innumerables. Pues bien, este hombre, condenado por la cultura europea, cuando él en su africana tierra protege tantos reyes, á ser protegido de otro, del rey de Italia, se ha revuelto como los leones de sus desiertos y como los tigres de sus madrigueras, contra esta preten-

sión, y ha tendido en el suelo con furias de chacal á los ejércitos mantenedores del protectorado infligido á su orgullo soberbio y salvaje. Mucho hemos lamentado el desastre de nuestros hermanos en raza, las gentes de Italia, y muy de veras hemos querido que pudieran tomarse un reparador desquite; mas ahora sucede y resulta que la victoria del Nego nos ha preservado de una calamidad en Europa, de una guerra continental. Mal heridos los poderosos monarcas que componen la triple alianza, los Hapsburgos, los Brandeburgos, los Saboyas, del desaire á su poder hecho por el Sultán turco, descuidando las reformas de Armenia, comisionaron para romper las hostilidades en el Bósforo á la escuadra italiana, que hubiese abierto el fuego contra las plazas de Turquía y encendido con sus proyectiles en voraz incendio á Europa entera. Pero al instante de arrancarse Italia contra el emperador bizantino, hiérela con herida horrorosa el emperador abisinio, y sus tropas tienen que divertirse del plan ideado sobre Constantinopla y que largarse al desierto líbico. Sea de todo esto lo que quiera, averígüese ó no que resulta un más ó menos fantaseado comentario puesto por el sentido común europeo á las ambiciones y empresas de Italia, es lo cierto que fundara y constituyera esta nacionalidad el espíritu moderno, para que sirviese de cooperador elemento al progreso pacífico, y no para que sembrara la guerra por imposibles conquistas. Mas, un solo error contiene y guarda larguísima serie terrible de sistemáticos errores, muy encadenados, los cuales nos retrotraen del tiempo de la paz con que soñábamos, al tiempo de la guerra que siempre maldijéramos.

X

Y otro factor de guerra es hoy en el mundo ese príncipe Fernando de Bulgaria, que se pasea por Europa, después de haberla puesto desde las cimas de su trono diminuto al borde oscuro de insondable abismo. Príncipe ornitólogo, pajarero, cazador, ha caído, como un pobre gorrión, en los buches del águila negra de las dos cabezas. No pueden enumerarse los títulos de soberanía y vasallaje usados por el príncipe búlgaro en razón de la soberanía ejercida por varios soberanos sobre su persona y de la soberanía ejercida por su persona sobre millares de hombres. Puesto como príncipe honorario sobre las dos Bulgarias para que fuese príncipe real y efectivo su tutor Stambuloff; desde que ha despedido, quizá mal de su grado, esta incómoda tutela próxima, se ha visto agarrado por otras tutelas, menos próximas y más gravosas. Entonces gozaba de títulos honorarios envidiables; parecía un príncipe reinante con aspiraciones fundadas á obtener una diadema de monarca; y ahora parece un pupilo de Rusia en toda su política; un feudatario del Sultán en la parte declarada principado por las convenciones europeas de Berlín; un simple gobernador civil en la otra parte, cuya unión revolucionaria con el fragmento arreglado por la diplomacia no han querido reconocer, ni Rusia contradicha en esta suma, ni Turquía despojada de su dominio eminente ó supremo. Pues, así como, al declinar la tutela de su Stambuloff, se ha encontrado con otros varios tutores más poderosos y molestos, al abjurar la religión de sus mayores, en la cabeza de su hijo, se ha encontrado con que ni ha salido el cuitado de su abandonada Iglesia Occidental, ni sabido en qué Iglesias orientales entraba, pues se lo disputan como el alma de Fausto los ángeles y los

demonios en el epílogo de tan maravilloso poema, el Patriarca ó Pontífice de Roma, el Patriarca ó Pontífice de Babilonia, el Patriarca ó Pontífice de Sofía. En la misma jornada, y al paso por Constantinopla, sin respeto á las excomuniones del Papa, bien merecidas por haber desbautizado á su hijo del agua lustral romana y haberlo sumergido, rebautizándolo, en el agua lustral bizantina, fué osado á oir Misa dentro del oratorio de la embajada francesa, y desde tal oratorio á visitar el templo búlgaro, en que recibió del patriarca los litúrgicos huevos de la Pascua griega en cambio de un eicono bizantino, piadosa reliquia, pendiente de una cadena, puesta por su mano al cuello del generoso Prelado; y desde tal ceremonia con toda solemnidad al palacio del patriarca griego, airado con la Iglesia bulgara, por cismática; y desde tal palacio en largo viaje á Petersburgo, donde reside un sínodo presidido por formidable general de caballería y amparado so la sombra inmensa del Czar de todas las Rusias, por manera que se nos ha aparecido el alma de semejante príncipe como un alma en pena, vagando por doquier, no bien fija sobre fundamento alguno, ni bien unida con ninguna Iglesia, en viaje perpetuo, rozando con sus alas el fuego de todos los infiernos por el cúmulo de todas las apostasías, para ser un repudiado del imperio austriaco, un pupilo del imperio moscovita, un vasallo del imperio turco, todo por la corona más frágil quizá que hay en el mundo. Muy terrible aspecto la cuestión oriental toma con tales príncipes y de súbito sorprende nuestro ánimo un caso tan grave como la muerte violenta del Shah en Teherán, asesinado, la cual muerte puede traernos una guerra civil en Persia y fuera de Persia un choque tremendo entre Inglaterra y Rusia. Dios nos tenga de su mano.

EMILIO CASTELAR.

Lora del Rio, San Isidro de las Canteras, 8 Mayo 1896.

CRONICA LITERARIA

El delincuente español.—El lenguaje, por D. RAFAEL SALILLAS.—Aplicaciones de los estudios filológicos.—Las jergas de los delincuentes.—**Monserrat. Roman feerique**, por MARIUS ANDRÉ.

Entre los estudios más asidua y fructuosamente cultivados en este siglo, ocupan puesto principal los filológicos. Comparando en general los métodos, el sentido de las investigaciones y sus resultados, la obra de los filólogos modernos aventaja mucho á la de los humanistas más brillantes de otras épocas. En el estudio de las lenguas por sí mismas, de las gramáticas y los léxicos, jamás se ha acumulado tal cantidad de conocimientos como ahora, extendiéndose las investigaciones desde las lenguas habladas al presente por las tribus salvajes, á quienes las exploraciones geográficas y el desarrollo del comercio ponen en frecuente comunicación con los civilizados, hasta los idiomas de los pueblos más viejos de la tierra, desaparecidos hace millares de años, y que hasta este siglo permanecieron ignorados. La lingüística moderna no se ha detenido ante obstáculo alguno, y así descifra la lengua de los sumero-acadios, en que parece están escritos los documentos epigráficos más antiguos del mundo, como estudia los idiomas de las tribus montañesas de la India ó de las poblaciones del interior del Africa.

En calidad han ganado mucho también los estudios de las lenguas, adquiriendo un plan y un método científico, y llegando á fijar leyes de formación y de transformación, que dan á algunas partes de la filología una firmeza comparable á la de las ciencias naturales, cuyo método de observación se ha aplicado, con fortuna, á los idiomas.

Pero con ser tan importantes los resultados obtenidos en el estudio de las lenguas desde el punto de vista gramatical y léxico, los superan con mucho las aplicaciones de los conocimientos filológicos á otras ciencias: el estudio de los idiomas, como manifestación de los estados de cultura de que son fiel reflejo, como documentos vivos del espíritu colectivo que los formó y tuvo en ellos su órgano inmediato.

En el estudio de las religiones y mitologías comparadas la interpretación filológica ha adquirido tal importancia, que ha llegado á formar una escuela, la principal acaso de este siglo por los datos que ha aportado al esclarecimiento de la cuestión y por la calidad de los hombres que han figurado en ella (Max Müller, por ejemplo). El estudio de una palabra ha podido servir de base para una teoría religiosa (1). Y aunque se ha producido al cabo la reacción inevitable contra el exclusivismo de la escuela filológica, y los mitógrafos modernos, Lang, v. gr., sostienen la necesidad de atender más á la interpretación psicológica y sociológica, el concurso prestado por la lingüística ha sido extraordinario, y puede asegurarse que todavía ha de prestarlo muy grande, aunque no se la considera como única clave para la interpretación de los mitos.

Para el estudio de las civilizaciones antehistóricas, han sido también de gran auxilio los conocimientos filológicos. Ninguna otra fuente, ni la comparación, siempre aventurada é hipotética, con los pueblos salvajes ó bárbaros actuales, ni

(1) Véase lo que dice sobre la onomatopeya *ber* D. Estanislao Sánchez Calvo en su libro *Los nombres de los Dioses*, obra notable, á la que no se dado en España la importancia que realmente tiene.

los residuos arcáicos que quedan en las antiguas literaturas, puede ofrecer datos relativamente tan seguros y luminosos sobre los estados sociales anteriores á la historia, como las lenguas. Basta considerar lo que es el idioma: la expresión más inmediata y más *colectiva* de la vida interior de un pueblo, para comprender que puedan ser tales las aplicaciones de este género de estudios. Y es de creer que crezcan más todavía, según se desarrollen y completen los conocimientos lingüísticos. El campo de las aplicaciones filológicas que se adivinan es casi tan amplio como el de las que ya se conocen. Sirva de ejemplo la crítica; si algún día llega á constituirse un crítica literaria que pueda pretender caracteres científicos, el estudio del lenguaje de los autores (pues el lenguaje se *particulariza* en los grupos sociales particulares y se *individualiza* en los individuos) ofrecerá una excelente base para el estudio de la psicología de cada escritor y para la apreciación consiguiente de sus obras, en relación con la individualidad psicológica de que proceden.

*
* *

La antropología criminal ha sacado también algún partido de los estudios filológicos y puede sacarlo aún mayor. Además de la mucha luz que dan los idiomas para apreciar la evolución de los conceptos comprendidos en las nociones generales de delincuencia y penalidad, las jergas ó dialectos especiales de los delincuentes ofrecen para el estudio antropológico de estos (entendiéndolo en sentido amplio, no meramente anatómico y fisiológico, sino también psicológico y sociológico), datos abundantes y de gran valor. A esta última clase de investigaciones corresponde el importante libro titulado: *El delincuente español.—El lenguaje.* (Estudio filológico, psi-

cológico y sociológico), que acaba de publicar D. Rafael Salillas.

El Sr. Salillas, siguiendo el sentido de la especialización moderna, ha llegado á adquirir una personalidad propia y original en este género de estudios. No es un mero discípulo de los antropólogos italianos. Si nuestra producción científica no fuera tan escasa; si diera materia para constituir escuelas la dirección que el Sr. Salillas ha dado á sus estudios criminalistas, sería una orientación excelente para una escuela antropológica española, que se distinguiría de la italiana por el predominio de la investigación psicológica y por la tendencia histórica y tradicional que supone al tomar como punto de partida los copiosos materiales que contiene nuestra literatura picaresca, fuente de excepcional imporiancia para el estudio de la delincuencia nacional.

Tanto en su reciente obra sobre el lenguaje de los delincuentes, como en *La vida penal en España* y en los trabajos sueltos que ha dado á la estampa en diversas publicaciones, así como en sus conferencias del Ateneo, ha aprovechado el Sr. Salillas esta fuente literaria, que supera con mucho á las análogas de otros países, completando los datos de ella obtenidos con las observaciones directas que ha podido hacer en su calidad de funcionario de la Administración penitenciaria.

En su libro sobre la jerga de los delincuentes rectifica el Sr. Salillas con acierto algunos puntos de la teoría de Lombroso. A la escuela antropológica le ha ocurrido lo que á casi todas las doctrinas innovadoras, que empiezan combatiendo un dogmatismo y acaban por crear otro. Diríase que las ideas y las teorías, como los seres vivos, tienen su período ascendente que las lleva á la plenitud, y su período descendente que termina en la disolución. El primero es el período brillante, hermoso, de la juventud, el período de los triunfos; en el segundo parece agotada la fuerza creadora; no hay ya aquel vivo proceso de formación de la primera fase, sino moldes que se petrifican, á la manera que se endurecen y *mineralizan* los hue-

sos de los viejos; reglas fijas, concreciones que son el término de una evolución vital, pero que en sí no tienen vida. De cosa alguna puede decirse mejor que de las ideas y las teorías que su verdadera existencia está en el *devenir*, cuando dejan de *devenir* para *ser* definitivamente, pasan á la historia; son algo que terminó, el punto de partida de otras doctrinas que ejercerán sobre ellas la misma acción disolvente que ellas ejercieron sobre las anteriores.

La escuela antropológica, que es todavía muy moderna aunque tenga precedentes antiguos, no ha llegado, sin duda, á este estado de petrificación; pero se notan en ella tendencias dogmáticas, demasiado apego á ciertas hipótesis cuya generalidad no está suficientemente comprobada. Así, por ejemplo, en la cuestión de las jergas, la tendencia á ver siempre en el delincuente un tipo atávico hace que algunos antropólogos, como observa acertadamente el Sr. Salillas, exageren y hasta inventen las semejanzas de aquéllas con los idiomas primitivos. Creo, como el autor de *La vida penal en España*, que las jergas, la germanía al menos, son rigurosamente de su tiempo y mucho menos arcáicas que otras variantes del lenguaje.

La teoría de Lombroso sobre la jerga criminal (tal como la desarrolla en *L' Uomo delinquente)* es muy desordenada en la exposición, incompleta en los pormenores y hasta superficial, como tiene que serlo un trabajo breve que se refiere á las jergas en general y para el que seguramente no dispuso el célebre escritor italiano de estudios especiales tan concienzudos como el que ha hecho el Sr. Salillas sobre la jerga de los delincuentes españoles. Con todo, hay allí una observación á la que no da Lombroso tanta importancia cuanta tiene, por la inclinación de esta escuela á considerar al delincuente en todo como un ser aparte, distinto de los demás hombres. Con razón dice el Sr. Salillas que los antropólogos han hecho un abuso de lo anómalo, semejante al de los milagros en las épocas de superstición. Aunque en cierto sentido el Uni-

verso es un milagro perpetuo, los milagros no suceden todos los días. Asimismo, puede decirse que, no obstante las anomalías de ciertos tipos de delincuentes, en el delincuente no es todo anómalo, ni acaso lo más.

La observación á que me refiero y que me parece conforme con la teoría del Sr. Salillas, aunque éste no la exponga explícita y detenidamente en su libro, quizá porque su objeto no es el lenguaje de los delincuentes en general, sino el lenguaje del delincuente español, es esta: la jerga de los criminales no es un fenómeno especial, ni tiene de extraordinario más que la intensidad con que aparece. Es uno de tantos casos de la diferenciación y especialización del lenguaje, que se particulariza en cada asociación ó grupo social particular, interior á la nación que habla un determinado idioma, y hasta se individualiza en cada individuo. Cada clase social, cada profesión y hasta cada familia (como dice Lombroso) tiene su jerga especial. La de los delincuentes no es en esencia más que una de tantas jergas profesionales. Lo que la caracteriza es que, la necesidad del disimulo, por tratarse de una *profesión*, digamoslo así, ó de un grupo social, que está en perpetuo estado de guerra con la sociedad en que vive, y por otro lado, la mayor simpatía y más estrecha hermandad de los delincuentes entre sí por la separación y hostilidad que existe entre ellos, y la mayoría honrada ó si se quiere, sumisa al *alterum non laedere* que se apoya en sanciones positivas, hace que la especialidad en esta jerga sea mayor y mayor también su consistencia, pues aquí no se trata sólo de una variación *natural* del lenguaje, sino de una variación *útil*. A esto contribuye también sin duda, la influencia conservadora y *didáctica*, de las cárceles y presidios, no en vano llamados universidades de la delincuencia.

La definición que da el Licenciado Chaves de la germanía: «palabras acomodadas á la vida y entendimiento de esta gente», y á la cual atribuye el Sr. Salillas la importancia que en realidad tiene, coincide con ese concepto de la jerga de los de-

lincuentes mirada como un caso de diferenciación del lenguaje, caso anormal en la medida en que lo es la manera de vivir de los que emplean esta habla.

El predominio del modo representativo, metafórico ó imaginativo en la formación de las palabras jergales, que señala acertadamente el Sr. Salillas como uno de los caracteres principales del lenguaje de los delincuentes, no es tampoco excepcional. En todas las jergas puede observarse y hasta en creaciones eruditas, como la formación de neologismos científicos con palabras tomadas de las lenguas clásicas, es muy frecuente este origen de palabras construidas con arreglo á ciertas representaciones mentales de los caracteres del objeto que se trata de nombrar. Exagerando un poco, podría decirse que el tecnicismo es una jerga erudita.

En cuanto á la razón de estas variaciones ó diferenciaciones del lenguaje, es clarísima: corresponden á diferenciaciones de la actividad mental, á la orientación *profesional* del espíritu en las gentes de cada oficio. Y esto explica también el que la jerga de los delincuentes sea más consistente y acentuada que las otras. En el delincuente, el carácter *profesional* se extiende á toda su vida y le absorbe por completo, por su condición de *outlaw*, de sujeto excluido de la sociedad normal. Ni el abogado, ni el militar, ni el eclesiástico *ejercen* á todas horas; su personalidad profesional no abraza toda su actividad n itoda su vida. Pero el delincuente está en perpetuo *ejercicio*, tratándose por supuesto de delincuentes habituales que son los verdaderos cultivadores de la jerga.

***

La obra del Sr. Salillas está dividida en cinco partes: *Teoría y caracteres de la jerga; La germanía (asociación delin-*

cuente); Psicología y sociología de la jerga; El caló jergal, y *Vocabularios jergales.*

En la primera de estas secciones examina y clasifica el autor las formas del lenguaje de los delincuentes. A su juicio, la jerga no se distingue principalmente por tener modos fonéticos especiales, sino modos representativos característicos. Lo psicológico y no lo filológico es lo que predomina en sus caracteres peculiares. La formación de la jerga depende de la formación de la sociedad delincuente, dentro de la sociedad general. Para hacer el deslinde de este lenguaje, hay que fijar, por tanto, previamente los límites de la colectividad que lo ha formado y lo usa. Los caracteres de la jerga corresponden exactamente á la naturaleza de la asociación cuyo es este su lenguaje. Inspírale el disimulo, propio de las artes ilícitas. La riqueza de sinónimos y la pobreza del léxico indican una sociedad pobre en actos (en cuanto á la variedad), pero *reiterante* en las acciones que ejecuta. La abundancia de calificaciones para los actos *profesionales,* acusa el carácter *profesional* de la asociación y el predominio de éste sobre cualesquiera otros que ofrezca.

La segunda parte estudia la relación entre la jerga y la sociedad picaresca. Germanía se llama el lenguaje y germanía la sociedad delincuente, antilegal ó extralegal *(outlaw,* según la enérgica expresión inglesa), que emplea aquella habla. Y así como la sociedad explica el lenguaje, el lenguaje á su vez explica la sociedad, siendo el más auténtico y claro de los documentos sociológicos. Más que del modo de ser de los pícaros nacen de su modo de vivir las palabras jergales, derivadas las más veces de impresiones objetivas y pocas relativamente de tendencias subjetivas.

La nomenclatura de los dos grupos rufianesco y ladronesco en que divide el Sr. Salillas la germanía (asociación) hacen el retrato y la historia de uno y otro.

Muy interesante es también la parte especialmente consagrada á la *psicología y sociología de la jerga,* que equivale á

psicología y sociología del delincuente. El léxico jergal, interpretado y comentado por el autor, va mostrando el concepto anatómico, el concepto fisiológico, el psicológico, el jurídico, el económico, etc., del sujeto que, hablando la jerga, concreta y define en las expresiones de ésta su pensamiento.

Estudia, por último, el Sr. Salillas la transformación de la germanía en el caló jergal, hablado ahora por los delincuentes habituales.

La germanía, tal como aparece en el vocabulario de Juan Hidalgo, no se habla ya. Fué el lenguaje de la sociedad delincuente de los siglos XVI y XVII. Alcanzó entonces su mayor grado de prosperidad, desarrollo y pureza (en la jerga de hoy predomina un elemento extraño). Tuvo su centro en Sevilla, emporio de la contratación de las Indias y teatro, por consiguiente, apropiado para el ejercicio de las actividades que expresaba aquel lenguaje. Siguió en su descenso los pasos de la decadencia nacional. La organización parasitaria á que respondía aquella jerga se empobreció al empobrecerse la materia expotable que había hecho tan fácil la vida picaresca, y el progreso de la policía completó esta acción disolvente, esta transformación de un medio propicio en un medio agotado casi y apercibido, por añadidura, á la defensa.

La denominación de caló jergal aplicada al lenguaje moderno de los delincuentes declara ya la ingerencia de un elemento extraño, que influyó muy poco en la germanía: el elemento gitano. El caló es un dialecto de la lengua zíngara. De endósmosis y exósmosis linguística califica el Sr. Salillas, usando de una metáfora exacta y expresiva, la acción mutua entre el caló y la lengua nacional, al través de la germanía, fenómeno que fácilmente se explica por la mayor afinidad del elemento gitano con la sociedad delincuente que con la normal.

A la parte teórica del libro del Sr. Salillas siguen los dos vocabularios jergales, que son su complemento. El primero, de germanía, es el publicado por Juan Hidalgo en 1609, am-

pliado con las voces que después ha ido añadiendo la Academia en sus Diccionarios. El segundo, de caló jergal, se publica por primera vez, y está basado en investigaciones directas que acreditan el uso de las palabras que contiene. El Sr. Salillas indica discretamente que hubiera podido hacer más amplio este léxico, si en vez de limitarse á incluir en él los vocablos cuyo empleo entre los delincuentes consta por datos positivos, lo hubiera ampliado llevando á él todas las palabras de índole jergal que flotan en el lenguaje común ó poniendo á contribución el Diccionario de caló de Sales Mayo.

Esta nota de seriedad, de *probidad* científica, es común á toda la obra. El libro del Sr. Salillas es una sólida construcción intelectual basada sobre extensas y afortunadas investigaciones en las fuentes literarias y en los *textos vivos*. En la aplicación de los términos jergales hay mucha y acertada crítica, en la teoría general del lenguaje de los delincuentes, un gran sentido sociológico. Y para que nada falte en este trabajo, la forma de exposición es sencilla y clara, la dicción castiza, limpia, verdaderamente literaria. El Sr. Salillas no es de esos sabios que, en su desdén hacia el público profano, no se cuidan de escribir bien, dándole así un motivo más para no leerlos.

El programa de nuevas publicaciones que anuncia el señor Salillas en este libro *(La poesía delincuente.—La Hampa.—La delincuencia asociada.—Los regicidas españoles)* es muy interesante y en manos de escritor tan distinguido y tan sabio criminalista, continuará dignamente la serie de estudios acerca del delincuente español, inaugurada con tanta brillantez por la obra referente al lenguaje.

*
* *

Gran salto hay que dar para pasar del habla de Monipodio y su cuadrilla á un cuento de hadas, á un *roman féerique* como el que *escribió Marius André en la Abadía de Montserrat el año de la encarnación de N. S. Jesucristo M.D.C.C.C.X.C.V. durante el mes de Octubre.*

Para averiguar estos últimos pormenores no he tenido que hacer investigaciones tan detenidas y pacientes como las del Sr. Salillas sobre la jerga, ni siquiera investigación alguna. Me ha bastado con traducir las últimas palabras del libro á que me refiero.

Su título *Montserrat* me atrajo. ¡La pícara curiosidad de saber lo que dicen de nosotros y de nuestras cosas los extranjeros! Luego la calificación de *roman féerique* prometía algo extraordinario. Lo es en efecto el libro; más que extraordinario, extraño, extravagante. En sus páginas se adivina la mezcla de muchas influencias filosóficas, literarias y artísticas... Swedenborg, Wagner, el Sar Peladán, Huysmans... acaso Abelardo al través de fuentes modernas. De todo lo cual resulta una obra de tipo *decadente*, esotérico, con trozos apocalípticos, muchas incoherencias y rarezas y algunas páginas de verdadero mérito.

Si tratándose de un libro de esta clase no pareciera injustificada chacota, se podría preguntar aquéllo de:

¿estamos en el Olimpo
ó en la calle de Toledo?

pues el lector tan pronto se encuentra en el Venusberg como en la Barcelona de hoy (ó de hace unos cuantos meses) y en medio de las manifestaciones escolares que produjo la suspensión del catedrático Sr. de Buen.

El nudo de la acción consiste en una *flirtation* espiritual, entre Luciano, personaje contemporáneo, que en nada se parece á su homónimo el samosatense del siglo II y Riquilda, la heroina de la leyenda del ermitaño Garín, la cual (Riquilda

no la leyenda) aparece convertida en hada de Monserrat, en un ser misterioso, personificación de ciertas virtudes sobrenaturales á que debe su otro nombre de *Tipheret*.

Físicamente (porque Riquilda toma forma ó apariencia corpórea) este singular personaje revela bien á las claras que es creación de uno de estos *estéticos* de las escuelas modernas que buscan la vaguedad en todo, hasta en el sexo, y sueñan con figuras andróginas. Psíquicamente, Riquilda-Tipheret parece tener una doble personalidad. Como Riquilda, recuerda á veces (siendo muy distinta de ella) la Espirita de Gautier; como Tipheret, parece un *eon* gnóstico.

La continua mezcla de cosas actuales, contemporáneas nuestras, con cosas fantásticas que se suponen muy remotas, produce extraño efecto en este libro. Y no precisamente por lo que esto pugna con la verosimilitud vulgar. Eça de Queiros, el gran novelista portugués, hace asistir á la pasión de Jesucristo en *A Reliquia* (la mejor acaso de sus obras) á personajes modernos. Pero este atrevido episodio retrospectivo de una novela en que se desarrolla una acción moderna y naturalista, está ingerido con tal arte, que no desdice de lo demás de la obra ni se despega de ella. En *Montserrat* falta esto. Los anacronismos no están atenuados en manera alguna; aparecen como cosas naturalísimas que no han menester atenuación ni aderezo. Baste un ejemplo: cuando los soldados de Napoleón á quienes trata su compatriota M. André, de nuevos bárbaros, apartándose en esto, con buen criterio, de ese patriotismo convencional, dispuesto á justificar y aplaudir todos los extravíos nacionales) profanan el Monasterio, Riquilda invoca el auxilio de San Miguel Arcángel y de Parsifal, que ahuyentan á la soldadesca francesa.

Una de las escenas más extrañas de este libro es aquella en que el protagonista, aquel Luciano de quien ya hemos hablado, resiste en la montaña la triple tentación á que le someten Herodías, personificación de la lujuria *física*, sin disfraces ni estímulos espirituales; Kundry (la Magdalena de *Parsi-*

fal, antes de convertida, claro), representación de una lujuria más refinada, *psíquica*, sin dejar de ser carnal, y, por último, Alcibíades, á título sin duda de Oscar Wilde de la antigüedad, y que en su doble personalidad de retórico... y de lo otro, procura persuadir á Luciano con discursos sobre el amor socrático. Dejando á un lado lo caprichoso de la elección de estos tres personajes y lo incoherente de su asociación, no carece de valor artístico este singular episodio. Las páginas que ocupa son de las mejor escritas del libro.

Probablemente en la génesis de esta obra habrá entrado (con otros factores, como la identificación de Montserrat con el Monsalvat del Santo Graal, la leyenda de Juan Garín, etc.) la antítesis que puede establecerse entre los antecedentes paganos de Montserrat, donde hubo un templo á Venus, y el culto cristiano que hoy se tributa á la Virgen en aquel santuario. A juzgar por su obra, M. André pertenece á la escuela (no quiero decir herejía) de los católicos nuevos (menos peligrosos sin duda que los católicos viejos de Dœllinger) que profesan una especie de cristianismo estético y esotérico; estético, en cuanto lo que domina en su fe, si así puede llamarse, es un sentimiento artístico; esotérico, porque más ó menos explícitamente pretenden la posesión de una doctrina oculta ó de una inteligencia secreta de la doctrina, lo cual les da aires de iniciados y aún de hierofantes. En el fondo, puro *dilettantismo*. Esta manifestación del renacimiento idealista, manifestación que tiene, á pesar de su vaguedad, caracteres bastante definidos, parece un retoño tardío del gnosticismo, disfrazado con formas modernas. Estos heterodoxos, poco difíciles por lo general para con el dogma, con tal de que no se les dispute su sabiduría secreta, suelen ser intransigentes y agresivos en cuanto les tocan al arte ó á los refinamientos morales de que alardean. Así el Luciano de M. André, muy reverente y piadoso en Montserrat, habla de Lourdes con más dureza que Zola, por el mercantilismo de mal gusto que ve en torno de la gruta milagrosa. Hasta á los pobres enfermos que van allá les al-

canza su filípica, porque en vez de pedir á Dios gracias espirituales se contentan con obtener la salud, cosa material y de poco momento para un místico.

Como obra literaria, el libro de M. Marius André tiene muchos defectos. Está hecho con verdadero candor de principiante, con desconocimiento ó desdén absoluto de la habilidad técnica, de los recursos de que se valen los escritores expertos para sacar partido de un asunto. Adolece, además, del aire pretencioso, de la *pose,*—que dicen los franceses—muy común en las obras de los simbolistas, y en general en las que tienen alguna pretensión esotérica. Esta disposición de ánimo, esta *postura* intelectual, es disculpable hasta cierto punto en tales escritores, puesto que se creen depositarios de fórmulas artísticas ó de ideas casi inaccesibles al vulgo, y de las cuales se dignan revelarle benevólamente alguna parte. Pero como el público no juzga más que por aquello que se le da y no por lo que el autor guarda secreto, si el mérito de la obra no corresponde á las ínfulas del escritor, la *pose* se *especifica* en sentido distinto del antonomásico, convirtiéndose en postura ridícula.

Sin embargo de todo esto, sería injusto considerar el libro de M. André como una de tantas extravagancias como se imprimen. Tiene esta obra algunas cualidades literarias notables. Hay en ella ideas, fuerza imaginativa, estilo, las tres cosas más necesarias á un literato. No será el Sr. André un gran novelista, pero es un buen escritor. Comparativamente, las cualidades que posee son superiores á las que, á mi juicio, le faltan. Si, como parece, *Montserrat* es su primera obra, empieza por donde no acabarán muchos, condenados á cultivar perpetuamente una atildada mediocridad.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL

DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL SOCIALISMO

I

LA FIESTA DE LA VICTORIA

La bandera roja, símbolo de la democracia internacional, tremola en el castillo real y en todos los edificios públicos de Berlín. ¡Si nuestro inmortal Bebel hubiera podido verla, él, que tantas veces había predicho: «la catástrofe es inminente», cuál sería su alegría! Me acuerdo como si fuese ayer, cuando Bebel exclamaba en tono profético en 13 de Setiembre de 1851 en la Asamblea de Rixdorf: «el cataclismo vendrá más pronto de lo que se piensa». Federico Engels había anunciado que en el año de 1898 sería proclamada en Alemania la democracia social.

Ha tardado un poco más, pero al fin nuestros grandes esfuerzos y nuestras luchas por la justa causa del pueblo trabajador han sido coronados por el éxito más lisonjero. La absurda organización social del capitalismo y el sistema de la explotación del trabajador han desaparecido. Trataré, pues, de describir de la mejor manera que me sea posible, para conocimiento de mis hijos y de los hijos de mis hijos, el nacimiento del nuevo régimen de la fraternidad y del amor de la humanidad.

También yo he tenido parte en este renacimiento de la humanidad. Lo que he podido, durante una generación, ahorrar en tiempo y en dinero, en mi modesto oficio de encuadernador, después de cubiertas las necesidades de la familia, lo he dedicado á conseguir la realización de nuestros comunes votos. Debo á la literatura socialista-democrática y á nuestras asociaciones la firmeza de mis convicciones, el desarrollo de mi inteligencia. Mi mujer y mis hijos son de mi misma opinión. El libro de nuestro Bebel sobre la mujer es para mi Paula como el Evangelio.

El día del triunfo de la revolución socialista-democrática fué precisamente el de nuestras bodas de plata. El día de la victoria coincidió con un nuevo motivo de felicidad para la familia. Mi Francisco acababa de celebrar esponsales con Inés Müller; se conocían de tiempo atrás y se amaban de corazón. Son todavía muy jóvenes; pero se distinguen por su habilidad en el oficio á que se dedican. El es tipógrafo, ella modista. Se casarán tan pronto como se ponga en vigor la nueva organización del régimen doméstico.

Hemos salido todos juntos para comer fuera de casa. En el paseo de los Tilos había una muchedumbre inmensa. Ninguna discordia turbaba la fiesta del gran día de la victoria del proletariado. La policía no existe ya; el pueblo se encarga del mantenimiento del orden.

Considerable número de personas se agolpaban en el jardín de la plaza del Castillo. Dentro del edificio se encontraba el gobierno constituido por los compañeros directores del partido socialista-democrático. Nuestros consejeros municipales formaban el colegio de magistrados de la ciudad. Tan pronto como uno de los nuevos gobernantes se presentaba en la ventana ó en el balcón, el pueblo demostraba sus alegrías agitando los sombreros, tremolando banderas ó cantando la *Marsellesa* de los obreros.

Por la noche hubo espléndida iluminación. Las estatuas de los antiguos reyes y de los generales ofrecían extraño con-

traste con las banderas rojas que las adornaban y alumbradas por las también rojas bengalas. No debían ocupar mucho tiempo sus puestos; porque pronto se colocarían en su lugar las estatuas de nuestros héroes inmortales, los héroes de la democracia social. Estaba ya dispuesto que en la Universidad los bustos de los dos hermanos Humboldt cederían el sitio á Marx y Lassalle. El monumento de Federico el Grande sería sustituido por el levantado en honor del inmortal Liebknecht.

En el círculo íntimo de nuestra familia festejamos hasta hora avanzada de la noche el día para nosotros doblemente dichoso. Hasta el padre de mi mujer, que no quiere oir hablar de democracia social, participa de la común alegría. Esperábamos poder dejar muy pronto nuestra modesta habitación del tercer piso. Había sido testigo aquel humilde cuarto de nuestros goces tranquilos; pero también de grandes angustias y de duro trabajo, en el trascurso de los años.

II

LAS NUEVAS LEYES

Se cuentan cosas muy amenas y divertidas de los burgueses que á millares corren á la frontera. ¿Pero á dónde pretenden ir esos desdichados? En toda Europa, excepto Suiza é Inglaterra, domina la democracia social. Los buques de la carrera de América van cargados de emigrantes. En los Estados Unidos ha sido vencida la revolución y por largo tiempo se ha perdido la esperanza del triunfo de la democracia social. ¡Ojalá puedan los explotadores ser pronto expulsados de aquel país! Por fortuna, no han llevado consigo la mayor parte de sus rapiñas, porque el movimiento revolucionario ha sido muy rápido y casi imprevisto. Las obligaciones hipotecarias, los valores públicos, las acciones, los billetes de banco, todo ha sido declarado

nulo. Los señores burgueses pueden tapizar con ellos las paredes de las habitaciones que abandonan. Todos los inmuebles, las casas, las fincas rústicas, los medios de transporte, las máquinas, los instrumentos de trabajo, las materias primeras, han sido confiscadas por el Estado socialista.

El *Vorwärts* (Adelante), órgano principal de nuestro partido, ha sustituido al *Monitor del Imperio* como periódico oficial, y se reparte gratuitamente á todos los ciudadanos. Como las imprentas han pasado á la propiedad del Estado, los demás diarios han cesado en su publicación. Fuera de Berlín se completa el *Vorwärts* con un suplemento para cada localidad. Mientras se reune un nuevo Parlamento, los diputados del Reichstag que representaban al partido socialista-democrático, se han constituido en junta legislativa para preparar las leyes que han de regir el nuevo orden de cosas.

Se ha proclamado como Estatuto provisional el programa del partido acordado en el Congreso socialista de Erfurt celebrado en 1891. En su consecuencia es ley el principio de que todos los medios de trabajo, la tierra, las minas, las canteras, las máquinas, los utensilios, las oficinas, los medios de comunicación son de propiedad del Estado, y, como ahora se dice, de la Sociedad. Otra ley ha establecido la obligación general de trabajar, con iguales derechos, para todos los varones desde los veintiuno á los sesenta y cinco años. Los más jóvenes son educados y los más ancianos mantenidos por el Estado. Se ha abolido la producción privada; pero mientras no se organiza la industria socialista, todos habrán de continuar trabajando en el oficio y en el puesto que ocupa actualmente, por cuenta del Estado. Cada ciudadano deberá hacer inventario de lo que le ha quedado después de la confiscación hecha por el Estado á título provisional, como muebles, vestidos, monedas, bonos de las cajas públicas. Las monedas de oro serán recogidas inmediatamente y se emitirán en su lugar certificados monetarios.

El nuevo gobierno, gracias á la habilidad del Gran Canci-

ller, procede con rapidez y energía. Se han adoptado las más escrupulosas precauciones para evitar el renacimiento de la tiranía del capital. El ejército ha sido licenciado, los impuestos abolidos, puesto que lo necesario para cubrir los gastos generales en la nación, se toma de los rendimientos de la producción socializados. Los médicos y los oficiales públicos son mantenidos por el Estado. Los tres días de la revolución y de la victoria han sido declarados fiestas nacionales. Entramos en una nueva y espléndida era.

III

DESCONTENTOS

Inés nuestra nuera está inconsolable, también Francisco se encuentra muy abatido. Inés teme perder su dote. Con su trabajo de modista había logrado reunir algunos ahorros. Sobre todo después que comenzaron sus relaciones con Francisco, redobló en silencio y poseída de risueñas esperanzas, su labor desde la mañana á la noche. Apenas ocupaba tiempo en comer. Lo que sus amigas gastaban en adornos y diversiones, lo economizaba para ir formando un capitalito, y de esta manera al contraer esponsales tenía ya en la caja de ahorros más de dos mil marcos. Mi Francisco contaba todo esto lleno de satisfacción el día en que se tomaron los dichos. Los jóvenes pensaban ya con fruición en el empleo que habían de dar á tanto dinero.

¡Acaso habrían sido vanas tantas fatigas, tantos trabajos, tantas penas! Cuando Inés, atemorizada por las voces que corrían, se fué á la Caja de ahorros para retirar sus fondos, encontró en la calle grupos de gentes muy sobreexcitadas, viejos, señoras, criadas, se lamentaban de la pérdida de sus escasos dineros reunidos á costa de múltiples sacrificios. Los

empleados manifestaban á todos que por efecto de la nueva legislación, las libretas de la caja, como los demás valores rentísticos, habían sido anulados.

Inés al oir esto casi perdió el conocimiento. Entró en la oficina, y los empleados confirmaron los tristísimos rumores. Volvió á casa más muerta que viva, y al saber que una comisión de acreedores se dirigía al castillo del Gran Canciller, suplicó á Francisco que se fuera con ellos. Una gran masa de gente llenaba la plaza del castillo. Por el puente de Lassalle (así se llama ahora el antiguo puente del emperador Guillermo) pasaban continuamente muchos ciudadanos en tumultuosa manifestación, dirigiéndose al Jardín. Se cerraron las puertas del castillo. Los grupos más avanzados hicieron vanas tentativas para penetrar violentamente.

¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido si el Gran Canciller, en vista de la gravedad de los acontecimientos, no hubiera salido al balcón principal para recomendar la calma. A grandes voces anuncia que la cuestión de la Caja de ahorros sería inmediatamente sometida á la decisión de la junta legislativa, y confiaba en que todos los buenos patriotas, los buenos socialistas, habrían de confiar en la justicia y la prudencia de los representantes del pueblo. Calurosos vivas acogieron las manifestaciones del Gran Canciller.

En este momento acudían al galope los bomberos que sustituían á la policía. Una risotada general acogió la llegada de aquéllos, y la multitud se disolvió llena de esperanzas. El Parlamento hará justicia seguramente.

IV

LA ELECCIÓN DE OFICIO.

En las columnas de anuncios han aparecido grandes carteles de color rojo, semejantes á aquellos que en otros tiempos servían para convocar á los mozos al servicio en el ejército. Pronto se formaron numerosos grupos, atraídos por la novedad del caso. Como consecuencia de las profundas reformas introducidas en la legislación, el magistrado municipal, por delegación del gobierno, invitaba á todos los ciudadanos de veintiuno á sesenta y cinco años á elegir dentro del plazo de tres días, el oficio que le conviniera. Las declaraciones se harán ante los oficiales de policía ó en las oficinas del Registro civil. Se previene expresamente que las mujeres, tan pronto como entren en el servicio del Estado, quedarán exentas del cuidado de sus hijos pequeños, y de los enfermos y de la preparación de las comidas de la familia. Los niños ingresarán en los asilos de la infancia y en los institutos de educación establecidos por el Estado. La comida principal se hará en las cocinas públicas del distrito. Los enfermos serán curados en los hospitales nacionales. La ropa blanca se lavará en establecimientos oficiales. La duración del trabajo para todos, hombres y mujeres, se fija, hasta nueva orden, en ocho horas cada día.

Para justificar la aptitud para la profesión elegida, se presentarán atestados y en las declaraciones se indicará el oficio ejercido antes. No se aceptarán las propuestas para los cargos eclesiásticos, porque, conforme á la decisión del Congreso socialista de Erfurt del año de 1891, se suprime todo gasto público de carácter religioso. Sin embargo, las personas que abriguen el propósito de ejercer profesiones eclesiásticas, podrán

dedicarse á ellas en las horas de descanso que les permitan sus ocupaciones en servicio del Estado.

Desde el momento en que aparecieron los famosos carteles, el espectáculo que ofrecían las calles era muy semejante al de los días de revista militar. Los que pertenecían al mismo oficio se reunían en torno de sus banderas respectivas, y adornados con los distintivos de la profesión que pensaban ejercer, recorrían la ciudad cantando y prorrumpiendo en vítores entusiastas. Las mujeres y las muchachas andaban también de un lado para otro, y rebosando alegría pintaban con vivos colores las ventajas del oficio elegido y el contento de que estaban poseídas por creerse libres del trabajo doméstico.

Yo y mi hijo Francisco y mi nuera Inés, permanecimos fieles á nuestra antigua profesión. Mi mujer se alistó como aya para poder de este modo continuar prodigando sus cuidados á nuestra pequeña Anita, que por su edad debía ingresar en el Asilo de la infancia.

A consecuencia del tumulto de la plaza del Castillo, el ministerio decretó la reorganización de la policía, creando un cuerpo compuesto de 4.000 agentes, que ocuparon el Arsenal y el antiguo cuartel. Para no despertar ingratos recuerdos los nuevos guardias de orden público trocaron el uniforme azul por el negro, y en vez del casco cubrían su cabeza con gorra con pluma roja.

V

UNA SESIÓN DEL PARLAMENTO.

Nos costó gran trabajo á Francisco y á mí encontrar un sitio en la tribuna del Parlamento (Reichstag), en la plaza de Bebel, antiguamente plaza Real. Debía tratarse del empleo del dinero de la Caja de ahorros. En Berlín, en opinión de mi hijo,

de los dos millones de habitantes, hay quinientos mil acreedores de dicha caja. No es de extrañar, pues, que todas las cercanías del Reichstag, la plaza de Bebel y la Sommer Strasse, estén ocupadas por una gran multitud de gentes, en su mayor parte, pobremente vestidos, esperando con ansia el resultado de los debates del Parlamento. Cuando llegábamos, la policía comenzaba á despejar las calles.

Como no se habían verificado todavía las elecciones generales y los poderes de los diputados burgueses estaban anulados, tan solo se encontraban en el salón nuestros antiguos compañeros los honrados defensores del socialismo.

El jefe de la oficina de Estadística por encargo del Gran Canciller inicia los debates. Lee una serie de datos, de los cuales consta que en las Cajas públicas de ahorro de Alemania estaban depositados más de cinco mil millones de marcos, pertenecientes á ocho millones de acreedores *(sensación)*, y el total de los intereses anuales se elevaba á ciento cincuenta millones de marcos. «De los depósitos se emplearon dos mil ochocientos millones en préstamos hipotecarios, mil setecientos millones en títulos al portador, cuatrocientos millones en adelantos á instituciones públicas y corporaciones y cien millones en préstamos sobre prendas. Los títulos al portador han sido anulados *(muy bien en la izquierda):* las deudas hipotecarias se han extinguido al pasar todas las propiedades inmuebles al Estado: los empréstitos sobre prendas no existen, por haber sido restituidos los objetos dados en garantía *(aplausos en la izquierda)*. No hay, pues, manera de verificar la restitución de las sumas depositadas en las Cajas de ahorros. Unicamente podrá indemnizarse á los acreedores por medio de bonos que sirvan para comprar géneros en los almacenes públicos».

Después de la lectura de esta Memoria, toma la palabra un *orador de la derecha* y dice: «Millares de honrados operarios y de buenos socialistas demócratas *(agitación en la izquierda)* se sentirán amargamente desilusionados al ver que ahora

que el operario debe gozar del producto total de su trabajo se le priva de los frutos de la penosa labor, que no otra cosa representan los fondos depositados en la caja de ahorros. ¿Qué es lo que ha hecho posible la acumulación de esas economías? Una gran actividad, una extraordinaria abnegación, la abstención de ciertos lujos como el tabaco, las bebidas espirituosas que otros obreros se permiten». *(Rumores en la izquierda.)*

«Mas de uno se ha quitado el pan de la boca con tal de hacer economías y llevarlas á la caja de ahorros. Al igualar en este momento al que ha hecho tantos sacrificios con el que no ha dudado en derrochar lo que ganaba, no es extraño que haya quien se sienta herido por la injusticia». *(Aprobación en la derecha y emoción en las tribunas.)*

El presidente amenaza con desalojar los lugares destinados al público. *(Gritos, tumulto, exclamaciones: Nosotros somos ese pueblo.)*

Presidente: «El pueblo tiene derecho á rechazar la ley por medio de votación ordenada; pero no puede concedérsele el de intervenir en las discusiones del Parlamento». *(Aprobación general.)* «Los perturbadores serán expulsados».

Un orador de la izquierda: «Un verdadero demócrata socialista no ahorra sobre lo necesario. *(Signos de disgusto en la derecha.)* «El que practica las doctrinas de los apóstoles del ahorro de la burguesía no tiene derecho á que se le guarde ninguna consideración en el actual estado social. Muchas de las cantidades depositadas en la caja de ahorros, proceden de rapiñas perpetradas por los explotadores del trabajador. *(Murmullos en la derecha.)* No se diga que la democracia social persigue á los grandes ladrones y protege á millones de pequeños bandidos. Los capitales de las cajas de ahorros en sus diversas aplicaciones arguyen complicidad en el gravísimo delito de la explotación del obrero. *(Aprobación entusiasta en la izquierda.)* Sólo un burgués puede oponerse á la confiscación del dinero de dichos institutos.»

El *Presidente* llama al orden al orador por la grave ofensa

contenida en el epíteto *burgués* lanzado contra un miembro del Reichstag socialista democrático.

Se levanta el *Gran Canciller* en medio de extraordinaria expectación:— «Debo hasta cierto punto dar la razón á ambos honorables preopinantes. Hay algo de justo en lo que se ha dicho respecto al origen moral de los fondos de las cajas de ahorros y respecto al efecto inmoral de los mismos bajo el dominio capitalístico. Pero no permitamos que se distraiga nuestro pensamiento de los grandes problemas de la época actual, entreteniéndole en asuntos retrospectivos. *(Muy bien.)* Nosotros debemos resolver el problema sin sentimentalismos, como cumple á demócratas socialistas convencidos.»

«Reembolsar cinco mil millones á una fracción de ocho millones en personas, significaría querer edificar la nueva igualdad social sobre una desigualdad. *(Aplausos.)* Esta desigualdad se haría sentir muy pronto en todas las relaciones del consumo, y perjudicaría grandemente la futura organización de la producción y del consumo.»

«Con el mismo derecho que el que hoy invocan los acreedores de las cajas de ahorros, podrían mañana reclamar la restitución de sus capitales todos los que los tienen colocados en comercios, en instrumentos de trabajo, en propiedades inmuebles. *(Muy bien.)* Todo cuanto esperaban obtener de su actividad y de su economía los partidarios de lo usos antiguos, lo tendrán duplicado, cuadruplicado, participando con fe en las grandiosas instituciones que estamos creando en beneficio de los obreros. Pero si los que lo pretenden lograran ahora reivindicar esos millones, se mermaría considerablemente el capital destinado al bien de la comunidad, y mis colegas en el ministerio y yo no podríamos responder de la ejecución de los planes de la democracia naciente». *(Estrepitosos aplausos.)*

***

Muchos oradores habían pedido la palabra, pero el *Presidente* manifiesta que computando el tiempo empleado por los diputados en las secciones, y el que necesitaban para enterarse de los documentos impresos sometidos á su estudio, había pasado la *jornada máxima de trabajo de ocho horas* y tenía que suspender la sesión. *(Gritos: á votar, á votar.)* Se presenta entonces una proposición reclamando la clausura de la sesión, y es aprobada, después de acordar que no se otorgue el reembolso de los depósitos consignados en la caja de ahorros, por gran mayoría.

Más de una vez los gritos de indignación de las tribunas llegaron á la calle y produjeron en los que esperaban sus naturales efectos. Los guardias de orden público despejaron los contornos del palacio del Reichstag, y redujeron á prisión á un gran número de personas que protestaban, entre ellas á muchas mujeres. Bastantes diputados de los que votaron contra el reembolso fueron groseramente insultados por la turba. Cuéntase que la milicia quiso probar en la multitud el efecto de los fusiles modernos del último modelo inglés. En mi misma casa pasaron escenas lamentables: mi nuera estaba desolada; en vano trataba de consolarla mi mujer, anunciándola los regalos que recibirían del gobierno *todos* los desposados recientemente. «Yo no quiero regalos de nadie—repetía aquélla;—yo no quiero más que el producto de mi trabajo; un gobierno semejante es peor que una banda de ladrones.»

Yo temía que los acontecimientos de hoy fueran muy poco á propósito para fortificar las creencias socialistas democráticas de mi nuera. También mi suegro posee una libreta de la caja de ahorros y no nos atrevemos á decirle al pobre viejo que su dinero no tiene valor alguno. No es avaro; pero hace algunos días decía que quería acumular los interes de los intereses, para que á su muerte conservásemos de él grato recuerdo. Se necesita, en verdad, la firmeza de convicciones socialistas que yo tengo para poder sufrir tales pérdidas sin entristecerse y sin protestar.

VI

LA DISTRIBUCIÓN DE LOS OPERARIOS

El matrimonio de Francisco é Inés se ha aplazado para mejor ocasión. Hoy la policía ha comunicado las órdenes para que cada cual se ocupe en la labor que ha elegido conforme al plan de organización elaborado por el gobierno para la producción y el consumo del país.

Francisco conserva su oficio de cajista; pero no en Berlín. Ha tenido que marchar á Leipzig, porque en Berlín no se necesita más que la vigésima parte de los tipógrafos que había antes. La composición del *Vorwärts* ha sido confiada á socialistas democráticos muy probados y Francisco se ha hecho sospechoso por sus demostraciones en la plaza del Castillo con ocasión de las manifestaciones hechas con motivo del funesto asunto de la Caja de ahorros. Cree Francisco que la política ha influido mucho en el negocio de la distribución de los operarios. El partido de «los jóvenes» de Berlín ha sido casi disuelto. Un compañero fué enviado como tapicero á Inowraz, porque allí faltaban tapiceros y aquí sobraban. De este modo—decía mi Francisco—se hace revivir la antigua ley contra los socialistas en una nueva forma.

Yo procuraba consolar á mi hijo, manifestándole que también en la casa vecina habían sido separados marido y mujer. La mujer debía ir de enfermera á Oppeln y el marido de tenedor de libros á Magdeburgo. «Pero separar á los casados, decía Paula, es una infamia.» Mi viejecita ignora que en nuestra sociedad el matrimonio es negocio de índole privada, como ha demostrado Bebel en su libro *La Mujer*. El matrimonio puede ser contraído y puede ser disuelto en cualquier momento sin intervención de ningún oficial público. El gobierno

no tiene necesidad de saber ahora quién está soltero ó casado. En los registros del estado civil, el ciudadano se halla inscripto solo con su nombre de nacimiento y con el apellido de su madre. En una organización regular de la producción y del comercio, la vida en común de los cónyuges debe subordinarse á las exigencias del trabajo, y no á la inversa.

Pero mi mujer me hace observar que también durante el pasado régimen se lograba la revocación de los traslados molestos por consideraciones personales. Esto es verdad y fiándome en lo que entonces sucedía, me fuí al ayuntamiento, recordando que un antiguo amigo mío y compañero de destierro cuando las expulsiones de los socialistas, desempeñaba un cargo importante en la diputación del trabajo. Me encontré su oficina atestada de gentes que acudían con la misma pretensión. En el pasillo estaba otro compañero también empleado en el mismo negociado y le conté el motivo de mi visita, que tanto y tanto me preocupaba. Me aconsejó que dejara pasar algún tiempo, porque todavía estaba muy reciente la participación que Francisco había tomado en el tumulto de la caja de ahorros y ésto podía perjudicarme en mis pretensiones.

También me lamentaba mucho de que yo, antiguo maestro encuadernador, hubiera sido admitido en el propio oficio; pero solo como oficial. A esto me contestó que no podía pasarse por otro camino; porque convertidas todas las industrias en grandes establecimientos oficiales no se necesitaban tantos maestros como en el sistema abolido. Me advirtió, sin embargo, que por causa de un error de cálculo se haría una convocatoria extraordinaria de quinientos inspectores, y me aconsejó que solicitara uno de estos puestos. Seguiré el consejo.

Mi mujer ha sido colocada como enfermera; mas no en el asilo en donde debe educarse nuestra niña. Por regla general, para evitar las naturales preferencias por los hijos y para no excitar los celos de las demás madres, éstas ocuparán puestos en establecimientos distintos de los que ocupan sus hijos. Esto responde á un alto espíritu de justicia; pero atormenta

á mi Paula, que no quiere convencerse de la bondad de la medida. Las mujeres subordinan las más de las veces la razón de Estado á sus sentimientos particulares. Mi nuera no ha sido ocupada en trabajos de modista, sino de costurera en blanco. Se comprende, porque la nueva sociedad no necesita de modas ni de perifollos. El nuevo plan de producción está calculado sobre el consumo de la masa. Todo lo que significa, gusto, destreza, arte, se relega á segundo término.

—Queridos míos—les decía yo para calmarlos—reflexionad que sólo Dios podría contentarnos á todos.

—A lo menos—objetaba Francisco—debía dejarse que cada uno ordenase su casa. Peor que ahora no estábamos con el antiguo régimen.

Trataba yo de calmarlos leyéndoles el *Vorwärts*, en el cual el gobierno, para justificarse ante el pueblo, publicaba la lista de las demandas y de las concesiones de trabajo en los diversos oficios. En Berlín había más solicitudes para ser cazadores que liebres corrían en diez millas en contorno. Para responder á las peticiones debería el gobierno colocar un portero en cada puerta, un guarda forestal al pie de cada árbol, nombrar un caballerizo para cada caballo; se anunciaban más ayas que niños, más cocheros que carruajes, camareros y cantantes de cafés en abundancia extrema, poquísimos enfermeros, vendedores y vendedoras innumerables, y los inspectores, contramaestres, sobrestantes, empleados en los diferentes ramos de la administración llovían por todas partes, los acróbatas no faltaban; pero en cambio apenas había quien pidiera los oficios duros y difíciles de obrero en fábricas de vidrio, fogonero, y mucho menos quien quisiera limpiar las cloacas.

¿Qué debía hacer el gobierno para poner de acuerdo estas exigencias con los planes de organización para la producción y para el consumo? ¿Debía dar poco salario á los que desempeñaran los oficios más solicitados y uno mayor á los que ejercieran los menos demandados? Esto sería contrario á las doctrinas democrático-socialistas.

Todo trabajo útil ha de tener el mismo valor, como ha sostenido siempre Bebel. Además, la desigual participación en el producto del trabajo favorecería el desigual goce de la vida y haría posible el ahorro á los mejor retribuidos, y esto determinaría nuevamente el renacimiento de una clase capitalista que vendría á destruir el sistema de producción socialista.

¿Se podría tal vez evitar la dificultad con un arreglo en las horas de trabajo? Esto destruiría la correlación natural que debe haber entre las diversas labores y los obreros. El nuevo orden de cosas rechaza, como injusto é inconveniente, el juego de la oferta y la demanda que imperaba bajo la tiranía del capital.

El gobierno obligaría á los presidiarios á realizar los trabajos desagradables, y como ya había recomendado Bebel, piensa introducir frecuentes cambios en las ocupaciones. En lo por venir un mismo trabajador variaría durante el día de oficio, ó á lo menos de tarea.

Por ahora decidirá la suerte. Serán sorteados los candidatos que han de ejercer que subsistan las diversas profesiones, según el plan de organización gubernamental, y entre los que queden, también por suerte, serán elegidos los que han de desempeñar los oficios menos demandados.

Francisco argüía que semejante sistema podría aplicarse á los caballos y á los perros, pero que era la primera vez que se atreviera nadie á jugar á la lotería con los hombres, y que esto revelaba que los hombres gobernantes habían perdido la cabeza.

«—Piensa—le objetaba yo—que ahora todo debe obedecer á principios de rectitud y de justicia. Por el momento, todavía sufrimos las funestas consecuencias del sistema de explotación y de tiranía del capital; pero cuando se haya formado completamente la conciencia democrática-socialista, no faltarán ofertas de brazos para los oficios más duros, más peligrosos y desagradables; porque los que voluntariamente se han de presentar para desempeñarlos, lo harán convencidos de que lejos

de trabajar para favorecer á los zánganos de la colmena social, se ocupan en el servicio de la humanidad.

Me parece que mis hijos no se han convencido del todo.

VII

NOTICIAS DEL CAMPO Y DE LAS CIUDADES

Todos los jóvenes de veinte años habrán de tomar las armas dentro de tres días. Entre ellos está el hermano de Inés. El *ejército popular* deberá ser armado y organizado rápidamente. El ministerio de la Guerra, que con sus edificios anexos de la calle de Leipzig y de Guillermo, estaba destinado á convertirse en un gran instituto para la educación de los niños, al cual había sido destinada mi mujer, no cambiarán de destino.

Las circunstancias por que atraviesa el país exigen que se organice el ejército popular de modo que pueda ponerse en pie de guerra lo más rápidamente posible. Los nuevos consejeros provinciales reclaman con urgencia el apoyo de los soldados para poner en vigor las leyes en los campos y en las pequeñas poblaciones. Por eso se ha dispuesto que, por de pronto, en cada distrito se sitúe desde luego un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una batería. Para mayor seguridad, no formará parte de estos cuerpos ningún recluta perteneciente al distrito.

Es indispensable meter en cintura á los aldeanos, que se oponen con todas sus fuerzas á la socialización, como hoy se dice, de sus propiedades privadas, casas, cortijos, ganados é instrumentos agrícolas. Pretenden estos infelices que se les deje trabajar en sus propios fundos. Podría accederse á sus pretensiones, si fuera esto compatible con el plan de organización de la producción; pero es imposible, y las personas irreflexivas serán obligadas por la fuerza á cumplir sus debe-

res sociales. Cuando la novísima organización haya producido sus naturales frutos, entonces los aldeanos, hoy tan refractarios al régimen que acaba de inaugurarse, disfrutarán de la gratísima existencia que la democracia social les proporcionará.

Los siervos y los jornaleros del campo estaban al principio muy contentos al saber que los *latifundia*, en los que tanto y tanto habían trabajado, pasaban á ser propiedad nacional. Pero ahora también en estas gentes se observa un cambio notable de opinión. Emigran en masa á las grandes ciudades, y en particular á Berlín. En las últimas semanas se han visto en las calles de Federico y en *Unter der Linden* caras extrañas de personas que venían de los puntos más extremos de Alemania. Acuden acompañados de sus mujeres é hijos, no tienen recursos, y sin embargo reclaman las comidas y las bebidas más exquisitas, los mejores vestidos y el calzado más superior, porque han oído decir que en Berlín se vive alegremente sin trabajar.

«¡Lástima grande,
que no fuera verdad tanta belleza!»

Es necesario repatriar á la fuerza á estos infelices, y esto provoca grandes desórdenes. ¡No faltaba más que el gobierno permitiera que se mutilara la grandiosa organización de la producción y del consumo por favorecer los delirios de estos descamisados!

Mucho mejor hubiera sido que desde el principio se hubiera prohibido la emigración voluntaria de los obreros, de cualquier clase que fuesen. Ahora bien; concedo que en lo porvenir Berlín habrá de ser muy visitada; pero no arbitrariamente, sino como lo manifiesta claramente el *Vorwärts*, conforme al plan y á los cálculos del gobierno. El Estado demócrata-socialista, como ahora se llama, la sociedad, no puede sufrir la holgazanería, precisamente porque toma en serio la obligación general de trabajar.

Hoy publica cabalmente el *Vorwärts* un artículo sangriento contra los llamados *descentralizadores,* que forman un partido novísimo. Son gente que no ve con buenos ojos que en Berlín los consejeros municipales obedecen sin discusión las órdenes del gobierno. Ayer el Gran Canciller ha hablado otra vez en el *Reichstag,* de la manera convincente que acostumbra, como dice muy bien el *Vorwärts,* y ha obtenido unánimes aplausos. Discutíase si habría de hacerse una tentativa para tranquilizar á los habitantes de los campos: se proponía que la propiedad de la tierra pasara á manos, no de la colectividad, sino de las *Sociedades productivas locales,* de las que debían ser miembros todos los habitantes de cada localidad. He aquí las palabras del Gran Canciller contra semejante propósito: «Tales errores, que proceden del tiempo de Lassalle, han sido ya refutados en el Congreso socialista de Erfurt, celebrado en 1891 y no deben revivir. Organizadas las sociedades de producción locales, se seguiría inmediatamente la competencia entre ellas. Las distintas calidades de terrenos en las diversas comarcas traerían consigo diferencias entre ricos y pobres y abrirían de nuevo la puerta al capitalismo. La organización popular de la producción y del consumo, así como una distribución conveniente de las fuerzas de trabajo en el país entero, hacen imposible los egoísmos, las competencias y las autonomías personales ó locales. La democracia social no admite términos medios: ó se plantea en toda su extensión, ó no se plantea. Y nosotros la queremos una é indivisible.» *(Vivas muestras de aprobación.)*

VIII

¡EL ÚLTIMO DÍA EN FAMILIA!

Horrible día he pasado hoy con mi mujer y con mi nuera. Era día solemne porque debíamos celebrar el natalicio de mi querida esposa; pero nadie estaba de buen humor. Mañana Francisco debe marchar á Leipzig; mañana nos abandonarán también nuestros dos niños y el abuelo ingresará en el asilo de ancianos.

Esto era lo que preocupaba á todos. Desde bien temprano el abuelo no hacía más que repetir: «La democracia social es la desventura de todos nosotros».

Yo le pintaba la buena vida que le esperaba en el hospicio; pero él exclamaba: «¿Qué me importa eso si he de verme obligado á vivir, á comer, á dormir con personas extrañas? Careceré de los cuidados de mi hija; no podré fumar cuando quiera; no jugaré más con Anita y Ernesto no me distraerá con sus cuentos de la escuela. No volveré á saber nada de vosotros. Si caigo enfermo, me abandonará todo el mundo. Un árbol viejo no puede trasplantarse; mis días están contados.»

—Ya iremos á verle á usted—le decía yo para consolarle.

—¡Ay de mí!—exclamaba el pobre anciano;—las visitas no me consolarán, y además, no podremos estar solos ni comunicarnos nuestras tristezas y nuestras alegrías sin testigos.

Contristados por tanto dolor, tratamos de distraerle con las gracias de la pequeña Anita, que era su predilecta. Por cierto que era la única que estaba alegre en aquella casa. No sabemos quién le había hablado de los ricos dulces, de las magníficas muñecas, de los perritos, de las hermosas estampas y de no sé cuántas preciosas cosas que encontraría en el asilo de

la infancia. Lo cierto es que no hacía más que repetirlo en su placentera cháchara.

Francisco aparentaba una calma que de seguro no sentía, esto me agradaba, porque se me figuraba que meditaba algo grave que no quería que se trasluciera. Todavía esperaba yo verle convertido al socialismo democrático. El otro muchacho, Ernesto, tampoco dejaba penetrar sus sentimientos y sus pensamientos. Hoy está extraordinariamente expresivo con su madre, contra lo que suele ocurrir. Debe volver á la escuela y parece muy alegre. Cosa extraña, porque si bien es verdad que tiene gran habilidad para el oficio, los estudios no le gustan nada. Ahora todos los muchachos de su edad deben estudiar un par de años antes de emprender el ejercicio de una profesión manual.

Mi mujer suele obsequiarnos el día de su cumpleaños con un jugoso asado de ternera, con ciruelas-pasas, nuestro derroche tradicional, como lo llamaba Francisco riéndose.

—¡Cuándo nos volveremos á ver juntos!—nos decía llorando al poner el asado sobre la mesa.—Ya no podré ofrecer otro asado de ternera, porque no tendremos ni casa ni cocina.

—Con todo el respeto debido á tu suculento plato—replicaba yo—no debemos preferirlo á nuestros ideales. Consuélate, que más adelante comeremos á diario ternera y otros manjares exquisitos.

—Pero ahora—me contestaba—unos comeremos en un sitio y otros en otro. Se le oprimía el corazón al pensar en la separación. ¡No hay nada que pueda reemplazar á la vida de familia!

—Consuélate, mujercita mía—le decía yo—nos queremos cada día más, y tendremos más tiempo libre para poder decírnoslo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamaba mi mujer—prefiero trabajar aquí en casa para nosotros diez ó doce horas diarias, que ocho fuera cuidando niños ajenos á quienes ni conozco ni quiero, ¿Y para qué va á servir todo esto?—preguntaba viva-

mente: y la nuera que está siempre de acuerdo con mi mujer, cuando se toca este punto, repetía la pregunta aún más vivamente. Las dos se mostraban más recalcitrantes al notar que Francisco les hacía coro. Pero todavía yo encontraba argumentos para replicarles:

¿Habéis olvidado tan pronto las magníficas conferencias de la Sra. W., sobre la emancipación de la mujer y sobre sus derechos en la sociedad iguales á los del hombre? Entonces erais entusiastas de aquellos discursos y del libro de Bebel.

—¡Ah, la Sra. W. es una vieja solterona acostumbrada á andar siempre de fonda en fonda—me contestaron.

—Confesad al menos—replicaba yo—que tenía razón. Igualdad de derechos é igualdad de deberes en el trabajo, sin distinción de sexos es la base fundamental de la sociedad socializada. Independencia en la mujer respecto del hombre, actividad igual de la mujer y del hombre; no más esclavas domésticas, no más obras serviles de las mujeres nacidas en la esclavitud. Para lograrlo, redúzcanse las relaciones familiares á lo puramente necesario; transfiérase el trabajo doméstico á los grandes establecimientos públicos. No más niños ni más viejos en las casas, á fin de que el desigual número de personas en las familias que tengan necesidad de ser auxiliadas, no traiga de nuevo las diferencias de pobres y ricos. Estas son las enseñanzas de Bebel.

—Todo eso puede ser resultado de un cálculo matemático; pero no nos hace felices, Augusto—decía el abuelo.—¿Y por qué? Porque la humanidad no es un rebaño de carneros.

—Tiene razón el abuelo—exclamó Inés.

Al decir ésto echó los brazos á Francisco, asegurando que no quería separarse de él.

No voy á contestar á todas estas tonterías del abuelo y de Inés; pero desearía que no llegara el día de mañana que ha de ser el de nuestra separación.

IX

EL DÍA DE LA MUDANZA.

En vez del carruaje que hoy debía venir para llevarse á los niños y al abuelo á sus respectivos asilos, se presentó un gran carro de mudanzas, muy temprano á nuestra puerta.

Habrá tiempo hasta la noche para trasportar á los hombres,—dice un guarda.—Ahora, según las órdenes recibidas habremos de cargar los muebles.

—¿Qué significa esto?—gritó mi mujer aterrada. Yo creía que los muebles eran de propiedad privada.

—Cierto, amable señora,—responde el agente;—nosotros no nos llevaremos *todo* el mobiliario: á la sociedad le pertenecen solamente los objetos inscritos en este inventario; y diciendo y haciendo sacó de la cartera un documento que deberíamos firmar y nos mostró una notificación publicada en el *Vorwärts*, en la que no habíamos parado mientes poseidos como estábamos por el dolor de la separación.

Y como mi mujer, á pesar de estas observaciones, aterrada, no acertaba á salir del estupor que le causara la confiscación de sus queridos muebles, el empleado que se conducía con la mayor corrección, le dijo:

—Pero, querida señora, ¿de dónde hemos de sacar nosotros los muebles que se necesitan en los nuevos establecimientos de educación de los niños, en los asilos de viejos, en los hospitales, etc.?

—¡Oh! ¿y por qué no vais á las casas de los ricos, que están repletos desde el techo al suelo de muebles magníficos?

—Precisamente venimos haciendo esto, señora,—respondió el empleado.—En la calle del Parque, en la calle de Victoria, en la calle de los Regentes, en todos estos sitios se encuentran

carros de muebles que van de un lado para otro. Hasta nueva orden está rigurosamente prohibida la circulación de cualquier otro vehículo. En ninguna casa se dejan más que dos camas, y de los demás muebles sólo quedan los necesarios para dos ó tres habitaciones; pero aun á pesar de esto no es suficiente. Pensad, señora, que el alcalde, en una ciudad como Berlín, que cuenta dos millones de habitantes, debe instalar en los institutos de educación más de nuevecientas mil personas menores de veintiún años, y en los hospicios cerca de cien mil ancianos que han pasado de los sesenta y cinco años. Además, es necesario decuplar el número de camas en los hospitales. ¿Dónde encontrar todo esto, si no apelamos á los muebles de los particulares? ¿Y qué queréis hacer de los vuestros, una vez que el viejo y los niños no han de permanecer en casa?

—¿Y cómo nos arreglaremos para recibir á nuestros parientes cuando vengan por aquí?—replicó mi mujer.

—Quedaos con seis sillas.

—¿Pero para alojarlos?

—Esto será difícil de todos modos—observó el empleado—por falta de local en la futura casa.

Se ve muy bien que mi querida esposa se había imaginado en su fantasía, un tanto soñadora, que en el gran reparto de las casas de la ciudad le había de tocar un hermoso hotel; pero mi Paula no debiera haber olvidado que Bebel ha dicho y escrito millones de veces que «la casa debe ser reducida á lo estrictamente necesario». Paula se aquietaba un poco pensando en que su padre y sus hijos podrían usar en el asilo sus propios muebles, dormir en su misma cama; y con esta idea quería donar al hospicio en donde aquel iba á vivir la silla poltrona que usaba.

—Pero eso no se puede permitir—manifestó el empleado.—Todo habrá de ponerse junto y distribuirlo después. ¿Qué confusión de muebles no habría en los establecimientos si cada persona quisiera usar los suyos?

Aquí nuevos llantos y nuevas lamentaciones. Aquella bu-

taca se la habíamos regalado al abuelo el día de su cumpleaños; era casi nueva y estaba el pobre mejor acomodado en ella. En la cuna de Anita habían dormido sucesivamente todos nuestros hijos. El gran armario era de los primeros efectos adquiridos después de nuestro matrimonio; lo habíamos pagado á plazos. ¡Oh, cuántos trabajos sufrimos para pagar nuestro humilde mobiliario! ¡Todos ellos eran tan preciosos para nosotros por los recuerdos que encerraban! El espejo era recuerdo de mi padre. Ante él se afeitaba, y por cierto que le faltaba un pedazo que me recordaba una de mis fechorías de la niñez, que me había costado algunos pescozones. En suma, cada objeto de la casa era un capítulo de la historia de nuestra vida. ¡Y pensar que todo iba á desaparecer para siempre!

Estas lamentaciones de nada sirvieron; los muebles fueron cargados en los carros, y por la noche otro agente de policía vino y se llevó á los niños y al abuelo, á quienes no se nos permitió acompañar.

—Los lloros deben cesar alguna vez—dijo bruscamente el dependiente de la autoridad.

Y en verdad que no era para tanto. Este viejo sentimentalismo no se amolda al espíritu de los nuevos tiempos. Ahora que el reinado de la fraternidad humana se inicia; cuando ha llegado el momento de que millones de seres humanos se confundan en abrazo fraternal, es preciso levantar el corazón y la mirada por encima de los estrechos vínculos que unían la sociedad burguesa muerta y enterrada.

Esto dije yo á mi mujer cuando quedamos solos. ¡Pero qué silencio, qué soledad en las habitaciones! Nunca nos hemos sentido tan tristes y desolados como en este momento.

—Quién sabe dónde se acostarán esta noche los niños y el abuelo—me interrumpió llorando mi mujer—y si dormirán bien.

Anita estaba ya casi dormida cuando se la llevó el agente. Acaso no se les ocurra limpiarle sus vestidos y ponerle la larga camisa de dormir para que no se resfrie. Durante el

sueño descompone las ropas de la cama; por eso he cuidado de advertirlo en una carta que he cosido á la misma camisa para advertírselo á la vigilante.

Difícil es que podamos pegar los ojos en toda la noche, pensando en tantas cosas tristes. Debemos acostumbrarnos á todo.

X

LA NUEVA MONEDA

Los fotógrafos han tenido mucho trabajo en estos días. Todos los alemanes de veinte á sesenta y cinco años, es decir, cuantas personas no son mantenidas en los establecimientos públicos, han recibido la orden de retratarse. Esto es necesario para distribuir los certificados monetarios que deben sustituir á las antiguas especies metálicas y á los billetes de banco.

Dando pruebas de una gran habilidad, dice el *Vorwarts*, nuestro Secretario del Tesoro ha resuelto el problema de introducir un instrumento de circulación que responda á las legítimas exigencias del cambio, é impida, sin embargo, la resurrección en la clase capitalista. La nueva moneda no tiene *per se* ni valor como el oro y la plata; consiste simplemente en asignados sobre el Estado, único poseedor actual de todos los objetos vendibles.

Todo trabajador al servicio del Estado recibe cada dos semanas un certificado nominal con la fotografía del poseedor, como los antiguos billetes de abono de los ferrocarriles, para impedir que sea usado por otra persona. Verdad es que siendo igual para todos el tiempo de trabajo prescrito y dándose idéntico valor á la hora normal de trabajo, no pueden surgir desigualdades sociales, que, como en lo antiguo, sean efecto de las diferentes aptitudes y de la diferente manera de

renumeración cuantitativa; mas conviene excluir de la producción la posibilidad de que con la diversidad del consumo se acumulen los valores en las manos de ciertas personas más económicas ó de menos necesidades, de lo cual pudiera renacer la tan odiada clase capitalista, que llegaría muy brevemente, como en los terribles tiempos pasados, á reducir á la servidumbre á los obreros menos parcos ó que consumieran todo su salario.

A fin de que el certificado monetario no pueda ser cedido á un tercero, ni en todo, ni en los cupones que á él van adheridos, estos cupones no deben ser cortados por el poseedor sino en presencia del vendedor ó de otro empleado del Estado que lo reciba en pago.

Hay otra especie de cupones que se añaden por el respectivo tenedor de libros del Estado, á la libreta de catorce en catorce días. El portero de cada casa debe separar un cupón de alojamiento ó un billete de habitación en períodos fijos. La nueva distribución de las habitaciones se verificará tan pronto como estén dispuestas las cocinas públicas para que pueda prescindirse de este servicio, antes de carácter privado. Será necesario cortar y entregar un billete de alimento al tomar la comida en aquellos establecimientos; con otro billete se pagará la ración de pan, que ha de consistir en setecientos gramos por persona. Los otros cupones tienen diverso valor nominal y servirán para comprar objetos del consumo especial de cada ciudadano, como la merienda, la cena, el tabaco, las bebidas espirituosas, el lavado y planchado, el vestido. Todo esto se podrá obtener en los almacenes públicos y en los puestos de venta.

Como cada cupón lleva el número del certificado y el nombre de su poseedor se halla asentado en el registro, se sabrá fijamente por el número de los billetes cortados en qué ha gastado su salario cualquier persona. Así el gobierno conocerá todas las necesidades de cada uno, y ésto facilitará grandemente la organización de la producción y del consumo.

Las mercancías compradas con los cupones podrán ser consumidas por el adquirente ó cedidas á otro. El poseedor puede hasta transmitir á su antojo estas mercancías, en caso de muerte, mediante una indicación escrita en su libreta. Esta disposición reduce á polvo las objeciones más fuertes de los adversarios y de los calumniadores de la democracia social; porque demuestra, como observa acertadamente el *Vorwärts*, que la democracia social no pretende abolir toda la propiedad privada y el derecho hereditario: no hace más que limitarlos prudentemente á fin de evitar el peligro de un nuevo capitalismo y de un nuevo sistema de explotación.

Al que dentro del período de los catorce días no haya necesitado emplear todos los cupones de su certificado monetario, se le consignan en el nuevamente expedido; pero para evitar que tales residuos sean acumulados y con ellos se formen nuevos capitales, no se permitirá acumular bonos más que por un valor de sesenta marcos, cantidad que se cree suficiente para los mayores gastos en determinadas personas: todo lo que se ahorre sobre esta suma pasará á la caja del Estado.

XI

LAS NUEVAS CASAS

La gran lotería para la adjudicación de habitaciones se había verificado, y nosotros tuvimos, como era natural, nuestro domicilio correspondiente al número que nos tocó en suerte. No mejoramos, eso puedo decirlo desde luego. Habitaba un tercer piso con vistas á la calle y ahora me tocaba por morada el mismo tercer piso, pero interior. A mi mujer le cayó el alma á los pies: había perdido la esperanza de poseer un hotelito; pero á lo menos pensaba que le correspondería un

buen cuarto. Pues bien; en vez de esto, la pícara suerte nos deparó solamente una alcoba con ventana y un camaranchón como de criados y todo muy oscuro, muy bajo de techo y muy pequeño. Sin embargo, creo firmemente que no se ha cometido fraude alguno en la distribución de habitaciones. Nuestro alcalde es honradísimo y de él no hay que temer nada de incorrecto. Como se anunció ayer en la asamblea de los consejeros municipales de Berlín, según el catastro hecho para el repartimiento de los antiguos impuestos, pueden disponer para sus dos millones de habitantes de un millón de estancias. Es verdad que la necesidad de locales para fines de carácter público ha aumentado enormemente por virtud de la organización socialista, y los que existían antes apenas bastan para una fracción mínima de las exigencias del presente: como que hay que instalar un millón de niños y de viejos en los asilos y en los hospicios y es preciso preparar ochenta mil camas para enfermos en los hospitales. Se comprende que las necesidades públicas deben prevalecer sobre los intereses privados, y por eso ha tenido mucha razón el gobierno al confiscar las mayores y mejores casas principalmente en los barrios del occidente de la ciudad. En los distritos del interior están en mayoría las oficinas y los almacenes de ventas. En los pisos bajos se han instalado las cocinas públicas y los comedores para el millón de habitantes que no viven en los establecimientos públicos, y en la parte central de los edificios que antes pertenecían á particulares se han colocado los lavaderos. He aquí el motivo de haber reducido mucho el espacio para las habitaciones propiamente dichas.

Según la estadística, había disponibles; como he dicho, un millón de cuartos habitables. Después de cubierto el cupo para las instalaciones de carácter público, quedaban seiscientas mil más ó menos pequeñas, las otras cuatrocientas mil eran antiguas cocinas, despensas, trasteras, etc., y como cada persona de veintiuno á sesenta y cinco años tenía derecho á una habitación se recurrió á la suerte para evitar en lo posible

la desigualdad que resultaba de la diferencia de habitaciones. Los democrátas socialistas de Berlín habían ya acudido á este medio en los tiempos de la burguesía para repartirse las localidades de los teatros.

Después de distribuidas las habitaciones por el procedimiento de la suete se permitió el cambio entre los concesionarios. Los que querían vivir juntos y les había correspondido habitación en casas ó pisos distintos, se apresuraban á realizar permutas para lograr su legítimo deseo. Yo, por ejemplo, no hubiera podido instalarme en el camaranchón que estaba al lado del cuarto de mi mujer, á no haber trocado el cuarto que me tocó en la casa vecina con un joven á quien se le adjudicó aquella detestable habitación.

No todos los casados tuvieron la fortuna de cambiar los cuartos que les habían correspondido, y muchos pasaron todas las penas del mundo para poder vivir con sus mujeres. Como el matrimonio es una institución de carácter privado, el Estado no sorteó habitaciones para los casados en condiciones diferentes que para los célibes. Si tuvieran carácter público, los matrimonios, en vez de poder realizarse á toda hora, hubiera habido que diferirlos hasta que existieranvacantes de habitaciones en condiciones para recibirlos. Con el sistema vigente, los que se deciden á casarse buscan el medio de reunir sus habitaciones, y cuando quieren separarse no tienen más que hacer que dividir los muebles y negocio concluido.

También este asunto en la nueva sociedad está organizado de la manera más ingeniosa y más lógica. Estas novísimas instituciones, que garantizan perfectamente la libertad personal del hombre y de la mujer, confundirán de una vez más á los que auguraban que la democracia social reduciría á esclavitud al individuo. Por supuesto que estas ideas no nos preocupan ni más ni menos á mí y á mi mujercita. Nosotros permaneceremos siempre estrechamente unidos en las alegrías y en el dolor hasta el fin de nuestra vida. Unicamente las naturalezas débiles tienen necesidad, de reforzar las inclinacio-

nes del corazón con lazos exteriores, remedo de la antigua sociedad.

A consecuencia del cambio de domicilio, hemos tenido que prescindir de una gran parte de nuestro mobiliario. La nueva habitación es demasiado pequeña para contener todo lo que nos quedaba después de la separación de nuestros queridos parientes. Aun así se hacía difícil moverse en las dos habitaciones, pero cuántos estarán aún peor, pues han tenido que dejar en la calle muchas cosas indispensables que no ha sido posible colocar en las nuevas habitaciones.

No debemos afligirnos por esto. En la sociedad socializada á una existencia privada limitada y angustiosa, ha de sustituir una grandiosa vida pública que con sus establecimientos perfeccionados hasta el grado más extremo para la nutrición corporal é intelectual, para el recreo y para el confort, proporcionará á todos los hombres y á todas las mujeres sin diferencia lo que antes solo podía gozar la clase privilegiada. A la apertura de las cocinas públicas, que se verificará mañana, seguirá bien pronto la inauguración de los teatros populares.

XII

LAS COCINAS DEL ESTADO

Es un fenómeno maravilloso de veras que puedan hoy inaugurarse de un golpe, mil cocinas del Estado, cada una de las cuales habrá de confeccionar alimentos para mil personas. El que se haya imaginado que estas cocinas públicas funcionan como los restaurants en donde se regodeaban con comidas á lo Lúculo los gordos burgueses, se engañará completamente. En las cocinas públicas de la sociedad socializada no hay camareros muy acicalados y con el imperdonable frac negro, ni cuentas kilométricas, ni otras cosas análogas.

Todo, hasta la particularidad más nimia, está previsto en estos establecimientos. Ninguna persona goza allí de preferencias. No se permite elegir la cocina que á uno acomode; cada ciudadano debe dirigirse á la que corresponda al distrito en donde radique la habitación que ocupa. La comida principal se sirve desde el mediodía hasta las seis de la tarde; de modo que se pueda utilizar para comer, ya el período de descanso que hay en la mitad del día ó á la conclusión de la jornada de trabajo. Yo no podré comer en compañía de mi mujer, como acostumbraba desde hace más de veinticinco años, sino los domingos; porque la pausa durante el día de trabajo se verifica á distintas horas.

Apenas entra uno en el comedor, el administrador corta el bono de comida del certificado monetario y expide en cambio un número de orden. Se espera entonces á que haya asientos vacíos y cuando suena el llamamiento, se sienta en la mesa común y comienza á su comida. Los guardias cuidan del mantenimiento del orden con todo rigor. Esta fuerza pública tiene en Berlín un contingente de doce mil hombres, y casi todos se encuentran en las cocinas porque la afluencia de gente ha dado motivo á algunos disturbios. Es preciso convenir en que el pueblo berlinés no entra muy bien por los usos de la democracia social.

Cada cual ocupa el puesto que está libre cuando llega del trabajo. Yo me senté al lado de un molinero y enfrente de nosotros comió un peón caminero que se reía muy cordialmente á costa de aquél. El espacio destinado á cada consumidor es muy pequeño y esto produce bastante incomodidad, á pesar de que la comida dura poco. Transcurridos los minutos que se señalan, un agente, reloj en mano, da la orden de despejo, y sin tardanza, llegan otros á ocupar los puestos que quedan vacíos.

Debo manifestar que en todas las cocinas de Berlín se preparan iguales alimentos en el mismo día. Como se sabe precisamente en cada establecimiento alimenticio las personas

que han de ser servidas y como éstas no tienen el derecho de elección de platos, se evitan las grandes pérdidas que encarecían los víveres en los *restaurants* de la burguesía. Este ahorro es uno de los mayores triunfos de la organización socialista democrática.

Al principio, como nos ha dicho nuestra vecina, que es cocinera, se trató de ofrecer en cada cocina diversas viandas á elección; pero sucedía que agotada una, los que vienen después tenían que privarse de ella, lo cual lesionaba la igualdad y determinaba una injusticia para los que no pueden venir tan temprano al comedor por impedírselo su trabajo, y no podían gozar de los mejores platos que debido á ésto se acababan pronto.

Todas las personas son iguales. Un gastrónomo que hoy pidió un suplemento cosa incompatible con el principio de igualdad socialista-democrática, ha sido objeto de una rechifla general. Las mujeres disfrutan de una ración igual al hombre; lo contrario sería considerado como un ataque á la igualdad de derechos de los dos sexos y á sus iguales obligaciones en el trabajo. Todos, pues, deben contentarse con la misma porción congrua. Para los gordos, como burgueses, á consecuencia de la vida cómoda á que venían habituados de antiguo, será muy higiénico no comer mucho y completará seguramente el desengrase la gimnasia á que pueden dedicarse en los momentos de ocio grandemente aumentados por el régimen de las ocho horas de trabajo.

Como cuenta nuestra vecina, el ministro de la alimentación popular ha tenido en cuenta para la fijación de la medida de los artículos que en ella deben entrar lo que la ciencia enseña respecto á la cantidad de materia azoada ó no azoada que ha debe ser ingerida en el cuerpo humano para que se mantenga en sana salud. Por término medio se pasan á toda persona 150 gramos de carne, con arroz y legumbres (guisantes, habas, lentejas), patatas abundantes; los jueves ensalada de lechuga con guisantes. Los platos del día se anuncian

por todo Berlín en los aparatos en donde antes aparecían los carteles de teatros.

¿En qué parte del mundo habrá un pueblo en que como en el nuestro se pueda estar seguro de recibir diariamente su ración de carne? Un rey de Francia imaginó un día que el *summum* del ideal para su país sería que cada domingo pudieran sus súbditos poner una gallina en el puchero. ¿Qué diría si supiera que en Alemania todos los días gozan los ciudadanos de una comida reparadora y abundante hasta donde lo permitan los bonos de su certificado monetario?

¡¡De hoy en adelante á nadie faltará comida y cama!! ¡¡Para todos habrá carne en el puchero todos los días!! Esto solo basta para perdonar cualquier falta que pueda notarse en el nuevo régimen. Es verdad que la ración de carne no peca de abundante, pero nuestro previsor gobierno no ha querido suministrar desde el principio una mayor cantidad que la que por término medio se consumía en Berlín en la comida del mediodía. Con el tiempo todo será más abundante y grandioso y á medida que se perfeccionen las nuevas instituciones, mejorarán seguramente las condiciones de vida.

Solamente una cosa enfría mi entusiasmo por los progresos del régimen socialista y es la aflicción de mi mujer. Se encuentra extraordinariamente nerviosa. Durante los veinticinco años de matrimonio no hemos disputado tanto como desde el establecimiento de las nuevas instituciones. Ni siquiera le gustan las cocinas del Estado. La comida tiene, según ella, gusto á menestra de cuartel; la carne está demasiado cocida, la salsa demasiado insípida; hasta el saber con ocho días de anticipación lo que ha de comer, le incomoda y le hace perder el apetito. Ahora me acuerdo de que antes del cambio de organización del Estado, mi mujer se lamentaba de la carestía de los artículos de comer, y gozaba muchísimo cuando nos íbamos á comer á un restaurant de la aldea. Las mujeres han de refunfuñar y de criticar siempre los platos que ellas no confeccionan.

Espero que cuando visite á su padre y á sus hijos en los asilos en donde se encuentren y vea lo sanos y alegres que están, renacerá en ella la alegría, que no la ha abandonado ni aun en los tiempos más difíciles de la época burguesa.

XIII

UN INCIDENTE DESAGRADABLE

El Gran Canciller decae un tanto en la pública estimación. Yo lo deploro sinceramente, porque creo de buena fe que es difícil, si no imposible, encontrar un hombre de Estado más idóneo, más enérgico, más activo y un demócrata socialista más convencido; pero no todos opinan como yo. Cuanto en el nuevo régimen disgusta á algunos, se le atribuye á nuestro Gran Canciller. Las mujeres sobre todo se muestran muy predispuestas contra él: como que le atribuyen los trastornos que ha ocasionado el cambio forzoso de habitaciones y el establecimiento de las cocinas públicas. Se dice que han formado un poderoso partido de oposición. Creo que ni mi mujer ni Inés pertenecen á esta nueva y original bandería.

Corren voces, por supuesto esparcidas con muy mala intención, de que el Gran Canciller es un aristócrata. Se cuenta que tiene criados que le lustran las botas y le limpian la ropa, y que en vez de ir á tomar él mismo su comida en la cocina del distrito se la llevan al Castillo. De ser esto cierto, no estaría muy de acuerdo con las teorías igualitarias de la sociedad socializada.

Este descontento, atizado principalmente por el partido de los jóvenes, se ha expresado públicamente de un modo muy odioso y muy censurable. En la plaza del Castillo se ha inaugurado ayer el monumento alegórico conmemorativo de los hechos de la *Commune* de París en 1871. Desde muy tem-

prano una multitud inmensa se agolpaba en aquel sitio; cuando mayor era la afluencia de gentes, volvía el Gran Canciller en carruaje de pasear por el parque, y al entrar en el puente inmediato al Castillo comenzaron á oirse gritos, silbidos y otras patentes nuestras de protesta. Los guardias de policía caballería que también ha sido restablecida, se excedieron un poco en el cumplimiento de su misión, y entonces el tumulto aumentó, degenerando en verdadero motin cuando más cerca estaba el coche de la primera autoridad. Los gritos de ¡abajo el aristócrata, el burgués, el Creso! ¡Fuera esa carroza, echarla al canal!, se oían clara y distintamente.

La multitud se enardecía cada vez más á la vista de un carruaje de lujo, cosa inusitada ya en estos tiempos.

El Gran Canciller, que expresaba su cólera y su indignación en lo demudado del rostro, saludaba cortésmente á todos lados, esforzándose por aparentar una tranquilidad que no sentía y ordenaba á su cochero que pusiera al paso lento á los caballos. Poco antes de llegar á la puerta del Castillo un grupo de mujeres le arrojaron barro y otras inmundicias. Yo mismo he visto al Canciller limpiarse, al mismo tiempo que prohibía terminantemente á la guardia que agrediera á aquellas desgraciadas. Nunca debió haberse procedido de esta canallesca manera indigna de la democracia social. He oído decir que se preparaban grandes ovaciones al Canciller.

XIV

CRISIS MINISTERIAL.

El Gran Canciller ha presentado su dimisión. Esto ha producido hondo disgusto en todos los buenos socialistas; pero después de los sucesos de ayer nadie debe extrañarse de esta resolución, justificada además por la enfermedad nerviosa que

sufre aquel alto funcionario, ocasionada por el exceso de trabajo. En efecto, el Gran Canciller tiene actualmente sobre sí labores sobrehumanas y responsabilidades inmensas. La ingratitud de las gentes le ha afectado muy hondamente y ha sido la gota que ha hecho rebosar el vaso. El motivo directo de la crisis ha sido la cuestión de la limpieza de las botas. Todos saben que el Gran Canciller hace mucho tiempo que presentó al ministerio una moción sobre la cual no se ha pronunciado decisión alguna, y el Gran Canciller, en vista de este aplazamiento, publicó una memoria en el *Vorwärts*. En ella se aboga por que se le permita tener criados. La jornada normal del trabajo de ocho horas no existe de hecho para él, únicamente se lograría que las ocupaciones no durasen más que el tiempo marcado por la ley, si en vez de uno hubiera tres grandes cancilleres que dividieran entre sí el trabajo durante las veinticuatro horas del día. El Gran Canciller, en las condiciones actuales, tiene necesariamente que perder mucho tiempo en limpiarse el calzado y la ropa, en arreglar la casa, en preparar el desayuno, etc. Esto retarda muchísimo la resolución de importantes negocios de Estado que le están encomendados. Es indecoroso presentarse con los vestidos descosidos ó sin botones á los embajadores de las potencias extranjeras, y el Gran Canciller—que es soltero—se ve obligado á recoserse la levita y los pantalones; porque hay ocasiones en que no puede esperar á que vengan á recogerlos los empleados de los establecimientos públicos de sastrería. Es, por tanto, de suma utilidad para la colectividad prevenir tal pérdida de tiempo, para lo cual es necesario que se le conceda un sirviente. También el obligarle á comer en la cocina pública es sumamente molesto, por la multitud de pretendientes que aprovechan aquella ocasión para importunarle con sus peticiones. Además, conviene que se le permita pasear en coche por el parque; pues de otro modo le sería imposible tomar un pequeño descanso al aire libre, tan necesario para la conservación de la salud.

Todo esto parece muy puesto en razón; pero no se puede negar que la petición del Gran Canciller infiere una verdadera lesión al principio de la igualdad social, y tiende á introducir de nuevo la servidumbre doméstica. Lo que hoy reclama para si el Gran Canciller, lo pedirán mañana con el mismo derecho los ministros, los directores generales, los consejeros, los secretarios, los jefes de los grandes establecimientos públicos, los alcaldes de las ciudades populosas y los magistrados. Además, es un grave mal que la máquina del Estado, cuya marcha regular y constante importa tanto, haya de detenerse porque el Gran Canciller tenga que coserse los botones ó lustrarse las botas.

Sin duda que esta es una cuestión de mayor importancia de lo que parece á primera vista; pero que un hombre tan distinguido como el Gran Canciller, que es un socialista demócrata puro, deba retirarse á la vida privada por tales miserias, es cosa que no me cabe en la cabeza.

XV

EMIGRACIÓN.

La crisis ministerial que surgió á consecuencia de la cuestión de los limpiabotas dura todavía. Ha sido puesta en vigor la antigua ley contra la emigración ilícita. La democracia social se apoya sobre la obligación general del trabajo, al modo cómo el de la organización política anterior se fundaba sobre el servicio militar general obligatorio. Entonces no se permitía emigrar á las personas que no habían cumplido su tiempo de servicio; ahora se prohibe la emigración de todos los ciudadanos que se encuentran en la edad legal para trabajar. Los viejos y los niños de pecho pueden salir de Alemania, pero

las personas que deben su educación y su cultura al Estado, no pueden emigrar mientras no salgan del período del trabajo.

Cuando se planteó el nuevo régimen pasaban las fronteras solo los que vivían de sus rentas. Toda esta gente, habituada á cortar el cupón y á firmar cheques, valían tan poco que con facilidad se renunció á su colaboración; lo que importaba era que no se llevaran consigo el dinero y los valores, y á esto se atendió con toda escrupulosidad. Tampoco era cosa de lamentarse por la emigración de los pintores, de los escultores y de ciertos publicistas. Estas gentes no gustan de la producción en grande escala, experimentando invencible repugnancia á trabajar por cuenta del Estado en las oficinas públicas. ¡Vayan benditos de Dios! Nos quedan todavía poetas en abundancia que emborronen versos en honor de la democracia social. Los pintores y los escultores necesitan de ricos Mecenas que compren á peso de oro los partos de su extraño ingenio: no saben ni quieren trabajar para el pueblo. Esto no les conviene á los siervos de Mammon.

Es verdad que la emigración de los escultores ha sido causa de que no se hayan podido erigir estatuas á nuestros héroes difuntos en los sitios más frecuentados por el público; pero nos sobran estatuas de las ocupadas en los palacios de los potentados de la burguesía para adornar nuestros locales de reunión.

Los señores periodistas que todo lo critican y que por espíritu de oficio difunden el descontento en el pueblo, son completamente inútiles en una organización social que se funda sobre la voluntad de la mayoría de la nación. Ya Liebknecht había dicho: el que no se plegue á la voluntad de la mayoría el que no se someta á la disciplina, sobra en la sociedad socializada.

Sin embargo, comienza á preocupar la atención pública, el hecho de que muchas personas muy útiles marchen á la frontera y emigren á Suiza, á Inglaterra ó América, en donde todavía no se establecido el nuevo régimen. Arquitectos é ingenieros, químicos, médicos, profesores, hábiles directores de

oficinas, emigran en montón. Esto se explica por el deplorable orgullo que ciega á los hombres. Estos señores se creen superiores á los demás, y no pueden sufrir que se les retribuya con el mismo salario que á los simples operarios. Debían tener siempre presente las hermosas frases de Bebel: «Todo lo que uno es se lo debe á la sociedad. Las ideas son un producto que el espíritu de la época ha puesto en la mente del ciudadano.» Por eso es verdad que la monomanía de las grandezas trastorna la cabeza de muchos de los que se han formado en la antigua sociedad.

Cuando la juventud se haya formado en nuestros institutos de educación socialista democrática, y se haya penetrado de la noble ambición de dedicar todas sus fuerzas á la comunidad, podremos prescindir de todos esos aristócratas; pero por ahora tienen el sacrosanto deber de permanecer en Alemania, y si no quieren por voluntad, habrán de quedarse por fuerza.

Es, pues, perfectamente justa la prohibición de emigrar, que debe aplicarse con todo rigor. Para lograrlo, es preciso ejercer la vigilancia más activa en las fronteras, sobre todo en las marítimas y en la que nos separa de Suiza. El ejército permanente será aumentado con muchos batallones de infantería y con algunos escuadrones de caballería. Las patrullas encargadas de la guardia en la frontera tienen orden de hacer fuego contra los fugitivos caso de necesidad.

XVI

CAMBIO DE CANCILLER

No se ha logrado mi deseo vivísimo. El Gran Canciller ha dimitido y le ha sustituido el presidente del Reichstag. El ministerio—que á consecuencia de la renuncia del jefe del Estado ha sufrido una renovación parcial—no se ha atrevido á

cargar con la responsabilidad de poner á disposición del canciller algunos criados que le prestaran aquellos menudos servicios de que hemos hablado, por lo que ésto tenía de atentatorio á la igualdad social; temerosos que, dada la trabazón que existe en todo el edificio social, pudiera comprometer su estabilidad el tocar en una sola piedra. Ya Bebel en sus reflexiones previa esta cuestión de los limpiabotas cuando escribía: «El trabajo no deshonra, aunque consista en lustrar los zapatos: esto lo ha hecho en América más de un descendiente de noble familia.» El gobierno pensó seriamente en la sustitución del hombre por la máquina para hacer estas operaciones de limpieza; pero el Gran Canciller no quiso aguardar á que se inventara un aparato á propósito.

Su sucesor, elegido por la junta legislativa, es un hombre de carácter menos difícil, es una persona muy conciliadora; por eso es de esperar que no se gaste tan pronto y que satisfaga los deseos del mayor número. Hoy mismo se ha presentado en la cocina de su distrito, ha comido cuando le llegó el turno, ha paseado por la avenida de los Tilos, por cierto que debajo del brazo se le veía un gran paquete con vestidos que llevaba al establecimiento en donde se componen y limpian las ropas de su circunscripción.

XVII

EN LA OFICINA

He recibido el nombramiento de contramaestre, que hace tiempo me había prometido un amigo mío, miembro del Consejo municipal. Ya no necesitaré volver á mi oficio de encuadernador. Mucho deseara que mi hijo Francisco pudiera abandonar el suyo, que le obliga á permanecer en Leipzig. No es que despreciemos nuestro oficio; pero nos sucede á mí y á mi

hijo que no podemos acostumbrarnos á la manera de trabajar que se usa en los establecimientos públicos. Se creería que en ellos no se hace más que matar el tiempo. La consigna es: siempre despacio para que el compañero pueda seguirnos. Ya no existe el trabajo á destajo. Esto no concuerda con la igualdad social de los salarios y del tiempo de trabajo. Ahora, como se tiene un salario *cierto*, todo el mundo dice: lo que no se hace hoy se hará mañana. La diligencia y la actividad son consideradas como inocentadas. Verdaderamente, ¿por qué se ha de dar uno malos ratos si el diligente no ha de alcanzar ninguna ventaja sobre el holgazán? Esto me escribe Francisco, y debo confesar que no anda equivocado esta vez. Es extraordinario el gasto de materiales y el deterioro de herramientas ocasionado por el descuido y por la negligencia. No sé qué hubiera hecho si en los tiempos pasados mis oficiales se parecieran á los que ahora trabajan á mi lado. En una ocasión se me acabó la paciencia y les dije á mis compañeros:

«¡Colegas, la sociedad espera que cada uno de nosotros cumpla con su deber! Solo se nos obliga á trabajar ocho horas por día. Todos vosotros sois socialistas-demócratas de los antiguos. Debéis recordar que nuestro Bebel confiaba en que bastaría la *atmósfera social* de la nueva organización para conseguir que cada uno sobrepujara á su compañero en el trabajo. Reflexionad, compañeros, que ya no trabajamos para los explotadores, para los capitalistas, sino para la sociedad; que es lo mismo que decir que trabajamos para nosotros mismos.»

Hermosa plática, me contestaron: solo que no tenemos necesidad alguna de presbíteros; Bebel nos ha prometido una jornada de cuatro horas, no de ocho. La sociedad es grande. ¿Debemos atormentarnos para los 50 millones de hombres, cuando 49.999.999 no se incomodan por nosotros?

Naturalmente, desde entonces no he vuelto á tomar la palabra. A Francisco le ocurre la misma idea. Su periódico de Leipzig no está nunca concluido á la hora precisa y eso que

trabajan en él doble número de cajistas que antes. Cuanto más tarde se termina, más botellas de cerveza se beben y más numerosas son las erratas de imprenta.

Cuando Francisco sustituyó al regente que cayó enfermo, rogó á sus compañeros que guardaran un poco de silencio, y todo el personal entonó la Marsellesa, acentuando las palabras ¡Abajo la tiranía!

Los maestros y los contramaestres serán desde ahora elegibles y por lo tanto destituidos por sus compañeros en el momento cuando no transijan con los que ellos quieren. Los que como Francisco y como yo, no siguen la corriente, lo pasan muy mal. Les persiguen los maestros, los colegas, y lo peor es que como el soldado, no puede abandonar la escuadra cuyo sargento le maltrata.

El Gran Canciller anterior estaba al corriente de lo que pasaba; pero no pudo evitar tales excesos. La ley penal en la cual colaboro, dictada para hacer efectiva la obligación de trabajar, es conocida de todos, porque se han fijado ejemplares en todos los talleres. La holgazanería, la falta de atención, el descuido, la desobediencia, la insubordinación, son castigadas con una serie de penas como la privación de certificados monetarios, de raciones de carne, de toda la comida y hasta la reclusión; pero como no hay denunciadores no hay jueces. Los directores de las fábricas son elegidos como los maestros y no se atreven á ponerse mal con sus electores; por eso no hay proceso posible. Un caso de esos sucedió el otro día, el público denunció á algunos canteros que holgaban á más y mejor y que ocultaban las piedras en vez de colocarlas en la obra. Otro día todo el personal de un taller fué trasladado á otro; pero ordinariamente esto obedece á motivos políticos. Por esto el partido de los jóvenes reclama la inamovilidad de los obreros como antes existía la de los jueces. Estas traslaciones no producen efecto alguno; porque en cualquiera otra localidad se encuentra el mismo salario y el mismo alimento y habitación muy parecida á la que se ha dejado. Muchos jóvenes se

alegran del cambio de residencia; solo sufren los viejos, á quienes no les place separarse de su mujer y de sus hijos.

Sin embargo, Zamora no se hizo en una hora. Este espíritu egoísta no es otra cosa que el triste legado de una sociedad en la cual era dogma la explotación ajena. Nuestras nuevas escuelas, los modernos institutos de revolución social, crearán aquella *atmósfera moral* en la cual el árbol de la democracia socialista prosperará.

XVIII

DISGUSTOS DE FAMILIA

¡Qué domingo tan triste hemos pasado! Al fin hoy, después de comer, se ha permitido á mi mujer visitar á Anita. El reglamento de los grandes establecimientos únicamente autoriza por turno las visitas de los padres. ¡Con cuánta ansiedad esperaba mi mujer el momento de abrazar á su querida hija! Había reunido con gran trabajo y llevaba cuidadosamente guardadas golosinas y juguetes; pero con grandísimo disgusto de la mamá se vió obligada á dejarlos en la portería. Los niños no pueden poseer particularmente ningún juguete, porque esto es contrario á la educación que se inspira en la igualdad social. Lo mismo sucede con los dulces y confites. De permitirse lo contrario, las querellas, los disgustos serían el pan nuestro de cada día, y esto cualquiera comprende que perturbaría el orden del establecimiento. Mi mujer no tenía conocimiento de estas nuevas disposiciones; poque ella en su establecimiento está ocupada en la cocina y no se relaciona con los muchachos.

Mi buena mujer gozaba de antemano con la acogida tierna, apasionada, que habia seguramente de obtener de su Anita; pero se encontró con que la niña se mostró muy poco expan-

siva. La separación no había sido ciertamente larga; mas en los niños, mejor que en las personas de mayor edad, es perfectamente cierto el refrán: «lejos de vista, lejos de corazón». Además, en Anita al pensamiento de ver á su madre iba unido al de dulces y juguetes, y ya he dicho por qué circunstancias mi mujer tuvo que presentarse con las manos vacías. Por eso la niña se sentía más atraída por los juegos de las compañeras que por las caricias de la mamá.

Mi mujer notó que Anita estaba un tanto pálida y muy cambiada. Por fuerza obedece esto á la variación en el método de vida. Se comprende, sin embargo, exagerado por el cariño maternal, haya producido hondo disgusto en aquélla.

Mi mujer sintió aún más exacerbados sus maternales sentimientos cuando hablando con una niñera del establecimiento ésta le dijo bruscamente al oirle lamentarse de la separación forzosa de su hija: «Todos los días estamos oyendo lo mismo. Los animales irracionales se consuelan pronto cuando se les quitan sus hijos; no entiendo por qué no han de consolarse más fácilmente las mujeres, que al fin pertenecen al orden de los animales racionales.»

Mi mujer quería quejarse á la dirección de la grosería con que la había tratado la empleada; pero me apresuré á disuadirla, convencido de que sería Anita la que pagase los vidrios rotos.

Aún no había regresado mi mujer de sus ocupaciones, cuando sentí que alguien subía penosamente la estrecha y empinada escalera de nuestra casa. Era el abuelo, el pobre viejo. Me alegré mucho de que mi mujer no estuviera en casa, porque las lamentaciones de su padre habrían concluido de ponerla triste y exasperada por completo.

Todas sus quejas provenían de motivos sin importancia; pero no es extraño que los viejos sientan mucho más que los jóvenes que se les obligue á variar de hábitos.

Según él, está verdaderamente enfermo: todo le duele, por todas partes siente punzadas é incomodidades. Yo, en verdad,

no notaba ninguna variación en su aspecto; pero como ahora nada le distrae, tiene todo el tiempo para pensar en sí mismo.

Antes de ingresar en el Hospicio estaba conmigo en la imprenta, en donde procuraba prestar algún servicio. Poco valía lo que hacía; mas como tenía ocupación, se distraía. Para los viejos es muy malo no hacer nada; el trabajo, por pequeño que sea, conserva su interés por la vida, les liga á lo presente y los preserva de la rápida decadencia corporal é intelectual.

No me atreví á dejar que volviera solo al Hospicio el pobre abuelo, que se entristeció muchísimo al notar la falta de nuestros viejos muebles.

Por desgracia, mientras yo acompañaba al abuelo y cuando todavía no estaba de vuelta mi mujer, vino Ernesto y encontró la puerta cerrada. Manifestó á un vecino que había sentido nostalgia irresistible de nosotros, y que había aprovechado una hora que tenía libre para realizar aquel avasallador deseo. Le dijo también que no podía habituarse al régimen del establecimiento. Le trae á mal traer aquel eterno leer, escribir y contar: no le gusta nada el estudio ni quiere. Quiere, á todo trance, ser obrero y aprender únicamente lo necesario para imponerse en su arte. También yo estoy convencido de que llegaría á ser un hábil artesano; pero nuestro ministro de instrucción opina con Bebel que todos los hombres nacen con casi igual inteligencia, y que á todos se les debe, por consiguiente, igual cultura intelectual como base necesaria para la igualdad social. Hasta los diez y ocho años no comenzará, pues, su educación profesional y especial.

(Se continuará.)

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

En el mismo aire está, como Pidal lo observa, la canción judaica del «Duelo de la Virgen», de Berceo, pues si se le quita el estribillo «Eya velar», le quedan pareados cortos, y las canciones de ciegos y estudiantes de viaje en el «Arcipreste de Hita», todas en redondillos octosílabos rimados inmediatamente.

Hasta se hallan huellas de *romances populares* en pareados. Un ejemplo notable de esta clase se nos ha conservado en la *Vida del arzobispo Tenorio*, de Eugenio Narbona (Toledo 1624, en 4.°—citado en las notas á la edición de Madrid del *Cancionero de Baena*, pág. 660, nota XCIV), en que se dice: «Sabiendo (las gentes) que los encuentros entre el arzobispo de Santiago y el de Toledo producen estos efectos, y con cantares y refranzillos descubría el pueblo lo que creyía, y ansí andaua uno en

la corte, según el estilo de aquel tiempo (el de Enrique III de Castilla), que dezía:

«Echado le ha el agraz
Ferreçuelo á Machagaz;
Pero si Machagaz se suelta,
Ferreçuelo es en revuelta.»

Aquí tenemos *versos redondillos pareados*.

También consta casi por completo de versos de redondilla menor en rimas pareadas el «Romancillo en lengua de germanía en que un rufían da consejos á unas niñas andariegas», romancillo seguramente popular, dado por Durán en su «*Romancero general*»: 2.ª ed., tomo II, número 1846 (1).

---

(1) Creo que se convencerá Huber después de los *hechos* citados de la existencia de *tales huellas* y trazas, puesto que refiriéndose (en las «*Götting-Anz*», 1857, cuadernos 41, 42, pág. 414) á mi opinión, respecto á la composición de los primitivos romances en pareados y cuartetas, decía: «Si se quiere decir que sean pareados ó cuartetas con unísono cambiante y vario (entiendo con esto tan sólo pareados unidos estróficamente conforme al tipo de la poesía popular, y no tiradas monorrimas, sino rimas alternadas ó limitadas, unidas poco artísticamente, como en las estrofas redondillas), no conocemos ni un solo romance épico antiguo que lleve *la menor* huella de semejante forma, que ya por su carácter artístico (?) es improbabilísimo sea primitiva.»

Aún hay más, y es que hasta nuestros días se han conservado huellas de eso. Así es que el Sr. E. Boehmer, en su ensayo acerca de la poesía popular española en el *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, tomo XXIV, 1858, pág. 167 á 184, publica un romance dramático: «Pelar la pava», de Iradier, el compositor español de cantares populares más aplaudido al presente, romance que está compuesto en cuartetas y pareados. Por el contrario, pueden citarse en apoyo de la opinión de Huber de que los romances constaban primitivamente de tiradas monórrimas de versos octosílabos los muy notables romances públicados por D. J. M. Quadrado en los «Recuerdos y Bellezas de España, Asturias y León». (Madrid, 1856; 4, páginas 236-237), romances que aún se perpetúan entre el pueblo asturiano y en los cuales, apartándose de todos los restantes, están unidos entre sí aun los versos impares (que suelen ser libres) mediante *una* rima

Puédese, además, considerar como huella de esto el que en los romances que se nos han conservado por completo y precisamente en los antiguos juglarescos, á pesar de que han pasado por el mencionado proceso de trans-

---

diferente de la de los pares, mientras los versos pares no hacen otra cosa que repetir *literalmente* el contenido de los impares, de tal modo que estos romances parecen constar propiamente de *dos versiones entrelazadas*, y cada una de las cuales forma una *tirada monorrima*. Voy á insertarlas aquí porque no se hallan en ninguna de las colecciones conocidas, y son además de grande interés por su asunto. El primero es el romance popular más favorito en Asturias, y que anda aún hoy en boca de jóvenes y viejos. Dice así:

«Ay un galán de esta villa,
ay un galán de esta casa;
ay él por aquí venía,
ay él por aquí llegaba.
—Ay diga lo que él quería,
ay diga lo que él buscaba.
—Ay busco la blanca niña,
ay busco la niña blanca;
la que el cabello tejía,
la que el cabello trenzaba;
que tiene voz delgadita,
que tiene la voz delgada.
—Ay que no la hay n'esta villa,
ay que no la hay n'esta casa;
si no era una mi prima,
si no era una mi hermana,
ay del marido perdida,
ay del marido velada.
Ay la tiene allá en Sevilla,
ay la tiene allá en Granada,
ay bien qu'ora la castiga,
ay bien que la castigaba,
ay con varillas de oliva,
ay con varillas de malva.
—Ay que su amigo la cita,
ay que su amigo l'aguarda,
ay el que le dió la cinta,
ay el que le dió la saya,

formación, faltan á las veces los versos intermedios libres, de donde nacen verdaderos pareados (véase la colección de Praga, nota á la pág. 165, entre las erratas y en las adiciones al final), y que esto *no* ha sucedido *siempre* de

---

al pie de una fuente fría,
al pie de una fuente clara,
que por el oro corría,
que por el oro manaba.
Ya su buen amor venía,
ya su buen amor llegaba.
Por donde ora el sol salía,
por donde ora el sol rayaba,
y celos le despedía
y celos le demandaba.»

El Sr. Quadrado hace observar respecto á esto, que: «La estructura de él (este romance), demuestra que fué hecho para cantarse á dos coros, pues los versos se repiten variando sólo el asonante con una palabra casi sinónima, formando así en cierto modo *dos romances entrelazados*. Dámoslo tan completo como nos ha sido dable recogerlo de *viva voz*, omitiendo algunos versos sueltos y sin sentido, indicios de la mayor extensión que tuvo antiguamente el romance.»

El segundo romance, construido del mismo modo, es todavía más incompleto:

«¡Ay Juana, cuerpo garrido!
¡Ay Juana, cuerpo galano!
¿Dónde le dejas á tu buen amigo?
¿Dónde le dejas á tu buen amado?
—Muerto le dejo á la orilla del río,
déjole muerto á la orilla del vado.
—¿Cuánto me das, y volvértele he vivo?
¿Cuánto me das y volvértele he sano?
—Doyte las armas y doyte el rocino,
doyte las armas y doyte el caballo.»

Por lo demás, que esta especie de repetición del mismo pensamiento, sin más que cambiar las palabras de la rima, y ocasionadas por las alternativas del canto, es cosa muy *tradicional*, lo prueba lo á menudo que nos presenta en las poesías del rey Dom Diniz de Portugal.

una manera *casual,* por pérdida de renglones, lo prueba no sólo el que no se altera el sentido por ello, sino también la frecuencia con que ocurre la misma pérdida en los romances populares portugueses, lo cual ha dado motivo á que Almeida-Garrett («Romancero», tom. III, pág. 80) haga la siguiente observación:

«Este é un dos muitos exemplos de ser faltar de vez en quando á forçada lei da redondilla augmentando a com dois versos no mesmo requisado consonante ou toante obligado (1).»

Al hallar en estos ejemplos del empleo de los pareados cortos ó de las estrofas cortas monorrimas en tan antiguos poemas populares y de forma romanceada fundamento positivo para concluir de él la existencia de una forma análoga en los romances primitivos, podría citar como fundamento negativo en apoyo de la misma tesis el que precisamente con la introducción de la conocida forma de romance los pareados cortos quedaron fuera de uso, no sólo en los romances, sino en la poesía española en general, puesto que si se explica el fenómeno tan chocante de que los pareados cortos tan corrientes en todas las naciones germánicas y románicas y, sobre todo en los poemas narrativos de toda la Edad Media, no se empleen *como tales* (esto es, en su forma pura y no mezclados en estrofas con estribillos, refranes, etc.), sino muy rara vez entre los españoles ya desde fines del siglo XIII, se ha de

(1) No quiero citar en pro de mi opinión lo que dice Durán (l. c., tom. I, pág. IX) de que: «Hay sin embargo algunos (romances) en versos cortos *pareados,* que se usaban ya en el siglo XV», y que ha recogido y reunido en el apéndice III, tomo II, pág. 639 sig.), bajo el título de: «Romances de varias clases, hechos en versos *pareados;* anacreónticos ó de ocho sílabas», y no quiero citarlos en apoyo de mi tesis, porque estos romances, procedentes en su mayoría de poetas artísticos de los siglos XV y XVI, fueron hechos según la manera de las *novas provenzales,* no teniendo, por lo tanto, esta forma de romances pareados origen popular, por lo menos en España.

explicarlo por el alargamiento de los pareados cortos mediante los versos libres intermediarios. Parece que queda corroborado y documentado por los más antiguos monumentos de la conocida forma de romance que hasta nosotros han llegado, el que ya desde aquel tiempo quedaron fuera de uso y fueron poco á poco desterrados del todo los pareados cortos sucediéndoles estos alargados (reduplicados con relación al ritmo fundamental), que es muy probable, como lo he indicado, sirvieran en un principio á los españoles como sustitución de los versos largos épicos que les faltaban.

Ya Bellermann (l. c., pág. 14 y sig., y Schak, tomo I, pág. 218 de la traducción española), han hecho notar que de las «Cantigas» del rey Alfonso X, escritas en lenguaje gállego, precisamente las compuestas en tono popular más épico son, no sólo por su asunto, sino también por su forma, verdaderos «romances espirituales». (V. ejemplos de ello en Ortiz y Zúñiga, «Anales de Sevilla», I, págs. 94, 113, 283, 289, sobre todo, 301, 314; Bellermann, l. c., págs. 17, 60, 62.) Si se les quitan los estribillos—que se les añadieron naturalmente como canciones populares espirituales que eran al modo de las de la Iglesia—constan de redondillos octosílabos en estrofas de cuatro versos con *rima alternada* (los impares libres), y cada estrofa con *otra* rima (el género de la rima permanece el mismo por todo el poema; los más la tienen sonora, pero hay entre ellos alguno, en Bellermann, página 61, que la tienen sorda). También constan de tales estrofas octosílabas, sólo que la mayor parte con rima sorda, y cada estrofa con *otra* del muy viejo romance, si no procedente del mismo Alfonso, atribuido por lo menos á él desde época remota, que he publicado íntegro en la primera sección, núm. 4, siguiendo á Alonso de Fuentes (1). (A la

(1) Voy á hacer notar ahora á modo de suplemento que también Garibay en su «Compendio historial», que apareció por vez primera en 1571,

primera estrofa le faltan probablemente los dos primeros versos, pues no tiene más que seis líneas y empieza de un modo bastante abrupto; las rimas son propiamente consonantes y sólo á las veces se hacen, como en todas las canciones populares, asonantes por su rudeza. Sólo la tercera estrofa tiene una especie de rima sonora en *ía,* y sólo las dos últimas, y esto por casualidad, tienen una misma rima.)

Vemos, pues, por este romance alfonsino, que ya hacia fines del siglo XIII (1) se había producido una forma semejante á la actual de los romances, que, sin embargo, se diferencia de la posterior en algunos puntos no esenciales, acostándose más, precisamente en éstos, á la primitiva, tal como la he supuesto, á saber, en la *validez de la rima como tal* y en la *variación estrófica* de la misma (2).

---

mucho después, por lo tanto, que el «libro de los quarenta cantos» (primera edición, Sevilla, 1550), en el lib. XIII, cap. 13, publica este romance, atribuyéndolo al mismo Alfonso X. Por lo menos, no conozco romance alguno que denuncie mayor antigüedad por su lenguaje, y, lo que es más decisivo y más seguro aún, por su forma.

(1) Es muy dudoso que este romance, que seguramente no es de Alfonso el Sabio, tenga la remota antigüedad que se le asigna.—(M. M. P.).

(2) En las «Cantigas» gallegas, ya más artísticas, las rimas son puras; en los romances castellanos mucho más rudos son también las rimas mucho más rudas, y por lo tanto, asonantadas.—Pero el que las muy marcadas estrofas de ocho versos se dejen todavía reconocer como tales en los romances por la alteración de la rima, parece indicar la influencia de la cuarteta alejandrina monorrima bastante conocida en la poesía artística española en tiempos ya de Alfonso, ó la de las estrofas constituidas de la misma manera en los poemas medio-latinos y románicos, sobre todo los espirituales y las leyendas (v. Diez *Althron. Sprachdenkm,* pág. 88 89.)—Y así podía haberse efectuado la transformación de la primitiva forma romancesca en la secundaria, quizá precisamente por estos romances espirituales de Alfonso; volviendo, sin embargo, á serlo por la *influencia de la poesía eclesiástica medio-latina popular*, y de la misma manera que como he supuesto se efectuó en la poesía juglaresca. En Alfonso es el uso de las dobles redondillas tanto más notable cuanto que en sus otras canciones gallegas, pero totalmente artísticas, empleó el verso provenzal decasílabo,

Se puede también mostrar con documentos que estas dos diferencias críticas de la actual forma de romance persistieron por algún espacio de tiempo y que hasta mucho más tarde no se transformaron tal y como hoy son, haciéndolo por el abandono *consciente* de aquellas diferencias. Y lo cierto es que se hallan todavía muchos ejemplos de la *variación* de la rima y hasta de la asonancia, como los romances de Fernán González (Canc. de rom.»; «Primavera» núm. 16: «Castellanos y Leoneses», en parte con rima sorda en *o,* en parte con sonora en *a-o,* que muchas veces pasa á asonancia). Esto ha llamado también la atención de Depping y Alcalá-Galiano, haciendo observar el último, I, 77, que: «esto [el variar del asonante] no nos causaría maravilla, estando este romance compuesto con gran desaliño, que da muestra de su ancianidad». A estos pertenece el romance que le sigue inmediatamente en el «Canc. de rom.» y en la «Primavera»: «Buen conde Fernan Gonzalez» que es evidente forma *uno solo* con aquel, y tiene rima sorda en *o,* pero del cual dice equivo-

---

de tal modo que aquí es muy claro que las melodías populares escogidas de intento para estos romances le determinarían y hasta obligarían á elegir los redondillos populares, únicos que correspondían á aquéllas. Por lo demás, la mención que hace Alfonso de los «cantares de los juglares» en la «Crónica general» que compuso, y precisamente en los pasajes en que se trata de la excursión de Carlo Magno á España, prueba que le eran conocidos los romances juglarescos, y en particular los del ciclo de leyendas carolingias. Pero ahora bien; atribúyase á Alfonso ó á los juglares la invención de aquella transformación de la forma de romance, ó formárase por ambas vías independientes una de otra, siempre se llega á las mismas causas y por lo tanto á los mismos resultados: á los esfuerzos por imitar las estrofas de versos largos monorrimos de las tiradas de las poesías latino-eclesiásticas y de las epopeyas románicas; á la falta de versos largos indígenas que correspondan á aquéllos, y por lo tanto, á la necesidad, subida de punto por los aires populares, de redoblar los ritmos fundamentales de los cantares populares indígenas, haciéndolos semejantes á los versos largos por la traslación de la rima. Donde más evidentemente se muestran la causa y efecto es en las «Cantigas» de Alfonso.

cadamente Depping que es de Lorenzo de Sepúlveda) (1). Además, en el romance de los Carvajales (en el «Canc. de rom.» y «Primavera» núm. 64: «Válasme, nuestra Señora», las cinco primeras estrofas con la asonancia en *e-a,* las restantes en *a-o);* de Lanzarote («Canc. de rom.», «Primavera» núm. 147: «Tres hijuelos había el rey» con asonancia en *a, a-o* é *i-a*); de Calaínos («Canc. de rom.» «Primavera» núm. 193. «Ya cabalga Calaínos», con asonancia en *i-a, a-a* y *a);*—de Nuño Vero («Canc. de rom.» «Primav.» núm. 168: «Nuño Vero, Nuño Vero», con asonancia en *a-o, a-a* y de nuevo *a-o);*—del Conde Alemán («Canc. de rom.» «Primav.» núm. 170: «A tan alta va la luna» con asonancia en *i-a, i-o* y *a);*—de la reina Elena («Primavera» núm. 109, la una mitad en *a-o*, la otra sorda en *a);*—de Galiarda («Primav.» núm. 138: que varía conforme al sentido, en *a-a, eis,* y *o* sorda, mientras que el fragmento publicado allí mismo de romances juglarescos es *uniforme,* en *a* sorda);—en el romance del Cid: «Rey don Sancho, rey don Sancho» («Primav.» núm. 33, en *o* sorda, y después en *a-o*, v. las notas á la colección de Praga, pág. 36-37);—hasta en el más posterior romance

(1) Es notable, que en el viejo romance: «Castellanos y Leoneses» los dos versos:

Vos venís en gruesa mula,
Yo en un ligero caballo,

que concuerdan casi literalmente y hasta en su asonancia con el pasaje en que se narra la misma historia en la «Crónica rimada del Cid» verso 16: «Vos estades sobre buena mula gruesa, e yo sobre buen caballo», v. también Dozy, l. c., pág. 636 y 662.—También el romance de Fernán González: *Preso está Fernán González, el buen conde castellano,* está en la «Silva» de 1550 con asonancia que varía, mientras que en el texto que de él se da en Timoneda y en el «Canc. de rom.» ed. de Medina 1570, está ya *uniforme;* v. «Primavera» núm. 18

juglaresco de Floriseo, hecho según un libro impreso de caballerías (Colección de Praga, pág. 102, primero en *a* sorda, después antes del paso á la sonora en *-ado* un enlace asonantado: *matalle* y antes del retorno á la rima sorda en *a* otro enlace asonantado: *descanso*, v. el mismo lugar, pág. 108);—en el romance de la infanta y de Don Galván («Primavera» núm. 159, en *i-a* é *i-o*, y en las adiciones á las ediciones posteriores del («Canc de rom.» en *o* sorda y en *a-o)*, sobre lo cual hace notar Durán (I, pág. 181): «La construcción imperfecta de este romance y su variación intempestiva del asonante, indica que se ha tomado en la tradición oral, que es muy antiguo, y casi puede asegurarse que de los primitivos... Corrobora esta última conjetura el hecho que presentan algunos romances que tradicionalmente y sin imprimirse se conservan entre la gente rústica de Andalucía, los cuales, cada uno de ellos suele contener á saltos, sin conexión, sin verdadero enlace, y sin observar la misma rima, trozos ó fragmentos de los juglarescos y de los de trovadores.» El mismo da en el núm. 372 (I, pág. 242) un romance semejante tomado de *boca del pueblo*, de Don Roldán: «Salió Roldán á cazar» en que la asonancia varía *(u-a* y *o-e)*. Compárese también lo que dice en sus notas sobre la variación de la rima ó de la asonancia en los antiguos romances y en los que se perpetúan sobreviviendo en boca del pueblo, tomo I, y páginas 218, 224, 229, etc.—Igualmente ocurre muy á menudo esta variación en los romances portugueses recogidos de viva voz por Almeida Garrett, v. por ejemplo en su «Romanceiro» los romances: «*O conde d' Allemanha*» (como su original castellano citado más arriba) *Dom Aleixo; Silvaninha;—Reginaldo;—Donzella que vai a guerra.—O captivo;*—por lo cual también Garrett halla motivo para esta observación (tomo II, pág 81):»... cuyas (do assoante o toante) severas *leis* nao permittemque se «mude senao en espaços

«regulares, e nunca mais de duas ou tres vezes em todo o «decurso do mais extenso d'elles» (1).

Estos romances—todos de las más antiguas coleccio-

(1) De propósito deliberado no he citado aquí los dos muy antiguos y muy notables romances de los Siete Infantes de Lara: «A Calatrava la vieja» (en el «Canc. de rom.») y; «Ay Dios, que buen caballero» (en la «Silva de var. rom.»;—los dos también en la «Primavera» números 19 y 20) y no he querido citarlos aunque Alcalá Galiano y Du Méril (*Essai, etc.*, página 108) han notado la variación de la rima ó asonancia que se presenta rn ambos. Y he procedido así porque los tengo por versiones de un sólo romance más antiguo que ellos, con rima sorda en *a* y *a-a,* en la «Primavera» núm. 25 (comp. las notas de la Colección de Praga, páginas 32-33), del cual hallamos conservados en ambos fragmentos precisamente los pasajes rimados ó asonantados en *a* ó *a-a,* que son nuevas adiciones que se le han hecho; en el primero los versos de introducción evidentemente más modernos hasta: «Ya se trata casamiento» que tienen una asonancia más desarrollada en *a-o*, y el pasaje desde el verso: «Yo me estaba en Barbadillo» hasta el fin, con asonancia sorda en *a,* está por lo menos en las asonancias más á modo de rima menos arreglado, y se halla como romance separado en el «Cancionero de Medina». (V. la primera parte, número 5.) La otra versión: «Ay Dios, qué buen caballero», da el romance más antiguo hasta el verso; «Ya se trataban las bodas» casi con las mismas palabras y poco interpolado (pues en el del «Canc. de rom.» los versos: «Desque todos han comido—Van á bohordar á la plaza» turban el sentido, están en contradicción con el paréntesis que les sigue, y la cuarteta que empieza «mataronme un cocinero», anticipa una afrenta que Doña Lambra sufrió después del casamiento); pero desde: «Calledes vos, Doña Sancha», donde empieza la asonancia sorda en *a* hasta el fin está menos arreglado. De la misma manera tampoco pueden citarse como ejemplos de variación de rima los romances de Bernardo del Carpio («Primavera» núm. 13 a) y del Conde Claros (núm. 191), puesto que la variación tan sólo se presenta en las introducciones evidentemente añadidas más tarde á ellos (la «Silva» de 1550 da una versión del primero, «Primavera» número 13 con rima sorda en *a* por todo él). Menos aún se han de citar aquí los romances del Cid, como han sido dados por Depping, I, núm. 109 y 117, según el «Romancero del Cid»: «Apenas era el rey muerto» y «Ya cabalga Diego Ordoñez» aun cuando tengan una asonancia variante; pues esto, reposa tan sólo en una erronea separación y unión de romances independientes por falta de crítica de Escobar y editores posteriores (v. estos romances en su forma legítima en la «Primavera», núm. 36, 37, 47 y 53). —Por el contrario, puédense citar todavía romances de cantores de feria del siglo xvii en que la primera cuarteta tiene asonancia *diferente* de la del resto. (Depping, II, pág. 471 y 473.)

nes, los más con predominante carácter épico y todos genuinamente populares—bastan para probar que el unísono ó acorde persistente no ha sido una nota ni primitiva ni esencial de la forma de romance (1). Los juglares, que por la fusión de muchos romances en conjuntos mayores se vieron movidos á estos medios externos de enlace, debieron de ser los primeros que introdujeran la monorrimia intencionada y la hicieran habitual, abriendo así el camino á la asonancia general que se desarrolló más tarde artísticamente y llegó á hacerse la regla (2). Puesto que, como ya se ha dicho, puede demostrarse con documentos

(1) Tiene, por lo tanto, completa razón el revistero de la edición londonense del «Romancero» de Depping en los «Ocios de Españoles emigrados» (tomo IV, páginas 8-9), cuando hablando del «Poema del Cid» prosigue: «Esta misma mezcla de asonantes y consonantes se ve en muchos de los romances antiguos, y aun en algunos se halla cambiado varias veces el eco ó sonido final, contra la regla adoptada en tiempos posteriores, de conservar la identidad de dicho sonido de un cabo al otro del romance en versos alternos, pero evitando siempre la consonancia.» Pero á lo que dice de hallar probable el que los romances hubieran imitado «de modelos arábigos» el corte del romance con versos alternos con rima y sin ella», debo repetir que me parece de mucha mayor verosimilitud la derivación aquí expuesta, sacando esta forma de rima del canto popular eclesiástico y más próximamente de las *tirades monorimes* de las epopeyas románicas, y comparada con la derivación del arábigo incondicionalmente preferible puesto que semejantes cantos rimados eclesiásticos eran conocidos en España mucho antes de su conquista por los moros, siendo en ella tan populares como en todas las naciones románicas, y por lo tanto, esta forma de rima renovada en las *tirades monorimes* pudo hallar acogida ó imitación entre ellos tanto más fáciles cuanto que juntamente con los asuntos venía de nuevo á los juglares españoles de sus compañeros transpirenaicos. Además de esto, como ya lo he probado, la única nota precisamente por la cual se haga plausible el origen arábigo, la uniformidad de rima, ni es primitiva ni esencial, habiendo llegado á ser la regla largo tiempo después de la evolución de la forma romancesca secundaria.

(2) Parece que los juglares seguían también en esto á sus modelos, los poetas de las *Chansons de geste,* que en un principio empleaban tiradas más cortas, que correspondían á las secciones ó períodos de la narración, pero que más tarde se alargaron extraordinariamente, y que por fin fueron dilatadas por todo lo hizo el poema como el autor de *Parise-la-Duchesse.*

así como por testimonios expresos y con muchos y característicos ejemplos que mucho después de la introducción del enlace alternado y hasta del general se había tenido en cuenta en los romances á la *rima como tal,* que la asonancia quedó siendo todavía por largo tiempo no más que una rima *casual, imperfecta,* brotada de necesidad y rudeza, y que desde mediados del siglo XVI fué cuando se elevó á regla bajo el influjo de la poesía artística el *mero* asonante empleado con conciencia, á diferencia del acorde.

Testimonios expresos del uso y validez de la rima

(Véase Díez, *Altrom. Sprachdenkm.* páginas 86-87.) Así es que como ya lo he mostrado, todavía tienen algunos de los más antiguos romances un acorde ó unísono estrófico variante, que la mayor parte de las veces corresponde á las secciones del relato ó á los períodos del discurso, sobre todo en el discurso alternante del diálogo (como, por ejemplo, en *Nuño Vero* y en *Galiarda),* después hallamos persistente el mismo unísono ó acorde lo más comúnmente por todo el romance, si bien siendo este pequeño (correspondiendo á las tiradas largas); y finalmente unieron los juglares muchos de tales romances, lo mismo en cuanto á su contenido que en cuanto á su forma, en conjuntos mayores con una misma rima ó con una asonancia general, ya apareciendo como tales en las colecciones ó en las impresiones separadas (como la mayor parte de los romances del ciclo de leyendas carolingias, que se diferencian clarísimamente de los romances propiamente populares como productos de la poesía juglaresca), ya separados y entremezclados con otros, pero caracterizándose bastante, no sólo por el asunto y colorido, sino también precisamente por el mismo acorde ó unísono como partes que se completan de un gran todo. Así los romances de Bernardo del Carpio, números 1, 2, 3, que Timoneda da separados en su «Rosa de romances» páginas 7-11 en la «Silva» de 1550, y en un pliego suelto de la Colección de Praga se hallan fundidos en uno, como también están unidos los números 5 y 6 en otro pliego suelto de la misma Colección. También pueden considerarse como partes complementarias de un tal arreglo cíclico, por ejemplo, los romances rimados precisamente en *a* sorda ó *a-a* entre los de «Los siete Infantes de Lara», de «Isabel de Liar» y de «Moriana» (en el «Canc. de rom.» en la «Silva» y en Timoneda). Así los romances del Cid referentes al sitio de Zamora con asonancia en *a-o,* en realidad *fundidos en uno* con título especial (en el cual el «nuevamente hecho» designa bastante el arreglo) se hallan así en un pliego suelto, en el «Canc. de rom.», en la «Silva» de 1550 y en el «Canc. de Medina (V. «Primavera», núm. 53) mencionando de manera notable la «Crónica general» y la «Crónica del Cid» precisamente al narrar el sitio de Zamora

como tal en los más antiguos romances los dan: Encina en el precitado pasaje, en que dice: «Y aun los romances suelen yr de quatro en quatro pies, aunque no van en consonante, sino en el segundo y el quarto pie, y aun los del tiempo viejo no van por verdaderos consonantes» etc., (de donde se saca indudablemente que todavía en tiempo de Encina el enlace de los romances por rima propiamente tal, á diferencia de la mera asonancia (1), pasaba como regla hasta para los poetas artísticos, pues los romances propios de Encina están todos rimados, y que la conso-

---

los «Cantares de los joglares» (cf. la Introducción de Huber, pág. LXIV) Es, por lo tanto, muy importante en una edición critica de los romances el agrupar juntos de entre los coetáneos y pertenecientes al mismo círculo sobre todos los del mismo unísono ó acorde. Los romances del Cid que en Depping, I, llevan los números 110, 111 y 115 (todos tres del «Romancero del Cid» y los dos primeros unidos allí en uno) forman un grupo semejante que se caracteriza por el lenguaje, el colorido, el tono y la igual asonancia (en *i-a*). Hasta entre los romances del ciclo de leyendas carolingias se hallan como romances aislados tales fragmentos separados de un todo anteriormente fundido, pero que se reconocen y conexionan todavía como partes del mismo, sobre todo por la rima igual; como los pertenecientes á la leyenda de Montesinos, Durandarte y Belerma, asonantados en *a-a*, en Depping, números 32, 35, 36 y 37 (de la «Floresta»; una versión más antiguo del 35 y 36 es el 34 del «Canc. de rom.» V. «Primavera» núm. 181 y otra versión del 36, algo divergente, se halla en Timoneda, V. «Primavera», núm. 182) que, como ya lo muestran las versiones, más ó menos enlazadas, formaban un gran romance juglaresco; y como los de Gaiferos, «Primavera», números 171, 172, 173, todos con rima sorda en *a*.

(1) Que Encina, sin embargo, conoció la diferencia entre consonancia y asonancia, lo prueba otro pasaje de su poética en que trata *ex professo* de ello, «Cap. VI.» De los consonantes y asonantes y de la examinación dellos. Dice en él de los asonantes: «Ay tambien otros que se llaman assonantes: y cuentanse por los mismos acentos de los consonantes. Mas difiere el un asonante del otro en alguna letra de las consonantes que no de las vocales: y llamanse assonantes porque es a semejança del consonante aunque no con todas las mismas letras. Assi como Juan de Mena dixo en la Coronación que acabó un pié en *proverbios* y otro en: *soberbios*. Adonde passa una v. por una b. y este suélese hazer en defecto de consonante» etc.

nancia imperfecta de los antiguos y sobre todo de los populares de ningún modo pasaba por un artificio buscado, sino por una tosquedad, una falta que debía evitar la poesía artística);—Alonso de Fuentes (V. la primera parte, núm. 4) que en sus propios romances empleaba adrede, como él mismo dice, *rima imperfecta* para imitar «assi estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dotados», de modo que de ningún modo lo tuvo por asonancia intencionada ó artística, siendo esto á mediados del siglo XVI (la primera edición de sus «Quarenta cantos» apareció en 1550);—Fernández de Constantina en el prólogo á su «Cancionero» donde procura justificar la colección de estas «Poesías» dice: «Lo otro porque no viniessen á ser sovajadas de los rústicos, las lenguas de los quales casi siempre o siempre suelen ser corrompidores de los sonorosos acentos y concordes consonantes y hermanables pies etc.;—y el mismo Rengifo dice en su «Arte poética española» (Salamanca, 1592, en 4.°, pág. 38, cap. 34: «De los Romances»): «No ay cosa mas facil que hazer un Romance, ni cosa mas dificultosa, si ha de ser qual conviene. Lo que causa la facilidad es la composición del metro, que toda es de una Redondilla multiplicada. En la qual no se guarda consonancia rigurosa, sino assonancia entre segundo y quarto verso; porque los otros dos van sueltos», etc. Esta opinión está de acuerdo con la realidad de las cosas, pues en la poesía romancesca es también valedero lo que en otro lugar *(Ueber die Lais)* páginas 15-16, he establecido como regla respecto á la rima de la poesía popular en general, y lo que Diez *(Altrom-Sprachdenkm*, páginas 83-85) ha hecho notar acerca de la rima y la asonancia en la épica románica popular más antigua, á saber: que la rima fué originariamente y siguió siéndolo hasta la segunda mitad del siglo XVI, aun en la poesía romancesca, *de intención una consonancia propiamente tal,* en lugar de la cual tan

sólo se introdujo á las veces en los cantos populares una asonancia suficiente; y que al mismo tiempo tenían los romances en un principio, como lo exige el canto popular, rima tan sólo sorda ó masculina en agudo, la cual fué la que dió precisamente ocasión á que se desarrollara la asonancia (1).

Me voy á limitar aquí para confirmar esto con ejemplos al más antiguo y más genuino romancero, al «Cancionero de romances.» En este los romances procedentes de poetas artísticos, glosados ó completados por ellos, son los más puramente rimados, y hasta cuando no hacen más

(1) Martínez de la Rosa ha desenvuelto muy bien esto en las notas á su «Poética», pasaje que voy á reproducir aquí por entero («Obras literarias» París, 1827. 8. tomo I, páginas 202-203): «Desde luego salta á la vista que entre esa especie antigua de composición (los antiguos romances con rima sorda) y el romance moderno media gran semejanza, hay una sola terminación, igual en un caso y parecida en otro, en todos los versos pares desde el primero hasta el último, quedando, los otros enteramente sueltos; y la única diferencia que existe entre uno y otro género de romance, es que en el primero es más perfecta la rima que no en el segundo. Pero adviértase que como el consonante de las antiguas composiciones de que hablamos lo formaba una sílaba aguda, sólo consistía en dos letras, una de ellas la vocal acentuada; y como ésta tiene que ser la misma, bien se trate de consonante ó bien de asonante, toda la diferencia que resulte en último análisis es la de una consonante final. Mas es fácil comprender que el sonido de ésta, especialmente en el canto, queda bastante apagado por el de la vocal precedente, y mucho más en un idioma como el español en que éstas tienen un sonido tan claro y distinto y aun más estando acentuadas. Así todo parecía contribuir á que pasase sin percibirse uno ú otro descuido del poeta; pues consistiendo meramente en tan leve inexactitud, no interrumpía el placer que causaba la igualdad, real ó creída, de las terminaciones de los versos pares, hasta que al cabo se echase de ver que era indiferente para el agrado que tales composiciones producían el que fuese ó no idéntica la última consonante, siempre que lo fuese la vocal acentuada; y acabasen los poetas por evitar una molestia inútil, ostentando al fin como gala lo que principió por ser un defecto.»—Cf., por lo demás acerca de la consonancia y la asonancia en los idiomas románicos y acerca de su desenvolvimiento: Fuchs, *Die roman. Sprachen*, páginas 292-295;—Du Méril, *Mélanges archéologiques et litteraires* París, 1850, 8, página 379 y siguientes;—W. Grimm, *Zur Geschichte des Reims*, Berlín, 1852, 4. página 169 y siguientes.

que parodiar uno antiguo *(un romance antiguo contrahecho)* sustituyen sus insuficientes enlaces por otros más perfectos; así son los romances de Torres Naharro (fol. 223), Alonso de Cardona (fol. 247), del Comendador de Avila (fol. 249), de Juan de Leyva (fol. 250), el «Romance acabado» de Alonso de Cardona (fol. 251), el «Romance añadido» de Quirós (fol. 257), etc., todos ellos tan bien rimados como las demás poesías artísticas; así el «Romance contrahaziendo el de arriba» (esto es, el del Rey Ramiro, fol. 246 y 247) ha sustituido la rima inexacta del antiguo por otra más exacta (el romance antiguo forma rima sorda en *a,* como he de indicar en seguida, valedera lo mismo para *a* y *e* átona, como *vengades, Palomares* con *acá, pan* etc., mientras la *trova* en toda ella mantiene la rima en *ar);* del mismo modo el «Romance hecho por Cumillas, contrahaziendo al de: Digasme tu el hermitaño» (el conocido de Lanzarote, fol. 242, y la parodia de aquel pasaje, fol. 262) observa exactamente la rima constante en *ida,* mientras en aquel pasaje el romance antiguo (en el que varía la rima, como ya he dicho) está entremezclada con enlaces asonantados con menos exactitud (como *venida, vida,* etc., con *avia, dia, caballeria,* etc);—la misma relación se verifica entre el «Romance mudado por Diego de Çamora, por otro que dice: Ya desmayan los franceses» (fol. 252), el fragmento del mismo viejo romance parodiado por Diego de San Pedro (fol. 246: trocado por el que dice: «Reniego de ti, Mahoma») y el antiguo (fol. 244, que empieza: «Domingo era de Ramos.»)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La sociedad futura, por JUAN GRAVE. Traducción por el Dr. Luis Marco. Un volumen (de la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia*) de 437 págs. 8 pts. Madrid, LA ESPAÑA MODERNA.

Con el anarquismo les va sucediendo á las gentes como con tantas otras cosas: al pronto les asustan, porque no ven en ellas más sino un elemento perturbador y revolucionario, algo nuevo y desconocido que, justamente por serlo, les infunde pavor; después, con el tiempo, sin saber todavía de qué se trata, se van familiarizando con los nombres y se acostumbran á oirlos pronunciar indiferentes; por último, el interés, la simple curiosidad ú otra causa les lleva á estudiar aquello que en un principio odiaban *desde lejos* y á mirarlo á corta distancia, viniendo entonces á reconocer que, al contrario de haber motivos para huir de ello, merece ser considerado con gran respeto, y quizá quizá con simpatía.

A estas horas, no creo que pueda haber persona medianamente informada de lo que pasa en el mundo que confunda, como se ha venido haciendo y hacen aún los ignorantes, anarquista con dinamitero, ni menos que juzgue que el anarquismo significa pura y sencillamente crimen y destrucción. El anarquismo es, ó tiende á ser (porque aún no parece claramente definido), un sistema filosófico-social, una doctrina que concibe la vida humana en todas sus manifestaciones como el resultado del libre juego y funcionamiento de las energías natu-

rales; una doctrina para la cual todo constreñimiento, toda imposición coactiva debe ser rechazada y proscrita por antinatural y violenta; una doctrina que ve la única garantía sólidamente eficaz del cumplimiento de los deberes, y por consecuencia del «verdadero» orden, en la recta voluntad de los individuos, quienes sólo se determinan á obrar bien cuando se hacen cargo, mediante la experiencia y la cultura, de que en obrar bien consiste su mayor interés, y de que buscando el bienestar colectivo es como se encuentra el provecho individual. Por eso los anarquistas lo esperan todo *de adentro,* de los vínculos éticos, de aquellos que tienen su base en lo íntimo de la conciencia, y se rebelan contra las leyes, contra las autoridades, contra el Estado, contra todo lo que signifique trabas exteriores que impidan el normal desarrollo de las actividades humanas.

Este movimiento, el anarquista, es ya hoy muy considerable, pudiendo acaso decirse que están dentro de él ó simpatizan con él, de manera más ó menos declarada, todos los espíritus independientes, todos cuantos tienen levantado en su alma un altar á la sinceridad, á la verdad franca y desnuda, y protestan contra la serie interminable de dobleces, de hipocresías, de «mentiras convencionales» que constituyen la pútrida y enervadora atmósfera envolvente de la vida social de nuestro tiempo.

Dos fracciones pueden distinguirse en el anarquismo, igual que en todo partido y escuela: la fracción militante, la de los que consagran toda su actividad al cultivo y á la propaganda del ideal, y la fracción de la gran masa, en la cual forman, así los admiradores y amantes que podemos decir platónicos de la doctrina, pero que no descienden á la lucha, como los que tienen muchas afinidades con ella, mas no la hacen suya en todas sus partes, como un buen número de apocados que apenas si se atreven á *manifestarse,* como otros mil á quienes su escasez de luces, ó la necesidad de hallar medios de subsistencia, ú otros motivos, les obliga á permanecer mudos.

Sólo la primera de estas fracciones representa ya en los presentes momentos una fuerza intelectual de mucha consideración, y eso que apenas si acaba de salir á escena. Hoy la literatura anarquista, libros, folletos, revistas, periódicos de todas clases, de todos los países y en todos los idiomas, constituye una parte no pequeña de la literatura en general, y no es lícito desconocerla.

A esa fracción militante pertenece Juan Grave, el autor de *La sociedad futura*, de *La sociedad agonizante* y de otros muchos escritos; Juan Grave, una de las figuras más salientes del actual anarquismo; Juan Grave, cuyos trabajos, cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de su valor, no debe desconocer quien pretenda hallarse al tanto de lo que sea la doctrina anarquista, ora como adversario, ora como secuaz más ó menos ardiente.

No siéndonos posible hacer un análisis del libro á que esta nota se refiere (el último del autor), porque habría de resultar excesivamente larga, nos contentaremos con copiar el epígrafe general de cada uno de los veintiséis capítulos que la componen, que son: *Después de la revolución; La revolución y el darwinismo; La lucha contra la naturaleza y el auxilio mutuo; La revolución y el internacionalismo; La revolución es hija de la evolución; Las herramientas mecánicas; Fatalidad de la revolución; Del período transitorio; Influencia moral de la revolución; Del individuo dentro de la sociedad; La igualdad social y las desigualdades naturales; Egoísmo y altruismo; Autoridad y organización; El valor; La medida del valor y las comisiones de estadística; La dictadura de clase; Los servicios públicos; Los holgazanes; La libre elección de los trabajos; Comunismo y anarquía; Armonía y solidaridad; La mujer y el matrimonio; El niño en la nueva sociedad; El arte y los artistas; La tradición y la costumbre; La autonomía según la ciencia.*

P. DORADO.

La superstición socialista, por el barón R. Garofalo, trad. española por el Dr. Luis Marco, 1 vol., 248 págs.—Madrid: La España Moderna.—1896.

El barón R. Garofalo era conocido hasta ahora entre nosotros como criminalista (1). Formaba con César Lombroso y Enrique Ferri la trinidad primitiva ó iniciadora de la escuela positivista penal italiana. A las obras de los tres criminólogos se referían la mayoría de los trabajos de exposición y de crítica que sobre la *nueva escuela,* se escribían hace ocho ó diez años. Ahora el señor Garofalo se presenta como publicista, estudiando en esfera científica distinta de aquella en que logró un renombre tan merecido; y el Sr. Garofalo, atraído como sus dos antiguos colegas, por el interés grandísimo, que en toda persona culta despierta, lo que se ha dado en llamar *cuestión social*, se ha lanzado á la lucha y ha escrito el libro cuyo título va al frente de esta nota. Cosa análoga hicieron Lombroso y Ferri: tiempo ha que estos dos criminalistas dedican su pluma á tratar en libros y revistas de la gran preocupación de nuestros tiempos. Hay, sin embargo, una diferencia en cuanto á la actitud tomada por los antiguos jefes del positivismo penal. Lombroso y Ferri se fueron hacia el socialismo. El segundo, Ferri, se ha propuesto nada menos que demostrar que el socialismo—por supuesto, el suyo—es una consecuencia necesaria, lógica, inevitable de la sociología y del darwinismo (2), sin que el ejemplo de Spencer, y de no pocos anarquistas, sirva de nada. En

(1) V. *La Criminología* y la *Indemnización á las víctimas del delito.* (trad. Dorado). La España Moderna.

(2) De lo que llaman pomposamente *ciencia positiva.*

cambio el B. de Garofalo se ha ido, no diremos que hacia el individualismo, sino, y es la fija en sus ideas, *contra el socialismo*.

En efecto, el libro en que el Sr. Garofalo expresa su actitud científica y personal, ante las cuestiones que el socialismo contemporáneo suscita, es un ataque de frente, claro, sin atenuaciones, sin distingos, con pasión, al socialismo, que como el título del libro indica, es para el autor una mera *superstición*. El Sr. Garofalo representa fielmente el *burgués* convencido, el burgués que se cree bien enterado de los resortes que mueven la vida, que no encuentra tan mala ésta como se dice, y que estima una locura pensar en transformaciones radicales, violentas de la sociedad: su libro está escrito, como él mismo dice, para los llamados «burgueses» y con un propósito de utilidad inmediata; quiere convencerles de que no debe verse en el movimiento socialista, un movimiento irresistible é inevitable, y mucho menos un movimiento científico y respetable. El socialismo no es para el Sr. Garofalo, y no debe ser «para los burgueses», almas cándidas, un ideal, una aspiración al reinado de la justicia y de la felicidad universal.

El socialismo contra quien más inquina revela el Sr. Garofalo es el socialismo revolucionario. Si los burgueses, afirma, que ven en el socialismo un ensueño, pero un ensueño hermoso, se enteraran de lo que es el socialismo para los revolucionarios, es probable que en vez de ensueño vieran en él una pesadilla. Y para que la vean clara y desnuda es para lo que Garofalo escribe el libro de que hablo.

Según Garofalo, se llama hoy socialismo á muchas cosas que no lo son. Sin duda es cierto: cuando se habla de movimiento *socialista*, es miope y precipitado quien lo contenga en los programas, siempre incompletos, limitados, egoístas y estrechos, de clase, de los partidos socialistas organizados. El movimiento socialista, que no representan ni el *marxismo*, ni el *guesdismo*, ni el *bebelismo*... ni, claro está ¡Pablo Iglesias!, comprende en confusa é indeterminada amalgama, todas las

aspiraciones generosas de regeneración social, de difusión del bienestar, de amor al pobre, al desvalido, y así comprendido hay que abarcar en el movimiento socialista, antes de diferenciarlo y definirlo y atacarlo, el anarquismo soñador, el tolstoísmo cristiano, la misma reación cristiana de los espíritus sinceramente religiosos, que entienden la religión como una gran fuente de amor y como un ideal de fraternidad universal, que ha de imperar sin auxilio del Estado con su fun ción coactiva.

¡Cuánto hubiera ganado el libro de Garofalo en imparcialidad y en valor positivo, para los burgueses sobre todo, si las poquísimas palabras que dedica en las páginas 16 y 17 á definir *su socialismo*, es decir, el socialismo que quiere combatir, hubieran sido muchas más, y en ellas, hubiera separado el grano de la paja, poniendo á un lado lo que se atribuye indeterminadamente al movimiento socialista, y á otro las fórmulas concretas de los socialismos militantes organizados es, en partido, desde el socialismo de Estado para uso de los conservadores y católicos, hasta el socialismo *de los nuevos socialistas revolucionarios!*

Pero el Sr. Garofalo tenía, se conoce, mucha prisa por llegar á su asunto, y así llega ya en la página 32, y desde ella hasta el final, no cesa un instante de fustigar con verdadero encarnizamiento al socialismo revolucionario: esto es, al socialismo revolucionario marxista, ó mejor el socialismo posterior á Marx, que ve en este el gran definidor de los dogmas salvadores, que ha dejado de ser sentimental, que huye de las construcciones *a priori* y que á todo trance quiere ser *científico*.

Ahora bien; lo primero que examina el autor es esta palabra para negarle al socialismo revolucionario el derecho á llamarse científico: y ¡cosa singular! el escritor socialista (de ayer casi) contra quien en primer término arremete el señor Garofalo, es el Sr. Ferri, el autor como socialista de un librito muy leído y muy superficial, titulado *Socialismo y ciencia positiva*. Preciso es reconocer que el Sr. Garofalo pone de oro y

azul, y con justicia, á su antiguo colega en criminología positiva. El socialismo del Sr. Ferri, no es, tiene razón el barón de Garofalo, científico, aunque se las dé de tal. Pero el Sr. Garofalo generaliza, y á partir de las afirmaciones del Sr. Ferri llega á sostener que el socialismo colectivista no tiene nada de *científico*, y así dice: 1.°, que por el concepto de la evolución que tienen los socialistas es aquel anti-científico; 2.°, que es falso su concepto de la humanidad, y 3.° que es inútil su tentativa para conciliar su doctrina con la de Darwin. A lo que parece para el Sr. Garofalo, como para el Sr. Ferri, el ser ó no ser científico depende mucho de saber ó no saber interpretar bien los principios capitales de la llamada ciencia positiva, la evolución, la tesis darwinista, etc., etc.

Después de esta crítica del socialismo—*anticientífico*—estudia el Sr. Garofalo en los otros cuatro capítulos los puntos siguientes: 1.° La *Lógica del socialismo*.—Su tesis es que el socialismo implica una contradicción: la justicia que se invoca en apoyo de la más grande de las injusticias. 2.° *La moral del socialismo*.—El socialismo no tiene ideal. 3.° *La civilización y el socialismo*.—El socialismo implica para Garofalo una tendencia antisocial; y 4.° *La defensa de la sociedad*.—En donde el autor hace algunas indicaciones del aspecto positivo de sus ideas acerca de la verdad de las conclusiones fundamentales de la economía política, clásica y liberal.

Por lo demás, el libro del Sr. Garofalo se recomienda á quienes quieran ver una manera fuerte, calurosa de argumentar contra el socialismo, por su vasta erudición y por una gran originalidad en no pocos puntos.

ADOLFO POSADA.

Une Faculté des sciences sociales, por RENÉ WORMS, secretario general del Instituto internacional de sociología: 1 foll. 16 pág. París, Giard y Briere, editores, 1895.

El autor de este folleto recoge los diferentes datos que revelan el creciente interés que en todas partes despiertan las ciencias sociales, y razona la legitimidad de la gran importancia que su estudio tiene, todo como antecedente necesario para defender la conveniencia de organizar en Francia la enseñanza completa, verdaderamente enciclopédica, de las referidas ciencias. En la actualidad, hay sin duda no pocas enseñanzas relativas á las ciencias sociales, pero en estado fragmentario, dispersas en las facultades de medicina, de letras y aun en las de derecho: no forman un cuerpo organizado y sistemático. El señor Worms, que no desconoce ciertas tentativas llevadas á cabo para ordenar estos estudios, como conjunto de enseñanzas, cree que es preciso invertir en ellas, y sobre todo cree que ha llegado el momento de que el Estado se dé cuenta de la necesidad de organizar los estudios sociales. con aquella amplitud é independencia que su objeto requiere. La tesis del Sr. Worms se resume en definitiva en que, aun cuando no para obtener ahora de resultado apetecible, los esfuerzos deben encaminarse á tener una *facultad de ciencias sociales en cada una de las Universidades francesas*. A continuación expone con algún detalle el programa de estas facultades, y los medios con que en Francia se cuenta para fundarlas. Desde luego reconoce que no puede pensarse en establecer de golpe las diez y seis facultades que los centros académicos exigirían; pero sí cree que puede pensarse en organizar una inmediatamente en París, transformando, al efecto, el Colegio de Francia.

A. POSADA.

El Porvenir de las naciones ibero-americanas, por D. Leopoldo Barrios Carrión, teniente coronel de E. M., jefe de administración civil de primera clase y ex gobernador civil de provincia. Un foll.

Aun cuando por el título de este folleto podría juzgarse otra cosa, en rigor su contenido, tanto se refiere á la raza ibera como á la anglosajona, principales grupos étnicos á que el autor reduce la población del Nuevo Mundo.

Para conjeturar cuál podrá ser la suerte que lo por venir les tiene reservada, pensando el Sr. Barrios Carrión que, como Leibnitz dijo en la conocidísima frase «lo presente es hijo de lo pasado y está lleno de lo futuro», recuerda brevemente el origen y desenvolvimiento histórico de las naciones del continente americano, traza luego el cuadro que en la actualidad ofrecen, procurando inducir mediante la consideración de los factores y fuerzas sociales, que bien obran ya ó bien apuntan sólo en aquéllas, su destino en lo venidero, más ó menos lejano, pero seguro en concepto del autor. La conclusión adonde llega, es en extremo favorable á los pueblos de nuestra raza, y favorable y halagüeña había de ser también forzosamente para nuestra patria, llamada á ejercer, por títulos históricos tan indiscutibles como los suyos, la preponderante influencia moral en la gran concentración de pueblos hispano-americanos que el Sr. Barrios Carrión entrevé en lo por venir.

En el desarrollo de las materias, cuya indicación antecede, se contienen apreciaciones más ó menos discutibles, más ó menos exactas, pero acerca de las cuales ni es posible detenerse aquí á rectificarlas, ni aunque lo fuera, sería oportuno hacerlo en momentos como los presentes, que son de tanta exaltación del sentimiento patrio, herido en recientes y dolorosos acaecimientos.

J. A. DE VELASCO.

OBRAS NUEVAS

Academia de Buenas Letras de Barcelona. Tomo v. En 4.°, 481 páginas: 15 pesetas.

Araujo (C.)—Cuentos y anécdotas en verso. En 4.°, 80 páginas: 0,75 pesetas.

Arcos (A. M.)—Catecismo católico de la doctrina cristiana. En 16.°, 162 páginas: 0,25 pesetas.

Balaguer (V.)—Historias y tradiciones; libro de excursiones y recuerdos. En 8.°, xv-299 páginas: 6 pesetas.

Baró (C.)—Aventuras y coscorrones. En 4.°, 39 páginas: 0,30 pesetas.

Idem.—Flores y frutas; cuentos para niños. En 4.°, 32 páginas: 0,30 pesetas.

Benito Corredera (G.)—Elementos fundamentales comparados en las lenguas clásicas griega y latina. En 4.°, 79 páginas: 2 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia Tomo xviii, cuaderno iv, Abril 1896 (páginas 273 á 352). Cada cuaderno 1.25 pesetas.

Burgos (J. de)—Colección de cuentos, cantares y chascarrillos. En 12.°, 178 páginas: 0 50 pesetas.

Cadalso (F.)—Principios de la colonización y colonias penales. En 4.°, iv 207 páginas: 4 pesetas.

Cancionero catalán (El) de la Universidad de Zaragoza, exhumado y anotado, por el Dr. D. Mariano Baselga. En 4.°, 421 páginas: 15 pesetas.

Causas célebres. El testamento falso. En 4.°, 333 páginas: 6 pesetas.

Memorias de la vida del Excelentísimo Sr. D. José García de León y Pizarro. Tomo ii. En 8.°, 421 páginas: 5 pesetas.

Corujo (A.)—Las dos rosas (poema). En 8.°, 171 páginas: 2 pesetas.

Dicenta (J.)—De la batalla. En 8.°, 267 páginas: 3 pesetas.

España y Cuba. Estado político y administrativo de la Gran Antilla bajo la dominación española. En 8.°, 204 páginas: 3 pesetas.

Espinosa y Capo (A.)—Catorce años de clínica en Panticosa. En 8.° mayor, 204 páginas.

Estepa (F. de)—Los Jesuitas y el Padre Mir; cartas á un académico de la Española. En 8.°, 203 páginas: 2 pesetas.

Flavio (C.)—Vade-mecum del estudiante de Derecho. En 8.° mayor, 381 páginas: 7 pesetas.

Frontaura (C.)—Anita la ingeniosa. En 4.°, 32 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

Idem.—El sueño de Navidad. En 4.°, 30 páginas: 0,30 pesetas.

Gómez (G.)—Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao; reseña demográfica de la ilustre villa. En folio, 214 páginas y 2 cuadros estadísticos: 5 pesetas.

Gutiérrez (M.)—El Corazón de María y el corazón humano. En 4.°, 173 páginas: 2 pesetas.

Juego de pelota (El).—Historia.—Definición.—Juego de quiniela.—A ble.—Reglamento. En 12.°, IV-84 páginas: 0,50 pesetas.

Larrubiera (A.)—Historias madrileñas. En 12.°, 187 páginas: 0,50 pesetas.

Lastres (F.)—Procedimientos civiles, criminales, canónicos y contencioso-administrativos, según las leyes y demás disposiciones vigentes, seguidos de un manual de formularios. Dédima edición, corregida y aumentada. Tomo II (fin). En 4.°, 506 páginas: los dos tomos 12 pesetas.

Lessona (C.)—Génesis histórica del artículo 737 del Código civil español. En 8.°, 91 páginas: 1,50 ptas.

López Tuero (F.)—El pesimismo autonomista de las Antillas. En 8.°, 55 páginas: 1 peseta.

Idem.—Estado moral de los factores de la producción en Cuba y Puerto-Rico. En 8.°, 57 páginas: 1 peseta.

Lozano Monzón (R.)—Los grandes procesos. En 4.°, 98 páginas: 2 pesetas.

Martín y Costea (A.)—La causalidad del delito. En 8.°, XXIII-134 páginas: 2 pesetas.

Massó Torrents (J.)—Manuscrits catalans, de la Biblioteca Nacional de Madrid. En 8.°, 217 páginas: 4 pesetas.—Tirada de 200 ejemplares.

Mhartín y Guix (E.)—Instrucciones administrativas para los delegados y comisionados contra los ayuntamientos. En 8.°, VII-164 páginas: 1 peseta.

Molina Sáez (J.)—Bocetos literarios; tres novelas filosóficas. En 8.°, 76 páginas: 1,50 pesetas.

Moneva y Puyol (J.)—Derecho obrero. En 8.°, XXI-384 páginas: 4 pesetas.

Morales (G.)—De mi huerto. En 4.°, 193 páginas: 3 pesetas.

Moreno Torrado (L.)—En busca de la igualdad (poema). En 8.°, 79 páginas: 1 peseta.

Navarro (V.)—Arroz á la valenciana; exposición de las 24 maneras de guisarlo. En 8.°, 79 páginas: 0,50 pesetas.

Oriol (R.)—Anuario de la minería, metalurgia y electricidad en España. Año tercero. 1896. 375 páginas: 10 pesetas.

Ossorio y Bernard (M.)—El año infantil. En 4.°, 63 páginas: 0,75 pesetas.

Idem.—Fábulas y moralejas (verso y prosa). En 4.°, 72 páginas: 0,75 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Vida contemporánea (costumbres). En 12.°, 491 páginas.

Parellada (P).—«The patent London superfin González Melitón.» En 8.°, 284 páginas: 3 pesetas.

Pérez Nieva (A.)—Las panochas de oro. En 4.°, 38 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

Pidal y Mon (A.)—Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; discurso. En 8.°, 91 páginas.

Retana (W. E.)—Archivo del bibliófilo filipino; recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos, y estudios bibliográficos. Tomo II. En 8.°, LVI-511 páginas: 6 pesetas.

Ribera (J.)—Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. En 8.°, 34 páginas.

Ríos (R. A. de los)—Las ruinas del Monasterio de San Pedro de Arlanza en la provincia de Burgos; estudio histórico-arqueológico. En 4.° mayor, 25 páginas: 3 pesetas.

Rodríguez Marín (F.)—Los refranes del almanaque, recogidos, explicados y concordados con los de varios países románicos. En 8.°, VIII-189 páginas: 2 pesetas.

Idem.—Madrigales. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Rodríguez Pinilla (H.)—Costumbres balnearias; bosquejo de un estudio médico social. En 8.°, 46 páginas: 1 peseta.

Romero Torrado (A.)—El problema de Cuba. En 8.° mayor, 65 páginas: 1 peseta.

Salillas (R.)—El delincuente espa-

ñol; el lenguaje (estudio filosófico, psicológico y sociológico), con dos vocabularios jergales. En 8.°, 343 páginas: 5 pesetas.

Santini (E. N.)—La fotografía á través de los cuerpos opacos por los rayos eléctricos catódicos y de Roentgen. En 8.°, 92 páginas: 2 pesetas.

Siles (J. de)—Los mil y un cuentos; mentiras. En 8.°, 32 páginas: 0,25 pesetas.

Solance (A.)—Poesías y artículos. En 4.°, 288 páginas: 3 pesetas.

Soler (F.)—Dotzena de frare. En 8.°, 201 páginas: 2 pesetas.

Soto y Calvo (F.)—Aires de Montaña. En 8.° mayor, VIII-343 páginas: 5 pesetas.

Terry y Rivas (A.)—Diccionario marítimo inglés español y vocabulario marítimo español inglés. En 8.° mayor, VIII-373 páginas: 8 pesetas.

Urrecha (F.)—Veinte días en Italia. Sumario: La peregrinación. —Roma.—Nápoles.—El Vesubio. —Pompeya.—Florencia.—Venecia.—Turín.—La Cornisa. En 8.°, 234 páginas: 3 pesetas.

Van Trich (V.)—Obras amenas. En 8.°, 61 páginas: 2,50 pesetas.

Vergara de Prado (A.)—Cuentos. En 12, 45 páginas: 0,25 pesetas.

Vesteiro Torres (T.)—Recuerdos de Galicia. En 8.°, XV-143 páginas: 3 pesetas.

Vidart (L.)—El descubrimiento de Occeanía por los portugueses; apuntes históricos. En 4.°, 64 páginas: 2 pesetas.

Wilson (B. de).—Del cielo á la tierra. En 4.°, 39 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

INDICE

Págs.

La novela sociológica, por Adolfo A. Builla y Alegre..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 27
Nueva biografía del abate Marchena, por M. Menéndez y Pelayo. 59
La evolución de los partidos políticos en España, por Rafael Salillas..... 85
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 102
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 119
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 133
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 179
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 196
Obras nuevas..... 205

AP
60
E8
año 8
no.88-90

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY